



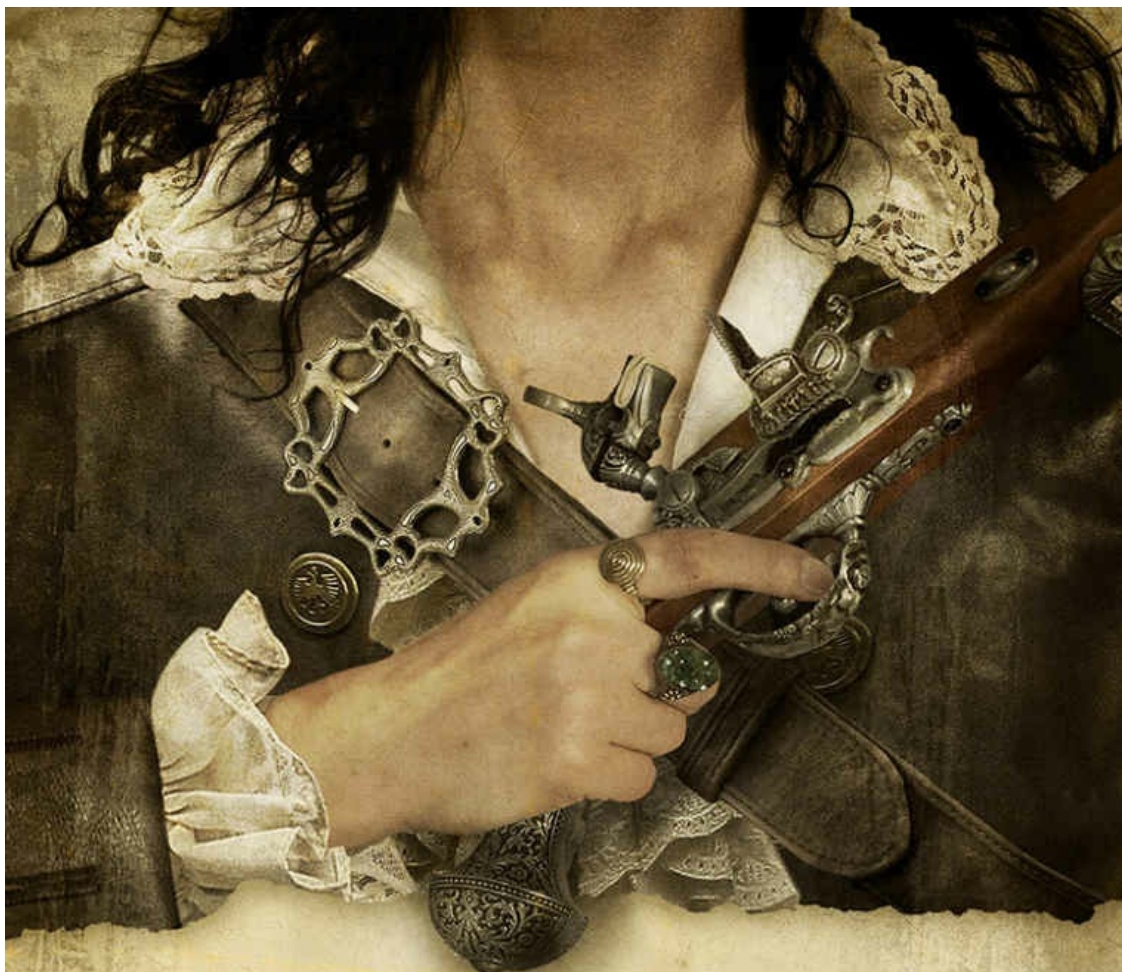
EL SECRETO DE LA TRITONA

Eligió ser libre. Esa fue su mayor aventura

MANUEL PINOMONTANO



B



EL SECRETO DE LA TRITONA

Eligió ser libre. Esa fue su mayor aventura

MANUEL PINOMONTANO



B

EL SECRETO
DE LA TRITONA

Manuel Pinomontano



SÍGUENOS EN

megustaleer



[@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)



[@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Valentina, por su lealtad y su amor,
un ángel con cara de pastor alemán que hizo que escribir esta novela no
fuese un trabajo tan solitario*

DE CÁDIZ

La Paca decía que a las mujeres que disponen de su cuerpo los hombres las llaman putas, a las que disponen de sus ideas, las llaman locas, y a las que disponen de su alma, las llaman brujas. Yo no dispuse de nada. De mí, en cambio, dispusieron a su antojo muchos años, hasta que un día me cansé y aprendí a ser como ella. A partir de ese día ningún hombre me diría a mí que dos y dos son cuatro.

No sé qué te habrán contado de tu abuela Gregoria, ni cuál de los sambenitos me ponen o si me los cuelgan todos a la vez. Puta, loca o bruja, lo mismo me da, porque ser una pirata, Rosario, deja todo lo demás en enaguas. Nací en Cádiz, según dicen mis papeles, el 3 de abril del año de 1739, mi madre tenía entonces dieciséis años y estaba muy perdida, me dio a luz donde pudo, gracias a Dios en unacasa de arrepentidas, el hospitalillo que hay al lado de la iglesia de la Conversión de San Pablo. Allí me bautizaron, me dijo ella, a pesar de que la pobre no tenía ni *pa pipas* y el cura no quería hacerlo, porque mi madre no solo no tenía ni un real que darle, sino que además no estaba casada por la Iglesia, y él quería que me diera en amparo a un matrimonio como Dios manda. Pero también me contó que la monja comadrona que la atendió en el parto me cogió cariño y se empeñó en que yo fuera cristiana allí mismito y en que me quedase con la que me parió, diciéndole al padre de todo: que si una niña tan rubita y con esos ojos no puede ser una pagana sino hija de María, que si con esa cara de querubín un

sacerdote cabal no tenía más remedio que bautizarme o no hacerlo sí que sería un pecado y de los gordos, y que si no se podía dejar, de ninguna de las maneras, a una niña *tan preciosísima* sin la Gracia de Dios. Así que le armó al cura la de «Dios es Cristo», y el beato no tuvo más remedio que bautizarme. Esa monja era de las mías, hija. Como ves ya llegué a este mundo armando escándalo, provocando trifulca, como la mayor parte de mi vida por mucho que tratara de evitarlo, no me extraña nada de lo que me pasó, porque, aunque quise ser yo buena y recatada, cuando la suerte está echada lo que ha de ser, será.

Últimamente pienso mucho en la ciudad que me vio crecer, será porque al hacerme vieja me dan ganas de ser niña de nuevo, de vivir otra vez aquellos primeros años. Me acuerdo de Cádiz, de sus esquinas y sus plazas, de la playa de la Caleta, donde jugaba a coger burgajos y berdigones con mi hermana Micaela cuando la marea estaba baja, o la de Puntales, a la que iba siempre por Navidad con mi madre a comprar de las pateras los tapaculos, las acedías, las pijotas y los boquerones.

Cuando me encuentro sobre la cubierta de este hermoso navío, como hace un momento antes de meterme en la cabina a escribir mis confesiones, con el barco fondeado en algún islote del mar de los Caribes, abasteciéndonos de agua dulce de algún riachuelo, y veo a las gaviotas sobrevolar el galeón en busca de los despojos de pescado que el grumete tira por sotavento, se me hace un nudo en la garganta viendo su libertad, me pongo a pensar en Cádiz, cierro los ojos y me imagino que me convierto en una de aquellas aves, que Dios me concede ese deseo y que vuelo y vuelo hasta llegar allí, atravesando el océano que tantas veces he cruzado en la *Tritona*. Con los ojos cerrados veo sus playas de arena fina, arrojando las murallas de la vieja ciudad, hasta me figuro que oigo un vigía que desde una torre mirador da el grito de «nave a la vista» cuando llega a la bahía una fragata de las Antillas o un galeón repleto de mercaderías, y puedo sentir el céfiro que me trae el sonido de las campanas de la catedral repicando para misa de doce y el bullicio del mercado, huelo el mar de algas que se retira de la playa mezclado con el olor de un naranjo que comienza a abrir su azahar en algún jardín cercano y hasta observo cómo un criado de librea prende con meticulosa precaución los

velones en la fachada de una casa solariega y les coloca unos briseros para que no los apague el relente de la noche, mientras una trémula ciudad lejana, que solo existe en mis pulsos, se hace real por un babor imaginario.

Tú no conoces Cádiz todavía, ya sé. Espero que vayas alguna vez, hija, porque las raíces de uno son importantes y en Cádiz están tus raíces, de las que menos te han hablado, supongo, porque nadie te hablará de mí; quizá tu aya yucateca te contó de tu abuela, quizá no la dejaron. No sé si el antiguo casco de la hacienda en la que naciste te habló en las noches de embrujo de tu abuela Gregoria, cuando los atabales de los esclavos y sus jaranas te despiertan a lo lejos tocando por la *velaíta* de San Juan y puedes ver las lomas lejanas a la luz de la luna menguante, o si ese viejo y gigantesco galápagos que yo sé que sigue pululando por el jardín de Pirules te ha contado de mí y de que yo lo traje en la nao de tierras lejanas, o la vereda que sigue el acueducto hasta la ribera te haya chismorreado de mis paseos a caballo, cuando quería ver los límites de las tierras que me aprisionaban y si existía alguna posibilidad de salir de ellos, como ahora pienso en salir de este galeón por arte de magia convertida en gaviota, sabiendo que ya me queda poco para poder hacerlo, porque algún día de estos alguno de mis achaques me llevará para el otro barrio, si Dios lo permite.

Pero, hija, si no te han hablado de mí, yo voy a hacerlo. No porque quiera la inmortalidad de mis recuerdos en la memoria de aquella nieta que tuve y no me dejaron tener, ni porque desee vengarme de los que cerraron toda evocación de mi presencia en tu vida, escandalizándote con algunas cosillas que, no debiera, pero voy a contarte; sino porque tener una abuela es el derecho de cualquier nieta, y tener a su nieta es el derecho de las abuelas, y ni siquiera los padres que te dieron vida y a los que debes obediencia y respeto tienen la dispensa para quitarnos la una a la otra, por muy filibustera que yo haya sido y el *cuantísimo* precio que le haya puesto Carlos III y el Papa de Roma a mi cabeza, sin saber siquiera de quién es esa cabeza que buscan y, sobre todo, por muchas ideas disparatadas que a tu padre, mi hijo primogénito, se le hayan pasado por la cabeza, como esa que tiene entre ceja y ceja de que yo he sido de siempre la querida del capitán Bocachica, el capitán que gobierna la *Tritona*. Además, Rosario, te cuento todo esto porque

quiero influenciarte. Sí, quiero influenciarte como buena abuela que soy, es lo justo: las abuelas estamos para influenciar a los nietos. Quiero terciar para que leas los libros de los hombres y no las pamplinas de libros que tienen destinados ellos para nosotras, para que entiendas cómo los escritos pueden transformar a una mujer, cómo me transformaron a mí, para que te ilustres y seas una mujer de bien y de razón, para que no te asustes de la vida ni vivas acoquinada como muchas mujeres viven.

Te voy a contar mi historia, donde hay mucho de bueno y donde hay mucho de malo, así es la de todos, aunque te quieran decir lo contrario, pero sobre todo te cuento esto *pa* que sepas que los itinerarios son muchos, las rutas las hay a montones, son cientos de cartas de navegación donde escoger ese rumbo, lo único que hay que comprender es que, en un galeón, como en esta vida, para que uno sepa adónde va tiene que recordar de dónde viene.

Tu abuela Gregoria, la pichelingue, te querrá siempre; hasta cuando me vaya de este mundo, desde dondequiera que esté, te estaré guardando el barlovento con mis cañones de amor, cualquiera que sea el derrotero que tú escojas. Una deriva que debes elegir por propia voluntad y no por el empeño de los hombres que tienes a tu lado.

Como te dije, tienes que ir a Cádiz en cuanto puedas, te enamorarás de ella. Y digo de ella porque Cádiz es mujer, eso lo tengo claro. Es seductora y sirena, galantea con el mar, se pasa las horas bailando con él, dejándose piroppear por sus olas, extendiendo el mantoncillo de su arena a la vera del agua para que el mar la desvista y la corteje, vive su amorío con el Atlántico desde hace siglos, lo deja entrar en su bahía como yo dejaba entrar en mis adentros los besos de tu abuelo.

En sus tabernas se cantan los mejores tangos, las habaneras más dulces y las tarantas más tristes, hasta vienen los marineros de otros puertos a cantar fandangos de Huelva y seguidillas de Sevilla, porque allí la noche es más tibia y la madrugada más larga. Las guitarras se mezclan con el ruido del levante golpeando los postigos de las ventanas, el *vinillo* de Sanlúcar corre como chorro de abrevadero, de copa en copa en la noche, y las gaditanas, desde jovencitas, bailan al repique de castañuelas mientras el frescor de una brisa impregnada de espuma entra a raudales baldeando los patios de sus

casas. Deberías ir por carnavales, y ver el entierro de la sardina, las comparsas cantando murgas, ponerte una máscara de plumas, un disfraz, y cantar y brincar por las calles con todo el mundo y, antes de despedirte por unos días de la carne como buena cristiana, perderte un poco en ella, porque si una mujer no se ha perdido nunca en la carne, aunque sea una sola noche, es que no ha sido mujer.

Deberías llegar al anochecer a la Caleta para sorprender a la bahía color de acero besar las rocas, o perderte por sus azoteas con algún galán para encontrarte con la torre Bella Escondida recortándose a la luz de la luna llena, recorrer las murallas, pasear por sus calles bulliciosas de carruajes y en verano comerte un *pescáito* frito con ortiguillas o unos erizos de mar en cualquier taberna del puerto, mientras los muchachos te dicen piropos en cualquier esquina y tú, altiva pero sonriente, corres calle abajo quitándotelos de encima, revoleando los picos del bordado mantón de Manila para que no se te resbale de los hombros.

Pasé mi infancia en una casa de vecinos, cerca del Puerto Chico en el arrabal de Santiago. No creas que fue una infancia feliz, para nada. Mi madre, la Paca, era lo que era, de eso no hay duda, ella dispuso de su cuerpo. Pero si algo no he sido yo en esta vida es eso, puedes estar tranquila. Y no lo digo porque crea que haya menosprecio en ello, que gracias a la valentía de muchas mujeres en irse *pa* los puertos muchas casas salen adelante. Yo las admiro, porque para serlo hay que ser valiente, tener agallas, y no bajo la cabeza al reconocer que mi madre fue las dos cosas: puta y valiente.

Dicen que la mujer a la que mejor trató a Nuestro Señor Jesucristo era eso, una buscona, y si para Dios no había nada malo, ¿quiénes somos los hombres para juzgar? Si entre las filas de Él había una, por qué voy a callar yo que mi madre, mi santa madre, que sí, sería una trafalmeja, pero era tan santa como la de cualquiera, vendió lo único que tenía para que mis hermanos y yo comiéramos y saliéramos del hoyo en que vivíamos. Pues gracias a eso pude yo aprender costura y más adelante dedicarme a un oficio decente; que, si hubiera sido ella cigarrera o carbonera o qué sé yo, hubiera yo acabado siendo vendida a una casa rica para limpiar chimeneas como deshollinadora, o quizá quién sabe, hubiera sido yo la mala pécora. De la Paca se decían

muchas cosas, las malas lenguas afirmaban que además era la querida del regidor Lasquetty, y que su influencia fue la que nos libró de la gran redada que hizo Fernando VI contra los gitanos, cuando yo tenía once años, y que fue una cosa tremenda. También decían que su amante fijo fue por muchos años un duque, que luego se fue a vivir a Madrid, lo cierto es que la Paca estaba bien parada. Mi madre fue siempre una mujer libre que dio mucho que hablar.

Éramos pobres, recuerdo aquellas dos habitaciones en aquella calle maloliente que luego tumbaron para hacer las murallas nuevas, con aquella ventana grande enrejada que daba a la calleja de atrás, por donde entraron y salieron la mayoría de las cosas que rigieron nuestras vidas. Lo mismo llegaba a veces el pan calentito cuando el panadero nos regalaba un bollo por dejarlo que amarrase el burro en los barrotes, o lo comprábamos porque nos sobraban dos cuartos de más ese día, que también llegaban los correveidiles a traerle a la Paca los recados de sus amantes, escuchábamos al pregonero anunciar las bulas y las misas de las que ella era muy devota, o mi madre maldecía en caló a mi abuela, la mamá Antoa, cuando la vieja venía a batallar y a decirle disparates, antes de que se la llevaran al Arsenal de la Carraca a trabajo forzado con las otras gitanas, y también, Rosario, lo mejor que me pudo pasar en la vida pasó por esa reja: me enamoró un hombre por culpa del embrujo del olor de azahar que al anochecer siempre es más intenso, y de unos ojos claros que hacían que la luna se quedase chica cuando, a la par que ellos, salía a alumbrar la calle: Tu abuelo.

Estaban los cuartos al final de unos corredores al aire libre de pared ocre desconchada con tendederos, que unían patios llenos de macetas de geranios tronchados por los juegos de los niños, albahacas, yerbabuenas, claveles y algún rosal de *pitiminí*, de rosas diminutas amarillas, que trepaba por los ladrillos de un muro. La casa de vecinos siempre estaba llena de gatos para que no nos comieran las ratas, y por eso había a veces un hedor a *chocho manío* que no se te quitaba de encima. No teníamos más que dos colchones de lana en el suelo, una mesa redonda de camilla con unas faldas viejas y un brasero adentro que nos calentaba a todos en invierno, donde nos sentábamos a corrillo a comer garbanzos, a platicar y a hacer las novenas, un poyete,

donde lo mismo preparaba yo las *poleás* en un anafre de carbón, que guisaba los caracoles que traía la Paca, o planchaba la ropa y remendaba una prenda; un almanaque con una lámina de la Virgen de la Rosa del año del catapún, más tieso ya que la pata de Perico, dos mecedoras rotas que mi madre se encontró en algún estercolero y se trajo un día, donde mis hermanos jugaban sin parar como si fueran caballos balancines; aquel brasero de cisco con su abanador, el mismo que yo sacaba por las mañanas al patio a orearse y metía por las tardes bajo la camilla para dar calor a mis hermanos, cuando se podía y los piconeros nos dejaban el carbón de segunda más barato, y en la esquina, casi tapado, un arconcito de madera donde la Paca guardaba sus tesoros, sus vestidos, los chapines altos, la botellita de agua de Alibour para cuando se ofreciese en algún percance, y media docena de libros que nunca supe de qué eran ni por qué los tenía allí, si ella misma no sabía leer.

Cuando nadie me veía yo abría aquel arcón, sabía muy bien dónde ella guardaba la llave. La colgaba de la misma alcayata donde sujetaba la estampa de la Virgen, por detrás, para que no se viera. Me subía al pretil y la tomaba en mis manos, abría la pesada tapa de madera y esculcaba dentro. No me interesaban sus vestidos, ni me ponía los chapines como hacían muchas niñas de mi edad con las cosas de sus madres, ni sacaba la taleguilla con alguna tumbaga y baratijas que allí guardaba, porque las alhajas buenas las escondía tras el fogón en desuso, ni siquiera abría el tapón de corcho del agua de Alibour para ver qué era aquel potingue, no, sacaba los libros. Sacaba uno o dos, mi preferido era uno de encuadernación muy lujosa en cuero rojo, me lo ponía sobre las piernas, me sentaba en la mecedora y lo abría, repasaba con los dedos las letras grandes que veía al principio de algunas páginas, miraba las láminas de santos, las cornucopias que de vez en cuando adornaban sus hojas, sentía el olor suave del papel, a una especie rara de flor que daba sutilmente un aroma a marchito, acariciaba lo sedoso de los pliegos cosidos, y me imaginaba que sabía leer, que entendía cada diminuto bicho negro que surcaba en ordenada fila el párrafo, o las hileras de soldados que iban a la guerra por batallones de letras. Una era como un palito donde una mosca se había hecho caca encima, otra un redondel, como una diminuta plaza de toros, una naranja o un general gordo y orondo, otra parecía los dos aleros del

tejado de una casa, y así las trataba de reconocer, esa era la que más me gustaba, la que parecía un tejado. Ni siquiera sabía cuáles eran las que contenía mi nombre, pero me imaginaba que leía, que leía un cuento o un poema que yo misma inventaba sosteniendo el libro en las manos, hablándoles en un tono severo y de importancia a mis hermanos, que, sentados en el jergón, escuchaban cariacontecidos mis historias creyendo de a veras que su hermana mayor les leía un cuento antes de irse a dormir. *Piel de asno, Por la calle Abajito, El gato con botas, El cuento de Juanito*, de memoria me los sabía y de memoria se los contaba.

Desde muy pequeña cuidaba yo de mis hermanos, la Micaela, el Frasquito y el Antoñete; era su otra madre, los lavaba en un barreño de madera que había en el patio y compartíamos con las vecindonas, los peinaba con los dedos porque no había *pa* peines, y los llevaba a la *miga* de don Ildefonso, el párroco de los Dolores, a que aprendieran a leer y escribir, porque yo no había podido aprender sino a coser, remendar y zurcir, y a eso me dedicaba cuando me quedaba sola allí. Me encerraba a cal y canto, hija, porque era guapa y ser guapa y pobre puede dar lugar a una desgracia. Allí cosía y cosía hasta que llegaba la hora de ir a por ellos, luego les hacía la comida, un potaje de caracoles, puchero de vez en cuando, y buñuelos de bacalao cuando me pagaban por la costura y me daban propina, o si mi madre traía dos reales de algún cliente generoso al que se había camelado.

De puertas afuera, a veces escuchaba los murmullos de las vecindonas, las risas malas de las alcahuetas del patio, la Pepa Pelillos y Felicianita la Berrenda, lo decían a voz en grito; que si la Paca era esto o era lo otro, que si la hija le iba a salir igual, que la putería se llevaba en la sangre y no se podía remediar, y cantaban sus coplitas hirientes frente a mi ventana haciéndose las graciosas: «Putita la madre, putita la hija, putita la casa que las cobija.» Porque querían que nos fuéramos del barrio, a pesar de que mi madre nunca trajo allí a ningún hombre; para ella su casa era sagrada. Yo cerraba entonces los postigos para que no me vieran llorar mientras entre lágrimas le pedía a la Virgen del almanaque que no, que no me dejase pasar por eso, que no acabara yo como ella, que si eso se llevaba en la sangre, que me dejara morir desangrada por la noche, o que el sacamantecas me descuartizara viva en una

rueda como a Santa Catalina, pero que me llevara al cielo con ella antes de tener que hacer eso que me daba tanto asco, porque yo también veía a mi madre sufrir. Ser puta no es agradable, aunque mucha gente lo llame la vida fácil.

Mi madre la pobre era un desastre, dormía casi siempre hasta el mediodía, se levantaba y se lavaba en el pretil del pozo, le daba igual quién la viese con las bajeras puestas y sin las enaguas, que era todo lo más que llevaba bajo el vestido, porque de miriñaque, crinolinas o polisón ella no sabía *na* de *na*, excepto para sus idas y venidas a la iglesia, ¡eso sí, era *mu* limpia!, allí se escamondaba mientras cantaba cualquier coplilla y luego entraba, a mí me gustaba mirarla cómo se arreglaba, se ponía su vestido de alamares, ahuecaba los volantes, se alisaba la melena y se cogía un moño, tenía cara de Virgen de Semana Santa, aunque virgen y pura no lo era para nada. Luego se colocaba un mantón bordado y a *juí pa* la calle, salía y volvía amaneciendo: se iba *pa* los puertos.

La Paca no se vestía siguiendo las ordenanzas del rey, ni se ponía en los bajos de las faldas el listón de picos, ni el mantoncillo rojo con el que reconocían a las mujeres de la vida, la Paca se vestía como le salía del mismísimo papo: a ella nadie la acobardaba. A veces tenía problemas con los alguaciles que la querían ver vestida como la ley imperaba, la paraban cuando estaba en sus tejemanejes y le preguntaban por los picos. Ella les decía que era bailaora y no puta, que la dejaran tranquila, que se metieran con otra, que nada más le habían cogido manía. Gritaba que ella trabajaba cantando coplas en el corral del Bizco, y para cantar y bailar en la corrala se tenía que poner su falda de gitana, y armaba la de San Quintín en medio de la calle hasta que la dejaban ir. Se componía y se iba por las calicatas, donde los soldados que cuidaban el fortín dormían la siesta, o para el tabanco de la calle de Rompechapines, o alguna taberna del muelle, quién sabe. Ella iba y venía, era libre; a la Paca ningún hombre le daba órdenes.

A menudo mi madre les robaba a las vecindonas con descarro un clavel rojo de las macetas que colgaban en las rejas, y se lo ponía a un lado de la redecilla de madroños donde se recogía el pelo, sujetándoselo con un peinecillo de carey, estaba tan guapa que sus amigos los maricones de Cádiz

la llamaban la Bibelota, porque sus facciones eran tan finas como las de aquellos bibelots franceses de porcelana de *biscuit* que llegaban de Sèvres en los barcos de Marsella y que estaban tan de moda en las tiendas de marchantes de aquel entonces. Las vecinas guardaban los claveles rojos para los domingos, cuando los guardiamarinas llegaban de la isla del León a pasear por Cádiz, todas querían hacerse novias de alguno, iban tan gallardos con sus casacas azules de forro rojo y las abotonaduras doradas en la pechera, el mosquete y el sable, paseaban por el malecón de la Caleta por parejas, eran muy buenos partidos, tenían su sueldo fijo de la armada y su propia vivienda allá por el Arsenal de la Carraca. Al ver las vecinas que mi madre les quitaba los claveles salían al patio a gritar; que si ¡Bibelota, ladrona, zangolotina!, ¡devuélveme el clavel so pedazo de puta!; y ella, al percatarse de que la habían cogido y que salían a sus puertas a gritarle insultos, corría como condenada, se paraba en seco en el portón y les gritaba de vuelta con harta guasa: ¡No me sale del coño! ¡Partía de guarras!, ¡que yo lo necesito *pa* comer y ustedes solo los queréis *pa* presumir! ¿Putas yo? Anda... ¡Putas, ustedes!, ¡que no solo es puta la que cobra! ¡Calentonas!, ¡que están *toas* más calientes que el palo de un churrero! Y se iba riéndose a perderse por las calles y regresar antes del alba, borracha y despeinada, sin el clavel. Era una mentirosa, ella para estar guapa no necesitaba ningún clavel, con su carita morena clara, esos ojos cordobeses y peinada de moño, le sobraba todo.

De regreso, a veces, se caía en el mero portón y yo tenía que arrastrarla hasta el colchón como a un fardo, con las calcetas caídas y oliendo a aguardiente. Pero era mi madre, y yo la quería, como quiera que fuese era la única que tuve. Tenía que haber aprendido yo de ella y no me hubiera ido la vida como me fue, tenía yo que haber aprendido a tener dos cojones, pero no, me daba tanto pánico volverme como ella que me convertí en lo contrario, creyendo que con eso me salvaba. Crecí siendo una niña mojigata y apocada, con muchos miedos y pocos sueños, y cuando me quise espabilar me costó mucho trabajo y muchas lágrimas, más todavía que aprender a leer y escribir, a discurrir como los hombres, a entender la Gramática, la Dialéctica y la Retórica, la Aritmética y las ideas que rigen el mundo y llegar a convertirme en una mujer instruida habiendo salido del lugar de donde salí. Porque te

preguntarás de dónde he sacado esta verborrea, Rosario, de dónde la hija de una cualquiera que no sabía ni leer ni escribir aprendió a expresarse de esta forma y a escribirte de puño y letra, con este trazo claro de pluma, bordada en el papel, que no me fue más difícil de aprender que los hilvanes delicados que hice desde chica. Siempre he tenido buena mano, incluso ahora que soy vieja y que, entre el tembleque de mis dedos, el reuma que ya padezco, y el cabeceo de la *Tritona*, me tengo que cuidar de no hacer un desatino en el pliego, mientras este galeón, que ha sido mi más feroz carcelero, se rebela por lo que te cuento y no me deja escribir como se debe. La vida es larga, Rosario, y los libros, muchos, y a base de leer y leer, de escuchar con atención y de aprender de los maestros que tuve, he podido llegar a ser una mujer de razón, gracias a aquellas monjas estudié buena parte de las artes libres y, como sabes, yo misma por mi nacimiento aprendí de las serviles. En el Colegio del Pilar se encargaron de abrirme el seso a base de enseñarme que, en la vida, la ilustración nos puede llegar a todos, sin que importe ser hombre o mujer, rico o pobre, joven o viejo, ni nuestro origen ni nuestro destino, sino las ganas de iluminar ese talento que Dios nos ha repartido a cada uno.

De la Paca aprendí otras cosas, además de calar a la gente como a los melones, por la mirada, y llegar a verles el alma por las pupilas, le aprendí el baile. Llevaba la *joía* el bailoteo en los pulsos de las venas, escuchaba cualquier copla y los pies se le movían solos. Se las sabía todas, las de su raza, las de moda, las francesas, todas, hija. Era su vicio y su virtud: el baile. Le salían los boleros y las seguidillas divinamente, parecía que llevaba alas en los pies, y el fandango ni te cuento. Desde pequeña yo bailaba jugando con ella mientras sus amigos tocaban de noche las guitarras, las panderetas y los rabeles en los patios de la casa de vecinos. Figúrate que hasta las vecinas, que no la querían ni *mijita*, salían a verla, la acompañaban con palmas y la jaleaban, y alguna hasta sacaba sus castañuelas y por esa noche se olvidaba de los claveles que la Paca le había robado, y la acompañaba con gracia, mientras bailaba el fandango, porque la Bibelota era única en Cádiz. A ella el baile la condenó, pero también la redimió.

Mi padre, qué te voy a contar, *de-seguro-de-seguro* ni sé quién era, igual

que nunca supimos quiénes eran los de mis hermanos, lo mismo un capitán inglés, como ella decía, que un soldado del baluarte, que un petimetre, o algún señorito de esos que iban de paseo en carruaje por la ciudad. Aunque la Paca aseguraba que fue un capitán inglés, yo no sé si creerla o no, era muy fantasiosa. Lo único que juega a su favor era que salí yo muy rubia y con los ojos azul claro. Ella me contaba lo guapo que era y el tatuaje con un ancla, o qué sé yo, que dizque tenía en el brazo, que si se quería casar con ella, pero no le dio tiempo, porque se hundió en su barco, y que si por esa razón ella era casi la viuda de un capitán de Marina y había que respetarla, me decía secándose una pretendida lágrima bajo sus ojos. ¡Lo teatrera que fue siempre la *joía por culo!*

La malaje de mi tía Genoveva, porque esa sí que era mala de condición, en cambio me contó que no se supo nunca si era inglés o irlandés, y que de capitán no tenía nada, que era un marinero raso que parecía prófugo, porque se quedó a vivir varios meses con mi madre en Cádiz, escondido en la vecindad, decía que ese hombre no salía ni a por el pan que seguro que lo buscaba la justicia. Hasta que un buen día que un barco zarpó a las Américas, allí se fue, y desde entonces si te vi no me acuerdo.

La Bibelota y yo no nos parecíamos en nada, excepto en esos rasgos que teníamos como hechos de porcelana. Ella de pelo negro, una morena clara de las guapas, parecía cordobesa, de ojos color de la miel como dos almendras y pestañas largas. Me dijo mi tía Genoveva que la mamá Antoa la tuvo con un *gachó* que no era *calé* y por eso salió así. Y yo, en cambio, rubia-rubia como una paya de las finas y de ojo azul. Eso sí, las dos fuimos muy hermosas aunque esté feo que yo lo diga. En eso solamente nos parecíamos, que si Paca la Bibelota fue la mujer más bonita que se vio pasar caminando por Puerta de Tierra, Gregoria Salazar fue la más hermosa que se paseó en carruaje desde el puerto de Veracruz a su hacienda de la orilla del Papaloapan.

Como te decía, hija, ser guapa no siempre es una bendición, que si una hubiese nacido rica y de postín hubiera sido una buena herramienta a la hora de buscar marido, pero una costurerita hija de una ramera, que era lo que era yo, iba por el mismo camino de su madre siendo guapa. Por eso me metía en la vecindad a coser, y no quería que me viese pasear por la calle ningún mozo

gaditano, que acaban malmetiendo a una e instalándola a lo mucho de querindona en una casa nueva del barrio de la Palma, y a lo poco, pues te dejan para el arrastre como dejaron a mi madre.

Por ese miedo a salir a la calle me pasaba el día cosiendo, remendaba las prendas, zurcía, les hacía composturas mientras mi madre iba y venía de sus asuntillos, y entre las dos ganábamos bien. Pero cuando una no sale a buscar su suerte, la suerte entra a su casa a buscarla a una: el destino está echado, y así me pasó.

En mi casa, de toda la vida, entraban y salían unos maricones muy graciosos que conocían a mi madre de sus trapicheos. Llegaban a la vecindad con recados de sus amantes, contándole chascarrillos, o a venderle los vestidos usados de las señoras ricachonas por poco más de dos reales, así la Paca iba bien vestida a los saraos y las tabernas, para conquistar a quien fuese menester, rico, pobre, marinero, ministro o gobernador y para camelarse al mismísimo Fernando VI si era preciso, y eso que el rey les tenía tirria a los gitanos. A veces los mariquitas venían a comprarle a ella alguna alhaja que necesitaba vender, algún regalo de alguno de sus *queríos* que ella decía que guardaba para la vejez, cuando ya no tuviera alegría en el cuerpo *pa* ganarse la *vía*. Si la cosa estaba tiesa, como pasaba de vez en cuando, no tenía más remedio que deshacerse de alguna prenda buena, la vendía y se acabó, ella decía que *pa* eso estaban sus bienes, *pa* sacarla de sus males.

Los mariquitas hacían de intermediarios entre mi madre y alguna señora de poderío a la que le interesase la pulsera barbada, el anillo de diamantes, algún *pendentif*, o unos buenos zarcillos de aquellos que ella tenía. En una de esas, uno que se llamaba Eduardito el Tierno y que a la sazón era el peluquero de las damas copetudas, el que les hacía los pelucones, se los emperifollaba y empolvaba de talco, pues ese mismo vino una tarde a concluir una avenencia de las suyas. Eran unos pendientes de oro y de rubíes preciosísimos, que lucía la Paca como una reina, habían sido un regalo del regidor y ella los guardaba como oro en paño, pero en aquel tiempo estábamos fatal, yo sin ocuparme y ella lo mismo, así que la pobre decidió venderlos. Dicen que a una marquesa la mar de fina que acababa de llegar a Cádiz de Madrid le interesaron los zarcillos y a través del Tierno mandó recado para comprarlos. Ya arreglado

todo el tejemaneje y cobrado la Paca los dineros, el maricón me trajo un vestido de seda precioso, azul oscuro y estampado en rosa claro, que dijo que era de la hija de la marquesa, que sin haberlo estrenado lo rasgó en una prueba en su casa. El vestido había llegado de ultramar y la marquesa estaba enfadadísima con la niña porque ya no había tiempo para hacerle otro vestido, así que el peinador le habló de mí y le dijo que yo podía componerlo. Me trajo el vestido para que yo lo zurciera. Hice lo que pude y se ve que a la marquesa le gustó mi puntada, porque después de pagarme lo mío me mandó recado con Eduardito el Tierno de que fuese a verla, a pesar de que sabía muy bien de dónde venía yo porque lo sabía todo Cádiz. Me sentí feliz, porque no era fácil que a una le dieran entrada en una casa decente en la ciudad, por el asunto de mi madre.

Gracias a los zarcillos de rubí, acabé trabajando para la señora marquesa de los Arcos de Colón, doña Ricarda, en su propia casa, como una modistilla, pero, mi *arma*, un oficio decente. Quién iba a decir que de ser la costurerita de una marquesona iba a llegar adonde llegué, a ser capitán de un barco pirata.

A la marquesa le hacía yo de todo, igual le arreglaba los bajos de una bata que le hacía los cojines para un tresillo, o le arreglaba las cortinas de su cuarto, o los vestidos de la señorita María Clarines, le bordaba las coronas en las camisas del marqués, o le daba la vuelta a los cuellos de las chaquetas de los hijos, que tenían dos, el mayor, que estaba a punto de casarse con la hija de un general de la guardia del rey, y el pequeño, que se llamaba igual que tu padre: Sebastián. Porque ese hombre, hija mía, ese es tu verdadero abuelo, y no el viejo que le metió en la cabeza a tu padre tantas cosas malas, y del que llevamos su apellido.

DEL CARNAVAL Y DE LA CUARESMA

Rosario, mi *arma*, tengo que confesarte muchas cosas, hay mucho que contarte. Si hubiéramos *estao* juntas como abuela y nieta te las hubiera ido contando poco a poco, pero ahora te las tengo que decir *toas* de sopetón. ¿Quién sabe...?, a lo mejor ni te hubiera contado la mitad de las cosas que te voy a contar con mi bitácora, porque con el papel y la tinta de por medio parece que te he cogido más confianza. Hubiera sido de otra forma, eso sí, me figuro que cualquier tarde, tomándonos la merienda, esas torrijas que yo hago con una taza caliente del té amargo que traigo de la China, te hubiera dicho alguna cosilla, algún secretillo, mismamente lo de que tu abuelo no es tu abuelo, sino que tu abuelo es otro señor, o sentadas para cenar allí en San Gabriel, con una copita de vino y los buñuelos de bacalao te hubiera contado lo del capitán Bocachica, y otro día, a lo mejor, bordando cualquier prenda en el mirador de la hacienda, viendo los chupamirtos beber el agua de las rosas de Castilla, te hubiera relatado con todo detalle lo de la piratería. Pero ni hablar, hija, tiene que ser de otra forma, así todo seguido, espero que no te impresione mucho el empellón de las cosas que te digo, pero tú debes figurarte a estas alturas cómo es tu abuela, y yo soy de las de «al pan, pan, y al vino, vino» y no puedo remediar, desde que me espabilé, coger al toro por los cuernos.

Para muchos mi vida de pichelingue comenzó por culpa de un mal de amores, según las alcahuetas de Veracruz que malmetieron a tu padre

haberme *enquerindona* de Bocachica y haber *dejao* a mis hijos por él y, claro, por haber leído más de lo que una mujer decente debiera en aquel convento. Lo cierto es que de haber sido siempre una iletrada mi existencia hubiese sido como la de tantas mujeres, una existencia dormida, relegada a la retaguardia de una casa, los fogones, los bordados primorosos y los paseos en calesa de misa a la hacienda, y algún pésame o visita de precisión. Pero por la lectura me hice otra, eso sí es cierto, y lo del mal de amores también, solamente que no caí enamorada de Bocachica como dicen las lenguas de mojarra, sino que fue de tu abuelo, el de verdad.

Ese hombre, el hijo de la marquesa, es tu verdadero abuelo. Eres la primera persona de la familia a la que le cuento este secreto. Si lo hubieras conocido, si lo hubieras tenido a tu lado como casi *toas* las niñas tienen a sus abuelos, estoy segura de que te sentirías muy orgullosa de llevar su sangre, y muy triste de no poder llevar su apellido.

La primera vez que lo vi estaba yo cosiendo una de sus casacas. Apenas llevaba yo unas semanas en casa de la marquesa y esta llamó apabullándome, como siempre, para que viese aquella levita gris perla de chintz con los puños vueltos de brocado amarillo. Casi me caigo de espaldas cuando me mandó llamar al *boudoir* y entré pidiendo permiso. Estaba sentada en una butaca comiendo picatostes como de costumbre, pero ese día llevaba la cabeza sin pelucón. Era calva y yo nunca la había visto así; cuando no llevaba el bisoñé blanco se ponía un turbante a la turca, trapos en la cabeza enredados como si fuera una odalisca o qué sé yo. Me impresionó verla de esa guisa, la verdad. Comenzó a relatar nada más entré en el vestidor: que si mira, Gregoria, esta casaca le queda mal al señorito, que si le pone unos ojales de este lado y le corre los botones, que hay que forrarlos de la tela, que ya llega carnaval y se la tiene que poner, que si, Gregoria, date prisa con esto y con lo otro. La dichosa vieja era tremenda. Luego siempre quería que le arreglase cualquier cosa de un vestido, que le cosiera la saya por el costado antes de salir a una visita, volvía para que la presilla que le había hilvanado se la subiese, o que el escote que quería recto se lo frunciera, y cuando estaba fruncido se lo pusiera recto. Era insoportable trabajar para ella, ese humor bilioso que tenía la señora creo, y no me lo tomes a mal, que lo heredó tu padre, al fin y al cabo

era su abuela.

Cuando llegaba por la mañana lo primero que me ordenaba era que me lavase las manos. Me seguía donde el aguamanil para fiscalizarme, y hasta que no me veía darme con el jabón y secarme con el lienzo no se alejaba; que si, niña, te tendrás que lavar bien entre las uñas, que si antes de tocar nada tállate bien las manos con la piedra pómez, y a saber qué cosas habrás tocado con esas manos antes de llegar aquí. ¡Como si yo fuera una puerca!, ¡vamos!, me entraban ganas de decirle que se lavara ella el conejo y me dejara a mí tranquila, que yo traía las manos muy escamondadas de mi casa, porque una era pobre pero limpia, en eso la Paca siempre fue muy estricta con nosotros.

Cuando tuve la prenda en mis manos, lo primero que noté es que el olor de la casaca me enajenaba a pesar de esa mala leche que ella me provocaba; me amansé cuando la tuve en las manos, como si el deje de la ropa me fuese transformando, como el humo del tabaco apacigua a los hombres en los mentideros. Era un olor a no sé qué que no te puedo decir, no era el perfume de bergamota de Catania que tanto me gustaba o de ninguna esencia desvaída que guardase la tela, era un olor a hombre, lo que yo podía percibir. Suave, como el olor del algodón limpio que una recoge de los tendedores por la tarde, cuando el sol se debilita y las prendas se orearon. Me puse muy alterada con aquella sensación y me sorprendí oliendo la vestidura cuando nadie me veía, tratando de descubrir cómo era aquel que la portaba, tratando de elucubrar a través de ese deje aromático la bondad, la gallardía, el semblante de aquel hombre que colgaba ese ropaje de sus hombros, mientras un arpa lejana tocaba en los salones de la casa ensayando para el baile de carnaval.

Me recriminé, hija, porque ya sabes lo tonta que era en ese entonces, y sentí que casi era una buscona por atreverme a sentir lo que estaba sintiendo. Sebastián me enamoró desde antes de verlo. Cuando llegó después de comer, todo sudadito de los patios de la academia donde había estado adiestrándose con el florete, si no fuera porque con él venía su madre, casi me da un soponcio en medio del cuarto de costura. Dejó un libro de pastas negras sobre mi mesa de labor, llevaba un cartapacio con algunos más y me dio vergüenza al acordarme que yo ni siquiera sabía leer. Me di cuenta de los mundos tan

distintos a los que pertenecíamos, él llevaba libros de verdad, mientras que yo me inventaba historietas delante de unos que ni siquiera sabía de qué hablaban. Bajé la mirada, pero el olor, el mismo olor que antes había descubierto entre las tramas del chintz, había inundado la habitación impetuosamente, y se metía por mis sentidos sin que yo pudiera negarme a recibirlo, sin que pudiese yo cerrar una puerta, o bajar un postigo para detenerlo fuera. Sebastián se probó la casaca, yo ni siquiera lo miré, la marquesa, dominante, la tomó del armazón y ella misma se la colocó a su hijo. Me levanté a abrir de par en par las puertas del ropero para que se viera en los espejos y allí no tuve más remedio que mirar yo también para ver cómo había quedado mi trabajo.

Era alto, yo le llegaba a la solapa de la sayuela, de nariz recta y manos grandes aunque espigado, tenía unos ojos moros, como dos almendras del color de la miel, pestañas largas y el pelo castaño claro recogido en una cola de caballo con un lazo de terciopelo negro y grueso y dos bucles a cada lado de las sienes, la boca, Rosario, hija, qué te puedo decir de la boca, parecía que los sonidos del arpa que desde el salón me llegaban tocando una gavota no estaban sino saliendo de esos labios pálidos. Llevaba un pañuelo acortado en cuidadosos pliegues alrededor del cuello que cerraban su camisa abullonada en las mangas, y unas calzas ajustadas marrones metidas en las botas de espadachín. Por el espejo nuestras miradas se cruzaron, mis ojos azules se encontraron con los de él, me vi a mí misma mirándolo y a él mirándome, multiplicados cientos de veces en las lunas encontradas que repitieron nuestra imagen en un pasillo infinito hecho de cristales.

Esos minutos fueron mágicos, yo con mi pelo recogido en mi redcilla de madroños y mis tirabuzones rubios colgando, mi vestido pardo de trabajo, el delantal blanco y los manguitos impolutos de la misma tela en las muñecas. Mis manos blancas sobre el azul de la casaca se reflejaron una y otra vez en los espejos caminando la tela, midiendo las pulgadas que iban desde el hombro a la solapa, y luego del otro lado, como una cierva que caminaba por los riscos de un monte que no era sino la estampa de Sebastián. Mientras, trataba de evitar sus ojos para no ser descubierta por la vieja cascarrabias, que, inquisidora, ponía más interés en ver si mis manos estaban limpias o no

con piedra pómez, y por causa de sus necesidades se estaba perdiendo lo que sucedía entre las lunas de aquellos dos espejos que se miraban el uno al otro.

Después de aquel encuentro Sebastián halló muchas excusas para pasar por el cuarto de costura. Antes de irse a la academia venía a que le diera una puntada en algún fajín, el lateral de la levita, o un pasacintas que se había salido de sus ojales. Fueron miradas, roces de manos, algún suspiro al salir del cuarto y hasta un pañuelo olvidado con un ramito de jazmines blancos sobre la mesa de costura, donde los papeles pintados de tiza esperaban marcar el corte de mis tijeras en el entramado de sus ropas. En menos de una semana ya me dejó entre los dobladillos de una camisa una carta escrita de su puño y letra. Como yo no sabía leer, me tuve que buscar quién me la leyese, y no fue otro que mi tío, José Candelario, hermano de la Paca, el único de mi familia que sabía leer y escribir.

José Candelario, en ese tiempo, trabajaba en los puertos de cargador, era el hermano más joven de mi madre. Como ella, estaba proscrito del clan de Puerto Real, porque siendo un chaval *jirió* de muerte en una pelea de navajas a su propio tío, y el desacato a los mayores lo pagan los gitanos con el destierro. Estuvo en el penal de las Cuatro Torres, por allá por el islote de Santa Lucía con el asunto de Ensenada y el encierro de los gitanos, pero gracias a Lasquetty lo lograron sacar por mediación de mi madre, por eso le estaba muy agradecido a la Paca y nos procuraba mucho. Venía de vez en cuando a ver a mi madre, a la que a veces ayudaba y a veces le daba un sablazo. Allí en la cárcel dizque aprendió a leer y escribir del capellán, y aunque no era un hombre de oficio ni beneficio se buscaba la vida a pesar de ser más flojo que el tabaco de Holanda. Por eso iba de un trabajo a otro ganándose el sustento sin una cosa fija, un día hacía una cosa y al día siguiente otra, pero nos procuraba y era bueno con la Paca. Mi tío era un hombre bien parecido, tenía los ojos verdes con cejas pobladas y una sonrisa siempre en los labios aunque tenía algunos dientes torcidos; me llevaba, yo calculo, que unos quince años y ya estaba calvo, siempre tenía una barba de dos o tres días que cuando no bebía y le sobraban dos cuartos para ir al barbero se la afeitaba. Y aunque no podría decir que fuese un hombre feo para nada, ni desagradable, si yo hubiera sido imaginera y me hubiesen

encargado un paso de la Santa Cena con los doce apóstoles, hubiera copiado las facciones de su cara para ponérselas a Judas.

Me fui esa tarde directamente del palacete de la marquesa a la taberna de la Calandria, donde yo sabía que mi tío se pasaba la tarde jugando al revesino y bebiendo aguardiente con sus amigos. Me dio vergüenza entrar, así que le mandé recado con el aguador que estaba en la puerta y mi tío salió enseguida a verme. Aunque no le gustaba que fuéramos a buscarlo allí, conmigo no se enfadaba tanto como con mis hermanos. Salió por las puertas de la taberna echado *p'adelante*, como siempre iba, y no hizo más que verme cuando su vozarrón se le desbocó para recriminarme el porqué había ido allí a buscarlo, yo lo interrumpí: que si tío tiene usted que ayudarme, tengo una amiga y le han escrito este recado, es de precisión que me diga lo que dice el papel. A José Candelario no era fácil engañarlo, y la verdad no me salió el paripé. Enseguida supo que el papel era para mí y lo partió en dos ante mis narices volviendo a las recriminaciones: que si Gregoria no te convienen estas cosas ni te conviene engañarme, que si Gregoria yo no soy el alcahuete de nadie y menos tuyo, y que si como yo te vea en compañía de algún señoritingo de esos te *jarto* de chuletas, ¿o es que no te enteras que estos petimetres lo que quieren es follarte y adiós muy buenas?, quitarte la honra dejarte *tirá* como una alpargata, ¡que ya tenemos bastante con una en la familia!

Me fui a dormir pensando muy bien en lo que mi tío me dijo. No pegué ojo en toda la noche, pensando en que las intenciones de Sebastián no eran sino deshonrarme y que aquello no era sino como un manojo de rosas muy bonitas de momento, pero cuando estas se marchitasen me encontraría tan solo con un palo lleno de espinas.

Menos mal que aquella noche la Paca no vino a dormir porque se hubiese *dao* cuenta de que andaba yo *alteraíta perdía*, mis pobres hermanos, a los que despertaba cada dos por tres, estaban *jartitos* de decirme: que si Gregoria duérmete ya, que si Gregoria deja de darte vueltas en el catre que parece que tienes un tabardillo. Y así sin sueño estaba cuando oigo un ruidito en la ventana, un golpe de piedra o qué sé yo. Le dije a los niños que se quedaran

quietos, que no se levantaran por nada del mundo y me hicieron caso. Me fui a ver, abrí los postigos, afuera estaba él. Había dejado el caballo amarrado a la reja como el panadero dejaba la burra. Puse cara de asustada y él me preguntó si no le iba a contestar la carta. Entonces le conté que me la había *quita*o mi tío y se había *enfada*o, pero no le confesé el porqué había llegado a las manos de José Candelario, me dio *qué-sé-yo* decirle que no sabía leer.

Allí mismo le pregunté y él por la reja, mirándome y con los ojos brillantes, me dijo sus verdaderas intenciones. Y tengo que confesarte algo, Rosario, heredé de la Paca, como buena gitana, un don con el que calar a la gente, dizque algunas personas podemos verle el alma a los demás a través de las pupilas, así hacía mi madre, la Bibelota, y así hacía mi abuela, la mamá Antoa, y así me dijeron que hacía la madre de esta y la de más arriba. Es solo un momentito breve, no pasa cuando una quiere o lo decide porque no es de voluntad sino de condición, será que se abre un resquicio por los ojos o que Dios permite que miremos a los adentros de uno, pero, para bien o para mal, me ha pasado muchas veces, y esa vez le pude ver el alma a tu abuelo, y lo que vi, mi niña, era todo bueno, así que no me asusté y lo creí a pies juntillas. No sé si tu has heredado esta cosa que nos viene sucediendo a las mujeres de la familia, no te lo deseo ni te lo quiero dejar de desear porque por un lado es bueno y por otro malo, que muchas veces es mejor vivir siendo una ignorante que viendo o sabiendo cosas de más. Si lo tuvieras, déjate guiar por él, que las veces que no he seguido ese sentido gitano las cosas me han ido mal, pero cuando le hice caso a la sangre que iba por mis venas y que me decían que lo que parecía negro era blanco o que lo blanco era negro, entonces me ha ido bien.

Sebastián se quedó un buen rato cortejándome en la ventana, haciéndome olvidar el mal rato que había pasado yo misma elucubrando cosas. Sabía camelar, sabía decir la palabra que una esperaba. Me pidió que el Jueves Lardero en que empezaba el carnaval lo acompañase a la verbena que había en el pinar por allí por la salina de Santa Gertrudis. Los tres días que faltaron para el jueves no hice más que darle vueltas al asunto. Me daba tanto achare, hija, porque a mí no me gustaba que me vieran en público con ningún muchacho, y menos en un pinar donde se celebraba el principio del carnaval

y estaba *to Cáiz*. A pesar de que le había visto en las pupilas un corazón de oro, me dio por figurarme la pura realidad: a nosotros no nos dejaban casarnos ni los de arriba ni los de abajo, nunca se había visto en Cádiz una boda así de desigual, eso era imposible. Y el mundo no iba a cambiar por mucho que yo quisiera.

Finalmente, no fui, entre el miedo que me daba que mi tío se enterase, el que yo tenía de las murmuraciones y lo convencida que estaba de que aquello era un imposible, me encerré ese jueves a cal y canto en la vecindad a rezar y a coser. Yo había ido otros años al pinar de Santa Gertrudis, por allá por el caño de la Culebra, pero había ido de chica con mi madre, con mi tía Genoveva o los mariquitas que siempre organizaban merienda con hornazos, buñuelos y bollitos de leche. Hasta ponían una piñata colgada de algún pino, con papelillos, chucherías y un cuarto de plata cuando era año de bonanza. Pero la verdad, aquel año, por todo el lío con el señorito Sebastián, no quise ir. Cuando una no sale a buscar el destino, como te he dicho, el destino la busca a una. Sebastián volvió ese mismo jueves a la reja cuando vio que no llegaba a la verbena, las calles estaban vacías y en la vecindad no había nadie, todos estaban en el pinar de Santa Gertrudis. La Paca había salido porque como se avecinaba la cuaresma y en esos días la pobre no podía trabajar, ni ganaba nada de nada, tenía que aprovechar el tiempo de jolgorio para hacerse de sus cuartos, y mis hermanos se habían ido con los chiquillos al juego de la cucaña.

Sebastián no se enfadó porque lo hubiera dejado más plantado que una maceta en su tiesto, yo creo que, al contrario, hija, eso le gustó más, que fuese yo una mocita de seriedad, que me pensara las cosas y no fuera una atolondrada de las muchas que hay. Así son los hombres, cuando una no les demuestra interés ni facilidad ellos se empestillan más en una. Pero si se pone una de facilona y fresca la mandan a tomar vientos más pronto que qué. Los hombres son cazadores, y cazan lo que se mueve, lo que corre y vuela, la pieza que se queda quietecita al lado del cazador entre las jaras no les interesa, piensan que será un animalito enfermo, ellos le disparan a lo que se les escapa de las manos. Tu abuelo Sebastián entendió cuando le dije que no quería que me viera la gente con un hombre, que yo, a pesar de ser la hija de

quien era, era una mujer de bien. Y como buen cazador siguió insistiendo y se pasó los próximos días viniendo a la reja y suplicándome que lo acompañase al martes siguiente a pasear con las comparsas y las charangas, con las máscaras puestas, donde nadie podría saber quién era yo y mi reputación quedara a salvo. Fueron noches en vela, pensando si estaba bien o mal que me viesen con un hombre de otra condición, en una fiesta donde además la gente decía que no pasaba nada bueno. Justo lo que había estado tratando de evitar desde que era niña, entonces ya siendo una mocita parecía que irremisiblemente era mi destino.

Salí de la vecindad a la mañana siguiente como siempre, con mis cosas en la cabeza, la sopa de ajo y el pan duro para la cena de mis hermanos, el dinero para los carboneros y la incertidumbre de si la Paca llegaría o no borracha *perdía* de madrugada. Cuando llegué al palacete del barrio de Santa María había un revuelo tremendo, los criados estaban preparando sus libreas, unos arreglaban la fachada con guirnaldas de ciprés, colocaban velones nuevos, movían muebles en el salón y en los corredores, y hacían adornos de papelillo. Los marqueses tenían un baile de máscaras al día siguiente, la misma noche que Sebastián me pidió que saliera con él. Y yo pensé que sin la Paca en mi casa y con fiesta *ancá* de la marquesa, podríamos salir los dos sin que nadie nos echara de menos. Cádiz aquella noche era tan solo para nosotros.

Ese día cosí y arreglé tantos vestidos de carnaval que casi acabé borracha. Estaba, además, cansada, porque los días anteriores para ganar un dinerito de más, hicimos mis hermanos y yo máscaras y caretas para venderlas. Ponía yo a los niños tumbados como estatuas de catafalco y allí en sus caritas iba colocando el papel mojado en engrudo para darle forma. Ya que se secaban al sol, forraba los antifaces de retales de terciopelo, de trozos de seda que me sobraban de mis cosas, o les pegaba plumas de colores, bajos de tafeta o tiras de encaje que ponía tieso con agua y azúcar. Luego venían los maricones a casa y se las llevaban en canastas para venderlas.

Carnaval era nuestra época de bonanza, donde lo ganábamos bien, tanto yo,

que ponía vestidos, como mi madre, que se los quitaba. Teníamos que ahorrar, sin embargo, porque luego llegaba la cuaresma y la Paca se quedaba tiesa con las vigiliyas y las abstinencias. A pesar de eso a mí me gustaban la cuaresma y la Semana Santa. Salía a ver las procesiones con ella, era cuando más la disfrutaba, cuando Paca la Bibelota se convertía en la madre que yo quería tener y no la que Dios me dio. Se ponía muy guapa y hasta parecía una mujer decente con su velo de mantilla, la peineta, el rosario, la falda bien abullonada de enaguas por los bajos y dejaba de beber por un tiempo; parecía una dama de alto copete.

Unos días al año me sentía orgullosa de tenerla como madre y de ese orgullo vivía cuando me daban vergüenza las otras cosas que luego la enredaban. Nos íbamos a visitar los siete sagrarios, al besapié del Nazareno, el viernes la Dolorosa y el Domingo de Ramos con una hoja de palma veíamos al Señor de la Borriquita pasar por la calle Cerería o bajo el arco de la Rosa, y la Paca nos compraba pipas y altramuces, y algún año, creo recordar, hasta le alcanzó para convidarnos un pirulí de azúcar cada uno.

DE UN BAILE DE MÁSCARAS

Sebastián y yo nos encontramos bajo el arco del Pópulo como habíamos quedado, las campanas de la iglesia no habían dado ni las seis. Eduardito el Tierno me había acompañado allí desde la vecindad para que no fuera sola, prometiéndome que no le diría nada a la Paca, porque, aunque mi madre fuese lo que fuese, era muy estricta con mis asuntos. Le pedí que me dejara en la esquina, me daba vergüenza que me vieran con él, y aunque se moría por fisgonear y poder ver a Sebastián, se tuvo que ir a *juir* porque no lo dejé quedarse de ninguna manera.

Había una algarabía desmedida, las comparsas iban y venían con pitos y matracas, los mocitos soplaban matasuegras por debajo de los antifaces, o lanzaban al aire puñados de confeti de colores traído en las fragatas genovesas que llegaron esos días al puerto. Aquel año el jolgorio que se armó fue memorable para mí, nunca vi un carnaval en Cádiz tan concurrido. No me puedo figurar si era así de verdad o si yo misma lo veía de esa forma a través de mis ojos, porque cuando una está enamorada pretende que todas las cosas a su alrededor sean maravillosas, únicas, y no quiere ver nada deslucido ni recordar el detalle feo. Yo siempre fui así, aunque en aquellos años no me daba cuenta. Cuando venía Sebastián a verme a la reja solo veía los naranjos en flor y solo tenía olfato para el azahar, se me pasaban por alto otros olores, las tapias caídas de la casa de enfrente, las bardas de palo de la vecindad por donde las ratas pululaban de noche o el tufo a meado que bajo el poyete de la

reja se concentraba porque las vecindonas habían elegido ese preciso lugar para vaciar los orinales desde el balcón.

Había despedido a Eduardito antes de cerciorarme dónde estaba Sebastián, pero yo sabía que en el pasadizo que unía las dos calles me esperaba sin falta. Tu abuelo era un hombre firme como una roca, y yo para ese entonces ya lo barruntaba. Miré bien a mi alrededor, y de repente me preocupé por haber echado al Tierno, no porque dudase de la palabra de Sebastián, sino porque pensé que no sabría cómo reconocerlo: todos estaban con máscaras y con tanto antifaz y careta no tenía forma de saber quién era yo, ni yo de saber quién era él. Luego me acordé de que me había olvidado de algo que me dijo el día anterior y sin embargo había dejado que el desatino me ganara. Al ver a un enmascarado con una rosa roja en el ojal de la casaca enseguida recordé la seña que me dio para reconocerlo.

Me acerqué hasta tener la flor frente a mí, la rosa de la presilla me llegaba a la altura de los ojos, iba prendida en aquella levita gris de puños volteados que llevaba bajo el capote oscuro y que yo había tenido tantas horas en mis manos haciéndole pespuntes y composturas. Un chaleco brocado como los puños de las mangas se veía entre las solapas y bajo el pañuelo de cuello que colgaba suelto. No se había puesto peluca, en cambio llevaba su cola de caballo cogida con un ancho lazo de terciopelo negro, los dos bucles a los lados y un sombrero de tres picos con ribete, unas calzas ajustadas de damasco hasta los bajos de las rodillas y medias blancas con los finos esarpes. ¡Estaba tan apuesto! Llevaba una condecoración con una cruz de Malta, que dejaba ver su rango en medio de tanta morralla y apenas me vio se acercó a mí, se desprendió la rosa y me la entregó. No pude por menos de recordar los pensamientos que tuve en los días anteriores: «Cuando los pétalos se mustien y se caigan me quedará un recio palitroque seco, lleno de espinas.»

Después del encuentro donde el parapeto de las caretas no nos dejaba entender lo que nos hablábamos, donde las palabras se quedaron en el fondo de una caja sorda de cartón y plumas de colores, me tomó de la mano y atravesamos el pasaje del arco del Pópolo, salimos a la callecita de atrás y entramos en un tropel de gente que con charangos y tamboriles cantaba unas

coplillas irreverentes contra los curas. Comenzamos a divertirnos en medio de chirigotas de arlequines y monigotes de trapo lanzados al aire. Seguimos la comparsa hasta el oratorio de San Felipe Neri, donde la gente estaba mucho más desmadrada y corría de un lado a otro en vivarachas cuadrillas con sus turutas. Polichinelas lanzando papelillos y serpentinas, aguadoras que pregonaban el azucarillo con palodú, licores de anís, aguardientes, iban cargando con la vasera y todo lo necesario, vendedores de carracas, pitos y molinillos de papel, buñueleras que llevaban de forma diestra en la cabeza los canastos con pestiños y gznates, haciendo malabares entre el gentío del carnaval, y gitanas esperándote en las escaleras de un templo para leerte en las manos la buenaventura.

Yo apenas podía seguirle el paso a Sebastián, a pesar de ir agarrada de su brazo, porque no estaba acostumbrada a caminar sobre los coturnos de corcho que le había robado a la Paca para esa noche. Iba como podía, voleando las enaguas ahuecadas por la crinolina de mi vestido de corte francés, sintiendo detrás el incómodo polisión y arrastrando la mantilla, ya sin cuidado, por la mugre de las calles.

¿Sabes, Rosario, por qué me gustaba el carnaval? En esas fiestas el pueblo y la alcurnia se mezclaban, aunque fuese por unos días, como nos mezclamos nosotros dos, y en medio de gente de su clase y de gente de la mía fuimos juntos a comer chocolate con churros en un café del malecón, donde lo mismo se sentaban las arrabaleras que las damas, los pelafustanes y los caballeros, los pobres y los ricos. En la confitería que hay en la calle Hércules esos días se le despachaba a todo el mundo; con tal de que tuviesen un doblón en la bolsa qué importaba la calidad de la tafeta de sus levitas, lo alto de su copete o si llevaba un ribete de picos en la falda. En dos filas distintas se alineaban por la puerta de delante los caballeros y por la contigua, la masa popular. Sebastián compró allí cucuruchos de chochos, a los que él llamaba altramuces, y los repartió a algunos saltimbanquis que había en la plaza y que pedían su colación. De la calle Hércules caminamos hasta que me hizo una petición que me costaba trabajo aceptar: quería que fuéramos juntos al baile de disfraces que daban sus padres en el palacio de Santa María.

No supe qué contestarle y no quería tentar mi suerte yendo a esa casa,

precisamente a esa casa, como una pelagatos colada al festín. Llegando a un banquete al que no había sido invitada y encajándome de gañote, para que me dijese cualquier cosa y me echase la marquesa con cajas destempladas a la calle. Así que le dije a Sebastián que de ninguna manera. Él insistió. Me aseguraba que nadie me reconocería, y que era importante para él que fuese. Tenía que hacer acto de presencia y después me prometió que volveríamos a las calles a seguir divirtiéndonos los dos solos. Yo, la verdad, hija, entendí que me estaba ofreciendo algo importante: ir a su casa no se lo ofrece un hombre de su clase a una mujer de la mía si no quisiera algo serio. Así que terminé aceptando y en el fondo me sentía halagada con aquella petición.

Su carruaje de madera lacada nos esperaba en las escalinatas de San Felipe Neri. Era difícil el tránsito por la ciudad entre la turba, y tenía miedo que con el *jalor* de la carroza me desluciese, ya bastante trabajo me había costado meterme allí adentro con todo el entramado de alambres, y sentarme en los capitoneados de terciopelo con tanta mantua ya fue una gran hazaña, porque los cocheros iban frenando a la vez que arreaban a trote los caballos, y a una sacudida seguía otra. El postillón se había colocado delante dirigiendo por entre los parroquianos, hasta que llegamos a un claro y se pudo regresar a su sitio al lado del cochero. Allí subida yo miraba el espectáculo de Cádiz por carnaval desde un carruaje, no te lo vas a creer y te pareceré una cateta, pero a esa edad era la primera vez que yo entraba en uno así de lujoso. Ora veíamos a un hombre grande como un trinquete vestido de madama, dándole al mirlitón y haciendo morisquetas como si de una señora farfulladora se tratase, ora una mujer disfrazada de obispo que le daba la bendición a un joven con hábito de monja que sacaba una obscena fruta de entre las enaguas profiriendo cochinadas, o un grupo de manolas enmascaradas, que no se sabía si eran manolos o manolas, manteando un pelele de trapo relleno de paja que volaba por los aires como si de un cuerpo muerto se tratase.

Finalmente, tras pasar por el barrio de San Lorenzo para evitar las masas, el cochero nos paró frente a la fachada principal del palacio de los Arcos de Colón, yo nunca había entrado por allí sino por la puerta de carruajes y los establos, para eso era del servicio de la casa. Entré al palacete de tu bisabuela la marquesa sintiéndome la mujer que no era. Iba del brazo de tu abuelo

Sebastián, con el vestido azul de la Paca, y aunque no me había acostumbrado al abultado polisón y a tantas enaguas como llevaba esa noche, sentía que así era la forma natural en la que yo tenía que vestirme, y que hasta ese día no había sido yo sino otra mujer distinta que había esperado ese preciso momento y a ese preciso hombre para llegar a ser la verdadera mujer que llevaba dentro. Sentía frío en el escote, nunca había mostrado tanto de mi pecho como entonces, parecía que se me fuese a salir sobre el borde de la saya, y a estallar el cintillo de lo apretado que estaba.

Ya desde la calle la fachada lucía hermosa, los balcones de piedra flanqueados por cirios con guardavientos dejaban ver el color albero y rojo de los muros entre las sombras de las golas grises. De las rejas habían colgado guirnaldas de siempreverde, y un tapiz enganchado en el balcón principal mostraba el escudo de abolengo de la familia. Me parecía mentira estar en la casa donde era una sirvienta del brazo de él. Entramos por el portón y por primera vez llegué a ver bien los frescos de los techos del vestíbulo, que en aquel momento no sabía qué eran, pero luego aprendí por la madre Cienfuegos que aquellos hombres y mujeres desnudos entre nubes no eran sino dioses griegos en el Olimpo. Subimos a las escaleras principales pasando entre Cupertino y el otro ordenanza, que me veían todos los días entrar a coser y que ahora vestidos de librea y con pelucones blancos parecían señoritos de postín venidos de Francia, como los comerciantes que acababa de ver en la cola de la confitería comprando los *pitisús*. Excuso decirte, Rosario, que no me reconocieron. La máscara estaba tan bien hecha, llevaba las facciones de la Bibelota, pues había yo hecho el molde de papel sobre la cara de mi madre una tarde en la que se sentó en la mecedora después de comer y luego de pintarla la cubrí de plumas de pavo real que compré en La Oriental, una mercería la mar de fina de la calle Columela. Al pasar delante del espejo grande del descansillo de las escaleras me vi reflejada con tu abuelo Sebastián. A través de mis ojos escondidos en aquellos cuévanos de papel piedra aprecié la seda gruesa del vestido; era del color que tiene la tarde cuando está a punto de convertirse en noche, el paño tornasolado caía hacia atrás y me hacía una cola muy bonita; Gregoria, ¿quién te ha visto y quién te ve?, me dije para mis adentros, mientras el paño reflejaba las velas de las

arañas de cristal y comprobaba que mi pelo rubio, empolvado de talco y con aquellos bucles de copete que Eduardito el Tierno me había hecho, no había sufrido ningún percance con el traqueteo del carruaje.

En el gran salón, las flautas, las arpas y clavicordios se oían a todo lo que daban. Recordé cómo ayudé a recoger los cortinajes con varios respuntes y dobladillos para que no estorbasen el baile. Los criados habían retirado todos los muebles y los invitados bailaban el minué en medio de la gran estancia. Esa noche allí estaban todas las gentes de importancia y de poderío que se preciasen en Cádiz: la de Medinasidonia con el mantón de Manila más grandote que ninguna; las niñas de Fuentes, el notario, que eran feísimas, se les había pasado el arroz y ya no se casaban; las del marqués de Tamarón, todas emperifolladas y con los labios pintados de carmín de pelargonio, se veía a la legua que se habían puesto coloretos de remolacha; el regidor Lasquetty con el pelucón, que se decía había sido el amante de mi madre; la condesa de Niebla, doña Cirila, con lo borracha que era se pasó todo el tiempo que estuvimos allí tomando licorcito como de costumbre mientras daba tumbos de un lado a otro del salón de baile con el bisoñé ladeado, buscando por aquí y por allá algún sirviente que le llenara la copa. De pie ante los balcones estaba todo el almirantazgo de la Carraca bien uniformado y todos galanes, asediados por la mirada expectante de una nube de solteronas que buscaban bailoteo y más adelante marcha nupcial, y que dejaban mostrar sus libretas de baile sin ningún recato a ver si algunos picaban y las sacaban a bailar lo que fuese. Sentada en el tresillo, la de Cucala, con unos zarcillos imponentes, hablaba con su comadre, que iba con más joyas que la Virgen de la Esperanza en la procesión del Jueves Santo, y con el docto don Luis Cansino, que las escuchaba a las dos. Más allá estaba la puerca de la marquesa manchando descuidadamente la seda de la butaca con un hilillo de chocolate que resbalaba de su mancerina. Y hasta una princesa italiana, la mar de guapa y en edad de merecer, vino expresamente al baile a ver si la casaban con Sebastián, según me dijo tu abuelo al enseñármela de lejos; iba escoltada por el marqués todo el tiempo, que parecía el viejo su alcahueta más que su anfitrión, se contoneaba el padre de Sebastián ajustándose de vez en cuando el lunar postizo de la cara que con el sudor se le caía, le iba

presentando a la gente de aquí y de allá, pero la pobre se veía que estaba hasta el mismísimo de tanto lambiscón y pelotillero, y no veía la forma de zafarse de él, que la llevaba y traía de arriba abajo como falda de puta tratando de descubrir a su hijo y al que afortunadamente no pudo encontrar esa noche.

Sebastián me contaba cosas de las gentes que allí estaban, mientras me llevaba paseando por el borde de la habitación y poco a poco me convertía en el centro de las miradas de aquella reunión de cotillas gaditanas que entre ala y ala de abanico torcían la cara y se tapaban la boca con las varillas para cuchichearse, escudriñando de reojo la condecoración que delataba quién era el enmascarado caballero que me guiaba por los pasillos que se formaban entre los invitados. Igualito que las mujeres de mi vecindad, hija, por muy finas que fuesen, en el fondo eran iguales de chismosas y alcahuetas. Estaba tan contenta de que me mirasen todas, de ser el centro de atención de aquellas que antes acaparaban la mía. Porque si hay algún pecado que no me importe que cometan conmigo sin reserva es el de la envidia. Tan envanecida estaba de la batahola que calladamente provocaba en aquel salón que no me di cuenta de que, en un giro de la estancia, nos topamos de frente con la mismísima marquesa, que iba secundada de la petulante María Clarines, vestida de un horrendo amarillo claro que le sentaba fatal. Doña Ricarda, como todos, reconoció a su hijo por la cruz que llevaba en la pechera. Ella iba también de tafeta amarilla, pero más intensa que la del atuendo de María Clarines, con un vestido que me había dado mucho trabajo, llevaba un antifaz de seda roja cubierto de plumas pintadas, un pelucón enorme blanco, con un tupé rematado en una pluma de avestruz, y de sus orejas pendían aquellos zarcillos grandes de rubíes que habían sido de mi madre. Me dio una penita vérselos a la hijaputa, después de tantos Domingos de Ramos en los que se los había visto a mi madre colgados para ir a ver al señor de la Borriquita. La marquesona los lucía fatal, ella era cuellicorta y los pendientes demasiado largos para aquella mujer entrada en carnes, ni comparación con Paca la Bibelota. Sin poder disimular su curiosidad tomó sus impertinentes, que colgaban de una cadena de oro abrochada a su pechera, y los colocó delante del antifaz para escudriñarme, me miró de arriba abajo y, como una urraca

parlanchina, acosaba a Sebastián de indirectas acuchilladoras: que si no me va a presentar a la damisela, hijo; que si señorita, porque me imagino que será usted señorita, sea usted bienvenida a nuestra casa, y ya iba a continuar cuando en ese preciso momento los músicos pasaron del minué a una gavota y Sebastián se pudo excusar con ella sin provocar trifulca: que si esta pieza se la prometí a la dama, madre, permítanos.

Lentamente de la mano en alto, me fue llevando al centro de la habitación bajo las miradas, mientras las arpas y las flautas comenzaban a entablar un diálogo entre ellas como el que entablaban nuestros ojos asomándose cómplices por los resquicios de las máscaras. Aquella pieza que yo había oído ensayar semanas atrás cuando arreglaba la casaca de Sebastián, como por arte de magia, salió de entre el cuarteto para nosotros, como si hubiera estado escondida en las cuerdas del arpa esperando nuestra llegada, esperando aquel preciso momento porque sabía que era nuestra música. Era de las pocas que yo sabía bailar bien, y al oír los primeros acordes me transporté a mi infancia, a aquel patio mugriento de la vecindad, con la ventana del cuarto abierta de par en par y el aroma de los naranjos entrando a raudales, tan distinto de aquel lugar de terciopelos, sedas y espejos dorados. Me vi descalza, con los pies sobre los chapines de la Paca, agarrada a sus manos y ella a las mías, siguiendo su marcha sobre el azul marino de sus pies y bailando aquella gavota paso por paso, en *pa de burré* como ella le decía mientras me lo enseñaba, luego me hacía mover las manos al son de los fandangos mientras que el Eduardito y sus amigos punteaban las coplas en las guitarras y las notas de un viejo rabel sonaban desde el poyete inundando aquel patio de mi niñez y mi memoria. Gigas, gavotas, boleros, fandangos, seguidillas, minuetos, y hasta la jota de Aroche, para ella siempre había una buena excusa a la hora de bailar, como buena gitana. Si estábamos alegres bailábamos, si estábamos tristes, para alegrarnos, si habíamos comido, para celebrarlo, y si no había qué comer, para distraer al hambre, me decía. Dominaba lo suyo, el flamenco o lo que estuviese de moda, igual unas danzas napolitanas que le enseñaban los marineros en sus juergas por los puertos, que las que aprendía con los maricones. Era lo que más le gustaba del mundo a la Bibelota, descalza o con escarpines, con *viellas* o tarareando ella misma

sus tonadillas, y yo heredé eso de mi madre, por eso no tuve más remedio que volar sobre las suelas altas de corcho de los chapines de seda que le robé del arconcillo donde guardaba sus tesoros, sentía los brazos de tu abuelo guiarme, como otrora me guiaba la Paca, como si me quitasen el miedo pudiendo apagar las murmuraciones de las lenguas viperinas de Cádiz. Aquella noche fue premonitoria, Sebastián me llevaba de un lado a otro, como me siguió llevando el resto de mi vida, de arriba abajo detrás de él.

En esos minutos, Rosario, bajo los candiles de cristal de docenas de bujías blancas, viéndome dar vueltas y vueltas tras las plumas azules cada vez que nos cruzábamos con un espejo, fui la mujer más feliz de la Tierra. Detrás de una máscara una tiene más conciencia de sí misma, parece que una se mete adentro de su ánimo y que se comprende mejor. Esa noche me sentí que era más de verdad, que cuando no llevaba aquel parapeto de plumas y guiaba mis *haceres* por el qué dirán. Tras el cartón piedra podía hacer lo que me diese la gana, el verdadero baile de máscaras es antes y después del carnaval, el verdadero disfraz lo llevamos el resto del año, cuando nos comportamos como no somos.

Bailé esa noche todo lo que pude, luego de la gavota vino un rigodón, una zarabanda y unos fandanguillos, y Sebastián no se despegó de mí más que unas pulgadas para dar los quiebros del baile, mientras todas las cotillas de Cádiz no hacían más que mirar y murmurar que quién podría ser esa extranjera que bailaba tan bien lo mismo el minueto como el fandango.

Un poco antes de que sonasen las campanas de la catedral, Sebastián decidió que nos fuésemos otra vez a la calle. Esta vez no salimos en carruaje, nos deslizamos por un lateral del salón creyendo no ser notados y bajamos a toda prisa las escaleras agarrados de las manos mientras oíamos la voz atiplada de la marquesa, que tras de nosotros, venía llamando a su hijo sin poder disimular la curiosidad por saber quién era yo. Sebastián hizo como que no oyó nada y los impertérritos ordenanzas que flanqueaban la escalera ni siquiera se inmutaron cuando salimos por entre ellos al vestíbulo donde nuestras risas delataban que nos estábamos burlando de su patrona.

Seguimos, como dos niños traviosos que comparten fechorías, por las calles de Cádiz. En el barrio del Pópulo nos unimos a unas chirigotas que llevaban un catafalco a hombros para comenzar en algún lugar de la Caleta el entierro de la Sardina. Seguimos con ellos hasta la Puerta del Mar bajo el sonido de las carracas y los pitidos. Llegamos sin querer hasta la playa de Cortadura, y allí junto a las murallas, en unas redes *amontonás* que había en la orilla nos sentamos. Tenía yo quince años y ya era una mocita.

El olor a mar, la bahía de plata, el cielo negro inundado de estrellas fugaces, y esos dos ojos que vi cuando él se quitó la máscara negra, me obligaron a hacer lo que hice. Yo sola no tuve la culpa de lo que pasó, Cádiz me contagió sus ganas de seducir, de provocar al mar embravecido. Fui esa noche como el arrecife, me dejé partir en dos, permití que entrasen las olas a mis playas nuevas y deslavasen aquella arena que había estado siempre a buen recaudo. Provoqué que entrara un océano a la bahía, alimenté la fuerza de las olas en mis entrañas para dejarme consumir por ellas, como Cádiz alimenta la fuerza de ese mar que a través de los siglos la está consumiendo.

Aunque torpes, nos desnudamos en la playa, por primera vez. La casaca, la cruz y el fajín se amontonaron sobre las redes húmedas, desanudó mi saya, luego el miriñaque y las enaguas cayeron a la arena por su propio peso con todo y faldas, yo jalé de sus calzas descubriendo por primera vez el cuerpo desnudo de un hombre al lado de mi propia piel, y pude sentir de cerca aquel olor que descubrí en el cuarto de costura. Me ahogué en ese aroma que desde entonces ha sido mi ansiado bebedizo, las lágrimas de una amapola narcótica, mi remedio, mi soporífero, el humo aletargante que me encadena.

Me bebí de su cuerpo su primera vez y él se bebió del mío la que yo guardaba, fui una ensenada que, como Cádiz, recibía a los galeones entre las oleadas de su propio cauce desbordado. Descubrí ese miedo agradable que no conocía, ese temor y ese deseo que juntos te llevan de la mano como se lleva a un ciego, temor y deseo que son el preámbulo del placer por descubrir. Me quise quedar a vivir para siempre en su pecho, por eso, y solamente por eso, esa noche lo recibí.

Entre beso y roce, entre caricia y codazo, en la torpeza y la destreza de dos principiantes que se iban haciendo expertos. Como un potrillo sale

caminando y trota al ratito de ser recién parido. El amanecer nos cogió por sorpresa en la arena, mientras las máscaras y los ropajes de carnaval nos esperaban, húmedos de relente, junto a las redes.

Muchos te dirían que «de casta le viene al galgo» y que no hice ni más ni menos que lo que mi madre hacía por dos reales, las vecindonas cantarían de nuevo, con guasa, sus coplitas sarcásticas, o dirían que lo que yo quería era atrapar al hijo de los marqueses a base de enchocharlo y con la putería. No me voy a excusar, Rosario, con ningún tipo de argumentos, ni a esconderme de tu juicio tras la falsa pudibundez. Éramos jóvenes y la juventud podía más que las ideas que nos metieron en la cabeza, que los miedos de niña, que el «deber ser» aprendido de los curas, que los sermones de misa de cinco. Una mujer en sus cabales no necesita dar razones por haberle dado alegría al cuerpo, y menos por haber amado a un hombre libre.

El pecado de amor no es menos pecado que los otros, así dicen, pero al menos en esa falta lleva una la penitencia, y las gentes que hemos amado de verdad sabemos disculparlo, sabemos entenderlo, por eso Nuestro Señor disculpó a la adúltera y a la Magdalena. Yo lo volvería a hacer aunque por ello me condenaran, porque de ahí me nació la criatura más hermosa que tuve en mis brazos, tu padre, y de allí viniste tú años después.

Cuando uno ama, niña, lo de menos es pecar.

DE UN MIÉRCOLES DE CENIZA

Un día después, lo que se veía venir se me vino encima a mí solita. La marquesa no tardó en enterarse de quién era la misteriosa extranjera que fue al baile con su hijo: ni francesa ni genovesa ni de La Habana, que la *gachí* era de *Cái*.

Me tuve que dar cuenta por fuerza cuando volví al trabajo y no me permitió entrar sino al zaguán de servicio donde se habían congregado varios criados de metiches. Enseguida que vi a Cupertino el ordenanza con la cara larga me imaginé lo que pasaba. Ni los de arriba, ni los de abajo en la Península quieren ver el orden alterado. Las criadas seguiremos siendo siempre eso y las señoras lo otro, sin que las criadas se hagan señoras ni las señoras criadas, y los primeros que pensábamos así éramos nosotros. Que dicen que las gallinas de arriba cagan a las de abajo y así era, hija, y así seguirá siendo por mucho que los afrancesados digan ahora que quieren acabar con el Antiguo Régimen en España también.

La señora marquesa, que siempre me hacía esperar, esa mañana llegó al momento. La vi acercarse pisando fuerte sobre las baldosas ajedrezadas del corredor que llega al vestíbulo de servicio, agarraba la falda abullonada con las dos manos para poder caminar más deprisa y arrastraba la media cola por los mármoles, mientras, colgados de la cadena, los mismos impertinentes con los que me escudriñó en el baile golpeaban los botones de nácar de su saya a cada paso que iba dando, como si fuera el redoble que suena cuando alguien

va al cadalso. Flanqueada por una recamarera y la gobernanta llegó a la entrada. Era Miércoles de Ceniza, la marquesa llevaba una marca cenicienta en forma de cruz en la frente y todavía traía puesto, sobre el tupé polvoriento de la peluca, el velo negro con el que seguro fue a misa de seis de la mañana a confesarse. Yo le quedaba a contraluz, con el sol dándole de frente por el portón abierto, así que ella entrecerraba los ojos para verme bien. Empecé a temblar de miedo después de percatarme de la cara de sieso que traía. Sin mediar siquiera un no sé qué, se acercó y me dio la guantada más deshonrosa que me hayan dado en mi vida delante de todos. Casi me caigo al suelo del golpe mientras la oía decir en voz alta, para que todos la oyeran, que si tan corrompida y depravada como tu madre, que sí debí conjeturarlo, de tal palo tal astilla, otra mujer infame y viciosa, ¡razón tuvo el rey nuestro señor en encerrarlos a todos, en acabar con ellos!, ¡si hay que ver cómo son!, y que por qué le abriría yo, compasiva, las puertas de una casa decente, ¡de mi casa!, y que mira cómo me pagó la muy lagarta, y que te enteres, ¡aquí no te vas a salir con la tuya!

Luego me escupió en la cara mientras yo, abochornada, me pasaba una mano por la mejilla del dolor y me notaba un reguero húmedo: con los engarces del anillo que llevaba en la mano me hizo sangrar la comisura de los labios. Me tiró unas monedas, porque me debía un dinero de la semana anterior. Se dio media vuelta y se fue con las otras dos lambisconas siguiéndola y oliéndole los *peos*.

Estaba claro como el agua, Rosario, que yo no me iba a agachar a recoger ni un duro. Que los necesitaba, los necesitaba, hija, pero ya bastante me había humillado como para rebajarme yo y tirarme al suelo delante de ellos. Aunque fuese para coger lo que era mío. Salí apretando los dientes para no llorar y me fui corriendo por las calles, esquivando como podía los canalillos de las aguas sucias y las calesas que venían a carajo sacado cada vez que cruzaba la vía. Llegué a la vecindad y me metí rápido al cuarto para desahogarme. Era la hora de que los niños estuviesen en la miga, pero la Paca estaba allí porque la cuaresma había empezado y no tenía a qué irse *pa* los puertos. Estaba con la cara de santa que ponía cuando rezaba, enartada con un rosario en la mano, haciéndole una novena a la Virgen del almanaque. Casi

sin prestarme atención se persignó agarrando la cruz con una mano y el resto de las cuentas colgantes con la otra y se volvió hacia mí. Cuando me vio abrió los ojos de par en par y sus preguntas se sucedieron una tras otra; que si qué *t'a pasao* mi *vía*, ¡ay!, ¡ay!, ¡Dios mío!, ¿quién *t'a* hecho eso?, que si ¿quién ha *sio er* canalla? ¡Que no ha *nasío* en *Cái* quien le ponga la mano encima a un hijo de Paca la Bibelota y se quede tan tranquilo! ¡Que lo mato!

Me derrumbé abrazándome a ella. No, no había sido un canalla sino una canalla. Enseguida fue por el agua de Alibour que guardaba en el arconcillo como oro en paño y con el pico de un pañuelo me limpió el corte que la marquesa me hizo, mientras yo con el corazón *encongío* y a lágrima viva le conté de pe a pa. Empezando por que le robé los chapines altos y el vestido tornasol para ir a los carnavales con el hijo de la susodicha, siguiendo por los *ires y venires* que nos corrimos en el palacete, la falta de aquella honra que se me perdió en la Cortadura del Arrecife de *madrugá* y terminando con la infame bofetada que aquella guarra me dio.

La Paca, como era de esperar, en un exabrupto salió a la calle gritando: que si ¡cómo se atreve si ella es más puta que las gallinas!, ella sí que es puta, que *to Cái* sabe que está liada con un matador de Utrera, que si ya está bien de ver la paja en el ojo ajeno, y que si ¡ahora mismo la cojo y la revoleo a la calva esa, vamos, aunque sea por los mismísimos pelos del coño!, ¡hija de la grandísima puta! Solamente otra vez había yo visto así a mi madre y fue cuando le endiñó bien y bonito a la Genoveva, pero eso ya te lo contaré en otro momento.

No me dio tiempo de pararla y con el sofoco que tenía me quedé guarnida, acurrucada allí en la vecindad y la dejé que saliera corriendo como las locas. Ella llegó al rato con la cara descompuesta, alteradísima y vociferando cosas sin sentido. Venía del palacete de Santa María. Como era de esperar no le dieron entrada por mucho que armó escándalo. Llegaron dos alguaciles, la agarraron de los brazos y la echaron con cajas destempladas de allí sin que pudiese desahogarse ni con ella ni con nadie. Los esbirros de la marquesa le juraron que si volvía por allí la meterían presa de acuerdo a la ley de Ensenada. Se vino de vuelta a la vecindad, empecinada en que le daría su merecido a esa señora copetona y culera, aunque tuviese que mover Roma

con Santiago. La Paca no era de las que daban por terminado un altercado así por las buenas, y como tenía todo el tiempo del mundo en cuaresma elucubró y elucubró hasta que pudo urdir un plan.

A los pocos días estaba yo haciendo en el anafre unas torrijas para venderlas en la calle y llegó la puñetera dándose una *pechá* de reír que parecía que venía de ver una comedia en la corrala. No me enteraba de lo que me quería contar porque cada vez que se calmaba y abría la boca para decirme, le daba un ataque de risa que se meaba encima. Yo la agarraba por los brazos y le pedía que parase: que si madre pare ya de reírse que no me entero de *na*, que si ¡leche!, Paca, desembuche que me tiene en vilo, ¡déjese de guasa!, ¿pero qué coño *l'ha pasao*? Finalmente, se sentó en la mecedora como pudo, agarrando en un nudo el vuelo de la falda y apretándose con él el vientre, como si con ello pudiera parar los orines que de un momento a otro se veía que le iban a bajar patas abajo. Se contuvo, gracias a Dios. Ya en la mecedora, *arrengaíta* como una pescadilla sacada del agua, pudo hablar y contarme lo que había hecho la hija de su madre.

Dizque la cogió en la catedral, en la misa de doce del viernes: la más concurrida. Ella cuando hacía las cosas quería su público. La Paca se fue *p'allá* lo más *arreglá* posible, y como se ponía esos velos y esos misales, y venga polisón y venga mantilla, como si fuera una señora de alto copete, nadie la paraba en ninguna puerta. Se coló hasta la capilla lateral con una bolsa limosnera vieja que ya no usaba donde guardó el arma del delito envuelta en hojas de castaño para no delatarse. Me contó que la vio cómo llegaba con un mozo de librea que le traía el reclinatorio, la vieja parecía un maricón compuesto, iba más arreglada que un paso de Semana Santa, toda de puntillas, miriñaques de Bruselas, puñetas de lechuguilla y guantes de encaje de bolillo en negro, bien embadurnada de afeite carmín y potingue alcoholado en los ojos, con pelucón, hasta lunar se había puesto en la mejilla. La Paca esperó, la muy viva, al *Sursum Corda*, ya el mozo se había retirado a la calesa que la esperaba fuera, y cuando la marquesa se levantó del reclinatorio obedeciendo al capellán, entonces se le acercó por el adyacente y le jaló el pelucón blanco encopetado dejándole la cabeza como el culo de una mona. *Corriendito* para que no le diese tiempo a la otra de decir esta boca es

mía, le embarró en toda la calva lo que llevaba en la limosnera de tela: un cagajón de mula que había recogido de los mismos carruajes que esperaban en las escalinatas del templo. La dejó patidifusa mirando al altar mayor, con la mierda chorreándole cabeza abajo y las alheñas de las ojeras rezumando negro con los lagrimones que le caían. Dizque la marquesa se colocó las manos en actitud petitoria a ambos lados del rostro y los ojos los abría de par en par, sin decir absolutamente nada, como si se le hubiera aparecido alguna santa patrona allí mismito. La Paca repitió la maldición que siempre repetía en caló a medida que la cosa pasaba a mayores: *Panipé terele gresite tu cuédrupe*.^[1]

Me contaba despepitándose de risa cómo la tía empezó a gritar como posesa nada más se le pasó el susto del principio: que si ¡a mí los alguaciles!, que si ¡me atacan en recinto sacro y esto no se puede tolerar! ¡Detengan a esta gitana irreverente! ¡Deténganla que es una bruja! ¡Ratera, gitana ratera, mi peluca! Pero ya para entonces la Paca estaba en la puerta del oratorio con el pelucón en mano, lo aventó escaleras abajo, tras los carruajes, donde dice que había más cagajones. El cura se calló y la sorpresa fue tan grande que nadie entendía lo que pasaba, y menos que aquella señora de negro, tan bien vestida y elegante, que era la Paca, fuese una criminal o qué sé yo. Dizque ella salió como Pedro por su casa de la catedral, tranquila y con parsimonia, y que nadie la detuvo mientras oía de lejos a la marquesa gritar y un corrillo de parroquianos se acercaba a asistirle sin atreverse a nada, al verla toda embarrada de caca y oliendo a lo que olía. Varias veces después de aquello vinieron los alguaciles a la vecindad a buscar a la Bibelota, pero no dieron con ella, y ya para el siguiente Viernes de Dolores dejaron de venir. La hubieran llevado a la prisión, figúrate, al penal de las Cuatro Torres o con el resto de las gitanas que en la redada el ministro Ensenada había puesto en trabajos forzados, o en el Arsenal de la Carraca o vete tú a saber; pero la cosa se paró gracias a un pariente del regidor Lasquetty que tuvo que intervenir porque la marquesona quería que se llevasen a mi madre a como diese lugar, pero, finalmente, no metieron a mi madre al penal, algún *querío* de la Paca salió al quite, y así fue que la dejaron de molestar y de acosar los alguaciles. La cosa quedó en agua de borrajas. Pasó la Semana Santa y se olvidaron del

argumento.

Aquella Semana Santa no fue como las otras. Con las diabluras de la Paca, esta se tuvo que esconder, así que no fuimos al besamanos ni a la visita de las Siete Casas ni a ningunas de esas cosas que tanto me gustaban. Pero sí fuimos de *madrugá* a ver las procesiones por las callejas de Cádiz, y hasta tuvo aguante mi madre *pa* cantar una saeta o dos a la Virgen de los Dolores cuando pasaba por la calle Columela. Hija, la calle se quedó en silencio, escuchándose tan solo el repique de las bambalinas chocar y chocar contra los varales de plata del palio, como un tamborilero perdido en la noche. Mientras la Virgen bailaba entre nubes de incienso y pétalos de rosa, la Paca se arrancó con una saeta, las hojillas caían de los balcones como una nevada de colores iluminada por los ciriales encendidos.

Cuando los costaleros escucharon la voz gitana de la Bibelota cortando el silencio, aminoraron la marcha de la Virgen. En la oscuridad de la calle el paso era un resplandor dorado que se veía venir de lejos, la plata avivada por los cirios color marfil, los faroles de cola vibraron enrollados en volutas de metal precioso que tintineaban contra los guardabrisas, y las varas esbeltas que sustentaban el baldaquín contrastaban con el terciopelo sangre bordado de oro. Si la gloria tiene olor, Rosario, a eso olía Cádiz ese Miércoles Santo, el perfume de los claveles y el incienso, el deje fuerte de las varas de nardo, el mirto y los pétalos que esparcían un suave aroma al caer delante de la Virgen.

Así somos los andaluces, como si quisiéramos protegerla con mentirijillas, como si quisiéramos encubrirle a la Virgen un inevitable camino doloroso con el paso de un baile, distraerla de la muerte de su hijo a base de piropos, rebelarnos contra la severidad y el martirio impuesto a la fuerza por Trento; la madre de Dios no puede ser ni austera, ni mustia, ni azotada, si su creación es exuberante, alegre y hermosa. El incienso enturbiaba su rostro mientras la saeta de la Paca se oía y el *gitanerío* que se había agolpado en la calle le gritaba requiebros a la Señora bajo los réprobos de los curas y capellanes a los que no les gustaban esas faltas de reverencia: que si ¡Dolores, guapa!, que

si ¡Bonita!, que si ¡Viva la madre que te parió! Esa fue la última Semana Santa que pasé con ella. Mi tierra, hija, así es. La que tú también llevas en tus pulsos: el drama lo bailamos, la pena la cantamos, y de las lágrimas hacemos una fiesta.

En cambio, esa noche la vi llorar, vi a la Paca llorarle a la Virgen todo lo que no lloraba delante *nuestro* para no preocuparnos, todas aquellas lágrimas y aquel dolor que yo sabía que llevaba por dentro, que no se daba el lujo de sacar porque hasta para llorar o no llorar era generosa la puñetera. Escondía su llanto de nosotros entre los pasos de sus saraos, en las peinetas, los madroños, los moños de picaporte y los abanicos, las castañuelas y las sedas de sus mantones, pero esa noche sus lágrimas cayeron calle abajo como caían las corolas deshechas de las rosas ante la danza suave de la Virgen, y no se pudo aguantar.

Rosario, *mi arma*, las mujeres de mi tierra lloramos por seguidillas. No dejamos que la amargura se adueñe de nosotras, lo marchito no nos va, no somos unas *chochos tristes*. Una cosa es la tristeza y otra, la amargura, que no es sino la tristeza puesta a fermentar.

Las gaditanas amamos la vida y no dejamos fermentar la tristeza para no ofender a Dios, hija, que eso sí que es un pecado. Pase lo que pase en tu vida, no te dejes ganar por el padecimiento, ni te conviertas en una mujer llena de reproches; por muy leves que sean y muy escondidos que los sueltes. Los reproches son la antesala de la amargura. Esa vida que te tocó vivir bendícela pase lo que pase, siempre hay un rayo de sol del que disfrutar, una copita de vino, el verde del campo y el mar de plata, un atardecer por el que dar las gracias. La vida no es fácil: ni la tuya, ni la mía, ni la de la Paca, ni la de la reina de España, pero si algo aprendí de tu bisabuela es que las gitanas cogemos al toro por los cuernos y tiramos *p'alante*, con un cante en la garganta, con un baile en los pies, con dos cojones, pero sin mirar *p'atrás*.

Cuando la escuché en la calle Columela con ese fandango *abandolao* que como saeta lanzó entre el humo y los cirios del miércoles santo, vestida como una dama y con mantilla negra, me volví a sentir orgullosa de la Paca, hija, como si la pobre tuviera que estar haciendo siempre mérito ante mí para que yo la perdonara por ser lo que era y así poderla querer. Sin darme cuenta de

que nadie tiene el derecho a pedirle nada a nadie para quererlo, ni siquiera un cambio, que el amor se da de balde, y, si no, pues no lo es. Por eso te digo, Rosario, que aprendas de mis errores, que no condiciones el querer a los méritos de los demás. Cuando estos lleguen los disfrutas, mas si no te llegan, tú sigue queriendo y deja que el querer quiera por ti.

Después de la bofetada de la marquesa, Sebastián estuvo muy pendiente de mí. Se enojó con su madre y se fue a vivir a la Academia, venía todas las noches a la reja de mi ventana a platicarme, a decirme que me quería, a decirme que hubiésemos hecho lo que hubiésemos hecho, yo para él era la misma, y que se iba a casar conmigo como Dios manda. Llegaba directo de la Academia, dejaba su caballo como siempre en la reja y tocaba con los nudillos el postigo, a mis hermanos ya les tenía dicho que se salieran, aunque a veces no lo hacían y se escondían los *condenaos* a cotillear. Verlo detrás de la reja cada noche era un alivio en mi desgracia, lo único que yo quería era escuchar su voz: que si Ojos de ángel, nos vamos a casar en cuanto me licencie, que si Ojos de ángel, no sabes cuánto te quiero, te tengo enterradita en mi alma, Ojos de ángel, de ti no me separa nadie.

Yo no sabía si creerlo o no, o mejor dicho, hija, a él lo creía, pero no creía que nos fuesen a dejar, no creía que el mundo fuese a cambiar de la noche a la mañana por dos enamorados, así que me seguía preparando por si algún día se cansaba de mí o de la situación, que no me doliese tanto la caída. Del sueldo que le daban como oficial quiso darme un dinero, porque decía que por su culpa había yo perdido mi trabajo, pero la Bibelota se puso como las fieras cuando se enteró y me hizo devolverle su mesada moneda por moneda. Ella misma las contó cuando se las devolvimos y no me dejó, de ninguna manera, que tomase yo nada de él que no fuera una flor o una fruslería. Me previno de que así era como se empezaba una a enquerindonear: recibiendo los cuartos de los hombres. Y que yo no iba a ser la querida de nadie mientras ella tuviese un chumino entre las patas y ganas de bailar para que no nos faltase de *na*. ¡Era de ordinaria!, pero yo me reía mucho con sus cosas. Cualquiera que la viese pensaría que de verdad era la viuda decente de un capitán de fragata y no que se dedicaba a lo que se dedicaba, pero en cuanto abría la boca y soltaba sus disparates se le veía el plumero.

La Paca para unas cosas era muy libre, pero para otras, harto cerrada, eso sí, *mu* espléndida y *mu* digna. Así somos en esta familia, Rosario, no sé si así serás tú. Espero que sí, porque la dignidad es lo único que nos llevaremos para arriba el día que nos muramos. ¿Quién dice que se va una con los brazos vacíos de la faz de la Tierra? ¿Quién dice que uno no se lleva nada para la otra vida? Yo sí que me voy a llevar algo, hija, igual que la Paca. No me llevo los doblones que le saqué al rey de España de sus derechos reales, ni los impuestos de las minas de Guanajuato o de San Luis Potosí que me llevé de la fragata de la Armada, ni el quinto real de las plantaciones de caña o las haciendas, ni aquellas arcas de perlas que saqué del galeón *Santa Isabel* cuando tomó la ruta de la isla Margarita, ni los marfiles chinos que compré en Manila con las ganancias; no, hija, ni un solo mantón de Manila, ni los corales ni las alhajas, no me llevo nada de eso, eso te lo dejo a ti. Me llevo, en cambio, las manos llenas de dignidad. Con ella voy a entrar a la Gloria, si es que allí voy, o a los infiernos, si es en cambio allí donde tiene a bien el Señor mandarme. Y esa dignidad no la he robado en ningún abordaje, ni se la rapiñé a ninguna nave de Carlos III; esa dignidad la heredé de mi madre, no me la entregó ningún escribano por cuenta de ella, ni ningún letrado tuvo que dar fe, me la dio la Paca misma con su ejemplo del día a día cuando estaba a mi vera, y lo heredado, Rosario, no es hurtado, sino de uno y de propio derecho.

DE LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

Lo que pasó luego, Rosario, ya te lo habrás imaginado. A los pocos meses me di cuenta de que estaba preñada. La Paca me llevó a la partera tan pronto como la regla me faltó por segunda vez. Yo nunca había ido a ver a una mujer de esas. Entramos en una casa de vecinos del mismo arrabal de Santiago, dos calles más abajo de donde vivíamos, ya llegando a la periferia. La mujerona nos recibió con el vuelo de la parte de atrás de las faldas subidas a modo de capote, como se vestían las mujeres de la sierra. Me dijo que me quitase faldas y enaguas y me quedé solo vestida de cintura para arriba con la sayuela. Me hizo tumbarme en una mesa de madera, donde me desató la sayuela y comenzó a tentarme los pechos, luego los miró, bajó y me palpó la panza y me metió su mano mugrienta por donde dijimos, me hurgó el bajovientre. Miró a la Paca y asintió con la cabeza mientras me preguntaba; que si ¿cuándo fue la última vez que te bajó, niña?, que si ¿cuándo fue que follaste por última vez antes de las faltas? Yo respondí y la matrona ni siquiera me hizo caso, miró de nuevo a mi madre y le dijo que si queríamos sacarnos al niño serían cuatro reales más por la infusión de esparto y agua de tres azumbres, y que me tendría que quedar en el cuarto hasta que todo terminase por temor a que la cogieran los alguaciles. Yo miré a la Paca y la vi tragar saliva, luego me miró a mí: ¿Qué dices, hija? No tuve fuerzas para abrir la boca, se me secó la garganta, fue como si se me pegase el buche a la lengua. Sin articular palabra puse mis manos en el vientre y meneé la cabeza

de un lado a otro para decir que no.

La vieja me miró y murmuró en voz alta, que si ha de ser de padre de postín por eso *quieres* guardarlo, ¿verdad? No respondí, sabía que eso era lo que la gente iba a pensar a partir de entonces. La Paca contestó por mí, que si vaya a lo suyo, comadrona, y deje de meterse en camisas de once varas, que nadie le ha *dao* vela en este entierro y que si mi hija no ha menester de esas artimañas sucias de alcahueta *pa* comer caliente, que *pa* eso vendo yo el *jato*. Y la miró como miraba ella cuando se *enritaba* con esos ojos de hielo. La vieja agachó la cabeza.

Luego la comadrona me siguió dando reparos para la preñez, como si lo que me hubo mentado un ratito antes no me lo hubiese mentado, como si fuera tan fácil cambiar de pareceres con respecto a una cosa así, como si nada: que si tienes que comer más *pescao* y más carne, y no pruebes ni el perejil, ni el eucalipto, ni nada de gurumelos. No me dijo los meses de los que estaba encinta pero no hacía falta. Con Sebastián fue una sola vez, aunque a la Paca y a la partera les costase trabajo creerlo. Mi madre no se enfadó conmigo ni tuvo ningún reproche para mí, solamente me dijo un par de cosillas banales, como queriéndole quitar importancia al asunto: que si, hija, tienes que comer bien a partir de ahora, que comes por dos, que si a descansar más. Eso fue lo único que me dijo, pero yo, en el fondo, la noté cabreada. Por primera vez era ella la que no estaba contenta con la hija que Dios le dio y no lo opuesto. Ahora era yo la que tenía que hacer aprecio para compensar mi pecado y el desengaño que yo veía en los ojos de mi madre.

Con Sebastián, en cambio, la cosa fue para mejor cuando le conté lo que me dijo la partera. Ni se enfadó, ni se entristeció, como solía suceder con el resto de los hombres cuando una mujer soltera les venía con eso, según decía la Paca. Al contrario, Sebastián se puso a dar brincos de alegría en la reja agarrado de los barrotes como un niño, hasta el caballo se espantó, aquellos ojos miel se iluminaron aún más, y enseguida quiso hablar con mi madre para que lo dejase entrar a la vecindad, creyendo que ella iba a acceder tan solo porque él era el padre de su nieto. La Paca no accedió; era más larga que la cuaresma. Ella sabía que muchos hombres de alcurnia y de postín se alegraban de tener un hijo primogénito aunque fuese bastardo, y eso no

garantizaba ni la posición de la madre ni la del niño. Luego se casaban con otra de su condición y a la primera la dejaban de lado o si les iba bien las mantenían como queridas. Al hijo, pues dependiendo si tienen varones con la esposa o no, si les nacen hijos de legítimo matrimonio al bastardo lo olvidan o lo tratan como segundón, y, si no, pues suelen proahijarlo para que herede y se haga cargo de las cosas del padre. En fin, que todo eso que no hacía falta que me contara la Paca era lo que rondaba por su cabeza y no quiso dejar entrar a Sebastián hasta que no se casase conmigo. Y yo no tenía fuerzas para exigirle nada a mi madre tal y como estaban las cosas.

Las relaciones de Sebastián con su familia lo tenían muy impuesto. Como se salió de la casa, los padres lo estaban amenazando con desheredarlo, con pedir que lo sacasen de la carrera militar y otras cosas por el estilo. Podían hacer eso y más. Aunque él quiso casarse inmediatamente no había cura en Cádiz dispuesto a celebrar nuestro matrimonio. Doña Ricarda había desplegado su influencia lo más que pudo, y lo peor era que Sebastián temía por mi vida o por alguna represalia contra mí si contraíamos matrimonio. Seguía viniendo a la reja, de buen humor, siempre con una palabra que me aliviase, con un gesto que me hiciera olvidar que el camino que seguíamos los dos estaba lleno de peñascos y no era nada fácil de caminar.

No pasaron ni dos semanas cuando Sebastián llegó una tarde antes de lo acostumbrado. Tenía algo importante que contarme para nuestro futuro, yo apenas me estaba empezando a notar cómo los pechos se me iban hinchando levemente. Como te dije, él temía por mí y por el niño. Su familia era influyente, nos iban a hacer la vida imposible, me dijo con voz severa: que si ha habido casos en Cádiz donde hacen desaparecer a la madre y al niño, o a la madre antes de parir, o que si las mandan en las naos del puerto hasta Estambul, o que si hay un mercado de esclavos blancos con los turcos y con los moros, y que si algunas van a parar a los harenes de los sultanes de por allá o de esclavas, que si no me fío de nada, Gregoria. Después de muchos días de cavilarlo y de platicarlo con un capellán amigo suyo decidió que partiría para algún lugar de las colonias, la Nueva España o el Virreinato del Perú. Con ello mataría dos pájaros de un tiro: que creyesen que me había abandonado y así me dejasen en paz, y que tan pronto como se estableciera y

tuviese con qué mantenernos mandaría por mí y por el niño: en cualquier lado de las colonias podríamos casarnos y vivir la vida digna que él nos quería dar. Era la única forma. Me pidió, sin embargo, que lo pensara, no dio nada por hecho, me dijo que era una decisión que no tomaría sin mi consentimiento. En las últimas semanas había hablado con sus padres del asunto y según él no había forma de que pasaran por el aro. Se oponían totalmente a nuestro matrimonio y harían lo que estuviese en sus manos, usarían toda su influencia para impedirlo.

Estuve varios días pensando aquello. Al principio me parecía una locura, pero más locura me parecía encontrar un futuro en Cádiz para los tres, y más peligro corríamos el niño y yo allí. La marquesa no tenía escrúpulos, lo sabía, y haría lo que fuera por quitarme de en medio con niño o sin niño.

Separarme de mi madre y de mis hermanos iba a dolerme, estaba segura, pero quedarme en Cádiz significaba que nada que construyera junto a Sebastián tendría un futuro. Me acordé del baile de máscaras, cuando con aquella careta de un rostro que no era mío me sentía una mujer distinta, en aquellos vestidos, en aquellos chapines Gregoria era Gregoria, y no aquel giñapito metido en el cuartucho del arrabal de Santiago donde vivía acoquinada por las lenguas de vecindona y una ciudad inflexible, que, aunque la amaba, me estaba devorando por ser la hija de quien era. En el baile había aprendido que podía ser otra y que me había gustado serlo. Quizás esa otra mujer era la que me esperaba en ultramar, de la mano de Sebastián, como me había estado esperando esa gavota escondida en las cuerdas del arpa todos esos años, desde que aprendí a bailarla con la Paca y sus amigos en el patio hasta que salió pulsada en medio del salón para que la bailase de nuevo, siendo yo otra mujer, de la mano de Sebastián.

Rosario, *mi vía*, la vida te pone espejismos, cosas que luego resulta que no son lo que parecen. No creas que fue una decisión fácil para mí. Me consumía por dentro pensando lo que iba yo a hacer porque todas las decisiones que tomamos en nuestra vida tienen una consecuencia, y las de esta no iban a ser cualquier cosa. Finalmente, cuando me decidí, le conté todo a la Paca, como siempre hacía.

Ella no me dijo nada, se quedó en la puerta, absorta, miró al muro ocre

como ida, volví a verla cómo tragaba saliva por el pescuezo como el día de la partera. Tenía una mano apoyada suavemente en el dintel y un pie fuera, estaba a punto de salir, ya era su hora de irse *pal* tabanco de la calle de Rompechapines. Torció la cabeza para mirarme y se paró unos segundos, la vi a contraluz levantar la cabeza y suspirar, lo pensó dos veces y entró de nuevo en casa. Me abrazó, me besó y sentí su mejilla húmeda por una lágrima que enseguida se secó con mi propio cabello, disimulando que me acariciaba las sienes con su rostro para que no me diera cuenta. Con su pómulo sobre mi frente escuché sus palabras salir entre sorbo y sorbo de llanto que ella quería esconder y no podía: que si Sebastián es un buen hombre, me dijo, un caballero; y que si te casas con un caballero tendrás que ajustarte a las resultas de ser una dama; que si hasta ahora has sido mi niña, pero cuando salgas por esas puertas para irte con Sebastián serás su esposa y no habrá vuelta atrás, tendrás que apechugar, y que si para lo que dispongas y lo que hagas tienes mi bendición, hija, ya eres una mujer.

Ya que dijo lo que tenía que decir se levantó bruscamente dejándome huérfana del calor de su cuerpo, que tanto me reconfortaba cuando estaba consumida como esa tarde. Sentí el aire de levante colándose por la puerta que ella misma dejó abierta cuando dudó entre quedarse conmigo o salir a sus cosas. La vi cómo empezó a armar jaleo y a mover cachivaches para no ponerse a llorar más de la cuenta. Ordenaba los cacharros del pretil, jalaba las cobijas del catre, abría el arcón y se ponía a rebuscar, no quería pararse a rumiar como siempre hacía: que si vamos, que tenemos que prepararte entonces un ajuar con lo que tenemos, para el niño y para el viaje, que si te voy a buscar con el Tierno unos géneros para hacerte prendas *güenas*, y que si esto y que si lo otro. Le dije que se esperase, que no era que me fuese a ir al día siguiente, que yo quería parir a mi hijo en Cádiz y luego ya veríamos, y además Sebastián se tenía que establecer primero en cualquier sitio. Yo le echaba al asunto por lo poco dos años, pero no fue así, fue cuestión de meses.

Esa tarde salimos las dos a pasear. Se había levantado un poco de aire cuando llegamos andando hasta la Caleta por el malecón, la marea estaba baja y las gaviotas volaban a contraviento en la bajamar. La Paca y yo nos quitamos las alpargatas tan pronto llegamos a la arena y bajamos a la playa,

entonces me di cuenta de que no iba a pisar esa playa nunca más si salía de Cádiz, esa arena húmeda y blanda como un almohadón que desde chica había mimado mis pies descalzos. Me daba cuenta de que aquel sol que por poniente se iba haciendo una bola naranja nunca iba a ser el mismo para mí en cualquier lugar del mundo, ni esa brisa llena de espuma me seguiría provocando rizos en el pelo, ni tampoco vería más el dorado de las murallas deslavadas por la luz y el salitre del levante, ni las algas serían nunca las algas de allí, ni las caracolas de las que había oído el mar me darían la misma tonadilla, porque el mar-mar es el que está en Cádiz, es el que abraza esa bahía con *toa su arma*, los otros son los océanos, y me daba cuenta que mi madre, Paca la Bibelota, tampoco iba a estar conmigo para siempre, ni la iba a ver envejecer ni a arropar cuando su cuerpo serrano no le diera para tanto cante, tanto baile y tanto jolgorio, y si me iba de allí la iba a perder o la iba a ganar, pero ya no podría sentir su olor a limpia cuando compartíamos el catre y llegaba en la noche a meterse entre las cobijas conmigo, ni iba a escucharla cantar más sus fandangos, palmeando en los saraos *sentaíta* en su silla almonteña, como cuando iba a verla a escondidas con mis hermanos al corral del Bizco y nos escondíamos tras los asientos de enea de la última fila de la corrala mientras ella bailaba flamenco, ni la iba a ver de mantilla y polisón, como una señora de alto copete, ir al besapié del Nazareno, ni a caminar con ella hasta Puntales a comprar el pescado recién cogido. ¿Y quién la iba a cuidar cuando borracha *perdía* se me cayera en el zaguán de *madrugá*?, o ¿quién le iba a hacer la sopa de ajos y las poleás? Si ella no tenía sazón ninguna *pa* guisar, o ¿quién la limpiaría cuando fuese una vieja y no pudiese llegar sola al pretil del pozo?

Si la distancia no existiese, Rosario, la nostalgia sería tan solo un capricho. Dejar Cádiz, o la sola idea de hacerlo, me estaba partiendo en dos: una Gregoria Salazar que era lo que era, la niña apocada e inútil que necesitaba a su madre, a sus hermanos, a su gente, y otra Gregoria, la mujer de Sebastián Espinosa de los Monteros, la que ya era suya desde que, en carnaval, sobre las redes húmedas de Cortadura, le dio lo que solo se le da a un hombre al que una pertenece. Me había dado cuenta, tras una máscara de plumas, de que en la vida había más, y de que yo era otra, yo era ya la mujer que quería ser,

pero Cádiz no me lo permitía sin una careta y por carnavales. Me había dado cuenta de que ya no tendría que quedarme más tardes escondida en la vecindad, encerrada a cal y canto porque la Berrenda y la Pepa Pelillos, o cualquier otra vecindona, quisieran meterse conmigo.

Pero las monedas tienen dos caras, Rosario, y no podemos ignorar ninguna de las dos, no podemos tomar un real de a ocho sin pensar en esas dos caras. A los pocos días le dije que sí a Sebastián, al que ya veía muy preocupado y a punto de dejar la Academia por causa de los ardides de su madre. Luego él me dio la noticia: ya estaba listo. Partiría a las colonias en el galeón llamado *Santísima Trinidad y Nuestra Señora del Buen Fin*, un barco nuevo, de apenas cuatro años de construcción, que ya estaba en el puerto descargando las mercaderías de las Filipinas y que, tan pronto se avituallase, partiría hacia la Nueva España y a Manila.

Esta vez la Paca tuvo que aceptar los reales que Sebastián nos dejó para mí y para la criatura que había de nacer. No tengo nada que decir, Gregoria, me dijo cuando vio el talego y lo tomó en sus manos, lo puso bajo el colchón de lana y luego desapareció por las puertas haciéndose la tonta y sabiendo que, en cuanto Sebastián la viera calle abajo torcer por la esquina de los naranjos rumbo a los puertos, él se metería en la vecindad a verme. Eran sus últimos días en Cádiz. Fueron momentos de mucho sentimiento, de mucho sueño y de mucha esperanza, por primera vez empecé a notar que dentro de mí llevaba una parte de él, por eso no me quedaba sola; por primera vez él notó que no solamente dejaba atrás a una mujer sino a su familia. Me dio un cordón con una cruz de oro y unos corindones, me dijo que había sido de su abuela, él mismo me la anudó al cuello. Me besó poniendo su mano sobre mi panza y llegó al día siguiente a la reja para despedirse del todo. Sebastián se fue de mi vera prometiéndome que pronto nos reuniríamos en algún lugar de las colonias. Dejó la reja de mi ventana con lágrimas en los ojos. Porque un hombre de verdad, hija, llora por lo que ama, y si no llora es porque no es un hombre, o porque no ama. Y no sé qué es peor de las dos cosas.

Me quedé con el alma rota, entre dos aguas: la tristeza por haberse ido él de mi lado y la tristeza porque pronto dejaría yo mi casa, la esperanza de una vida nueva y las *duquelas* del adiós a los míos. No fui al puerto a despedirlo.

Mi madre no me dejaba que pisara los puertos y mientras no estuviese casada tenía que obedecerla. Pero la Paca fue con José Candelario, me contó cómo le dijeron adiós mientras las velas de la nao se hinchaban en el puerto como los pechos de las palomas se hinchan cuando están en celo.

Las cosas pasaron muy rápido. A las semanas de que él se fue, mi vientre comenzó a apuntar el estado de preñez y las vecinas a alcahuetear y murmurar que, igualito que el inglés con mi madre, Sebastián se fugó para no hacerse cargo de mí ni del chiquillo, y que por el mismo camino de perdición que la Bibelota iba yo, que había tratado de trincar al hijo de la marquesa con un hijo bastardo. No me importó, Rosario, al contrario; no quise desmentir nada, esas eran las historias que yo quería que le llegasen a doña Ricarda, y que sabía muy bien que los mariquitas bisutereros que la frecuentaban, con sus lenguas largas como las mojarras, le iban a llevar el cuento cualquier día que fueran a venderle alguna antigüedad y a lambisconearla.

Fueron más meses de encierro en la vecindad, para no provocar pecado de escándalo, así me dijo el párroco de los Dolores y así obedecí, hija, sin saber exactamente qué era eso. Porque si se trataba de que la gente se escandalizase, pues la gente se escandalizaba por muchas cosas, unas importantes y otras no, y yo también me escandalizaba de cosas que hacía la gente y sin embargo no parecían importarle al cura. Así deduje que ese pecado de escándalo era muy moldeable, a gusto del parroquiano.

La primera carta no tardó en llegar. La podría reconocer, todavía a mi edad, entre miles de cartas. Me acuerdo perfectamente del colorido del papel, de los garabatos *escupíos* en tinta, de los puntos de las íes, de aquella cosa que yo no entendía lo que era, tan bonita y tan garigoleada, y luego con el tiempo me percaté de que era la ge de Gregoria. El muchacho de la posta me la dejó en mi propia mano, y yo tomé el pliego lacrado con su sello sin atreverme a abrirlo, alguna letra de la cobertura se había emborronado, quién sabe si por alguna lágrima o una gota de agua de mar que la alcanzó. Traté de aspirar a ver si encontraba el mismo olor a algodón limpio que encontré en su levita por primera vez y que luego tantas veces encontré en su piel. Hasta rasgué el papel y rompí el lacre, la abrí extendida en el poyete y metí mi nariz en el pliego buscando un poco de él. No había rastro de nada, el mar es duro con

los hombres, hija, les borra hasta el olor. Esperé a que la Paca llegase y enseguida salió a por José Candelario, llegaron al rato y mi tío se sentó en una de las mecedoras, la que no estaba tan rota, mientras yo, de pie, recostada entre el poyete y con la espalda sobre el regazo de la Paca, que me arropaba, contenía el aliento con tu padre en mi vientre.

Me mandó tres cartas desde las islas Canarias, las otras dos llegaron juntitas a los dos meses, se habían *extraviado*. Los galeones paraban allí para tomar vituallas y llenar los barriles de agua, y Sebastián aprovechó para escribirme sus cosas: que si estaba bien, que si el mar era muy hermoso, que si el tiempo era bueno, y que si tan pronto como llegase a tierra me mandaría la primera carta desde la Nueva España. Durante meses las cartas llegaron puntuales a excepción de las dos que te conté. No me platicaba cosas de las nuestras en ninguna de ellas, ni me llamaba Ojos de ángel, porque a esas alturas ya sabía que mi tío era el que me las tenía que leer, pero el solo hecho de saber de sus rumbos era un diálogo que yo misma entablaba con nuestras ilusiones y mantenía viva en mí la esperanza.

Muchas veces después de su partida me sorprendí tratando de buscar en mi piel un recuerdo suyo, un olor, una señal, una huella de que él, en verdad, estuvo allí y no fue mi elucubración. Eso es la ausencia, Rosario, tú todavía eres muy joven para entenderla. Es buscar los restos del ser amado en uno mismo. Palpaba mi piel, tocaba mi cabello, recorría mi cuerpo sola sabiendo que aquellos páramos y aquellas marismas las había recorrido antes él, siguiendo sus pasos, tratando de encontrarlo, pero ya se había ido. Tan solo cuando sentía la piel tirante de mi panza y las patadas de tu padre moviéndose en mi *sentraña* se me hacía la consciencia de que lo llevaba dentro, muy dentro de mí.

El niño nació poco antes de Navidad. Y aunque me salió completito por donde tenía que salir yo seguía llevando a tu abuelo en mis adentros, y lo sigo llevando todavía que soy una vieja y que él no está ya en este mundo. No quise ir con aquella partera, me dio mala espina la burraca, no sé por qué. Me habían contado que algunas luego matan al niño para hacer brujería con él o que le roban a una las secundinas para quién sabe qué cosas malas. Así que parí en aquel cuarto, sobre el jergón de lana de la Paca, se lo puse *perdío* y

tuvimos que buscarnos otro, para colmo de tanto gasto. Mi madre me ayudó a dar a luz con otra comadrona que ella misma buscó. Mi hijo nació sano y guapo, se parecía a su padre. Enseguida quise bautizarlo para que fuera cristiano y no se me quedara la criatura pagana, pero yo sabía que era difícil siendo quien era y habiendo sido concebido como lo fue. La Paca arregló el asunto. A los pocos días de dar a luz agarró al niño del canasto y lo envolvió en una mantita. Vamos, Gregoria, vente conmigo, me dijo, que hoy tu hijo va a ser hijo de Dios y no un pagano, como me llamo Paca la Bibelota.

Salimos caminando hasta la Cortadura del Arrecife, el barquero nos pasó del otro lado a la Isla del León, por allí caminando llegamos a una parroquia que le decían la de los Guardiamarinas porque estaba en el Arsenal de la Carraca, el capellán era un marino de guerra. Se ve que la Paca lo conocía bien. Al llegar no quiso recibirnos, pero mi madre le mandó razón con un cadete de que si no la recibía se iba a enterar hasta el obispo de cosas que al padre no le gustarían para nada.

El hombre nos recibió con cara de querer acabar pronto con el asunto; la Paca, al momento, le dijo que queríamos que bautizara a la criatura y que nos diera el papel con la fe de bautismo. Paca, le dijo el capellán, llamándola por su nombre, sabéis bien que lo que me pedís es un imposible y un contradiós. La Paca entonces comenzó con su tercer acto de comedia y dijo esta boca es mía: que si niña, tu *sarte p'afuera* que tengo que hablar con el padrecito unas palabras. Me quedé en los soportales, fuera de la sacristía, pero aun así la pude oír la mar de bien: que si lo que es un contradiós es que Su Reverencia se acueste conmigo en plena cuaresma y con las abstinencias, y lo que es otro contradiós es que además también se acuesta el obispo y el regidor, y más aún que Su Paternidad me pague los polvos con las monedas del óbolo, y que si quiere yo puedo seguir diciendo, diciéndole a Su Paternidad, a Su Eminencia el señor obispo y diciéndole a *to Cái* lo que tengo que decir. Así que o bautiza a la criatura con cédula y papel, o por los clavos de Cristo que se entera Su Paternidad de usted con quién se está jugando los cuartos.

Después de un ligero murmullo la Paca me llamó. El cura, con cara de circunstancias, nos hizo pasar por una puerta al altar mayor y de allí por la capilla lateral a un lugar donde había una pila bautismal. Allí se bautizó tu

padre, Rosario, era la Real Capilla de la Compañía de Guardiamarinas, y allí solamente se bautizaba gente de postín, pero la Paca era tremenda, la que armó aquella tarde. Hija, *pa* eso estamos las abuelas, *pa* hacer lo que *haiga* que hacerse por los nietos, aunque sea de una forma no tan derecha.

Delante de una imagen de la Virgen del Carmen mi niño comenzó a llorar cuando le echaron, con una concha de plata, el agua bendita. Le pusimos Sebastián del Carmen, por aquello de la Virgencita que presidía el sacramento. El cura no tuvo más remedio que ponerle a mi hijo los apellidos de su padre en vista de las amenazas de la Paca. Allí mismo nos dio el papel con su sello y como Dios manda, porque ella, que era de armas tomar, lo quería al momento y no tenía ganas de volver otro día a que el escribano lo compusiese.

Parece que la escucho como si fuera ayer relatando ante el escribano para que oyese bien lo que tenía que decirme mientras me hacía sonrojar: que si lo que una puta no consigue no lo consigue nadie, que si como no me lo den se entera el obispo, el regidor y quien haga falta, y que cómo no iba a tener ella poder, si el poder lo ganaban las mujeres en la cama. Mi madre pensaba que si nos íbamos *pa* las colonias era bueno que el niño llevase un papel de que era cristiano y de que era hijo de quien era, por lo que se pudiese ofrecer. Esto te lo cuento, Rosario, porque si alguna vez vienes a la Península a buscar la fe de bautismo de tu padre, no debes buscarla por los apellidos que lleva en la Nueva España. Por esos apellidos nunca lo vas a encontrar, sino por los que el derecho natural le ha dado y que son los de su padre de verdad.

DE AQUELLA CARTA

Tu padre creció a base de mi pecho y mi cobijo, como era menester. Yo me encariñé mucho con él desde el primer día, a pesar de que la Paca me advirtió que no lo hiciera. Todavía recuerdo aquella retahíla que me echó con toda su buena fe pero que me asustó tanto que me mantuvo con el corazón en vilo hasta que lo saqué *p'alante*: que si el primer año es el más duro y el más difícil, Gregoria, que si no te ilusiones demasiado porque muchos se nos mueren en ese tiempo a las mujeres, me dijo un día cuando el niño ya se durmió en la canasta, y que si no te quiero ver volverte loca meneando en tus brazos un rebujo de trapos y cobijas vacías, arrullando una sombra, mientras la leche se agría en tu pecho y luego tengas que meterte de ama de cría para que no te den calenturas del calostro estancado en tu seno y te me mueras como Manolita la del sochantre cuando perdió la niña que, según las malas lenguas, le hizo el arcediano.

Me contaba todos los hijos que había ido dejando en el camposanto con el paso de la vida, en aquel nicho que le sacó al regidor un principio del mes de noviembre a base de darle lástima y más cariño de la cuenta, para tener a seguro un lugar donde caerse muerta ella y luego nosotros. Mientras se secaba una lágrima me daba el más mínimo detalle de mis hermanitos difuntos, aquellos infantes, que —aunque yo recordaba lejanamente en mi infancia— para mí eran desdibujados, límpidos en una memoria de madre que los inventaba más reales que yo misma, me daba pormenores de los seis,

dos hembras y cuatro varones, de los males que se los llevaron y los arrumacos que hacía cada uno, del color de sus ojos, y cómo hubieran sido de mayores, la que se hubiera parecido a ella, el que hubiera sido galán, y el que tenía el semblante más camborio de todos, aquel lunarcito que tenían en tal o cual parte y hasta el rizo de su pelo que guardaba en alguna cajita entre los cachivaches que tenía en el arcón.

Yo no le hice caso a la Bibelota, muchas veces no le hice caso; a una madre no hay que hacerle caso siempre. ¿Cómo no me iba a encariñar con él? ¿Encariñar? Eso era poco, si lo adoraba, si era el fruto de mi amor, si había salido de mí, si era todo lo que tenía del hombre a quien amaba. Contra viento y marea lo saqué *p'alante*, o, mejor dicho, lo sacamos. Porque mi madre, a pesar de sus temores y las cosas que me decía, apechugó, arrimó el hombro todo lo que pudo y más, al contrario de lo que hubo hecho su madre con ella cuando le pasó lo mismito que a mí y la echaron los gitanos de las covachas del polvorín de Sanlúcar por haber deshonrado el clan.

Le daba el pecho noche y día, a la hora que fuera que me lo pidiera. No decía el niño ni mu que ya estaba yo, *desveláita toa*, lo tenía más limpio que la batea de un oratorio, cuando le empezaron a salir los primeros dientes le untaba la encía con aceite de clavo para que no le doliesen, le cambiaba sus pañales tantas veces como a niño rico se los cambiaban, *pa* que no se me *enritara*, que hasta me salieron sabañones en los dedos de tanto lavar tanta gasa en los lavaderos públicos de la calle las Limosnas, y más adelante aprendí a aguantar resignada el dolor de sus primeras mordidas en las areolas de mis pechos sangrantes mientras le iba dando de comer otras cosas, gachas, purés y alguna *poleá flojilla*. Yo creo que por eso mi niño no se me murió, por aquella gotita de sangre que a veces se me iba en la leche y lo hizo crecer sano y fuerte como un león.

Apenas tenía cinco meses y empezaba yo a darle de comer las *poleás*, era un niño hambriento y yo solita no daba abastos con mis dos tetas. Desde *chiquetito* lo sacaba conmigo al patio a que le diese el sol de la mañana, no me daba la gana esconderlo, ni me reconcomía el achare cuando las vecindonas me miraban por encima del hombro desde sus puertas, cuando lo llevaba conmigo a que viese la higuera que estaba *cuajaíta* y oliese el olor a

higo fresco, o me lo colgaba de los hombros haciendo un hatillo con el mantón, y meciéndolo suavemente sobre mi regazo me iba por la playa para que viese las gaviotas y la inmensidad azul por donde su padre se había ido a buscarle un porvenir.

Mi tío, en cambio, me decía que no saliera tanto con el bulto, refiriéndose al niño, que esas cosas tenían que esconderse para evitar el escándalo, y que la vergüenza y el recato eran dos virtudes que tenía yo que practicar un poco, porque era evidente que no las había aprendido de mi madre. José Candelario seguía llegando a la casa, puntual cuando yo lo avisaba, a leerme las cartas de Sebastián y la Paca se hacía la loca para no enfrentar que cualquier día de aquellos me embarcaba yo rumbo a la Nueva España, donde el padre de la criatura había ido a establecerse.

Un día llegó el muchacho de la posta por la tarde, antes de que anocheciera, entró a la casa de vecinos tocando el pito y gritando mi nombre, tuve que salir a los corredores con el niño colgado. Entré rapidito y dejé a tu padre en la canasta, pero ya no se veía bien dentro, así que, como no teníamos ninguna vela esa tarde, me guardé la carta en la pechera y allí la mantuve todita la noche, junto a mí. Con la poca luz del crepúsculo había logrado ver antes de entrar aquellos garabatos que bien conocía, a pesar de no saberlos siquiera leer tenía claro que eran los de Sebastián.

Al día siguiente, tan pronto como me despertaron las campanas, me levanté a trajinar y a hacer mis cosas y cuando dieron las once y media por el campanario de San Felipe Neri, ya estaba yo cruzando la plaza derecha a la taberna de la Calandria con el niño en brazos. José Candelario me volvió a reñir de mal humor, esta vez por llevar al infante a un sitio así, me decía como si a él le importaran esas cosas a esas alturas. Él no quiso leer la carta allí mismito, así que se vino conmigo de vuelta al cuarto para leerla allí. De nuevo yo, apoyada en el poyete con la criatura pero sin mi madre, que ya había salido, escuché la voz en tinta de Sebastián por boca de mi tío: que si, Gregoria, ya está listo tu novio, dice que debes partir, aquí te manda instrucciones y una letra *pa* que la cobres, que si, Gregoria, yo me encargo de

esto, y que si, Gregoria, mi obligación como tío tuyo que soy y único hombre de la familia es acompañaros al niño y a ti hasta Sebastián, que una mujer hoy día no puede viajar sola por el mundo y menos en un galeón hasta la Nueva España.

La Paca llegó esa *madrugá* como de costumbre, *ahogaíta perdía*, parecía que lo venía barruntando la hija de su madre, y así fue el resto de la semana, o se metía en el catre cuando yo estaba frita o llegaba de tal forma que no había manera humana de platicarle nada porque no entendía de borracha que iba la *condená*. Me tuve que esperar al domingo, que era cuando se levantaba para ir a misa de doce y cuando ya la tenía vestidita de negro y con el velo le dije esta boca es mía.

Estaba a punto de salir por las puertas cuando le hablé: madre tengo que decirle algo importante. Por el respingo que pegó me di cuenta de que ella ya sabía de qué asunto se trataba aquello. Me miró con tristeza y me dijo que si, mi niña, ya eres una mujer de bien y con eso me conformo, que si tienes mi bendición para irte a ultramar, adonde quiera que sea, a darle un padre a esta criatura.

Me dio un beso en la frente y en el mismo lugar donde me besó me hizo la señal de la cruz. Se dio la vuelta, dejó el rosario y el misal en el poyete y se quitó el velo de encima del *recogío*. Luego la vi cómo cogió un cuchillo de la gaveta y se agachó allí donde dormíamos, rajó los bajos del colchón y metió la mano dentro. Sacó dos bolsas que sonaban como de monedas. Esta es tuya, dijo tendiéndome la más pequeña, es lo que te debía la Genoveva, que lo guardé *pa* cuando crecieras, y esta es mi vejez, y me alargó una más pesada. No quise aceptar la de ella y se enfadó, no paró hasta que la cogí. Que si vamos, no seas tonta, coge el parné que de aquí a que me haga vieja me queda mucha alegría en este cuerpo *pa* ganarme eso y más, y que si acuérdate de que me quedan muchas alhajitas, son doblones del rey, mi *vía*, te servirán allí.

Se secó con los puños de la sayuela los ojos llorosos. Luego me abrazó y su abrazo duró mucho tiempo, allí las dos lloramos una *jartá*, nos pusimos como

dos magdalenas. Hasta que ella, con la gracia que tenía, saltó con una de las suyas que ya ni me acuerdo y acabamos meándonos de risa pero con los ojitos *enritaos* y el corazón *encogío*. Anda, Gregoria, que si parecemos dos chochos tristes, que si vámonos a la calle, a comprar telas, vamos, Gregoria, que de aquí a que te vayas te vas a tener que hacer unos pocos vestidos *pa* que él te vea guapa cuando os encontréis, esos te los voy a regalar yo, y que verás cómo vas a lucir, ¡con lo bonita que tú eres, coño!

Empeñó, en el monte de piedad, un *pendentif* de amatista; que si ya lo recogeré cuando vengan tiempos mejores, me dijo quitándole importancia, y con lo que le pagaron nos fuimos a unos almacenes del puerto donde llegaban las telas de la China. Me hice tres vestidos para el viaje, uno de seda azul celeste, otro verde oscuro y el amarillo de shantung. La Paca otro día apareció con un *trusó* lleno de cosas, así era ella de espléndida, cuando había que regalar era la más generosa; cuando había que dar amor, la más opulenta; cuando había que perdonar, la más dadivosa.

Finalmente, tras dos meses de espera en Cádiz, que se me hicieron eternos, embarqué con un buen baúl, mi niño a cuestas y mi tío de chaperón, el 7 de junio del año de 1755, bajo el reinado de Fernando VI, en el navío *La Galga*, que iba al mando del capitán Pedro Garaycochea, y llegamos a la Villa Rica de la Vera Cruz, el 5 agosto, casi dos meses después.

Bajé a tierra tratando de no embarrarme los chapines en el lodo del puerto, rodeada de barriles y fardos apostados en los pantalanes de madera, con el vestido verde oscuro, vestida como una dama en medio de un jaleo tremendo, José Candelario también se había comprado una buena casaca de paño y polainas de cuero, yo llevaba unos aretes de oro y perlas de la Paca y la pulsera barbada. Todavía, después de haber cruzado un océano, retumbaban sus palabras en mis oídos como cuando me los estaba dando: hija de mi vida, por cualquier contratiempo que se te pueda ofrecer, mi *arma*.

DE VERACRUZ

La travesía se me hizo interminable. Aunque barcos había visto muchos era la primera vez que yo me embarcaba, fuera de las pocas veces que el barquero me había cruzado a la isla del León o por el caño de la Culebra en la patera, cuando iba a buscar coquinas para el arroz.

No me mareé tanto como José Candelario, que para haber estado casi toda su vida trabajando en el puerto, no parecía tener noción alguna de lo que era pisar sobre un suelo que cabeceaba todo el tiempo. En aquel momento no lo sabía, pero ahora, con mi experiencia de loba de mar, sé que los alisios que nos tocaron desde las islas Canarias fueron probablemente los mejores alisios que me han tocado en toda mi vida. Y eso se lo agradezco a Dios Nuestro Señor, que por esa primera usanza que tuve no le cogí manía al mar y ahora soy lo que soy.

A pesar de que desde las Canarias a las Antillas nos fue muy bien, el comienzo no lo fue tanto, eran días de la canícula y una inmensa calima reinaba en las bahías de Cádiz y Huelva. No fue sino hasta que perdimos de vista el cabo de San Vicente que la nao se hinchó de viento. Aquel cabeceo inútil que nos tenía a todos nauseando entre Tarifa y Ceuta, llenando la cubierta del galeón de molestas moscas y de peligrosos tábanos, cesó para que enfiláramos la quilla en el mar como un arado se enfila fácil en la tierra húmeda.

La nao *La Galga* fue la primera cosa extraña que no me dio aprensión en

toda mi vida y creo que fue porque yo sentía que era el único medio que podía llevarme a Sebastián, con el que yo quería estar a como diese lugar. En él me sentía segura, a pesar de las rachas de marejadas que vivimos llegando al mar de los Caribes, por donde habitualmente se tiene que dar un rodeo para aprovechar mejor los vientos alisios.

La Galga era como una gran casa de vecinos, los del patio de delante, los del corral de atrás, las finolis de la galería y las arrabaleras de los bajos, las bodegas, el pasaje, el rancho de galletas manías, el baño a cubetazo limpio de los niños en cubierta, el olor a esa sopa que no era más que aguachirri y ese tocino de cuarta tieso, salado a más no poder, que nos daban de colación, el agua mezclada con aguardiente de uva para que no se pudriera estancada en los barriles, un agua que a más de uno se le subía a la cabeza y entonces empezaba a decir las palabrotas y las pamplinas que se suelen escuchar en una vecindad cuando los hombres llegan borrachos de noche a armar escándalo; la colada de los pasajeros tendida en las jarcias o sobre cualquier cabo que encontrásemos libre y hasta las bacinicas oliendo a orines que salían de las bodegas a diario y se volcaban al mar por sotavento como hacen las vecindonas en los patios gritando ¡agua va!, *pa* que no te coja desprevenía y te caiga todita la porquería encima.

En cambio, otro semblante del galeón *La Galga* era totalmente nuevo para mí: los enormes lienzos que se inflaban de aire jalando de la nave, haciendo crujir las vigotas, el afán de los grumetes y vigías subiendo y bajando por los flechastes de los obenques, los hermosos gallardetes rojos, que agarrados en los masteleros, me enseñaban el rumbo del viento que nos llevaba, los bandazos constantes de las vergas al virar y la empinada escora que hacía que nada fuese plano allí, sino cuesta arriba o cuesta abajo, como la vida misma.

Dormíamos en una bodega las mujeres, y en otra parte del galeón, los hombres, sobre hamacas o en jergones llenos de gorupos. Algún pasajero repartió unos ungüentos aceitosos para que las sabandijas no nos picaran, pero aun así acabamos llenos de picotazos cuando llegamos a tierra. Yo preferí instalarme en una hamaca con el niño, porque las alimañas no llegaban tan arriba y por la noche me sentía más segura de las ratas, las cucarachas y las chinches encaramada en lo alto, aunque había quienes

preferían los jergones por ser más cómodos y moverse menos. Dormía vestida, como es natural con tanta gente. No me cambié el vestido en toda la travesía a pesar de la calorina que llegó a medida que nos acercábamos a Santa Cruz de Tenerife y nos alejábamos al atardecer del cielo rosa del golfo de Huelva, pero ¿dónde me iba yo a desvestir sin cobijo de ninguna clase? Eso sí, me cambiaba los fondillos cada tres días y los remojaba con *agüita salá pa* que no jedieran, y de lavarme, hija, poquito y con la misma cubeta de agua con la que baldeaba a tu padre luego me refrescaba yo lo que podía por la pechera, los brazos, la cara, y cuando las mujeres hacíamos un corrillo en cubierta para taparnos unas a otras, me alzaba la falda y las bajeras, y así *escarranchá* me lavaba el me-alegro-de-verte-bueno, como las francesas. Ahora en la *Tritona* es distinto, me lavo de arriba abajo cada vez que me sale del alma, para eso soy la capitana. Naturalmente que había un pasaje más fino que nosotros, que hacía la travesía en unos reservados más tranquilos en la parte de popa, donde se movía menos el galeón. Ellos se cambiaban de ropajes, comían un rancho distinto y hasta llevaban bañeras de latón en sus camarotes, según me dijo un grumete, porque allí a nosotros ni nos dejaban pasar.

Hicimos puerto para tomar vituallas en Santa Cruz de Tenerife. Allí bajamos a tierra varias veces los días que estuvimos. La ciudad es bonita, para nada pequeña, con sus buenas iglesias y caserones solariegos que tienen unos cierros preciosos de marquetería en los balcones, como el que hay en San Gabriel, en la esquina que da al jardín de pirules donde planté un rosal de Castilla, allí hice yo instalar un cierro que copié de estos, tomándolo de mi propio pensamiento, para que entrara el fresco que venía del río a la casa y así no se me metieran los tlacuaches. En las Canarias fumé tabaco por primera vez, aunque yo ya lo había olido en el tugurio donde la Paca trabajaba, cuando había ido a escondidas a verla con mis hermanos, o cuando ella se fumaba un purito alguna noche antes de dormir. Me lo dio una india guanche a la que le compré una pipa de hueso; lo iba vendiendo en el puerto como remedio para que los mosquitos no picaran, y desde entonces me envié, porque ya con mosquitos o sin ellos no puedo vivir sin mi tabaco, pipa o cigarro, que enciendo todas las tardes con mi vasito de aguardiente de

maguey después de bañarme en cueros en el océano para recibir la noche. Desde allí a la isla de La Española la travesía fue más límpida, pero después de llegar a La Española todo cambió, el cielo estuvo la mayoría de los días encapotado y tuvimos alguna marejada. Saliendo del puerto de Santa Cruz los vientos se hicieron continuos y dejaron de ser racheados como habían sido en las costas de África. Noche y día la brisa nos empujó como yo sentía que la vida me iba empujando hasta Sebastián, sin paros ni brusquedades.

No te creas que me asustaron mucho las marejadas, porque las novedades que iba descubriendo en el viaje y el enardecimiento por el hecho de que me dirigía hacia donde estaba el padre de mi hijo me distraían de todo lo demás. Allí, saliendo de las aguas de la isla de La Española, vi por primera vez a las guacamayas cuando una bandada de ellas atravesó de popa a proa el barco, posándose por unos instantes en el bauprés a acicalar sus plumajes antes de continuar el vuelo. Eran de las rojas, las azules las vi más tarde en la Nueva España, y también fue la primera vez que vi el agua azul turquí de ese mar tan hermoso que es el de los indios Caribes; había dejado a tu padre con mi tío y estaba sola en cubierta, y me acerqué a la banda de babor a ver unas islas que a lo lejos se veían cuajadas de verdor. La nao estaba surcando entonces aguas poco profundas y yo no lo sabía, al mirar hacia abajo y ver la transparencia y el color, los bancos de peces alrededor *nuestro*, el mero fondo de arena blanca a solo unas varas por debajo me dio la impresión de que el galeón volaba entre capas de vidrios azules, celestes y turquesas. Hija, tienes que ver ese mar algún día, no es ni marino plata como el de Cádiz, ni verdigrís como el de Veracruz, es entre el uno y el otro, pero con la pureza de una gema preciosa, parece como si el cielo se hubiese hecho agua y se hubiera puesto a nuestros pies.

Después de la parte meneada del Caribe y de atracar en La Habana, donde no nos dejaron bajar a tierra, por un par de días en los que se descargaron grandes pacas en el puerto a base de garrucha, embarcaron a un piloto que conocía bien las aguas que nos llevarían a Veracruz y este nos fue llevando por entre bancos y arrecifes estando a punto un par de veces de encallar en las rocas de no haber sido por la Divina Providencia. Entramos por Campeche al golfo de la Nueva España, allí la cosa cambió, el mar se volvió más duro,

más aburrido y decían los marineros que hasta tiburones había en aquellas aguas. *La Galga* cambió de rumbo para aprovechar los vientos terruños y a los pocos días comenzamos a ver la franja gris de tierra mientras el grumete, desde la cofa, gritaba el augurio de «tierra a la vista» que todos esperábamos y poco a poco el puerto se fue haciendo visible, primero las torres y los campanarios de algunas iglesias cerca de la playa arenosa, los médanos de arenas movedizas, luego la fortaleza con sus murallas rojinegras y, finalmente, las casas.

La Nueva España es una tierra que te festeja con su fertilidad y abundancia, donde te reciben con los brazos abiertos como en la casa que alguna vez dejaste, no en vano le dimos ese nombre: Nueva España, porque allí los españoles nos sentimos como en otra España. A diferencia de nuestro pequeño mundo, es inmensa, llenos sus terrenos de ríos y bosques, de montañas y lagos, bajíos, vergeles y tierras agrestes, desierto y selva. Con un lugar para cada quien: para los aventureros y colonos que llegan a hacer la América, para las prostitutas que quieren dejar de serlo y entrar por el buen camino sin que nadie les recuerde su pasado, o para las mujeres decentes que quieren convertirse en descarriadas lejos de la mirada fiscalizadora de sus aldeas; para los nobles segundones que quieren destacar como primogénitos y los primogénitos que ansían más gloria aún en sus blasones, o quizás evadir el peso de la nobleza y convertirse a una vida sencilla, como hizo Sebastián; para los presos libertos que esperan una segunda oportunidad fuera del penal y los fugitivos de la ley que desean seguir en el delito impunemente, los pobres y los ricos, los buenos y los malos, los sabios y los atolondrados. Sus tierras son generosas y tiernas como los pechos de una mocita entrando en edad de merecer. En blando caen las semillas que los hombres plantan y los árboles crecen altos en menos de la mitad de una mitad de lustros de lo que crecen en la vieja Europa, sus mares son tan cálidos que cuando vuelves a los antiguos mares ya no quieres meterte en ellos porque el frío te quebranta el espinazo. A su gente, amable y cantarina, le gusta el jolgorio como a nosotros los andaluces, el clima es sereno, es tierra noble y santa, pero para nada es

aquel parnaso de donde brota leche y miel del que nos hablan en la Península.

Ahora veo las cosas distintas pero la primera vista de aquel lugar no me fue nada grata, a pesar de la buena voluntad que llevaba encima porque iba a lo que iba: a encontrarme con Sebastián. Quizá como mujer criolla, orgullosa de tu tierra, te moleste lo que te voy a decir, Rosario, pero tengo la obligación de contarte mis pareceres tal y como fueron en ese entonces, aunque luego hayan ido cambiando. Y no es que quisiera comparar en ese momento las dos únicas ciudades que conocía. Las comparaciones son odiosas, tú lo sabes, pero yo nunca había salido de mi tierra y los puertos en Cádiz eran muy distintos a estos, la ciudad también. Sí, hija, los puertos son puertos y tú seguramente no sepas mucho de ellos, a pesar de que yo en aquel entonces sabía más de ellos que lo que sabe cualquier mujer de bien: las mujeres decentes ni se acercan a las calles que llevan al puerto.

Pero yo, por mi condición, había paseado furtivamente a menudo por los de mi tierra, y sí, había visto alguna vez el trajín que allí se daba cuando me tenía que acercar a buscar a la Paca por cualquier urgencia a las tabernas donde ella bailaba. Me recuerdo chiquilla escondiéndome tras los carros de mulas que iban a cargar mercancías, o entre las recuas de asnos, porque me contaban cosas muy malas que pasaban por aquellos lares y me daba miedo que me pasaran a mí. En los de Cádiz vi a los apuestos contra maestres genoveses que bajaban a tierra a divertirse por las tabernas, los rubios y espigados marineros flamencos o los acicalados mercaderes marselleses que cruzaban de lado a lado el murallón buscando regalarse la vista con las gaditanas guapas que en las calesas salían por el paseo. Cádiz era en esos años la puerta de un imperio colonial, por la Casa de Contratación pasaba toda la mercadería de ultramar que entraba en España y parte de la de Europa. Allí se pagaban los aranceles reales, las almonedas y alcabalas, y ya sabes, hija, que quien anda con miel se pringa las manos. Así que mucho de aquellos caudales quedaban en mi ciudad, en sus edificios, en sus jardines, en sus plazas adoquinadas, en sus palacios, iglesias y teatros. Luego entendí, ya que estudié en El Pilar, que desde que entraron los Borbones a reinar se intensificó la entrada y el comercio con franceses, con napolitanos y genoveses, por causa tanto del rey Felipe como de Isabel de Farnesio, y la

verdad, hija, para qué te voy a decir que no, gracias a esa influencia en los trajines de los puertos se veían hombres muy guapos tanto paisanos como foráneos.

Cuando la dejé, Cádiz era una ciudad muy hermosa, llena de blasones y de riqueza, con jardines de árboles exóticos traídos de ultramar, grandes ficus y palmeras de aquí y de allá, de casas solariegas, torreones, tabancos, cafés y mentideros, iglesias y conventos. En cambio, la Villa Rica de la Vera Cruz, la que nos pintaban en la Península como una Jauja de allende los mares, como el súmmum de la opulencia y la riqueza para que todos nos fuéramos a colonizar el Nuevo Mundo, no era nada de lo que nos decían. Pero no te lo tomes a mal, muchas cosas eran mejores en la Península que en la Nueva España, y otras eran más buenas aquí, y de todo te voy a ir contando para que entiendas por dónde pasé.

Entramos en el puerto de la Villa Rica de la Vera Cruz el día de San Cándido de aquel año, un día después de que se avistara tierra, porque el puerto estaba con mucho tráfico de barcos y tuvimos que esperar a que nos dieran la patente para entrar en la ensenada.

El puerto de Veracruz era un barrizal, los muelles de madera se sobreponían sobre estacas grandes clavadas en una playa fangosa de arenales rojizos y un mar gris, unas casetillas de madera al fondo y unos cuartos adosados a las murallas tenían las casas de los aranceles y las almonedas, y más allá una de ladrillo y piedra con su blasón real guardaba la de las autoridades portuarias. El aspecto de la ciudad miserable y tétrica con la que me encontré no consiguió bajarme el alma al suelo porque iba ufana a encontrarme con mi Sebastián, ni tampoco las bandadas de grandes pájaros negros, después supe que se llamaban zopilotes, que en aquel momento rodeaban alguna bestia muerta en un banco de arena movediza cerca de la orilla y que, en contraste con aquellas guacamayas rojas que se posaron en el bauprés días antes en el azul Caribe, hacían una visión aún más lúgubre del lugar al que acababa de llegar. Una cantidad de gente, como en Cádiz, iba y venía de un lado para otro sin un propósito aparente. Eran en su mayoría oscuros y mal vestidos, algunos iban a pie desnudo, sin calzas, y no es que en los puertos de la Península la gente fuese elegantísima. En los puertos la

gente es casi siempre de baja ralea, pero de vez en cuando se encontraba una en los de Cádiz con los pelotones de guardiamarinas con sus casacas rojas y azules de guarnicionería dorada, o con los apuestos mercaderes que te conté y que salían de las naves a tomar los carruajes. He de decir, en cambio, a favor de las gentes de la Veracruz, que tenían unos dientes hermosos y blancos, más bonitos que los de los europeos, y un pelo negro como el azabache brillante, y sí, había algún que otro marino vestido de uniforme, en su mayoría capitanes de navío, pero casi todos los demás que porteaban los fardos y las pacas eran zarrapastrosos, o pobres indios encorvados por el peso de sus cargas o negros del África que iban casi en cueros.

Antes de poder buscar un sitio donde quedarnos, tuvimos que pasar a ver al escribano del puerto a que diera fe de nuestro desembarco. José Candelario insistió en que guardase la cédula de bautismo de mi hijo e inscribió a tu padre en el acta como si fuera hijo de él. Me dijo que así era mejor, para no dar pie a habladurías que pudieran poner en peligro mi reputación y nuestra situación en la Nueva España, y que ya luego Sebastián arreglaría todo eso en la Ciudad de Méjico.

Por aquellos pantalanos y muelles de madera pasamos caminando hasta el muelle principal, que ese sí era de piedra, y llegamos a la salida del puerto que daba directamente a una puerta en la muralla por donde se entraba a la ciudad. Detrás *nuestro*, en la bahía, en una isleta baja, un baluarte rojo y gris presidía el paisaje de un mar triste; después supe que era el castillo de San Juan de Ulúa, que servía de parapeto y de defensa en caso de ataque de los corsarios, el mismo contra el que tantas veces he arremetido yo, ahora que mi cabeza vale más que un Potosí y soy una pichelingue. ¡Quién me iba a decir entonces, que no era yo sino una mojigata, que a esas piedras orgullosas y altivas les iba yo a abrir más de una brecha a base de pelotazos de plomo!

Dos porteadores se encargaron de levantar en unas parihuelas el baúl que la Paca me regaló, y el hatillo de José Candelario, que les dio un ochavito a cambio del porte, y bajo mis enaguas sentía el peso del talego de cuero lleno de monedas que guardaba para los apuros, mientras un calor insoportable y palustre con olor a salitre se me pegaba en el rostro y por todo el cuerpo y a punto estuvo de darme una arferesía. En los alrededores solamente veía

matorral bajo y ciénagas pobladas de nubes de mosquitos a pesar de la luz del día. Mi tío se encargó de llevar a tu padre en brazos porque yo estaba totalmente guarnida con aquella fosca y apenas podía arrastrar los pies por la cuestecilla que llevaba a la explanada. A pesar de todo el cansancio de meses en el barco, el mal de tierra que me dio na más bajar y aquel recibimiento de calma chicha, estaba contenta, llena de ilusiones, imaginaba mi nueva vida con Sebastián en ese Nuevo Mundo que tan distinto me habían pintado desde Cádiz, y miraba a mi alrededor fijándome en todo lo que encontraba en aquellos lugares, deseando ya tomar la diligencia que nos llevaría a la Ciudad de Méjico, donde él nos esperaba. Veía las construcciones de la ciudad y trataba de vislumbrar cómo sería nuestra casa, las fachadas pintadas en colores cerúleos, ocres, bermejos y hasta de un añil melancólico. Las vestimentas de algunos lugareños llamaron mi atención, como has de suponer, hija, a mí, que me gustaba tanto un vestido y una tela. Las mujeres llevaban faldas de trabajo con vuelo y ribetes de colores, hermosas, las que eran como mi madre llevaban su ribete hecho de picos, ataviadas con sayas de lienzo y mantoncillos alargados de hilo que en las más bajunas parecían hilachas harapientas. Las indias, en cambio, vestían con unas camisas de algodón por fuera de las faldas, con adornos y bordados toscos hechos en hebra de colores, que luego supe que se llamaban huipiles, y unas sayas triangulares llamadas quezquemeres, con un ceñidor tejido en la cintura y el pelo negro hermoso recogido en trenzas y roetes.

En esos momentos pensé en la Paca, a ella le hubieran encantado esas telas bordadas y esos peinados, se hubiera fijado bien para hacerse luego ella uno igual, y se hubiera peinado la melena de la misma forma, tenía arte *pa* esas cosas, la puñetera. Los hombres de razón llevaban sus calzas sin abullonar por debajo de la rodilla, tipo coquintero, algunos llevaban dos, una encima de la otra, y la de arriba abierta en los laterales y abotonada, sin calcetas; los hidalgos, como en la Península, portaban sus calzas y calcetas con finos chapines de cuero, casaca larga abierta muy similar a la nuestra y sombreros parecidos a los salmantinos de ala ancha, para protegerse del sol; los de sinrazón, unos calzones blancos pero mugrientos, zafios, sin gracia, y a lo mucho sayuela igual con un sombrero de paja o un pañuelo anudado en la

cabeza que los cubría y llamaban paliacate; a veces llevaban simplemente un capote de algodón claro anudado en el cuello e iban descalzos, o los más pudientes, con sandalias hechas de tiras de cuero, y más de uno, tan solamente un taparrabos debajo del capote, que era como una ropilla de cama pasada bajo un hombro, y de cintura para arriba como sus madres los parieron. La mayoría se amontonaba, casi se tiraban unos a otros al mar, empujándose en los pantalanes para mirarnos curiosos bajar del galeón.

Los indios hablan en su lengua de ellos, que es como el caló para los gitanos, y a veces los peninsulares y los castizos del pueblo, que no queríamos dárnosla de lo que no éramos, tomábamos sus palabras pintorescas y graciosas para hablar entre nosotros, porque sabíamos que no se nos tomaba a mal. Pero tú me imagino que no lo harás, que tu padre no te lo ha venido permitiendo. Él sí quiere olvidar de dónde vino, esto son solo cosas de tu abuela, que, por mucho que se haya refinado, nunca pudo olvidar el vecindario donde se crio, gracias a Dios, porque, como te vengo diciendo, para que uno sepa adónde va tiene que tener claro de dónde viene.

Supe que había tantos tipos de vestimenta como de castas, cada una llevaba su atuendo y nadie se vestía con ropajes de otro estamento aunque el dinero le diese para ello. Nada más llegar, me arrebaté con los puestos de flores, los mercados de especias y esas guindillas picantes que allí llamaban chiles o ajíes, los miles de colores de sus trabajos y cachivaches, las indias herbolarias que con sus canastos pregonaban en una lengua extraña unos nombres de yerbas y polvos aún más extraños para mí, los vendedores con los canastos llenos de papayas, esa fruta que nunca me gustó porque cuando se abre y está madura me da tufo a establo, los gallos de pelea de plumaje colorido como en mi tierra, esperando en los corralitos de las esquinas de las tabernas la fiesta del domingo, las jaulas de pericos parlanchines en los zaguanes de las casas, las ollas de barro y los morteros de piedra que los del lugar llamaban molcajetes, o los molinillos bajos de cantera que son los metates donde muelen el maíz. Me admiré en el devenir de aquella bulliciosa ciudad que, al igual que Cádiz, también era mujer.

Sí, Rosario, Veracruz es una mujer mestiza de ojos grandes y un deje moruno en sus labios cordobeses. Lleva la cruz del bautismo y el aroma de la

diosa Xochiquetzal, la dignidad de la hija de un rey y la sumisión de una cautiva de guerra, es princesa Malinali y es doña Marina. Al contrario que Cádiz, ella no coquetea con el mar, porque por allí han llegado sus desgracias, a pesar de que también era por allí por donde ella esperaba un Quetzalcoatl triunfante que nunca llegó.

DE UNA MENTIRA

El *malaje* no me lo dijo sino hasta el día siguiente de llegar a la Ciudad de Méjico. Habíamos tomado la diligencia a las dos semanas de haber llegado a Veracruz, nos tuvimos que quedar en una pensión del puerto porque aquella *pechá* de lluvias torrenciales del verano había deslavado unos terrenos por Orizaba, y viajar por el camino de Xalapa costaba más reales. Hasta que no aplanaron de nuevo el camino y le metieron piedras a aquel barrizal no pudieron pasar de nuevo los carros y se interrumpieron las idas y venidas de cajones. Un viaje a lomos de burro con el niño hubiera sido una locura, igual que haberlo hecho en las literas, que van lentamente en mulas y se tardan como nueve o diez días, pero van con harto traqueteo, y como teníamos nuestro guardadito de dinero, aunque había que cuidarlo, decidimos hacerlo en diligencia pero por la ruta más barata. Por allí se hacía el viaje en cuatro días si no se rompía nada, y costaba más que en litera, pero te daban la comida y la cama en posadas ya acordadas, así que al final era lo comido por lo servido. Finalmente, cuando se supo en Veracruz que la vía por Orizaba estaba limpia de daño partimos en la diligencia de pasajeros con otras dos personas y un clérigo.

Mi tío se mantuvo abatido todo el trayecto, no decía nada, no más hablaba de cosas fútiles, de lo malos que eran los chaparrones y de cómo provocaban atascaderos en los vados del camino, o de por qué, además de pagar el porte, nos teníamos que bajar al fango para que los mayores ayudaran a las bestias

a sacar el carro de los enormes charcos. Me figuré que José Candelario se mantuvo callado todo el tiempo por compartir tan pequeño espacio con otras personas extrañas. Él era así, igual se tornaba el más hablador del mundo y le contaba a la gente su vida con pelos y señales que a nadie le incumbían, como se callaba la boca y no decía ni mu cuando alguna palabrita de su parte hubiera sido bienvenida en aquel gélido silencio que se hacía bajo los cueros del carruaje, empapados de lluvia, que nos humedecían hasta los huesos. Así que no hice caso a esos cambios de humor que en él eran ya más que rutina. Empero no, Rosario, su reserva venía de otra cosa que pronto descubriría.

Viajar por una nueva tierra me causó casi tanto asombro como el galeón, a pesar de que en el mar todo era mar y aquí todo era cambiante, nuevo y desconocido. Los paisajes fueron muy distintos de los que yo había visto en Cádiz, comparado con los pinares arenosos, las marismas y las salinas, el verdor de la Nueva España era indescriptible, la selva baja con la que me encontré saliendo de Veracruz, los bosques brumosos de grandes helechos que casi parecían palmeras y las mudas continuas de paisajes distintos hasta llegar a la Puebla de los Ángeles me despertaron el interés por este nuevo mundo en el que cuanto cosa se ve por sí sola es un dibujo, un cuadro exótico, un pretexto para detenerse a contemplar.

Hubo cosas que no me pudieron pasar de largo por muy pendiente que estuviera yo de encontrarme con Sebastián y la cabeza puesta en otra cosa. Así fue la primera vez que vi un pájaro mosca volar como un abejorro para chupar de la flor de una chumbera, el aire denso y húmedo del trópico que a veces me costaba respirar, las cabañas de los indios hechas de caña, las mujeres tumbadas a la sombra con su larga y brillante melena negra, o las plantas y frutas de tan distintos sabores y tonos que me encontré en las posadas, nanches, granaditas o el sabroso chicozapote de un gusto que se me figuraba a unas natillas rebosante de caramelo tostado. Las frutas de la Nueva España son como las de esas guirnaldas de piedra que adornan las fachadas de las casas de Cádiz. Si aquellas tierras llamaron mi atención por su fertilidad, las frutas eran un segundo paso en mi asombro.

Hicimos pie el primer día en Orizaba y el segundo en San Agustín del Palmar, luego en la Puebla. Allí nos dieron posada en una hostería a la vera

de la iglesia de la Compañía de Jesús, donde comimos y dormimos bien y además pude secar mi ropa húmeda de tanta lluvia frente a una chimenea de leña; fue un lujo salir de allí sequita. A la madrugada partimos a la luz de las velas para la Ciudad de Méjico entrando por el paso de Cortés entre las faldas de dos volcanes desde cuyo final vio la ciudad de los aztecas el conquistador por primera vez. Allí divisé las moles gigantes de los nevados volcanes, coronados de fumarolas blancas y que yo antes no había visto, ni siquiera conocía, e ignorante me imaginaba que no eran sino chimeneas de los fogones del infierno que dejaban salir el humo, porque así me dijo mi tío y así creí hasta que un maestro de El Pilar me corrigió en mi error.

Las gordas iguanas que se apartaban de nuestro camino dando coletazos en la arena, los espantosos guajolotes que iban en parvadas con los campesinos indígenas y las bandadas de escandalosos loros *verdiazules* que cruzaban el aire sobre los hermosos flamboyanes cuajados de unas flores extrañas que antes yo nunca había visto, pero que eran igualitas a aquellas plumas de avestruz teñidas de rosa que yo usaba en carnaval para pegar con resina de ciruelo y cera en las máscaras que luego vendía. Llegando a un valle hermoso y cálido, allí mismito en un chamizo, comí las tortillas de maíz que hacen allá, y el hongo del huitlacoche, negro y de sabor suave como los gurumelos, y hasta los huevillos de hormigas refritos envueltos en las tortas con una bebida ácida y lechosa, fermentada, llamada pulque que luego he bebido muchísimas veces más de las que debiera, y que recuerdo con mucha nostalgia porque solo se encuentra en tierra.

Todas aquellas cosas raras que descubrí en el trayecto después se convirtieron en mi alimento de cada día, y ahora que lo veo con normalidad no me paro a pensar que, en su momento, Rosario, fueron grandes descubrimientos para mis sentidos adormecidos, y creo que mi sesera empezó a abrirse con aquellas incitaciones, que fueron el prelude para que luego pudiese entender la luz que habría de venir en el convento con las monjas y el placer que hay en descubrir las cosas nuevas que la vida nos da.

En el viaje iba yo tan metida en mí misma, en mis ilusiones y mis esperanzas de reencontrarme con Sebastián, que esa es la única explicación que doy a no haberme dado cuenta de las verdaderas intenciones de mi tío. Si

yo había venido viendo en los ojos de la gente su condición buena o mala, si tenía yo esa facultad de ver a quienes eran gentiles de corazón o a los de suerte mezquina como lo había hecho mi madre y la madre de esta, y la de aquella, ¿cómo fue que no me figuré ni por un momento de aquel hombre *malaje* que codo a codo conmigo llevaba meses viajando por mar y tierra?

Así somos, hija, y cuando nos damos cuenta de nuestra majadería es demasiado tarde, y a toro pasado es fácil ver las cosas, pero en el momento justo, cuando realmente hubieran servido de algo, no lo es.

En aquellos días, recién llegada a la Nueva España, recordé mirando atrás cada una de las señales que la vida me había mandado, y me odié por haber sido tan tonta. Porque yo sabía que los ojos de José Candelario no eran limpios. Si trataba de mirarle el alma enseguida veía turbio. En ese momento no era el hombre malo del todo en el que luego se convirtió, pero tampoco era un hombre bueno, y esos son los peores. A los malos del todo los vemos venir y nos guardamos de ellos, pero los que caminan entre dos aguas, los seres innobles que no han hecho maldad alguna porque la vida no les ha puesto por medio la oportunidad, pero que en cuanto se la pongan la hacen, de esos hay que guardarse. Entonces vi las cosas como eran, demasiado tarde, y me acordé de aquella mirada suya tortuosa cuando años atrás me lavaba en el pretil del pozo, de aquel roce extraño en la posada del camino, o de aquella ira inexplicable cuando le iba con los mensajes de Sebastián a la taberna *pa* que me los leyera, de aquel interés inesperado por su familia repentinamente y que mi inocencia o mi estupidez achacaban a que se estaba reformando y convirtiéndose en el hombre de bien que antes no había sido, por haber estado demasiado tiempo en el penal de las Cuatro Torres. Me culpé a mí misma durante muchos años por haber sido tan estúpida, porque si antes estaba lejos de Sebastián entonces lo estaba más aún.

No fue sino hasta que llegamos a la Ciudad de Méjico y que nos encontramos José Candelario, el niño y yo en una hospedería de la calle de Tacuba, cuando el viejo desembuchó lo que venía callando desde que salimos de Cádiz en *La Galga* sin que yo hubiera tenido la más mínima sospecha: Sebastián no estaba en la Nueva España. Todo había sido un engaño suyo.

Me confesó que llevaba años enamorado de mí, con lágrimas de cocodrilo

me pidió que lo perdonara, pero que me había traído hasta allí para que me casara con él, para apartarme de aquel hombre con el que no tenía futuro y la quimera en la que yo vivía. Me dijo que aceptaría a mi niño como si fuera suyo, que empezáramos los dos una nueva vida en la Nueva España.

DE UNA PERRA

Las palabras de maldición de mi tío José Candelario retumbaban en mis oídos como si me las estuviese diciendo desde cualquier esquina todo el tiempo: que si es que vas a volver a mí con la cabeza agachada, que si es que no eres más que una pobre *desgraciá* que no tiene dónde caerse muerta y cuando pruebes el sabor del arroyo y la miseria me buscarás. Ya estábamos en el arroyo pero yo no iba a ir a buscarlo.

Lo dejé gritando como loco en una esquina cerca del salto del agua del acueducto. Hacía casi dos semanas desde que me confesara su infame mentira. En el quicio de la fuente, dándole la espalda, me dispuse a buscar un trabajo decente en cualquier casa que nos mantuviera a mi hijo y a mí, sin saber lo que me depararía la vida.

Vagué por los canalillos abiertos de una ciudad aún en construcción, el lodo de algunas calles y sus palacios a medio hacer, desparramados de canteras en el suelo, hacían que fuera difícil caminar por el sitio embarrado. La zanja de aguas negras olía fuerte a podrido y a orines a causa del calor húmedo que evaporaba y me tuve que tapar la boca con el mantoncillo como hacen los bandoleros y esconder la cabecita del niño en mi seno para que no nos tragásemos ese tufo venenoso. La mugre me rodeaba bajo los chaparrones y mis pies empapados ya no tenían por qué guardarse de adónde pisar para no llenarme de mierda los bajos de las faldas, porque ya iba yo *pingandito* de porquería. Sentía fastidioso el arrastrar la mantua mojada, me

agotaba el peso de las enaguas con las almillas tiasas, donde aún estaba presente, en medio de la cochambre, el olor a almidón pulcro que había invadido mis baúles y que la Paca me había puesto con todo su cariño en Cádiz aprovechando una *mijita* de cisco que le quedaba para la plancha, y que en esos momentos me llegaba como perdido a la nariz a cada rato, transpirando la seda sucia, como un sonsonete que se burlaba de mí, recordándome que yo no era la que era entonces, porque a pesar de que vivíamos en un sitio inmundo en Cádiz, en eso la Paca nos hizo distintos.

Esa noche, con las monedas que traía pude ir a dormir a otra posada, allá por la calle de Espíritu Santo, le pagué a un cargador para que trasladase mi baúl y el arcón en una carretilla de mano, y hasta compré unas tortillas de las que hacían las indias en las esquinas, chicharrón y la leche de una burra que tuve que darle a mi hijo gota a gota con la punta de un pañuelo, porque, del sofocón que me entró al conocer lo que hizo el hijoputa de mi tío, se me cortó la de mis pechos de un día para otro. Me di cuenta por la tarde, me había encerrado en el cuarto y me senté en el jergón a la luz de una vela para amamantar a mi hijo cuando sentí que el niño chupaba y chupaba con ahínco pero nada salía de mi teta, me puse mala de miedo, sabía que en el destete era cuando muchos niños morían y con tantísimo ajeteo que llevábamos los dos desde que salimos de Cádiz solo me faltaba que Sebastián se me fuera para el otro barrio por un despecho a la fuerza. A pesar de que ya comía algo de *poleás* y gachas, tu padre todavía tomaba mucha leche mía para comer, y era lo único que tenía en esos momentos donde no tenía dónde echar mano de nada más. Enseguida comencé a preguntar por una botica donde comprar un gotero o alguna lechería donde me permitiesen enganchar al niño de la ubre de alguna cabra o de una vaca. Pero como las desgracias no vienen solas, la mañana en la que me disponía a salir de la pensión en busca de menester, me percaté de que me habían robado de mi arcón la talega de monedas que la Paca me dio cuando salí de Cádiz, las alhajitas no me las habían robado porque las había cosido yo en las bastillas de una de las enaguas que quedaron en el arcón. Cuando se lo dije a la patrona se puso como una fiera y hasta dudó de mí: que quién sabe dónde lo habría perdido yo, o qué habría hecho con las monedas, si es que era cierto que las tuve alguna vez, y que su

casa era una casa decente y si lo que yo quería era quedarme de balde allí que ni hablar. La gachí me echó sin contemplaciones de la posada y además se quedó con el baúl de mi equipaje en prenda hasta que no le devolviera lo que le debía a la muy roñosa, y yo rezaba para que no lo malbaratara para cobrarse su cochino dinero, porque, si no, mis alhajas se iban a perder con ello.

Así fue como sin comerlo ni beberlo me vi de patitas en la calle. Sola, con tu padre y sin un oficio merecedor. Me aterraba tener que hacer lo que no quería para sobrevivir, hacer lo que hizo mi madre, hubiera preferido morirme porque tenía yo mucho prejuicio entonces para esas cosas, y me veía sin alma para lidiar con esa vida.

La estación de lluvias estaba en pleno apogeo y de repente me vi tratando de esconderme en algún portal para no empaparme, bajo el arco de una acequia o en la entrada de un caserón, donde, a veces, duraba yo menos que la risa de un loco, porque enseguida salían a echar de allí a los menesterosos. El vestido azul celeste que me hice en Cádiz estaba *destrozaíto perdío*, sucísimo después de tres días de vagar como pordiosera, sin una jofaina donde lavarme o una muda para así poder lavar mi vestido en algún lavadero. Trataba de recogerme el pelo en un moño en la nuca y mantener la compostura para no parecer lo que no era: lo que no quería ser.

Aunque había estado pidiendo trabajo en unas casas de la calle de San José el Real, cerca de La Profesa, nadie me daba ocupación de sirvienta por tener un hijo a cargo, mucho menos de costurera con aquella pinta de puerca, y tampoco de ama de cría porque ya no tenía leche en los pechos para criar. Iba yo rondando por esa calle, mirando a los balcones del primer piso por si veía el resplandor de alguna lámpara, un candil o un indicio de que en algún lugar había gente que me pudiera recibir de lo que fuese, y no me daba cuenta de cómo la noche se iba haciendo más cerrada. Una tabernera con cara de tío, a la que pedí sustento y no me pudo dar nada, me había dicho que por la calle de Santa Isabel había un palacio de una familia principal peninsular donde buscaban una recamarera, pero ya era muy tarde para ir hasta aquella calle. Cuando llegase al lugar sería aún más de noche, y no era prudente ir a tocar a una casa de bien a esas horas, así que decidí ir mejor a la mañana siguiente y

buscarnos un lugarcito donde dormir, porque se veían muchas nubes encapotando el cielo iluminado por la luna.

Más que nunca me acordaba de aquella vez en Cádiz con él, de aquella bajamar que me perdió del todo, las estrellas que nos prometían un futuro que me estaba costando encontrar. Suspiré de nuevo aquellos «te quiero», entonces yo sola, recordando que esa noche lo único que veía eran estrellas embaucadoras. Maldije aquel momento que nos trajo toda aquella desdicha a mi hijo y a mí. ¿Qué hacíamos en tierra extraña como dos limosneros? Y si las *duquelas* hubieran sido solo para mí, bueno estaba, pero con el niño era otra cosa, con el niño en el mundo mi sufrimiento era distinto. Verme sin dignidad, necesitada, desposeída de los ahorros que mi madre con todo su sacrificio me había dado y con el niño a costas me tenía desgarrada por dentro. Con los ojos cansados de fiebres, pidiéndole al cielo, tratando de que una puerta se abriese para nosotros, iba de aquí para allá temiendo que el niño se me muriera de hambre o de alguna cosa mala con tanta humedad.

Sin saber adónde ir vi la torre de la iglesia al fondo del callejón de Mecateros y tratando de encontrar refugio en el atrio, que estaba abierto, entré hasta la capilla posa de la esquina y me senté en un banco de piedra bajo el soportal a mecer a tu padre y cantarle una nana que entretuviese su pancita hambrienta. El niño berreaba y no quería parar de berrear. Cuando el hambre aprieta los niños no saben parar hasta que no encuentran la teta de una, me saqué el pecho seco y se lo di para engañarlo un rato. Ya me dolían de que el pobre chupara con tanto ahínco sin encontrar nada, hasta sangre me salió. Entre los fresnos la luz de la luna iluminaba el patio cada vez que una nube empujada por el vendaval la destapaba, para luego oscurecerse todo de nuevo cuando otra la cubría. Habíamos entrado como ladrones sin serlo, buscando lo que fuera que nos dejase a cubierto y llegamos justo a tiempo porque nomás entrar al pórtico empezó a llover a cántaros. Un fraile salió a cerrar la cancela y ni siquiera se percató de que nosotros estábamos allí, porque en ese momento la luna, gracias a Dios, se volvió a cubrir, y el beato, que iba envuelto en un chambergo, corrió dentro del convento a resguardarse.

Me acurruqué al niño contra mi pecho seco y lo sentí apretar más que nunca mi areola dolorida buscando aquello de lo que ya no me quedaba. Lo mecí en mis brazos hasta que se fue sosegando. Se callaba por un momentito y luego cuando se daba cuenta de que no había *na* de *na*, volvía a chillar como una verraca. Me daba miedo que nos descubrieran por el escándalo que armaba y no paraba de acunarlo.

En una de esas que se calmaba y se estaba quedito, pude sentir un quejido que venía de cerca, unos gimoteos que no eran de mi criatura y que venían de debajo de un pretil de piedra; ¡Ay Dios mío!, pensé, ¡no me vayas a mandar otra criatura abandonada! ¡Si no tengo ni *pa* una! Como yo sabía que en esos patios luego dejaban a los niños expósitos, ya me veía yo, no con uno, sino con dos a mi cargo. Porque, claro, no iba yo a dejar a cualquier criaturita tirada allí en medio y como estaba la noche.

Me resigné a hacerme cargo de otro churumbel y me agaché con Sebastián todavía en mis brazos para ver bien en el lugar de donde salía el lloriqueo y sacar de debajo del pretil al pilongo. Mira, hija, suspiré de alivio cuando vi que no era otro niño, sino una perra mastín, parecía de casta española, como las nuestras de la Península, grandota. Aunque esta estaba bien flaca, acurrucada bajo el quicio amamantando a tres cachorrillos prendidos de sus ubres. Al principio me espanté. Sentí que la perra, en su defensa y la de sus crías, nos hubiese podido atacar rabiosa. Pero no fue así. Me quedé quieta, como petrificada, la vi, entonces, por unos minutos mirarme con los ojos brillantes y a medida que veía sus ojos castaño claro se me fue quitando el miedo. Yo sentí que esos ojos eran de enorme entendimiento, como queriéndome decir que sabía muy bien lo que me pasaba, que éramos iguales, dos madres asustadas tratando de sacar adelante a sus hijos en medio de un infierno empapado. Dos madres que no tenían ni un lugar donde caerse muertas.

No sé por qué lo hice pero me acerqué cuidadosamente al animal. La perra me miró ladeando su cabeza, poniendo atención, como queriendo escuchar algo que yo tenía que decirle. Y yo le dije, le dije lo angustiada que estaba, le platiqué, le platiqué al animal como le platicaba a la Paca cuando tenía yo *enritaciones*. Le conté de la posada, cómo me habían echado como a una

golf, de la leche que ya no tenía y de lo sola que estaba fuera de Cádiz y sin mi *mare de mi arma*. Si vieras lo que me entró por el cuerpo, cabalmente no te lo puedo explicar, pero me sentí comprendida, una hermana más de aquel animal que, como yo, aguantaba bajo el chaparrón. Me miró con ojos de infinita ternura, como recordaba que me miraban los perros con los que jugué en mi niñez, y levantó el hocico tratando de husmear al niño, que había empezado a llorar de nuevo. La perra no se soliviantó por los berridos, parecía que entendiese el motivo, que olía su hambre y mi desesperación; ¿será que el hambre huele?

No te vas a creer lo que hice, pero no lo pude remediar, había visto que le sobraban unas tetillas hinchadas a la perra, tenía más tetas que cachorros. Acerqué a tu padre a una de ellas. Se me quitó el miedo cuando la perra respondió a mi acercamiento echando la cabeza tranquila en el suelo y acomodándose sobre el lomo para exponerse más, invitándome a poner a mi hijo en su costado. Pegué la cabeza del niño contra el pecho del animal con cuidado de no aplastar a sus cachorros; tu padre enseguida buscó la tetilla y se calló la boca. Yo rezaba para que no molestase al animal y estaba pendiente. Si lo hizo o no nunca lo supe, porque el animalito no sacó ni una sola queja. Suspiró resignada, honda y largamente, cuando sintió el mamar de mi hijo y se amoldó contra la pared.

Un escalofrío me entró por el cuerpo, no sé si de felicidad porque mi hijo finalmente comió caliente o si de pena por verme así, en las últimas. No podía deducir si era bueno o malo lo que me estaba pasando. Empecé a llorar sin parar. Es difícil de explicar, me hubiera gustado ver el mundo a través de los ojos del animal, saber qué sintió por mi hijo, qué sintió por mí. Pero a través de la mirada clara de la perra entendí más que si me hubiesen expuesto las cosas con palabras los maestros y los prelados doctores, porque yo que, igual que la Paca, veía por las pupilas el alma de la gente como buena calé, pude ver esa noche, con el reflejo de la luna en los ojos de una perra, que el alma no es solamente patrimonio de los humanos. Se me encogió el corazón al ver cómo los animales me asistían cuando las personas me habían dado la espalda. Cuando toda esa gente de bien y de razón me había echado de sus zaguanes, me habían tratado como si fuera nadie, pasaron de largo dejándome

en las arroyadas, cuando el ser humano me había tratado como a un deshecho, una perra de la calle me socorrió.

En ese momento no supe si debía sentirme afortunada o ahogarme en la desgracia de tener que darle a mi hijo la misma leche que toman los perros. Cuando ella acercó su hocico a Sebastián para acomodarlo y lamió su cabecita, decidí que no debía yo pensar sino en la fortuna que me mandaba el cielo y en agradecer a Dios el pan nuestro de cada día, aunque me lo diese un perro. Porque es uno el que decide si dar gracias o sentir pena por uno mismo.

La dejé hacer, era otra hembra como yo, y sabía de los hijos y de lo que sufre una por ellos. Así estuvimos un rato las dos, una madre ayudada por otra, dos matronas sin un destino claro, con el mundo a cuestas. Cuando mi niño dejó de chupar y se durmió lo tomé en mis brazos y lo arrullé, para que no despertara y allí pasé la noche con la perra mastín y sus cachorros, apretujada contra ella y dándonos calor, mientras los chaparrones anegaban aquella ciudad nueva y dura, embarrada hasta las trancas.

Por la mañana, un fraile, con su hábito dominico blanco y negro, salió de nuevo a abrir la cancela y al verme comenzó a chillarme; que si fuera de aquí, mujerzuela sucia, no queremos en una santa casa pelagatos ni vagabundos que ensucien el atrio, y continuó con otra serie de improperios que ya ni me dolían. La perra ya se había levantado con la cabeza baja y la cola entre las patas. Se fue por el agujero de la tapia de adobe que daba a un huerto colindante, con los cachorritos detrás de sus tetas. Se veía que estaba acostumbrada a que la echasen de todos lados. Yo ya lo estaba también, aunque era la primera vez que me sacaban así de un soportal de iglesia. Me sentí más cercana al animal que al fraile, como si mi esencia y la del viejo gritón no fuesen la misma; en cambio, la de la perra mastín, sí. A diferencia de ella, salí por la cancela del atrio con la cabeza en alto y mi hijo en brazos. No agaché la cabeza. Cuando pasé al lado del fraile estuve a punto de escupir al suelo y maldecirlo con aquellas palabras en caló que escuché tantas veces de la Paca: *panipé terele gresite tu cuédrupe*, que querían decir: «mal fin tenga tu cuerpo». Pero no lo hice porque esa mañana, aunque había perdido la fe en los hombres, tenía fe en los perros.

DE LA NIÑA CARMEN

De la capilla posa que se ve al fondo de la calleja de Mecateros, salí dejando atrás aquel ser generoso que había amamantado a mi hijo a cambio de tan solo unas palmadas en el lomo y tratando de borrar los insultos que el dominico de voz chillona había vomitado. Regresé por las calicatas, sorteando los montones de ladrillos apilados, capiteles, alarifes mezclando mortero, carretas de rasillas y peones jalando sacos de tierra garrucha arriba de los edificios a medio hacer y continué calle abajo, a encontrar aquello que le puede deparar el destino a una pordiosera en tierra extraña. Decidí irme para la calzada de Santa Isabel, donde la tabernera del día anterior me dijo que buscaban recamarera, rezando en voz baja para que me saliese algún mester esa misma mañana, porque al niño no tenía nada más que darle. Llevaba callado un buen rato con la leche de la mastina, pero yo barruntaba que no duraría mucho así.

Sorteando los agujeros enlodados del suelo llegué a un palacio solariego de cantera gris que estaba recién construido, todavía había algunos albañiles indios retocando las gárgolas de la fachada y se veía el trajín de una mudanza en el edificio. Entré a un zaguán ancho, por donde acababa de salir un carro que se veía que había dejado unos muebles dentro envueltos en lienzos y sábanas y atados con soga. Los bultos no me permitían ver hacia el patio y tuve que sortear lo que parecía un armario o un ropero para llegar a la entrada. La puerta de la casa, que daba a un patio enorme, estaba abierta de

par en par, había una hermosa fuente, abrevadero para los caballos, que chorreaba agua limpia, y me dieron ganas de ir a enjuagarme un poco y beber, pero por cortesía y decoro me detuve a buscar una cadena de donde jalar la campana o un llamador.

Pegué tres golpes con el aldabón de bronce mientras agarraba al niño del otro lado. No tardó en salir de una habitación lateral del patio una mujerona ancha y oscura, con papalina blanca y mandil, que hablaba el español con fuerte acento de indios. Me preguntó a qué llamaba mientras me barría de arriba abajo el vestido mugriento y el pelo desastrado. Le pedí hablar con la señora de la casa o la gobernanta, pero se negó a llamar a ninguna de las dos con excusas. Iba a comenzar a explicarle cuando ni siquiera me dejó terminar con su voz sentenciosa. Que si no hay trabajo que valga para las menesterosas, y que si menos para las que son güeras y peninsulares, las de la ralea de usted aquí no duran nada, tienen unas manos demasiado delicadas para trabajar y acaban liadas con el señor de la casa para conseguir favores, que si aquí lo que buscamos es una india decente que sepa de colada y de fregar, no se lo tome a mal. Váyase mejor a la calle de Mancebos, que seguro que encuentra una taberna donde le den trabajo de galopina.

Sin porfiar con ella me alejé sorteando los bultos envueltos en blanco y salí de nuevo al portón, donde una bocanada de aire fresco enfriaba las lágrimas que comenzaron a salir de mis ojos. Me arrepentí de no haberle contestado, de no haberle dicho que quién se creía que era, que la única buscona que había allí era ella, nomás que no le daba ni el cuerpo ni la cara para ello, que yo no iba por la vida vendiéndome a nadie, ni siquiera a mi patrón, y que no es puta quien quiere sino quien puede, y que ella ni para bufona de saltimbanquis serviría con esa catadura de macaca que tenía la hijaputa. Me dieron ganas de haberle pegado, de haberle llamado de todo, qué sé yo: ¡perra! Estuve a punto de hacerlo cuando detuve las palabras en mi boca. ¿Perra? Haberla llamado perra habría sido un insulto a las perras de verdad. Y acordándome de la mastina comencé a llorar con más fuerza y resolví regresarme a buscarla por aquellos andurriales donde vi que se metió cuando el dominico la espantó, porque para qué les pedía ayuda a las personas, si ya no tenía confianza en ellas.

Me volví por donde había venido, con los ojos *enritaos* de haber llorado y la vista nublada, llevando cuidado de no dar un traspié y caer en la canal que llevaba las aguas negras; le pedía a la Virgen un milagro, porque a mi hijo ya le estaba entrando el hambre de nuevo y a mí me dolía hasta el alma, que llevaba rota.

Después de las lluvias intensas del día anterior el sol pegaba de lleno en las calles enfangadas rezumando calor y humedad, despidiendo un olor aún más fétido, que se me metía en los ojos hinchados y me ardía. Me detuve en una esquina bruscamente cuando escuché a una vieja gritar ¡aguas!, desde un balcón de una casa que parecía muy principal y arrojar a la calle la mierda y el orín de una bacinica. Apreté a mi niño contra mi seno para que no le salpicase nada de aquella porquería y seguí buscando mi rumbo hacia la mastina, si es que la podía encontrar.

Allí estaba yo, mirando enartada un enorme charco, cavilando cómo lo tenía que cruzar para pasar al otro lado de la calle, sin figurarme cómo o por qué lado hacerlo, en medio de las voces de los mercachifles que pregonaban por la calle sus géneros. Al ir a pasar sentí que me obnubilé, no sé, estaba atarantada y un carruaje me pasó casi rozando, no nos arrolló de milagro. Entonces, se detuvo más adelantito de nosotros la estufa culpable del desatino, una de las más lujosas que había visto en mi vida, con unas coronas bruñidas en las puertas y cortinas de terciopelo negro. Una cabeza rubia de facciones hermosas se asomó preocupada por la ventanilla. Llevaba el pelo recogido aunque sin evitar que algunos tirabuzones saliesen a los lados y se entreviesen por un velo de misa que la cubría. Iba vestida con negro de luto, y frente a ella pude ver, sentadas en la carroza, dos personas de aspecto más modesto.

El hombre, un señor mayor que parecía su rodrigón, abrió la puerta y entonces la pude escuchar. Se lanzó a pedirme perdón por el atropello de su cochero, al que regañaba sacando medio cuerpo fuera del carruaje; que si casi mata a la señora y al niño, que si mire cómo los ha puesto, ¡por Dios! Y dirigiéndose a mí; que si le ofrezco mis más sinceras disculpas, señora, que si subid, señora, ande que la llevamos donde sea y por otros rumbos, que estos están muy feos con la lluvia y el barro. Yo, sin dudarle, me trepé al carruaje,

no tenía ni adónde ir, ni nada que perder.

Doña Carmen de Larrauri no tenía más de diecisiete años y ya estaba enlutada, venía con su dueña y el rodrigón de un cerrito llamado Tepeyac, donde decían que la Virgen se le había aparecido a un indio del lugar años atrás y se daban los milagros. Estaba haciendo una novena, me dijo, porque tenía ciertos problemillas que necesitaba resolver. Era la viuda de un hombre muy rico, de familia de blasón, que había venido con el virrey anterior a establecerse en Veracruz con una compañía de galeones. Hacía apenas unos cuantos meses que el marido había muerto de tifus y ella quería seguir a cargo del negocio y regresar a la Península, pero las leyes del mayorazgo exigían que su cuñado heredase la compañía junto con los títulos y no la viuda, porque no habían tenido niños, a cambio el virrey le daba a ella unas tierras y así compensarla. Ella vino a la Ciudad de Méjico a negociar la compra de sus propios barcos, ofrecerle al cuñado a cambio de la compañía de galeones las tierras que le dieron por la cuenca del río Papaloapan, quería regresar a la España peninsular. Era joven, guapa y rica. Fácilmente se casaría de nuevo. Si su sustento fuesen las tierras no tendría forma de regresar a la Península y quedaría atada a una hacienda en medio de la nada, pero si en cambio su manutención dependiese de los galeones, podría trasladarse a la Península y la misma compañía podría dirigirse desde allí.

Me recogió porque debía reparar el atropello de su postillón, dijo, y además me había visto sola y por unos andurriales muy peligrosos teniendo yo pinta de *gente* decente. Que eran aquellas calles de maleantes y como aún no había casas buenas construidas, sino que estaban en obra, aprovechaban los malhechores para esconderse por allí en la noche. Más adelante, cuando dentro del carruaje hubimos platicado lo justo, me pidió que la llamara Niña Carmen, como la llamaban en su casa: nada de doña, me dijo, somos amigas y estamos entre iguales.

Yo no entendía cómo ella pensaba que éramos iguales si yo iba como una pordiosera, porque a pesar de llevar un buen vestido iba todo empercochado, y ella como una dama, si yo era la hija de quien era y ella, una aristócrata; si yo era una zangarilleja sin donde caerme muerta y ella, una honorable viuda, y así se lo hice saber, pero ella me miró a los ojos con la mirada de la perra,

me tomó la mano y me dijo que ante los ojos de Dios todos somos iguales, y que si me miraba yo a un espejo, me daría cuenta de que podríamos ser hermanas.

Era cierto, las dos teníamos el mismo colorido, la misma estatura y casi diría, sin atreverme a ser presuntuosa, las mismas facciones finas. Carmencita, como la conocían en Veracruz, era de las mujeres más hermosas que nunca conocí. Lo era por dentro y lo era por fuera, tenía gracia, donaire y un corazón generoso, y llevaba unos vestidos y aderezos como los que no se veían por allí.

Muchas mujeres, sobre todo las que no eran agraciadas como ella, le tenían manía y envidia, no había más que verlas cómo la miraban, porque la envidia, hija, es una enfermedad que se nota claramente en quienes la padecen por lo afilado de la mirada. Se les pone dañina y huidiza, y la piel se torna biliosa, casi de un tono verdoso, a la vez que el rictus de la cara se les vuelve como un esbozo de sonrisa ruin, como esas bocas de las caras pintadas en los naipes de la baraja.

Enseguida hicimos las dos buenas migas: que si mi muy estimada amiga, ¿qué hacía su merced por esa calle tan horrible?; que si mi estimada, ¿qué desventura la trajo a esta situación?; y que si mi estimada, ¿y el niño de dónde se amamanta?; que si mire, Gregoria, si estuviese en Veracruz enseguida le daba alojamiento en mi casa, pero yo en la Ciudad de Méjico, cuando vengo, me hospedo con las hermanas del Colegio del Pilar, del que soy benefactora, y que si conmigo se viene usted que le damos asilo, ahora, eso sí, no puede ir vestida de esa guisa.

Niña Carmen mandó salir a la dueña y al rodrigón a unos mandados para tener la oportunidad de quedarse conmigo a solas y que le contase. Así que allí en aquella carroza, hecha una Magdalena, le conté mi vida, o lo que pude de ella, porque no podía contarle todo así de sopetón. Menos que mi madre era lo que era, le conté todo lo demás. Yo estaba deshecha, en esos momentos uno cuenta lo que sea, por muy vergonzoso que parezca, porque siente que le tienden una mano de verdad. Se empeñó en ayudarme, pero necesitábamos recuperar mis ropas para dar una mejor impresión a las monjas, y, además, la historia la tendríamos que cambiar un poquito, porque a una madre de mi

condición, y sobre todo que no estaba casada en legítimo matrimonio, las monjas no la aceptarían entre sus muros.

A mí me costaba mucho trabajo recibir nada de nadie, no sé si por orgullo o porque al ser tan pobres, cuando alguien nos daba algo sabíamos que había que pagarle de vuelta y temíamos no poder corresponder. Si hubiera estado sola no me hubiese dejado ayudar. El orgullo es fuerte, hija, pero estando con tu padre entre mis brazos, tan necesitada, ni siquiera puse objeción a algo que ni entendía adónde iba a ir a parar. Lo único que sabía es que con esas monjas tendríamos un techo, comida y una vida decente juntos. Por eso no dije ni mu a lo que mi nueva amiga y benefactora me sugería.

Al cabo de un rato regresaron los otros dos y Niña Carmen les explicó que teníamos que ir a buscar mi ropa limpia a la posada. Pero antes de hacer nada, antes de que el cochero arreara los caballos para dirigirse a por mis baúles, me acordé de la perra, y de que ante todo uno tiene que ser agradecido con quien sea. Que ser desagradecido es de malnacidos, y yo tal vez venía de muy abajo, pero no era una malparida. No tuve más remedio que pedirle que la buscásemos y le conté con pelos y señales cómo amamantó a mi hijito en el atrio. Le expuse que una extraña hermandad me había unido a ese animal, un extraño lazo que no mucha gente entiende. Me daba miedo de que Niña Carmen no lo entendiese al igual que los demás. Pedí por favor que la ayudáramos también. Quería compartir mi suerte con ella, igual que ella había compartido la noche anterior la suya conmigo. Niña Carmen era un alma bondadosa y libre, que ni siquiera se extrañó de mi extraña petición, sino al contrario, me dijo que a ese animalito de buena condición había que llevarlo también a un lugar seguro con sus cachorros. Porque si he tenido una amiga en toda mi vida, Rosario, esa amiga ha sido la *Leona*, mi perra mastina.

El cochero encaminó la estufa a la capilla del callejón de Mecateros por donde no pudimos entrar, porque estaba totalmente anegada, y el postillón frenó bruscamente para quedarnos en la bocacalle. Niña Carmen mandó bajarse al rodrigón a buscar a la perra. Yo dudé por un momento si ir o no

con él, hasta que le dejé encargado el niño a la dueña y me bajé con el mozo alegándole que, si yo no iba, no se iba a querer venir con él.

Llegamos a la tapia de adobe del huerto por donde la vi meterse, allí estaba el boquete, unos bloques de arcilla gastados y rotos. Me asomé por la abertura, pero no logré ver nada más que el verde intenso de una milpa con altos tallos de elote. El rodrigón decidió tocar en la puerta del predio contiguo, que parecía una abacería o un almacén de abarrotes. Después de unas monedas, la tendera nos dejó pasar y nos guio por una serie de pasillos flanqueados de sacos de legumbres y pacas apiladas, tinajas de lo que olía como aceite, chorizos y abarrotes de ultramar colgados de vigotas en el techo, mientras con voz alta y el acento gallego que yo tantas veces le había oído a los marineros en el puerto, nos explicaba despreocupada; que si aquí viene la perra a resguardarse y que si yo la *deju* estar porque me sirve para que no me roben el almacén, así que me tienen que dar sus mercedes más monedas, y que si ya los *cachorrillus* no los tiene con ella porque se los vendí a los *dominicus* de al *ladu*.

No entendí nada, para qué querrían los dominicos esos tres cachorros que estaban aún mamando. Pronto comprendí. Cuando llegamos a la huertilla oímos un sonido lastimero de uno de sus lindes; allí en el que estaba más pegado a la iglesia de los dominicos la perra saltaba y saltaba como queriéndose cruzar la barda, que era bastante alta para ella mientras gemía llorando y se pegaba con el hocico en el adobe, luego bajaba hasta el suelo y lo arrastraba debajo de la tapia donde ya tenía un surco hecho bastante grande. La gallega dio un respingo cuando vio el agujero: que si ¡ay! ¡La *mai* que te *pariú!* ¡Que me estás *destruzandu* mi *huertu!*

La gallega, que se veía que le gustaba más el dinero que a un cochino un charco, le había vendido los cachorrillos a los frailes para que hicieran un caldo con ellos y así curar una enfermedad que dicen que tenía el padre prior. Cuando llegamos a aporrear la puerta del convento y salió el mismo fraile que en la mañana me echó con cajas destempladas, ya fue demasiado tarde, no había nada que negociar ni moneda que darles a los beatos: el puchero estaba hecho. La *Leona*, como yo llamé más tarde a la mastina, por aquella impresión que me dio frente al muro de leona rabiosa, se había quedado sin

sus hijos para que el mero prior del lugar de donde la habían echado tantas mañanas sin un pedazo de pan duro, por resguardarse de la lluvia, pudiera curarse de algún mal que de seguro Dios le había mandado por su mala entraña con los perros.

Nos costó mucho arrastrarla hasta la estufa, le tuvimos que jalar de un mecate que nos dio la gallega y aun así el animalito aullaba como si la estuvieran descuartizando viva, y enterraba sus patas en el fango oponiéndose cada vez que torcía sus ojos café claro hacia el convento y aspiraba el aire húmedo del callejón, seguro oliendo quién sabe qué horrible caldero hecho con sus cachorritos. Ya dentro del carruaje quería salirse a como diera lugar, aullando como loca, ensució todo el interior de la estufa y hasta la mantua de doña Carmen la puso perdida al querer escapar. El pobre animalito solamente se contuvo de su ira cuando husmeó la cabecita de Sebastián que lo tenía ya para entonces doña Carmen en sus brazos, y entonces la vi echarse a sus pies en el suelo del carruaje que traquetaba al vaivén de los baches y suspirar hondo, resignándose a un futuro sin sus cachorros. Me figuro que como ya le había dado de mamar a mi propio hijo, pensó que ya era cachorro suyo también.

Ese día fue bien intenso, Rosario, de ahí fuimos a la pensión a pagarle a la posadera lo que le debía y recuperar mis cosas para poder lavarme y cambiarme yo de vestido y al niño sus cobijas. La mujerona, basta y ordinaria, no tuvo más remedio que devolvérmelas y dejarme entrar, a instancias de doña Carmen, que era la que le soltó los cuartos, así tuvo que permitir también que me aseara en una jofaina de agua caliente y darme un lugar donde cambiarme de vestidos, además de comprobar que, gracias a Dios, mis cositas seguían escondidas en las bastillas de las enaguas.

No sabes lo que sentí al meterme de nuevo y limpia en uno de aquellos ropajes que me había regalado la Paca, en descubrir mi propio olor en las telas, en anudarme las almillas secas y almidonadas con olor a talco limpio y a la yerbaluisa que ella ponía entre los pliegues, en atarme la saya, y ahuecarme el polisón, en volver a ser yo misma mientras sentía el calorcito limpio de mi mantón bordado y me cambiaba los chapines enfangados y húmedos por unos altos de suela ancha de corcho con los que no me

mancharía tanto los bajos de las enaguas. El cabello me lo compuse como pude porque no quería perder el tiempo. Me lo recogí en la redecilla y me coloqué un velo por encima como hacían las señoras de bien cuando no llevaban peluca. Cuando volvimos a entrar en el carruaje ya habían colocado unas mantas de algodón sobre los sillones para que nos sentásemos en limpio y Niña Carmen fue dándome los mejores consejos; que si hay que ponerse las mejores galas, Gregoria, que hay que impresionar a las monjas, y déjeme a mí contarles su historia. Su merced solo diga que sí a todo y confirme lo que les voy a contar. Tenemos que hacer un buen paripé. Yo estaba *extrañaíta* de que una mujer tan de bien y de tanto postín se hubiese empeñado en subirme a mí y a mi hijo, que estábamos tan mugrientos, en su lujosa estufa, y más aún cuando permitió que la perra, con todo y patas embarradas, se subiese también y le ensuciase la tapicería, en ese momento no entendí nada, pero más adelante ella me confesó que yo le recordaba mucho, en mi rostro y mi tipo, a una hermana más joven que tuvo y que se le murió apenas dos años antes de venirse a la Nueva España.

SOBRE SER UNA MUJER DE LUCES

La estufa se detuvo frente al Colegio del Pilar y el paripé se hizo como era menester para que yo entrase allí. Niña Carmen envió a la doncella en avanzada *pa* que fuera avisando a la superiora, la madre Cienfuegos, y luego encargó al rodrigón buscar una india que estuviera amamantando para poder alimentar a tu padre. A todo esto me iba contando lo que le íbamos a decir a las monjas. Me alargó una hermosa pieza de tafeta, que si tome, doña Gregoria, envuelva al niño en mi mantón para que no se vean sus cobijitas tan sencillas.

Bajé de ese carruaje vestida como una digna señora, parecía yo hasta de poderío cuando me miré en el reflejo del cristal. Ya para entonces habíamos encontrado a la ama de cría que se iba a encargar de amamantar a Sebastián, era una mujer bajita y risueña, con un pelo negro bonito como la seda, que llevaba en un *recogío* y los dientes más hermosos que yo había visto. Era india tarasca y venía recomendada de las clarisas. Presumió de que había estado siempre amamantando niños bautizados y solamente de gente de razón; que si para que esté su merced tranquila de que no se le van a pegar al suyo influencias malas. Hasta el convento de Santa Clara fue el rodrigón a apalabrarse con ella, se llamaba Ernestina y acordó allí mismo el salario de medio peso de plata cada mes, además de comida y casa, por criar de propio a tu padre. La tarasca llevaba más de diez años amamantando niños ajenos y acababa de destetar al hijo de la corregidora, así que la matrona quedó

disponible, trayendo los pechos cargados. Entró con nosotros a la estufa y se puso a tu padre en el seno para demostrar su buena leche, el niño comenzó a mamar como descosido, llevaba mucha hambre atrasada.

Entramos donde las monjas en cuadrilla y con más boato que un obispo. Doña Carmen y yo las primeras, agarradas del brazo como dos amigas confidentes de toda la vida; Ernestina detrás con tu padre, que no paraba de chupar, la dueña a su lado estirada y orgullosa, y detrás de todas las damas, el rodrigón con la perra mastina agarrada de un cordón de seda con borla, que Niña Carmen desató de las cortinas del carruaje y mandó colocar a la perra. Nos seguía un par de mozos llevando mi baúl. La dueña se adelantó y avisó tocando la campana interior y, para cuando entramos en el zaguán del convento, la hermana tornera ya estaba abriendo el portalón y dándonos la bienvenida. Al pasar junto a ella, Niña Carmen le notificó en voz alta, para que todos la oyeran, que venía acompañada de doña Gregoria, la viuda de Muñozgorry, el aparejador que vino con los planos del palacio del conde de Regla y que murió de cuarteronas hacía apenas un mes.

Las hermanas de El Pilar eran muy estrictas, y aunque cada quien tiene un lugar en este mundo yo sentía que el mío no era precisamente aquel convento para señoras de postín al que luego me acostumbré de la mejor manera, pero doña Carmen se empeñó en cuidarme, yo necesitaba ser cuidada, y esa era la casa que se me ofrecía. Accedí a mentir para ampararme en un lugar decente donde de otra forma se me hubiese negado la entrada. Y un lugar donde además estar con mi hijo era todo lo que yo quería, ya que de otro modo hubiera ido a dar a San Miguel de Belén, donde me hubieran despojado de mi niño para darlo a una familia bien y me hubieran tratado como a una cualquiera.

Nunca me admitirían en una casa de bien si les decía que era yo madre y manceba, sin vínculo legítimo de ninguna clase, y Niña Carmen me había prometido que yo aprendería allí a leer y escribir, a ser una dama de razón, así que el único camino a seguir entonces no era sino entrar en el Colegio del Pilar. En aquellos meses había muerto aquel aparejador vasco de quien Niña

Carmen dijo que yo era viuda. Ella pensaba que esa mentira piadosa no desagradaría ni a Dios ni a la Santísima Virgen. Al contrario, también dijo la madre de Cristo que la Magdalena era de su familia para que la dejaran los romanos ir a los pies de su hijo en la cruz. ¿Por qué no decir que yo era su viuda?, y que había llegado en un navío a reunirme con él, pero que al llegar me encontré con la triste noticia de que mi esposo había muerto. Que aquello me pilló tan desprevenida que ni siquiera ropa de luto había podido conseguir, y que los ducados que traje me sostuvieron por un tiempo en casa de huéspedes, pero que una dama como yo tenía que quedar a buen recaudo, pues corría peligros morales.

Así fue como entré en el convento por la puerta grande. Doña Carmen daba hartos ducados a las monjas, y estas la tenían en muy alta estima, y como para que haya bautizo tiene que haber un padrino, así fue ella mi madrina de entrada al mundo que me daría la educación y la letra, y que yo había ansiado tanto desde pequeña.

Ya esa noche tenía yo alcoba y aposentos en aquella casa, tu padre tuvo su leche para crecer sano, y la *Leona*, con su carranca y todo, ya bien limpia y escamondada, se apostó todo el tiempo en mis dependencias, acompañándome a todos lados y durmiendo a los pies de mi cama sobre una alfombra de lana que mandó mi benefactora, tan hermosa y blanda, que ni yo misma en Cádiz hubiera soñado con dormir sobre ella.

Doña Carmen no tuvo que hacer mucho esfuerzo en convencer a la madre Cienfuegos. Perra, niño, nodriza y yo comenzamos una plácida vida lejos de José Candelario en el Colegio convento del Pilar, donde me esperaban ni más ni menos que los libros reales, y no aquellos de mentira que de pequeña les leía a mis hermanos, libros y legajos que me traerían clandestinamente las ideas que llamaban iluminadas y que provocaban gran escándalo.

Más de cinco años tu padre y yo vivimos consentidos en el Colegio del Pilar ayudados por Niña Carmen, si no su propio parné dejaba de entrar a las arcas del colegio. La vida allí no fue fácil y no quiero pecar de desagradecida por decirte esto, claro que fue más fácil de lo que hubiera sido vivir en los arroyos de la ciudad de donde me recogió doña Carmen, pero las intrigas entre aquellos muros me fueron enseñando y fortaleciendo, hija, eran

demasiadas mujeres juntas y ya sabes el refrán de que «mujeres juntas solo difuntas».

En el colegio lo primero que aprendí fue a leer y a escribir, todo un cambio para mí, que había vivido en la más completa ignorancia y con el deseo oculto de poder saber algún día qué letra era aquel palito tieso con una caca de mosca arriba, o el tejado de dos aguas, o la naranja redonda. Tener el anhelo profundo de poder leer verdaderos poemas y no inventar coplillas, poder leerle a mi hijo los cuentos de Perrault de un bonito tomo de guardas rojas en lugar de tener que ingeniármelas para mentir con *El gato con botas*, o hacer un paripé a base de mi buena memoria para las historias. Todo ello fue un alivio en mi vida y algo que venía deseando desde siempre y no supe.

Por la lectura me sentí comprendida, y comprendí también lo que pasaba en el mundo, en la España peninsular y en la Nueva España. Por la lectura me instruí, hice amigos que nunca vi ni conocí, pero que me entretuvieron con sus relatos, me alimentaron con sus poesías, me iluminaron con sus principios, y por la lectura, también, me hice pirata, así como lo oyes.

Hija, yo no te quiero dar ninguna recomendación ni ningún consejo de vieja chocha, ni decirte que seas buena o virtuosa, porque sé que las virtudes llevadas a los extremos son la antesala de la locura; ni quiero decirte que aproveches la vida que el tiempo se va rápido, o que escojas un marido bueno y rico, o que seas la más esto o la más lo otro. La única cosa que quiero decirte, la única recomendación, es que leas. Que leas todo lo que puedas, lee y saca tus propias conclusiones de la vida, y no solamente las recomendaciones de don Luis Vives, que pretendía que solamente leyésemos sobre recetas de cocina y vidas de santos. Mejor sigue la línea de la hermana María Ignacia, la fundadora del Colegio del Pilar: lee lo que los hombres leen ellos mismos. Hay tanto donde elegir, para cada gusto, para cada inquietud, para cada mal de amor. Sor Juana Inés, Calderón, Cervantes, Ovidio. La vida interior de San Juan de la Cruz, el francés Voltaire y sus teorías sobre los esclavos, Francisco de Vitoria y el derecho natural, los discursos de Feijoo, sonetos, cuentos, teatro, historia, geografía y hasta las cartas de tu abuelo, que tuvieron la bendita culpa de todo esto y que anexo a esta bitácora de mi vida como prueba fehaciente de que no te estoy contando chanzas y mentiras.

Fábulas orientales, filósofos griegos, la poesía de Garcilaso y Manrique, que llenó muchas de mis tardes y noches a la luz de las velas, cuando la soledad y el ahogo por haber perdido me dolían en el alma.

Si no hubiera aprendido a leer hubiera sido nada más que Gregoria, la hacendada, una vieja indiana, ricachona e ignorante, que solamente sabría de recetas de pasteles, bordados y cómo quitar las manchas del vino tinto en las mantelerías. Me hubiese quedado viuda para vivir como todas, a engordar en la mecedora y con el velo negro hasta que se me cayeran todos los dientes, con el rosario y con unas amigas beatas yendo de arriba abajo, poniendo altarcitos por el viernes de Dolores, novenas y vigilias, haciendo torrijas y pestiños en Semana Santa, pañuelos, deshilados o encaje de bolillo, y hubiera disfrutado de ti, eso sí, no me habrían apartado de mi familia ni de mi nieta, incluso hasta te hubiera enseñado a bailar por seguidillas y a hacer el gazpacho como se hace en Andalucía, mestizando los jitomates de la Nueva España con el ajoblanco de nuestros antepasados árabes. Pero no, la realidad fue otra y los libros no solo me dieron cosas buenas, sino que también me trajeron cosas malas, como apartarme de ti.

No te pude dar mi cariño, ni los buenos días con unas tortas de aceite recién horneadas, ni el chocolate caliente que me enseñaron en las cocinas de las monjas, ni regalarte en tu primer baile, a los quince años, una pulsera o unos zarcillos como me dio a mí la Paca cuando salí de mi casa, ni comprarte un mantoncillo de Manila en el Parián de Puebla, cuando se abren de estraperlo los arcones que van para Cádiz. Por eso quiero darte otras cosas, hija. Por eso si no te enseñé las cosas que una abuela enseña, a cocinar un dulce, a rezar y a contar cuentos, quiero enseñarte ahora lo que tus padres no me permitieron: ser una mujer como Dios manda, pero con la razón cultivada y con las libertades de un hombre.

Los hombres que hacen chascarrillos sobre las mujeres casi siempre los hacen de unas y de otras. Siempre hay alguna ironía, algún comentario o

chiste para menospreciar a quienes son dueñas de su cuerpo, su mente y su alma, y no han entregado la disposición de estos a un hombre mortal. Como si una mujer se tuviera que definir por lo que le pasa o no le pasa en el chumino. Me figuro, hija, que como a ninguna de las dos las pueden controlar se dedican a menospreciarlas, porque si hay mujeres vilipendiadas hoy en día son ellas. Las putas y las monjas se les escapan de las manos, y eso los hombres no lo perdonan. Que haya mujeres que deciden que no van a regular sus vidas de acuerdo con su pertenencia o no a un hombre, que no van a ser ni señoras, ni señoritas, eso los hombres no lo saben manejar.

Por eso, a pesar de las intrigas del colegio, me encontraba bien entre las monjas, casi como en casa, porque habiendo sido la hija de una cualquiera me di cuenta de que las monjas y las putas son muy parecidas.

Además, Rosario, aunque unas obedezcan en algunas cosas a algún obispo o capellán, y las otras a algún padrote, es para otra cosa, no son señoras de nadie. Disponer de una misma es muy difícil, lo veía en mi madre. Yo hubiera sido una buena monja, si no fuese porque me gustaba el jelengue, la fiesta y otras cosillas, y en el Colegio del Pilar hubiera sido la mujer más feliz del mundo si no fuera porque tu abuelo no estaba a mi lado. Gracias al empeño que puso doña Carmen de Larrauri en que yo no tuviese que trabajar sino aprender y cultivar la letra, me apliqué como nunca y aprendí lo que en muchos años nunca supe que no sabía.

Las monjas me dieron a leer mucha obra de razón. La fundadora del Colegio del Pilar, doña María Ignacia, era noble, hija de la marquesa de San Miguel y parienta de los virreyes. Abrió el colegio con una Real Cédula de España, a pesar de la oposición del obispo, para que veas que no todas las monjas tienen que obedecer a un hombre. Doña María Ignacia era de las nuestras, como la Paca, que no tenía padrote, se aviaba ella misma con sus cosas. Era la primera vez que se apartaban de la doctrina de don Luis Vives, que había inspirado la enseñanza europea hasta entonces. En El Pilar se proponía una enseñanza donde la mujer no solamente leía libros religiosos y de administración doméstica. Allí se enseñaba, hija. Allí no era pecado leer de filosofía, ni de ciencia natural, ni de retórica, y lo que se empezó a conocer como Ilustración se había abierto camino en la Nueva España de forma más

plena que en la España de Europa. Me empapé de todo lo que pude, era un ansia la que tenía, un hambre muy atrasada, desde aquella tarde en que conocí a tu abuelo y él despachó un cartapacio con libros sobre mi mesa de costura, desde aquella tarde en la que me di cuenta de que la mayor diferencia entre nosotros dos no era que él hubiese nacido en un palacio y yo en un cuartucho, o que su madre fuese una señora marquesa y la mía, una de las que llevan los picos pardos, sino que aquella única diferencia entre nosotros era que él estaba instruido y yo era una analfabeta.

Aquellas cosas que habían venido a mi seso todos aquellos años, y que yo pensaba que eran disparates de loca, tenían un lugar noble y digno en las páginas de gentes que no eran como yo, que no eran de una vecindad arrabalera, sino gente de bien, principales, de urbes y lugares muy distintos al mío, pero con una razón similar. La autora que abrió un camino de luz en la vida de tu abuela, Rosario, fue Juana de Asbaje. Cuando comencé, una noche de lluvia, en mis recámaras, a leer una obra suya, no pude sino abrir las puertas de ese corazón mío, viciado de obcecaciones y cegueras, a unas palabras que eran algo más que letras. Eran las voces que me llevaban la verdad a golpe suave pero a la vez con la dureza con la que esta se revela. Unas redondillas maravillosas que comenzaban si mal no recuerdo y esta memoria de vieja no me hace de las suyas de la siguiente manera: *«hombres necios que acusáis / a la mujer, sin razón, / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis...»*, en ese momento pensé que era una mujer de las mías. Juana de Asbaje, sor Juana Inés de la Cruz, se convirtió de la noche a la mañana en mi inseparable amiga, que llevaba, iba y venía por el convento conmigo bajo el brazo, esperando la más mínima ocasión para abrir las guardas de aquellos pliegos cosidos y comenzar la tarea de abrir mi mente, esa mente que Dios había creado en la luz y que la sordidez de la vida que había llevado hasta entonces había oscurecido.

De la mano de sor Juana Inés vinieron muchos, el teatro de Lope de Vega, fray Luis de León, el Cid Campeador, el divertido Lazarillo de Tormes que tanto me recordaba los cuentos que la Paca me contaba en la Cádiz de su infancia, la Celestina, entendí qué eran la Arcadia e Ítaca y que no estaban en ningún lugar ni en ningún tiempo, los mitos de Grecia y la *Divina Comedia*,

que me estremeció a la vez que me enaltecí, todavía recuerdo ese pasaje que habla de la Virgen y me emocionó más aún que cuando veía a la Dolorosa bailar a la luz de los cirios en la calle Columela: «*hija de tu hijo..., / alta y humilde como no hay criatura..., / nuestra naturaleza a tal altura / tú elevaste que aun siendo hecha de cieno / no dudó tu hacedor el ser su hechura*», Garcilaso de la Vega y hasta la *Historia* de Heródoto, que me eché en menos de tres meses y tuve la oportunidad de estudiar a fondo con un insigne profesor jesuita, el padre Teócrito. Luego descubrí a Baltasar Gracián, más tarde, a Bartolomé de las Casas, Francisco de Vitoria, Vázquez de Menchaca, todos ellos de la mano de mi profesora de filosofía, la madre María Ignacia. Los manuscritos clandestinos de los aperturistas jesuitas me llegaban con traducciones del francés Voltaire, nos hicimos en El Pilar con varios tomos de Ovidio, y hasta las *Tragedias* de Eurípides, que eran una verdadera apostasía. Una avalancha de letras se desparramó sobre tu abuela como las bendiciones se desparraman hoy sobre ti, Rosario. Gracias a la dote de mi amiga Carmen no tenía yo otra cosa que hacer sino leer y de vez en cuando componer uno de aquellos milagros impresos en tinta o los manuscritos de algún monje, coserle los lomos o forrarle las guardas viejas y sucias de terciopelo o lienzo, y cuidadosamente bordar, con todo el amor de mi corazón, su título, la obra, el escritor y el tiempo. Lo mínimo que podía hacer por agradecerles a esos tomos apilados, aparentemente sin vida, llenos a veces de polvo y de la mugre de muchas manos lectoras, que ellos fueron los responsables de que la Gregoria dejara de ser aquella palurda ignorante, sin más noción de la vida que unas cuantas ideas prejuiciosas y se convirtiese ni más ni menos que en una dama.

No te voy a decir que fue fácil, para nada. Aprender me causó sufrimiento y *enritaciones*. Juntar las letras en sílabas y comenzar a balbucear las primeras oraciones fue duro. La madre Cienfuegos, con harta paciencia, se encargó de que empezara poco a poco. Cuidadosamente fue eligiendo las lecturas que había yo de hacer, porque antes de comerse una un puchero con *to los avíos* se tiene que empezar por mamar leche, las poleadas, y así poco a poco ir digiriendo las cosas. Además, como te he dicho y debes suponer, la vida en el Colegio del Pilar no era una balsa de aceite, tantas mujeres juntas

dábamos mucha guerra.

Muchas tardes en el convento me subía a la habitación de los lavaderos, arriba en la azotea de mi recámara, me llevaba prestado de la biblioteca un libro para leerlo y me colocaba bajo un pretil mirando la lluvia caer en el musgo que se había formado sobre las tejas desde que empezó la temporada de lluvias. Antes de abrir el libro se me iban los ojos a la llanura de tejados que se extendía ante mí, los pasaba con la vista y más allá de las lagunas al sur de Tacubaya la posaba en los volcanes: el Popocatepetl y el Iztaccíuatl.

En la lengua de los indios de aquí esos nombres significan el guerrero y la mujer dormida. La señora Carmen me había contado un día la historia de los volcanes con tanto entusiasmo que cuando cayó en mis manos el libro que contaba la leyenda ya me la sabía yo mejor que aquel cronista español coetáneo de Moctezuma.

La princesa dormida y el guerrero que la velaba esperando que un día se levantase de su sueño, castigados por ser de distintas tribus y haberse enamorado, como Sebastián y yo, como la Paca, que se había escapado con aquel payo que sabe Dios quién era; como la vieja mamá Antoa, que siendo gitana camboria se enamoró de un gitano cuchichí. Yo no sé si hay errores que se llevan en la sangre, hija; yo no sé si en estas cosas a ti te pasa lo mismo o te puede pasar. Si es así, que sea porque tu corazón lo haya buscado y no por decreto. Las consecuencias ya habrá tiempo de pagarlas o no, que para eso tu abuela Gregoria te ha dejado este legado, para que como mujer no tengas que pagar el desatino de enamorarte de quien no te convenga, y te veas en la miseria como nos hemos visto muchas. Tú tira *p'alante* con lo que desees de corazón; la conveniencia, Rosario, déjala para los hombres que no son hombres, que en Cádiz tienes tu casa y tu caudal listo para que, como ninguna de nosotras las mujeres que te precedimos, puedas vivir tu decisión sin el castigo de pasar penuria, que para eso tu abuela ha hecho lo que ha hecho y para eso el rey le puso precio a su cabeza, para que tú ahora seas esa mujer libre, esa dama de razón, de la que sor Juana Inés habla en sus sonetos. Porque nacer hembra, hija, es cuestión de la voluntad de Dios y hacerse mujer es solo cuestión de tiempo, pero hacerse una dama es la elección de una misma y trabajo duro.

DE LA NUEVA ESPAÑA Y SUS COLEGIOS

De todas las mujeres que vivíamos intramuros había tres con las que era necesario llevarse bien, y de las que había de guardarse de no caer de sus gracias como ahora me guardo en la *Tritona* de no caer en un remolino de aguas profundas. No es que fueran las más importantes, ni mucho menos, pero sí las más venenosas, y como una debe tener amigos hasta en el infierno, de esas tres súcubos malignos me tuve que hacer amiga por mi propio bien, aunque no me gustasen ni *mijita*. Estas tres sujetas eran la portera, la tornera y la escucha.

La portera, doña Cristeta de Magaña, era una viuda chaparra y de mal talante. Había venido del convento de Santa Úrsula en Madrid y dizque las ursulinas acabaron muy *jartitas* de ella, porque era muy fresca y le gustaba mucho el ajoporro. Tenía siempre cara de mala leche e iba más repintada que un fresco de parroquia vieja, era de esas peninsulares que al llegar a la Nueva España se vuelven bien alzadas y melindrosas, presumiendo de modales impecables y sin decir nunca ninguna palabra altisonante, con aires de grandes damas, quería olvidar rápido que en la Península no tenía ni bacínica y era de esas que cagaban a pulso en los corrales. La llamábamos doña Cristeta, la portera, ya que esos eran sus menesteres en el colegio y ella los llevaba muy a gala.

Luego estaba la hermana Aquilina del Sagrado Corazón, la única que era monja de las tres, a pesar de que se quedó en coadjutora y no en monja de

coro por no haber tenido quien le diese su dote. Su labor era la de escucha, se encargaba de oír las conversaciones que manteníamos en el refectorio o la sala de visitas, también iba por los mandados de la priora, llevaba y traía recados, barría las salas de abajo y el recibidor. La Paca, si la hubiera conocido, hubiera dicho de ella que era más molesta que una liendre en *er jigo*, porque no te dejaba hablar a solas con nadie, siempre molestando y tosiendo a propósito en voz alta, para advertirte. Me contó la de Barbosa que la hermana Aquilina estaba esperando una dote para profesar como Dios manda, y que esta había visto en doña Carmen de Larrauri una candidata a benefactora. Siempre tuvo aspiraciones de que, llegado el momento, Niña Carmen saldría al paso y le aportaría a la Compañía de María los reales que se necesitaban para que ella fuese hermana de coro y no coadjutora. Así que cuando llegué yo al colegio protegida por Niña Carmen me agarró una manía que se convirtió con el tiempo en aborrecimiento y odio. Yo creo que estaba envidiosa porque no soportaba que yo tuviese dote para estudiar habiéndose quedado ella sin una, y sobre todo porque se sentía que todo lo merecía más que los demás y sus derechos eran más legítimos, o que ella llevaba más tiempo o qué sé yo. Lo innegable era que no soportaba estar allí de criada de las otras.

La envidia, Rosario, es de todos los pecados el más vil que hay. Hay quienes piensan que la vanidad es el peor de los siete pecados, pero yo creo que es el menos ofensivo al prójimo, porque en verdad el que peca de vanidad no hace daño a nadie, no más se pavonea y se vanagloria presumiendo, en cambio la envidia es el más dañino, porque el que la padece no se queda tranquilo hasta que no destruye y no acaba con la persona envidiada.

Por último, estaba la tornera, doña Bernarda Echeverría de Meave, una dizque-criolla que era parienta de uno de los benefactores, por eso estaba mitigada de algunas reglas. Era de esas beatas de temperamento vigoroso, la veía yo bastante más biliosa que flemática, aunque se sulfuraba mucho. Le gustaba mandar sonetos y *billets doux* a otras alumnas, era dada a infatuarse con otras mujeres dentro del convento y a asediarlas con una amistad exclusiva y quizá, hija, hasta desordenada. Casi nunca llevaba peluca porque

quería aparentar sobriedad, sino una escarcela blanca de encaje de Bruselas anudada al cuello, con el gollete a juego, de esas que gastan las dueñas. Se la daba de pía y santurrona, pero era mala de condición. Su cometido era el peor de todos, el de leer las cartas que iban y venían, fiscalizar todo lo que entraba y salía fuera del colegio (libro, misiva, boletín, cuadro, estampa, litografía o cuaderno). Vigilar que fuera apto para las colegialas y no fuera motivo de pecado y escándalo. Ella lo requisaba si lo consideraba necesario y era llevado a la madre prefecta para, en su caso, dar parte al Santo Oficio.

Estaba segura de que ella cotilleaba en el correo que mandaban las internas, por eso yo le daba a Niña Carmen las que escribía a mi madre y que nunca tuvieron respuesta, para que ella me las despachase a la Península desde Veracruz, y cuando le escribía a mi benefactora para contarle de algún progreso que hacía o alguna buena nueva, yo lo hacía sabiendo que cada renglón que escribiese iba a ser fiscalizado a fondo por la mitigada, por eso era clara como el agua, y evitaba renglones que pudieran dar lugar a doble sentido o malinterpretaciones porque no quería yo líos con ella.

La madre fundadora, doña María Ignacia, supo siempre que la lectura es para muchas mujeres la entrada a un mundo diverso, un mundo del que los hombres nos quieren mantener alejadas, y por eso se empeñó en que yo entrase a ese mundo. En el pizarrón me fueron pacientemente enseñando las letras, las palabras, las oraciones. Me dieron un silabario, luego la cartilla de Vives, que forré de papel de china de colores al que le hice unas cenefas de papel dorado y unos moños de listón para cerrarlo cuando aprendí del todo a leer, como era la tradición en el colegio. Aprendí las sílabas y dicciones, y más adelante el arte y el modo de hacer las lecturas. Cuando ya estaba lista me llegó de regalo de Niña Carmen un hermoso breviario, más adelante un libro de canciones españolas, luego fue un misal, un folletín de teatro de quién sabe qué autor y que despertó rotundamente mi deseo de seguir devorando aquellas páginas con tinta negra de imprenta u otras glosadas a mano por sabios y eruditos. Los escritos de Baltasar Gracián que me ilustraron el alma: «El primer paso de la ignorancia es presumir de saber...»; *La Gitanilla* de Cervantes, *Rinconete y Cortadillo*; Garcilaso, Lope de Vega, Jorge Manrique, no podía creer lo que iba viviendo, lo que iba creciendo;

sentirme comprendida en un poema de uno, o cómplice con el personaje de otro, sentir que aquellos anhelos que tuve desde niña no eran deschavetamiento y que muchas otras personas los sentimos de legítima razón, que no estaba fuera de mis cabales por creer esas cosas. Endecasílabos, endechas, redondillas, cuartetos, sonetos y décimas, y he de decirte a riesgo de que no me creas, pero puedes comprobarlo si algún día pasas por el colegio y preguntas o miras el cuadernillo de registro, que en el año de 1759 fui premiada con dos medallas de oro y dos de plata por una *Oda Castellana* que escribí para la exaltación al trono del rey Carlos III. ¡Quién lo iba a decir!, haciéndole todo un panegírico a aquel que luego se convertiría en mi peor enemigo.

Aquella andaluza analfabeta que llegó con una mano delante y otra detrás, en cinco años, se convirtió en una mujer si no instruida, al menos educada y leída. Y en secreto, Rosario, en medio de tanto libro, en lo más íntimo de mi alma albergaba un deseo que tan solo Niña Carmen y la *Leona* sabían. A la una porque se lo conté una tarde paseando por el claustro y tratando de burlar a la hermana Aquilina, y a la otra porque una tarde de lluvia, calentadas por el brasero de mi alcoba y con el aroma del chocolate caliente, le confesé mientras ella dormitaba en la alfombra, que el mayor motor en mi aprendizaje en las letras era el poder llegar algún día a escribirle al padre de mi hijo una carta de mi puño y letra donde le contase toda mi tribulación y desventura vivida para llegar hasta él.

Ocupaba mi día en los rezos de la mañana. Antes del amanecer nos levantábamos e íbamos todas a la capilla a oír misa y cantar, luego venía una mañana de hartos trabajos escolares con la madre Cienfuegos, la aritmética con don Pedro Gutiérrez de Arveja, que me enseñó a manejar el ábaco para llevar las cuentas, y la retórica con el sochantre de la catedral que venía ex profeso a enseñarme a mí, pagado por Niña Carmen. Teníamos hasta clases de filosofía, después de comer nos retirábamos cada una a lo que ocupaba nuestro tiempo de asueto y de trabajo, que el de unas era la pintura, el de otras la música o el bordado, como has de suponer el mío era este último. Hacíamos prendas que luego vendíamos y así ganábamos un sustento decente con el que hacer frente a los múltiples gastos del colegio y ayudar a los

benefactores en algo. Entre la merienda y la cena rezábamos nuestra novena turnándonos en los departamentos de unas y de otras. Para cuando me tocó a mí el rezo y la merienda en mis aposentos, Niña Carmen me había regalado una Virgen hermosísima; era una réplica de la imagen verdadera que hay en el Tepeyac, que dicen que es la mera madre de Dios estampada en la tilma de un indio al que se le apareció allá en la época de Cortés. La llamaba mucha gente de Guadalupe, aunque dicen que no era ese su verdadero nombre.

Me contó la criada india de doña Cristeta que decían que la Señora le habló en nahuatl al indio, que es como el caló *pa* los gitanos, y que lo que le dijo al azteca en su lengua de ellos era que ella no era sino la Te-coat-za-lope, que significa la que pisa la cabeza de la serpiente, la Inmaculada Concepción en lengua nahuatl. Dizque como el obispo Zumárraga se asustó pensando que podían malinterpretarse esas palabras, el hombre de poca fe le puso de nombre Guadalupe, que era la palabra española que más se parecía a lo que la Virgen dijo de sí misma, sin pensar que lo que la Virgen dice es ley, y eso no debe cambiarse.

Pero no me extraña, así se comportó siempre el hombre de razón con los indios de la Nueva España: todo lo que no entendía lo arrimaba para sí mismo, en lugar de tratar de aprender de ellos, los consideraba inferiores, sin razón. Figúrate que a un lugar llamado Cuaunahuac, que significa valle de árboles, le pusieron Cuernavaca; un nombre que significa algo tan bonito en la lengua de ellos quedó como una cosa horrorosa, el cuerno de una vaca, con lo feísimos que son los cuernos que hasta el demonio los tiene.

Niña Carmen era muy devota de la llamada Virgen de Guadalupe y me había asegurado que la pintura era de las más fidedignas que se habían hecho de la original, que yo no conocía, pero en cualquier caso era muy hermosa y como había sido de ella a mí todavía me movía más. Tenía un angelito con alas de guacamaya sobre el que se sostenía, y pisaba la luna y un manto de estrellas, donde daban ganas de cobijarse a soñar despierta cuando, más adelante, la cosa me iba mal en San Gabriel. Si algo hube aprendido en la Nueva España, hija, fue a soñar, porque yo de niña en Cádiz tenía muy pocos sueños, pero quién sabe qué efusiones emanen de estas tierras o de sus volcanes que se me facilitaba el sueño con una vida mejor, con Sebastián, con

todo aquello que yo quería y no llegaba, y los libros ayudaban a esos sueños. La Virgen venía en una capillita itinerante de viaje que se cerraba para poderse transportar llevada de unas pequeñas parihuelas donde se colocaba y se abría para rezarle haciendo las veces de pequeño altarcito. Era la envidia de todo el colegio, venían las alumnas y maestras a mis aposentos a admirar la obra de arte. ¡Me sentía tan orgullosa!, el hecho de que admirasen mis pertenencias me hacía sentir una más de entre ellas, esas amigas que no tuve en Cádiz, esa hermandad que tanto eché de menos entonces la tenía, además, lo que no era poco, con señoras de bien y de postín. Parecía que el cielo por fin me había escuchado, que todos esos rezos a la Virgen en la casa de vecindad cuando me quedaba sola habían surtido efecto, y lo único que me faltaba era tu abuelo Sebastián, del que no sabía nada ni tenía cómo saber, por eso escribía a la Paca en Cádiz cada mes, contándole lo sucedido e implorándole que sacase noticias de Sebastián, que le pidiese que se comunicara conmigo por carta al Colegio del Pilar, que me buscara en la Ciudad de Méjico. Pero de la Paca nunca obtuve ninguna respuesta, no tuve forma de saber si mi pobre madre recibía o no mis misivas, más adelante lo supe.

José Candelario, como has de suponer, terminó localizándome en El Pilar, aquella ciudad en construcción era un pueblo, y todos sabíamos de todos, más aún siendo peninsulares. Llegó una tarde, a los seis meses que ingresé en las monjas. Pidió verme en la sala de visitas que daba a la calle de la Encarnación. Allí nos vimos, siempre delante de la chismosa hermana Aquilina. Él se portó a la altura y con discreción; a pesar de lo enojada que estaba con su vil mentira lo recibí. Primero, porque no quería levantar sospechas entre las monjas y crearme un enemigo, y segundo porque era la única familia que tenía en la Nueva España.

Él estaba en lo suyo, trabajando en los ingenios, vendiendo abarrotes en un almacén en Veracruz, y todos los trapicheos que siempre se había traído entre manos en Cádiz que allí apenas le daban unos cuartos, en la colonia lo estaban haciendo más próspero. Comenzó a venir cada vez mejor vestido y con mejor pinta, buenas prendas y hasta peluca llegó a gastar bajo su sombrero de tres picos.

Yo pensaba que el dinero y el amor, hija, no se podían ocultar, pero luego supe de las verdaderas razones de su obsesión por mí. Me pidió perdón y me dijo que me ayudaría a encontrar a Sebastián si eso era lo que yo finalmente quería, pero yo no me fiaba de él ni *mijita*. Llegaba solamente de vez en cuando, se había ido a vivir al puerto y comerciaba entre la Ciudad de Méjico y algunas rancherías. Cada vez que venía a concluir alguna de sus avenencias a la capital, me visitaba, me daba algo de dinero, para el niño, decía, y se portaba gentil. A las monjas les decía que era mi tío, la verdad, pero convino con aquel paripé de que yo era viuda para no perjudicarme.

Yo le seguí la corriente, lo último que quería era tenerlo en contra *mía*. En una de esas que vino llegó a conocer a Niña Carmen y alguna vez salimos en la calesa a pasear los tres con el niño por la alameda o al tianguis de San Hipólito, por allá por la iglesia de la cofradía de la Vera Cruz. Se portaba generosamente, la verdad, como un caballero, parecía que ya se había refinado un poco. Siempre nos convidaba a unos dulces de pepitorias o cocadas y horchata de arroz, que era la preferida de Niña Carmen y que vendían en una fonda frente al quemadero del Santo Oficio, por la Alameda, donde siempre nos recibían y nos daban asiento en un merendero, o si no, nos compraba churros, gaznates o cualquier chuchería de los puestos que había entre los fresnos.

Terminé perdonando su atrocidad, así me aconsejó mi amiga: que si los hombres hacen barbaridades que nosotras nunca haríamos, que si hay que entenderlos y perdonarlos y que si finalmente usted no tiene a ningún otro hombre cerca en este lugar y siempre es bueno tener a uno y no estar sola. Así que de vez en cuando José Candelario se presentaba en El Pilar y hacíamos la comedia de que éramos una familia bien llevada, como las de las demás colegialas.

Niña Carmen había estado viniendo puntualmente de dos a tres veces al año a la Ciudad de Méjico a hospedarse con nosotras, sus recámaras estaban en la parte más principal del edificio y tenían balcones a la fachada de la calle de Cordobanes. Cuando llegaba a El Pilar era para mí una alegría muy

grande, y siempre teníamos cosas que hacer, concursos que organizar, cocinábamos capirotadas y chiles rellenos de fruta con salsa de nogada en la cocina del convento, organizábamos meriendas de chocolate y café, jugábamos a la baraja o teníamos reuniones de bordado, de prosa, de lo que fuese.

Una tarde de las que estaba bordando en sus dependencias con ella, mientras el niño jugaba en el suelo con las cosas que le traía mi tío de regalo, Niña Carmen me contó entre contenta y triste que pronto partiría hacia la Península. Finalmente, había conseguido arreglar el pleito con su cuñado y llegar a un convenio. Como ya te conté ella quedó como propietaria de la compañía naviera y entregó al hermano de su esposo las tierras que el virrey le había dado a modo de aquellas encomiendas ya desaparecidas, que valían mucho más que los galeones, pero para ella poder regresarse a la Península era de vital importancia que tuviese un negocio que pudiera atenderse desde allí. Por un lado, me alegré mucho por ella, era lo que siempre había querido desde que la conocí, su sueño, por otro, sentía que me quedaba de nuevo huérfana con la partida de mi querida amiga que había hecho tanto por mí; que sí, mi estimada, no se preocupe, me dijo, que yo la dejo a buen recaudo con la madre Cienfuegos y los reales de vuestra manutención van a seguir cubriéndose, que sí podrán vivir en El Pilar hasta que demos con el padre de la criatura y él se decida a hacerse cargo de sus mercedes, o bien hasta que usted se case en buen matrimonio, amiga, y le dé un padre a esta criatura. Que si yo le puedo presentar algún buen partido de la colonia, Gregoria, ya verá, piense en usted y en su niño.

Niña Carmen siempre había tenido esta idea de que si yo no daba con Sebastián me buscase un buen hombre con el que casar, quizás algún viudo de la colonia que tuviese hijos y a quien no le importase casar con una viuda como yo y hacerse cargo de otro. Yo no estaba tan segura de eso y cada vez que ella ponía la idea en mi cabeza la apartaba porque me sentía infiel e indigna ante Sebastián, al que yo sabía habían engañado igual que a mí. Estaría en algún lugar del mundo mandando cartas a Cádiz que no tendrían respuesta, buscándome para casarse conmigo o desengañado y con mal de amores. Desde Veracruz con doña Carmen había mandado varias cartas a

Cádiz, a mi hermana Micaela, tenía la esperanza de que hubiese aprendido a leer en la miga y se las pudiera leer a la Paca. En ellas les contaba de mi vida en El Pilar, de que no daba con Sebastián, y de las intenciones perniciosas de mi tío. Ahora sé que nunca llegaron, pero en ese tiempo no sabía si las cartas se perdían por el camino o si mi hermana y mi madre no querían contestarme, y eso me llenaba de congoja. Más de una vez me subí a la azotea a llorar para que nadie me viese, con los dos volcanes como únicos testigos de mis *duquelas*. Niña Carmen, a la que yo sí le contaba esas cosas, me prometió que al establecerse en la Península de nuevo haría indagaciones para dar con el paradero del hijo segundón de los marqueses de los Arcos de Colón y para mandarle a mi madre desde Madrid una carta con la posta donde contarle que yo estaba bien. Aquel era nuestro secreto, lo que nadie sospechaba entre los muros de El Pilar, ninguna de mis nuevas amigas.

DE LAS CONTROVERSIAS

Niña Carmen se fue a la Península como era de esperar, salió para Madrid desde Veracruz a mediados de abril de ese año que era el de 1759, lo recuerdo muy bien porque fue el año que gané el premio en el colegio por aquel panegírico que hice por la coronación de Carlos III. Según me contó en la primera carta que recibí, la invitaron a la solemnidad en la corte, y fue allí donde pudo conocer a su segundo esposo, un noble madrileño pariente del marqués de Mancera.

Como el cuñado de Niña Carmen buscaba un lugarteniente que se hiciese cargo de la hacienda en su nombre en la Nueva España, ya que él no iba a venir a vivir hasta aquí, ella le propuso a mi tío para que llevase el ingenio y la plantación, sabiendo que José Candelario ya había adquirido cierta experiencia en esos años.

Yo, la verdad, no debí haberlo permitido, pero nunca sospeché las cosas que él fue capaz de hacer después. Supuse simplemente que era justo y cristiano ayudarlo, de la misma forma que yo fui ayudada, y cuando Niña Carmen me contó su plan me pareció muy bien, mi tío ya había estado trabajando en la caña de azúcar, así que sabía del asunto. Ella salió para España dejando los documentos firmados en el notario de Veracruz, cediendo su hacienda de San Gabriel del Papaloapan a la familia de su difunto y dejando al frente de la plantación a mi tío como lugarteniente, que no tuvo más remedio que mudarse para allá y dejó de venir tan asiduamente a verme a

El Pilar, porque ya estaba más lejos y los días de camino eran muchos.

Seguí estudiando y criando a mi hijo, con ayuda de su nodriza tarasca, Ernestina. Aunque el niño ya comía gachas y *poleás*, yo seguía dándole leche, porque, como te dije, sabía que en el destete era cuando muchos niños se morían y quería que Sebastián se destetase lo más crecidity posible. Era fácil tenerlo conmigo porque así lo permitían las reglas del colegio, aunque en esos días Sebastián era el único niño allí porque las demás viudas del colegio ya tenían sus niños criados. Mientras fuera un infante estaría allí hasta que tuviera la edad para ir a un colegio de jesuitas, ya que la monja fundadora era de la Compañía de María y seguíamos los mismos estatutos que aquellos.

Acompañada de la *Leona*, que no se me despegaba ni un momento en el día, proseguí en ese ambiente de calma que precede a los ciclones; ella me guardaba como si fuera mi dueña, preservando mi sombra de cualquier hortelano o mancebo que osara acercarse, hasta al capellán echaba para atrás cuando venía por los laterales del claustro con su sotana negra; me imaginaba que le recordaba a aquellos dominicos que la trataron tan mal, les ladraba a los hombres como loca hasta espantarlos, provocando las risas y las simpatías de las monjas y mis compañeras del colegio, que a veces no entendían que se le pudiera coger un cariño así a un animal, un cariño como el que cogemos a las personas.

Algunas me lo habían mencionado por encima, como quien no quiere la cosa, un comentario sin importancia, una observación: que si quiere su merced *de usted* tanto a la perra porque no tiene un esposo; que si se siente sola y por eso le permite dormir en sus aposentos; que si parece que sea para usted como una hija. Y entre broma y sarcasmo, recibía de vez en cuando alguna saetilla que iba derecha a mi mejor amiga en aquel lugar: mi mastina. Pero fue la *saboría* de la de Meave la que un día sacó el tema mientras cosíamos en grupo la casulla del señor obispo en la sala de bordados; que si nos preocupan en este santo colegio los amores malsanos y fuera de proporción, como ese que su merced mantiene con la perra, que si los bichos y animales tienen otro lugar, mi estimada, y que si vuestra merced no se da cuenta pero está anteponiendo a una bestia a muchas buenas amigas que la

queremos bien y que si eso podía ser motivo de expulsión de El Pilar y que debería yo dejar a la *Leona* en los patios o en el huerto, donde estaba la burra que procuraba la leche, en lugar de hacerla dormir donde la gente de razón dormía.

Yo sabía de grandes señores que tenían cerca de sí mismos a los perros, sin ir más lejos el propio virrey, el marqués de las Amarillas, llevaba siempre sus dos podencos con él, agarrados de sus finísimas carrancas de acero damasquinado, y así se lo hice saber a la de Meave. A mí no me achicaba ni ella ni nadie y si quería dialéctica conmigo la iba a tener y de la buena. De amores malsanos aquella mujer perniciosa sabía bien, y le di a entender que para malsana ella y sus cochinas costumbres de rondar a otras mujeres. Hasta le hablé del pollino que llevó a Nuestro Señor Jesucristo triunfante a lomos a Jerusalén y de todos los argumentos de derecho natural que ella necesitaba oír, ¿o es que el Cid no había amado a su *Babieca*, y Atila a su caballo? ¿Y quién era su merced *de ella* para decirme a mí cómo tenía que administrar mis propias recámaras? ¡Que se preocupase de sus lances tan fuera de lugar y de tanto *billet doux* que mandaba a las internas, porque iba a ser yo la que la iba a denunciar no solamente al director espiritual, sino al Santo Oficio!

Quien nunca ha amado a un animal piensa que los que queremos a los perros los queremos como si fueran hijos no habidos, o maridos o novios deseados que nunca vinieron, que son amores de solterona o de viejos abandonados por su gente, o qué sé yo. Que los encarnamos malsanamente para darles un lugar que solo las personas tienen por derecho natural, así me decía la de Meave, que cada vez tenía más celos de mis privilegios en El Pilar. Aunque ya Niña Carmen no estuviese en la Ciudad de Méjico, de que yo me dedicase más al estudio, y además, hija, como habrás visto, yo siempre sospeché que ella era de esas manfloras que se dicen.

Se notaba que miraba a algunas colegialas con ojos de lascivia y le gustaba entrar en amistades exclusivas e intensas con otras mujeres, y meterlas a rezar en su oratorio y a bordar escondiditas en las recámaras, abundaba en unas amistades que daban que pensar, y cuando se obsesionaba con alguna que no

le hacía caso, como hizo conmigo al llegar, no la dejaba ni a sol ni a sombra, le escribía poemas y panegíricos, le bordaba pañuelos y prendas usando como hilo sus propios cabellos, y hasta le ponía flores secas en los libros cuando las otras no se percataban.

A mí me pedía los mechones de mi pelo rubio a cada momento hasta que se cansó, díjeme para hacer unas artesanías con ellos y que para pegárselos a un Niño Jesús que le trajeron de Alcalá o qué sé yo. No consentí en dárselos, hija, porque me imaginaba yo que hasta brujerías me podía hacer para que sucumbiera yo en sus cosas fuera de orden. Hasta una carta con un soneto y unas redondillas guardaba entonces yo de ella. Me la mandó por una Navidad y me pareció la oda de lo más inapropiado, pero allí la tenía yo en el cajoncito secreter de mi costurero y la amenacé: dice su merced algo sobre mi perra mastina y esa carta se va a los alguaciles del Santo Oficio, como me llamo Gregoria, y a su merced se la llevan a la Alameda a quemarla por manflora.

Durante varios meses, aquel año, la de Meave me trajo frita con tanto discurso de leyes naturales y amor fraterno, aunque hacer no hizo nada, no se atrevía. Las otras disfrutaban la dialéctica y las controversias con que nos tirábamos en el refectorio, porque porfiar, porfiábamos mucho en las pláticas. Me gustaba contradecirla en sus ideas, a pesar de que me daba miedo que me fuera a acusar de alguna herejía o irreverencia. Ya ves que la Iglesia dice que solamente nosotros, los blancos, tenemos alma, y que el resto de las animalias no merecen sino estar para glorificar a Dios, para ser puestos al servicio del hombre de razón.

Yo le decía a ella que eso era un invento, un invento conveniente para que sobajemos a los burros, a los caballos, a los cerdos, a los perros, a los indios y a los negros a nuestra conveniencia. Y ella me juraba que me estaba volviendo *protestanta* y que iba a hablar con el obispo para que me diera un buen sermón por apóstata y si era preciso una buena tunda de flagelaciones, y yo entonces disfrutaba recordándole que tenía sus versos a buen recaudo, y que si se llegase a saber lo que había escrito, sería a ella a la que le iban a dar

una buena tunda o quién sabe si algo peor.

A la de Meave le gustaba despotricar de los negros, se ve que sentía odio hacia los que eran de tez morena. Decía que para la Iglesia y muchos hombres de razón ellos eran *quasianimalia* y no tenían alma humana. Como se había dicho antes de los indios de aquí, que no tenían alma y por tanto no eran naturales los matrimonios entre los hombres blancos de razón y los indios. Todo esto lo fui aprendiendo en mi estudio de filosofía natural, había cosas que me alegraba de aprender, empero otras, hija, me avergonzaba de ellas. Me decía el padre sentenciosamente que amar a un perro o a un negro era lo mismo, un acto de locura malsana. Al principio comencé a acatar a pies juntillas lo que me adoctrinaban los maestros. ¿Quién era yo sino una analfabeta del arroyo para contradecirles a ellos que eran sabios? Pero más adelante y al entender que la razón y el sentido común eran la misma cosa, no pude sino comenzar a pensar sobre lo que aprendía y a cuestionarme.

Y no es que yo pensara que los perros eran como los hijos o que los comparase con tales afectos. Yo sabía que eran dos cosas distintas. Mis hijos han sido mis hijos, la máxima de las prioridades para mí, aunque tu padre diga lo contrario, mis perros en cambio han sido mis compañeros en la vida. A los hijos una los quiere con un amor teñido de segundas, aunque muchas madres te digan que no. Tememos que nos defrauden, los soñamos desde pequeñitos de una forma o de otra, a veces hasta desde nuestra panza ya los imaginamos de una manera particular, que sigan el camino de nuestras intenciones, nuestros deseos truncados, nuestros malogros, lo que quisimos hacer de nosotros y no hicimos, el «como Dios manda». A imagen y semejanza nuestra pero mejorados. A los que no tienen el espíritu libre los soñamos un poco más despreocupados y deseamos, dizque por su propia felicidad, que cambien; a los que vemos muy libres y descarriados los quisiéramos más formales y recatados, más cautelosos, y siempre justificando nuestros deseos de cambiarlos en esa felicidad que creemos les deparará o no la vida. Que no hagan esto o que no hagan lo otro porque no es bueno para ellos, que no caigan en tal vicio, que practiquen ciertas virtudes, que no sean así o que no sean *asao* porque les va a costar ser felices, que se casen, porque así estarán formalizados, o que no se casen porque con el carácter que tienen

mejor están célibes, o fulanito que se haga cura, o menganita, monja, porque tienen madera de eso, según una. Hay madres que rezan a Dios para que sus hijos se consagren a tal o cual orden, para que funden una familia, para que hagan lo que muy en el fondo de su alma ellas quieren que hagan. Yo misma he sido así con mis hijas y con mi hijo; a tu padre lo quise más libre, menos prejuicioso, no tan duro y más sensible con los demás, en cambio a tu tía Ana Francisca la pensaba de mayor menos atolondrada y no tan susceptible, y a veces me decía a mí misma que, por su bien, ojalá cambiase, porque iba a ser muy infeliz con tanta delicadeza a flor de piel. Sin darme cuenta que la que tenía que cambiar era yo, aprender a dejar al mundo en paz, incluyendo a mis hijos. Siempre los quiere una hacer a su modo, justificándonos en ese deseo de su propio bien. En cambio, una no piensa en cambiarle el carácter al podenco, o al galgo, ni al sabueso, los quiere uno y los acepta tal cual, si son de guarda o más falderos, qué importa, así son y punto, es un amor más libre, y si cabe, hija, te diré que más generoso, como el amor a los nietos.

El amor a los nietos es más desprendido que el que se tiene por los hijos. Así te imaginé, Rosario, aceptando yo todo lo que trajeses contigo. Si resulta que eres de carácter fuerte alabaré tu carácter y que no te dejes dominar. Si eres dócil y ligera de sangre alabaré tu mansedumbre y que discurras con la vida. Si quieres casarte, bendeciré la unión y al hombre que escojas. Si quieres tu libertad, alabaré tu independencia. Si deseas hijos, arroparé en mis sueños a tus hijos y a los hijos de ellos que serán mi estirpe, y daré gracias al cielo por tu fertilidad. Si en cambio quieres ofrecer tu virginidad al Espíritu de Dios, me dejaré llevar e intentaré comprender esa grandeza que has de sentir en tu alma para consagrarte a tal empresa. Y si no quieres hacer nada de esto y quieres seguir un nuevo camino, te seguiré de cerca con la mirada para aprender, a la vez que tú, ese nuevo sendero.

DE MAQUIAVELO

A doña Bernarda de Meave la tenía yo más calada que a un melón. Era de esas mujeres dañinas que piensan que un embuste repetido cientos de veces se convertirá en verdad tarde o temprano. Además, como utilizaba fragmentos de la realidad en sus intrínquilis, su mentira era todavía más perversa ya que con ello la hacía creíble. Le gustaba intrigar, malmetía como ninguna otra, barajar las cartas a su antojo, contar siempre las cosas de su propia boca y a su manera, antes que nadie diese la versión del asunto, porque sabía, la muy *malaje*, que la que pega primero, pega dos veces. Cuando en la clase de historia tuve en mis manos el libro de *El Príncipe*, no pude por menos de pensar en esa mujer perniciosa, que dejaba chico al que pintaba Maquiavelo.

Lo primero que hizo fue crearme la mala nombradía de que yo no tenía habilidad ninguna para guisar, una cosa que así de primero no parece algo grave, pero que ella ya había calculado debidamente, entretejido con sus intenciones, sabiendo de antemano cómo lo iba a hilvanar para que tuviese las repercusiones que ella deseaba. Como se suele decir, hija, era de las que hilaba fino. Lo primero que iba a conseguir inventando esa fama de que yo carecía de sazón alguno en la cocina era hacerme impopular y que ninguna quisiera probar mis dulces y confituras, así no solamente me hacía poco querida entre las colegialas, sino que con eso trataba de conseguir que me sacaran de las cocinas, y por tanto de las decisiones que se tomaban en las

celebraciones importantes de El Pilar, cuando venía el arzobispo, el virrey o cualquier personaje de importancia y de poderío a dotar a alguna alumna o hacer una donación. Ya no tendría yo autoridad para decidir la minuta del acontecimiento y eso le daba más control a ella y a sus platillos, que serían los que brillasen en el banquete, quedando los míos fuera de combate. Porque ella conocía, como todas en El Pilar, que por la panza se conquistaban muchos favores de los benefactores, y quienes fueran las autoras de los platillos del agasajo tenían más posibilidades de recibir la pecunia que las que no lo habían sido. Pero la de Meave no toleraba que nadie a su alrededor brillase más que ella, y yo ya tenía ganada la parte de la costura y los bordados, y de eso no había duda, así que necesitaba opacarme en las otras.

No contenta con eso trataba de crear animadversión contra mí llevando y trayendo chismes, contándoles a todas las internas que yo detestaba vivir en las colonias, que me sentía superior a ellas por ser peninsular y de Cádiz, que no soportaba las maneras de la Nueva España, la forma de cocinar de las criollas, los sabores de los platillos. Como sabía que yo no toleraba grandes cantidades de chile, cada vez que podía lo ordenaba poner en los guisos de las cocinas o pasaba de refilón por los fogones, como la vieron más de una vez, y volcaba el bote del chiltepín o tiraba, sin que las galopinas se diesen cuenta, varios chiles habaneros, sin importarles si eran postres o guarniciones, almuerzo o colación. No sé cómo se las arreglaba, pero siempre me tocaban a mí los chiles y los picantes y no a las otras. Hasta los dulces y las nogadas lo ordenaba confitar con chiles y ajíes para hacerme pasar tan mal rato que hasta sudaba y se me saltaban las lágrimas del picor, estornudaba y hasta sacaba la comida del buche. Ella me ponía el picante solamente a mí en demasía, y disfrutaba sentándose a mi lado los domingos en el refectorio, justo cuando me los servían para así poder apostillar con el sarcasmo propio de los amargados, y en voz alta, para que todas pudiesen oírla. Repetía el mismo ardid de siempre, tratando de ridiculizarme con su aguijón ponzoñoso: que si ¿no es cierto, doña Gregoria, que no le gusta a su merced de usted la comida novohispana?, ya ven cómo les decía a sus mercedes, que si ¿por qué no

prueba tal o cual platillo?, ándele pues, ¿o es que le disgusta lo que hacemos en la Nueva España para comer?, y que si es mejor que doña Gregoria no haga la repostería para el santo de la madre perfecta, porque su sazón, si es que la tiene, es muy distinta a la que su reverendísima maternidad está acostumbrada.

Así me fueron llegando a mí comentarios, indirectas y modos por los que yo me daba cuenta que ella había ido plantando la cizaña, porque en verdad me odiaba por envidiosa y por haber sido yo la más beneficiada en la dote que doña Carmen de Larrauri entregó a las monjas. Ese era el verdadero meollo de la cuestión, el dinero, porque era ambiciosa y siempre quería más, y como llevaba vida de pobretona, pues le fastidiaba que a las otras nos fueran las cosas viento en popa. Al ser ella parienta cercana de una de las fundadoras se creía con mayor derecho que nadie a recibir cualquier dádiva o fondo que en calidad de dote llegase a El Pilar, quería ser siempre Manolita *la Primera*. Había estado contando de siempre con aquella suma que se sabía que, tarde o temprano, Niña Carmen donaría para uso y dote de alguna colegiala, y se sentía como si eso fuese un derecho.

Iba para ella todo sobre ruedas hasta que yo llegué y Niña Carmen destinó a mi educación, mi sustento y el de mi hijo la mayor parte de la donación que le hacía a El Pilar, y especificaba claramente en las estipulaciones ante notario mi mesada y mis circunstancias, que no debía yo hacer trabajo servil, que el niño debía permanecer conmigo hasta los siete años, donde iría con los jesuitas, las disciplinas que aprendería y mis privilegios. A veces me sigo preguntando, incluso ahora que estoy en el galeón, ¿por qué Niña Carmen me tomaría ese cariño tan especial? ¿Por qué me ayudó a tal extensión y con tanta generosidad? ¿Sería que Dios me la mandó en su Divina Providencia? ¿O que fui yo esa hermana que siempre quiso tener y Nuestro Señor no tuvo a bien darle? Ella una vez me contó cómo le recordaba yo a su hermana menor, ya difunta, y a veces creo que fue por eso que me tomó ese cariño especial, como si en verdad fuese yo esa hermana pequeña que le faltaba.

Por si fuera poco, doña Bernarda tenía muchos prejuicios en la mollera, sobre todo contra las mestizas y las indias, o cualquiera que tuviese el color del bronce en su semblante, las llamaba salvajes y totonacas, las hacía de

menos para ella así ensoberbecerse ante nosotras. Yo, que era hija de una gitana camboria y sabía lo que es que la den a alguien de lado por sus orígenes, no entendía cómo la doña renegaba de sus propias raíces, porque si bien la Bernarda no era prieta, sí lo eran algunas de su familia, y como es natural tenía su gotita de sangre india.

Eso ha de ser bien malo, Rosario, estar disconforme con lo que uno lleva en la sangre, digo yo que es como maldecir parte de uno mismo, y esa condición ha de llevar de seguro a la locura, igual que tanta virtud obsesiva. A pesar de que entre sus hermanos los había más de allá y más de acá, porque yo lo veía cuando venían por El Pilar a visitarla, unos con clara sangre india y otros más disimulados, ella presumía todo el tiempo de su sangre europea, de sus ancestros alemanes o qué sé yo, y de que su padre era vascuence, y nunca mencionaba nada de sus otros antepasados, presumiendo de ser criolla cuando ya la generación de sus padres nació en la colonia, se cuidaba mucho de que no le diera el sol en los patios y andaba a todos lados protegida con velo y sombrilla de Cochinchina para que su piel no se tornase morena con la resolana, y hasta se decía que se ponía limón y manzanilla en el pelo para aclarárselo más de la cuenta.

Estaba tan amargada que vilipendiaba a las otras pobres, a las que consideraba menos que ella. Solamente se preocupaba en que el hijo único que tenía estuviese bien y no le faltara de nada, a él lo consentía como si fuera el príncipe de Asturias, y como no tuvo cómo sacarlo adelante y hacerlo hombre de bien, con tanto capricho que le daba, antes de que el joven se hiciese un *bueno para nada* o un árbol torcido, lo había metido donde los agustinos, a que se hiciese fraile y pudiese ordenarse en algún momento, a expensas de que algún pariente de ella le diese dote, como es natural. Pero el mancebo no más venía a verla y a sacarle los pocos cuartos que su merced *de ella* alcanzaba a meterse en la faltriquera cuando medraba a algún pariente. La de Meave, en el rictus de su boca y en los ojos, rezumaba amargura; no le gustaban los perros, cada vez que la *Leona* pasaba por su lado se apartaba como si tuviese la tiña el pobre animal, ni los menesterosos, a los que echaba de la puerta de malas maneras, y no le gustaban, ni tantito así, los maricones.

Había un novicio de los dominicos, Joaquinito, que dizque era primo

segundo de ella; el mancebillo venía casi todos los jueves a enseñarnos algo de retórica cuando el titular no podía, y a mí me daba mucha ternura, lo veía muy perdido, me recordaba al Tierno, aquel correveidile de la Paca que en Cádiz preparaba los pelucones y me consiguió el trabajo con tu bisabuela la marquesa. La de Meave, con descaro y delante de todas, decía que le daba asco, que no soportaba que el muchacho hablase como señora de la calle Santa Isabel, porque el jovenzuelo tenía ademanes demasiado delicados, y que no entendía cómo a él lo iban a dejar ordenarse y a su hijo los agustinos todavía lo retuviesen sin poder consagrar, que eso sería porque los dominicos eran muy laxos con esos defectos, o si quién sabe qué favores les habría hecho Joaquinillo, y que, desde luego, ella ni se iba a confesar ni iba a tomar el Santísimo Sacramento de un equívoco así. Cada vez que sonaba la campana para entrar a clase de retórica con Joaquinillo se recreaba injuriándolo: que si no dejes a tu hijo juntarse con ese manflorita, Gregoria, que yo al mío no lo dejo a pesar de ser parientes, que si ten cuidado que esas afectaciones se pegan y no se te vaya a volver como él, y que si déjalo con su aya cuando entres al aula, que la manzana podrida te va a pudrir la otra sana. A mi hijo le caía bien el muchacho, era de los pocos hombres jóvenes que entraban en El Pilar y tenía la suficiente energía para jugar con él a algo que no fuese los naipes o la pechingona, así que yo lo dejaba irse con él a ver las cuadras de las mulas, a enrollar el diávolo en la guita, correr el aro o subirse a algún árbol del patio, y no le hice ningún caso a los malos farios de aquella vieja malosa, que según supe, hija, terminó muy mal, amargada y sola, como suele terminar la gente de su mala condición, aunque antes, eso sí, antes me fastidió la puñetera todo lo que pudo.

Una tarde, en medio de la sala de bordado, cuando arreglábamos el manto de la Virgen de la Soledad entre varias, llegó ella con parsimonia a sentarse a mi vera y fiscalizar mi puntada. Le gustaba mirar de reojo todo, mi puntada para ver si me equivocaba, las cartas que me llegaban para leer el remitente y controlar de dónde venían, las cubiertas de los libros que tenía en mis recámaras, todo, era de lo más metiche la vieja. Esa tarde las ventanas estaban abiertas de par en par, hacía calor y todavía desde la calle nos llegaba un poco de brisa del valle mezclada con las campanas de misa de cinco en la

catedral, que nos daba la espalda. Ahí comenzó ella a fijarse con malas intenciones en mi bordado y decidió con segundas que habría de parecer muy mudéjar el floripondio que estaba yo calando en el terciopelo, mientras en voz alta para que todas la oyeran comentaba el parecido de este con dibujos de libros paganos que estaban en la biblioteca e iban vetados por el Santo Oficio y que ella acababa de censurar: que si no me habría yo atrevido a abrir algún libro antes de que se hubiesen mandado a Santo Domingo; que si cómo se parece su arabesco a los de esos volúmenes que sacaron para quemar los dominicos, que si, claro, como su merced viene de Andalucía, que si no tendrá su merced la sangre de esos moros infieles, y que si esas artes del bordado sacrosanto han de estar libres de todas esas volutas y golas paganas que su merced les da.

Yo le respondí con naturalidad que en la Península también había mestizos, que yo era uno de ellos, que de sangre mora, gitana y judía casi todos teníamos un poco, igual que en la Nueva España la gran mayoría llevaba una gotita de sangre india. Ella se me puso a la defensiva y abrió de par en par los ojos haciendo aspavientos, como solía hacer, mirando a las otras de lado a lado, que levantaron la cabeza del bordado para confabularse con su mirada acusatoria. Con voz sentenciosa para que la oyesen bien espetó: que si yo no tengo nada de india en mis venas, que si mis cuatro abuelos eran más europeos que su merced *de usted*, y que si no hay criolla de más puro linaje en este colegio que una servidora, que hasta de alemanes lleva sangre mi casta, que es el segundo apellido de mi bisabuela Ethelberg. Yo, hija, sin pensarlo y sin maliciar, contesté por primera vez en mi vida como la Paca lo hubiese hecho, como en Cádiz se contesta a la gente que se pasa de la raya, y como no me había atrevido hasta entonces, ya me había tragado bastantes. Sin apartar la vista de mi hilván ni levantar los ojos del manto de la Virgen, le dije a la doña: pues si así es que toda su parentela viene de Europa y ninguna de aquí, una de sus ancestras de su merced *de usted* tuvo que aligerarse de cascos más de la cuenta, porque tiene usted una catadura muy de aquí.

Las colegialas que bordaban tuvieron que parar la puntada porque de la risa que les dio casi se punzan los dedos o se les hubiera metido la aguja por donde no era, y hasta las que estaban de su lado hicieron mohín y menearon

la cabeza. Creo que las algazaras y risotadas del salón de bordado llegaron hasta la calle esa tarde, porque una coadjutora que llegaba de los mandados luego me comentó que las había oído desde el portón del Colegio del Pilar. La de Meave no tuvo más remedio que levantarse de súbito con la cabeza lo más alta que pudo, como si oliese mierda. Enseguida tiró las patas por alto y comenzó a hacer aspavientos, que si su merced me ha dado, que si su merced me ha vejado públicamente y que si esto no va a quedar así.

Salió de la habitación agarrándose las crinolinas con desenfado y a paso ligero; a punto estuvo de dar un traspié y caer al pasar por el reclinatorio del costado y hacer rápido la genuflexión para guardar esas formas de las que tanto presumía. Le salió el trabucazo por la culata, como hubiera dicho la Paca. Desde esa tarde, aquella soberbia y desdeñosa mujer me declaró la guerra sin tregua. Yo cometí un error, Rosario, a una serpiente nunca se la ataca de frente.

SOBRE SER DAMA Y PIRATA

Aunque siempre he sido una mujer muy cuidadosa y limpia en mis quehaceres desde que era una niña, te tengo que pedir perdón por algunos de estos borrones en tinta que han venido salpicando mi escrito a causa del baile de la *Tritona*, que a veces es más fuerte que mi pulso.

Llevamos varias jornadas tremendas en el mar, Rosario, por eso no he podido escribirte en la última semana. Hasta ahora no te he contado con detalle mi mester, hija, y no lo he hecho quizá por un falso pudor que yo pensaba que ya no tenía. Pero fíjate que me sorprendí a mí misma tratando de ocultarte cosas, de suavizarte la verdad. Eso no es justo, no es justo para ti que escuchas, en este caso lees, y no es justo para mí, que tengo derecho a desvelarme a mi nieta tal y como soy, sin reservas, sin pudibundeces fatuas, sin remilgos. Soy lo que soy, lo que dice la gente, lo que te han contado. Como mi madre era puta, yo soy pirata, y de ella aprendí que los oficios innobles pueden llegar a ser los más nobles de los menesteres según cómo se hagan. Por eso he decidido hoy, desde un camarote caluroso inundado de calma chicha, contarte las cosas sin tapujos.

Hace más o menos una luna, el 19 de abril de 1787, planeé junto con mi lugarteniente una escaramuza para la cual requeríamos mucha precisión. Un error de cálculo, un punto pasado por alto o marinos en baja forma significan para nosotros la muerte. Necesitaba pagarles a mis hombres, las galeras de esclavos no dejan doblones, así que estudiamos la forma de abordar una flota

de galeones que hacía la ruta de la isla Margarita hasta la Península y que iba cargada de perlas.

Los galeones hacen la travesía en escuadra, sobre todo cuando llevan mercadería de la *güena*, hasta naves de guerra van escoltándolos y ese era el caso de esta flotilla cargada de joyas. Para poder, con un solo galeón, abordar a otro en una flotilla tan bien preparada hay que hacerlo después de algún temporal que los disperse y así tomar a una sola nave por sorpresa. Por eso tuvimos que esperar a estos meses de ciclones en el Caribe, desde junio a octubre, sabiendo que los peores suceden casi siempre alrededor del quince o diecisiete de septiembre. Hacer coincidir las fechas con la salida de alguna flota y todo ese cálculo nos llevó a los galeones de perlas de la isla Margarita. No te quiero hacer el cuento largo, ni aburrirte con cosas de mar que a una señorita elegante como tú quizá le vengan anchas, pero solamente decirte que fueron unos días muy ominosos, que además pasamos por una galerna muy fuerte, en la que tratamos no solamente de gobernar la nave sino de no perder de vista a nuestra presa. Nos hicimos pasar por un galeón de los que lleva el azogue de mercurio para el beneficio de la plata desde España hasta Veracruz. Pusimos el pertinente estandarte, las dos franjas rojas sobre el campo gualdo como recién mandó el rey Carlos, y la bandera del rey que debían llevar los galeones españoles, las espigas escarlata de borgoña con castillos y leones sobre fondo blanco. Hasta nos vestimos con casacas rojas para que desde lejos nos confundieran con guardiamarinas, y ya que el galeón menos veloz de la flota se perdió de los demás en el temporal y nos vio venir, se figuraron probablemente que íbamos en su ayuda, y así con engaños y escaramuzas lo abordamos. Ya tenemos las perlas en nuestro poder, varias decenas de arrobas; ahora solamente nos queda venderlas a los turcos, que son los que más pagan por ellas. Imrah, el mameluco, nos ayudará en la transacción cuando lleguemos a Venecia.

Te figurarás que en estas contiendas una mujer como yo tiene miedo, que temo por mi vida, por las heridas mortales, por alguna secuela, un ojo de menos o una pierna tullida. Te figurarás que la fuerza no me alcanza y que estas manos delicadas que han servido mayormente para bordar no son duchas con la espada o con el florete. Rosario, lo mío es el fusil, el mosquete

o la ballesta, y la pistola no la manejo mal. Tengo una puntería que nadie la gana, esa vista que empleé tantos años en una puntada fina, en una costura primorosa, en bordarle una flor de lis al manto de la Virgen, ahora la empleo con la misma destreza en meterle plomo entre pecho y espalda al que se me ponga por delante en un abordaje, flechas con fuego que van directas a los mástiles y las vergas de un navío lo inhabilitan para huir, lo dejan a la deriva, quemarle la rueda del timón desde la distancia imagínate cómo los deja, a nuestra merced. Me he vuelto una desalmada, los engañamos con banderas falsas, con uniformes, les cortamos el pescuezo y los dejamos a la deriva, sin vela o trapo que los lleve, pero te diré algo que te sorprenderá: las batallas que tuve que librar en el Colegio del Pilar con un puñado de beatas y de monjas no fueron más limpias ni más nobles que las que libro contra hombres ruines sobre las tablas flotantes de un barco.

¿Crees, hija, que hay más nobleza en quitarle la fama y la honra a una mujer con una calumnia que en dejar a un marino manco de un cañonazo?, ¿o que incendiar el palo de mesana de un navío es más dañino que quemar con el ácido de una lengua ponzoñosa la vida de alguien?, ¿será que es más digno pisotear la modestia y la dignidad de una monja a base de desaires que pegarle un tiro de pólvora y perdigones en la pierna a un grumete?, ¿o echar tu reputación a las fieras viperinas menos doloroso que aventarte por la popa a los marrajos del mar? Un verdugo mata a un hombre y una lengua mata a un pueblo.

Las porfías que viví entre aquellas viejas copetonas en el beaterío de la Ciudad de México, entre damas finas de la colonia, no eran sino una vil batalla, una guerra sin cuartel, un ataque sucio, al lado del ataque directo y limpio, del cañonazo mortal o la herida suave y profunda que hace una daga al meterse en tu costado. Que no me digan a mí las señoras del buen hacer que se horrorizan de lo que hago, porque más me horrorizo yo de sus porfías y tejemanajes de poder, de sus sinsentidos rastreros, de sus intrigas conventuales y de la carroña que dejan al paso de sus lenguas de mojarra.

Por eso quiero contarte también alguna de esas batallas que tuve que librar en El Pilar, esas reyertas sin fin, que me hicieron un día más daño, Rosario, del que me han hecho todos estos años de loba de mar los arcabuces, los

cañones y los cuchillos.

No tardó mucho Satanás en plantar sus semillas en El Pilar, y lo que se veía venir, vino, a pesar de que yo estaba ciega. A veces, hija, antes de que el mal haga acto de presencia en la vida de uno, el tiempo se llena de buenos momentos, de sosiego y bonanza, pero por debajo de esa aparente calma, un mar revuelto y negro va tejiéndose para acabar en tempestad, y alguien malvado está al acecho.

Cuando entré en el colegio fui la mujer más dichosa de la tierra. Yo nunca había tenido amigas. Por ser la hija de quien era, ninguna otra mujer del arrabal de Santiago dejaba que sus hijas se juntasen conmigo. En Cádiz éramos unos apestados. A menudo había tratado de inmiscuirme en los juegos de las vecinas del patio, cuando era más pequeñita y las oía fuera saltar a la comba o jugar al pollito inglés en la barda. Salía sigilosamente a la puerta y la entreabría, las miraba jugar y disfrutar de la tarde soleada fuera de sus covachas, unas y otras reían, emprendían y hasta discutían como amigas, pero ellas no me procuraban. Yo hasta en las reyertas las envidiaba. A la Micaela y a los niños le llevaba muchos años y no podía jugar con ellos, lo único era que les hacía el paripé de leerles los cuentos antes de dormir. Me había dedicado a jugar yo sola al teje en el pedacito de corral que lindaba con nuestra parte, donde ninguna chiquilla llegaba so pena de castigo y una buena paliza de su madre.

A menudo me figuraba que tenía una amiga de a mentirijillas, a la que yo llamaba Juanita, la sevillana, me escondía debajo de la mesa a jugar a los cromos con ella y cuando la Bibelota no estaba por los alrededores y me quedaba sola, sacaba los libros y me ponía a leerle en voz alta pretendidos poemas y odas a la lealtad que me iba inventando sobre la marcha y declamaba con pompa y parsimonia, como si estuviese en un teatro, subida en la mesa de camilla. La Juanita era mi única amiga, la quería ¿cómo no?, pero ella no me podía dar abrazos, ni ayudarme a pintar con una piedra tiza las rayas del teje en el patio, ni sostenerme la cuerda para que saltara a la comba. Uno de esos días en que rondaba por allí, la Paca me oyó porfiar con ella debajo de la mesa, dizque yo relataba cosas. Mi madre me había regalado una caja de lata con media docena de cromos de flores, usados, que a saber de

dónde los sacó la pobre, y yo atesoraba como si fuera lo más valioso que tenía. Porque, ahora que lo pienso, fue lo más valioso que tuve en mi infancia, ya que los libros no eran míos, aquellos cromos de rosas y flores gastados seguro de tanto palmetazo de alguna niña rica y que yo había heredado cuando se deshizo de ellos, metidos en una lata herrumbrosa que llevaba una etiqueta de la botica con un nombre a plumilla y que no supe leer. Nunca averigüé qué decía el papel, ahora cavilo que era algún mezclado para hacer un bebedizo que alguna vez compró mi madre como remedio de alguno de sus males, pero entonces me sentía muy importante por tener como juguete algo que llevaba una fina escritura en su tapa, aunque fuera la del boticario.

Aquella mañana mi madre se despertó de su resaca antes de tiempo al oírme discutir bajo las faldas de la mesa, parece que la estoy escuchando como si ahora mismito la tuviera sobre mí, levantando la cobija mugrienta de la camilla, despeinada y con las legañas a flor de piel; que si Gregoria, niña, con quién carajos hablas, que si a quién le estás porfiando tantas pamplinas, ¿o es que te estás deschavetando *toíta toa*? Yo no me avergoncé, o no recuerdo haberlo hecho al menos, porque con un desparpajo de niña, que luego perdí, me atreví a contestarle: ¡Que no, madre!, es que no sabe usted lo que pasa, pero es que la Juanita me está haciendo trampas a los cromos.

Mi madre, como buena gitana, se asustó. Ella veía cosas donde otros no veían nada: que si ¡qué Juanita ni qué ocho cuartos!, ¡que ahí no hay nadie, Gregoria!, ¡que mira que te van a llevar *p'al* manicomio!, anda y déjate de pamplinas y trae *p'acá* esa lata oxidada y todas esas cosas, y que si ¡Ay, Dios mío! ¡En qué estaría pensando yo cuando te lo traje! Y que a saber de quién habrán sido y qué mal fario te estará trayendo que te está sacando de tus cabales, o qué ánima perdida viene a verte y a chuparte luz, ¡criaturita inocente! Y sin preguntarme nada me arrancó la caja con los cromos y los *jondeó* por coño, como ella decía, con su habla deslenguada. Yo no paré de llorar por unos cuantos días, me había quitado mi único juguete por esas manías suyas y esas supersticiones que ahora que soy mujer ilustrada me doy cuenta que la dominaban, por todas esas cosas a las que las personas nos aferramos y que son contrarias a la razón. Sin la lata de cromos y sin las niñas

de la vecindad, ¿qué iba a hacer yo para entretenerme?, si hasta me advirtió que me guardara de hablar más con esa Juanita que ni era de este mundo, ni era del otro.

Ahora sé, Rosario, que Juanita no era sino mi ángel de la guarda, al que yo sentía cuando no tenía a nadie más con quien jugar. Era mi ángel que venía cada día a hacerme compañía para que no me sintiera tan sola, mientras las chiquillas del patio me rechazaban con sus mohínes de hijas de madres decentes, porque seguramente las advertían de mí, como si yo les fuera a contagiar a sus hijas de alguna cosa mala.

Por eso de no haber tenido nunca amigas, cuando llegué a El Pilar y me encontré acogida, rodeada por una veintena de mujeres joviales y monjas, sentí que finalmente ese ángel de la guarda, la Juanita, me había cumplido mi deseo de tener aquella amistad, la lealtad y el afecto de otras niñas del que nunca gocé de chiquitita. La Nueva España se había convertido para mí en una promesa de felicidad de lo que en la vieja España no había podido ser.

En esos momentos me sentí distinta, merecedora y digna, como no me había sentido nunca en la Península. Hasta el levantarme tan de madrugada, sintiendo el frío, y correr juntas escaleras abajo a la capilla para recitar los salmos, me hacía sentirme dichosa. Compartir los misales en los bancos, o los libros de canto, y sujetar en el facistol los cuadernos de música para la otra mientras cantábamos un *Kyrie*, movilizarnos todas para el ángelus a las doce y en comunidad rezarle a la madre de Dios, realizar los bordados juntas y enseñarles las puntadas de allí a las de acá, leer en voz alta para las otras cuando entre todas hilvanábamos la saya hermosa de terciopelo de la Virgen de la Profesa, todas juntas en aquella habitación luminosa y amplia del segundo piso. Por primera vez en mi vida me sentí parte de algo, avenida a otras mujeres como yo, mientras oíamos en voz alta los versos de San Juan de la Cruz, que nos hacían llorar de dicha, y la brisa de la tarde entraba por los balcones que daban a la calle Cordobanes, trayéndonos el olor a elote asado que abajo pregonaban las indias desde los anafres. Incluso las marimorenas y los chismes que a veces se armaban en El Pilar me parecían divertidos y me hacían sentirme parte de ellas, las intrigas de la de Meave y el burlarnos por los pasillos de la hermana Aquilina, que venía detrás tratando de prestar

atención a nuestros murmullos. Si me pedían la opinión en una reyerta sentía cómo me tomaban muy en cuenta, me admiraban por eso de ser peninsular y rubia, decían algunas que les gustaban mis colores. Pero no todo es miel y hojuelas, y la lealtad no es un don que se divulgue mucho en los colegios de damas de ninguna parte del mundo. Cuando pasó lo que tenía que pasar, aquellas que yo creí mis amigas, aquellas en quienes puse la estúpida ilusión de una hermandad, fueron las primeras que me dieron la espalda.

La deslealtad duele. ¿Y sabes dónde duele? Duele aquí en el pecho, en medio, justo por encima y por debajo de donde se siente un hueso entre los senos, es un círculo de dolor. Ahí me dolió cuando pasó aquello, cuando las vi esquivas venir a mí y abrazarme sin abrazar, débiles, titubeantes e hipócritas, ojos que no aguantan miradas, que no te sostienen el hilo porque no hay tal hilo de amistad que sostener. Es ver la realidad. Así me figuro yo que descubrió Jesucristo a Judas, por esa debilidad de abrazo y esas pupilas esquivas. Me volví a quedar más sola que la una cuando las veía en sus corrillos cuchichearse la noticia y mirar por encima del hombro para que no me diese cuenta, tratando de disimular. Solamente hubo una de ellas, doña María Barbosa, que tuvo la decencia de mirarme a los ojos con compasión al despedirse, abrazarme como Dios manda y entregarme por debajo de su faltriquera unas monedas de plata para los primeros gastos y el yantar del niño.

Aquel día nefasto, después de los maitines, la madre Cienfuegos me llamó a su despacho. Allí estaban esperando las otras tres. La Cienfuegos tenía una carta de varios pliegos en la mano que tan pronto como entré en la sala dejó sobre el escritorio de caoba, estaba de pie, tomaba con la mano derecha la cruz de plata colgada de una cadena en el pecho mientras hacía una pausa antes de comenzar a hablarme. La hermana Aquilina me miró afilada y con envidia, hija, con esa mirada entre esquiva y penetrante, bajo la piel esos humores verdes de la bilis que provoca ese pecado cuyo padecimiento se nota a través de los ojos. Ella tan oscura y tan contrahecha, siempre me había mirado así, pero ese día se le notó mucho más que me odiaba por el simple hecho de ser yo misma. Hizo algún comentario entre dientes, con ese tono de voz siseante que tenía como si fuera el engendro de una culebra viperina con

un ánima del purgatorio, que si mire su merced con lo que nos ha salido la gachupina, que si quién lo iba a decir con lo mosquita muerta que parecía, y que si cómo hemos permitido que esa mujer fornicadora esté en la misma habitación que nosotras mismas, y esbozó una mueca de sonrisa sarcástica. Doña Cristeta, la portera, se había colocado en medio de las dos, parecían tres arpías, ella muy digna, con más colores que el frente de una taberna antes de las pestes. Se ponía ridículamente el copete del pelucón abullonado hacia arriba, dizque para que no pareciese tan baja y rechoncha, e iba soltando talco por todo el convento al caminar a saltitos sobre los escarpines de corcho que iban haciendo un molesto ruido de pedo a cada paso. A esas horas ya iba emperifollada y con sus chiqueadores como si fuese a una verbena en la Alameda, se había puesto hasta perfume de bergamota en las almillas del miriñaque y no paraba de farfullar. La otra, la de Meave, contrastaba a su lado sin una gota de afeite en el cuerpo, oliendo a chotuno y tan machorra, era la peor, la que le explicaba a la madre Cienfuegos el meollo del asunto. La madre superiora, que otrora me había considerado su amiga, se tornó dura y llena de reproches, ni me pidió que me sentase, sino allí mismo de pie comenzó el sermón expiatorio y me demandó una explicación por aquella farsa que las madres agustinas de Cádiz habían desmentido en la misiva que tenía delante *suya*.

Como una vez te dije, Rosario, hay mujeres a las que llamarlas perras es un insulto y una injusticia. Una injusticia para las perras, porque no tienen nada que ver, las perras son nobles, son derechas, fieles, y a quienes les hacen una caricia aunque sea una sola vez, les agradecen hasta con la vida, a esas mujeres habría que llamarlas ratas, o víboras, porque se esconden en la bajeza para atacarte ponzoñosamente cuando menos te lo esperas.

Mucho después me enteré cómo fue la cosa; sucedió de la siguiente manera: José Candelario se había acercado por el Corpus a la capilla del colegio con malas intenciones, había pedido hablar con la de Meave. Él mismo, el muy sinvergüenza, le había contado la realidad de mi vida con pelos y señales, todo el chisme, allí en la sala de visitas, y además le pidió que escribiera al convento de las agustinas de Cádiz, donde las madres le contarían con todo lujo de detalles mi pasado y el de Paca la Bibelota. La

hermana Aquilina lo había escuchado todo junto con la portera, y las tres se pusieron de acuerdo para echarme de allí. En pocos meses tuvo la de Meave el escrito de mis paisanas, las monjas de Cádiz, confirmando lo dicho por mi tío y enseguida fueron a ver a la superiora para que me echase de El Pilar. En ese momento no supe, pero luego comprobé, que José Candelario le había dado una buena suma de dinero a la madre Aquilina para organizar todo aquello y, sobre todo, para que le avisara con un recadero a caballo del día exacto y el momento en que pensaban informar a la madre prefecta, para él estar preparado. Así las cosas, las tres se conchabaron con el viejo para hacerme la jugarreta.

Salí de ese despacho con la cabeza baja, humillada, más hundida que cuando la Pepita Pelillos y la Berrenda me insultaban en el patio de la vecindad. Me agarré las faldas y las almillas para subir por las escalinatas a mis aposentos, cuando me encontré en el rellano con Ernestina, el ama de leche. Se me descaró como una vulgar, como una muerta de hambre *jarta* de pan, con un resentimiento que antes no le había conocido: que si eso me lo hubiera dicho y no le hubiera yo ofrecido mis pechos a su hijo, que es un hijo del pecado, que si de saberlo no hubiera yo estado bajo su techo ni media hora, y que si ahora a quién voy yo a amamantar sin temor a pasarle de su hijo cosas malas, que si yo siempre tuve en mis ubres a niños de razón y de bien, y todos estos años le he estado dando teta a un bastardo, y que si su hijo no es sino un hijo del diablo. Chillaba como loca, como un merolico, me estaba poniendo los humores muy alterados. Me obnubilé, ni lo pensé, solamente quería que se callara, que callara ese torrente de insultos, de vejaciones, ella que venía aún de un lugar más abajo que yo, ella a la que yo había tratado con bondad y generosidad.

Me arrebaté, solté las faldas y le di la bofetada más hermosa que le había dado a alguien en toda mi vida. Era como si se la estuviese dando a las vecindonas cuando me insultaban, a la Pepita Pelillos, como si se la estuviese devolviendo a tu bisabuela la marquesa, a la partera que me quiso hacer abortar, como si las sujetas merecedoras de aquella guantada fuesen la de Meave, la Aquilina, la portera, la Cienfuegos y todas esas mujeres que me habían malmirado a lo largo de mi vida. Me repuse notando que la india se

había callado, se había quedado lívida, mirándome con ojos brillantes de odio, pero se había callado. Refregaba su mano abierta por la mejilla colorada donde yo le había dado la torta, se veía entre asustada y rabiosa. ¡Márchese de aquí, inmediatamente!, le dije, ¡márchese de mi vera, de mis recámaras, que todavía son mías, traidora desagradecida! ¡No quiero volver a verla, bicha inmunda! ¡Y que no la oiga nunca en su sucia vida de alimaña hablar así otra vez de mi hijo! ¡Porque si la oigo o me llega el tufo de que lo ha hecho, yo misma, con estas manos, la voy a tronar a golpes! ¡Pase con la superiora a que le den su mesada y lárguese de aquí! Agarré de nuevo mis almillas y pasé de lado subiendo las escaleras mientras ella ni siquiera se atrevió a seguirme con la mirada y se quedó impávida en la escalinata. Nunca más la volví a ver ni escuché que dijese algo malo de mi hijo, ni volví a saber de ella.

No creas que me siento orgullosa de lo que hice, te lo cuento porque también quiero contarte mis errores, mis maldades. Me desquité con la más débil. Quién sabe para quién hubiera tenido que ser esa bofetada, y sí, quizá se la mereciese, pero se la di a la persona que representaba la menor amenaza para mí, y eso es de cobardes. Era un golpe que venía con años de atraso, que venía de mi niñez, una venganza a destiempo, con quien pude y no con quien tuve que hacerlo. Durante muchos años esa bofetada me dolió más a mí que a ella por el remordimiento con la que la cargué el resto de mi vida, y todavía hoy puedo sentir sus ojos de animal apaleado mirarme en las escaleras, esa bofetada me la di a mí misma. Desde entonces he tratado de reparar mi falta en cada ser desvalido con el que me he ido encontrando que me recordase a ella, en cada desheredado, y he tratado de darles algo de lo que esa pobre india carecía: una mente libre, una vida mejor. Sus prejuicios, como los de todos, la llevaron a insultarme a mí y a mi hijo, a faltarme el respeto, posiblemente para sentirse mejor que nosotros, para defender la única parcela en la que se sentía digna: sus pechos impolutos que alimentaron gentes de razón y gentes cristianas, justo lo que a ella le habían dicho que no era. Porque los curas les repetían a cada momento que no eran seres de razón, y que eran sus juicios y supersticiones tan paganos como ellos. Entendí la humillación que seguramente le suponía haber sido bautizada fuera de la

iglesia, porque me imagino que sabrás que a los indios los bautizaban y los bautizan en las capillas posas en el atrio y no dentro. Como si no fueran personas completas no les permitían entrar en el templo, tenían que escuchar la santa misa desde el pórtico y no desde la nave central donde solamente entramos nosotros, porque se consideran todavía carentes de raciocinio, como si fuesen tan solo animalitos, a pesar de la bula *Sublimi Dei*. Así pude comprender también a aquellos que me fueron agrediendo desde mi niñez; defendían su parcela de dignidad y para eso me pisaban la mía, sin entender que dar dignidad a los demás nos hace más dignos aún a nosotros mismos.

José Candelario hizo bien la labor. Logró que me echasen de El Pilar como a una cualquiera, y como doña Carmen de Larrauri estaba en la Península no tenía a quién recurrir. No sabía qué me depararía la vida en una ciudad en la que ya llevaba varios años, pero que era totalmente desconocida para mí, porque me había pasado todo ese tiempo intramuros de aquel convento.

Un pasado sombrío me perseguía incluso en la Nueva España, un pasado que ni siquiera era el mío, sino el de mi madre. La de Meave se despachó conmigo a gusto, no sé si por envidia y celos o porque nunca la dejé tentarme ni un pelo del cuerpo, que es lo que quería la muy cochina, porque ella, además de manflora, era lasciva y lujuriosa. Si hubiera sido un hombre hubiera sacado mi rabia con un duelo, porque yo estaba muy *enritada* con aquella injusticia; la hubiera retado con un buen florete y se lo hubiera metido entre pecho y espalda. Y si no hubiera tenido la virtud de haber sido educada como una dama esos años y el deber de responder a ese talento que Dios me entregó en El Pilar, hubiera arreglado el asunto como lo arreglaba la Paca con las vencindonas: unos buenos jalones de pelo y tres o cuatro patadas donde más duelen. La hubiera sacado a rastras del despacho de la Cienfuegos por la pelambre y a revolearnos las dos en el patio. De eso tuve ganas pero me refrené, no iba yo a dilapidar lo que la vida me había dado aquellos años, el regalo de mi amiga Carmen, por una insignificante cucaracha como ella.

Los caballeros lo tienen fácil con un duelo, los hombretones se agarran a puñetazos, los gitanos, sus navajas, las mujerzuelas, con un buen revoleo por

el moño, hasta los niños se pegan entre ellos y no pasa nada, pero las damas, hija, las damas estamos en ese limbo donde no podemos defendernos, cuando nos insultaban nos teníamos que hacer las tontas, o guardarla como hacían aquellas pérfidas. Y yo no quería ninguna de las dos cosas. Ahora pienso de manera distinta, porque además de ser una dama he aprendido a ser otras cosas.

Salí del colegio como si fuese una perdida, ¡qué digo yo una perdida!, peor que eso, como si fuera una bandida, una ladrona, un asco, lo peor. La madre superiora, antes de echarme, me preguntó si la señora Carmen de Larrauri tenía que ver con la vil mentira y por descontado que le dije que no, que había sido cosa mía y de nadie más, que ella no sabía nada. No quería meterla en el ajo, aunque estuviera ya de vuelta en España no quería manchar su reputación o arrastrarla con la mía, porque lo que ella hizo lo hizo por ayudarme, sabiendo que las cosas funcionaban de una manera en el mundo y que no había otra forma que aquello que hicimos. Aun así, siempre tuve la sospecha de que las monjas no me creyeron. Tendría que haber sabido yo mucho para hacerme pasar por la viuda de Muñozgorri, y había datos a los que yo nunca hubiera tenido acceso y que era claro que los sabía por Niña Carmen. A pesar de mi humillación, y aunque te parezca paradójico, salí de allí con mi dignidad completa, y eso a muchas las pudre, por eso la de Meave me gritó desde el lateral de la mesa que si era yo una fornicadora y una mala pécora, que me volviese al arroyo de donde vine, y que yo, donde tenía que estar, era en una mancebía y no en El Pilar. Me volví para contestarle con aquella palabra que se tenía merecida, ese nombre que la definía, lo que ella era yo sí lo sabía. Pero me callé y solamente la miré con desprecio. Yo había aprendido allí a ser una dama.

No me quedaban muchas opciones en la Nueva España, había otros lugares para mujeres como yo, tal como me había recalado la madre Aquilina con recochineo en el despacho, pero la sola idea de llegar a San Miguel de Belem me aterraba, y no era por tener que vivir con las prostitutas que iban a regenerarse, que eran las acogidas en aquel lugar, sino porque allí no la dejaban a una tener a los hijos. Hubieran dicho que yo misma, igual que las demás, éramos un peligro a la moral, o quién sabe qué, y me hubieran

arrancado a tu padre, que era todavía muy niño, para darlo proahijado a una familia de bien, a la de Echegaray, y no lo habría vuelto a ver.

Y aunque yo sabía quién estaba detrás de todo este *tinglao* y el porqué de sus acciones, porque mi tío no era de los que se daba por vencido fácilmente y le gustaba quedar por encima como el aceite, comencé a figurarme que no tenía otro destino que el que no había querido ver todos esos años, y el que no había querido aceptar desde que llegué a la Nueva España, y eso me ponía muy triste.

Pensar en casarme con él me daba mucho asco, pero o accedía a lo que él siempre había querido desde que yo era una niña, o me dejaba ir a los bajos fondos para convertirme en una descarriada sin tener dónde caerme muerta, porque, si no, como te dije y quizá me repita porque ya la cabeza de anciana no me da, me tenía que ir a refugiarme a San Miguel y entonces me iban a quitar a mi hijo para dárselo en adopción a alguna familia de postín de esas donde les tocaba una esposa yerma, pero que necesitaban descendencia. Había oído de la señora de Echegaray, y la había visto venir a la misa de vez en cuando fijándose en mi niño. Era fija a la misa cada Domingo de Resurrección, todos los años, y a veces hasta por Navidad y Corpus Christi, porque era de gente allegada a la casa. No solamente parecía una mujer fuera de sus cabales, sino que sabía de muy buena tinta que lo era. Iba siempre con los ojos abiertos como canicas y poco peinada, con ese pelo grosero que tenía. La Paca, si la hubiera visto, hubiese dicho que en la cabeza le habían salido los pelos del papo, tenía mirada de chiflada, y te decía cosas extrañas, sin sentido. Sus palabras iban seguidas de largos espacios de silencio en los que te miraba fijamente, o intercalaba expresiones abruptas, movimientos cortos y rudos, para luego echar a reír como una loca y cambiar de tema mientras se acariciaba con la mano algún mechón de pelo hispido y desaliñado. Entre pausa y pausa se quedaba obnubilada o se carcajeaba sin motivo aparente, con la mirada perdida. Observaba a mi hijo Sebastián como un ave de rapiña, se veía que anhelaba un heredero. Era de una familia dizque principal de la colonia, se había quedado huera como los huevos sin galladura, porque ya se había casado siendo una quedada, y más gallina vieja de caldo que pollita de asadero. Me contó una interna que decían los galenos

que estaba seca por dentro. Buscaba como alma en pena un primogénito porque la familia del marido no estaba nada contenta con ella, y tenía miedo a que el hombre se echase una querida que le diera lo que ella no le daba, una casa chica. Mi hijo, por ser rubito y peninsular, era todo lo que estas señoras copetonas codiciaban. Me vino a decir todo esto la Cienfuegos cuando estaba empacando mis cosas: que si entrégueles a su hijo y le daré una carta de recomendación para otro tipo de beaterío, que si fuera una madre como Dios manda le daría su hijo a una mujer decente, con medios y posición, y se iría a recogerse a San Miguel de Belem o a otro lugar así, donde van las de su clase, que ya bastante daño le hace a la criatura con tenerlo sin un padre a su lado, ¡menudo ejemplo!

Me hubiera gustado patear a la monja, agarrarla y arrastrarnos por todo el atrio como dos ordinarias, gritarle que a mi niño no lo mentara, haberle arrancado la cofia y por los pocos pelos que le quedaban revolearla, como le había hecho mi madre a la tía Genoveva cuando arremetió contra mí. Sin embargo, me callé, sabía bien el poder que tenían esas mujeres y, si me quitaban al niño, yo me moría. Me acordé de los cachorrillos de la *Leona*, de cómo se los arrebataron los dominicos para hacer un puchero que curase al prior, así es la Iglesia, así son los conventos, disponen hasta de los hijos de la gente, según ellos por su propio bien, por mandato divino. Te los quitan para dárselos a gente avenida en legítimo matrimonio, a gente de poder y a una la dejan tirada. La vida me estaba acorralando, Rosario, y la única solución que veía era una.

Comencé a llorar mientras hacía los baúles. Las monjas me dieron hasta el día siguiente para que saliese de allí, hija, no lloraba por tener que irme del lugar, porque yo sabía que nada está garantizado en este mundo de por vida, lo único cierto es que nos vamos a morir, y tarde o temprano tendría yo que salirme del Colegio del Pilar. Lloraba por la decepción, por la amargura de descubrir lo falso de esas amistades, de esa gente que unas horas antes me adoraban y me brindaban su eterna amistad.

Mientras lloraba y empacaba mis cosas, había abierto mis balcones porque hacía calor y estaba sofocada en el cuarto, estábamos solas la *Leona* y yo. Mi única amiga. Iba doblando los vestidos para meterlos en el baúl y en eso que

escucho por el balcón abierto el sonido de una guitarra andaluza. Me vino como agua de mayo. Se conocía que en la taberna de la calle Cordobanes un paisano estaba tocando. Sentí que desde algún lugar muy principal del cielo habían mandado a tocar esa copla claramente para mí. Que Juanita, mi ángel de la guarda, le había susurrado al oído a un cantaor emigrado que cogiese el camino *pa* la calle de Cordobanes, que entrase en aquel lugar y se colocase frente al balcón de par en par del piso alto, porque allí había una paisana suya que echaba en falta su tierra, a su *mare* de su alma y a su Virgen del Rosario.

Sentí que ese ángel lo había imbuido de nostalgia y lo había puesto a tocar con el sombrerete en el suelo *pa* que le echasen sus cuartos. Me asomé y allí lo vi tal cual, era un joven barbudo y bien parecido, de aspecto muy cordobés. Unos parroquianos que tomaban sus jarras de pulque le tiraron una moneda, y más adelante una joven y su dueña, que cruzaban la calle de camino a misa a la Profesa, con sus velos, el misal y el rosario, se pararon unos segundos a escucharlo y también le dieron algo.

Respiré hondo el aire tibio que subía a mi balcón atiborrado de rasgueos y acordes, y me dije: Gregoria, tú no tienes razón ninguna para tener penas, llevando dentro de ti a esa tierra y a esa raza, mientras ese sonido de guitarra sea capaz de ponerte la carne de gallina y mientras ese mar de Cádiz riegue tus venas no existe *duquela* alguna capaz de nublarle el alma. Y me metí *p'adentro* dejando el balcón abierto, entré al cuarto con la misma cadencia con la que la Paca entraba al tablao de la taberna del Bizco, ese talante que había visto tantas veces cuando furtivamente mis hermanos y yo nos escondíamos en la última fila del corral a verla bailar. Eso, sin saberlo hasta ese día, era lo que yo llevaba en las venas. Y para darme cuenta me había tenido que ir al otro pico del mundo. Por mi sangre no iba la putería como decía la Pepa Pelillos, ni el pecado como me recriminaban las monjas, ni la sangre de un prófugo irlandés como decía la Genoveva, por mi sangre iba, junto a la estirpe de mi madre y a su valentía con la vida, todo el temple y el arranque de mi Andalucía evocada, de aquellas antiguas tierras que mandaban a Roma emperadores cuando el resto de Europa mandaba tributos. Yo no me avergonzaba de ser hija de varias razas, de que sangres distintas corriesen por mis venas. Y como un toro negro saqué la casta que llevaba

dentro, esa casta de tantos siglos, y me arranqué contra el capote a jugarme la vida y la muerte. Que a mí no me sobajaba un grupo de beatas alcahuetas y pretenciosas, aburridas entre los muros de un convento. Como las Dolorosas rebeldes que, en mi tierra, por Semana Santa, bailan bajo palio de seda arrollando las penas y el martirio que Trento nos quiso imponer, hice de tripas corazón y me levanté a bailar las mías. Que si yo me tenía que ir por las calles de esa ciudad nueva para sacar adelante a mi hijo de la misma manera que la Paca se iba a los puertos, me iría, que ya sabía yo por experiencia propia que Dios aprieta pero no ahoga, y esas mujeres de mala entraña no me iban a quitar a mí, con intrigas y con chismes, la dignidad.

SOBRE UNA PROPUESTA

Para mi desgracia, no seguí los pasos de mi madre. Si hubiera hecho eso, me hubiese vendido solamente por las noches, por un rato o por dos, por un tiempo establecido de mis horas. Pero al hacer lo que hice, me fue peor, porque me vendí de por vida: me casé con José Candelario.

Al día siguiente de todo el jaleo que parecía un baile de mitote, porque todas entraban y salían del despacho de la madre prefecta y se cruzaban entre sí sin orden ni concierto, él llegó a por mí en un carruaje elegantísimo de los de la hacienda del cuñado de Niña Carmen. Por la mañana no me permitieron asistir a misa ni cantar las laudes con las demás porque no era decoroso, según me dijo la hermana Gertrudis, con la que me mandaron recado. Permanecí encerrada en mi cuarto con las cosas empacadas hasta que me avisaron de que llegó mi tío. Luego supe que él había dado aviso a las monjas con un correo que vendría a por mí después de que la hermana Aquilina lo tuviera al tanto. Yo lo esperaba desde la madrugada, ya me habían avisado la noche anterior que vendría a hacerse cargo. En aquel momento yo no sabía que él era el que estaba detrás de todo aquello, si lo hubiera sabido lo hubiera mandado a tomar viento fresco como hice cuando llegué a la Ciudad de Méjico por primera vez. Me había pasado toda la noche haciendo examen de conciencia: si por mi tozudez no me casaba con él y no tenía adónde ir, me iban a enviar a San Miguel de Belem y me iban a quitar al niño para dárselo a esa loca *perdía* de la de Echegaray. Me atormentaba pensando en aquella

vejeta de mirada elucubrada, con sus desplantes de lunática, y en lo desgraciado que podía hacer al niño viviendo con ella. ¡Si Dios no le daba hijos a esa chirola era por algo! Y por mucho asco que me daba ser la esposa de mi tío, por mucho que despreciase a José Candelario por lo que me hizo desde Cádiz, por su engaño, en aquellos momentos, como madre, antes que tomar cualquier decisión pensé sobre todo en mi hijo, y no tuve más remedio que tragarme mi orgullo, aun sabiendo lo que vendría. Esa mañana después de que me subiese a su carruaje con mis baúles, mi perra y mi hijo, hice de tripas corazón y me dispuse a hipotecarme para siempre, con tal de que el niño no se separase de mí.

Estaba ya desesperándome en mi recámara cuando tocaron la puerta con los nudillos. Ese día me había vestido a toda gala, no quería salir de allí como una menesterosa. Me había puesto unos buenos zarcillos de perlas, una medalla de la Virgen del Carmen de oro de ley y un rebozo de ataujía pálido sobre mi vestido azul claro de seda. Corrí a descerrar el cerrojo y la madre superiora apareció en la puerta. Dejó pasar a mi tío, que entró pavoneándose, quién lo hubiera visto y quién lo veía entonces. Los caudales del cuñado de doña Carmen se veía que entraban a base de bien en sus arcas, porque no le faltaba un perejil. Con la levita gris plumizo de terciopelo y el pelucón de cola de caballo, harta puñeta y harto boato, quería impresionarnos a las monjas y a mí. Se daba unos aires de caballero, pero a mí no me la pegaba tan fácilmente, pues sabía muy bien de dónde venía y quién era. Llegó con dos mancebillos a los que les daba órdenes con unas ínfulas como si fuera el mismo virrey. Ellos se encargaron de cargar mis arcones escaleras abajo y el resto de los enseres que tenía allí. La madre superiora había entrado tras él seguida de la hermana Aquilina, que iba detrás dándole coba y oliéndole los *peos*: que si reverenda madre tenga cuidado con el escalón, que si siéntese aquí su maternidad reverendísima, y otros cuchicheos siseantes que más bien parecían el sonido que hace una víbora con su lengua que el que debería hacer una esposa de Cristo como Dios manda. Tan pronto como estuvieron los tres en la recámara, sin mediar palabra, José Candelario sacó un talego con monedas de la faltriquera que llevaba bajo la casaca y se lo tendió a la madre Cienfuegos alzando la voz pomposa: que si por cualquier gasto que le

haya provocado mi sobrina, madre perfecta, y que si afortunadamente todavía hay cosas que se solucionan con dinero. La Cienfuegos le repuso que no lo necesitaba, que ya estaba mi dote suficientemente cubierta por doña Carmen de Larrauri, aunque tendrían que escribirle para ponerla al tanto de los embustes que acababan de descubrir, y apenas fue a decir otras cosas cuando mi tío no la dejó terminar y mirando a la Aquilina habló con ironía: que si entonces úselo su reverenda maternidad para dotar a alguna monja coadjutora que quiera ser de coro y no criada de las demás, como su reverenda maternidad sabe, debe de haber varias deseando una dote en esta casa. Y diciendo aquello dejó caer el talego a los pies de las dos monjas. Los doblones de oro rodaron por el suelo de la recámara de un lado a otro provocando un tintineo ruidoso y largo. La Cienfuegos permaneció más tiesa que un ajoporro, no quiso ni moverse, pero la vi cómo barrió de reojo la habitación tratando de ponderar la suma esparcida, luego se compuso y miró fijamente a la Aquilina. Esta no tuvo más remedio que agacharse al suelo toda contrahecha y comenzar a recoger las monedas que habían rodado por doquier, que hasta debajo de los muebles habían ido a parar. Se arrastró como la sabandija que era en el polvo del suelo, pues aquellas monedas eran todo lo que ella ansiaba para convertirse en monja de coro.

José Candelario tomó a tu padre del brazo y este hizo amago de llorar; apenas lo había tratado en los últimos años y no se conocían bien el uno al otro. Yo le agarré de la otra y el niño ya se quedó tranquilo, cogí a la *Leona* por la carranca, me coloqué bien el rebozo con un prendedor y salí delante de ellos mientras uno de los jóvenes regresaba a cargar cuidadosamente la capillita itinerante de la Virgen de Guadalupe que me regaló Niña Carmen y me llevaba conmigo. Dejaba atrás a la hermana Aquilina buscando doblones, tirada y gateando en el mismo suelo que antes yo había pisado.

Cuando bajé las escalinatas del atrio sentí el silencio cortarse tan solo con las pisadas de mis propios chapines altos de cordones. Me habían tratado como si estuviese muerta: todas las señoras se habían metido en sus dependencias. A pesar de ser la hora de asueto, en la que era normal encontrarse todas en los patios o en el huerto, sentarse a leer bajo los arcos o pasear entre las veredas de setos: se habían escondido de mí. Otra vez, como

me sucedió en Cádiz de pequeña, se apartaron como si una maligna enfermedad se les fuera a contagiar por mirarme, por decirme adiós, por acercar sus dignas mejillas a las mías en un amago de beso, como si las mías valiesen menos, dándoselas de pías y de santurronas. Así estaba bien, ellas no eran mis amigas, nunca lo fueron, se dejaron obnubilar por mi cabello rubio, por mis delicados modales, mis ojos azules y mis vestidos de Europa, por ser yo peninsular, pero lo que es a mí, no me estimaban, estimaban solamente aquellas superficialidades. Eran unas frívolas de las peores, que son las que piensan que no lo son porque se dedican al rezo y a la obra santa. Eran unas falsas que nunca habían sido mis amigas, mi única amiga hasta entonces, quitando a Niña Carmen, que fue más una hermana para mí, venía, a cuatro patas, caminando a mi vera.

En el portón de El Pilar esperaba el carruaje. Era de un acharolado negro muy hermoso, con faroles de plata y los escudos de la familia política de Niña Carmen. Se veía que era de los de la hacienda que ella había usado cuando vivía en la Nueva España. Respiré aliviada. Me había imaginado saliendo en alpargatas con mi niño en brazos, hundida y pisada.

Rosario, la gente es muy mala, y cuando a una le van las cosas mal, solamente se queda contenta cuando te ven por la calle en zapatillas pidiendo limosna. Me alegró no darles ese gusto. Cuando volví la vista atrás, pude ver a un corrillo de mujeres alrededor del balcón que daba a las recámaras de la de Meave. Escudadas en los visillos de la ventana, miraban felices cómo me iba, aunque no les importara si tuviese o no adónde. Luego recapacité que esas cosas sobran en la vida, hija, porque si no hubiese tenido yo la fortuna de que el destino le hubiera dado a mi tío aquel empeño en San Gabriel, si no hubiera yo tenido la suerte de tener un tío en la Nueva España, que disponía de una estufa de semejante categoría, y hubiese tenido que salir sola con mi hijo y la *Leona*, en alpargatas o lo que fuera, si no hubiera tenido mis buenas prendas que lucir y hubiese tenido que ir como cuando me perdí por la ciudad en medio de los chaparrones años atrás, habría sido lo mismo. Porque nadie absolutamente me hubiera podido quitar mi dignidad, como te tengo dicho. Esa me la gané. Y yo, Gregoria Salazar, después de casi cinco años, con carruaje o sin él, con lacayos o sin ellos, con seda o en tela de manta, salía

por las puertas de El Pilar como lo que era: una señora.

En el transcurso del viaje, José Candelario se mostró comprensivo conmigo: que si las monjas son unas fariseas, unas hipócritas pasteleras, que no tenía yo que hacerles caso y que no era menester criar al niño entre ellas pues pronto se lo iban a llevar a algún colegio de curas. Me daba por mi lado débil, sabía que cualquier argumento sobre mi niño me ganaba. Tardamos varios días en llegar a la hacienda y en ese momento había algo que no encajaba, pero yo no acertaba a ver con claridad. Si el viaje desde la cuenca del Papaloapan era tan largo y apenas el día anterior me habían puesto la cara colorada para echarme de El Pilar, ¿cómo es que José Candelario llegó en tan poco tiempo a por mí?

Él me lo justificó como que casualmente estaba en la ciudad por negocios del azúcar. Me dijo que había venido a ver lo del quinto real con los funcionarios del virrey. Yo lo creí, no tenía en ese momento motivo para no hacerlo. Te acuerdas que te conté que después supe que aquel tinglado lo había montado él, y ya tenían previsto la monja a la que sobornó, las otras dos y él mismo hasta cuál iba a ser la fecha donde todo iba a suceder para venir a recogerme. Mientras pasaban todos aquellos días de bonanza, meses atrás, una trama de malaje se había ido tejiendo bajo mis pies y me hicieron caer en ella. El motivo era uno solo. El de siempre, estaba obsesionado conmigo, lo estaba desde que era una mocita, así me lo confesó, toda su ofuscación en la vida era una sola, uno solo su deseo, que yo, Gregoria, la hija de Paquita, su hermana, me convirtiese en su esposa ante Dios y ante los hombres.

Cuando me propuso matrimonio en el carruaje íbamos llegando a la Puebla de los Ángeles adonde hicimos pie, la noche anterior nos habíamos quedado en Riofrío, en un mesón donde él se quedó con un tabuco dormitando en una poltrona frente al jergón de paja donde me dormí con el niño. Me dijo que la zona era peligrosa y que había que hacer vigilancia en la noche por lo que pudiera pasar. Allí me tiró unas indirectas: que si Gregoria, tú lo que necesitas es un hombre a tu lado, que si un hombre como yo que te quiera, y que no le importa que te hayan deshonrado ya, que si Gregoria, piensa en tu niño y piensa en ti. Yo me hice la tonta, aparenté que el cansancio me vencía

y cerré los ojos. Al día siguiente, en medio del traqueteo del camino, ya no me pude librar de la propuesta. Sigilosamente, buscó el momento, cuando la jornada se acababa y el agotamiento del segundo día de viaje me cayó encima. Me lo pidió casi con dulzura, pretendida, claro, con esa voz y esos ojos húmedos que de seguro se provocó él mismo refregándose los puños para que pareciesen teñidos de emoción, como lo vi hacerse otras veces. Le dije que sí, eso ya lo tenía decidido, le di un sí rotundo. Sin condiciones, sin peros, yo no estaba en posición de negociar.

Al día siguiente de llegar a Puebla fuimos al mercado y allí él trataba de consentirme lo que quiso y más. Me quería comprar prendas buenas, mantoncillos, encajes y telas de la China, pero yo no consentí en nada. Y él bien que me decía: que si Gregoria, déjame darte gusto; Gregoria, esto y lo otro. Más adelante entramos en un bazar y se empeñó en comprarle juguetes a tu padre. Salimos de allí con un caballo balancín de madera, hermoso, a mi niño le cambió la cara cuando lo vio, el pobrecito, que estaba molesto y cansado del viaje y ni quería comer, se puso de buenísimo humor cuando vio que el caballo se venía con nosotros; envuelto en jerga de saco y con cuerdas lo ataron los mozos sobre los arcones que iban en la parte trasera del carruaje. A los varios días, ya en Veracruz volvió a insistir en un almacén de géneros. Sabía que los paños eran mi debilidad y que, de todo lo que venía en la nao desde la China hasta Cádiz, algo siempre se quedaba en Puebla y en Veracruz, habían recién abierto unas pacas llenas de yardas de seda de Shantung de estraperlo, me pidió por favor que escogiese una y ya por no escucharlo tomé la que más me gustaba; enseguida sacó la faltriquera con los reales y soltó el *parné*. Luego me trajo unos hilos de perlas y un potecito de madera con perfume de sauco, quería camelarme a como diese lugar. Al niño le compró gollorías y guzgueras de caramelo en tales cantidades que pensé que se iba a empachar de tanto dulce que comió en el viaje.

Llegamos a la hacienda a los dos días, fue un viaje largo e incómodo a pesar de las paradas que hicimos. Entré en San Gabriel anocheciendo y no vi nada más que las teas ardientes con las que nos recibieron algunos esclavos en las crestas de las colinas para guiarnos y el casco del caserón recortado en el negro del cielo cuajado de luceros. En medio del sonido de las chicharras y

los sapos me bajé del carruaje, una india me ayudó y me guio hasta una casita de adobe de aspecto acogedor, y directos nos fuimos a dormir, él me dejó la recámara de la casita toda para mí y para Sebastián; quién sabe dónde se instaló él. Al día siguiente se tenía que regresar con el embarque de azúcar otra vez al puerto y me dejaría unos días allí sola. A partir de entonces lo mejor era que me acostumbrase a aquello, que iba a ser mi hogar por el resto de mi vida.

DE SAN GABRIEL DEL PAPALOAPAN

Dizque Gabriel era el arcángel que con una espada flamígera cuidó el árbol de la vida en el Edén para que nadie se acercara, ya que Adán y Eva fueron expulsados. Por eso aquella hacienda paradisiaca en medio de cerros verdes fue llamada por su primer encomendero San Gabriel del Paraíso, por asemejarse tanto a esa imagen idealizada que tenemos los hombres del Edén. Era una hacienda regada por el río Papaloapan, llena de ceibas, flamboyanes y pirules, de enormes helechos, verdes palmas y frutales exóticos, surcada de lomas donde las nubes tocaban el suelo para cargar agua. El término había sido entregado en encomienda a un gentilhombre principal de Toledo que en siglo XVI vino a la Nueva España junto con un virrey. El hidalgo tomó la salvaguarda de los indios que allí moraban, que no eran pocos en aquel entonces, y todavía en la capilla estaba la lápida con su nombre, y me imagino que seguirá aún: el fijodalgo Juan Bautista de Santamaría y Carranza, guardando acaso sus huesos o lo que quede de ellos, pues es el clima allí húmedo y caluroso, y corroe hasta lo más noble. En las escrituras que un día llegué a tener en mis manos encontré que pasó por tres encomenderos más, de los que no se sabe mucho, hasta que revirtió a la corona y el virrey Ahumada se las entregó a Niña Carmen en permuta de unos desembolsos y pagarés que se debían a su difunto.

En aquellos primeros años del hidalgo toledano, no era la caña lo que se cultivaba en San Gabriel, sino que los terruños eran en su mayoría salvajes y

con cultivos de subsistencia para los indígenas cuyas almas le fueron confiadas a este primer encomendero, que había mandado traer ganado de Europa, reses bovinas y reses vacunas de Flandes, porque el pasto del lugar es tan bueno que los animales doblan la producción de leche, lana y carne, al igual que los árboles crecen tan rápido que hasta escucha uno el crujir de sus ramas, cómo se estiran de noche, si se pega el oído a su corteza. Para cuando llegamos nosotros las pocas reses que quedaban en aquellas tierras eran de mero yantar de los locales, y en su mayoría eran reses porcinas, aunque se habían perpetuado las vacas holandesas porque los indios del lugar las habían ido criando de generación en generación, pero las hectáreas ya se habían plantado de norte a sur de caña criolla traída de las islas Canarias.

Ya estando yo allí, a pesar de haber sido abolidas las encomiendas unos años antes, San Gabriel seguía, en muchas cosas, fungiendo como tal. *Cienes* de cautivos africanos se afanaban de sol a sol bajo las órdenes de los caporales, tres ingenios se alineaban a lo largo de un acueducto que traía el agua del río para los destiles y trapiches, y casi centenar y medio de animales de tiro, entre mulas y otros tantos bueyes, llevaban a lomos y en carretas las cañas de la plantación a los molinos sin perder tiempo alguno, para que no se nos agriara la producción y se echase a perder.

Las labores de la zafra estaban divididas en castas y ningún pelaje se metía en el menester de otro así por las buenas. Allí, en el molino, los indios y los mestizos, que eran flojos para el trabajo de cosecha y plantación, sacaban la melcocha y la ponían en unas prensas cilíndricas que hacían girar los negros a golpe de brazo, ya que tenían más fortaleza que aquellos para el trabajo duro. Más adelante pudimos remozar las prensas y hacerlas de tracción animal y esto lo llevé a cabo yo, Rosario, yo misma, una mujer, casi más que tres doblando la producción y llenando las arcas de San Gabriel como nunca se hubieron llenado.

De esta melcocha sacábamos los trozos de piloncillo que se hacían en moldes de madera, para así lograr el azúcar de melaza que, una vez refinada, se enviaba a la Península desde el puerto de Veracruz. Con la escoria y la panocha que quedaba y el sobrante de la caña producíamos el ron, los alcoholes y los aguardientes en unos alambiques que día y noche destilaban

en los ingenios la bebida que almacenábamos en barricas de roble y se estibaban en las bodegas de los galeones para llevarla también a Cádiz, donde la Casa de Contratación fiscalizaría su entrada y aplicaría las almonedas y los aranceles reales que tan contento con nosotros tenían a su católica majestad, pues no en vano le llegaban buenos cuartos a Carlos III de San Gabriel. En alta estima nos tenía por eso. Si hubiera sabido el rey quién era yo, ni se hubiera atrevido a darnos el título del que ahora goza tu padre, cuando yo desde este barco, a pesar de mis achaques de anciana, me estoy dedicando a hacerle la vida más imposible que si todo un ejército lo estuviese acosando.

Vivir allí no fue fácil para mí, muchas veces me sentía atrapada en aquellas tierras, me ahogaba todo ese verdor que en un principio me había camelado. Y aunque me curtí a base de vivir con el viejo, yo seguía teniendo mi corazón, mis anhelos, y no me había dado por vencida en que algún día me encontraría de nuevo con Sebastián, aunque eso me hiciese una mujer adúltera, aunque me costase la vida y solamente fuese para que él me hiciera los reproches a los que tendría todo el derecho. Cuando me sentía presa en San Gabriel me montaba en mi yegua con la única intención de desfogarme a galope por aquellos alcores, no me daba miedo descalabrarme por algún barranco o romperme la cabeza contra cualquier árbol, porque en el fondo esa hubiera sido una buena escapatoria de un lugar donde yo no le veía por dónde salir.

Galopaba por horas sabiendo que tendría que volver antes del atardecer a la casa, me paraba en un cerro desde donde se veía el río y desmontaba. Dejaba a la torda amarrada a algún matorral o pisaba las riendas con un pedrusco y me tumbaba en la sombra de una ceiba de las que allí había a soñar el desmayo de la tarde. Los pericos que armaban escándalo en las ramas más altas robaban toda mi atención, los veía volar libres y soñaba en poder algún día escapar como ellos. Los comparaba con aquellos que en la villa colgaban de sus jaulas en los zaguanes de los almacenes de abarrotes, o en los patios y las marquesinas de los criollos. Varias veces José Candelario los había traído en una jaula de alambre porque las de madera no servían, para él eran un trofeo caro porque la mayoría se mandaba a la Península donde se pagaban muy bien. Se los traía a Sebastián como juguete. El niño los miraba y jugaba

con ellos con cuidado de que no le picaran hasta que lo invadía el tedio que le provocaba cualquier cosa que no fuera una novedad, y la jaula terminaba aburrida, colgada de alguno de los arcos de piedra del saledizo de la estancia grande de la hacienda. Yo, invariablemente, cuando el viejo no estaba cerca, y ya que les habían crecido las alas, les abría la portezuela y los dejaba ir libres. Era uno de mis mayores placeres en San Gabriel, dar libertad a las guacamayas presas.

Permanecía sentada en la mecedora con mi bordado sobre el abultado miriñaque que me hacía sudar la gota gorda a esas horas de la tarde, cuando nadie que se preciase de bien y de decente pasaría despierto la hora de la siesta. Las miraba tomar consciencia de la libertad, de ese libre albedrío del que habla Rousseau y que me habían enseñado en El Pilar en las mañanas de filosofía, darse cuenta de que las puertas estaban abiertas para ellas. Me provocaba entre celos malos y celos buenos *el pensar de que yo*, en cambio, no tenía ninguna puerta abierta y como una carcelera clemente las espantaba un poco para que se apresurasen a salir antes de que llegase el viejo para impedirlo. Nunca pude asegurarme si de verdad las criaturitas de Dios tenían esa consciencia de libertad o era el instinto lo que las llevaba a escapar. Lo más que veía era que con su pico negro y fuerte se descolgaban hasta la abertura, sacaban una pata con la que se prendían de la jaula por fuera y torpemente alcanzaban a salir de su cárcel tirándose al suelo. No tenían necesidad de comprobar que las plumas habían crecido; sin pensarlo, entre asustadas y felices aleteaban con todas sus fuerzas y levantaban el vuelo por entre los arcos de la marquesina hasta alcanzar el árbol más cercano y allí se perdían. Lo más hermoso era verlas cambiar la torpeza con la que se movían en la jaula por ese vuelo fuerte y sabio, emprender un viaje nuevo, extraviarse la vista en el cielo azul del trópico para tratar de distinguirlas en su huida rojiazul.

Mi niño ni se daba cuenta de que el perico o la guacamaya en turno ya no estaba, se estaba criando tan consentido por José Candelario, al que él veía como el padre que no era, que le sobraba de todo menos buenos ejemplos. Ni una sola vez preguntó por algún pájaro, era mi tío el que no entendía qué pasaba con las aves y juraba que algún sirviente se las robaba para venderlas

en la villa, amenazando en voz alta por toda la casa que el día que cogiese al ladrón le cortarían una mano.

Una de esas veces en las que, cuando nadie me veía, yo daba libertad a las aves, me percaté ya tarde de que María la Mulata había estado a la mira de todo. Había salido a la galería a regar las macetas de helechos con una cubeta cuando me vio abrir la jaula y llevar a cabo mi faena con toda ceremonia: dejar el bordado con las iniciales a medio coser, sacudirme las crinolinas y levantarme de la mecedora sigilosa como un tlacuache, pararme al lado del jaulón que pendía de una cadena del arco y abrir la puerta mirando a mi alrededor con cautela, retroceder mis pasos marcha atrás y sentarme de nuevo a observar cómo ganaban su libertad mientras me mecía como si tal cosa, sacaba el abanico y lo agitaba como ellas agitaban sus alas, para decirles en ese lenguaje oculto que se marchasen a toda prisa. Esa vez en la que la negra me vio eran dos guacamayas azules que habían traído meses atrás de la Huasteca o quién sabe de dónde.

Cuando me di cuenta de que María me había visto fue demasiado tarde para volver a cerrar la puerta y disimular que no era yo la causa de que aquellos pájaros durasen en la casa lo que duraba la risa de un loco. Ella estaba parada, de pie, con la cubeta de madera vacía entre los macetones, mirándome sin creer lo que veía, y yo sentada, balanceándome, y con un vaivén nervioso de mi abanico de Cochinina, como si estuviese esperando galán en una merienda. La mulata me miró angustiada, tuve la sensación de que me reprochaba que les diese yo a las aves la suerte que debieran correr los hombres: San Gabriel era un nido de prisioneros, ella misma era una de ellos. No supe qué decirle, ni sentí la necesidad de decir nada, nuestras miradas se cruzaron y María entendió que yo estaba allí tan cautiva como ella. A punto estaba de darse la media vuelta por el portalón cuando hablé hacia donde estaba: no le diga nada al niño, María, y menos al padre. La negra no hizo nada, se quedó quieta, la sentí suspirar, y pronunció un «descuide, señora» con ese suspiro. Se regresó con la cubeta vacía por donde vino.

Yo me sentía una guacamaya, un pájaro con bonito plumaje del que mi tío se había encaprichado desde hacía años. Por eso me había encerrado allí, para su deleite, para su egoísmo, porque él nunca se ponía en el pellejo de uno, en

el de nadie sino en el suyo mismo. Era por eso que me iba a galope, a tumbarme bajo las ceibas de los cerros a verlas en libertad, armando jaleo en las copas de los árboles como las arrabaleras de Cádiz, gritándose unas a otras, porfiando el mejor sitio de la rama, o por picotear la fruta más gorda, volando con sus largas colas extendidas sin más preocupación que eso, que volar. Soñaba con ser como una de ellas, como ahora sueño en ser gaviota y salir de este galeón y de esta vida para reunirme con tu abuelo en el más allá.

Otras veces, cuando no me daba el tiempo para ir hasta la ceiba de aquella loma, me sentaba en la arcada a bordar, dejaba la labor a un lado y dormitando pensaba que era un grano de azúcar, un diminuto grano de azúcar que en aquellos costales pasaba inadvertido para José Candelario entre los miles de millares. Y que en aquellos fardos me iba río abajo para embarcarme clandestinamente en el puerto, escondida en la bodega de una nao llegaba hasta Cádiz, donde la Paca me volvía a abrazar de nuevo, sentía su olor a limpia desde mi quimera, al jabón amarillo que ella misma hacía, como si estuviera allí mismito, frente a la mecedora, olía la yerbabuena del patio, y regresaba con ella de la mano a la Caleta, y luego a los brazos de Sebastián, me tumbaba sobre los montículos de redes húmedas de la orilla, y volvía a percibir el levante pegarme en la cara, la dama de noche, mientras el rumor de una caracola pegada a mi oído me iba arrullando hasta que me quedaba dormida. Luego me despertaba sola, sudando bajo la arcada, con las almillas y las sienes húmedas, lista para entrar en casa antes de que llegase la hora de los mosquitos. A pesar de eso yo prefería dormir en la loma y que me picasen en el camino de vuelta, aunque en mi despertar tuviese que subirme rápida y de lado a la torda para no arrugarme el polisón, engancharme la pierna derecha en las cornetas y pasar la izquierda por el estribo mientras el noble animal me esperaba con paciencia, y a galope volver a San Gabriel antes de que mi tío me echase en falta y me diera *pal* pelo, o peor aún, aquello le diese pie a obligarme en la noche denigrándome y afirmando que, como mi madre, me había ido por ahí a buscar hombres como una zorra, por cualquier lado.

Cuando llegamos por primera vez a San Gabriel, el casco de la hacienda estaba parcialmente derruido, cincuenta años atrás un incendio había acabado

con la casa de cantera y ladrillo. Tan solo los ingenios y el acueducto estaban bien mantenidos, al fondo del valle, a través de una vereda se llegaba al poblado con las casas de adobe de los caporales y a lo lejos, pasado el acueducto y los trapiches, los barracones de madera donde dormían los esclavos. Al principio nos instalamos en una casita provisional que José Candelario había mandado construir cuando llegó de encargado, no era muy grande pero en comparación con los cuartuchos de Cádiz y mis alcobillas en El Pilar estaba de lo mejor, tenía tres recámaras y una estancia principal con una chimenea que también era cocina.

Mi tío enseguida buscó una nodriza para que amamantara a Sebastián, y así fue como llegó la Mulata a nuestras vidas, porque, aunque el niño comía otras cosas, él consideró sin pedirme parecer alguno que esa era la mejor forma de hacerlo crecer robusto: a base de tetas y *poleás*, decía con su vozarrón impostado, tratando de parecer más hombre de lo que era, si es que sabía de verdad lo que era ser un hombre. José Candelario opinaba que la leche de negra era lo mejor para hacer crecer a un niño sano, así decía que había visto en Cádiz, y contaba de alguien que yo ni conocía, ni recordaba, que dizque era hijo de una familia principal de allá, que fue alimentado con las ubres de dos esclavas negras que trajeron a Cádiz desde Gibraleón, allá por Huelva, donde se decía que había bastante esclavo doméstico. Y queriendo emular a los ricos de la Península se consiguió a la mulata para que nosotros viviésemos como ellos; era todo lo que le preocupaba, vivir como los ricos de la Península. Yo no supe en aquel entonces lo importante que sería ella en mi libertad, ni que al igual que le hice yo a las guacamayas, ella abriría algún día la puerta de mi jaula de una manera u otra.

La Mulata dormía en una construcción adyacente con Sebastián, era una pequeña estancia ventilada y con luz, donde el niño tenía su cuarto y sus chismes, se comunicaba por el muro con la cocina, a través de un arco que tenía su propia puerta de roble, y además tenía otra entrada independiente desde fuera y su buena ventana de reja. Le colocamos un jergón en el pasillito que unía las dos construcciones, así podía ella entrar y salir para hacer sus menesteres a la vez que atender al niño a cualquier hora del día o de la noche. Se acostumbró bien a aquellas tierras, mejor que nosotros. Antes había vivido

con el mandinga con el que se amancebó y sus tres niños en una aldea de esclavos cerca de Cuetzalan, allá por el bosque de niebla. Trabajaban todos, chicos y grandes, en los cafetales de la sierra de un encomendero novohispano que comenzó el negocio del café. Sus hijos y el mandinga se murieron en una epidemia de viruela que varios años antes azotó aquel lugar, diezmando la población, y el encomendero vendió a los esclavos supervivientes dejando la finca abandonada. Ella, desde entonces, no había estado sino criando hijos ajenos de familias principales de Alvarado, pues le quedaron los pechos llenos por estar dándole de mamar al hijo menor, de casi seis años, cuando este se le murió en los brazos. La mandó traer José Candelario al día siguiente de llegar nosotros, no sé cómo supo de ella, pero pagó mucho a la familia que la poseía por quedársela y lo repetía *a cada que podía*, echándolo en cara, que si lo importante que era para él la crianza de Sebastián y que si lo otro, que si yo no me daba cuenta de la suerte nuestra al caer con él, y que si lo que él quería era que mamara buena leche para que el día de mañana fuese más que nosotros, un señorito de postín. Y lo consiguió, sí, lo consiguió, no sé si a base de la leche de la negra o por las ideas que de siempre le metió en la cabeza y todo lo que robó para dejarle en herencia a tu padre. El caso es que la colocó al lado, con el niño en su alcobilla, para que no le faltara a ninguna hora su amamante.

La recuerdo siempre fiel, pensativa, con pocas palabras pero buenos consejos llenos del acento cubano de su isla natal y de un corazón grande de negra humana, a pesar de que el capellán se empeñase en decirnos que la Mulata no tenía alma. Era una mujer compasiva, parece que la estoy viendo con ese gesto suyo de cuando se metía la mano en la faltriquera y sacaba un pañuelo para secarse las sienes por el calor, o alguna lágrima, porque a pesar de haber llorado la pobre hasta por dónde, aún le quedaron lágrimas para llorar por mis desgracias cuando me veía como me llegó a ver. Había sido la hija bastarda de un rico hacendado de Santiago, y su madre, una esclava doméstica de la casa del padre. Dizque el padre fue bueno con ella y le tenía afecto a la chiquilla, que salió de rasgos finos y muy guapa. Le permitieron vivir en la casa de su padre como criada y por eso tenía buenos modales y sabía pulir la plata, cuidar las buenas alfombras, poner la mesa, tratar la seda

y el terciopelo, lavar la porcelana china. De todas las prendas *güenas* conocía y sabía la mar de bien. Si yo tenía que dilucidar si un enser de la casa era bueno o malo, le preguntaba a ella, y distinguía el bronce del latón, la plata del estaño y el oro de la tumbaga.

Cuando el padre murió, la viuda y las hermanas la vendieron en el mercado de La Habana como a una becerria, al mejor postor, para no tener que mermar sus dotes matrimoniales repartiendo la herencia con una más, con quien según aquellas arpías no tenía derecho alguno al sustento de su progenitor por ser *antinatura* aquella relación de la que nació. Me contó un día con semblante duro, pero sin rencores, recordando cómo aquellas la sacaron de la casa de su propio padre y la ofrecieron al peso como las reses, mostrando sus dientes blancos en la subasta como los de una yegua fina y arrancándole el vestido para que vieran sus carnes prietas, sin magulladura o defecto, sin enfermedad ni achaque, esperando el primer hierro candente que la habría de marcar como propiedad de alguien, a ella que había sido libre de toda la vida, mientras las hermanas blancas se guardaban dignas y honradas bajo velo de misa y miriñaques de seda esperando encontrar marido. Así fue como llegó a la Nueva España, porque un encomendero de por acá la compró junto con una cuadrilla para trabajar en el café, gracias a Dios, porque de haber quedado en La Habana las otras se hubieran ocupado en que quedase para el arrastre.

En esos días, llegando de la Ciudad de Méjico, mi tío no tuvo más remedio que dejarme sola con ella y su lugarteniente por más de dos semanas, se fue al puerto de Veracruz a atender el envío de una carga. Me dejó con María y nos encargó a ambas a Gaspar, un muchacho que también era de Cádiz, que acababa de casarse con una criolla de Alvarado, y que era su mano derecha en la plantación. Gaspar acababa de llegar hacía solamente unos meses a la Nueva España, directamente a San Gabriel por recomendación de alguien de Alvarado.

Para mí fue un alivio, creo que solamente llegué a amar esas tierras carceleras gracias a que al mero principio estuve en ellas sin el viejo, y las aprendí a ver con otros ojos. Instalarme en la casita temporal, corretear con tu padre y la *Leona* por el jardín salvaje y lleno de maleza, caminar hasta el

huerto a elegir unos buenos limones con la Mulata para hacer agua de chía, o los aguacates para el salpicón de venado, descubrir los zapotes blancos, buscarme de entre la guarnición a dos indias para que nos ayudasen en la casa y nos hicieran las tortillas, aprender nuevas recetas de aquellas tierras, dormir por las noches a pierna suelta, sabiendo que él no estaba por ninguna parte cerca de mí, fueron los mejores momentos que tendría en esos años, por eso me encantaba cada vez que había un embarque difícil y él se iba al puerto a encargarse de estibar la mercancía.

Me hubiera gustado en el transcurso de los meses mandarle una carta escrita de mi puño y letra a la Paca, que, aunque no sabía leer, de seguro hubiera tenido alguien que al hacerlo le hubiera dicho: Bibelota, que la que te escribe con sus manos es la mera Gregoria, la misma que se fue de aquí sin saber *na* de *na*. Pero eso no era posible, el único que controlaba allí las cosas era mi tío y eso me lo hizo saber desde el principio muy claramente, cuando por el camino, en el cajón, me pidió que me casara con él y así protegernos al niño y a mí. Él escribía las cartas y lo que él le dijese a su hermana bien estaba: que le mandaba recuerdos míos, que las cosas nos iban muy bien, y que el niño se estaba poniendo gordito y rubio como yo misma, haciéndose un hombrecito.

Aquella primera vez, en llegando él de Veracruz nos fuimos a ver al padre Pacheco que estaba en la parroquia de indios de Alvarado y allí nos casó en un abrir y cerrar de ojos. Esa fue la primera vez que vi al cura, con su cara triangular, el pelo blanco y esa sonrisa que no se sabía si era no más una morisqueta de asco, dolor, o una verdadera sonrisa de chiflado; tenía los ojos saltones y cara de bobo. Nuestra boda fue fácil y rápida, allí quedó fe en algún papel que me hicieron firmar. Mi tío no quiso hacer la cosa pública porque como yo ya tenía el niño y él le había dicho a todo el mundo que era el padre y ya estábamos casados. Ni hubo convite ni nada parecido, a lo cual yo me alegré porque el día que me casé entré por las puertas de la capilla como si fuese a un velatorio y no a mi boda, y tal cual me regresé en el carruaje a la hacienda para cumplir con mis deberes.

Cuando llegamos a la casa ya era de noche y el niño estaba con la Mulata durmiendo, él se salió afuera, me dejó sola en la recámara. Lo escuché por la

puerta que agarró a la *Leona* por su carranca y la sacó a la intemperie, por la ventana pude ver cómo la amarró a un árbol con un almartigón. Antes de salir me había dicho que me pusiera el camisón de dormir, que él llegaría al rato. Me metí en la cama con el rosario en una mano y comencé a rezar, era la primera vez en muchos años que la *Leona* no dormía a los pies de mi cama. Cuando acabé los dos misterios soplé la palmatoria y traté de dormir, no podía.

José Candelario llegó estando yo a oscuras, venía con otra palmatoria en la mano y lo vi con la camisa de dormir entrar y meterse en el lecho del otro lado. Esperaba que me diese la espalda y alcancé de nuevo el rosario de la mesilla. Le recé al Santísimo Sacramento, le pedía que, por favor, no me tocara, porque solamente de pensarlo me daban arcadas para devolver. Yo no sé si el Santísimo no me escuchó o me escuchó y estaba de su parte, porque aquello que iba a hacer conmigo no era sino mi deber de esposa cristiana, el caso es que cuando José Candelario me oyó invocarlo se puso como loco. Me dijo que en qué estaba yo pensando, que si era yo necia, que si el Santísimo Sacramento lo único que quería era que yo follara con él, y que era la voluntad de Dios que me abriese de patas, para eso era mi marido, que no fuera yo desagradecida, pues siendo yo ya un plato de segunda mesa mejor hacía lo que debía sin rechistar que ponerme el moño tan alto. Yo me asusté de su execración y le grité que se iba a condenar por esas blasfemias que profería, que no metiera a Dios en esas cosas. Con su voz ronca me faltó diciéndome que la que me iba a condenar era yo, no solo por hereje sino también por puta, que si ese era mi juramento y para eso Dios había creado el matrimonio, que me dejara de tonterías, que él sabía bien que no era yo ninguna monja, aunque hubiera pasado demasiado tiempo con ellas leyendo cosas que mi sesera no entendía por ser una bruta.

Dejó la vela en su mesilla y de un manotazo me tiró el rosario al suelo. Se encaramó en mí y comenzó a darme guantazos en la cara, para ablandarme y que me quedase tranquila, me decía, perdí la noción de cuánto me pegó, ya que me dejó disciplinada, me hincó la pierna para que no me cerrase, porque yo no podía con aquello y las cerraba porque él me daba mucho asco. Finalmente, de un trancazo fuerte que me endiñó me quedé sin respiración y

me dio un vahído, hasta que lo sentí desgarrarme el camisón de cuajo y arañarme el cuello con las presillas de la solapa, luego vinieron sus babas, su lengua abriéndose paso en una boca que nunca había deseado un solo beso suyo, pero no dejé entrar ni uno solo de sus besos en mí y por eso se despechó. Más abajo sentí cómo me hurgaba con sus manos de gañán, y luego el centro de mi cuerpo quebrarse por la presencia punzante del suyo. Me cubrió por primera vez pero no por última, con su derecho de esposo ante los ojos de Dios y de los hombres, con su derecho de varón, con el derecho que da la fuerza. Mientras fuera, en la noche, sentía a la *Leona* aullar encadenada cada vez que el viejo me pegaba un empellón y mis lágrimas corrían mejillas abajo en silencio, porque si lloraba me pegaba más. Ese deber que había yo apenas contraído en el altar de la iglesia de Alvarado me estaba costando sudor y sangre, no había yo cavilado lo que sería, y ya me iba doliendo en el alma más aún que en el cuerpo, porque una cosa era como yo me lo había figurado cuando decidí casarme con él y otra a la hora de la hora, como fue en la realidad.

El Santísimo Sacramento no me escuchó ni esa noche ni otras, lo que allí pasaba era lo que mandaban los cánones. San Gabriel no fue para mí como el paraíso del que llevaba su nombre, sino un infierno donde viví una condena en esta vida, con la que pagué todo lo que hube hecho desde antes hasta el día en que puse un pie en el maldito verdor reluciente de aquellas tierras.

DE LA NOCHE OSCURA DEL ALMA

Ayer apenas salimos de una fuerte galerna que azotó este mar, por donde voy y vengo en busca de bajeles a los que darle *pal* pelo. La mayor parte de la tripulación pasó el temporal sobrecogida, esta galerna fue de las peores que he vivido, pero gracias a la salve que le recé a la Virgen fue rápida. Hoy el mar está límpido como una batea.

Ver a hombres como trinquetes asustados, Rosario, es un privilegio que la vida me ha dado como mujer al mando de la *Tritona*. Y no te voy a decir que no me espanté, claro que yo también me asusto. Tu abuela es tan culera como ellos, pero la vejez me ha ido dando una dosis de insensatez y de temeridad que me ha venido muy bien con lo apocada y timorata que fui. El miedo cada vez va siendo menos a pesar de que los achaques cada vez son más. En eso he salido ganando, le he ido cambiando a la vida los miedos por unas cuantas dolencias que, la verdad, por mucho que me queje no son nada en comparación.

Nos habíamos acercado hacía dos semanas a unos islotes en busca de agua, por recomendación de Gaspar, mi fiel segundo de a bordo, del que más adelante te contaré. Allí estuvo la *Tritona* recalada unos cuantos días, porque el agua de las barricas del galeón estaba corrompida por el poco ron que le pusimos esta vez. Llevamos escasez de ron en las bodegas y cualquier aguardiente es muy necesario para que el agua no se eche a perder. Estuvo difícil la cosa porque en los primeros islotes no encontramos agua bebedera y

no fue hasta explorar con la pinaza el último de ellos que encontramos un pozo artesiano. Toda esa maniobra nos hizo perder días de navegación y no llegamos hasta las inmediaciones de la isla Margarita sino más tarde de lo planeado, así que en la travesía nos tomó por sorpresa una galerna tropical y nos las vimos canutas. En uno de esos vaivenes descomunales se cayó mi Virgen de Guadalupe de la capillita donde la guardo en mi camarote, y eso que la tengo bien sujeta a la pared y bien preparada porque, como supondrás, no es la primera vez que pasa la pobre Virgencita por esto junto con su humilde servidora. Yo espero que no te asustes de que me lleve a la Virgen en mis correrías de filibustera, y que a medida que vayas leyendo mis memorias entiendas el porqué y el cómo de tu abuela. Sin que quiera ahora darte explicaciones por eso, pero una, a pesar de haber aprendido a ser desalmada con los brutos, lleva a Dios por delante en las cosas que hace y no es sino mi propósito servirlo a Él y al libre albedrío que Él regaló a los hombres.

El caso es que mi Virgen de Guadalupe se cayó y dio varias vueltas por el suelo de tablones de mi camarote, tropezó con las patas de la mesa de cartas, con un cofre, el mango de un astrolabio y hasta fue a chocar contra el bronce de una brújula de pedestal que había en el compartimiento. Cuando pude agarrarla de nuevo para ponerla a salvo, enrollada en un sarape dentro de una gaveta, me di cuenta de que la Virgen, como yo, estaba intacta, sin una magulladura en su fino policromado. Así ha sido siempre, hija, esta Virgen es muy milagrosa.

A raíz de este acontecimiento me dio por recordar las ocurrencias que habíamos vivido juntas, los milagros que me hizo y no me hizo la Madre de Dios, y me dispuse a contártelos. En esas estaba yo, cuando no había sacado ni el tintero ni la pluma, que tuve que dejar todo mi escrito de lado porque me informaron de la muerte del grumete turco, Imrah.

Lo he sentido mucho, Rosario, a él lo quería yo casi como a un hijo, y con todo y mis padecimientos me he tenido que meter al catre por unos días, porque ya las viejas de cualquier disgusto nos vamos para el otro barrio en menos que canta un gallo, y yo quiero terminar mis memorias antes de morirme.

Me dio por pensar, hija, cómo la Virgen me había protegido a mí, que soy una anciana inservible, sin nada más que el sueño de hacerte llegar a ti este legajo, y en cambio a un mocito lleno de futuro, lleno de promesas, lo había dejado descalabrarse desde la cofa y perderse en un valle de olas bravas para siempre. Lo lloré como he llorado a todos mis amigos, a todos mis amores, a la Paca a destiempo y a mis hermanillos, a la *Leona* en su último soplo, a tu abuelo en la distancia, y a todo el que en esta vida he amado, con amores teñidos de colores diversos, porque diversa es la pasión de la amistad, la de madre y la de hermano, la de amiga o la de hija, la de abuela, pero una es la esencia: amar es dar, y dando me voy a ir de este mundo.

A Imrah el Mameluco, como lo llamábamos, lo liberamos de un barco esclavero que interceptamos llegando al canal de La Habana. Aquella fue la escaramuza que dio lugar a que se pusiera precio a la cabeza de Bocachica. Habíamos apresado la galera antes de enfilarse hacia el puerto, antes de que se metiera por el baluarte que propicia el fuego cruzado para defender los muelles, porque en la dársena no hubiéramos podido y nos hubieran derrotado las fuerzas de la ciudadela del puerto. Ahí me vi muy viva, Rosario, esa estrategia me la figuré yo misma, y me ganó el respeto y la confianza de la tripulación, además de la de Gaspar que, sabiendo quién era yo, tenía a veces sus dudas sobre mis capacidades.

Imrah era un muchacho joven, moreno, tenía un semblante guapetón, como de cordobés, los dientes blancos. Él fue el que me enseñó a frotármelos con hoja de yerbabuena o geranio todas las mañanas antes de la primera colación y antes de acostarme. Me sentía yo muy unida a este mozo, al que me hubiera gustado poderle enseñar de verdad quién era, porque, aunque no era tan joven que necesitase de una madre, yo lo veía muy perdido, tan perdido como sentía que estuvo la Paca cuando la echaron del clan empuñada de mí. Y hubiera querido ser esa madre que le hubo fallado. Había sido soldado del sultán turco en Egipto, de allí venía, aunque había nacido en Venecia y hablaba en una lengua similar a la napolitana, por eso nos entendíamos, él en su habla y yo en la mía sabíamos sin saber del todo y nos comprendíamos con

el corazón, *il cuore*, como él le decía.

Sus padres dizque lo vendieron a los otomanos siendo chico. Me contó cómo su propia madre tomó la talega de monedas y lo mandó a *juir* en un barco, con otros niños, a Estambul. Un soldado mameluco lo compró para entrar en el ejército del sultán como mancebillo de ellos, que así se usa por allá y lleva cada legionario un mancebillo al que enseñan a luchar codo a codo y a los que brindan su más leal amistad.

Me contó Imrah que su amigo fue bueno con él y que muchos años estuvo a su servicio aprendiendo las artes que se dan entre hombres en la guerra y las artes que se dan entre hombres en la paz. Vivieron juntos en El Cairo, en los cuarteles del ejército otomano y allí asistió a una madraza, donde se hizo adepto de la religión de Mahoma y cambió su nombre cristiano, que nunca supe cuál fue, por el nombre moro que tenía. Después de una riña de celos, su amo y señor lo entregó a otro mameluco, y con él salió en una caravana por las tierras de Abisinia, donde fue capturado por los esclaveros en una revuelta en el desierto. Como los negreros no podían hacer esclavos a los hombres blancos, le cortaron bien el pelo para que pareciera africano bereber por su piel morena y en la cédula pusieron que les fue vendido por el mameluco al que dieron muerte allí mismo. Cuando lo liberamos de aquella galera portuguesa que llegaba a La Habana desde Cabo Verde, Imrah decidió unirse a nosotros en la *Tritona* y dedicarse a la piratería, le dimos el puesto de vigía en la cofa, pues el muchacho no tenía mucha experiencia en la mar y había que habituarlo al cabeceo de la nave antes que darle cualquier otro menester. Lo recuerdo un joven despierto, subiendo por los obenques, con el catalejo colgado del hombro, bajando rápidamente para volver a subir, dándonos los buenos augurios cada vez que avistaba la franja en el horizonte.

Imrah y yo nos entendíamos bien, me sentía yo más semejante a él que incluso a los otros españoles del norte o de Castilla, porque aunque la lengua era distinta teníamos las mismas costumbres. A nosotros nos gustaba bañarnos más de la cuenta, como decían los curas. Eso de dejarnos el cuerpo en barbecho sin ver una gota de agua y jabón no era lo nuestro. Hacía yo las pastillas con la grasa de puerco que compraba en Veracruz o con aceite de almendras que me llegaba de Oriente, y me daba mi lujo de ponerle especias.

Le ponía canela en rama, anís estrellado, cáscara de naranja o bergamota, cualquier flor que me gustase y que tuviese a mano, sacaba el agüilla de los rescoldos del carbón y hacía diez o doce pastillas grandes de una vez que me duraban mis buenos seis meses. Siempre le regalaba una o dos al marinero. Le gustaban mucho más cuando las hacía con corteza de limón y le metía menta, y me lo agradecía mucho. Los demás marineros, en cambio, eran bien cochinos y le tenían más miedo al jabón que a los tiburones, los muy asquerosos.

Un atardecer de fines de julio, en el que habíamos recalado la *Tritona* en el arrecife de los Alacranes, allá por el canal de Yucatán, decidimos Gaspar y yo quedarnos hasta antes de que empezaran los ciclones, porque el barco necesitaba ser limpiado de escaramujos y allí, si sabía uno por qué canalillo entrar, se podía limpiar muy bien desde la plataforma de coral, donde los marineros se apoyaban para arrancar los bichos con espátulas de cobre. A unos los mandé a por agua en varias pinazas hacia la ría de San Felipe, donde estaban los lagartos y se hacían aquellos ojos de agua dulce en medio de la ría salada; a otros a recolectar uva de mar para el escorbuto, frutillas salvajes, y los más avispados a coger cocodrilos de los manglares para hacer tasajo y cecina con su carne, con la sal que daban las salinas de Las Coloradas. Había que tener una buena provisión de carne seca que llevarnos por los mares.

A mí de siempre me gustó ver las puestas de sol, Rosario, creo que ya lo habrás notado a estas alturas. Me encantaba pasear por la arena de los islotes, en la playa, hasta que el sol se ponía naranja como una mandarina y se metía por el azul del agua. Cuando estábamos en Alacranes me iba paseando por donde ninguno me veía y solía dejar las ropas de capitán entre cualquier matorral. Me quedaba desnuda a sentir los contralisios del arrecife, que son cálidos y los mayas del lugar llaman *Chik-i-lah*, me metía a bañar, era sirena por unas horas, era mujer. Cuando el sol se ponía del todo me secaba y regresaba, de nuevo convertida en hombre, al campamento.

En una de esas, por la isla Pájaros, lo vi pasar desde el mar donde me bañaba con jabón. Me dio miedo salir del agua y me escondí tras unas piedras esperando a que él pasara. El muchacho se adentró en el sendero que formaban las tupidas ramas de unas uvillas de mar, y yo, muerta de

curiosidad, hija, porque eso sí, he sido de siempre muy fisgona, lo seguí a ver qué hacía.

Había estado lavándose igual que yo, con una de las pastillas que le di. Se había llevado un hatillo en la espalda de donde sacó un tambor que se había hecho con el tronco vaciado de una palmera del Pacífico y la piel curtida de una chiva, extendió un jorongo que tenía en el suelo y comenzó a rezar después de sus abluciones. En un momento con el tambor comenzó a llamar a su Dios, o al nuestro, porque ha de ser el mismo. Su canto se multiplicó en el céfiro de la tarde y evoqué uno de mis viajes anteriores al puerto de Estambul, donde el canto de los minaretes me recordó a mi tierra. No tuve más remedio que emocionarme de un escalofrío cuando lo escuchaba llamar a Nuestro Señor por su nombre moro, era una letanía tan igualita a un cante *jondo* que no sabía si estaba ante un mahometano o ante un cantaor entonando un fandango *abandolao* allí mismito. El nombre de Alá y el cante de Olé me parecieron lo mismo, el tamboril y la caja, quise llorar y lloré, acordándome de mi tierra, de mi origen, de mi *mare*, del atardecer de Cádiz y el vientecillo de levante, de ese Dios invocado que nunca he llegado a comprender del todo.

Desde esa tarde me sentí más hermanada a él que antes. Y ahora que la vida truncó su juventud para llevárselo, me pregunto adónde se habrán ido sus anhelos de muchacho, ya que por fin se encontró libre sobre un barco, ya que por fin dejó atrás la injusta esclavitud a la que sus padres lo mandaron, dónde se habrán ido las voces de su oración cantada. Me acordé de esos versos de San Juan de la Cruz que siempre llevo en el corazón:

*En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh, dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.*

Y me imaginé a Imrah viajando hacia el cielo como viajaban las palabras moras de su canción, llamando a Alá, para fundirse con Él como yo me

fundía cada tarde con el mar, convertida en sirena.

Le hice al vigía turco sus propias exequias, a escondidas, en el camarote. Llamé a Gaspar y a Junípero para que entre los tres rezásemos un padrenuestro clandestino por su alma, como se merecía el pobre, aunque fuese de otra religión. Dios es uno, y así aprendí de él cuando lo escuchaba orar cantando en su lengua en aquel islote bajo.

Ese muchacho que me enseñó tanto se fue de este mundo antes que yo, como se han ido tantos provocándome dolor, desgarrándome por dentro. Por eso quizá con ese asunto en la mollera, pensando en la Virgencita y en la muerte temprana de aquellos a quienes queremos, me dispuse a escribirte otra tarde más, cuando los deberes de capitán se aminoran y puedo volver a ser la mujer. En la soledad de mi camarote, ya con un mar tranquilo pero no por ello menos traidor, recuerdo la muerte de quienes me amaron y a quienes amé, y el desasosiego que ellos me produjeron, hoy de forma más vívida que nunca. De ello quiero hablarte, Rosario, de esa noche oscura del alma de mis seres queridos, que tanta zozobra me ha causado.

La mujer que fui, la Gregoria de Cádiz, fue muerta en San Gabriel, cuando llevábamos José Candelario y yo ya varias semanas viviendo como marido y mujer. Fui quebrada como una yegua libre lo es en el picadero, a base de golpes y de dolor profundo.

Aquella primera noche de bodas, en comparación con las que vinieron, fue tan blanda como una zapatilla rusa. Ya después no tuve valor de rezarle más al Santísimo Sacramento: Dios estaba de su parte, eso estaba claro. Sentí que quizá la Virgen, que era mujer como yo y entendía nuestras penurias, me haría más caso, y comencé a rezarle a ella en cambio.

Coloqué la capillita de la Virgen de Guadalupe, que ahora llevo conmigo, a los pies de la cama, en una esquina delante de la pared; debajo había puesto un reclinador que me traje de la capilla en ruinas de la hacienda y que compuse con algún retal. Me había prometido a mí misma que el día que se reparase la bóveda como Dios manda iba yo a poner allí a la Inmaculada. Nunca la puse, gracias a Dios, uno no debe tomarse muy en serio las promesas que se hace a uno mismo. La traje siempre a mi vera y cuando estés leyendo estos renglones la has de tener contigo, Rosario, porque ese es mi

deseo, dártela para que te proteja como me protegió a mí.

Yo le rezaba con mucha devoción. Me dijo Niña Carmen que, cuando te iba a conceder lo que le habías pedido, te mandaba con antelación unas rosas, aunque a la sazón, para qué te miento, a mí no me había mandado nada.

Cada día a la hora del ángelus, cuando veía yo el sol en lo alto de la aguja de un reloj de piedra de la fachada principal, porque entonces no teníamos relojes mecánicos en San Gabriel, me iba a arrodillar al reclinatorio y le pedía que me librara de ese hombre tan malo de una vez para siempre, como quiera que fuese.

Mientras, José Candelario, ajeno a mis peticiones a la Virgen, jugaba a ser el boyante lugarteniente del cuñado de Niña Carmen, que desde Santander no podía atender sus negocios en la Nueva España. Yo seguía asustada porque no sabía a bien cuáles iban a ser todos mis deberes conyugales con un hombre que, además de ser mi propio tío, no había pedido dispensa al Papa para aquel contubernio que solamente había bendecido con ayuda del padre Pacheco y el talego que le dio. Yo ya no era ninguna ingenua, como te puedes imaginar, aunque después de lo que pasó la noche de nuestra boda traté de retrasar lo más que pude una segunda vez que inevitablemente habría de venir para cualquier mujer casada. Él esperó a que me hiciera a la nueva situación, y entonces me hizo saber cuáles eran mis deberes como esposa, aunque fuese también sobrina.

Era ya entrada la noche de un domingo, y no vino a cenar a la casita de adobe. Yo estaba para meterme a dormir, le había dejado en la mesa de la antesala de la cocina la cena en un plato tapado para cuando llegase y la *Leona* dormitaba cerca del fogón apagado. Apenas me iba a meter en la cama, llevaba una palmatoria en la mano para luego apagar los velones de las *mariolas* de la pared, cuando oigo el jaleo del caballo en la parte de atrás y a él cantando a gritos de la borrachera que traía.

La perra se desveló, me figuro que la pobrecita en lo único que pensó era en que la iban a sacar de la casa y encadenarla al árbol, como hacía ese maldito cada vez que le estorbaba la presencia de la *Leona* para sus canalladas. Yo me imaginé que vendría de cualquier tugurio de esos, así lo había oído que hacía cuando fanfarroneaba con los capataces. Entró de un

portazo. Salí del cuarto a recibirlo y él ni me dio las buenas noches, traía una mirada que solo con verla yo ya supe lo que se me avecinaba.

Escuché a la *Leona* gruñir cerca de los fogones, pero él no la sintió. Le dije, para distraerlo, que tenía la cena lista, ya ni me acuerdo lo que le guisé. Se apoyó en el quicio de la pared con una mano para erguirse y cuando le pedí que se sentara a comer me gritó toda una retahíla de groserías y cosas bajunas. Yo me puse a llorar, como si mi llanto lo fuese a ablandar, pero todo lo contrario, cuando me vio avasallada, llena de lágrimas, masculló todavía más palabrotas: que si la que vas a comer caliente esta noche vas a ser tú, que si ya verás lo que te voy a dar, y me vas a enseñar lo que aprendiste de la puta de tu madre, y siguió gritando mientras se quitaba los zahones de cuero, y tiraba las botas en cualquier lado dejándose las polainas. Disfrutaba insultando a mi madre. Si era su hermana, yo no entendía por qué. Recordándome a cada momento lo que ella había sido, como si yo tuviese la culpa.

Por primera vez me alegré de que el niño no estuviese allí con nosotros. Al principio me había entristecido cuando llegamos al Papaloapan y José Candelario dispuso que Sebastián se quedase en el dormitorio con su aya. Me costaba mucho separarme de mi hijo, que había estado hasta entonces siempre a mi vera, pero esa noche por primera vez entendí que, si quería protegerlo de todas esas atrocidades, tenía que tenerlo a una prudente distancia de mí misma. Porque donde quiera que yo estuviese la violencia de ese hombre dañino podía saltar de un momento a otro y sin advertencia, y no quería que mi criaturita estuviese expuesta a esos eventos tan desalmados.

Aunque esa no fue la primera vez que me puso la mano encima, aquella noche el viejo se me abalanzó por primera vez como una alimaña; empero, cuando fue a saltarme, la *Leona*, que estaba tras de mí, le enseñó los dientes y le comenzó a ladrar furiosa. La perra no lo quería ni tantito así. Él masculló algo que no entendí y agarrándome por el brazo me arrastró al cuarto sin echarle cuenta a la *Leona*. La perra, entonces, cuando vio que me ponía la mano encima, salió detrás *nuestro* ladrando y le hizo frente defendiéndome. Él la manoteó y entonces el animalito se puso como una fiera, se le alzó de patas y le fue a morder el pescuezo. Le marcó dentellada, pero era tan noble

que no lo agarró: si no, lo hubiera desangrado allí mismo y otra vida hubiera yo tenido.

El viejo se asustó. Cuando las cosas no estaban de su lado era una gallina de corral. Se salió del cuarto y pegó un portazo. Yo entonces me agaché a abrazarme a la *Leona* y agradecerle que hubiera espantado a la alimaña. Estaba yo feliz e ignorante pensando que gracias a ella me había librado aquella noche de ese asqueroso, cuando se abrió de nuevo la puerta de par en par, de tal forma que hasta reventó la aldaba contra la pared y retumbó en el tabique. El retablito de la Virgen, como un mal fario, se cayó. La imagen pegó contra el suelo y se quedó bocabajo tirada. Yo no supe para dónde correr, si para recoger a la Virgen o para interponerme entre la *Leona* y el sinvergüenza que venía como un loco.

Al verlo allí de pie y mirando por el suelo sin parar hasta encontrar a la perra, con el trabuco agarrado de las manos, no pude sino figurarme lo que iba a hacer. Traté de meterme en medio, pero fue demasiado tarde, pegó dos zancadas y se plantó ante la pared, al lado de la Virgen en el suelo, se echó el arma a la cara y apuntó contra el animalito que ni barruntaba a qué venía el hijo de la gran puta desalmado. Ya te imaginarás lo que hizo. Sin mediar palabra o grito apretó el gatillo del trabuco y dejó que una explosión de humo y chispa llenara aquella maldita alcobilla que gracias a Dios no siguió en pie muchos meses después de aquello, porque por mucho tiempo no podía yo soportar dormir allí.

La *Leona* saltó por los aires. Aquel corpachón grandote de mi mastina española era en ese momento como un pajarito frágil a merced del tirachinas de un pernicioso niño. Se desplomó en el suelo a la vez que una mancha roja se fue extendiendo bajo su lomo herido. La criatura pudo levantar la cabeza una última vez y mirarme a los ojos con una profundidad y un desgarró que, a la luz de las velas, yo supe que se estaba despidiendo de mí para siempre. Me tiré al suelo porque no creía lo que acababa de pasar, agarré su cabeza ya inerte, agarré su cuerpo, la zarandeeé esperando que con ello volviese a la vida, y ahora me culpo por haberla molestado en sus últimos momentos. La volví a zarandear, acerqué mi cara a su hocico y ya no respiraba.

Sentí como un soplo invisible salir de ella e invadir el cuarto, una marea de

luz que me arropó, como cuando era niña me arropaba mi madre cada vez que yo lloraba de noche en la vecindad por haberme encontrado una rata. La *Leona* ya no estaba allí, el trabucazo de aquel cerdo pestífero se la había llevado a otra parte. Me tiré al suelo y la abracé, percibí ese calor que todavía me hacía reconocer su cuerpo como el cuerpo de mi mejor amiga. José Candelario mascullaba cosas en la esquina, el culatazo del disparo lo había tirado contra la pared, pegándole en el hombro, y le costaba trabajo incorporarse, entre asustado y orgulloso de la infamia que había hecho. Aproveché para cobijar a la perra entre mis brazos, por su hocico abierto salió la lengua aún tibia, y su costado lo sentí húmedo y roto, con sangre y perdigones de plomo que parecía que pululaban sobre su carne abierta como brillantes bichitos diminutos que habían minado su vida. Le cerré suavemente los ojos café claro con las manos mientras comenzaba a llorar como una Magdalena y le increpaba al maldito, rasgada, sin siquiera voltearlo a ver: ¿Qué has hecho?, ¿qué has hecho?, ¡cabestro!, ¡hijo de tu puta madre! Pero él, sin ni siquiera mirarnos, comenzó a reírse a carcajadas y escupió un gargajo en la esquina mientras trataba de no perder el equilibrio contra la pared. Se incorporó pisando a la Virgencita con su pie mugriento. Ese hombre era la persona más maligna que conocí en toda mi vida.

Poco a poco fui sintiendo cómo mi amiga se quedaba rígida y se iba enfriando. El cuerpo que había dado morada a la *Leona* todos estos años quedó vacío e inerte, su alma se había ido al cielo, de eso estaba segura, porque no concebía otro lugar para mi amiga. Quien me diga que los perros no tienen alma es porque no ha conocido bien a un perro, o porque no conoce bien lo que es el alma.

El alma, la amante de la que habla Juan de la Cruz en sus poemas y que ansía encontrar a su amado-Dios en la noche oscura, ese Castillo Interior del que nos cuenta Teresa de Ávila. Aquella fue la noche oscura de la *Leona*, el castillo había sucumbido al envite perverso y ruin de ese hombre, y lo único que pude hacer fue rezar por ella. Los perros tienen un alma más incorruptible que la nuestra, Rosario. La lealtad y el amor por sus dueños, la fe ciega, están tan puros en ellos que parecen venir directamente de las mismísimas virtudes teologales. Esa lealtad, que en el hombre de razón es

conveniencia, ese amor que ya nosotros hemos teñido de tantos intereses, de tantas condiciones, esa firmeza al dar la cara por el ser querido que hasta el mismísimo san Pedro perdió con Nuestro Señor. Y sí, que me llamen loca por disponer de mi mente, pero si san Pedro hubiese sido perro no habría negado a Jesucristo ni una sola vez.

Después de su infamia y los tambaleos que le producía la *pechá* de pulque que se dio, el viejo se reincorporó y arremetió contra mí, me arrancó del lado de la *Leona*, de su lecho de muerte, con intención de ocuparme. Me hubiera gustado haberla velado sin tregua toda la noche, haberme quedado a su lado despidiéndola sin moverme un solo ratito para darle calor. Mi fiel *Leona*, que dio su alma por mí. Pero él no me dejó, me arrastró a la cama para hacer lo que tenía que hacer conmigo, él sí que obedecía a su instinto, su único instinto: la maldad de sus entrañas.

Sentí un dolor profundo que no tenía nada que ver con aquel acto que él iba a perpetrar en mí, y que a cualquiera la hubiera hecho aullar de coraje. Ni siquiera tenía mi llanto que ver con el dolor físico de sus empujones tratando de abrirse paso en mi cuerpo, como el pico de un ave de rapiña que arranca la carne trémula de una paloma. No, no era nada de eso, era un dolor peor, era un dolor *jondo*, insoportable, que lloraba en silencio la pérdida de mi *Leona*, el injusto final de un ser de luz que, a mi lado, hasta el último segundo de su vida había estado amándome y protegiéndome. La única que me ayudó cuando nadie lo hizo, la que alimentó a mi niño con su propia leche cuando no teníamos dónde caernos muertos, la que trató a mi Sebastián como a su propio cachorro, la que no nos dejó ni a sol ni a sombra.

Miré a la pared buscando ayuda, pero me acordé que la Virgen no estaba ya en la capilla itinerante, sobre el reclinatorio, y en el fondo me alegré de que ella no estuviese allí, porque luego pensé que me hubiera dado vergüenza que me viese en ese trance, pasando por aquello tan sucio. A veces, cuando me encontraba en estos trances con él, le pedía a Dios una única cosa: que no me dejara amanecer. Luego me acordaba de mi hijo, y más adelante de las otras dos que llegaron, y le pedía ayuda a la Virgen, porque si yo me iba para el otro barrio, ese les iba a hacer mucho daño y nadie estaría junto a ellos para evitarlo.

De repente lo sentí desistir, era como si su propia virilidad no le diese para más, la dureza no lo pudo sostener. Del coraje que le entró al no poder ocuparme, me abofeteó con todas sus ganas, creí que iba a matarme a golpes, me insultó con sus palabras fuertes de borracho, con ese torrente de voz impostada del que grita tratando de demostrar la hombría de la que carece. Como si el ser hombre se llevase en el habla o en el modo, como si uno fuera más hombre por encaballar a una bestia y beber roncamente aguardiente, por domar a la yegua o asustar al sometido, o por dar de trabucazos a los venados. Ya que se cansó de darme la paliza, desmontó de entre mis piernas como se desmonta una mula, me escupió, pero se bajó de la cama sin haber conseguido su propósito. Esa noche no pudo conmigo.

Recuerdo que entonces vi, a la luz de las velas, en las mangas de mi camión, la sangre de la *Leona* mezclada con la mía propia que había brotado del labio roto, una ya casi seca y la otra todavía fresca, y ya que sentí cómo el viejo salió derrotado por la puerta para irse a sus tratás o quizás a su casa chica de Tlacotalpan, me bajé arrastrándome del catre y me abracé al cuerpo rígido de la *Leona* y allí pasé el resto de la noche. La que estaba muerta era yo.

Al amanecer me incorporé rota, me ardía la cara, pero sobre todo me ardía el alma. Recogí a la Virgencita del suelo para volverla a colgar y cuando la tomé iba preparada a encontrarme con la imagen rota, o desconchada, pero la Virgen estaba intacta. Nada de su suave estofado se había quebrado, ni siquiera sus manos en forma de rezo. El viejo la había abatido, la había pisoteado, y estaba íntegra, como lo estaba yo, a pesar del dolor y la tristeza enorme que habitaban mi alma.

La coloqué en su capillita y le pedí nombrándola por su nombre verdadero, por el nombre con el que ella le dijo al indio que la llamara. No le pedí por mí, yo estaba bien, le rogué que se llevara con ella el alma de la *Leona*, que la tomase de la carranca y se la llevase con ella al cielo, que no la dejase perdida por la hacienda vagando sin saber adónde ir, o detrás *mía*, sufriendo por no poder defenderme más de ese hombre. Yo sé que la Virgen se la llevó, porque nunca más la he sentido por aquí y porque ella es madre igual que lo fue la *Leona*, y las madres que tenemos entrañas, hija, nos ayudamos entre

nosotras cuando estamos rotas, como hizo la *Leona* conmigo.

La Virgen de Guadalupe quiere a los perros y a los indios, es india como ellos, y a los indios se les negó el alma como a los perros se la negamos hoy. Además, que yo sé que hay una leyenda maya que dice que los perros de uno, a los que se les ha hecho el bien, nos esperan en el más allá para ayudarnos a cruzar un río que dizque hay por allá por las tierras de Mictlán, por las milpas sagradas de Tlaloc que hay en el paraíso de ellos, un río que a fuerza hay que cruzar con ayuda de un perro. La *Leona* ha de estar allí esperándome.

En cambio, ese viejo, ese viejo asqueroso, ha de estar todavía perdido buscando cómo. No creo que un solo perro haya ido a por él para ayudarlo a pasar al otro lado, él no fue bueno con ninguno.

Al día siguiente de la muerte de la *Leona*, el rosal de Castilla que había en la arcada de la antigua hacienda dio su primera rosa. La primera desde que llegué a San Gabriel, era una flor de color marfil y su aroma era tan intenso que desde los arcos desconchados y en ruinas llegaba hasta la ventana abierta de la alcobilla, y ese fue el olor que me despertó. Duró la flor más de una semana, y cada vez que la olía yo sabía que la *Leona* estaba con la doncella que pisa la cabeza del demonio, aunque el demonio de ese hombre hubiera sido la causa de que se fuera de este mundo antes de la cuenta. Ese fue el primer milagro que me hizo la Virgencita.

Esa mañana, antes de que el viejo volviera, me compuse a duras penas y salí, grité desde la puerta hasta que vino alguien a ayudarme y me fui con un negrillo del plantío a enterrarla bajo una majestuosa ceiba, que todavía has de reconocer en la parte delantera de San Gabriel, a un lado de la balaustrada de piedra que hay delante de los arcos, un árbol enorme, mucho más alto que el torreón, y más que el acueducto, donde a ella le gustaba echarse a dormir el sopor de la tarde, o a ver la vida de la finca mientras yo trajinaba en la casa y las recuas de bueyes llevaban la caña cortada al trapiche. Sobre su tumba puse una caracola grande que una mestiza, esposa de un mayoral, me había regalado cuando llegué al ingenio, para que el sonido del mar, de ese mar de Cádiz que yo llevaba en el alma, arrullase a la *Leona* en su último sueño.

DE LAS ENCOMIENDAS Y LAS ALMAS DE DIOS

En San Gabriel, como en el resto de la Nueva España, las leyes que venían de la Península se acataban pero no se cumplían. La hacienda había sido legalmente una encomienda hasta que estas se abolieron en 1720, la única diferencia a partir de entonces era que el quinto real iba directamente a la corona sin pasar por el encomendero y que los indios y jornaleros libres eran pagados con un peonaje. Por lo demás, el asunto seguía siendo el mismo, la diferencia entre ser negrero o encomendero, en el manejo, no era mucha, tal era el caso que todavía mucha gente seguía llamándonos encomenderos a los propietarios de ex encomiendas, y San Gabriel, a pesar de ser una hacienda azucarera y haber dejado de ser para la corona aquella institución de antaño, seguía conociéndose en Alvarado como la encomienda de San Gabriel.

La bula *Sublimi Dei* que había asegurado desde un siglo atrás la existencia de un alma en el cuerpo de los indios, había denegado el glorioso hálito de vida a los negros que, desde que un papa se pronunció con la susodicha Gracia a favor de los indios, podían ser esclavizados con el beneplácito de Roma. Pero aunque algunos como Bartolomé de las Casas se atrevieron a pensar que aquel privilegio era para los encomendados el fin de sus tribulaciones, eso era una pura patraña.

Los indios seguían siendo cautivos, quizá no llevasen como antaño la marca de un fierro en el cuerpo, pero seguían estando encadenados a la voluntad perniciosa de aquellos de nuestra raza que sin escrúpulos los

explotaban como bestias.

Quizá las ordenanzas del rey venían con muy buenas intenciones desde la Península, pero para cuando llegaron aquí ya cada quien hizo lo que le dio la gana, y el testamento de Isabel la Católica, que, según supe a través de tu abuelo Gálvez, heredaba a los indios los mismos derechos que a los castellanos, haciéndolos no solamente hombres libres sino iguales, se lo tiraron abajo los encomenderos, los funcionarios y los virreyes.

Rosario, mi *arma*, te voy a contar lo que vi en aquellos años en estas tierras sin ánimo de menosprecio, sin desear que sientas que por tus venas corre la sangre del injusto, del péfido o del cruel, porque no todos fuimos así. Que los hubo buenos los hubo, pero es cuestión de números y en números ganaron los malvados y los ambiciosos. De lo que hizo o no hizo tu padre en San Gabriel no sé nada, cuando él tomó las riendas yo me fui con los galeones y ese no es el caso, pero de que en toda la Nueva España hubo mucho abuso y daño, y que la mayoría de los criollos que tomaron las riendas eran lo que eran, de eso no hay duda.

El hombre que vino de la Península era un hombre diferente, no te voy a decir que eran todos igualitos, cada quien era de su padre y de su madre. Había quienes venían enviados por el rey, funcionarios, los propios virreyes, que venían por unos años y se volvían a España y si te vi no me acuerdo. No tenían ningún empeño en cambiar las cosas, ¿para qué? Estábamos muy lejos de la mano de Dios y de la del rey. En cambio, los había de los que venían a quedarse y esos, mayormente, eran como nosotros, muy de abajo, gente pobre, sin juicio y con ganas de ser rico en menos de lo que da una generación. Hay que estar muy desesperado para dejar tu casa, tu familia, tu vida, tu tierra, ¿no crees?, y venirse *pa* un mundo diferente, en el otro pico de la tierra. O tenías tus propias razones, como yo, que estaba muy enamorada de Sebastián y lo hubiera buscado por donde fuera, o como Niña Carmen, que siguió a un marido allá donde el rey le ordenó prestar un servicio, o muchos otros motivos, o lo más seguro es que las ganas de probar fortuna superasen el apego a tu tierra y a tu gente, bien porque la situación allá estaba muy mala o por simple gusto por el parné y la riqueza, que en la Nueva España se hacía fácil.

Y sí, habría gente que por un futuro mejor se embarcaba, gente emprendedora, trabajadora, cansada del Antiguo Régimen de Europa, gente que soñase con un orden nuevo, pero esos eran los menos. En su mayoría era gente que quería vivir como no hubiera podido en la Península, como José Candelario, que quería vivir como un duque sin serlo, y para hacer esas fortunas en tan pocos años, para comprarse esos paños, vestir de esa guisa, llevar esos carruajes y construir esos palacios en tan poco tiempo, alguien tiene que ser pisoteado, porque la fortuna no se hace tan rápido si no es a costa de los demás. Me atrevo a decirte, hija, que en San Gabriel, los miles y miles de reales que entraban en las arcas, las sedas para mis vestidos, los charoles para los escarpines, la tumbaga, el oro y la plata, los retablos hechos a Dios Nuestro Señor, los carruajes, la porcelana de China y las abundancias, salían de la sangre y la vida de miles de esclavos a los que se los trataba peor que a un perro en las calles de Madrid.

Los que estábamos al frente de estas tierras, tanto los de aquí como los de allá, éramos el tipo de persona a la que la ambición, ya sea sana o malsana, le puede. Al que el deseo de prosperar le hace pasar por alto que a su alrededor hay mucha injusticia, y eso sumado a que José Candelario venía con un hambre de poder y dinero atrasada, de muchas generaciones, con un pasado turbio, con una crueldad antigua. Por eso la suerte de los de aquí fue el ser pisoteados, con bula o sin bula de Roma, con testamento de la reina católica o sin él, ser carne de cañón para que el hombre blanco cumpliera sus sueños y sus aspiraciones de grandeza, muchas veces en nombre de su propio Dios.

La vida en San Gabriel no estaba exenta de esa culpa, de esa lacra, ¿sabes cuántos esclavos morían por semana en promedio?, ¿sabes cuántos indios, dueños naturales de estas tierras, morían cada año de sufrimiento? Perdóname que sea tan cruel contigo, hija, en explicarte esto, en hacerte sentir que tu fortuna y la de tu padre se ha alimentado de esta ignominia, pero te he contado tantas cosas malas que una más no te va a causar mella sino que va a fortalecer tu ánimo, porque yo misma no lo supe hasta que tomando atribuciones de hombre me tuve que hacer cargo de la hacienda como mujer, ¿sabes en qué condiciones vivían?

Cuando ya estaba yo viuda y al frente de San Gabriel y por primera vez

tuve que bajar a los barracones de los negros para supervisar la construcción de un nuevo poblado, a pesar de la oposición de Gaspar a que yo fuese a ver con mis propios ojos la obra, me sentí tan repugnada de mí misma que me pasé con dolor de barriga una semana. Porque lo primero que se me vino a la cabeza, hija, fue que yo, a mi perra, no la hubiera tenido viviendo como vivían esas gentes. Y te lo dice alguien que no viene de un caserón de abolengo del barrio de Santa María, sino de una covacha inmundada de un arrabal, pero comparado con aquello que vi en los barracones, el cuarto de Paca la Bibelota era el palacio del virrey.

Si alguna vez entras en una porqueriza, hija, acuérdate de mí, porque así estaban ellos hacinados, así era en los tinglados. Lo primero que me impactó fue el olor, un olor que desde leguas se comenzaba a sentir en la nariz, como la gangrena, que se extiende sin piedad, de un cuchitril a otro. Hombres y mujeres amontonados, infantes, todos en jergones en el suelo, o tirados sobre las tablas húmedas, cubiertos de harapos, viejos que morían cohabitaban junto a niños recién nacidos, encadenados a pechos esclavos, para morir también ellos antes del alba, seres a los que ni siquiera se les daba la condición de hijos de los hombres, eran animalias, y los teníamos como a ellas.

Los suelos de tabla estaban cubiertos de paja para que no *jediera* tanto, pero los cobertizos guardaban la humedad y el hedor, donde las chinches proliferaban y las ratas les robaban los mendrugos de pan que guardaban entre colación y colación por si esa tarde algún capataz malhumorado les daba de castigo quedarse sin yantar. Los pies deformados por las picaduras de las niguas, las cabezas infestadas de gorupos, la sarna en sus manos. Esa mañana una negrita de unos trece años acababa de parir en el hueco de una escalera de madera. Estaba tumbada metida entre la mierda, sin poderse mover con el niño recién nacido sobre su panza, se veía pálida, sudada la frente y temblaba de calenturas, le pedí al capataz que me acompañó que la trajesen a la casa, que llamaran al galeno.

Se negó. Me dijo que eso podía provocar trifulca con los indios, con los mestizos, con el orden de las castas. Que no podía yo saltarme las reglas del mundo, que dejara las cosas como estaban, que se necesitaba mano dura para

llevar una hacienda.

Me di media vuelta para salir de allí, apenada pero sin querer meterme a cambiar el mundo, cuando sentí el asco más grande que alguna vez sentí por mí misma. ¿Era la corona que buscaba su quinto real?, ¿eran los criollos que explotaban a los negros para vivir como marqueses?, ¿era yo que me callaba para no meterme en problemas?, ¿para llevar mi hacienda como la llevaba un hombre?, ¿quién era la causa de aquello? Como siempre se le echa la culpa a otro.

Me di la media vuelta aguantando mi propia arcada y miré al hombre para decirle, con los dos cojones de los que hice acopio, que en ese momento acatase mis órdenes porque era su patrona aunque fuera una mujer, y que si no lo hacía yo misma le daría los latigazos de rigor delante de toda la hacienda hasta que me doliesen las manos. El hombre estuvo a punto de protestar, pero algo debió de ver en mi cara que salió entre asustado y cabizbajo y al momento regresó con dos esclavos y una carretilla de mano donde pusieron a la niña y al infante y los llevamos a mi casa. El galeno no tardó en llegar.

Cuando lo llamaron a la casa grande se debió de haber figurado que era yo la que lo necesitaba, la cara que puso cuando vio que había sido requerido para una esclava todavía la conservo en mi memoria. Me hubiera gustado darle un trallazo con mi fusta de montar, haberle señalado su cara de viejo petulante. No lo hice porque la niña y su hijo se hubieran muerto, me mordí el labio y respiré hondo mientras el jodido la curaba como era necesario, porque los doblones que le iba a pagar eran los mismos que si hubiera sido blanca y de fina ralea. La niña se salvó y su criaturita también, hubiera muerto desangrada o quién sabe de qué fiebres. Se quedó en la pieza de María la Mulata el tiempo que hizo falta, y ¿sabes, hija?, no hubo ningún motín en San Gabriel, nadie se quejó, ninguna casta tuvo la osadía de decirme a mí lo que yo tenía que hacer en mi propia casa, y si alguien dijo algo por lo bajito no me enteré. A partir de ese día quise cambiar las cosas y lo fui logrando, al menos en mi pequeña parte de mundo, en lo que se me encomendó, al menos el breve tiempo que estuve al frente.

Ese día pude ver que los esclavos, como los asnos y los cerdos, hacían las

necesidades detrás de los tinglados, cagaban y meaban en un barrizal de lodo cuya humedad no era parte sino de sus propios desechos.

Después de haber visto aquello salí de allí con una idea en la cabeza que no me dejó dormir por varios días, mi yegua tenía su establo más pulcro que las covachas de ellos, yo misma me ocupaba de que el caballerango la tuviese limpia, le cambiase la paja y el heno, la cepillase. Mi *Leona* había tenido una existencia mejor que aquellos niños.

Mandé construir letrinas, lavaderos, tendedores donde pudiesen asolear la ropa, que cada familia tuviese sus cuartos separados, que los casaderos y viudos vivieran en grupos de no más de cinco, en cobertizos limpios, hice dos acequias de agua fresca que llegaban directas al lugar y mandé rellenar el piso, que antes fue de cieno, de arena seca, donde planté palmeras que trajeron de la costa pacífica para que tuviesen su sombra y sus cocos. Pero todo eso fue luego. Mientras vivió mi tío allí yo viví en la ignorancia, en la ignorancia de una esposa, que, a pesar de ser tratada como lo era, no sabía nada de nada, que a pesar de que en mis alcobas leyese todos esos escritos rimbombantes y pomposos, no sabía yo de la misa la mitad.

La luz no solamente te la dan los libros, la luz te la da la vida. Porque el mejor libro que puedes leer, hija, es el de tu propia vida. E igual que una vida sin libros es una vida de ignorancia, también los libros sin vida son la peor de las ignorancias que existen, porque es la ignorancia, presuntuosa y soberbia, de quienes no se atreven a vivir de veras.

Con José Candelario unas cosas fueron cambiando, otras para nada. Cuando comenzó a ganar plata con el ingenio y sus trapiches, inició la remodelación de la casa grande de San Gabriel y nos mudamos allí. Antes de un año la antigua hacienda volvió a su esplendor, la casita de adobe fue demolida para que no desentonara con el edificio y gracias a Dios no tuve que entrar más en aquella maldita alcobilla que tan malos recuerdos me traía.

Terminada la obra, un día, me dio dinero para que fuera al puerto de Veracruz a comprar los muebles y los enseres para llenar la casa en la que tú vives ahora. Me fui con la Mulata, que hacía las veces de mi dueña, con el

cochero y tres capataces que nos acompañaban armados por si los bandidos nos atacaban; llevamos varios cargadores que seguían el carruaje en una carreta de mulas, aunque aquellas zonas no eran tan inseguras como el trayecto hacia Puebla. En el puerto encontré enseres que llegaban de Europa y mercancías que en el estraperlo se quedaban de Asia en los bazares y tiendas de la ciudad, ya que todo absolutamente tenía que ir a dar a Cádiz a la Casa de Contratación. Me encontré con las suspiradas porcelanas que en mi tierra miraba en las casas de los ricos y que ni siquiera me permitía soñar con tener algún día, las arañas de cristal con palmatorias para más de cincuenta velas, un gran jarrón chino, que coloqué en el recibidor como los que vi en casa de tus bisabuelos los marqueses, y hasta muebles hermosos de roble que me recordaron los que de refilón vi una mañana en que la Paca pasó por casa del regidor Lasquetty a quién sabe qué recado, y me llevó con ella hasta el vestíbulo, donde una doncella de impecables modales nos dejó sentarnos en un tresillo por unos minutos mientras la Paca recibía unos papeles del regidor. Terciopelos para las cortinas, alfombras de lana, espejos, sillería de caoba y hasta un arpa, que debe de seguir arrumbada en la hacienda y que cuando compré quise aprender a tocar, pero nunca pude. Me recordaba el sonido de aquella gavota que bailé con Sebastián y que había escuchado ensayar día tras día desde aquel cuarto de costura como un augurio, aquella gavota que salió del arpa del salón mientras yo cosía las casacas de tu abuelo.

En esas cosas el viejo nunca escatimó, me dejaba gastar en caprichos, la verdad, como sabía que a mí me daba igual una cosa que otra, no le preocupaba que me gastase el dinero en la casa, porque era eso: mi casa, pero no mi hogar, y él quería verla llena de cosas *güenas* como las casas de los señores pudientes.

Mi hijo crecía y yo vivía una existencia escondida pero segura. José Candelario, aparentemente, se había refinado a costa de doblones y de aquella vida en las colonias que nunca hubiera soñado tener en Cádiz: una casa grande con bonitos muebles, hartos criados, buen paño *pa* lucir su cuerpo grandullón y mal hecho, alguna querida con una casa chica en Tlacotalpan y todo el lujo que se podía dar a costa de la caña y de lo que tú y yo ya sabemos porque te lo acabo de contar: la miseria de los otros.

Yo, por añadidura, también vivía con todo ese postín, no te voy a negar que fui cómplice silenciosa a pesar de ser también un lujo más de los suyos, otra guacamaya. Las alhajas que me compraba y los vestidos que gastaba en mí no eran sino parte de su propio boato, pero eso no me hace a mí menos culpable de las habas que allí se cocían. No creas que entonces me causaba remordimiento vivir mejor que una marquesona de la Península viniendo de donde venía. Gracias a esa vida desahogada y a la infelicidad que rodeaba mi casa, me pude refugiar además en los libros para hacerme la sorda, la muda y la ciega. A él no le gustaba que leyera ciertas cosas, nunca le hizo gracia que las monjitas de El Pilar me hubieran enseñado a leer y cada vez que podía me lo hacía saber; que si la mujer como la bestia, cuanto menos sepa mejor, y que no era de hembra decente meterse en los pliegos que escribían los hombres.

Yo para qué iba a porfiar con él, no me interesaba crear más problema y apuro entre nosotros, así que le arrancaba las guardas a los libros que leí de Jovellanos o de sor Juana Inés, y los escondía en los lomos de un breviario, un misal o la vida de cualquier mártir cristiano y así, el viejo pensaba que yo no era sino una beata, que trajinaba todo el día con novenas y jaculatorias, mientras me ilustraba y me iba puliendo de una forma muy distinta a la de él, que solamente se engrandecía con su plantación y los doblones que ella le daba.

Mientras que en la España peninsular no me hubiera permitido mi confesor hacer todo el despliegue de lujo que hacíamos en la Nueva España, el padre Pacheco, a pesar de que me acusaba de vanidosa en el confesionario cuando veía cómo iba y venía, se hacía de la vista gorda porque los diezmos que a él le tocaban eran más gordos cuanto más gordo fuera el lujo con el que se vivía en San Gabriel, y para las autoridades virreinales igual, aquí ya no había tanto defensor del Antiguo Régimen, como lo llamaban en los libros que leía, cuanto más produjeran las haciendas y las minas, más derechos reales iban a dar al rey y a la Casa de Contratación, a pesar de que con ellas una nueva casta de hombres iba prosperando, una casta que no era noble pero que vivía mejor que todos ellos, para que el quinto real de todo aquel beneficio se gastase en la corte de Madrid.

Así que lo que hubiera parecido imposible en mi tierra, que dos despojados sin dónde caerse muertos pudieran llegar a vivir como llegamos a vivir nosotros, en la Nueva España y el resto de las provincias de ultramar era lo más normal del mundo. Eso sí, quizá no fuésemos los más finolis de la colonia en Veracruz, porque de que los había también finos, los había, pero cuando a uno le dejan de salir callos en las manos, se mueve en carruaje, come caliente y duerme en blando, es más fácil aprender a colocarse el sombrero y la peluca de lo que parece cuando se es un pelagatos.

El padre Pacheco se encargó de presentarnos en la sociedad virreinal, y el lugar de reunión fue en principio la parroquia, para pasar poco a poco a ganar acceso a los salones, las verbenas, las posadas y las pastorelas de Alvarado y algún que otro personaje de importancia como el alférez real de Veracruz. A mí, la verdad, no me interesaron. En su mayoría eran peninsulares como nosotros, y en menos número, criollos, al contrario que en la Ciudad de Méjico, donde había una sociedad compuesta por más criollos que peninsulares.

En la Nueva España, a pesar de la rigidez de sus castas, las cosas sucedían rápido, sobre todo para los hombres blancos de razón. Las fortunas que en la Península se llevaba una familia siglos en hacer, heredades y condados adscritos a una estirpe por el transcurso del tiempo, en la Nueva España se hacían en treinta años, así te cuento del conde de Regla, don Pedro, que vino como nosotros del sur, de la provincia de Huelva, y fíjate adónde llegó, hasta título y todo le dieron. Las peninsulares se volvían bien melindrosas en la Nueva España en menos que cantaba un gallo, la Paca diría que se les ponía el *meaero mu* alto, más alto que una cigüeña. Trataban de aparentar lo que no eran, un ejemplo de ellas era doña Cristeta y muchas otras que conocí, a las que, como ya te dije, se les olvidaba que en sus pueblos de la Península no tenían ni bacinicas ni orinales, y que cagaban a pulso apoyadas en los árboles de los estercoleros de las casas, y eso las que tenían una casa, que no pocas, y bien lo sabe Dios, salieron de las cárceles para ser embarcadas directitas a Veracruz, por gracia de los edictos y cartas pueblas que otorgó el Rey Nuestro Señor y así condonarlas del presidio con la condición de que viniesen a colonizar estos lugares. Y hasta la mismísima virreina tenía cola

que le pisaran, que para dos o tres marquesas que habían llegado aquí a gobernar con sus maridos, las demás venían del mismo sitio de donde yo había venido, de los arrabales, de villorrios inmundos donde no había ni canalillo *pa* las aguas sucias, y que no se asusten de mí, ni de lo que hago ahora en los galeones, que más bien yo tendría que asustarme de ellas, que si yo era de baja condición, muchas de ellas no me llegaban a mí ni a la planta del pie.

DEL XATE Y OTROS REMEDIOS PARA LA PREÑEZ

La *Leona* se tuvo que ir de mi vera para que yo pudiese cumplir sin traba alguna con los deberes cristianos de una buena esposa. De haber seguido allí, si se hubiese podido zafar la criatura del almartigón, hubiera matado a dentelladas a ese puerco tan pronto como me hubiese puesto de nuevo la mano encima.

Una fiel amiga, sea la que sea, estorba cuando una, por su misma voluntad, elige el camino de su propia perdición. Y ese camino lo había elegido yo mismita, por mucho que en aquel entonces me empeñara en repetirme que el destino había sido cruel conmigo, en sentir lástima por mí y en recordarme cada mañana al levantarme que el pago a nuestra propia bravura, la de tu abuelo y la mía, había sido un castigo del cielo por atrevernos a romper aquel orden divino de la Península.

Sentirme desgraciada era mejor que sentirme culpable. Sentir pena por una era más fácil que tomar las riendas de mi propia vida y afrontar que si estaba en aquel infierno había sido sobre todo por mi propia responsabilidad y desatino. En darme cuenta de eso tardé mucho, Rosario, era mejor atribuir mis desgracias a José Candelario, a doña Ricarda, a las monjas, a la de Meave y a la hermana Aquilina, por quienes empecé a fermentar odio, a convertirlos en mis cabezas de turco, los chivos expiatorios de una vida infeliz cuya única causa era que yo había preferido ser la señora de un encomendero que una perdida como mi madre, tener un marido que haberme quedado soltera y

mancillada. Porque a pesar de haber leído tanto a sor Juana Inés y crearme ilustrada, seguía en mi razón la idea de que una mujer que no tiene hombre al lado vale menos que la que lo tiene. Y aunque yo en esos años aún no había tenido la fortuna de leer a Diderot, cuando, más tarde, lo hice coincidí totalmente con sus opiniones sobre el libre albedrío.

No te voy a decir que no tomé esa decisión por mi hijo, porque así fue. Y quizás ese mismo sendero lo hubiese tomado una y otra vez de volver a vivir cientos de veces mi vida. Era lo mejor para él y de algún modo para mí como madre. Y no se trata de ponerlo a él de parapeto, porque que la decisión es de una es tan cierto como que hay un Dios, y que nos gusta culpar a los demás o al destino de nuestras desgracias, comiserarnos de nosotros mismos en lugar de coger al toro por los cuernos, también lo es.

Sin la *Leona* mi vida fue mucho más triste. La lloraba a cada rato, la echaba en falta a mi lado a cada minuto. Cuando me levantaba en las mañanas y salía afuera, ella ya no corría escaleras abajo por la balaustrada rota a ladrarle a los gallinazos, ni se echaba en el suelo de la cocina mirándome con el rabillo del ojo cuando preparaba el almuerzo, buscando un trozo de tocino que se me resbalase al piso, o el hueso de un caldo, tampoco se tiraba sobre un costado en el suelo de piedra fresca a la hora de la siesta, cuando yo no dormía sino que rumiaba todas mis desgracias entre puntada y puntada de mi labor, ni me pisaba los talones cuando de noche me iba a la cama con la palmatoria en la mano después de haber despedido a Sebastián en su cuarto, al que trataba de mantener lo más lejos posible de mí misma, sabiendo que cuanto más cerca lo tuviese más sufriría en ver y escuchar lo que acontecía entre los muros de esa casa.

Me invadía un llanto inesperado cuando veía caer la zafra tiznada de la caña desde el cielo como plumas negras de una almohada rota tras una pelea de niños y me acordaba de cómo la *Leona* se volvía loca, gimiendo y ladrando hacia arriba, desde la primera vez que lo vio caer en San Gabriel, quién sabe qué se figuraba la pobre que eran aquellos copos de carbón que flotaban en el aire cuando quemaban los rastrojos en la plantación; se secaban mis lágrimas a base de aire, sin apenas haber salido de las niñas de mis ojos, cuando a caballo galopaba por las lomas del Papaloapan y la brisa me pegaba

en la cara, dándome cuenta de que ella ya no seguía a mi yegua a carrera limpia, que ya no venía detrás *mía* para esperarme con la lengua afuera y la cola meneándola como loca cuando desmontaba bajo la ceiba, esperando que le tirase un palo o cualquier cosa para jugar las dos, echándose en el pasto verde mientras me sentaba en la rama grande, la que está torcida en el suelo, donde yo me ponía a leer; y sobre todo la echaba en falta, aunque fuera amarrada al árbol, cuando el viejo llegaba de noche a ocuparme, como mandaban los cánones de la Santa Madre Iglesia.

Había sido mi amiga, mi cómplice, mi defensora, y a su muerte no tenía derecho a llorarla. Nadie me dio un pésame en la parroquia ese domingo. Ni el cura Pacheco pidió por ella después del ofertorio como pedía por cualquier vieja copetona que se iba para el otro barrio dejándole los cuartos de herencia, nadie me hizo el más leve comentario, los perros no cuentan. Cuando le mencioné a Pacheco mi profunda tristeza y lo que hizo el viejo, lo único que me dijo fue que los perros no tenían alma, que no me preocupase tanto por un animal y que si mi marido la había matado por algo habría sido y no era ni falta ni pecado matar a un ser sin ánima. Ese día le contesté como pude, y lo único que acerté a decirle fue lo que ya te dije a ti, que si san Pedro hubiera sido perro, no habría negado a Cristo ni una sola vez. El cura se puso muy colérico ese día conmigo, hasta me amenazó con el Santo Oficio y me dijo que de no haber sido la esposa de José Candelario me llevaban a prisión por esos disparates sacrílegos que me había atrevido a decir. A mí me dio igual, tenía tanta pena encima que ninguna de sus amenazas me hacía mella.

No fue sino María la Mulata la que, al día siguiente del disparo, en un duro silencio, agarró mi mano fuerte mientras la enterrábamos para siempre bajo la ceiba de tronco gris. Nadie llora a los animales.

Llevaba su recuerdo en mis *sentrañas* sabiendo que algunas heridas cicatrizan despacio. Echaba de menos a mi amiga sin atreverme a confesar a la gente de mi alrededor que la pena que me marcaba estaba suscitada por una perra porque me pondrían por loca. Las personas, ya sean de razón o no lo sean, no entienden de esos dolores, como no se entendía que una sufriese la pérdida de un esclavo negro, ni mucho menos que se tuviese una devoción o amistad hacia ellos, ni siquiera la fraternidad cristiana era posible con quienes

no son tus iguales.

Todo eso estaba en contra de ese orden divino que yo me atreví a romper tantas veces, aquel que no se puede alterar de ninguna de las maneras. El Colegio del Pilar, gracias a Dios, había hecho que yo viese todo desde otros procederes, sobre todo desde el sentido común, y de esa forma pude empeñarme en leer a escondidas lo que podía, ya que José Candelario no hubiese permitido ni un solo libro en la casa que no fuese un recetario de cocina o un misal. Hacerle la competencia a tu propio marido en sapiencia ya de por sí es una afrenta, y mucho más aún cuando el marido era lo que era, un patán cargador de muelles con ínfulas de señor, y no soportaba que nadie ni nada, y mucho menos yo, escapase de la encomienda que el rey de España y el Papa de Roma le habían otorgado en el nombre de Dios y de la salvación de nuestras almas. Gregoria, la esposa, estaba incluida en aquella sinrazón, en ese cruel fardo donde a fuerza de golpes y sangre e incluso a costa de la propia vida podía él decidir lo que convenía a la salvación de nuestras almas y la gloria de Dios.

Ya sin la *Leona* de por medio, José Candelario entró en mí todas las veces que le dio la gana sin ninguna traba, de una forma o de otra, con golpes o sosiego, daba igual. Como has de suponer, una mujer joven y fértil como yo dio su fruto. A pesar de los pesares, cumplí con lo mío, una esposa tiene que traer hijos al mundo y así fue: nacieron tus tías.

Habermeme preñado con las niñas de José Candelario fue muy duro. La primera vez que me embaracé fue porque él me forzó, como de costumbre, pero la segunda no tuvo que hacerlo porque, aunque me diese asco, yo intentaba ponerme mansa ante su fuerza y sus palizas. Sabía que no serviría de nada oponerme, sino que para que me endiñara a todo lo que daba, porque desde que se dio cuenta de que nunca lo querría como a Sebastián, le encantaba tener una excusa para zurrarme.

Ya viviendo en la casa principal, cuando terminó la obra, siguió haciendo lo mismo a pesar de que allí dormíamos en cuartos separados por exhortación del padre Pacheco. José Candelario era de esos hombres que no solamente te denigran durante el acto, cuando se ponía cruel lo hacía durante todo el día, en las ceremonias de un Domingo de Ramos o el día de Navidad, cuando

bordabas, guisabas, te hincabas en el oratorio a hacer una novena, o preparabas una pastorela con los niños de los encomendados de la hacienda, cuando fuese que a él le placiera. Su modo era hacerte sentir una *porcacha*. A veces se podía pasar días sin dirigirle a una la palabra aunque no hubiera hecho nada, o te hablaba solo lo mínimo, te decía que no estaba *enritado*, pero sus respuestas y preguntas eran parcas.

Yo había tratado por todos los medios de favorecer, y si teníamos que vivir como marido y mujer con el niño traté de formar una familia digna con él. Aunque no lo quería, deseaba que, al menos, hubiese un afecto entre nosotros y era mi obligación avivarlo, una observancia decorosa, que fuéramos una familia como las otras a pesar de que la nuestra se fundó en los embustes y los tejemanejes de él, pero no pude.

José Candelario como que barruntaba mis tormentos, mis deseos de agradar y de que ese infierno y esa soledad no lo fuesen tanto y, entonces, creaba un muro invisible que me impedía llevar a cabo con buen fin mis propósitos de esposa cristiana. Me apartaba de mi tesón a base de respuestas, miradas que contenían vilipendio, una palabra de sátira o retintín, y así me iba haciéndome sentir nada, incapaz de seguir una regla en mi vida por simple que fuese, un *bienfacer*, para luego poder venir a mi alcoba a ultrajarme y no encontrar a una mujer fuerte sino a una desgraciada sin pujanza suficiente para oponerse al terror que sembraba.

Había arrancado el cerrojo y las aldabillas de la puerta de mis recámaras y me advirtió de que todo en aquella hacienda era suyo, las casas, las cañas, el ingenio, los negros, las bestias y nosotros dos, refiriéndose al niño y a mí, y que si encontraba una tranca en mi puerta la tiraba o la quemaba y la paliza de muerte que me diera me dejaría marcada de por vida. Aunque con mi hijo no se metía, yo tenía miedo que en una de esas me matase y se tuviera que quedar mi niño con él, y comencé a vivir acobardada. Cuando se vio a sí mismo de dueño y señor de San Gabriel, su altanería y su soberbia crecieron aún más, se desahogaba con las negras, con las indias, conmigo y con las rameras que traía de Tlacotalpan, todas estábamos allí para cumplir y darle gusto a él.

Una noche en la que estaba yo casi dormida se metió en mi cama y me

despertó con sus broncas manos y el olor a borracho meado que siempre traía encima cuando llegaba de madrugada. Tenía muy mal beber. Como había refrescado por los aguaceros, y porque seguramente había venido un norte, yo tenía prendido el fuego en la chimenea y con la luz rojiza de la hoguera le podía ver su cara hinchada por el vicio, las bolsas bajo los ojos y la barba de varios días, que raspaba como una lima de fierro.

Todavía estaba yo muy rebelde y le quité la boca para no recibir su lengua maloliente. Para qué habría yo hecho eso, empezó a darme de reveses y puñetes en la cara hasta que me dejó baldada, me arrancó el camisón de dormir y con sus sucios dedos me hurgó como una rata que hurga por el roto de un saco de boniatos. Así estuvo haciéndome daño por hacérmelo, a conciencia, él era malo de condición, gritándome con su aliento pestoso que era una estrecha y una gazmoña, pero que él me iba a abrir como era su deber y que si no me dejaba me iba a romper los dientes allí mismo. Cuando se cansó de hacerme mal con las manos en mis partes, me invadió mientras yo gritaba. Parecía que mis gritos le avivaban más la gana de vejarme porque las cosas que me hacía, mi *arma*, no te las voy a detallar, pero eran tremendas. Si hay infierno no creo que sea peor que lo que yo vivía con él cada vez que le venía en gana desquitarse conmigo y vulnerarme. Por eso no me dio miedo ser una pirata, ni ningún castigo divino, mi castigo ya lo he vivido yo aquí en la tierra con él. Que más que pirata he sido corsaria, porque, aunque no me ha dado patente ningún reino para atacar las naves de otro, me dan la patente las razones que tengo yo para hacer lo que hago, y el derecho natural de estas gentes a las que libero.

Al día siguiente, María la Mulata vino a verme, toda la hacienda había escuchado mis gritos en la madrugada. La mujer me lavó y me puso ungüentos en los moratones, y antes de dejarme dormir de nuevo porque estaba muerta, me obligó a lavarme bien el *jigo* con agua y vinagre para que no me preñara, me ardía de las magulladuras que me hizo y la cabeza todavía me daba vueltas de los golpes que me dio para doblegarme aquel cerdo borracho, pero como pude le hice caso a María y me senté en la jofaina; mi *sentrañas* me escocían con el lavatorio, pero me aguanté porque me horrorizaba tener un hijo de él.

No hizo ningún efecto aquel remedio del vinagre porque a los pocos meses mi panza comenzó a hincharse, estaba embarazada, y mi tío se puso feliz al verme así: eso era lo que quería el cabrón, hartos hijos para que llevaran la hacienda, la caña y el ganado. La Mulata vino de nuevo, esta vez traía en el delantal un buen manojo de perejil, quería hacer unas infusiones o quién sabe qué cosa, y como que me metiera un manojo por el chumino una vez al día durante una semana. Me dijo que con eso podía yo abortar y no tenía por qué traer el hijo de ese desgraciado a este mundo. Yo le dije que se esperara un poco, quería pensarlo. Estuve cavilándolo un par de días, recordando mi vida desde que era una niña hasta ese momento, ¿cómo había llegado allí?, ¿qué había hecho mal para estar en aquella situación?

Yo sabía que la Paca había hecho sus cosas para no tener más hijos de la cuenta, no exactamente qué y cómo, pero sabía que alguna vez se había ido a quitar algún embarazo de encima con una matrona del arrabal de Santiago, y a fin de cuentas allí estaba yo, vivita y coleando, hija de una prostituta, y quién sabe por qué ella no me abortó. Pero lo que más me pudo, Rosario, fue el recuerdo de la *Leona*, aquella perra que amamantó a tu padre cuando yo no tenía ni leche que darle, allí estaba ella viniendo de nuevo a mi sentido, un animal que me dio una lección más grande que cualquier persona. Quién sabe cómo le hubieron hecho a ella sus cachorritos, si algún otro perro callejero la forzó como me forzó a mí mi tío, o si fueron varios o qué sé yo. Y ahí estaba, amorosa, tumbada de lado contra la pared del claustro, en medio del chaparrón y cuidando a sus hijos sin importarle de dónde o cómo hubiesen venido a este mundo, luego cuando se los quitaron casi se vuelve loca la pobre.

La recuerdo saltando sobre aquel muro de adobe, con las pezuñas ensangrentadas de rascar la barda, me costó mucho trabajo meterla en el carruaje de Niña Carmen y luego, la melancolía que le entró durante tanto tiempo y que solamente se le quitaba cuando me veía tomar en los brazos a mi hijo, tu padre, y movía el rabo cabizbaja, alegre por ver a mi cachorro crecer pero triste porque seguro se acordaba de los suyos. ¿Cómo iba yo a hacerlo? Me acordé de mi niño el día que lo tuve, de la angustia que sentía cuando estaba encinta y soltera y de cómo se me quitaron aquellas *duquelas*

el día que lo parí y lo tuve en mis brazos, del amor tan inconmensurable que sentí por él. Perras o mujeres nos mataríamos contra un muro por salvar a nuestros críos. Tuve claro que aquella criatura que traía adentro no tenía culpa de que la hubieran concebido en el quebrantamiento y no en el amor, decidí traerla al mundo y tratar de quererla como pudiese.

Durante meses le recé a san Ramón Nonato, patrón de los no nacidos, para que no fuera un varón, no hubiera podido soportar que se pareciera a José Candelario, ni el más mínimo gesto de ese hombre ruin. Tuve suerte porque fue una niña y, además, se pareció a mi madre, claro, la hermana del puerco. Cuando vi su cabecita morena y peluda, y noté que a pesar de ser tan pequeñita ya la naricilla respingona se veía como la de la Paca, se me olvidó cómo me la hicieron. Por eso le puse el nombre de mi madre, para quererla más, y el de santa Ana, porque nació ese día: Ana Francisca.

Luego con María Manuela la cosa fue distinta, yo para entonces no me oponía a nada de lo que él decidía hacer conmigo; habían sido muchas palizas y yo ni tenía fuerzas ni ganas de sentir más dolor. Me la concibió estando yo muerta, porque así me sentía cuando me ocupaba en las noches borracho de ron. Había traído, de nuevo, a dos mujerzuelas de Tlacotalpan y entre aquellas furcias me ocupó a mí como si fuera otra más de la mancebía, después de haberlas fornicado a ellas, denigrándome no solo con insultos sino con lo que me obligaba a hacer. No sé qué era peor, si cuando le daba por endiñarme o cuando me mancillaba con las otras. Entonces sí fui yo la que acudí a la Mulata cuando vi cómo se me volvían a hinchar los pechos y se me retrasaba el menstruó. Esa vez ni el recuerdo de la perra mastín pudo quitarme las ganas que sentí de arrancarme los vientres con todo y niño: estaba rabiosa.

Quién sabe cuántas tisanas de perejil me tomé tratando de echar afuera mi preñez, estuve toda la semana, venga menjurjes y venga manojos *p'adentro* del chumino. Fue tal el empacho que ahora veo el perejil y me dan arcadas. Pero de funcionar aquello, ni *mijita*.

La preñez no se me fue, y la María Manuela nació cuando tenía que nacer, gordita, más gordita que la Ana Francisca y más sana que cualquiera de los tres. Cuando la tuve en mis brazos respiré hondo porque no era varón,

mientras mi tío maldecía con blasfemias en la esquina de la recámara delante de la comadrona y la Mulata, eso me ayudaba a quererlas más, como él no quería mujeres sino varones, yo las quería el doble. Al verla yo pelirrojita y con mis ojos azules no tuve más remedio que quererla. Me entró remordimiento, sentí que por mi culpa se le había ardido su pelito, porque lo de pelirroja no sé de dónde le vino, me figuro que fue de tanto perejil que me metí por el chocho con idea de sacarla a la fuerza de mi *sentraña*, pero se ve que la niña tuvo más valor que yo y se quedó donde se tenía que quedar. Porque como tú misma sabrás y habrás comprobado, tu tía María Manuela los tiene bien puestos.

Ya después de las dos preñeces tuve otra que perdí de una paliza, y una quinta que se me salió enaguas abajo una tarde de enero porque hice un esfuerzo o comí de frío, o qué sé yo, puras niñas. Y luego una india de Yucatán que trabajaba en San Gabriel me vino con una planta, una especie de palmito que le llamaban xate, que si se la toma una y se embadurna bien en el asunto, sirve para no quedarse encinta. Y esa planta me vine tomando y poniendo donde me la tenía que poner. La ponía en el molcajete y la convertía en una pasta verdosa que guardaba en un trapillo bajo las cobijas, José Candelario ni se daba cuenta que antes de que me obligara a hacerlo me pasaba yo las manos embarradas de la planta machacada por el papo, y gracias a Dios nunca más me quedé preñada, ni de ese cochino ni de nadie. Así empecé a ser poco a poco la dueña de mi propio cuerpo. Y por mucho tiempo, hija, la seguí llevando en el barco y la echaba al mortero, por cualquier cosa que se me pudiera haber ofrecido, porque has de comprender que era yo una mujer joven y una no ha sido de piedra.

SOBRE SER UNA MADRE

A pesar de que unos me fueron concebidos en el odio y otro en el amor, yo traté de no hacer diferencia entre mis hijos. Ser madre es una cosa que uno no puede comprender hasta que no sucede, hasta que no tienes al niño en los brazos y agarra el pecho buscándote.

Yo era de las madres que defendían a sus hijos como una fiera, aunque tu padre te haya dicho lo contrario, toda esa historia de que los dejé para irme con un capitán. Más me dolía el daño que le hiciesen a mis hijos que el que me hicieron a mí, y además es cierto que yo, de entre todos ellos, tenía un ojo derecho que era él: mi hijo Sebastián. Por él hacía lo que fuera, y de eso él nunca se quiso dar cuenta, sin saber todos aquellos años que lo tuve a mi lado que él, y solo él, era el centro de mis *duquelas*.

No sabes cómo me dolió que me echara de casa, que viviese el resto de su vida resentido conmigo. No creas que lo que me molestaba era que pensase que yo estaba liada con un capitán de galeón con el que me fui de su lado, eso era lo de menos, o que creyese que Bocachica en verdad existía, y que además estuviese yo amancebada con él, como lo creía el resto de la gente, todo eso me dolía, claro que sí. O que me vistiese de limpio cada vez que fui a verlo, y además lo hacía delante de mis hijas, sus hermanas, quitándoles cualquier ápice de respeto que tuviesen por su señora madre, pero lo que más me atormentaba era su odio hacia mí que no lo dejaba ver más allá de su propia tragedia.

Me odiaba, aun sabiendo que por él salí de Cádiz en busca de su propio padre, por él pedí limosna por las calles de la Ciudad de Méjico, por él hasta gravé mi vida y me casé con mi tío José Candelario, el hombre más ruin de la Tierra, y por él me metí en un barco sin saber adónde ir, para darle el padre que se merecía tener y de quien tuvo que haber aprendido la decencia y lo honorable, y no las porquerías que aprendió de aquel patán que él siempre creyó su padre, que lo único que le dejó fue el rencor y la soberbia que se llevará a la tumba sin saber el porqué de esta historia que ahora te estoy contando a ti. Al que de verdad tendría que contársela es a él, Rosario, y no sofocarte con estas historietas que vienen a esta cabeza de vieja chocha. Pero no me atrevo, no me atrevo a desnudar mi alma con mi propio hijo, a confesarle lo que solo a una mujer cómplice y amiga se le puede contar, mis secretos más íntimos, mis deseos más escondidos, mis meteduras de pata y mis desatinos.

Y, además, Rosario, el verte mujer como yo también me hace contarte lo que a tu padre no podría, porque en esa condición tuya espero sepas comprender lo que los hombres no entienden de nosotras, ya sean nuestros padres, nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros maridos o nuestros amantes, por muy cercanos que se sientan, por mucha benevolencia con que nos miren, por mucho amor que nos tengan, no han podido entender todavía que los mismos deseos de vivir que ellos tienen, los mismos deseos de libertad, de decisión, de poder y por qué no decirlo, de diversión, los tenemos también nosotras.

En defender a mis hijos, como te iba yo diciendo, tuve una buena maestra: la Paca, que saltaba como una loba cuando alguien nos hacía lo más mínimo, cuando cualquier vecindona nos hacía sus *malajás*, o cuando el cura de los Dolores, que les tenía manía a mis hermanos, les pegaba con la vara por jugar en la tapia de la parroquia a *chicharito las habas*. O aquella vez que no me puedo quitar de la cabeza, cuando revoleó a su tía Genoveva porque la muy canalla se ensañó conmigo.

Siendo yo *mu chiquetita*, tendría unos seis añitos, mi madre, como no lo estaba pasando bien, me mandó a vivir con su tía Genoveva, una hermana de la mamá Antoa. Yo no pude tener una abuela, hija, en eso nos parecemos tú y

yo, aunque fuera por otras razones, y por eso mi madre se arrimó a su tía Genoveva, pensándola como su madre, aunque no lo era, ni se comportó como tal.

La mamá Antoa tampoco nunca fue mi abuela, no me quería ni tantito la *saboría* esa, y yo, en cambio, te quiero mucho aunque no te conozca. Ella no te creas que nos tenía el más mínimo de los cariños, nada de eso, venía a sus intereses, nos miraba como si fuésemos apestados, llegaba siempre a recriminar a mi madre, que por qué había hecho esto o por qué lo otro, que la vida que llevaba era una deshonra y que dejase a sus churumbeles en cualquier casa cuna para niños expósitos, o con las monjas, y volviese a Sanlúcar a casarse con un buen gitano, de la casta de ellos, que aunque ya de *cheli* no tuviese nada, todavía era guapa, y habría muchos dispuestos a casarse con ella.

Mi madre, cada vez que decía esos disparates, la echaba de la vecindad con los ojos húmedos, ni le gritaba palabrotas ni le pegaba, como yo la había visto hacer en otras ocasiones a otras personas. La Paca se ponía más firme que un guardia, no se alteraba, quién sabe lo que se decían en voz baja, pero el caso es que salía la mamá Antoa por las puertas con cara de velatorio, renegando, y mi madre cerraba el portón con la tranca. Cuando la vieja estaba en el patio rompía a llorar en silencio, y apoyándose en el pretil de la ventana, decía en voz alta, para que ella la escuchase desde fuera, que no quería volver a verla más y la maldecía en caló por la reja con aquello que ya te conté: *panipé gresite terele tu cuédrupe*.

Hoy ya sé lo que significan esas palabras, hija, pero entonces no, aunque de las veces que se lo escuchaba me las aprendí de memoria. Yo le preguntaba a la Paca qué le estaba diciendo a la mamá Antoa, pero ella nunca me lo quiso decir hasta que fui mayor. Era *palabrotera* y tenía *mu* mala lengua la *joía*, pero aquella retahíla en la lengua de los gitanos que murmuraba casi siempre cuando las cosas se ponían *mu* feas, esa se la quedaba para sus adentros sin compartirla ni conmigo, ni con nadie. Supongo que le dolía más que cualquier cosa porque aquella gitana malparida era su madre.

Luego se acercaba a mí, todavía con los ojos llenos de lágrimas, me abrazaba y me decía que para ella antes que nada, antes que su madre, su

padre, que cualquier hombre y que toda su casta calé, estábamos nosotros: sus hijos. Yo la abrazaba tan fuerte que me dolía el pecho, me quedaba un buen rato sintiéndole los pulsos del corazón que lo tenía *encogío*, y como podía, así estrujada contra su seno, le cubría su carita de besos de niña y suspiraba tranquila, porque había estado desde una esquina oscura del cuarto, donde no llegaba la luz del candil, escuchando todo lo que mi abuela le decía, y me ponía *mu* mala y *mu* triste, de pensar que nos iban a llevar a una casa cuna de esas a abandonarnos.

El caso es que, volviendo a la Genoveva, luego de quedarse viuda, la tía se hizo de un puesto de tortas en la plaza de Abastos. Mi madre esperaba que yo aprendiera el oficio de mi tía, que tenía muy buena mano para los dulces, hacía unas tortas de aceite la mar de buenas. La Bibelota me mandó a vivir con la Genoveva a la Isla del León para apartarme de ella misma y de su mala vida. Mi madre siempre estuvo empeñada en que yo creciese siendo una mujer de bien, ¡figúrate, Rosario!, si me viese ahora en la piratería.

Me fui *anca* la Genoveva y al principio todo iba muy bien. Por las mañanas hacía yo la masa con ella, y ya que iban las tortas al horno y salían doradas las poníamos en canastos, entre hojas de higuera, las envolvíamos en unos trapos limpios y nos íbamos caminando, todavía de noche, cargando los canastos.

La Genoveva era una burraca. La recuerdo sentada en un tabal de madera en medio de la plaza de Abastos, con las piernas abiertas y las enaguas subidas hasta la cintura, abanicándose con un abanador bajo las faldillas, enseñando la ventrecha porque decía que le entraba calor por los bajos de tanto trajinar.

Estuve viviendo con ella un tiempo, aguantando su mala leche y llorando cada vez que se metía con mi madre o conmigo, diciéndome que era yo una bastarda y una hijaputa, y que a saber quién había sido mi padre de todos los marineros borrachos que llegaban a Cádiz. Era una mala persona, ni me cuidaba ni me trataba bien.

Un día, sin que mi madre supiera nada, me dijo que ya no iba a irme con ella a vender al mercado y me mandó a trabajar a un obraje que había por allá por Puerto Real. Se arregló con la gobernanta de la fábrica y me mandaba a

los telares con aquella mujer. Cruzaba yo solita por el puente Zuazo hasta casa de la gobernanta y de allí me iba con ella, llegaba a hacer la cola para entrar en los talleres a trabajar, todos en fila, junto con muchos niños que, como yo, tenían las manitas pequeñas y hábiles para poder hilar en las tramoyas de los telares y usar aquellos aparatos. Encerrada en aquellos galerones de ventanas altas, me enseñaron a hilvanar, a hilar y encanillar los hilos por los bastidores, y a mover aquellas tramas de sol a sol. Estaba esclavizada en el obraje, hija, y de noche nos dejaban allí, a dormir amontonados, no sé cómo no me pasó algo malo con tanta gente hacinada a mi lado todita la madrugada.

La avara de mi tía se quedaba con el jornal que me daban. Me decía que era un gasto muy grande tenerme con ella de gañote, y que era yo una *jambrona*, que todo había sido porque mi madre ya no me quería con ella, y me había enjaretado, pero que no tenía por qué mantenerme de balde. Tuve suerte que antes del año de estar en el taller me pusieron de patitas en la calle para mi alegría, de lo contrario quién sabe cómo hubiese acabado, como otros niños acababan, o tísica o forzada por algún encargado.

Cuando llegué a la casita de la Carraca, a la Genoveva le dio tanto coraje que ya no tuviese trabajo que me pegó una paliza de muerte. Al día siguiente me dejó en la casa encerrada a cal y canto, y yo al dar las campanadas a las doce del mediodía me levanté como pude, busqué y busqué por dónde salir, hasta que yo no sé lo que me figuré, que me subí a un poyete y me escapé por la chimenea del horno de pan. Estaba yo tan flaca que hasta por aquello cupe.

No llegué a Cádiz hasta el día siguiente. Cuando mi madre me vio todita *jería* casi le da un síncope. Le conté lo sucedido y, mientras me bañaba en la cubeta, fue descubriendo los cardenales de mi cuerpo. Se puso como una fiera. Ya era de noche y no podía salir a pegarle a la Genoveva, pero juró por los clavos de Cristo que en cuanto la tuviese a tiro la iba a poner mirando *pa* Coria.

Al día siguiente se presentó conmigo de la mano en el puesto de tortas y le armó a la Genoveva un escándalo de dos pares de cojones. Nada más ver a mi madre desde lejos la gitana se culanchó *todita toda*. Mi madre se puso a gritarle como nunca la vi: que si ¡hija de la gran puta!, ¡esto no te lo

consiento!, ¡no te escondas, culera!

La revoleó, la arrastró por la melena entre los puestos mientras le echaba todas las maldiciones gitanas que tenía en el repertorio, hasta hablaba cosas en caló que yo ni entendía. ¡Tú no sabes, hija, lo que era aquello!

Figúrate que salieron a tratar de apartarlas mientras las oían gritar y las pilas de melones rodaban por el suelo. Ya que consiguieron separarlas la Paca seguía gritando como las locas: más te vale que en vez de pegarle a mi niña te dediques a otros menesteres, ¡guarra!, que no necesitamos nada de ti, que *pa* eso vendo yo mi chocho, *pa* que ella no pase hambre y tenga lo que *haiga* de tener, y ahora mismito me pagas el dinero que te has *quedao* de las *peonás* de la niña o te endiño una patada en *toa* la pipa del coño que te pongo a cavilar.

Nunca en mi vida vi a la Paca tan *enritada*, sino cuando le embarró la mierda a doña Ricarda, y las dos veces lo hizo por mí. La Genoveva no tuvo más remedio que darle el dinero de mis mesadas y salió por patas de la plaza. Ya sosegada la Paca, nos regresamos a Cádiz caminando las dos, de la mano, como madre e hija que éramos.

Y eso era lo único que yo quería, caminar con mi madre juntas de la mano por el mundo, fuese ella lo que fuese, me daba igual, y que no me dejase más con nadie. La miraba al andar torciendo mi cabecita de niña, aunque me tropezase con las piedras del camino no podía parar de mirarla. La admiraba. Esa mujer tan guapa con su pelo recogido en el peinecillo de carey. Caminaba derecha como una reina aunque tuviera los zapatos rotos y los bajos de la falda negros de fango, y hablase los disparates que hablaba. Hasta *pa* decir las palabrotas las decía con arte, la escuchaba relatar de la Genoveva y me moría de risa con sus cosas; que si ¡menuda tía!, ¡con esa cara de albiñoca que tiene!, qué se habrá creído la guarra, ¡que es más guarra que Isabel la Católica!, que no se lava desde que los moros se fueron de Tarifa, que a una hija mía no ha nacido la que le ponga la mano encima y se quede tan campante mientras yo viva *pa* arrastrarla por los pelos del *jato* por *to Cai*.

Qué *pechá* de reír me daba yo con ella, porque lo que era gracia, tenía gracia la *condená*, ¡era una guasona la hija de su madre! Por si fuera poca mi alegría de estar con ella, de escuchar sus *trocherías* y sus chascarrillos, más tarde, ya llegando a Cádiz, después de que nos cruzara el barquero por la

Cortadura del Arrecife y allá por Puntales, vimos una venta la mar de fina que había entrando a la Palma y sin pensarlo dos veces, con el dinero que le pagó la Genoveva a cuenta de lo que me robó, nos convidamos las dos y nos tomamos unos buenos tazones de chocolate caliente con bollitos de leche, que a mí me gustaban una *jartá*. Desde ese día, cada vez que siento el olor a bollitos de leche me acuerdo de aquella tarde, del cariño de mi madre y de lo que era capaz de hacer por mí.

DEL MIEDO

José Candelario llegó de Alvarado una mañana antes de la cuenta. Sentí que las voces que venía dando eran de contento.

Llegó a la hacienda con el padre Pacheco y un notario en un carruaje, los vi bajarse con parsimonia y entrar al despacho. Hicieron cosas de papeles, me figuro, porque pasé dos veces por la puerta, como quien no quiere la cosa, llevando y trayendo algún enser y los vi poniendo firmas en unos pliegos. Luego los capataces y el lugarteniente se acercaron por allí, se quedaron fuera en la explanada donde está la cruz de piedra, el único que entraba a la casa era el lugarteniente. El viejo sacó un talego con monedas que apiló en montones de a cinco, eran de plata, supuse que para darles a cada uno algún estipendio que no entendí bien a qué correspondía, sabía que no era día de estipendio y que lo que les daba no era su salario. Más adelante supe que desde ese día la hacienda era de él. Mi tío se había convertido en el dueño y señor de San Gabriel ante la ley y con el apoyo del cura. No entendí cómo lo había hecho y él me dijo, sin darme explicaciones porque nunca me las daba, que le había comprado al cuñado de doña Carmen las tierras y que ya ante notario tenía la posesión y la propiedad de los dominios.

Cuando José Candelario se vio de dómimo de esas tierras su tiranía se hizo todavía más bruta, su maldad no tuvo límite, quizá fue porque en el fondo era un hombre con miedo, miedo de Dios, que algún día juzgaría sus actuaciones y a Él no lo podría engañar por muchas bulas que le diese el arzobispo, y el

compadreo que tenía con el padre Pacheco, miedo de que se le viese el plumero y se le notara de dónde venía, miedo de no parecer hombre ante sus capataces y miedo de quién sabe cuántas más cosas. El miedo y la fuerza, hija, generan violencia; en cambio el miedo y la flaqueza lo que generan es la huida. Así fue, el hombre con el que me casé era un hombre lleno de miedos que estaba en una posición fuerte, y a medida que la vida le fue yendo mejor y se fue haciendo más rico, su violencia creció para conmigo y para con los esclavos negros del ingenio, para con cualquier criado con quien él deseara por capricho desquitar su malaje.

En cambio yo, que estaba también muerta de miedo con la vida que me tocó vivir y era una mujer débil, huía. Huía sin darme cuenta que de quien corría era de mí misma. De ese temor a no ser lo que debía ser, una mujer decente, sufrida, lo que fuera, pero nada que me recordase el infame oficio de mi madre. Mi apatía fue una huida. Me sentía santa por aguantar, como si hubiera algo noble en dejarse pisotear, en sufrir por sufrir, por no tener agallas, porque a veces es más hacedero quedarse de brazos cruzados, apoltronados, y recibir el golpe. Vivir con lo malo conocido que con lo bueno por conocer, sobre todo cuando lo bueno ya se había ido al carajo por tortas hacía mucho tiempo y yo ni tenía esperanzas ni ganas de ponerme a trabajar por un futuro mejor, que no veía claro desde que Sebastián desapareció.

Una mujer no solamente se degrada siendo indecente o cometiendo pecados del cuerpo, como yo creía, sino dejando que los demás la ninguneen, dejando que el mal se salga con la suya. Es peor el que permite que el que comete, y yo permití mucho antes de *jartarme* y hacer lo que hice. A ese cerdo nunca le planté cara, no supe por qué, me faltaron agallas o coraje. Nunca hice nada por parar a aquel hombre al que tu padre adoraba y admiraba como el padre que creía que era, como el hombre recto que lo puso por primera vez a lomos de un caballo o que lo llevó a cazar liebres con el mosquetón que le trajeron de Europa, que lo tomaba en sus brazos y lo subía por los aires mientras mi hijo, orgulloso de él, reía como niño sus baladronadas sin saber que ni era su padre, ni era un modelo de cosa alguna que no fuese la patanería, lo bajuno, la maldad en persona.

Ni siquiera le planté cara en los momentos más duros para mí, cuando me

humillaba, como te conté, con aquellas putillas de Tlacotalpan, y en mi propia cama me vejaba. Allí mismo, a un lado, como hacen los animales, se ponía a follar con ellas, a reírse, que si mira, Gregoria, aprende, aprende de ellas, ya que no aprendiste de tu madre con lo puta que era, y que si no te hagas la santurrona, que bien que te abriste de patas con el hijo de la marquesa. Siempre lo mismo. No me dejaba levantarme, colocaba un pistolón cargado de pólvora y plomo en su mesilla de noche y me amenazaba, que si como te muevas de la cama te reviento el coño, que si hija de la gran puta, me decía colocándome entre las piernas el pistolón mientras él seguía resoplado con aquellas mujeres. Y así se pasaba la noche, rebuznando palabrotas como un burro en los establos, hasta que ya de madrugada caían extenuados y oliendo a ron, a un lado mío, como un fardo de podredumbre. Yo ni lloraba ya del cansancio que llevaba encima, me quedaba allí y me hacía la sorda, la muda, la ciega, sin tener coraje para hacer nada y muerta de miedo.

Aquel hombre que parecía un dechado de rectitudes cuando en misa comulgaba cada domingo, cuando daba a la diócesis sus diezmos o repartía limosna de monedas de oro entre los mendigos en la puerta de la iglesia delante de los parroquianos y la buena sociedad, antes de subirse a su carruaje, con el pelucón de pelo cano bien peinado y empolvado, vestido con traje de terciopelo de ojales y presillas, chapines de seda con moño y ese aire de respetabilidad inventado por él mismo; aquel hombre, ¡quién lo hubiera visto en la Península! Vestido como el rufián que era, como el cargador de muelles, ¡ni para alpargatas tenía!, y con ese olor a zorruno que traía encima y que no se podía disimular por mucha bergamota de Catania que se pudiese encima. Ni siquiera el padre Pacheco me creyó cuando le conté, en secreto de confesión, lo que me hacía. Y no solo no me creyó, sino que además le fue a él con el cuento quebrantando mi secreto de confesión; que si su esposa había exagerado e inventado, lo que todas las mujeres hacen, que si las hijas de la pecaminosa Eva solo saben mentir, y vuestra señoría no sería capaz en lo más mínimo de esas calumnias. Cuando llegó de misa aquel domingo me dio de las peores palizas que alguna vez me hubo dado, que si por chismosa, que si te vas a enterar tú de lo que vale un peine, y que si ¡como salga de tu boca algo más de lo que pasa en mi propia casa, te pego un tiro en la nuca y te

echo en una zanja, perra!

Ya ni fuerzas tuve y me fui hundiendo en mi propia desgracia, en ese destino sucio y ruin al que la vida me había traído, sin pensar que nadie, ni siquiera yo misma, merece eso, y no porque fuese yo de las que sienten lástima de una, sino porque qué iba a hacer, en una tierra nueva, salvaje, sin nadie a quien acudir, sin el hombre a quien amaba y por quien había ido yo a dar a aquellos lugares. No era nadie; las suelas de corcho de sus escarpines eran más que yo, el almartigón de su caballo y hasta los hierros con los que marcaba a los negros como si fueran reses bravas valían más que yo.

Pero todo lo que no hice por mí misma lo hice un día, por otra mujer, casi una niña: una esclava. Había tomado el sinvergüenza a aquella chiquilla que no tenía ni trece años con intenciones de forzarla delante *mía*. Era domingo por la tarde, había estado bebiendo y mandó llamar a la criatura. Cuando lo oí decirle al capataz que la trajera de los barracones donde vivían los esclavos me metí en mi recámara, yo tan culera prefería hacerme de la vista gorda. A los pocos minutos él abrió la puerta violentamente, venía con ella: que si vamos tú, entra *p'adentro*; que si vamos a enseñarle a esta gazmoña lo que es bueno. Dejó el pistolón como siempre en la mesilla y se dispuso a desvestir a la pobre niña que venía llorando. Le dije que era un animal, que la dejase, que era solamente una criatura. Se rio de mí con su aliento podrido de gargajos, que si cállate, cabrona, que tú a su edad ya sabías bien lo que era un buen pijote, que si esto y que si lo otro, y todas esas palabras soeces que empleaba, que si hago lo que me da la gana con estos animales que ni siquiera tienen alma, que así me lo ha dicho el padre Pacheco, y lo que de ellas me nazca no ha de ser sino como ellas. Yo ya no podía escuchar ni una sola vez más su voz ronca de pulque, no quise escuchar, no podía soportarlo.

Se rio de mí mientras le rasgaba a ella el vestido dejándola desnuda y cubierta de lágrimas. Me acordé en ese momento de la Paca, de su coraje de hembra gitana, el que a mí me faltaba, me acordé de Niña Carmen, que me sacó a mí del arroyo, una mujer haciendo algo por otra, me vi a mí misma en esa niña desvalida, ultrajada por él, como aquellas veces que me embarazó de tus tías y otras en las que perdí los hijos, ya ni llevaba la cuenta. Sentí que yo no era yo, que tomaba otra naturaleza, que me había convertido en una mujer

como mi madre, y recordé que a ella ningún hombre la sobajó, ningún hombre le quitó su dignidad, sería una puta, pero no hubo uno que tuviera valor de denigrarla o de ponerle la mano encima. Agarré el pistolón, su propio pistolón, con el que fanfarroneaba ante mí, con el que me atemorizaba, y sin pensar lo que hacía se lo puse a él en la entrepierna, mientras, por primera vez en mi vida, con voz firme le dije:

—Anda tú, hijo de la gran puta, aléjate de la niña, a la niña ya no le tocas ni un pelo, porque te pego un tiro en los cojones que te dejo canco, y no vas a servir ni para maricón de corral de comedia.

Él se quedó pasmado, la pobre negrita paró de llorar cuando vio lo que hice. El viejo se puso verde de rabia y la soltó. Le dije a la niña que corriese a esconderse, con sus padres, donde fuera, ella sin siquiera componer los jirones rotos del vestido se fue como alma que persigue el diablo.

En ese momento lo hubiera matado de un disparo, no hubiera tenido más que mover el pistolón de su entrepierna a sus sienes y lo hubiera dejado más seco que una mojama. Tuve las agallas y tuve el momento, no me hubiera importado que los alguaciles me llevaran presa y al garrote vil, pero me vinieron a la cabeza mis tres criaturas, si me ajusticiaban por matar a ese cerdo mis hijos se las tendrían que ver solos el resto de sus vidas y sin mi presencia. Así que hice de tripas corazón y tomé aliento, tomé aliento muchas veces pensando en sus caritas que al día siguiente vería de nuevo, hasta que me fui tranquilizando y me quedé *guarnía*. El viejo esa noche se cayó desplomado en la cama del susto que le di y de borracho que estaba, no tuvo fuerzas para hacerme nada, pero al día siguiente, lunes de cuaresma, me dio una paliza de muerte, me endiñó a base de bien, con una saña con la que nunca me había pegado y eso que me daba *p'al* pelo cada dos por tres, como sabes. Me pegó con la saña del que se siente poco hombre. Agarró una vara y no paró hasta que me deshizo la espalda y sangré a borbotones. Estuve casi una semana en cama, aunque no me rompió ningún hueso, me dejó la cara como un *Ecce Homo*.

Yo ni me quejé, me dio tanto gusto hacer lo que hice que a cada golpe sentía mi triunfo, y luego cada vez que me dolía la mandíbula, los hombros, la boca o el ojo, me acordaba de su expresión de becerro asustado cuando le

puse el pistolón en la entrepierna, y tenía que parar de pensar porque me daba risa y me dolía aún más mi cara maltrecha de tanta morisqueta que tenía que hacer para no reírme.

El sinvergüenza, después, me trajo al padre Pacheco para que me diera los santos óleos, le dijo que tuve un accidente. Vino acompañado de la vieja de su madre, una gorda que no tenía dientes y hablaba empujando la lengua contra el cielo de la boca como si se le pegaran las encías con la lengua, y no se le entendía nada. Era la que amortajaba cuando había difuntos. Cuando la vi entrar en la recámara casi me levanto de sopetón, porque no me quería morir y dejar a mis hijos desamparados. Sentí que la vieja venía dispuesta a ponerme el sudario como a Cristo. El padre quiso que me confesara y cuando nos quedamos a solas y acercó una silla a la cama le conté que me metí en los establos y un caballo me coceó la cara, porque ya no me fiaba de lo que el cura le dijese, y a pesar de mi gesta todavía estaba aterrada.

La niña era hija de un mandinga que trabajaba en la caña. Al día siguiente después de pegarme aquella paliza de muerte se fue a buscarla, pero sus padres, advertidos por María la Mulata, la escondieron bien. Entonces el sinvergüenza asqueroso hizo amarrar al padre en una picota para que confesara y delante de los demás esclavos le deshizo la espalda a latigazos, peor que a mí, hasta que lo dejó sin sentido y el pobre hombre murió con calenturas cuarteronas dos días después. José Candelario juró que mataría a golpes a todos si no le traían a la niña de vuelta, y ya sabíamos lo que iba a pasar con la pobrecita. No contento con masacrar al padre tomó a María la Mulata por haberlo advertido y le dio de golpes en las cuabras mientras la forzaba las veces que le dio la gana en desquite.

A los dos días regresó la desdichada a la casa a hacer sus labores con la cara rota, cojeando y un brazo en cabestrillo. Cuando entró en mi recámara a descorrerme las cortinas en la mañana y la vi, salí con dificultad de la cama para abrazarme a ella. No lo podía creer. María me dio las gracias por haber salvado a la niña y me dijo que estaba bien, que la tenían escondida en otra hacienda a muchas leguas. Y las dos solas, abrazadas, lloramos tiritando de puro terror.

Te preguntarás, Rosario, por qué me dedico ahora, a bordo de la *Tritona*, a

componer a las gentes rotas, a liberar barcos de esclavos, a encargarles a las monjas de Cádiz unos doblones para sacar a alguna mujer de los puertos o a favorecer a los más desvalidos, cuando en cambio no había hecho yo mucho cuando vivía en San Gabriel, cuando vivía mi tío, con tantos esclavos y con tanta injusticia. No espero que me disculpes porque no es a modo de disculpa lo que te digo sino a modo de entendimiento, para que comprendas con misericordia cómo era yo entonces: era una mujer con miedo, hundida, que no podía siquiera salir de su propia desgracia y que ni podía ni sabía hacer nada por mí misma porque ese miedo me paralizaba. ¿Cómo iba a hacer entonces por los demás?, si la rota era yo, la más desposeída era yo, que por no tener no tuve ni dignidad. Y fue que aquella noche que salí de mi propio ensimismamiento para sacar de la desgracia a otra, a una niña, fue esa noche donde hice acopio de los dos cojones que no tenía para salvar la dignidad de otra, sin saberlo, estaba salvando la mía. Y fue esa noche cuando desperté mi orgullo, hija, sin darme cuenta hasta mucho más tarde, porque estaba muerta de miedo.

El miedo, como sabes, yo ya lo conocía, pero esa mañana supe lo que era el terror, sintiendo a la Mulata temblar cada vez que pronunciaba yo el nombre del viejo asqueroso. Todavía no había muerto el mandinga que murió por la tarde, la negra llegó con el corazón encogido a mi cuarto de nuevo y me contó cómo lo echaron al pobre, ya muerto, a la zanja como a un animal. Ya para entonces yo me había rendido, estaba muerta, me sentía muerta, sin nada que esperar, sin nada que hacer. Lo único que deseaba era morirme en aquella cama donde habían pasado tantas inmundicias y asquerosidades, morirme poco a poco para que se fuera extinguiendo aquel dolor profundo que se había aferrado a mis entrañas y no quería salir de mi cuerpo, pero a la vez no quería dejar a mis hijos. Me dormí.

Volví a ver a la Mulata entrar al día siguiente, cojeando, traía una damajuana de vidrio en las manos. Aquí está, su merced, el remedio que curará sus males. La miré de reajo esperando que me untase alguna cataplasma de aceite, tierra y yerbas, como hacían los negros, sabiendo que nada que me pusiera en las heridas y en los golpes me aliviaría de ningún modo. Deseando, extrañamente, sentir ese dolor porque ya era lo único que

sentía, lo único que me ligaba a la vida. Como pude le sonreí y ella me devolvió el gesto con una mueca de su boca torcida por los golpes y el labio reventado y agitó frente a mí la botellita donde se movieron unos cuantos alacranes güeros.

—¿Qué, me vas a quitar el dolor con esos bichos? —le pregunté a María—. ¿O vas a hacer una cataplasma con ellos?

—No, ama —me dijo—, esto es para su verdadero mal, y para el mío.

Claro que la entendí. Por eso le dije que no, que al menos lo pensáramos, que no podíamos hacerlo en esos días o se sospecharía de nosotras. Quién sabe lo que el viejo le contó al cura, y podríamos acabar en el garrote vil las dos. Le dije:

—Guárdalos, María, guárdalos por el amor de Dios, por lo menos dos o tres lunas y que nos dé tiempo a recapacitar.

Esos días me los pasé pensando, mirando por aquella ventana que la Mulata había abierto para mí. Sabiendo que lo que me proponía hacer era un pecado mortal, y que, además, si nos cogían, era el fin para nosotras y la mayor desgracia que le podía causar a mis hijos. Pero una cosa clara llevaba en la razón: solamente una alimaña rastrera puede matar a otra.

DE UNA JARANA

A medida que pasaban los días, menos me podía creer lo que había hecho con el pistolón semanas atrás, a pesar de que los moratones, la espalda lacerada y el dolor de huesos me lo recordaban a cada momento.

Después de aquel arrebato de coraje que me entró por el cuerpo sentí que volvía a ser la misma mojigata de siempre, eso pensé. Pero la realidad es que no fue así. Una cree que las cosas siguen como antes después de un pequeño acto de rebeldía y la verdad es que algo cambió. Desde que salté como loba a defender a la negrita, que gracias a Dios había huido de la plantación, en mi cabeza solamente una idea rondaba noche y día.

La Mulata y yo nos íbamos curando poco a poco de los cardenales, del brazo, los trallazos de látigo y caña, y el labio *partío*, pero lo que no se nos curaba de ninguna de las maneras era el alma rota. Las manchas de los golpes pasaron de moradas a cetrinas, luego cerúleas, hasta que desaparecieron por completo. Las postillas sanaron, las heridas de la carne cicatrizaron y el brazo de María se compuso con ayuda del cabestrillo. Alguien puso una cruz de carrizo sobre la tumba del esclavo que el canalla mató a palos y los demás esclavos negros siguieron macheteando la caña; los indios sudando en los alambiques del ingenio, fundiendo la melaza y espesando la panocha en los alargados moldes de madera que, alineados en cientos de travesaños en los galerones, acrecentaban nuestra producción, mientras tratábamos todos de olvidar aquel incidente, sabiendo que en cualquier momento, como espada de

Damocles, podía caernos de nuevo una buena.

Las dos volvimos a ser las de siempre, aparentemente, nos mirábamos cómplices y hermanas de sufrimiento, mientras el viejo seguía maltratando a las almas de Dios y a las bestias a su antojo, porque a nosotras dos ya nos había dado suficiente *pal* pelo. María la Mulata siguió siendo la fiel servidora que barría la casa, quitaba las telarañas y pulía la plata, la que lavaba los candiles de cristal y cepillaba los tapices, hacía la colada e iba y venía con las bandejas de chocolate caliente y en silencio. Y yo seguí siendo también su fiel esposa ante Dios y ante los hombres, haciendo mis novenas por su alma en el oratorio, guardando ayuno los viernes, acudiendo a su petición de ponerle los chiqueadores en las sienes para que el dolor de cabeza y de conciencia lo dejasen dormir la siesta, teniéndole la cena lista, los huevos reales que tanto le gustaban de postre, la cama almidonada y con talco para que no sudara al acostarse, los borcués limpios, las sayuelas planchadas, y yo misma preparada con xate *pa* cuando quisiera entrar allí a desahogarse conmigo.

Una de esas noches, sería yo creo antes de la *veláita* de san Juan, no me podía dormir, el calor apretaba y abrí los postigos y las hojas de vidrio de par en par para que entrase el poco aire que se movía tras las lomas en aquellas tierras húmedas. Dando vueltas en mi cabeza, allí mismito, debajo del pabellón de muselina que impedía que los mosquitos se acercasen, pude oír tras las rejas el ruido de una de las jaranas que los negros solían hacer, de higo a breva, en los cañaverales.

Yo ya había oído esas juergas a lo lejos otras veces, eran parte de la vida en San Gabriel. Generalmente solo hacían escándalo cuando se les permitía por alguna festividad religiosa y esa noche, como estaba todo tan calmado, me llegaba el sonido de esos saraos en donde se decía que invocaban a sus fetiches de África. La Iglesia y el virrey las habían prohibido por paganas bajo sospecha de brujería. El padre Pacheco ya nos había advertido una tarde tomando chocolate con su santa madre, que dizque daban palmadas a modo de aquellos tamborazos que en las selvas de sus tierras daban para invocar a quién sabe qué espíritus malignos, y que de ninguna de las maneras debíamos nosotros permitir que en el ingenio se tocaran las palmas. Sugirió que había

que poner vigilancia entre los mismos esclavos y peones. Figúrate, hija, yo andaluza y sin poder jalear o palmear en mi propia casa.

Mientras no paraba de moverme del desasosiego que traía encima, por la ventana que daba al jardín oía también los ronquidos de José Candelario que me llegaban desde su habitación. A la hora de la cena parecía cansado, ni siquiera se había querido terminar el morteruelo que le preparé de riñones estofados, su plato preferido, y se había ido directamente a dormir después de empurrarse lo que quedaba de la botella de aguardiente de caña y con suerte no se despertaba por el ruido.

Con la noche en vela me vinieron a la cabeza pensamientos que me asustaban: me figuré que mis propios hijos estaban en peligro con él en la casa, que lo mismo que trató de hacerle a la negrita se le podía antojar hacerlo con sus hijas, ¿por qué no?, si siendo yo su sobrina carnal, a la que vio nacer, no le importó el lazo de sangre, y, además, según me dijo, se había fijado en mí desde que yo era bien *chiquetita* y ya rumiaba cosas de lujuria cuando me veía a esa edad jugando en el patio.

Todo el coraje que no había sacado por lo que hizo conmigo misma lo empecé a sacar esa noche ante la idea de que se pudiera meter con los niños y todo eso me hizo ponerme a cavilar. El enojo escondido durante tanto tiempo provoca resentimiento, Rosario, y ese resentimiento aquella noche quería salir convertido en rabia para matarlo como no lo hube hecho días atrás con el trabuco en la recámara.

Como me costaba trabajo dormirme y estaba *gartita* de dar vueltas bajo el pabellón, sin pensarlo dos veces me bajé de la cama, me puse una bata sobre el camisón y me fui a *juí p'al* jardín a tomar el fresco. La noche estaba clareada por un menguante vivo, me paseé por las escaleras de piedra, en la balaustrada, bajo los árboles, sentí el olor desvaído de alguna dama de noche y ya cansada de ir y venir de arriba abajo presté atención al jolgorio que venía desde los lejanos barracones de los esclavos.

Un tantán que repicaba como las matracas del carnaval se veía interrumpido por momentos de silencio, algún grito lastimero parecido al cante jondo, voces que jaleaban la zumba y de nuevo la carraca de golpes sordos proseguía sonando.

¿Qué sería?, ¿quizás una juerga como las nuestras en Andalucía?, ¿como esas sillas en corrala donde bailábamos nuestros fandangos y boleros?, ¿o sería un rito pagano de adoración a esos ídolos de los que los curas nos prevenían? Había oído tantas cosas en Veracruz que no sabía qué creer. El ritmo me recordaba tanto al palmoreo de nuestros fandangos, ¿habrían traído sus cantes y bailes desde Cabo Verde aquellos infelices y, de vez en cuando, con la misma nostalgia que tenemos todas las criaturas, se sentirían con ganas de cantar? ¿Cómo se atrevían a tocar los tambores si lo tenían prohibido?

La curiosidad me empujó aquella noche, hija, la curiosidad y lo parecido que era aquel ritmo con el de mi tierra. Descalza como iba sentí la humedad de la yerba y la tibieza que aún guardaban las lajas de cantera del embaldosado que reverberaron todavía el calor de la mañana. Seguí el caminito que otras veces hice de día y a caballo, esta vez a la luz de una luna rota y a pie. Dejé el casco de la hacienda a un lado, el último cuarto, la silueta última. El comedor con su marquesina se quedó tras las matas de dama de noche que, abiertas, rezumaban de olor. Llegué a la vereda que rodea el acueducto y pasando por los bajos de un arco seguí en paralelo al ingenio, los alambiques aún funcionaban de noche, sentí el aroma de chicozapote del piloncillo calentándose en el trapiche, más adelante el olor podrido de las escorias de la caña agria que se tiraban por el terraplén que conducía a la ribera. Dejé el molino a un lado y me adentré por entre un macizo del sembradío. Caminé por allí sin miedo a pisar un alacrán, a que una nauyaca me saliera por entre los carrizos, o un tlacuache me mordiera las pantorrillas, que llevaba al aire bajo el camisón, y no me pudiera sacar su quijada de la espinilla y tuvieran que matar al bicho y cortarme la pierna, como había oído contar a las indias. No pasó nada de eso, lo único que sentí fue el picor de los mosquitos o de alguna nigua en los empeines de los pies mientras arrastraba la cola de mi bata por el campo y el dolorcillo de una que otra piedra que me punzaba en las plantas descalzas. Detrás de las barracas, al acercarme, pude ver la algarabía y el jaleo que armaban los peones tras las sombras de unos frondosos pirules.

Todos cerca de una hoguera, bailaban en pares y en grupos, los había allí de varias castas, todos en la juerga estaban mezclados sin ninguna pega. Los

indios que no querían trabajar con los negros, los mestizos que no querían juntarse con los indios y al revés, los indios que por ser puros despreciaban a los hijos de las mezclas, los chamizos que no querían nada con los lobos, ni los castizos con estos, pero, hija mía, para la fiesta no ponían remilgo cual ninguno y todos arrebuados se lo pasaban pipa. Aquello parecía una verbena: los coyotes, los hijos de las indias con los mestizos, tocaban por parejas los sordos teponaztles con forma de serpiente o de monstruo alargado, mientras unos mulatos bailaban y unas negras traían higos chumbos pelados en una olla de barro y los repartían; también un grupo de moriscos, que en la Nueva España eran los hijos de las mulatas con españoles peninsulares y nada tenían que ver con la religión de Mahoma, llevaban rabeles y guitarras y tocaban fandanguillos como si fueran de la mismísima Huelva; zambos, que no es que fueran de piernas deformes, hija, sino nacidos de india con negro y les daban a los atabales con el ritmo con el que los gitanos en la Península tocan la caja; y más allá los chinos, que no habían visto nunca ni la China ni la Cochinchina, sino que así llamábamos a los nacidos de mulatos con indias, ellos traían cocos abiertos con su agua y horchata de arroz, mientras un altivo saltapatrás de una ranchería vecina rechazaba los cocos y tomaba en cambio su jarra de pulque de forma petulante, como si fuera en verdad el más rico vino de Sanlúcar y no la leche fermentada de los magueyes.

Los negros, como les habían prohibido levantar las manos por temor a que hiciesen brujería con ellas, no podían tocar las palmas, y los ritmos que hubieran hecho con ellas ahora los hacían con los pies desnudos sobre un tablao de madera que servía durante la jornada para extender la melcocha en los moldes. Dos hombres oscuros en camisa blanca tocaban un tambor a cuatro manos a pesar de las interdicciones del gobernador, mientras los demás formaban un corro, pegaban bailando en la madera mientras cuidadosamente colocaban las manos detrás y las unían entre sí, agarrándose una con otra para que nadie los pudiera acusar de nada que no fuera parrandear. En el centro del redondel María la Mulata era jaleada por dos zambos mientras, bailando, agarraba los volantes de sus enaguas y presumía los pasacintas de colores.

Me acerqué cautelosa pero hechizada, éramos todos tan parecidos:

forasteros, habíamos dejado los lugares que nos vieron nacer y en lares extraños añorábamos las casas, las voces y el bullicio, nuestras madres, los guisos, aquella vida en el mundo de antes que no volvería, y seguramente, como yo, llevaban algún olor de geranio e higuera perdido adentro del alma, o esas miles de memorias que la nostalgia nos trae a cada rato en las colonias para recordarnos que no somos de allí, un invisible cordón umbilical que nos ata a la tierra madre, aromas que vienen pegados a la ausencia y sin querer brotan, como a veces ese olor a los melocotones maduros de septiembre brotaba tras de mí.

Me pregunté qué habría hecho yo, si al igual que le pasó a los indios, unos hombres forasteros hubiesen llegado a mi Cádiz de mi *arma* y se hubiesen metido a la iglesia del Rosario a tirarme a mi Virgencita al suelo, a romperme en pedazos mi Nazareno, el que salía el Viernes Santo en procesión, o a quemarme a la Virgen de las Angustias y pedirme que a partir de ese día rezase otras cosas y no el padrenuestro, ni el ángelus, ni el santo rosario, habiéndome arrebatado mis propias tierras y mi propia libertad. O si, como les ocurrió a los negros, no hubiese llegado a la Nueva España por mi propia voluntad, sino que me hubiesen dado caza como a una cierva y con cadenas me hubiesen llevado por la fuerza a un lugar lejano, separada de mis hijos, a un lugar del que jamás pudiese volver a ver a los míos, a trabajar de esclava.

Los miraba y cada vez me sentía más cercana a ellos, me acordé de un libro de un francés que me regaló la hermana bibliotecaria de El Pilar, lo acababa de traducir un jesuita amigo de la monja y yo lo leía a escondidas de José Candelario, lo tenía metido debajo del colchón en mi cuarto, y cuando se iba, a la hora de la siesta, en vez de dormir le echaba un ojo al cuadernillo del jesuita. El libro hablaba de un contrato social o qué se yo, me acordé de una frase que leí en él: «el hombre nace libre y en todas partes encuentra cadenas...». Así era, las cadenas de aquellos pobres traídos por la violencia a esas tierras no eran muy distintas de las mías, el origen de nuestro penar también era el mismo. No te puedes imaginar mi soledad, Rosario, tan lejos del verdadero amor, queriendo sentir esas caricias del hombre a quien quise y

que se me había perdido para siempre, suspirando por esa mirada de Sebastián que aún recordaba como si lo tuviera allí mismito, enfrente de mí a cada momento, y en cambio recibiendo el desdén, los golpes y la humillación del sinvergüenza que era mi tío.

Aquel jelengue me hacía sentir menos sola, más comprendida por aquellos que, como yo, no querían estar allí sino en el lugar al cual pertenecían. Mientras, la Mulata bailaba y bailaba como loca con su pareja, que taloneaba con las manos atrás cuando el repique de los atabales se hizo fuerte e intenso. Si hubiera visto yo eso cuando era una melindrosa en Cádiz y no sabía ni leer ni escribir, ni tenía noción de las cosas de la vida, me hubiera culanchado todita toda, pensando que aquellos salvajes, como los llamaba la vieja Pacheco, se iban a poner a hacer disparates sacrílegos y a comerse unos a otros. Pero las salvajadas más grandes que había visto en mi vida no venían de ellos ni de sus costumbres, sino que las hacía el feligrés más beato de aquella parroquia, el que más óbolos daba, el que más golpes de pecho se pegaba en la iglesia: mi marido.

Gracias a Dios después de haber tenido la dicha de ilustrarme en el convento, nada de lo que vi me dio pavor. Se me ocurrió, en cambio, acercarme a ellos, que en cuanto me vieron quisieron parar aquel cante que, en una lengua que yo no entendía, se me asemejó al caló. María tan pronto como supo que estaba yo allí, se vino a poner a mi lado como queriendo salvaguardarme, pero yo le dije que continuase bailando, me gustaba verla bailar; ande, María, enséñeme cómo es ese son, yo también quiero aprender, muéstreme y yo le enseño a bailar como en mi tierra. Codo a codo con ella, me puse a bailar e imité su taconeo sin tacones en aquellas tablas, uno, uno, dos, uno, uno, uno, uno, dos, dos. Pensé que era un ritmo muy andaluz; sin embargo, en cuanto empecé a bailarlo me di cuenta que de andaluz no tenía nada, era de ellos, totalmente de ellos, lo llevaban en la sangre, era lo único que el hombre blanco no les había podido arrancar.

En un rato ya estaba yo bailando y le enseñé a la Mulata a bailar flamenco como pude, al principio a los pobres esclavos les daba vergüenza salir a bailar con la señora, pero bastaron dos buenos tragos de pulque y unas caladas de una pipa de caña de la que ellos fumaban su sahumerio para que

me pusiera al tú por tú a menearme en el tablao como cuando la Paca bailaba en Cádiz. Yo no sé qué humos me nublaron *er sentío*, ni qué carajo era lo que había en esa pipa que no era el tabaco al que yo estaba acostumbrada. Me sentí flotar en el aire, los pies se me hicieron más ligeros aún y no dejaban de moverse con el tambor, estuve zapateando con no sé cuántos negros, uno tras otro, y venga a fumar de la pipa, y venga a beber pulque, mientras por mis venas se fue metiendo aquel golpe de tamboril hecho a base de pies y madera.

La zambra aquella me recordaba a los carnavales en mi tierra; un santo desenfreno, hija, porque pasar cosas, pasan, la verdad, pero cada uno es responsable de hasta dónde quiere llegar. Aquella noche yo llegué bien lejos, bueno, puede que pienses que no fue nada lo que hice porque yo sé que a la juventud de hoy os parecen pamplinas las cosas que a los de mi edad nos parecen tremendas. Pero para lo que yo había sido hasta entonces, Rosario, para aquella mujer comedida que había sido, bailar descalza con los esclavos de mi hacienda, tomar tantísimo pulque y fumar de una pipa, eran cosas que una mujer decente no hacía, y menos las señoronas de postín que vivían por allá en la colonia. Y yo, la verdad, aquella noche me lo pasé de dulce y no me arrepiento ni del jolgorio que le he dado a este cuerpo, ni de las veces que me salté las trancas y me despepité sin hacer daño a nadie. Departí y bailé con todos, incluso allí mismo fue cuando me enteré de que las indias de la plantación me llamaban la *Tonatiuh-tzin*, la hija del sol, porque les llamaba la atención los pelos tan rubios que tenía y quién sabe lo que se figuraban de mí.

Lo primero que hice fue bailar, bailar aquel son con un negro guapísimo que ni siquiera hablaba bien nuestra lengua porque lo habían traído de Cabo Verde ya *granaíto*, le recuerdo una sonrisa blanca, enorme como la luna *partía* de aquella noche. Frente a mí, en medio del redoble y la música, unos ojos muy morunos que no me quitaban la vista de encima ni por un momento, tan solo cuando se volteaba sobre un pie o daba un quiebro se soltaba de los lazos de mi mirada para volver a clavarse en ella de nuevo. Yo me puse *mu mala*, sentí que me daba una alferecía, llevaba muchos años sin saber lo que era una mirada dulce de hombre, porque, hija, te voy a decir una cosa,

también los hay que se portan mansos con la mujer, como lo era tu abuelo, pero tantos años al lado de mi tío me habían hecho olvidarme de cómo un varón de verdad trata a una mujer.

Alguien de entre el grupo de los mestizos sacó la guitarra y comenzó a tocarla, eran unas boleras. El negro aprovechó, totalmente acharado, y se salió del corrillo. Me dejó más sola que la una en el tablao. Y al verme allí sola, a la luz de la candela, sentí por mis venas aquella sangre que llevaba tanto tiempo sin sentir, sentí el mar de plata de Cádiz y el aroma del azahar, las procesiones de Semana Santa y el baile de la Virgen bajo palio, las nubes de incienso por las esquinas que dejaban entrever las hileras de cientos de cirios de los penitentes *moraos*, las trompetas del carnaval y las comparsas de danzantes cubiertos de máscaras llevando el catafalco de la sardina, sentí al sol poniéndose naranja en Caleta mientras una vieja pregonaba sus cucuruchos de cañaíllas por el paseo, la arena tibia bajo mis pies. Cuando me hube *nublao er sentío* de lo que quedaba en mí de mi tierra, como aquellos negros se nublaban de los rescoldos de la suya, levanté las manos y me arranqué.

Era la primera vez que escuchaba una copla tan bien *tocá* en la Nueva España, el que la tocaba desde luego no era criollo, ese rasgueo se mama desde chico. Mi cuerpo entero vibraba a cada punteo de cuerda mientras revoleaba la cola de mi bata de noche como si fuera un *vestío* con volantes de gitana, el galope de las manos del guitarrista me puso a volar. Las docenas de caras impávidas miraban brillantes a su señora bailar entre ellos, compartí mi pena y mi nostalgia con los esclavos y los peones, como ellos la habían compartido conmigo, Rosario, porque tienes que entender una cosa de tu abuela, que seguramente ya te he dicho y a lo mejor se me olvida por los años: las andaluzas no lloramos encerradas, lloramos nuestras penas por fandanguillos.

Cuando terminó la copla quise ir hacia el lugar de donde salieron los acordes para ver quién era, pero María la Mulata me jaló para un lado. Y yo, sin saber por qué ni cómo, aproveché para decirle, ya bien nublada mi razón: negrita, hija, mañana sin falta le ponemos los alacranes a ese cabrón. La Mulata entonces puso los ojos como platos y me sacó del baile, me apartó

con ella hasta unos limoneros, se puso a cortar limones para disimular y llevarlos a la zambra, entre limón y limón me hablaba: que si ama, mire su merced, hay que tener cuidado con lo que aquí se habla, que hay mucho bocón en estas vainas. Mañana yo llego a la casa y si piensa su merced igual que ahorita, pues lo hacemos y se acabó, pero qué bueno que me lo dice, porque tengo que prepararle algo que el señor *tie* que tomar *pa* que ni sienta los piquetes de los bichos. Uno solo de los bichos no lo mata, *tien* que picarle todos, al menos cinco piquetes *pa* un hombre de su talla, y si nota el picotazo de uno y se despierta, lo echamos todo a perder. Duérmase tranquila, que yo me encargo y si es posible su merced que ni se acerque por la casa *pa* que no levante recelo, se me va su merced a ver a las monjitas de Veracruz o a llevarle limosna a ese cura amigo del señor y se me pasa el día fuera de la hacienda.

Esa noche con María sentí esa complicidad que antes solamente había sentido con mi buena amiga la señora doña Carmen de Larrauri, que en paz descansa. Una complicidad entre mujeres que conocí de mayor y no pude aprender de pequeña porque mi madre, la pobre, no me la pudo enseñar. Las mujeres no somos fraternas con las putillas, ni tenemos caridad cristiana con ellas. A las putas ninguna otra mujer las quiere, todas las miran con un deje de censura, no sé por qué, porque temen que les vayan a quitar a los maridos o a los novios, o qué sé yo, y la Paca, por ser así como era, nunca tuvo amigas.

Espero que tú sí que tengas amigas, Rosario, son necesarias *pa* tirar *p'alante*, *pa* reírse y *pa* llorar juntas. Yo solo tuve tres, pero de las buenas, eso sí: mi perra *Leona*, que fue la segunda madre de mi hijo, tu padre; Carmen Larrauri, aquella española guapetona que me sacó del arroyo en la Ciudad de Méjico y me dio una vida digna, una mujer fina hija de un principal de la corte del rey, y María, una mulata hermosa y seductora, hija de una esclava africana y de un rico mercader español de La Habana, que me sacó de la miseria humana en la que vivía en San Gabriel con mi marido. Y a las tres bendigo cada día de mi vida, sabiendo que donde quiera que estén me siguen cuidando, que si en los abordajes y las escaramuzas no me han podido alcanzar ni con una puñalada traperera ni con un tiro de plomo traidor, es

porque ellas, las tres, me guardan el revés como ángeles custodios, con sus alas extendidas como las de las gaviotas, alrededor *mío*, de la misma forma que yo, tu abuela Gregoria, la filibustera, te voy a proteger siempre con mi cola de sirena enroscada a tu vera cuando me vaya de este mundo.

Volvimos la Mulata y yo con los limones a la parranda. Nos quedamos el tiempo que hizo falta para que la luna recorriese el cielo negro escuchando aquel son que se metió en mi piel, y que, desde entonces, cuando lo oigo sonar a lo lejos en algún puerto desde el barco, no lo puedo remediar y me pongo de nuevo a bailar con el mismo sentimiento con el que bailé. Porque esa noche, Rosario, liberé a Gregoria. Esas cadenas de las que hablaba Rousseau en el manuscrito del jesuita, me las quité finalmente y como pude las *jondeé* lejos de mí. Quizá realmente había embrujo en aquellas jaranas, quién sabe, porque Gregoria desde entonces comenzó a ser la Gregoria que siempre quiso ser, aquella que vislumbré años atrás bailando una gavota con tu abuelo en los salones de su palacete.

María la Mulata, aquella noche, también me vino a pedir un favor. Me pedía permiso para formalizar su relación con el negro Manolo, un mandinga cuyo nombre pagano fue Nyanga, por eso lo llamábamos Manolo Yanga. Lo trajeron de Cabo Verde siendo todavía impúber, era un hombre bueno y honrado, aunque con un temperamento fuerte. Había llegado a la hacienda cuando José Candelario se lo ganó a las cartas a un hacendado de los alrededores y se había convertido en un modelo de trabajo y honestidad entre los esclavos, que lo respetaban al igual que los capataces.

Me pareció muy bien, le dije a María que por mí no había ningún problema y que si nos quitábamos al viejo de en medio tampoco lo habría con él. Pero María fue más allá. Me dijo que quería casarse porque ella era cristiana y que si podía hablar yo con el padre Pacheco. Con su anterior mancebo no se pudo casar, sentía que Dios le había mandado un castigo por no haberse casado y vivir en pecado con un hombre y por eso se había muerto toda su familia en la epidemia. No tuve más remedio que acceder ante la cara de miedo que traía la Mulata de que le fueran a mandar desde los cielos otra pena, pero yo sabía que la cosa estaba difícil, porque muchos curas se negaban a celebrar esos matrimonios, no creían que los negros tuviesen un alma como la de los

blancos, y los que creían que la tenían la concebían de otro orden, como leí en varios libros en El Pilar, y de otra naturaleza distinta a la del hombre blanco. Me acordé de cómo mi madre, Paca la Bibelota, achicó al cura del Arsenal de la Carraca para que bautizase a tu padre con los apellidos de tu abuelo. Yo no creía en ese momento tener nada con qué apocar al padre Pacheco, Rosario, así que no sabía cómo hacerlo.

Volvimos las dos a la jarana, yo ya dispuesta a regresarme a la casa grande, cuando me di cuenta de que aquel hombre joven de piel clara y pelo castaño que tocaba la guitarra entre un grupo de mestizos no era otro sino Gaspar, el lugarteniente de mi marido, mi paisano, que, ya te he dicho, ahora me acompaña en la *Tritona*, en ese momento la última persona que yo hubiese imaginado mezclándose con la gente de esos lugares.

DE UN SECRETO DE FAMILIA

Gaspar se levantó de un poyete de piedra tan pronto como me vio, y se acercó. Era un muchacho más o menos de mi edad, como de veinticinco años, delgado y chaparro, pero bien proporcionado, de labios finos, pelo castaño y ojos marrones que denotaban cierta tristeza. Había nacido también en Cádiz, aunque, como era natural, ni él sabía de mí ni nuestras familias se trataban: era un señorito de postín que estuvo en la academia de guardiamarinas y había terminado viniendo a las colonias de ultramar.

Nunca supe qué lo trajo a la Nueva España, supongo que, como todos, vendría a buscarse una vida y un porvenir mejor, porque creo que el joven era segundón y sin muchas expectativas en la Península; otros decían que no, que era el primogénito de su casa pero que se había peleado con su padre y se vino a Veracruz a poner agua de por medio. José Candelario le había dado el mester que él a su vez tuvo antes, tan pronto como se hizo con la propiedad de la hacienda. El hombre era de fiar y hacía su trabajo bien, era letrado y bachiller, tenía a su mujer e hijos viviendo en Alvarado y cada cierto tiempo salía a verlos el domingo y regresaba el lunes, antes de que anocheciera, en su propio caballo, o cuando era la temporada seca los alojaba en la casa del río, que era la que le asignó José Candelario. Tenía una familia bonita, cinco hijos, todos hombres, y una esposa criolla hija de un abarrotero de Veracruz a la que a veces invité a la hacienda a tomar chocolate, pero con la que nunca conseguí intimar. Me acordaba bien de él porque me había fijado en su

caballo, un animal hermoso, con el cuello tan ancho como el pecho de un esclavo fuerte y las crines largas como la melena de una india. Se lo había traído de Andalucía, me hubiera gustado aparejarlo con mi yegua; un potrillo de ambos se hubiera convertido en un magnífico animal con la delicadeza de paso de la torda y la estampa poderosa de la jaca andaluza, pero nunca le dije nada por pena. No era fácil traerse el caballo propio en un navío y supuse que Gaspar, o tenía grandes influencias y sabía resolver bien el cómo de las cosas, o, además, realmente amaba mucho a su jaca, de la misma forma que yo había amado a mi *Leona*. Por eso le tenía simpatía.

Mi marido no hablaba muy bien de él a pesar de que lo estimaba como trabajador, ¿de quién hablaba bien José Candelario? Recordé aquella noche, cuando lo vi, cómo más de una vez me habló mi tío malas cosas de Gaspar, que si es un buen lugarteniente, pero más bujarrón que un palomo cojo, y que si se dice que le gusta más la carne que el pescado, que si el día que me lo quiera quitar de encima le hablo al cura Pacheco y lo acuso al Santo Oficio por puto, y que si anda y que le metan una estaca por el culo y lo achicharren en la hoguera como se merecen esos retorcidos nefandos.

Pero así era el viejo, sospechaba de todos y de todo, todos sus trabajadores lo querían engañar, toda la gente se aprovechaba de él, todos sus amigos le debían alguna cosa, algún favor enorme, alguna asistencia de precisión, todas las mujeres éramos unas zorras, y los hombres, maricones; él sabía bien cómo usar a la gente. Y el que de verdad había robado, como me pude enterar luego, no había sido otro sino él, y el que de verdad sacaba tajada en sus tejemanejes y sus porcachas era él. Pensaba el muy ladrón que todos éramos de su condición. Otras veces lo oí quejarse de que Gaspar era más bueno de la cuenta con los esclavos y los peones, que no manejaba bien los intereses, que en la botica gastaba más de la cuenta en potingues y ungüentos para las heridas de los negros, y que su temperamento se tornaba más bien blandengue a la hora de darles sus escarmientos. Según mi marido, esas características no eran las idóneas para un buen capataz, pero como el muchacho era bueno para otras cosas, entendido en el ingenio y el trapiche, inmejorable con la producción y la organización de las mercancías, lo dejaba hacer sabiendo que, cuando se trataba de darle una penitencia a un esclavo

zancocho, a un vago o a un rebelde y a un arriero ladronzuelo, estaba él mismo para hacer que las leyes de las haciendas se respetasen y se aplicasen de inmediato, fuera quien fuese.

Cuando lo vi salir de entre los tamboriles me preocupé, pensé que al día siguiente el viejo se iba a enterar de lo que yo había estado haciendo cuando él roncaba a pierna suelta en su cuarto. Me imaginé de nuevo cubierta de cardenales, pero enseguida me di cuenta, por el talante de Gaspar y por las críticas que recordé de José Candelario hacia él, que eso no iba a suceder. Llegó a mi vera con la sola intención de tranquilizarme, fueron pocas las palabras que cruzó conmigo, pero me lo dejó claro: que si, señora, confíe su merced en mi discreción y en mi lealtad, que yo no soy como el capellán y nadie se va a enterar de nada por mi boca, y que si yo no la acompaño a la casa grande es porque no quiero dar lugar a habladurías ni siquiera entre esta gente, que hoy parece amiga pero es ladina, pero yo me encargo de que la Mulata la lleve hasta donde sea vigilando en la distancia. Me despedí del lugarteniente y con María me fui a la casa tan descalza como vine.

Esa noche, como te imaginarás, no pude pegar ojo. Esperé apenas a que clareara el día y me levanté para encontrarme con ella limpiando con sal y limón las cacerolas de cobre en la cocina; el viejo no se había levantado. Cuando apareció por las puertas del comedor en batín de terciopelo verde me encontró lista para darle su desayuno. A cambio, lo único que hizo fue mirarme con asco y murmurar que tenía yo muy mala cara, como siempre hacía, que si ¿no estarás preñada, tú?, que tienes una cara bien jodida, anda prepárame el chocolate y unas migas con tocino.

Me reí para mis adentros del viejo lerdo, se ve que ni se daba cuenta de todo el xate que yo me embadurnaba en el *merengue*, ya no iba yo a preñarme de él ni una sola vez mientras tuviera aquel palmito creciendo debajo de la ventana de la galería. María me acercó la jarra donde había ya hecho el chocolate con hojas de naranjo desde la mañana y me hizo una seña. Hoy era el día.

La vacié en la chocolatera y se la llevé con el molinillo y su plato de migas, me senté a su lado y le dije que tenía cosas que hacer, que me gustaría visitar al padre Pacheco para llevarle unas cosas para su santísima madre y para la

capilla. Se puso contento de que fuera a ver a su compinche y no solamente no me puso pega sino que me dio un talego con doblones para que se los diera de su parte mientras me decía:

—¡Y cuidadito con lo que le dices al cura! ¡Que ya sabes lo que les pasa a las alcahuetas en esta casa! Y de todo me entero, ¿eh?

Salí en el carruaje no sin antes cruzar una mirada de comadres con la Mulata, porque las dos sabíamos que ese era el día de nuestra venganza. Me pasé la jornada haciendo el paripé con el cura, confesándome de pecados imaginarios de gula y otros tantos de vanidad y de pereza, atiborrándome del arroz con leche que hacía la vieja sin dientes para congraciarme con ella, que pensaba que su platillo era la codicia de toda la sociedad de Alvarado, diciéndole a él cómo deseaba ser una buena esposa con José Candelario y que después de todo había entendido que si tenía la mano larga no era sino por mi bien y mi propia corrección. Te figuras, hija, yo hablándole de monadas y pamplinas a ese, de lo bonita que se veía la nueva Dolorosa que pusieron en la capilla lateral o lo preciosísimo que quedó el bordado de plata de la casulla que nos trajeron de Taxco, y de los correctivos que yo misma me merecía de mi marido por mi propio bien y el de mi alma. Salí temprano de Alvarado y me aseguré de que el cochero arreará bien a los postillones para llegar a casa a la hora de la cena. A medida que me acercaba a la hacienda, el miedo, que hasta entonces no había sentido tan fuerte, se me iba metiendo adentro, en el cuerpo. No hice más que bajarme del carruaje, que ya me informaron los sirvientes de que mi marido estaba en cama sintiéndose mal, con calenturas y un vómito negro.

Al parecer había ido a enseñar a mi Sebastián a tirar con un fusil de rueda nuevo que le trajeron de la Península. Se lo llevó a matar lo que fuera, como siempre, una liebre, un tejón, un venado y hasta la garza más hermosa del Papaloapan caían muertas con sus disparos de fanfarrón; una vez hasta un pobre asno, propiedad de una india viuda de un lugar cercano, con el que la infeliz se ganaba la vida vendiendo tepache por los alrededores. Sucumbió en medio del camino de un trabucazo con todo y *jangarillas*, las ollas de barro se quebraron y la mercancía de la viuda se perdió entre el pedregal. El muy cabestro no quiso ni darle unas monedas a cambio porque decía que la vieja

iba pasando por sus tierras sin pedir permiso y era su derecho de él; que si ese burro se come mis verdolagas y mis quelites, y que aprenda la vieja puerca a coger por otro lado, si no a la próxima el tiro se lo pego a ella y hasta le hago un favor a la *desgraciá* mandándola ya *p'al* otro barrio. Me tuve que escabullir esa tarde a darle a la indita unos doblones para que se comprase otro pollino y otros cacharros. Ella lloraba, agarraba el saco de monedas y se persignaba con él, como si no creyese su buena suerte después del susto de la mañana. Si ese hombre se hubiese enterado de lo que hice me habría caído una buena, pero no se enteró, como no supo de otras muchas donde yo iba enmendando lo que él hacía con sus disparates y su malaje porque se me partía el corazón de ver a tanta gente buena y humilde mancillada por su maldad.

Me contaron en la casa que ese día habían llegado los dos a almorzar y que después de la comida José Candelario se fue a echar la siesta y ya no se pudo levantar. Seguro que fue por las hojas de naranjo que la Mulata le puso en el chocolate. A voces mandó llamar al galeno, y el hombre vino a ponerle unas sanguijuelas y sangrarlo en la espalda y le dijo que guardara cama un par de días. Pero el muy malaje le contestó al galeno que le diera un remedio eficaz, que tenía que estar al pie del cañón y en cuanto pudiera se levantaba, porque si no su hacienda se iba a convertir en un nido de zancochos. Así era el viejo, y lo peor era que así estaba haciendo a mi hijo, porque él era el que lo estaba instruyendo, y el niño, que lo veía como un padre, lo imitaba en todo, hasta en la forma de hablar.

Eso era lo que más me podía, Rosario, porque ni siquiera era su padre, su padre era otra cosa, su padre era un hombre de una sola pieza. José Candelario, en cambio, ya iba adoctrinando a mi niño con sus ideas, enseñándolo a disparar a los animales por el puro placer de sentir que era dueño de la vida y la muerte de cuanto había en San Gabriel. El niño se me estaba escapando de las manos y el viejo cada vez me ponía más excusas para que yo lo viera lo menos posible. Cuando no estaba en sus horas de escuela con los dominicos, me decía que lo dejara tranquilo, que si yo lo iba a amariconar con mis cosas, y desde las ventanas de la casa oía sus desplantes y fanfarrias, cómo se lo llevaba en el caballo para que viera cómo corregían a

algún esclavo a latigazos, o le obligaba a retorcerle el cuello a un conejo para luego desollarlo y asarlo en la chimenea, a tirarles piedras a las indias que traían sus comales desde el molino o a molestar a sus hermanas en lugar de cuidarlas y protegerlas. Hasta un día tuvo el atrevimiento de decirme que en cuanto cumpliera los trece se lo llevaría a una casa de putas de Tlacotalpan para hacerlo un hombre como Dios manda. Yo rezaba para que cualquier año se quedase con los dominicos a estudiar, o hasta me dijese que quería meterse a cura. Prefería que mi hijo leyera hartos libros, todos aquellos que yo no leí hasta de mayor. Quería que se instruyese con juicio, con luz en la mollera, y no que jugase a ser el dueño de los seres que Dios nos había dado en custodia, pero José Candelario tenía otros planes para tu padre. Planes que yo no tuve más remedio que truncar por el bien de todos.

Ya dentro de la hacienda me acerqué a la habitación del viejo y fingí ponerle unas cataplasmas en la frente para aliviarle las calenturas. Crucé con mi rosario sus sienes y le di las buenas noches. Me sentí una mantis religiosa.

Rosario, quiero que valores estas líneas, en las que no solamente te desvelo nuestro gran secreto familiar, un secreto más fuerte aún que aquellos que te conté, sino que, además, me ponen en peligro de ir a la horca a pesar de ser una anciana octogenaria. Si lo hago es porque para esta vieja chocha es más importante contarte la dura verdad que apantallarte con mentiras de abuela piadosa, y además porque me queda poco para recibir el juicio de Dios y quiero llegar limpia a sus manos confesándote a ti mis cosas malas, que, a pesar de su iniquidad, bien sabe Nuestro Señor, hicieron el bien a muchos inocentes. Este secreto puede hacer tambalear nuestra familia, porque a pesar de no ser el padre de tu padre, mi tío José Candelario es un hombre venerado en San Gabriel por toda nuestra casta, el peninsular que hizo la América y se construyó a sí mismo. El héroe patriarca de toda familia criolla.

Apenas iba a salir por las puertas cuando me gritó que me quedara velándolo como buena esposa, a los pies de la cama, hasta moribundo me chillaba como daga hiriente, que si cumple con tu deber, mujer, y enseguida me mandas a Ciriaco a que me busque al padre Pacheco, que quiero comulgar.

Claro, le dije tratando de disimular, voy a la cocina por su jarrita de leche

templada para que duerma su merced tranquilo, descuide, que de su lado no me mueva y enseguida mando al mozo por el cura.

Si llegaba el padre Pacheco a San Gabriel nos iba a ser muy difícil a la Mulata y a mí continuar con aquella farsa, porque además el viejo estaba empezando a sospechar, o eso creí yo entender en su mirada. Muerta de miedo salí al oratorio a rezarle tres avemarías a mi Virgencita y me regresé al casco de la hacienda ya completamente a oscuras. Esa noche ni llamé a Ciriaco ni nada, y le dije a la María que había que darse prisa o nos llevaban a las dos al cadalso.

Me acerqué a la cocina y ella estaba terminando de recoger la loza de la pila de lavar los trastos, no tuve que decir una palabra. María me entregó una bandeja con una ollita de café mientras me hablaba susurrándome que si no, señora, que no se le puede dar leche porque frena el veneno de los bichos, que si hay que darle solo café para que se le mueva más deprisa y termine pronto. María me puso la botellita con los alacranes en un bolsillo de mi mandil mientras me indicaba que esperase hasta después de media noche a que estuviese más adormecido por las yerbas que llevaba dándole todo el día, y con la bandeja de café entré en la alcoba de José Candelario. Le voy a dar su café, le dije, el galeno dijo que era mejor darle café para las fiebres.

Y no hice más que acercarme con la charola cuando el muy bestia de un manotazo tiró la jarra al suelo y la rompió en pedazos insultándome, que si te he pedido leche, bruja, tráeme lo que te pido, ¡hostia!, y déjate de pamplinas que lo que quieres es quitarme de en medio antes de la cuenta. Luego de que blasfemó, se calmó el condenado, me miró a la cara con desprecio preguntándome si en verdad lo odiaba mucho.

Yo de espaldas, a punto de salir de la recámara, casi pegué un respingo, porque estaba maliciando todo, que hasta me dio por pensar que se estaba percatando el viejo de lo que pasaba y por eso me hacía esas preguntas. Sin siquiera volverme a mirarlo le respondí que no, que los lindes entre el amor y el odio eran débiles y que nunca lo había querido lo suficiente como para luego odiarlo.

Me regresé a la cocina con la charola vacía y María me dijo que me esperase. Según ella preparó una agüita que sabía a leche con un polvo de arroz molido y que el amo no notaría la diferencia, regresamos las dos con el brebaje, pero ya el viejo se había quedado dormido y roncaba como de costumbre. Traté de zarandearlo un poco del brazo para ver qué tan dormido estaba y ni se inmutó. Ella recogió los trozos de barro rotos del suelo y pasó una aljofifa para limpiar el café vertido, luego se llevó la charola con todo y agüita de arroz, y me dejó sola con él. Las yerbas que María le había puesto en el bebedizo, y que nunca supe cuáles eran, le provocaron al viejo vómitos con sangre todo el día, de ahí que el galeno se pensase que le había dado la fiebre amarilla, que también se conocía en el lugar como vómito negro. Me metí un tarrito de azafrán en el mandil porque para el día siguiente tenía yo que pintarle a José Candelario la cara de amarillo y hacer todo el paripé para que nadie sospechara.

Pasé la noche rezando en la poltrona, cuidando que las sanguijuelas siguieran en su sitio para que nadie me acusara al día siguiente de desatenderlo. El galeno le había puesto unos pocillos de vidrio en el pecho, y otros más abajo con las sangrías, había dado órdenes que se quitaran antes del amanecer. Yo tan solo tenía una palmatoria con una vela que iba cambiando por otra a medida que se me consumía, para no hacer mucha luz y que se despertara. Me estaba volviendo loca, rezaba pidiendo perdón por un pecado que no había cometido aún, rezaba pidiendo el logro de mi pecado, rezaba pidiéndole a la Virgencita que me permitiese pecar contra el quinto mandamiento sin que el brazo de la ira de su hijo se estrellase contra mi rostro, no quería rezarle al Santísimo Sacramento porque siempre me había dado la espalda. Ya había expiado mi alma de antemano todos esos años por aquel crimen. Cuando escuché el reloj de la sala tocar el carrillón de medianoche sentí el corazón en el pescuezo, me detuve a mí misma y esperé a rezar un rosario, luego me levanté con la palmatoria en una mano, dejé la bujía en la mesilla de noche, y vi cómo el viejo bufaba pero sin roncar, estaba muy dormido. Con mi pañuelo le extendí el azafrán en las sienes y en las ojeras, disimulaba que le estaba limpiando el sudor, el viejo murmuró unas cosas y se dejó hacer, luego que calculé que cogió el color me alejé hasta los

pies de la cama y levanté las cobijas, entre sus pantorrillas puse la botella con el gollete mirando hacía su entrepierna, le quité el tapón de corcho con mucho cuidado y la sacudí levemente hasta que vi a todos los bichos caer entre sus patas, enseguida bajé la colcha y la remetí bajo el colchón para que no se escaparan las alimañas. Cogí la palmatoria, la botellita y salí del cuarto, no quise ver nada de lo que allí sucediese, lo dejé viéndoselas con unos rastreros de su misma calaña.

Me metí a mi alcoba sin siquiera desvestirme, con la bata de cola me acurruqué en mi cama, esperaba escuchar de un momento a otro un grito de dolor, pero no fue así. No pude dormir en toda la noche, me la pasé en vilo, horrorizada por lo que había hecho, y por la mañana temprano escuché cómo Ciriaco, el mozo que lo atendía, pegaba con los nudillos en su puerta y nadie respondía, al cabo de un rato vino una sirvienta a despertarme y darme la noticia: el amo había fallecido durante la noche, a ciencia cierta el vómito negro lo sobrepasó.

Cuando vinieron los franciscanos a amortajarlo ya María la Mulata había oreado las sábanas. Me contó ella que los bichos se habían quedado entre las cobijas, al calor que le quedaba al muerto, y ella los mató uno por uno, o eso me dijo, porque yo estaba pasmada y no tenía la cabeza en mis cabales. Los frailes no sospecharon que aquellas pústulas sanguinolentas que el viejo llevaba en el cuerpo bajo el camisón fuesen de los alacranes, sino que creyeron que no eran sino los cortes donde le habíamos puesto las sanguijuelas que le recetó el galeno, gracias a que María le hincó la punta de un cortaplumas en el mero lugar, cuando ya quedó muerto. A última hora pedí quedarme con él a solas para rezarle, dije, pero a lo que me dediqué fue a retocarle la cara y las manos de amarillo para que quedase bien cubierto antes de que llegase el cura. Cuando vino de nuevo el galeno ya estaba José Candelario de cuerpo presente con la mortaja en la cama, listo para ser velado. No hay duda, dijo el anciano doctor, le ha dado un vómito negro fulminante, se acercó y me tendió la mano para darme el pésame.

Nunca me imaginé que un velatorio sería la cosa que más felicidad me produjo alguna vez en mi vida, hija, pero sería una mentirosa si te dijese lo contrario. A pesar de lo contenta que estaba tenía que hacer teatro, poner cara

de circunstancias y me pasé el día suspirando, refregándome cachos de cebolla de vez en cuando en la cocina con María la Mulata, mientras ella me guardaba la retaguardia.

Como José Candelario había muerto de enfermedad contagiosa, según el galeno, no vino casi nadie a San Gabriel, a pesar de que mandamos el avisador, con su campanita y todo, a pregonar su muerte por todo Alvarado. Lo enterramos casi sin velarlo en el suelo de la capilla, al lado de aquella lápida donde estaba el primer encomendero. A toda prisa unos esclavos quitaron las baldosas y abrieron un hueco grande en el piso. Rociamos su cuerpo con cal viva como mandaban las ordenanzas en tal caso y tuvimos que quemar todos sus enseres por orden del galeno para que los miasmas y vapores de su enfermedad muriesen con él. No hubo cosa que me diera más gusto, hasta su lecho con colchón, almohadas y todo, los pelucones, sus odiosas levitas de terciopelo y los chapines acharolados, las camisas, puños, calzas, chaparreras y polainas, botas, borcegués, todo se quemó. Era como si el viejo no hubiese existido nunca en la hacienda. Hasta me armé de valor y cuando pasó el tiempo quemé el retrato al óleo de él que quedaba en la sala. De José Candelario no quedó nada en San Gabriel, yo me encargué de borrarlo lo más que pude, excepto un recuerdo difícil de borrar, pero que con el tiempo también se fue. Un nombre en los pliegos notariales de propiedad y aquella lápida de cantera con su nombre en la capilla, conteniendo unos huesos que habrían de durar poco, porque la cal los habrá carcomido hasta hacerlos polvo o ponzoña, que era lo que era él.

Pronto corrieron rumores de que había muerto de *cocolitzle*, que era como los indios llamaban a esas fiebres malignas, aunque el médico juraba que de vómito negro o fiebre amarilla, pero en cualquier caso de una enfermedad malsana.

Tapar todos los espejos de la casa con paño de luto, vestir a los niños y ponerles un crespón negro en el brazo, ponerme a toda prisa a coserme vestidos negros y quitar toda la platería del comedor nunca fue tarea que me diese más placer. Las niñas ni se enteraron de lo que pasó, las pobres, eran tan *chiquetitas* y el padre les hacía tan poco caso que para ellas fue como si se muriese el vecino. A tu padre sí que le pudo, y la verdad es que el niño

lloró y a mí se me partía el alma de cómo podía estar tan engañadito y equivocado mi hijo, pero para mis adentros sabía que detrás de ese llanto yo le estaba haciendo un favor a la larga en quitarle a ese malnacido de encima.

A partir del novenario tomé las riendas de todo, Rosario, incluida las de mi vida, y comencé a poner las cosas en orden. Desde ese día iba a ser yo la dueña y señora de San Gabriel y de mí misma.

SOBRE UNA NUEVA EMPRESA

Toda mujer que se aprecie a sí misma debería disfrutar de sus buenos años de viudedad. Cuando vivía acoquinada en San Gabriel, a menudo, me ponía en la mecedora a pensar en la diferencia de edad que tenía con mi tío, y entonces calculaba de memoria los años a los que la vida, probablemente, me haría ser una viuda de forma natural. Como habrás visto no tuve que esperar a que las cosas sucediesen. Si una no las provoca, probablemente nunca lleguen a pasar de forma justa.

Tú no sabes lo que es eso, Rosario, dejar de vivir aterrorizada, en vilo por una misma, dejar de preocuparse por el futuro de tus propios hijos, por esa gente con la que se desquitaba, por aquellas noches infames donde el hedor a pulque y las mujercuelas eran una presencia continua en mi alcoba, por mi propio destino. Por primera vez disfruté de mi casa, de jugar a la gallinita ciega con los niños sin que saliese a gritarme que el niño se me iba a amariconar por entretenerse con sus hermanas, o que dejásemos de alborotar en la siesta o nos pegaba un sopapo a cada uno; poder sentarme a la hora que me diese la gana a leer bajo los árboles del jardín sin que nadie me arrancase el libro de las manos y lo echase al fuego de la chimenea. Qué bueno que en lugar de tener que esconderme en mi alcoba a leer de noche, con la luz de una mala palmatoria, tapando con algún retazo la rendija de la puerta para que no se viese que estaba despierta, podía ya leer donde me antojase.

Después de recibir a las visitas y los pésames de los lugareños, llegó

finalmente un día el cura con su santísima madre. Se sentaron en el tresillo después de caminar con parsimonia sobre las alfombras de la estancia enlutada, ella meneando las deformadas crinolinas sobre su culo gordo de vieja ociosa y arrastrando una cauda remendada varias veces, que con el sopor de la tarde olían a zorruno porque se veía que no las había lavado en años. Se fijaba si había cubierto bien los espejos de tela negra, miraba por los aparadores para comprobar que había retirado toda la platería, y hasta se permitió pasar un dedo por una ménsula y llevárselo a la cara para ver si habíamos limpiado el polvo. Venía de velo negro en su cabeza pelona, que parecían su talante y su catadura los de una de esas furias chinescas que se ponen sobre las consolas y que vienen en la nao de Manila, tenía la nariz *porrúa*, los ojos abiertos como dos boliches, enmarcados en las sienes por dos chiqueadores tan grandes como las órbitas de aquellos, e iba mordiendo el aire con una encía sin dientes, como era su costumbre, que me recordaba a una tortuga que tuve de pequeña, la *Casilda*. La vieja farfullaba en una ininteligible lengua provocada por el hablar gago de su boca menoscabada. Él vino de birrete, con toda la pompa de un día de Corpus, pero con el mismo olor a zorruno que su madre. Se veía que en esa casa la barragana le haría otras cositas, pero lo que era lavar, no les lavaba ni la ropa, ni a orearla creo yo que la ponía.

El cura llegó presumiendo su cadena de plata con la cruz que le regaló mi difunto, y con un misal de pastas tan negras como su alma. Querían dinerito para la parroquia, ¿qué otra cosa podían querer? Ella coreaba gangosa las mismas palabras que su hijo como si fuera un mono de repetición: que si los diezmos y óbolos, *sí..., sí..., que si los diedbos y óbodos*; que si las caridades, *sí..., sí..., que si las cadidades*; que si la necesidad y la premura, *sí..., sí..., que si la necesidad y la pdebuda*. Me acordé de lo malo que había sido el cura conmigo, de las palizas que me endiñó José Candelario a causa de que él mismo quebrantase el secreto de mi confesión, de su bajeza, de su dureza con los esclavos. Por un momento decidí tomar venganza, decirles que mis arcas no estaban tan llenas y que una viuda tenía que ser cautelosa con el futuro y precavida por el bien de mis hijos. Pero yo sabía a lo que venían realmente, los dejé que se atiborrasen de pestiños, de buñuelos de rodilla, de piloncillo y

arroz con leche, y dulce de camote, y que llenasen sus mancerinas de chocolate varias veces con una gula que no sabían disimular de la misma forma que disimulaban otros pecados. Mientras ellos se tiraban sus *peos* entre bocado y bocado de merienda, abarrotándose de boniato dulce, yo pensaba qué era lo que más me convenía a mí, a mis hijos y a la hacienda de San Gabriel del Paraíso.

Decidí no solamente seguir dándole los óbolos, sino darles mucho más de lo que el viejo les daba, porque para ese entonces yo ya había comprendido cómo funcionaban las cosas entre la Iglesia y los terratenientes. Poderoso caballero es don dinero, y con el cura de paniaguado las cosas se pondrían a mi favor.

Del padre Pacheco la maledicencia hablaba muchas cosas. Hacía sus tejemanajes de simonía, vendiendo bulas y dispensas por unos cuartos, iba con los chismes al arzobispo y se metía en transacciones sucias, que hasta empréstitos hacía a los feligreses y luego cobraba de vuelta con usura. El sinvergüenza era un felón, y eso lo sabía yo bien, que había divulgado mi confesión a mi esposo, y además, contaba la gente, que tenía su barragana y todo. Una pobre indita que lo servía en su casa y había concebido de su reverendísima paternidad dos niños mugrientos y llenos de mocos que lo llamaban tío jalándole la sotana a todas horas y él apartaba de un puntapié cada vez que su presencia le molestaba. La vieja, su madre, era una trapichera que lo mangoneaba de un hilo, tenía más mala leche que los caracoles gordos. Si algo quería uno del cura, había que convencer primero a su santísima madre.

A la sazón, hija, cuando me puse al frente de San Gabriel, me preocupé por el futuro de tus tías, que eran muy niñas en aquel entonces, pero iba siendo hora de que yo hiciese provisión para dejarles a ellas algo que representara un sustento y no una caridad, para que no dependiesen de su hermano ni de los intereses que él tuviera en celebrar alianzas con familias de posibles. Así venía siendo, las mujeres eran meras piezas de estrategia en las familias y en las tierras. Ellas no podrían heredar tierra alguna como mandaban las leyes y su único futuro hubiera sido encontrar marido.

Acordándome de la estrategia de Niña Carmen, me propuse encontrar un

negocio que no estuviese adscrito a ninguna finca o propiedad, que no fuese ni mina, ni campo, ni plantación, y en lo primero que pensé fue en los galeones. Consulté con Gaspar lo de comprar dos naos que hicieran la ruta de la Nueva España y de la Península y sirviesen para llevar nuestro azúcar hasta Cádiz y que fuesen el futuro de María Manuela y Ana Francisca, y a él le pareció una buena idea. Sin su ayuda no hubiera podido yo hacer nada de eso. Le conté al cura lo que quería que ellos escuchasen, y cuando llegó el momento de darle el parné le di más del doble de lo que José Candelario le daba normalmente. No se lo creyó cuando le di el talego con los doblones y, acostumbrado al peso de los anteriores, casi se le cae al suelo. Me imagino que tan pronto como salió de allí se puso a morderlos para ver si eran de ley o no, o si nomás le estaba dando yo unas cuantas parpallas.

Antes de que salieran los dos de la hacienda me aseguré de que el cura entendiese que ese dinerito de más no era de balde, sino que se trataba de un justiprecio a cambio de su silencio y su acatamiento. Y que si a mí me llegaba el olor de una traición por su parte, de un solo chisme o un comentario que me pusiese en evidencia, inmediatamente le cortaba el chorro a la fuente. El beato me aseguró con su sonrisa lambiscona que eso no sucedería y que a partir de entonces no sería sino mi fiel párroco. Yo, entonces, me atreví a ir más allá. Le propuse que fuese el capellán de San Gabriel, le convencí de que necesitaba dar ejemplo cristiano de una mejor manera a esas gentes, de que le hablara al obispo y encontrase otro párroco para Alvarado, que yo sabría recompensarle el sacrificio de mudarse a San Gabriel a encargarse de la salvaguarda de las almas de los que allí morábamos y laborábamos. Pero realmente lo que quería era tener al enemigo cerca y vigilado.

No tardó en pedir dispensa al obispo y en poco tiempo fue el capellán de San Gabriel. A los dos meses lo tuve viviendo en la hacienda, en la casa aneja a uno de los ingenios, lo suficientemente lejos de mí para no tenerlo encima todo el día, ni a él ni a la bruja de su madre, pero lo suficientemente cerca para tenerlo a tiro y estar segura de los pasos de aquel gallinazo. A partir de entonces lo escuchaba dando misa diaria en la capilla.

El primer cambio que le ordené hacer fue quitar la sombría Dolorosa del

altar mayor y poner en cambio un cuadro de la Inmaculada Concepción que mandé pintar, que no era sino copia de aquella Virgen de Guadalupe que venía en la capillita itinerante. Y el segundo, permitir que no solamente los hombres de razón sino los indios, los negros y los de cualquier casta con sangre de ellos entrasen en la capilla.

Tengo a honra, Rosario, que la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe en San Gabriel fue la primera iglesia de la Nueva España donde los indios se bautizaban en la misma pila que los criollos y los peninsulares. En un principio el padre Pacheco no transigió, pero acostumbrado como estaba a tomar dinero por hacerse de la vista gorda, no solamente permitió todo eso, sino que casó a María la Mulata con Manuelito como mandan los cánones, a pesar de que protestó diciendo que aquel sacramento tendría la misma validez que casar a dos gatos: que si adónde vamos a ir a parar, doña Gregoria, que si a este paso me pedirá su merced casar a un hombre con su caballo o a dos hombres entre ellos. A lo que yo le dije que no importaba, que los casara y punto, que aquello tendría la validez que los contrayentes quisiesen darle.

El padre no tuvo más remedio que hacerlo cuando yo le urgí a ello o le cortaba el chorro de los pesos de plata, aunque me pidió que lo mantuviésemos en secreto, porque si se enteraban en la diócesis se podría armar una buena. Y allí mismito, ante la Virgencita de Guadalupe y sobre la lápida del viejo, que de seguro se estaba revolviendo en la tumba cuando aquello sucedía, se casaron los dos como Dios manda.

La empresa salió adelante con la bendición del señor cura, y los demás terratenientes tuvieron que aguantar que una mujer, una viuda a la que esperaban comprar las tierras en pocos años y mandar luego a algún beaterío de la Ciudad de Méjico, los había dejado sin habla a todos y estaba llevando la producción de la hacienda a reeditar más que todas ellas juntas. Me instalé en el despacho del viejo con mis cosas, hasta me mandé pintar, más adelante, un óleo de cuerpo entero que coloqué tras el escritorio, donde había estado el del viejo que mandé quemar con las excusas de los miasmas, para dejar claro a cuantos entrasen a departir en la estancia quién mandaba en San Gabriel; me hice de mi ábaco para llevar las partidas y las cuentas, como me enseñó mi maestro Arveja en El Pilar, un maestro que fue habilidoso como para

despertar el interés de una mujer como yo por la aritmética. Puse unos buenos libreros donde coloqué, ya sin pudor, mis libros y lecturas, cambié los muebles pues no quise yo sentarme en la poltrona donde *jincó* el culo aquel degenerado y que mandé quemar, como te dije, por prescripción del galeno, y lo único que dejé fue un secreter lleno de papeles que no quise quemar porque tenía primero que revisar documento por documento, y porque el secreter había estado en la hacienda cuando llegamos y no lo creí oportuno, y gracias a Dios que no lo quemé, ya te enterarás por qué, hija mía. Me traje conmigo a tu padre para enseñarle a contar con las cuentas del ábaco y a que aprendiera de sus deberes desde *chiquetito*, como era menester.

Por primera vez tuve a mi hijo del alma solamente para mí a partir de que me echaron del colegio. Lo pude educar a mi antojo, mostrándole el cariño enorme que siempre tuve para él y que delante del viejo no me atreví a darle por temor a que José Candelario le tomase manía. Me lo llevaba montado en mi yegua a ver los plantíos, le mostré los trapiches y los ingenios, los alambiques que rezumaban el alcohol de caña, para que entendiera el oficio desde abajo, los barracones nuevos que les hice a los esclavos, la acequia para darles agua fresca. Quería que tu padre aprendiese el buen hacer por aquellos a los que la Divina Providencia puso a nuestro cuidado, pero el daño ya estaba hecho y hubo cosas con las que no pude, como tratar de borrar de sus sesos las injurias que mi tío le había enseñado. Sebastián se iba haciendo un hombrecito, ya no le gustaba que le diera mis abrazos y mis besos como cuando era más niño, mis muestras de afecto las recibía a regañadientes, en parte por su edad, en parte por las cosas que el viejo le metió en la cabeza sobre ser un hombre. Pero, finalmente, aquella nube gris que rondaba su futuro había desaparecido totalmente con la muerte de ese bicho.

Yo quería que mi hijo aprendiese a ser un hombre como lo era su propio padre. Un hombre cuya nobleza iba más allá de su escudo familiar, de su apellido, y no era sino un halo que teñía de buen propósito todas sus acciones. Que entendiese que las acciones y modales impecables no eran a la fuerza nobles si no llevaban un propósito digno soterrado que los guiase, y que, si ponía intenciones ruines o chuecas en palabras perfumadas, en maneras pulidas, carecería de la hidalguía de biennacido que su padre, su

verdadero padre, noble de sangre pero sobre todo de corazón, le hubiera querido dar.

Que aprendiese que el batirse con florete no es sino una trifulca limpia donde resolver con honor las cosas, sin tomar ventaja del débil, sin pelear con superioridad o delantera, un duelo entre iguales y no un arte para someter a los que no hubieron aprendido a manejar la espada; me hubiera gustado que Sebastián entendiese que los ducados y los doblones no son los que hacen a un caballero, para no ser tan solo un título sin el caballero detrás; que los buenos escarpines de charol no son los que marcan tu paso estable, sino la firmeza del destino al que te encaminas; que la nobleza no es sino una casaca blanca pulcra que a uno le colocan al nacer y que uno tiene la obligación de mantener así hasta el día de su muerte, en la que Dios nos pedirá cuenta de los talentos que nos dio, y que si uno la mancilla con el tizne de la mezquindad, de la envidia y la injusticia, la pierde.

De esos talentos yo no estaba exenta, por muy plebeya que hubiese nacido, la Divina Providencia había puesto en mis manos una hacienda, un ingenio, un empréstito que tenía que redituvar, y Dios es mi testigo que traté de que mis talentos diesen el ciento por uno. Gaspar me ayudó muchísimo en aquella ventura, en verdad él fue el artífice de mis ganancias, para mí fue una sorpresa encontrar un hombre de lealtad y principio donde antes había estado tanta cochambre, y finalmente al año y medio de administrar San Gabriel hice el beneficio suficiente como para comprar dos naos en las Reales Atarazanas de Sevilla, una se llamaba *Tritona* y la otra *San Cristóbal*.

La *Tritona* quedaba en el puerto de Veracruz y hacía la ruta a Cádiz llevando únicamente un cargamento de costales de azúcar de nuestro propio ingenio, ahorrándonos el arancel que antes deducíamos a nuestras ganancias en el azúcar y todos los gastos del porte, y la *San Cristóbal* hacía lo mismo por una ruta diferente, recalaba en Puerto Marqués, al lado de Acapulco, en el Pacífico y me permitía abrir rutas de comercio con Filipinas. Como ya se había liberalizado la importación de textiles podía yo traer seda de Asia y comenzar una nueva ventura que quedase aparte de la hacienda, también para las niñas. Para poder llevar a cabo todo esto entré en una sociedad de acciones, la Compañía de Filipinas, que estaba empezando a formarse en ese

tiempo y tuve que poner mucho caudal, Rosario, hipotecar unas tierras y asociarme con otros propietarios de naos que iban a hacer la misma ruta, todo con el consejo desinteresado de Gaspar, porque, hija, aunque en este mundo haya gente mala, de que las hay buenas, también las hay.

Gaspar, a partir de ese entonces, se encargó personalmente del negocio de las naves y del porte del azúcar. Encontró quién capitanear las naos. Como él había estudiado en la escuela de guardiamarinas de la isla del León, en Cádiz, y tenía una reputación de buen hombre de mar, le asigné los barcos y se trajo de la Península a dos conocidos suyos de Cádiz que también habían recibido la formación de guardiamarinas en el Arsenal de la Carraca, el buen Castorena, que se encargó de la *Tritona* y de la ruta de Veracruz a la Península, y otro capitán, cuyo nombre ya se me va de la cabeza, que se encargó de la *San Cristóbal* y la ruta de Manila.

La hacienda se quedó directamente sin su ayuda, y su segundo hombre de confianza, don Miguel de la Rota, que había venido de Aracena, allá por la sierra de Huelva, se encargó de la plantación con mi supervisión directa como siempre hube hecho. Mis aprendizajes en el Colegio del Pilar y lo que me había enseñado la vida comenzaron a dar fruto, la aritmética que allí aprendí y el manejo del patrimonio doméstico me sirvieron para multiplicar los réditos de San Gabriel.

En poco tiempo, me convertí en la primera mujer hacendada de la Nueva España y la que enviaba más rentas a la corona en caña que ningún otro, y en la que hacía las aportaciones más altas a las arcas reales de todas las colonias. La compra de los galeones fue todo un acierto. Mantuve durante más de tres años la producción más alta. Hasta comencé a cartearme con el virrey y el arzobispo de la Ciudad de Méjico, donde mandaba yo mis buenos reales, y ambos me hablaron de asuntos de grandeza y de la posibilidad de que Su Majestad me concediese un título nobiliario si seguían mis tierras aportando tanto a Carlos III y patrocinaba yo tanta obra pía. Figúrate, hija, el mismo que luego me quería quitar de en medio por pirata, por haberle quitado más de una vez su quinto real de los galeones, y al que le hice tanto perjuicio.

Con el viejo fuera de nuestras vidas, los peones y los esclavos fueron menos desgraciados, hasta creamos una escuelita donde yo misma daba

clases a los niños y a las niñas por igual, se hizo un hospicio para atender las necesidades de todos y trajimos a un galeno de Orizaba y le dimos casa a él y a su familia, de manera que quedase siempre a disposición de cualquier percance que ocurriese en San Gabriel. Lo mismo atendía la pierna quebrada de un negrillo, que asistía a una epidemia de mal de vientre o aplicaba cataplasmas y sanguijuelas a quienes fuera menester, que la mayor parte de las veces no era sino la doña Pacheco, que se daba unos atracones de comida y confituras de dos pares y la *bailaera*, y como la señora era de temperamento y humores flemáticos se ponía fatal con el calor y le daban cólicos malsanos.

Por primera vez, San Gabriel comenzaba a ser ese paraíso que tuvo que haber sido desde sus comienzos.

DE UNAS CARTAS OCULTAS

Una tarde, ya estando San Gabriel en su mayor esplendor, me encontraba sola en la casa grande, los niños se habían ido a sus colegios en Veracruz donde estaban internos, y la Mulata, al rancho, acompañando a su esposo que iba diariamente a por la leche de las vacas holandesas, y me metí en el despacho para ordenar papeles y encontrar las escrituras de las tierras que nos pertenecían.

A los pocos días esperaba a Gaspar, que había regresado de Veracruz y estaba en Alvarado. Se quedaría en la hacienda el tiempo suficiente para ayudarme con ello mientras esperábamos el próximo cargamento, pues seguía siendo mi hombre de confianza. El galeón estaba siendo reparado de dos de sus vergas, que un temporal destrozó, e iba a ser limpiado de escaramujos y calafateado antes de emprender un nuevo viaje y eso llevaría algún tiempo.

En las gavetas de los papeles del viejo me había encontrado varios asuntos innobles, Rosario, el primero de ellos, como ya te puedes imaginar, es la treta que usó para sacarle las tierras al cuñado de Niña Carmen. José Candelario fue un hombre astuto y sin escrúpulos, esas dos cosas hicieron posible el habernos enriquecido tan rápido y tantísimo, dos cualidades muy útiles a la hora de sobrevivir en tierra de nadie. Yo creo que él esta idea ya la tenía rumiada, y que las cosas no surgieron por casualidad, como tuvo rumiada la idea de delatarme en El Pilar y sacarme de allí con intrigas para casarse conmigo. Tonta de mí, que pensaba que sentía por mí una obsesión malsana y

por eso me acosó. No, la obsesión de José Candelario por mí, como más tarde entendí estudiando leyes y papeles en la hacienda, iba más allá de la pasión física, del instinto de rapiña que tenía con la hija de su hermana, con poseer una guacamaya de bello plumaje, como yo había creído todos aquellos años.

Al entrar por Veracruz él inscribió a mi hijo como suyo propio y a mí como su esposa. Sebastián, a los ojos de la ley y las autoridades, se convertía entonces en su hijo primogénito y eso significaba que el mayorazgo de toda fortuna que él amasara pasaría sin traba alguna a mi hijo por encima de cualquier otro que José Candelario pudiese engendrar. Por tanto, mi hijo era una pieza clave en su partida de ajedrez. Si se hubiera amancebado José Candelario con cualquier otra señora, sus hijos no tendrían este privilegio, por tanto, los matrimonios que él concertara con ellos no iban a tener el mismo valor que el del primogénito, y como así constaba en los registros de Veracruz, por ese error que cometió al llegar a la Nueva España, tuvo que casarse conmigo, para poder disponer plenamente de mi hijo como suyo propio.

Volviendo a cómo adquirió las tierras, fue un ardid muy bajo; en el contrato que hizo con el susodicho cuñado de Niña Carmen, mi tío le propuso laborar a cambio de un salario fijo, pero además un tanto por ciento de los beneficios anuales de la caña en bruto. Durante varios años José Candelario no se cobró ese tanto por ciento a propósito. Fue recibiendo solamente su salario, y cuando subió la producción a lo más alto siguió esperando hasta que un día presentó pagaré por todos aquellos porcentajes devengados, que siendo ya una suma tan considerable, el legítimo propietario no pudo pagar y eso hizo que tuviese que cederle la mayor parte de las tierras a mi tío en permuta, por un pago que hubiera sido para él muy costoso. Sabiendo cómo los nobles estaban todos construyendo sus palacios en Madrid, dejando la provincia para estar cerca del rey, en la corte, y así sabía mi tío que sucedía con el cuñado de Niña Carmen, José Candelario aprovechó las vacas flacas de este para hacerse con las tierras.

Aun así, el asunto de cómo se hizo con la propiedad y el dominio de San Gabriel no fue cuestión de una artimaña sino de varias en combinación. Como es natural, Rosario, te figurarás que un pobre emigrado con ínfulas de

grandeza no tenía mucho poder en la colonia en aquel entonces, y en un pleito contra todo un noble potentado de la Península no hubiera tenido las de ganar.

Pero José Candelario tomó ventaja del hecho de que Matías de Gálvez, hermano del visitador general, José, vino de viaje a la Nueva España. Como las tensiones de su hermano José con el virrey Joaquín Monserrat eran muchas y vox populi, Monserrat no quiso entregarle tierras y valores a Matías. Pero los hermanos Gálvez estaban ávidos de tierras y de poder y José Candelario lo notó, así que concertó el matrimonio de mi hijo, tu padre, que entonces apenas tenía diez años, con una sobrina de don Matías de Gálvez que a la sazón tenía nueve, y que era hija de José, asegurando así al propio visitador la posesión, un día, de estas vastas tierras y garantizándose José Candelario de esta forma la protección de las autoridades. Matías sería virrey de la Nueva España años después y todo este contubernio les serviría a los tres para enriquecerse enormemente como te voy a contar.

Hija, el asunto no es tan simple, porque tierras había muchas en la Nueva España. ¿Por qué precisamente estas? ¿Por qué precisamente las de José Candelario?

Bien, como José de Gálvez junto con Juan de Villalba iban a organizar lo del Estanco de Tabacos y el monopolio, que representaba un gran caudal de dinero para la corona y además para los productores de la Nueva España, si no poseían tierras aptas para dicho cultivo en nada iban a beneficiarse. Pero José Candelario poseía las extensiones más vastas de terreno apto para ese nuevo cultivo, ambos quedarían bien parados, Gálvez y mi tío. Por eso se dedicó su último año a comprar más tierras al oeste del río, como supe por Gaspar, y comenzó a llevar esclavos para plantar tabaco. En unos años quizá se hubiera quemado la caña y dejado las tierras antiguas en barbecho, o rotado, para plantar todo San Gabriel de tabaco.

En todos sus planes el único que contaba era Sebastián, mi hijo; a sus propias hijas, pulsos de su sangre, las pasaba por alto, porque su único interés era el heredero y poder concertar alianzas a través de él, aunque de refilón usase a las niñas para sus acuerdos; ya María Manuela iría a dar de esposa de otro Gálvez y la mayor, Ana Francisca, quedaría con un hijo de Villalba.

Después de ver los acomodados nupciales y las tomas de dicho que firmó aquel cerdo por mis propios hijos, volví a guardar los papeles en la gaveta. Al principio me enfurecí, pero después pensé que, llegado el tiempo, eso era una cosa que Sebastián tendría que decidir cuando tuviese la edad, él y solamente él. Y de lo que él decidiese como hermano mayor dependía el futuro de las niñas. Yo esperaba que, hasta que hiciese efecto el acuerdo, unos años con mis hijos pudiesen darme el tiempo necesario para que, bajo mi influencia, no creyesen esas cosas, ni siguiesen esos planes ideados por un hombre al que, más que ellos, le interesaba el poder y las tierras.

Como esas extensiones fuera de las lindes estaban empezando a dedicarse al tabaco, quedaban en cierta forma fuera de mi disposición, ya que me echaría encima a la familia Gálvez que hasta entonces había estado de mi lado, y a Villalba, que era un hombre de temer. Estaba yo tras el deseo de hipotecar unas tierras al oeste de las lindes de las nuestras que también nos pertenecían, donde había varias rancherías y algunos poblados, pero no había plantaciones de nada. Mi idea era sacar algún caudal que me permitiese comprar un tercer navío, porque el negocio se estaba incrementando y quería yo crecer el comercio con Filipinas, de donde me llegaban los géneros en el galeón *San Cristóbal*, y necesitaba un tercer barco que independizara el azúcar de las telas. No encontraba las actas de aquellas tierras y me dispuse a revisar papel por papel en el arcón donde guardaban los pliegos y los lacres cuando decidí que ya los había revisado varias veces y no había encontrado nada, por tanto, hacía yo mejor en buscar en otro lugar.

Mi tío se había adueñado de aquel secreter que cuando llegamos a la hacienda encontramos en el despacho antiguo, era un escritorio que dizque había llegado a la Nueva España con el primer encomendero, una antigüedad, hermoso. Lo colocó junto a su mesa donde escribía los pagarés y otras cosas cuando no estaba recibiendo en el despacho, y como te dije, era el único mueble que no quemé cuando murió. Me gustaba el secreter de marquetería, y gracias a la Divina Providencia que lo dejé fuera de la hoguera, porque de lo contrario nada de lo que te narro te estaría narrando.

En ese secreter, allí me puse yo a mirar. Esculqué los cajones a ver qué encontraba, aunque ya los había revisado a su muerte no recordaba dónde los

había visto por última vez. Abrí la gaveta y lo que encontré fueron unos títulos de propiedad de unas casas en Tlacotalpan donde mantenía a su querida. Yo ya conocía la historia y no había hecho nada en contra de ella, al contrario, sentía piedad por aquella mujer a la que le había hecho tres hijos bastardos como yo misma y a la que nunca negué un sustento digno. Me alegré de encontrar la escritura porque quería yo entregarle la propiedad a la querida, me daba miedo que mi propio hijo, tu padre, el día que heredase las propiedades la desahuciara de allí como desahucieron las hermanas legítimas a María la Mulata para venderla. Las aparté, quería preguntarle a Gaspar si habría alguna forma de dar un rodeo a la ley del mayorazgo y que le pudiéramos entregar esas propiedades a la querida para que fueran su sustento. Estaba por sacarlas del cajón cuando yo no sé qué palanca jalé con los propios pliegos sin darme cuenta, se abrió una tapilla que había en el costado del escritorio y apareció un cajoncillo, de esos que se hacían escondidos y que aunque yo sabía que el mueble tenía ese escondite no me acordaba en ese momento de ofuscación. Allí aparecieron más legajos y papeles. Rosario, mi *arma*, me puse en cuclillas y saqué lo que había en el escondrijo: un fajo atado con un cordel, con una letra y una caligrafía que antes yo ya había visto.

De repente, hija, casi doy un brinco, porque aquellas letras garigoleadas que acerté a ver en el comienzo de una de ellas me transportaron a aquella tarde en Cádiz llena de nostalgia, cuando recibí en la vecindad aquella carta con tinta corrida por alguna salpicadura o quién sabe si una lágrima, aquella era la primera noticia de Sebastián, que llegaba desde las islas Canarias.

Mi vista barruntó lo mismo que mi corazón y sin parar comenzó a leer mi propio nombre en un papel que yo había llevado en el corazón muchos años sin poder leerlo. Lo que antaño eran garabatos hermosos, cornucopias y plazas de toros, palitos con caca de mosca y tejavanas a dos aguas se convertían al paso de mi mirada en las palabras de Sebastián. Palabras que llegaban a mí con el retraso del tiempo perdido, con una frescura que no había olvidado, a alimentarme cuando ya casi había muerto de inanición, a recordarme quién era. Palabras que a pesar del papel revenido estaban nuevas, la prueba de que su amor por mí le había hecho cambiar de suelo,

dejarlo todo, que yo había sido el empuje de su vida. Vocablos que esperaban una respuesta que ahora yo tenía la oportunidad de dar.

Sus manos habían tomado esos pliegos, y yo puse las mías donde por fuerza hubieron de estar aquellas, tratando de encontrar ese roce que no sentía desde hacía tanto pero que la memoria de mi piel llevaba aún. Olí las cartas buscándolo metido entre las frases que escribía, tratando de escuchar el pulso de sus venas al tomar la pluma, el deslizar del canto de la mano en el papel, pero no encontré nada, las espachurré contra mi pecho por si acaso él sentía ese abrazo donde quisiera que estuviese, salí corriendo con ellas de aquel cuarto que todavía me recordaba a José Candelario para no mancillar su memoria, corrí como loca hasta la marquesina, me paré bajo un arco, frente a la ceiba donde estaba enterrada la *Leona*.

Hubiera querido que mi amiga se hubiese echado a mis pies a la hora de leerlas, haber compartido con mi perra las noticias de él, mientras ella de reojo me hubiese mirado desde el suelo, inflando su lomo, exhalando ese entre gemido y mugido de felicidad, como queriendo decirme que se había puesto contenta con mis cosas, que todo estaba bien y que ningún mal nos rondaba. Salí al pasto en dirección al árbol, a buscar lo que me quedaba de ella, y me senté en el suelo con todo y polisón, sin cuidado de la humedad del piso o de estropear la tafeta: era un día de fiesta para mí. A un lado de la caracola que la arrullaba dejé el fajo de cartas y tomé la primera.

Mi amada Gregoria:

El galeón *Santísima Trinidad y Nuestra Señora del Buen Fin* apenas amuró hace unas horas en Santa Cruz de Tenerife. Tan cerca y tan lejos, y yo te sigo llevando conmigo. No hicimos sino salir del golfo de Huelva cuando exploté en un llanto triste y angustiado, especulando en la nadería de que nunca más te iba a volver a ver, pero ahora, con más sosiego y en las islas Canarias, entiendo que eso fue tan solo una jugarreta de mi pensamiento, que, aunque es frágil, es fuerte cuando se trata de llevar la determinación de traerte conmigo adonde vaya y hacerte algún día mi señora esposa...

No pude por menos de soltarme a llorar. Arrojarle a la tierra húmeda boca abajo y dejar caer mis lágrimas sobre la yerba que cubría el lugar de la *Leona*, como de estar ella viva hubiera secado mis lágrimas sobre su pelo suave, abrazada a su lomo. Durante tres días leí y releí aquellas cartas de amor, percatándome de que nada de lo que en ellas me decía tu abuelo era lo que había fingido leerme José Candelario cuando hacía el teatro delante de mí. Durante esos tres días también lloré como una Magdalena detrás de la estela que aquel hombre iba dejando con sus letras y que como la de un barco se desvanecía en el agua sin saber cómo encontrarla. Santa Cruz, La Habana, Veracruz, Acapulco, Barra de Navidad, Luzón, Manila, todos los puertos que había tocado y desde donde me contaba lo mismo, pero de muchas formas diferentes: te amo.

Después de esos tres días tuve claro en mi razón lo que había sucedido realmente con Sebastián. La mentira más grande del viejo, más aún que la que me confesó en la Ciudad de Méjico, y los derroteros del amor de mi vida. No tenía modo de saber las atrocidades que mi tío le habría escrito para hacerlo desistir, para ahuyentarlo, para quitarle la esperanza. Podía imaginarlo sabiendo la clase de bicho que había sido José Candelario, pero no lo sabía. Las últimas letras de Sebastián eran desde Manila.

Me sentí como si todo ese tiempo hubiera estado de cara a la pared, como si hubiese hecho oídos sordos de mi propia existencia. Todo lo que creía haber aprendido, todo lo que creía haber conquistado había sido puro vanagloriarme, fatua insolencia. Lo más importante había estado muerto. De qué me servía ser la mujer que era, llevar las riendas, si esas riendas no me habían traído a ninguna parte que yo deseara. Estaba ahí por el simple suceso del devenir. De qué me servían las tierras, los vestidos, las cosechas y los doblones de oro, si había perdido el piso, si de lo que me había olvidado, como una demente, era de aquello que había sido lo más importante de mi vida, lo único que tenía sentido.

Mis años de instrucción en El Pilar, mis mentiras para poder educarme, las tribulaciones que pasé, haber cometido un crimen contra la vida de alguien y haber tenido la valentía que se requiere para llevar una hacienda con todo y trapiches eran una farsa, eran un biombo que escondía por detrás la

incapacidad más grande de mi vida, el miedo más absoluto: el temor a no ser amada.

Todo aquello me pesaba, sí, me pesaba. Me pesaba la hacienda y el ingenio con todo y alambiques, el acueducto, las recuas de bueyes, los galeones, las cargas estibadas rumbo a Cádiz, las arcas llenas de pesos de plata, las sedas de Manila, la capilla y el cura, los esclavos, los niños, me pesaba yo misma, como un gran fardo muerto que tenía la obligación de acarrear, ¿por quién?, ¿por quiénes? Si yo no había elegido aquello, si yo lo único que había anhelado siempre había sido estar a la vera de Sebastián y me había olvidado de ello. Eso sí era traición, ni mi boda con el viejo, ni las hijas que tuve de otro hombre, ni el haber bailado en la jarana con otros o haber fantaseado con el personaje de alguna novelita épica que cayó en mis manos, nada de eso era comparable con la traición del olvido. Y justo cuando estaba en medio de mi deserción llegaron esas cartas para recordarme el crimen que había cometido, el mayor de los disparates, un delito, para gritarme adúltera en mi propia cara con sus letras en tinta de sepia. Para decirme las cuatro verdades con palabras viejas que para mí eran nuevas.

Me sentí tan mal, hija mía, me sentí tan sucia y tan perdida, más perdida que la Paca, y que esa idea que tanto miedo me dio y me hizo renegar de mí misma, porque me había soltado de mi rumbo y estaba muy lejos de él. Hasta me enfermé de las bilis negras de tanto llorar y tuve que guardar cama porque me puse melancólica. El galeno no acertaba a ver cuál era mi mal, pero yo lo sabía, mientras en la botica se buscaba un remedio para la doña y no había menjurje ni potingue que aliviase el dolor de la traición a una misma.

Ni la tintura de Colombo, ni el estafiate o el epazote de las indias, ni los remedios de santería de las negras me hicieron reanimarme. Fue hasta que me acordé de mi tierra de nuevo, de Cádiz, de Andalucía entera, como sucedió en El Pilar. De que las gitanas cogemos al toro por los cuernos y no servimos para estar mustias ni alicaídas. De que sí, si la casta le viene al galgo con esa casta iba yo a tirar *p'alante*, hacer ni más ni menos que lo que tenía que hacer. Esa noche me dormí con las cartas rebujadas contra mi pecho en la cama, y al día siguiente, cuando me levanté, abrí de par en par las ventanas y respiré hondo, me lavé en el aguamanil, me vestí rápidamente con ayuda de

la Mulata, me arreglé el pelo, me compuse, y mandé llamar a Gaspar. Los humores melancólicos estaban bien por unos días, pero más de tres no, esa no era yo, y como habría dicho mi madre, ¡jal coño por tortas con la tristeza!

Decirle a Gaspar lo que había pasado no me fue difícil, él me conocía y conocía, como todos los de Cádiz, mi historia con el hijo de la marquesa. Sentí que podía confiar en él. Volví a ver por sus pupilas lo que tenía que ver, lo que veía mi madre y mi abuela, y la bisabuela, lo que quizá veas tú. Desde que me lo topé aquella noche por la velaíta de San Juan mi confianza hacia él había crecido, y más aún cuando lo fui observando día tras día en el hacer cotidiano de la hacienda. Gaspar era justo con los esclavos, prudente con los peones, ecuánime cuando había pleito entre mestizos y sobre todo no padecía de ese vicio que carcomía el alma de los hombres blancos que a esas tierras llegaban: ni abusaba del licor, ni abusaba de las mujeres.

Si iba a buscar a Sebastián, necesitaba un chaperón como lo hube necesitado otrora. No podía viajar sola hasta Manila, las travesías eran más largas y más peligrosas que las que iban y venían a la Península. Las estaciones reservadas a los viajes eran cortas por los tiempos de ciclones, y todo eso lo sabía desde que habíamos empezado el negocio de las telas. Tenía que ajustarme a unos meses del año y además cabía la posibilidad de que Sebastián ya se hubiese ido de Manila a otra parte. Las cartas tenían su tiempo, y si así era, ¿cómo lo iba a seguir buscando? ¿Por qué José Candelario no las destruyó?

Yo tenía esa mañana una idea descabellada, la había rumiado en mi cabeza los días que me mantuve en cama: ir en mi propia nao hasta allí. ¿Para qué esperar a que partiese un galeón?, y además si no estaba en Filipinas querría yo volver lo antes posible, o lanzarme por los siete mares dondequiera que estuviese, disponer de mi tiempo convenientemente.

Esperé a Gaspar en el despacho, cuando llegó le pedí que se sentara y le ofrecí un agua de chía, ya que la Mulata nos trajo la jarra con el agüita, le conté todo lo que tenía que contar. Él se quedó sentado en la poltrona frente a mi escritorio, pensativo, después de escuchar mi proyecto. Su perfil de cola de caballo se interpuso entre mi mirada y la ventana que María acababa de cerrar, se acarició la barba por encima del pañuelo de encaje que anudaba al

cuello y caía en gorguera sobre el pechero de su camisa, había cruzado las piernas y no se daba cuenta de que el polvo de sus botas de montar le estaba manchando de tierra seca las calzas. Lo vi levantarse de golpe dándome la espalda y apartó los visillos para mirar, por entre las rejas y los cristales, la bruma que se movía entre los plantíos a lo lejos y así me habló sin poder ver yo la cara que ponía, que si su merced, señora, sabe bien lo complicado que es para una mujer estar en un barco con tanto patán, y que si su merced no entiende de nada de lo que se cuece en los galeones, que sí entiende de comercio y de caudales, y es su merced buena con la aritmética, ha llevado la hacienda bien en sus años de viudedad y hasta ha triplicado el rédito que de ella saca el rey para tenerlo contento, pero de eso a meterse en un barco hasta las Filipinas hay un buen trecho, señora, no me tome su merced a mal.

Parece mentira que sea de Cádiz, le dije sin pensarlo dos veces. Él se dio la vuelta desde la ventana y me avistó con pasmo. Caminó unos pasos y pude ver su cuello bien rasurado bajo la barba, sus ojos francos abiertos de par en par y una voz tajante preguntarme que si qué tenía que ver Cádiz en el asunto. Entendí y seguí hablando; ¿no se acuerda de los carnavales?, le dije, me disfrazaré de hombre para ir en la travesía y su merced vendrá conmigo como lugarteniente, yo daré las órdenes y su merced las pasará a la tripulación, lo mismito que hacemos aquí en San Gabriel. No seré yo la que vaya al mando en el navío sino un capitán como Dios manda, con casaca, pelucón, sable y mosquete. Además, le dije, la ventura le dará buenos reales, he pensado que traeremos los textiles y otras mercadurías que estén libres y las llevaremos a Cádiz, donde su merced utilizará sus contactos para mercar con ellas, y de toda esta ventura le doy la mitad. No crea que lo embarco hasta Filipinas para buscar a un hombre tan solo, como una chiquilla alocada, también he pensado en su merced y sus ganancias. Piénselo bien y me dice si viene o no, pero con su merced o sin ella me voy a Manila a buscar al padre de mi hijo. Ya me he arrepentido mucho en esta vida de no haber hecho lo que me dictaba mi conciencia.

Gaspar, sin siquiera pensarlo, me contestó con una pregunta, que qué íbamos a hacer con Castorena, que había estado hasta entonces al mando del *San Cristóbal*. Muy fácil, le dije, pasaremos a Castorena a la *Tritona* con

todo y su tripulación y su merced gobernará el galeón *San Cristóbal*. Pensaba Gaspar que todo eso era muy complicado, porque las tripulaciones de cada nao ya estaban hechas a las corrientes, los mares y los vientos de cada océano. El Pacífico era muy distinto del Atlántico y cambiar, así de súbito, la tripulación completa de cada barco podía acarrear serios problemas. Para poner las cosas de su lado le dije que aceptaría las condiciones que me pusiera como nuevo capitán de la nao *San Cristóbal*, que pensara bien el cómo y que yo le daría sus concesiones. A los pocos días, Gaspar me dio su sí, la única condición que puso era que mantuviésemos las tripulaciones de cada nao, con excepción de Junípero, un esclavo de Guinea que faenaba en la *Tritona* y al que deseaba, sin más explicaciones, traerse con él a la *San Cristóbal*.

Rosario, el mundo se ha hecho a base de síes, los noes no han servido nunca para nada que no sea parar el avance.

El día en que supe que partir para Manila era cuestión de un par de meses, me fui a buscar a la Mulata después de haber dejado bien atado el cuidado de mis hijos con sus tutores y dueñas en los conventos de Veracruz. Tu padre se iría con los dominicos y las niñas con las Hijas de María. Eran como las cuatro y media de la tarde, después de comer. Aún recuerdo la luz del sol de esa hora entrando por la ventana grande que da al corredor de fuera y que no me dejaba ver más que su silueta recortada haciendo un esfuerzo, empinada, para ordenar los enseres. La encontré colocando la porcelana en el chinero de esa alacena que es la antesala de la cocina, ya sabes, hija, en la estancia pintada de blanco impoluto donde guardamos las vajillas y la platería. Allí estaba de puntillas sobre un escabel poniendo los platos recién lavados en una balda cuando le dije: negra, mi negrita, tengo que contarte algo muy gordo, anda y ven *p'acá*, deja eso que estás haciendo y siéntate en la sala conmigo que esto es más importante.

María dejó los platos y cerró las puertas del chinero con la llave, la metió en el bolsillo de su delantal donde la custodiaba día y noche y le echó el candado a la gaveta de la plata, luego caminó tras de mí hasta el mirador de la salita, donde están las tres ventanas y el trampantojo que mandé pintar, allí desde donde se ve la ceiba grande. Nos sentamos las dos una al lado de otra

en el diván de palosanto y con mis manos cuidadas de color marfil agarré las negras manos de ella, endurecidas por el trajín de mi propia casa.

Le conté a aquella pobre mujer mi vida de pe a pa, mientras sentía las palpitaciones que daba su corazón porque lo que yo contaba no era para menos. Le conté todo excepto que mi madre era lo que era, eso solo lo sabes tú. Pero le dije lo del verdadero padre de tu padre, lo de José Candelario, de cómo me engañó, de las cartas que me encontré en el cajón del secreter del viejo y de que mi único deseo era entonces ir tras Sebastián y así reparar todo el daño que la mentira había hecho en nuestras vidas.

Todo se lo dije, mi plan del galeón, llevarme a Gaspar, llegar adonde quisiera que él estuviese, hacer lo que tuve que haber hecho años atrás de no haber sido una apocada. De lo demás que me hacía mi tío no tuve que contarle nada, ella lo había visto y oído, si no cómo crees que me ayudó con lo de los alacranes. Sabía bien de las intimidaciones lascivas contra mi persona, las palizas de muerte, las vejaciones con las mujerzuelas de Tlacotalpan, los quebrantamientos y sinsabores, las hijas habidas a la fuerza y aquellos abortos que tuve cuando me pegaba tan fuerte que se me salieron los niños de los vientres, porque les daba miedo venir al mundo a aguantar lo que su madre de ellos aguantaba. Hijos sin serlo que estaban enterrados debajo de los laureles de Indias, donde disimuladamente dos ramas torcidas hacían una cruz que me servía de guía para parar mi mirada cuando buscaba con desasosiego, sin saber qué, cuando sentía que algo faltaba en aquella casa y no lograba comprender qué era.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, a mí me enterneció verla así, llorando por mis cosas como una amiga de verdad, como había sido la *Leona*, que aullaba fuera amarrada al árbol cuando oía cómo él me maltrataba en la casa. Y justamente mis amigas del alma fueron, según los instruidos, dos animalias sin razón, *fieras corruptas*. No pude hacer amistad verdadera con aquellas copetudas de El Pilar, mujeres de razón y talento, todas *intrigas* y *joías* por culo, con la mirada llena de envidia, y en cambio las dos que me habían dado su afecto y su comprensión eran dos que según la Iglesia de Roma y los grandes filósofos ni tenían razón, ni tenían alma. ¿Tú crees que yo me creía esa patraña? Dios nos puso la cabeza sobre los hombros, en lo

más alto del cuerpo, precisamente para eso, para que pensemos y ese pensamiento quede por encima de todo lo demás, de los instintos, de las pasiones, de las supercherías y de las falsas doctrinas y hasta de lo que dicen los libros.

María la Mulata seguía llorando a lágrima viva cuando le contaba mis cosas aquella tarde frente a la tumba de mi perra, pero yo ya ni lloré ni lo sentí. Había llorado bastante cuando descubrí las misivas de tu abuelo, y llega un momento en que una deja ya el llanto a un lado, pone manos a la obra, y sigue viviendo. Las cuencas de mis ojos ya estaban secas y cansadas.

Yo le contaba las cosas como si contara una historia de alguien a quien conocí alguna vez, como si contara de una Gregoria que no era yo, sino una prima, una vieja amiga, una vecina de Cádiz, tal y como te las cuento ahora a ti, como si la Gregoria que hoy te escribe con una pluma gruesa de buitre leonado de Sierra Morena, la que tiene que mitigar con su propio brazo el cabeceo de la *Tritona* para que los lamparones de tinta no se me den más de la cuenta, la que está aquí, no fuera la misma persona que esa niña apocada y triste, que esa mujer sufrida y resignada al mal, avasallada por la vida, que esa capitana altiva y valiente, sino la que soy ahora, una vieja que hace lo que le sale del alma, cuya cabeza que ya divaga tiene un valor más grande para el rey que tres años de quinto real de caña de azúcar de media colonia, y que lo único que desea es querer bien a su nieta y que ella la conozca, aunque sea a través del papel.

—Mira, mi negra —le volví a decir esa tarde a María—, aunque la tutela se la tengo que dar al padre Pacheco y a su madre como dueña, porque a ti no puedo dártela, quiero que me cuides a los niños cuando estén en San Gabriel como si fueran los tuyos propios y de cualquier cosa me mandas recado con Castorena. Como si fueran esos negritos que tanta falta te hacen y que Dios no tuvo a bien retenerte a tu vera, hazte cuenta que te nacieron a ti aunque sean de otro color. Cuando estén aquí pasando su asueto, y no con las monjas y los frailes, que vayan a misa y atiendan sus deberes, que sean diligentes y respetuosos, que hagan sus novenas y crezcan temerosos de Dios, cepíllales el pelo a las niñas y ponles talco en sus camitas cuando lleguen los meses de calima, unas gotas de esencia de naranjo en las jofainas donde se espabilan

por la mañana y que se laven detrás de las orejas con jabón de pelargonio, de ese que yo hago con la grasa que sobra y la ceniza de fresno, acuérdate que a la chica no le gustan los guisos de bofes, ni a la mayor el recaudo, hazle siempre alguna chuchería cuando pongas *pa* comer esos potajes, no dejes que el Sebastián haga daño a los animales ni sea cruel con los esclavos, si es menester me lo castigas o le das un par de azotes en el culo con una alpargata, no se me vaya a torcer como un árbol de río, pero dale gusto de vez en cuando y me lo consientes con algún dulcecito de alfeñique si se porta bien, o lo llevas a la villa a que vea los saltimbanquis en día de mercado, y ponle en las noches su agüita de Alibour en los codos como me ponía a mí mi madre, que ya ves que se le resecan mucho y se le agrietan de tanto jugar fuera con la calor.

»Que yo regresaré tan pronto como encuentre a su padre. Es todo lo que quiero darle a mi hijo, el padre que tiene, y que se le borre de la sesera la imagen de ese padre falso y de mentira que solamente le supo enseñar cosas malas, y que, con ases debajo de la manga, a base de ocultar cartas, estaba echando a perder la felicidad de mi familia.

DE UN FUTURO POR LLEGAR

Cuando Gaspar me dio el sí para embarcarnos los dos en el galeón rumbo a Manila, me había dicho que lo hacía por dos razones: una, porque creía que yo estaba tan loca como él, y me había tomado afecto y con ello afecto a mis planes, la otra porque había odiado tanto a José Candelario que le parecía todo esto una afrenta a su memoria que con gusto jugaría.

La locura de mis proyectos, pensaba él, era ni más ni menos que la locura de muchos otros proyectos que aun pareciendo inverosímiles estaban imbuidos de sentido común, y habían hecho que la humanidad avanzase y prosperase. Desde Isabel la Católica, Colón, Vasco de Gama, hasta el mismísimo Cortés, las grandes empresas se habían hecho a base de personas dispuestas a arriesgar. Llegar a Manila, ahora que el monopolio de las telas había desaparecido, no era solo cuestión de transportar los géneros en nuestros galeones, sino de comerciar directamente con ellos, de comprar y vender y obtener ganancia.

Gaspar se presentó en San Gabriel una mañana en una estufa de ocho caballos. Era casi la semana antes de que partiéramos hacia Acapulco a embarcarnos en el galeón. Me había estado dando instrucciones, enseñándome nuevas palabras, hasta me regaló un sextante y un catalejo con los que muchas noches trabajamos en el jardín de la hacienda tratando de hacer un mejor uso de aquella vaga aritmética y pobre geometría del Colegio del Pilar. De todas formas no hacía falta que yo supiera mucho, iba a ser

solamente la tapadera. Aunque te confesaré algo, Rosario, cuando me intereso por algo, como cuando me interesé por la hacienda, me gusta saber e ir aprendiendo y utilizar el talento que Dios me dio. Yo nunca me conformé con ser una estúpida mujer de retaguardia, si era la hacendada quería saber lo que había entre mis manos, y si era la capitana, aunque hubiera siempre hombres dispuestos a sacarme las castañas del fuego, quería saber cómo se gobernaba aquel extraño caserón flotante que me había traído hasta donde estaba.

Gaspar, ese día, hizo bajar el baúl y dos mozos vinieron a colocarlo en la sala de despachar oficios. Como siempre hacía le ofrecí un agua fresca, esta vez de Jamaica. Con su jarra de vidrio en la mano y a pasos largos en la estancia, me dijo que lo que había en ese baúl era desde ese día mi salvoconducto al barco, el parapeto que me permitiría llevar las riendas de más de doscientos hombres, barbajanes sin principios ni razones. Antes de que se sentase en la butaca que había delante de la ventana, me abalancé contra el arcón y como hacía con el de la Paca, fui sacando aquellos disfraces para un carnaval que me duraría toda la vida, incluso ahora, que te estoy escribiendo desde los fondos de esta nave mohosa y vieja como yo, sigo en esta comparsa que va y viene como las olas, por la cubierta, en el castillo de popa, junto al timonel, o supervisando las bodegas, con las mismas cosas que encontré ese día en el baúl, que como el baile fue para mi madre, ha sido mi condena pero también mi redención.

Dos pelucas blancas, una más comedida de cola de caballo y un pelucón grande de gala, tres casacas rojas de paño de la escuela de guardiamarinas de Cádiz, allí mismo donde bautizamos a tu padre en la Carraca, polainas y calzas, un alfanje en bandolera de cuero blanco y otro de cinto, dos cananas cruzadas, un chambergo impermeable, medias y escaarpines, otro catalejo, monóculo para leer las cartas de navegación, dos pares de botas y uno de borceguíes cómodos para andar en el camarote, un sombrero de tres picos, paliacates, cinturones, galones, dos espadas: una ropera y una *schiovona*, una daga, un trabuco y una pistola. Un equipaje completo para aventurarme en una nueva vida que habría de llevarme a Sebastián. Todas esas cosas, en su mayoría, habían sido de él, era menudo y podía yo vestir su ropaje. Allí

mismo me recogí el pelo en un paliacate y me puse el pelucón y el sombrero de tres picos, luego salí a mis recámaras con algunas prendas y regresé totalmente transformada en un capitán. Gaspar se quedó mudo de asombro y lo único que alcanzó a decirme fue que estaba muy bien, que parecía totalmente un hombre si no fuera porque mi boca era pequeña, muy de mujer. Me atreví a reírme y a mirarme en un espejo de mano que había traído conmigo y en un alarde de ocurrencia le dije que sí, que era cierto, que yo era el capitán Bocachica.

De ese chistecillo salió mi nombre, Rosario, ya ves, Bocachica no existe, Bocachica soy yo, no es nadie con quien yo haya estado liada como asegura la lengua de mojarra de la vieja Pacheco, ni es un querido al que yo le haya dado el dinero de mis hijos, ni nada concerniente a esa mala fama injusta que tu padre quiso creer antes que a mí misma y que me han colgado las alcahuetas de Veracruz.

Esa noche, cuando él se fue, yo solita me quité en mi alcoba el vestido de seda gris que llevaba aquel día. Sin ayuda de María ni de nadie desaté los cordones del ceñidor, dejé caer la tela y las crinolinas y salté por encima del abullonado para entrar en unas calzas, camisa, pañuelo y casaca del capitán de barco en que me iba a convertir. Después de recogerme el pelo en un paliacate y ponerme la peluca de cola de caballo, Gregoria era otra, cuando finalmente envainé el florete en el alfanje y me coloqué el sombrero de tres picos, Gregoria Salazar era otra persona. Como aquella, que, con el disfraz robado a mi madre, se transformó, en una noche de espejos y arañas de cristal, en una dama, que como un augurio, a partir de ese día no hizo más que encaminarse a paso continuo hacia mi propio sueño, esa noche me encaminaba a pasos agigantados a un sueño que quizás en muchas ocasiones fue una pesadilla. Para pensar como un hombre, actuar como un hombre y gobernar como un hombre, tuve que dejar a un lado no solamente mi melena rubia y mis vestidos de alamares, sino también dejarme de lado a mí misma, Rosario, y ese es un precio que muy pocas podemos pagar.

No quiero que pienses que en la lejanía no era yo lo que Dios tuvo a bien hacerme, porque siempre fui la madre de mis hijos, aun en la lejanía. No me despedí de ellos en persona porque pensaba volver muy pronto y me daba

pena angustiarnos si ya, de todos modos, no estaban en San Gabriel, sino en los conventos en Veracruz. Y sí, me preocupaba por ellos y no dormía, más allá de dar recomendaciones a María la Mulata de que les dijera a mis hijos cuando volvieran a la hacienda que me iba a consolidar una empresa a Filipinas. Me pasaba las noches en vilo pensando en cómo iban creciendo sin mi mirada protectora, en cómo se iban a dormir a sus camas sin mi beso y mi bendición, aquella señal de la cruz en la frente que les hacía desde muy lejos, pintándola en el aire, cuando antes de meterme al catre de la alcobilla de mi camarote, imaginaba que estaba en San Gabriel, sentada bajo el dosel de mi cama de allí, e iban llegando los tres en fila a pedirme que los persignara. Primero, las niñas, las dos de la manita como buenas hermanas algunas noches, y otras, peleadas por una mona o cualquier bobería. Después de mis consejos de madre y hacerlas entrar en razón siempre se marchaban juntas de la mano, protegiendo la mayor a la menor. Les había hablado de los angelitos y de la Virgen de Guadalupe, de los *alushes* que les contaban las ayas de Yucatán, algún cuento del libro de Basile que ya les leía yo misma y no tenía que inventar como con mis hermanos, cepillarles el pelo a cada una, el negro azabache de Ana Francisca y el rojo fuego de María Manuela, verlas cómo se marchaban contentas y sin pleito con la palmatoria en la mano, mientras yo las seguía en la distancia para que no provocaran un desatino con la vela, pero tratando de no ser notada para darles la confianza en ellas mismas que yo no tuve. Luego llegaba tu padre, él se quedaba conmigo más tiempo, lo ponía a rezar por toda la familia como el hombrecito de la casa que era y eso lo hacía sentirse orgulloso. Le confiaba a sus hermanas, le preguntaba por sus lecturas, por sus lecciones con los padres, y le hablaba de su próximo futuro porque lo quería enviar a la Ciudad de Méjico a que se educase con los jesuitas. Él me quería siempre hablar de otras cosas, del fusil de rueda que le regaló José Candelario, de que le devolviese algún tirachinas que le había confiscado esa semana por molestar a sus hermanas, de que deseaba ir al puerto a ver los barcos, y yo perdía la paciencia y solamente quería que me contase cómo habían ido sus lecciones de latín y griego.

Ahora me arrepiento, hija, porque no supe entenderlo ni quererlo como era. Las madres siempre queremos cambiar a nuestros hijos, aunque no lo

reconozcamos, cuando no van por el camino que nosotras pensamos que es el que deben tomar. Podría yo haberle inculcado mi amor por los caballos, porque el niño era enérgico y afanoso, haberlo llevado con Gaspar a que conociera bien la *Tritona* cuando esta atracaba frente a San Juan de Ulúa, pero no, me empeñaba en hacerlo pasar por el aro, creía firmemente que la felicidad de Sebastián estaría en ilustrarse, simplemente porque así encontré yo la mía, y una no entiende, como entiendo yo ahora, que los caminos son múltiples, las cartas de navegación para llegar a puerto, infinitas, y las travesías las debe elegir cada quien la suya propia. Pero era una tonta, una tonta y una ciega, y por eso perdí a mi hijo. No creas que lo culpo a él de todo, yo también tengo lo mío.

En el galeón, en aquella primera travesía, me acordé sobre todo de él, y me hubiera gustado dar marcha atrás a los años y haberlo disfrutado más como él era y no como yo lo quise hacer, haberlo escuchado. Por eso como una loca que hablaba sola, le hablaba a él figurándome que en la distancia llegarían mis palabras de madre con remordimiento, y mientras fingía una señal de la cruz en su frente comenzaba a llorar porque sabía que ninguno de los tres tendría a quién llamar cuando los malos sueños llegaran, o cuando les diera alguna calentura o catarro, y sobre todo, cuando se cayesen jugando y se magullaran las rodillas, quién les iba a poner su agüita de Alibour como me la ponía a mí la Paca. Todo eso me quemaba las entrañas, Rosario, pero el no haberme ido me las hubiera quemado más. Porque a lo que yo iba no era a liarme con nadie, como luego se dijo en Veracruz, sino a buscarles un padre, el padre al que tenían derecho y el que yo tenía el deber de darles: su verdadero padre. Porque yo sé que habría sido el mejor padre para las niñas también, mejor que el propio de ellas.

A mi llegada se marcharían a estudiar a la Ciudad de Méjico con los jesuitas, tu padre, y las niñas a las Vizcaínas, el colegio de San Ignacio de Loyola, así que de todas formas nos íbamos a separar por un tiempo. Pensé que no sería tan dura mi partida si tarde o temprano, por su propio bien, habrían de salir de mis faldas. Pero nunca les faltó de nada, ni cochero, ni

carruaje, ni ropa, ni comida. Juguetes, los mejores; caprichos, los más caros; vestidos, los más ricos; maestros y ayas, y hasta un capellán les dejé en la finca para que les diera la primera comunión cuando fuese menester, y misa cada domingo, y que les inculcara ese amor a la Virgen María que toda madre debe inculcar a sus hijos y que yo no podía por estar lejos. No tenían que salir de su casa ni de sus tierras, sino rodeados de todo el lujo que yo nunca tuve a la edad de ellos, el que yo desde lejos procuraba, pero en algo, Rosario, mi hijo Sebastián tiene razón: tuvieron de todo, menos una madre cuando más la necesitaban.

Con un nudo en la garganta salí de San Gabriel en un carruaje discreto. Gaspar venía conmigo y trataba de consolarme explicándome aquello que yo ya sabía: lo que hacía era por el bien de todos. Junípero, como él me había solicitado, venía con los cocheros en el pescante. Después de un viaje sumamente agotador y largo, pernoctando en Orizaba, en Puebla, en la Ciudad de Méjico, en Iguala, y en otras tantas posadas y rancherías, llegamos a Acapulco y embarqué como capitán llevando el mando.

Zarpamos el seis de abril, nosotros no estábamos autorizados sino a traer telas, el resto de las mercaderías estaban solamente permitidas en la nao de Manila, que tenía el monopolio del resto del comercio, íbamos en una flota donde la nao era la nave capitana, era el galeón *Nuestra Señora de Covadonga*, a su mando iba el capitán general de la flota al que todas las naves debíamos obedecer para, en caso necesario, defendernos de los ataques de piratas, y llevábamos otra nave de almiranta que iba en la retaguardia, dos naves más de guerra y la nuestra que iba en medio.

La travesía fue horrible, hija, larga de cinco meses, con tifones, tempestades y mucho percance en ese tiempo, menos mal que el ir en una flota le daba a uno cierta seguridad, excepto cuando llegaban los baguios y sentíamos que íbamos a zozobrar de un momento a otro, a rompernos en mil pedazos y a ser engullidos por una cosa que no era mar, o al menos no era el mismo mar al que yo me había acostumbrado en Cádiz, sino el mismísimo infierno.

En el *San Cristóbal* teníamos nuestro orden de prelación, yo era el capitán, y Gaspar, el almirante de nuestra nave, llevábamos veintiún oficiales entre los

que estaban el maestro y el alférez de mar, un piloto y un contra maestro, el guardián, que se encargaba de velar por el cargamento y cosas de valor, y un dispensero, un cirujano y un capellán, luego treinta y siete marinos de donde formábamos un grupo especial llamado la maestranza, donde había carpinteros, buzos, calafateadores y entre los veinte grumetes había un corneta, doce pajes y veintidós artilleros, de entre los cuales había un condestable que los mandaba, un total de ciento catorce personas.

Yo, si te digo la verdad, no hice nada en aquella travesía, sino asustarme y devolver en mi camarote. Gaspar se encargó de todo, pretendiendo todo el tiempo ante la marinería que yo gobernaba el galeón. Hubo mermas en la tripulación y perdimos un grumete y dos marinos de un bandazo en una galerna y otros dos marinos y tres oficiales de unas diarreas galopantes que les entraron a varios a las dos semanas de zarpar, rompimos el botalón y el bauprés en los mismos ciclones. Aquella suave y límpida travesía que había tenido yo años atrás de Cádiz a Veracruz no tuvo nada que ver con esta odisea, porque el Pacífico, hija, de pacífico no tiene nada.

Recuerdo un suelo tambaleante, un cabeceo casi permanente, el catalejo rodando por el suelo de mi camarote, vidrios rotos, mar entrando por el castillo de popa, faroles oscilando sin parar mientras arriba las vergas no cesaban de dar bandazos traicioneros, como el que se llevó al grumete y los dos marinos. En mi vida he rezado tanto. En aquel momento hubo veces que me figuraba que eran las fuerzas de la naturaleza luchando contra nosotros, contra tu abuelo y contra mí, ese orden natural que no quería verse alterado, luego usaba mi razón y enseguida me percataba de que tales cosas no eran sino supercherías. Y después de todas esas tribulaciones marinas, avistamos tierra el primero de noviembre del mismo año, la tripulación en general con un pesimismo generalizado, y yo, en cambio, radiante de felicidad.

DE MANILA

Amaramos en el puerto de Cavite, al sur de la isla de Luzón, un día soleado y sin apenas nubes, donde una débil neblina confundía el horizonte del mar, por donde habíamos venido desde tan lejos, como queriendo dejar muy atrás, sin posibilidad de recuerdo, todas aquellas tempestades y baguios por los que habíamos pasado.

El puerto está justo antes de entrar a la bahía de Manila a la que el *San Cristóbal* no llegó a entrar, dos pinazas nos esperaron a unas millas de la costa donde arriamos trapo para que nos pudiesen remolcar y así evitar los islotes y rocas de la entrada de la bahía, que de haber sido empujados por las velas no hubiéramos podido sortear por tener el viento de proa. Nos quedamos en unos pantalanes adyacentes al puerto principal junto con la otra embarcación y dos fragatas que llevaban bandera española. La nao capitana en cambio tenía su propio muelle de piedra, más resguardado, en la bahía de Manila, donde el baluarte hacía su defensa más segura en caso de piratas.

En cuanto nos dejaron pisar tierra, la tripulación bajó del barco y fue a dar cuenta de sus nombres. Gaspar y yo junto con el maestre y el alférez de mar nos encaminamos tras ellos a confirmar a las autoridades portuarias la lista de la tripulación y las bajas que habían sucedido en la travesía que, finalmente, para todo lo que pasamos, no fueron tantas.

Nos acercamos a las casas de las almonedas por una serie de embarcaderos sobre estacas gruesas y troncos, el puerto era un bullicio ensordecedor a

nuestro paso, los filipinos gritaban a todo lo que les daba el pulmón hablando en tagalo, salpicaban sus frases con palabras españolas fácilmente entendibles para nosotros, en una lengua extraña, a pesar de aquellas expresiones familiares salidas de sus orientales rostros, *kabayo*, *harina*, *kotse*, *¿kumustá?*, y otras voces que, con su acento y su palabrerío, te hacían sonreír sin poder evitarlo cuando se paraba algún muchachito delante *tuya* y te cotorreaba para pedirte alguna morralla.

El hedor del puerto a acre y descompuesto, a madera podrida o qué sé yo, casi me hizo vomitar en una esquina y caminar más deprisa para llegar lo más rápido posible a la calle principal fuera del fortín y sacármelo de la nariz, a pesar de que las botas y el sable me hacían difícil andar por el rasante cuesta arriba cuando yo habría estado acostumbrada tan solo a arrastrar las crinolinas y tomar las faldas en las manos para poder sacar el pie con más destreza en aquellos andurriales. Ya en el centro de Cavite pero intramuros tomamos unos coches abiertos que nos llevaron, junto con unos cuantos oficiales, hasta Manila en pequeños grupos de cuatro o cinco; el resto de la tripulación se quedaba en Cavite en el barco.

Manila está a una hora de camino en carro de mulas o quizás en uno de caballos se tarde menos, no recuerdo bien, pero no fue largo, como unas siete leguas a lo más. Salimos del baluarte y tomamos un carril que discurría por un humedal verde intenso, lleno de palmeras y plantas del trópico, largas vainas de flores rojas y amarillas, que me recordaban a nuestro estandarte en el galeón. La vegetación era generosa y había suaves colinas tan verdes como el resto, y arrozales inundados, donde se afanaban los campesinos y algún cabestro tiraba de lo que parecía un arado que surcaba las enormes charcas. El camino se me hizo agradable en aquellos coches de colleras tirados por mulas, a pesar del calor aguoso y de la pesadez de lo que llevaba encima.

La ciudad nos esperaba vivaracha, sucia pero con el encanto de la decadencia y la dejadez que tienen las ciudades coloniales de costa. La mayoría de las casas estaban chamuscadas en sus fachadas como si se hubiera utilizado mucha pólvora en el lugar, seguramente por la guerra contra los ingleses apenas un año antes y las escaramuzas contra los corsarios moros ese mismo año. Manila no estaba en su mejor momento pero a pesar de ello la

pude ver hermosa, atrevida y exótica. Sí, hija, te figurarás que vuelvo a hablar en género de mujeres porque también creo que, como Cádiz y Veracruz, Manila es mujer.

Manila es una chinita de piel nacarada, mestiza y castiza, pelo en laca negra, ojos perfilados en tinta de Chunguó, desparpajada y tímida a la vez. Envuelta en seda azul como el cielo y en mezcla de osados colores delirantes. Pasea al son de un abanico de madreperla y papel, de unos pies que flotan en el aire, dejando olor a mandarina, cubierta por el parapeto de una sombrilla que pone celoso a un sol al que enamora. Ha sido asediada por cipayos, piratas, chinos y nipones, saqueada por ingleses, poseída por sultanes moros y por reyes cristianos, abrigo de champanes chinos, juncos japoneses, galeones y fragatas españoles. Mahometana por Solimán y católica por Felipe, arrebatada de unos a otros como una perla preciosa que reposa intramuros en el Oriente de un mundo sin confines. Manila es marchanta, Manila vende y Manila compra, Manila gana. Un océano poderoso y el espeso río Pasig confabulan para cortejarla, para burlar las almenas de fuertes carceleros, Santa Bárbara y Santiago, calabozos que le imponen la clausura apostólica tras el biombo pétreo de sus murallas, pero ella, burladora y fresca, se asoma sin ser notada a la bahía, buscando los manglares y las barcazas, para seguir su cortejo por el río.

Yo no sabía cómo empezar mis pesquisas sobre Sebastián y en eso Gaspar me había dicho que lo dejase hacer a él. Iría a preguntar al alcaide al día siguiente, o a quien fuera menester; esperábamos ver al capitán general y cuando nos recibiese, si se sabía algo de Sebastián Espinosa de los Monteros, hijo menor de los marqueses de los Arcos de Colón, nos lo haría saber de seguro.

Mientras tanto, a la mañana siguiente de nuestra llegada y con los humores alebrestados por la impaciencia, me acerqué al famoso Parián de Manila, que es el mercado de más renombre en la España de ultramar. Había traído dos vestidos escondidos en mi camarote y mis cositas de mujer, hija, pensando que cuando me reencontrase con tu abuelo tenía yo que estar más hermosa que nunca. Ya no era aquella joven cuya lozanía apareció desparpajada cuando nos conocimos, a pesar de haber llevado tan solo un recatado vestido

gris de faena, sino una mujer de treinta y un años, ya madura, con mucha frescura en el cuerpo, eso sí, que aparentaba yo menos edad a pesar de la vida que me había dado el viejo, pero seguía de muy buen ver, aunque no tenía ese aspecto virginal de mis quince años, y ya era una dama hecha y derecha.

El Parián de la Alcaicería, frente al baluarte de San Gabriel, era el mercado más fascinante que una mujer podía encontrar en esos años. Creo que hasta por él han nombrado uno en Puebla y otro en la Ciudad de Méjico, pero ningún mercado de los que he visto se podía comparar a ese. Está ordenado en cuadrícula, en el centro de la ciudad, los puestos son de ladrillo y teja árabe, nada de tendejones de madera como en otros lados, a su vez ordenados por calles y secciones, y el bullicio del puerto del día anterior no fue nada en comparación con el griterío de voces chillonas, de mercaderes que querían llamar tu atención a como diese lugar, en un chabacano curioso, de reyertas callejeras y pregones de tendero.

La primera sección con la que me encontré fueron las mercaderías de la seda y las telas. Yo iba vestida de hombre, y nos acompañaban dos de nuestros marchantes de los que habían ya comprado telas para nosotros en otros viajes, dos españoles peninsulares que vivían en las islas. Venían para presentarme a los proveedores chinos y que nos dieran *güenos* precios y para entablar relaciones cordiales con nosotros que éramos sus compradores. Bajo el sol y las lonas recubiertas de sebo para la lluvia que cerraban las casetas me encontré con yardas de diferentes géneros de variadas urdimbres, tejidos y tramas. Se apilaban en pacas o se enrollaban en sí mismas en los establecimientos del Parián: el más hermoso shantung de la China, terciopelos galoneados, o marcados a la plancha caliente, ligeras telas de chintz, indianas, *toiles* y algodón estampado, cachemiras y cálicos del Hindustán, sedas del Japón.

No daba abasto, las quería todas, aunque sabía que no me iba a dar tiempo a hacerme ningún vestido para cuando viese a Sebastián. Quería comprar algunas para más adelante. De ahí fuimos a la sección de sombrillas y parasoles, eran hermosos, sombrillas rígidas de Cochinchina, hechas de varas

lacadas o de marfil, y con una larga pértiga que hacía posible que los sirvientes las sostuviesen por detrás de una, las había de Japón, estampadas en sedas pálidas con varillas de caña de bambú, de las que se pliegan, con los mangos de nácar, de hueso, de caobilla y hasta de ámbar; las chinas eran de colores más vistosos y varillas de madera, algunas hasta llevaban bordadas pedrería y concha, impermeables por si caían aguaceros, en forma redonda, cuadrada, de baldaquín. Me compré una hermosa de Cochinchina, redonda y con flecos dorados, con mango largo de caoba y otro corto para poderla llevar yo o que la sostuvieran detrás *mía* indistintamente.

Los puestos de los marfiles eran interminables, colmillos de elefante en bruto o tallados, vírgenes, cristos, santitos y todo tipo de ornamentos, pipas para tabaco y opio, boquillas de cigarro, hasta un jardín en miniatura con pagodas, árboles y puentes metido dentro de un fanal que compré para llevarme a San Gabriel y allí ha de estar en alguna sala, los ornamentos de madreperla, cajas, cepillos, cucharas, peinetas y peines, que me recordaron esa niñez de carencias en Cádiz donde tenía que peinar a mis hermanos con los dedos de las manos extendidos, porque los peines eran caros en aquel entonces, y no teníamos ninguno en la casa. Ahora me los podía comprar por docenas, de marfil o de nácar, hasta de plata si se me antojaba. Me llevé varios peines de marfil para regalara las niñas y a María la Mulata, y a tu padre se lo compré en carey.

En un lateral se concentraban las especias, montones de bolas de pimientas de colores, verde, rosa, negra, jengibre y nuez moscada, canela en rama, cayena y la delicada cúrcuma, esencias de calamondín, kimotos en almíbar, olores que me emborrachaban, almizcla, algalia, rosas y peonias infundidas en ámbar gris, por aquellos pasillos más oscuros que el resto para preservarlos de la luz del sol, luego la parte de los corales y las perlas, aretes, zarcillos, *pendentifs*, pulseras. Allí, hija, sí me compré lo que pude, unos zarcillos de perlas, una pulsera de rubíes, media docena de collares largos a modo de aquellos que usaban los mandarines en la China, según me dijo Gaspar, peinetas de carey, cajas, y por supuesto los famosos mantones de Manila, los había negros con bordados en blanco, blanco con bordados de flores de colores, peonias, claveles, en tonos azules de Prusia, malva, en seda

tornasolada, bermellón y añil. Como ya te dije, Rosario, te hubieras vuelto loca. De esos nos llevamos muchos para vender en Cádiz, era lo único con que podíamos comerciar: los textiles.

Después de toda la mañana en el Parián me regresé a la posada donde pernoctábamos con tres canastos y dos pacas de cosas personales para mí que dos zagales chinos me portearon en unas perchas que colgaron de sus hombros, de donde pendían los canastos como una balanza. Además, esa mañana, Gaspar había querido que yo eligiese varios de los géneros que llevaríamos a la Península por yardas; él pensaba que mi atino en elegir ayudaría a que se vendieran mejor.

La posada era un lugar limpio y cómodo, una casa de ladrillo pintado de dos plantas que estaba a espaldas de la plaza de Armas. Allí, en cuanto llegué, solicité una bañera de latón en el cuarto y agua tibia, y con ayuda de una mestiza filipina me di un buen baño, después de haber escondido bien las ropas de Bocachica en el arcón para que la mujer no se asustase. Una vez seca me decidí a cambiar aquellas ropas hombrunas por algunos de mis vestidos que había traído a escondidas de San Gabriel, porque pensaba que de un momento a otro llegaría Gaspar, que había ido a hacer pesquisas sobre Sebastián, diciéndome la calle y el número de la casa donde me iba a ir a encontrarlo. Estaba ya totalmente cambiada con una falda de algodón azul y saya del mismo material, me había colocado los zarcillos de perlas que me acababa de comprar y estaba a punto de retocarme el peinado cuando me tocó Gaspar a la puerta.

Aunque sonrió al verme vestida de mujer, yo, por la cara que traía, sabía que sus noticias no iban a ser buenas. Me senté en el catre sin que él me hubiera dicho que lo hiciera, Gaspar se retiró un poco y allí de pie, entre la bañera y el catre, me contó que tu abuelo efectivamente estaba en Manila; que si Gregoria, tengo que decir que Sebastián está en la ciudad, pero no os pongáis tan de júbilo, querida amiga, que, aunque no se ha casado ni tiene manceba, entre vos y él media vínculo que no se puede disolver: Sebastián es sacerdote.

La noticia me cayó en la cabeza como un mazazo, creo que sufrí una *alferesía* y me desvanecí, suerte que estaba en el catre. Ya para cuando tomé

conciencia de mí misma, Gaspar junto con su esclavillo Junípero me abanicaban con un pai pai filipino que, entre todas aquellas frivolidades, yo acababa de comprar en el Parián. Él se había enterado de la noticia en Capitanía General, tenía sus contactos por ser de familia principal. El gobernador Raón, que era a su vez el capitán general, aún no había llegado a las islas desde la Península a tomar posesión de su cargo, a pesar de que había sido nombrado hacía algunos años, por eso no teníamos audiencia con él sino con el que desempeñaba sus funciones en la Audiencia Real, y él fue el que informó a Gaspar.

Cuando me hube repuesto un poco del síncope, Gaspar me propuso que me vistiese de nuevo como Bocachica, que íbamos a conseguir ver a Sebastián, pero que fuera preparada para lo que fuese. Lo había localizado en la casa profesa de los jesuitas. Por lo menos si se había hecho cura tu abuelo, hija, era de la orden que a mí me gustaba porque ya te habrás dado cuenta de que tengo debilidad por ellos, pero es que me parece que de todas las vocaciones de la Iglesia son los que tienen más sentido común, los más pensantes.

Me dijo Gaspar que la mejor forma de entrar en la casa de los jesuitas era hacerles un donativo y así acceder a encontrarnos con el padre provincial. Gracias a Dios las cosas sucedieron muy rápido, porque de lo contrario esa espera hubiera sido dolorosa y dura, pero creo que el cielo se apiadó de mí por la jugarreta que me había gastado el destino y en dos días teníamos audiencia con el padre Juan Silverio Prieto, que a la sazón era el padre provincial, y con el padre Baltasar Vela, un anciano de más de sesenta años que recibieron de buen tono el cuantioso donativo que el capitán Bocachica entregó a su orden.

Llegamos al colegio de San Ignacio de Manila donde sendos padres nos recibieron, y aun sin tener noticias de Sebastián y sin atrevernos a preguntar de momento. Yo iba bien disfrazada como siempre fui, un disfraz al que ya me había acostumbrado de tal forma que lo sentía como mi ropa natural. Y tanto nos agradecieron los padres los reales de plata que les entregamos, que nos propusieron que nos alojásemos allí mismo con ellos y dejásemos la posada. En unas horas nuestros baúles dejaron aquel edificio de ladrillos detrás de la plaza de Armas, y fueron llevados al colegio de los jesuitas.

Tan pronto nos instalamos quise yo saber del padre Sebastián Espinosa de los Monteros, y encargué a Gaspar que llevase a cabo su pesquisa. Con la excusa de que también era de Cádiz, Gaspar preguntó por su paisano, y nos dijeron que estaba en la casa que tenían en Cebú resolviendo unos asuntos y que regresaría en una semana en un champán chino que hacía la travesía de una isla a otra.

Esa semana fue la más larga de mi vida, más aún que los meses que tuve que esperar en Cádiz antes de partir tras él. Pasear por los claustros de San Ignacio impaciente e imaginarme cómo estaría él caminando entre aquellos arcos, o meterme a fisgonear a escondidas tratando de deducir cuál sería su cuarto en el colegio. Ya ni ir a Parián me quitaba el ansia que tenía por verlo. Me sorprendí de nuevo queriendo encontrar ese olor que busqué en un puñado de cartas, metiendo mi nariz infructuosamente entre los pliegos, unas cartas que viajaban conmigo en mis arcones. Llegué a husmear las puertas, las sillas, hasta las casullas que encontré en la sacristía, por si alguna tenía aquel olor que era mío, que iba conmigo a todas partes. Miraba las caras de sus compañeros para tratar de figurarme cómo sería ahora la de Sebastián, cómo se verían sus ojos de almendra con el paso de los años, si su cabeza estaría calva o quién sabe qué arruga tendría, para tratar de adivinar cómo cambió su rostro. ¿Tendría un rictus de amargura como la hermana Aquilina? ¿O se habría puesto gordo de tanto darle a la glotonería, cual único pecado, como hacía el padre Pacheco? ¿Tendría la cara afilada de los que buscan el poder y la gloria terrenal, como el arzobispo? ¿O estaría flaco, enjuto, descuidado y con cara de tísico, como aquellos que se castigan a sí mismos por odiar su propia naturaleza como aquel novicio de El Pilar, Joaquinillo? Y, sobre todo, ¿cómo pudo haberme olvidado tan pronto?, ¿cómo pudo abandonar su lucha de encontrarnos a su hijo y a mí?

Muchas de mis preguntas tuvieron una respuesta pronta el día que Gaspar me informó de que el padre Juan Silverio le había indicado que Sebastián había regresado a Manila y comería con nosotros ese mismo día en el refectorio.

Cuando llegó la hora del almuerzo y lo vi entrar, no necesité adaptar la percepción de mis sentidos a nuevas circunstancias, ni adivinar bajo un rostro

extraño por las arrugas y el paso del tiempo a quién perteneció. Sí, tenía ya los ojos cansados, que se veían melancólicos, y algún pelo gris asomaba entre los suyos de antes, pero tenía la misma altura, le había crecido una barba que llevaba bien cuidada y le sentaba bien, aunque yo lo prefería sin ella. Si en cualquier esquina me lo hubiese topado, en cualquier lugar, por muy en crepúsculo que estuviese, por poca vela que lo alumbrara, yo hubiera sabido al momento que era Sebastián.

No sé si se dieron cuenta los curas o los tres oficiales del galeón que nos acompañaban y que seguían creyendo que yo era un hombre de boca pequeña, no sé si él mismo se percató de que mi corazón paró de latir, se dejó descansar por todos esos años en los que batió más de la cuenta, y casi se me sale del pecho, de la casaca roja y de aquella casa de San Ignacio de Loyola. A medida que él se acercaba a la mesa del refectorio volví a sentir los pulsos de la sangre, los volví a sentir creciéndome dentro, casi como si se me saliesen por las orejas, y luego bajo la peluca de Bocachica sentí aquel calor que nos dice que uno se está poniendo como una amapola. Me pregunté si me reconocería a pesar de estar envuelta en un disfraz, si encontraría algún parecido entre el capitán bujarrón de la *Tritona* y aquella novia que tuvo en Cádiz, si al igual que yo recordaba su olor desde aquella noche el recordaría el mío o vería en mi boca aquella boca que besó tantas noches por entre los barrotes de la reja. Cuando nos presentaron me apretó fuerte la mano que yo débil le había tendido, como una dama, sin darme cuenta de que me estaba queriendo yo misma delatar, enseguida la apreté más de la cuenta como hacen los hombres pero quizá fue demasiado tarde, o no, y todo estaba en mi cabeza porque de verdad lo que yo quería era que él me reconociese y me figuré que si me reconocía de alguna forma iba a ser por la voz, porque aunque yo había aprendido bien a imitar las poses de los hombres y sus ademanes fanfarrones cuando se tratan entre ellos, la voz no me la podía cambiar, por eso me tachaban de puto.

Mi mirada y la de él se cruzaron; para mí fue el encuentro con aquellos ojos soñados cada noche, para él el encuentro con un desconocido que lo miraba de forma extraña. Quizá percibió lo que todos los marineros percibían, que Bocachica era un hombre equívoco, de amanerados modales, demasiado

bonito para ser un lobo de mar, quizá ni siquiera prestó atención y ese capitán de casaca roja no era para él más importante que el contraamaestre, o el alférez, o Gaspar, que al darse cuenta de mi desasosiego terció para que lo sentasen frente a mí de una forma natural, y así fue. Departimos de muchas cosas banales, mientras yo trataba de pausar, de intervenir, porque necesitaba muchas respuestas ese día, respuestas que mi paciencia no podía soportar.

En mi angustia y mi miedo por sus cambios me alegré de algunas cosas, Rosario. Tu abuelo ni se veía amargado como la Aquilina, ni entregado a la gula como Pacheco, ni aguzado a la codicia como el arzobispo, ni dejado de la mano de Dios como Joaquinillo, el manflorita. Se veía bien, como lo que era, un hombre que no había perdido su hombría, y no me refiero, hija, a su hombría como su virilidad, no, me refiero a su hombría como calidad de hombre, como ser humano. Porque muchos de los que se meten en los conventos y las iglesias pierden esa cualidad. Y sobre todo me alegré porque sin haberlo sabido todos aquellos años, nuestras almas habían estado juntas. Aquellas inquietudes que yo tuve desde que pasando por la Ilustración llegué a San Gabriel, aquella preocupación por darles una vida mejor a los esclavos, habían encontrado en Sebastián su máxima expresión de entrega en una dedicación real: lograr que el Papa de Roma, al igual que antaño había reconocido a los indios de América un alma, les reconociera pronto a los negros de África un alma tan merecedora y digna como la del hombre blanco.

Sí, Sebastián estaba postulando un documento que sería la base para una nueva bula papal que haría luz muy pronto y que significaría el fin de una vida de penuria y denigrante de unos hombres tan hombres como nosotros, cuya única diferencia era tener la piel más tostada que los europeos, por haber nacido en otros confines. Aunque era ayudado por otros jesuitas, no era sino él mismo el que preparaba la defensa basada en los principios de Francisco de Vitoria, en los principios de otros defensores, que él había estudiado todos esos años que estuvo sin mí. Eso me enorgulleció, y todas aquellas incógnitas que nacieron cuando supe que se metió a jesuita, aquellas preguntas con respecto a nuestro amor, aquellas dudas, se disiparon, y supe que Sebastián nunca había sido infiel porque se había mantenido fiel a sí mismo, y esa es la verdadera fidelidad: cuando un hombre se respeta en lo más íntimo, respeta

sus sentimientos por una mujer.

Sebastián había sido fiel todos esos años a aquella esencia que me había enamorado de él en Cádiz, porque no era sino amor lo que yo veía en el entusiasmo con el que nos contaba el proyecto de llevar a Roma una cuadrilla de negros instruidos, donde los había físicos, músicos, galenos y hasta poetas, un grupo de hombres que no iban sino a demostrar esa calidad de hombre que nadie tiene por qué demostrar.

Cuando alguien te niega lo que de verdad eres, Rosario, tiene uno dos opciones: o se calla y se ríe para sus adentros sin tomárselo como una ofensa a su persona, o lucha por demostrar lo que es. En el caso de los negros había que hacer lo segundo, o más bien lo primero y lo segundo a la vez, porque aquella implicación de duda los estaba matando, sojuzgando y llevando a una vida indigna. Y Sebastián estaba luchando por ellos, los injustamente desposeídos.

DE ACAPULCO

Hoy me duelen las manos con el reuma y me está costando escribirte, Rosario, pero me he propuesto diligentemente hacerlo, como cuando era niña y obedecía sin rechistar a mi madre, porque, si no, no voy a poder terminar de contarte todo lo que es importante. Hemos vuelto a fondear en el islote, donde una cala resguardada nos permite pasar en el Caribe la época de ciclones. No son muchos meses, lo más desde junio a octubre, aunque casi todo pasa en septiembre.

En Manila escuché lo que Sebastián tenía que contarle a un extraño, con un puro en la boca y un trago de licor me senté muchas tardes con él en el claustro de San Ignacio a platicar de nuestras convicciones más firmes, lo que la vida nos había enseñado. El asunto de los negros y del imperio, la política del rey, los sinsabores de la vida y la fidelidad a un Dios que entonces me pareció muy lejano de mí, un Dios, que, a mi juicio, estaba solamente con los hombres. Ese Santísimo Sacramento que no me había echado ni una mano cuando el viejo me golpeaba, cuando llegué a la Ciudad de Méjico embaucada de mentiras, cuando las monjas envidiosas me echaron a la calle o me proponían mandarme a San Miguel de Belén con las ramerías y dejarle mi hijo a la de Echegaray, cuando la *Leona* murió en mis brazos de un tiro o cuando me deshicieron la espalda con una vara de caña por haberme interpuesto entre un cerdo asqueroso y una niña indefensa. ¿Dónde había estado Dios todas esas veces? Yo lo único que encontré cuando hice acopio

de mis fuerzas fue a Gregoria, a una Gregoria con dos cojones que le puso el pistolón a José Candelario en la entrepierna, y digo precisamente entrepierna, hija, porque ese hombre no tenía huevos; encontré a una Gregoria que tuvo las agallas de matar a su marido para así poder salvar a sus hijos de todo lo que ella no pudo salvarse, que tuvo el coraje de salir a buscar al amor de su vida y padre de su hijo, porque Dios, ese Dios que me lo había vuelto a quitar, no me había escuchado ni una sola vez para devolverme lo mío.

En eso tu abuelo y yo pensábamos de formas distintas, él se había entregado por completo a quien según sus palabras había sido todos esos años el consuelo de una vida sin sentido, el caudal que llenó un vacío y que le llevó a postularse a favor de los desheredados. Sebastián iba a luchar por aquellos negrillos, estaba a la espera de poderlos llevar hasta Roma, ya se había mandado copia del legajo al marqués de la Ensenada, a Raón, ya se estaban moviendo las cosas para que el Vaticano hiciese su parte.

Yo me propuse esperar. Estaba segura de que si Sebastián me viese vestida de mujer, si pudiese reconocer en mí a la Gregoria que dejó en Cádiz, a aquella culpable de que perdiese el sentido, de su desconsuelo y su abandono del que me habló, no dudaría en volver a mí. Me imaginé entrando en una estancia blanca, vestida como yo me vestía, podía verlo claramente reconocirme, podía sentir aquel amor que no se había ido de nuestro lado, sus brazos a mi alrededor, sus ojos amándome. Podía hasta ver cómo sería nuestra vida en San Gabriel, cómo le presentaría a su hijo, cómo tu padre lo reconocía como el padre que le faltó y no quiso echar en falta. Sería su querida, su amante, su barragana, lo que hiciera falta con tal de estar juntos, sería una puta como mi madre si fuese menester, ya no me daba miedo. Estaríamos juntos el resto de nuestras vidas, nunca más nos separaríamos.

Pero había una cosa, una sola cosa que me impedía salir vestida de crinolinas, había una cosa que me decía que siguiese escondida en ese parapeto de fieltro rojo, en Bocachica. Era algo que yo no podía traicionar, porque de haberlo traicionado hubiera sido infiel a Sebastián, hubiera sido una adúltera. Eran mis propios principios, mis ideales, esos a los que él supo mantenerse fiel y yo tenía que aprender, esa esencia a la que uno, a pies juntillas, no debe abandonar. Lo que yo había creído siempre de los esclavos

negros, darles una vida mejor. Si me mostraba tal cual era no dudaba que tu abuelo hubiese dejado todo por mí, y entonces, hija, yo lo hubiera obligado a ser infiel consigo mismo, y nunca me hubiese perdonado eso. Nunca me hubiese perdonado dañar así a la persona que más amaba en el mundo. Los negros tenían que tener un alma, y el padre Sebastián Espinosa S. J. era el que iba a dársela.

Mientras tanto yo me proponía ayudarlo, ser partícipe de su sueño, del empeño de su vida, y en cuanto Roma se pronunciase con una bula estaría yo allí dispuesta a decir esta boca es mía. A ponerme de nuevo los miriñaques y tafetanes, a sacar mi pelo rubio, a ponerme chapines de seda, a ser mujer, y ya veríamos de qué forma estábamos juntos, querida o manceba, lo que fuese, en cualquier parte del mundo donde no nos conocieran, una vida nueva. Una vida juntos.

Les planteé llevarlos en mi propia nave hasta Roma, a los jesuitas que hiciese falta y a los negros, un viaje así era costoso para ellos, haríamos la travesía por la Nueva España, no había tiempo que perder, el *San Cristóbal* ya estaba listo, dejaríamos la carga en Cádiz y seguiríamos por el Mediterráneo hasta Ostia. Lo que pasara luego ya era cuestión de tiempo, pero en cuanto Sebastián cumplierse su cometido se iba a enterar que Bocachica era Gregoria. Tu abuelo puso el asunto en manos del padre provincial, Juan Silverio aceptó, partirían dos sacerdotes con un grupo de siete negros instruidos en razón. Sebastián sería uno de los jesuitas ya que él era el autor del documento, el que articuló la defensa, el otro estaba por decidir. Las cosas estaban difíciles para la Compañía de Jesús, apenas unos días antes, los jesuitas habían sido expulsados de Francia, la hija mayor de la Iglesia. Varios años antes lo habían sido de Brasil, y luego de Portugal. Según tu abuelo Sebastián por estar en contra de los imperios coloniales y del tráfico de esclavos, ese era el motivo principal por el que esos tres países habían decidido sacarlos de sus territorios.

Enseguida aligeramos el asunto con las autoridades del puerto para concertar la salida del *San Cristóbal*. Esta vez haríamos la travesía en solitario, sería más peligroso pero había que darse prisa porque se nos cerraban las fechas en las que poder emprender un viaje más seguro.

Abarrotamos el galeón de lo necesario para una travesía de vuelta, la parte esencial del rancho: galletas, harina, azúcar, fideos de arroz, huevos, queso, jamón y embutido, cebollas, ajos, calabazas, repollo, col en salmuera, aceitunas, chocolate, dulces de frutas, caramelo, mantequilla, aceite, especias y condimentos, reses porcinas y vacunas vivas, gansos y gallinas, además del agua, vino de coco, vino de Jerez, vinagre, zumo de limón, aguardiente y café.

El 3 de agosto de ese mismo año el *San Cristóbal* zarpó del puerto de Cavite rumbo a Acapulco. A las cuatro de la madrugada del día siguiente el galeón se hizo a la vela, llegando rápidamente al estrecho de Mariveles, situado en la boca de la bahía de Manila y la travesía estuvo límpida y suave hasta que un baguio azotó la nave entre el 12 y el 15 de septiembre cerca de las islas Marianas y perdimos a dos grumetes y al alférez de mar, también perdimos una verga además de sufrir daños en el bauprés y algunas jarcias; algunas cosas pudieron repararse pero tuvimos que continuar la travesía sin la verga y el bauprés dañado. A partir de ahí el viaje fue de los más placenteros que he tenido. Por fin, a media mañana del día de Navidad, el *San Cristóbal* echó anclas en el puerto de Acapulco.

Fondeamos rodeados del pesado sopor de la calma chicha, la ensenada estaba lisa como una batea y las cumbres de los montes que la rodean estaban envueltas en una neblina de calor húmedo casi cegadora que desdibujaba su verde intenso y se interrumpía por puntos y rayas negras, como aquellas letras de mi infancia, que no eran sino bandadas de zopilotes volando en círculo, empujados por los vientos montantes de la bahía.

La bahía de Acapulco tiene las proporciones exactas. No es ni tan grande como la bahía de Janeiro, tan estrecha como la de La Habana, o tan desparramada como la de Cádiz; tiene el tamaño justo para abarcarla de una vez con la vista sin que por ello pierda su grandeza. Las montañas que la rodean van descendiendo desde su centro a sus extremos con la cadencia que las mestizas se mueven al llevar las cestas sobre sus cabezas a los mercados, y sientes que te ciñe, mientras encierra al mar con todo y tu barco. Te cobija, como yo hube cobijado con mis brazos y mi *sentraña* a aquel hombre que ahora tenía a mi lado sin tenerlo.

Los acantilados que bajan al mar tienen escondidas las caras de antiguos dioses aztecas, que supieron escaparse de la represión con la que la Iglesia y los españoles los tratamos, y vigilan escondidos a sus mortales fieles, defendiéndolos de terremotos y marejadas, y sobre todo de la insostenible ira del hombre blanco. El color de sus aguas va cambiando a lo largo del día para fundirse en el atardecer con el sol en una orgía de colores azules, cárdenos, bermellones, rosas, naranjas y hasta verdes. Cada vez que la tarde se pone los colores cambian, cada ocaso es una puesta nueva, un mar distinto, un lugar más lejano aún donde esconderse.

Aquella tarde, hija, la recuerdo chorreada de tonos ardientes y rayos dorados que se abrían paso entre las capas de tintura, más tarde los morados y los grises aparecieron en medio de una hermosa tormenta tropical que caía sobre las tranquilas aguas, mientras los truenos y los relámpagos cortaban el silencio e iluminaban la rada, que parecía una gigantesca plaza de toros donde el sol hacía su retirada y llegaría más tarde el cabestro negro de la noche.

Empezaba la época de ciclones y había que ponerse a buen recaudo en ese lado del Pacífico, así que cuando llegamos tuvimos que recalar en la bahía principal porque había demasiados barcos en la que estaba más resguardada por el baluarte, y allí nos quedamos. Cuatro o cinco rocas interrumpían la banda de arena que separaba el mar del verdor y sobre ellas unos niños indios se preparaban para tirarse al agua de cabeza como yo me tiraba por las tardes desde el *San Cristóbal* si nadie me veía. Las cocoteras en la orilla se movían pareciendo enormes abanicos cargados de fruta verde, mientras las bandadas de pericos nos visitaban volando casi al ras de nuestros mástiles. Otras naos más afortunadas tuvieron que recalar cerca de Puerto Marqués, donde había estado la casa de Hernán Cortés, el marqués del Valle de Oaxaca, pero a nosotros no nos otorgaron la patente por haber llegado casi los últimos. No me importó: me sentía yo más defendida en la bahía grande cerca de unos peñascos medio sumergidos que se rodeaban de cardúmenes de mojarra y donde los pelícanos se posaban, dispuestos a atacarlas, en la tarde. En caso de un ataque de los piratas, los peñascos harían de parapeto y del otro lado, el fuerte San Diego, con sus cañones, nos servirían de defensa.

No llevábamos apenas agua y la pizquilla que nos quedaba estaba *manía*, así que mandé la pinaza con una incursión para que llenasen algunas barricas en algún arroyo del lugar y renovar toda la reserva del galeón; teníamos trabajo allí para varios días. Me pasé toda la mañana organizando la descarga de mercancía que iría hasta el puerto de Veracruz por tierra en las recuas de mulas, y se me fue el tiempo en mi camarote preparando documentos de aranceles e impuestos reales, pagos de portes, instrucciones a los marineros que iban a escoltar la mercancía: a los que debía darles mosquetones y pertrechos, porque yo tenía mis propios porteadores, boyeros y caravanas, y debía defenderlos de los famosos bandidos que había en el paso del Zopilote, allá por Iguala y otros desfiladeros peligrosos de aquellas tierras de salvajes.

Me acomodé en el escritorio y desde allí sentía el trajín de Sebastián, sabiendo que él estaba por algún lado, organizando su partida también con aquella tropilla para visitar al obispo de La Puebla de los Ángeles y recabar la información que buscaba en la renombrada biblioteca de Palafox, donde, según él, podría encontrar todo sobre la controversia de Valladolid y la bula de Paulo III que atrás en la historia sirvió para liberar, al menos en teoría, a los indios de la esclavitud. Así pretendía comenzar a dibujar las líneas de defensa que utilizaría en su visita a Roma para amparar a los negros esclavos.

A media mañana salí a revisar cómo empacaban unos delicados tibores de la China y los cofres armados de hierro de las especias, cúrcuma, nuez moscada, pimienta y canela, cerrados a cal y canto con siete juegos de cerrojos de llave a los que tuvimos que poner aceite porque estaban llenos de herrumbre del viaje por mar. Fue entonces cuando lo vi en cubierta, escribiendo unos pliegos, apoyado en las escaleras del palo de mesana. Tenía el tintero en una mano y la pluma de ánade en la otra; como un saltimbanqui haciendo malabares, se estaba manchando los dedos de tinta negra. Me acerqué sintiendo todo el calor húmedo que me daban las pesadas ropas de capitán que eran mi propio parapeto, tanto si llovía en cubierta como bajo el ardiente sol que calentaba las maderas del *San Cristóbal*. Lo invité a que compartiéramos mi mesa de trabajo en el camarote de popa, él estaría más cómodo allí y yo quería tenerlo cerca. Estuvimos encerrados casi toda la mañana, recuerdo que no pude ordenar nada, ni revisar a conciencia ningún

papel con él sentado frente a mí, estuve alteradita *perdía*, así que decidí hacer otras cosas o tendríamos que retrasar la caravana y pedí que antes de comer me llevaran a tierra en un bote para hacer las diligencias en el puerto y pagar las almonedas. Lo dejé almorzar solo y yo comí un guisado con tortas y unas panochas de maíz asadas, en una choza de palma de los alrededores del puerto. A la hora de la siesta lo dejé también dormir solo, y aunque entré un par de veces a buscar algunos papeles que necesité, traté de no descorrer las cortinas.

Lo pude ver cuajado en la litera baja, boca arriba, con nada más que las calzas y sin camisa, las braguetas estaban desanudadas y podía verle lo que le tenía que ver. Sentí como que me daba una alferecía por el cuerpo, qué malita me puse, hija, por qué no decírtelo; él, despreocupado, casi en cueros, como un hombre que duerme en el cuarto de su amigo, su camarada. Tenía la mano apoyada en el pecho peludo y fijarme de cerca en aquel torso al que me había aferrado como loca haciendo el amor años atrás me dejó *deschaveté* por un momento, sentí el débil olor de su piel que enseguida reconocí como aquel que había estado buscando todos aquellos años como loca, como de algodón recién descolgado de un soleado tendadero del sur de España, como aquel que me hizo falta sentir a mi lado cuando tu padre se me enfermó en el beaterío, o cuando me encontré tirada en la calle, al lado de una perra callejera que acababa de dar a luz y sin comida para mi hijo, o, igualmente, cuando no tuve más remedio que aceptar mi matrimonio con quién tú sabes, y otras tantas en las que, sola, tuve que afrontar la vida pensando en él.

Aquel aroma a hombre que fue cobijo de mis deseos en Cádiz, que fue el ancladero de mis bajeles, cala para poner mis esperanzas a salvo, donde aquella sirena se escondía, aquella mujer que se quedó atrapada en los remolinos de su propia vida y, entonces, no tenía forma de salir de ellos; aquel olor que, aunque mezclado con la sal del agua con la que se acababa de bañar, seguía siendo el mismo, disimulado bajo el sopor pero tan castizo como lo era él, trémulo, vivito y coleando, de carne y hueso.

Frente a mí estaba más real que nunca el afán de mi vida, el hombre de mis *duquelas*, un horizonte que cada día buscaba al levantarme y no pude encontrar en otros tantos anocheceres. Allí mismo, en mi camarote y vestida

de hombre, sentí el deseo de abrazarlo, de mirarlo despacio con los dedos, de besar sus labios levemente abiertos y rodeados de barba que se había vuelto rubia por el sol de la travesía, por donde suspiraba el ron que había bebido con el agua malsana de las bodegas. Sentí el deseo de quedarme prendida de su pecho otra vez y volver a encontrar aquel lunar que solamente yo sabía dónde estaba y esa cicatriz que le dejó una travesura de pequeño o, más allá, la cuchillada que le dejó una reyerta en Manila y en ese momento era un enigma para mí. Parar el tiempo, que se iba rápido, y tomar entre mis dedos los suyos, adentrarme en su boca, abrirme paso entre el olor a tabaco, entre la humedad, las gotas de sudor de su frente, el ardor que su piel esparcía en aquel camarote que como un cruel péndulo de reloj marcando el tiempo oscilaba al gairete sin tregua.

Mis ojos desbordaron el mar. Se me cortó el cuerpo y no pude seguir más allá. Me daba miedo imaginarme a mí misma provocando un altercado: a él sacudiéndome, partiéndome la cara y llamándome maricón al creerme un hombre que se había atrevido a tocarlo. Finalmente, hubiera sido una leve condena, más suave que la cárcel en la que vivía, una condena por haber puesto mis labios donde ya una vez los puse, en una boca que era mía desde siempre, un lugar que eran mis dominios, por haber abrazado, como aquellos matapalos en la selva de la orilla abrazaban a los árboles sofocándolos, al hombre que era mío.

Salí rápido del camarote con los pliegos que buscaba para llevar a tierra de nuevo y allí lo dejé sin permitirme nada, me vino bien aquel día irme al fuerte San Diego en busca del condestable y refrescar mi mente con otros menesteres. Regresé al *San Cristóbal* justo a tiempo para ver cómo bajaban con una garrucha la última de las pacas a una patera para llevarla a tierra, un bulto atado con sogas de henequén de color pardo que quise reconocer como los mantones chinescos que compré en la isla de Luzón, y que iban derechos a Cádiz sin abrirse en La Puebla porque se pagaban mejor en Cádiz, Madrid y Sevilla que en cualquier otra ciudad, y luego subí al barco por la escala de babor desde la pinaza sin ser notada. Esa vez, pensé, que estando él compartiendo camarote conmigo no podría bajar por el castillo de popa a bañarme desnuda en la bahía de Acapulco como hacía cada vez que

recalábamos en un lugar hermoso y cálido. Pero me equivoqué.

DE UNA SIRENA

A punto de atardecer se hizo un poco más fresca la tarde y decidí servir la cena para ambos en el camarote de Bocachica. Por las ventanas abiertas de par en par del castillo de popa los dos vimos, a barlovento, lo que quedaba del atardecer rodeados de un derroche de velas de sebo que casi no podía permitirme, pero que como mujer quise despilfarrar. Porque si hay una luz que nos haga vernos más bellas es la de las bujías en la noche colocadas a la altura de nuestros ojos. Aprovechando que estábamos en puerto, el cocinero jefe fue a comprar vituallas al mercado del lugar. Consiguió unos buenos capones, higos chumbos, mangos de Manila que se habían dado bien en esas tierras, acelgas, lechugas y queso fresco. Ordené para cenar un gazpacho suave cuya receta le había enseñado yo misma, las aves ahumadas a las brasas, la fruta fresca, ron de Maguey y las deliciosas tortillas de maíz que hacían las tortilleras de la tropa del baluarte y que me vendieron esa mañana, cuando fui a resolver los trámites con el condestable.

El grumete subió las bandejas con las viandas metidas en sus campanas y nos dejó solos el resto de la noche cenando en el camarote. Traté de hablar de las cosas triviales que hablan los hombres entre ellos, ya sabes, cosas sin sentimiento, sin corazón, la distribución de las haciendas de azúcar en la Nueva España, la nefasta política del nuevo virrey, la rentabilidad de la ruta de Manila o de las nuevas plantaciones de tabaco. Cuando me cansé de hacer tanto paripé preparé un bebedizo dulce con piloncillo y especias que me

gustaba tomar de noche: limón, menta, raíz de jengibre y canela, que dicen que es afrodisiaca, y fue entonces cuando se me ocurrió ponerle una planta que me vendió una india una vez y que yo ya había oído de su existencia en Veracruz: *toloache*.

No me arrepiento de lo que hice, me lo debía a mí misma. Y estoy segura de que él, de saber lo que yo sabía esa tarde, me hubiera dado su consentimiento en todo, hasta en aquello que le di a beber. Las mujeres tenemos que manipular las cosas a veces, hija, es la forma que tenemos de mandar un poco donde los hombres no nos dejan, de llevar a nuestros hijos varones por el buen camino sin que se nos rebelen. Ponemos manejo y maniobra donde ellos ponen su fuerza bruta, es la única opción que nos queda, ya que no se nos permite pegar un puñetazo en la mesa y gritar un «se acabó». Así lo fui conduciendo esa tarde con mi bebedizo de especias y yerbas, una pizquita del *toloache*, y *aliñadito* con el ron de Maguey, luego me di una ayudita mezclando más *toloache* en el tabaco de su pipa. Con lo que hubiese tenido a mano me hubiese arreglado yo sola, porque así pasa, cuando una quiere arreglarse con lo que hay, se arregla.

En un rato estuvimos los dos fumando, yo cigarros de Cuba y él de su pipa, aunque si te digo la verdad alguna caladita le di a la pipa y también sentí el efecto de mis propios tejemanejes, lo dejé enturbiarse la razón con el potingue y las suaves volutas de humo que iban ocupando poco a poco mi camarote como las tropas enemigas ocupan un baluarte sin tregua, para hacerse dueñas de la fortaleza.

Lo vi recostarse vencido en el diván y entonces se le soltó la lengua. Lo dejé contarme todo, como un amigo que se desahoga con otro. A veces él tenía que subir el tono de su voz para escucharse a sí mismo por encima del silbido del viento que pegaba en la eslora y entraba sesgado por los ventanucos de estribor y los golpes de las olas encrespadas en la popa del barco, otras veces, cuando vencido por el licor ya no le daba para hablar más alto yo tenía que poner atención y acercarme más a él, y con esos altibajos fui escuchando sin perder hilo la supuesta traición que sufrió por aquella mujer,

una mujer tan guapa como malagradecida, por la que salió de Cádiz huyendo del rigor y las amenazas de aquella familia ilustre y con corona que no era sino la suya propia.

Dejó todo atrás y perdió el futuro que tenía por la ilusa idea de amarla el resto de su vida. La historia, mi historia, enredada en los contubernios de mi tío, retorcida por el *malaje*, había desfigurado la imagen de aquella mujer que no era sino yo misma. Pero no tenía que ser yo quien le abriera los ojos, aunque hubiera querido ser mi justa defensora no podía ni tenía elección para decir esta boca es mía y tú sabes por qué. Por eso tenía que levantarme y asomarme al castillo de popa donde los golpes de mar me dejaban sin oír nada por unos segundos y en aquella tregua poder sosegarme, que no viese aquella lágrima que se me escapó sin darme cuenta, o aquel suspiro que allí dejé ir hacia la bahía picada, o el nerviosismo de escuchar mi propia leyenda contada por otra voz, desde el otro lado. El cielo gris de Acapulco recibía una herida lacerante y roja de un sol poniente, como la navaja que yo sentía se estaba abriendo paso con saña en mi propio pecho.

Me hubiera gustado salir de mi disfraz, mostrarle mi melena encerrada en aquella peluca empolvada que me hacía sudar, sacar mis pechos tiranizados por el vendaje de lienzo bajo la casaca roja de capitán, sometidos a aquellos caireles cruzados de hilo de oro, abrir de par en par las solapas, sacarme el pañuelo del cuello, rasgar la camisola y emerger como lo que era, pero me contuve. Comencé a comprender el alcance del daño que habían hecho los embustes de mi tío, la ponzoña vertida por aquel hombre ruin y asqueroso que había estado respondiendo a sus cartas como si fuese yo misma, Gregoria Salazar. Unas cartas que no había tenido en mi poder como tuve las de él eventualmente, pero cuyo significado sabía por lo que me iba contando de esa mujer que no era otra sino yo. Evoqué aquellas que encontré en San Gabriel y que me encendieron para estar en ese momento, exactamente, donde estaba. Sus cartas fueron encontrando la respuesta perdida, las palabras que él me decía me fueron enseñando el tamaño de la mentira, lo que supuestamente yo le contesté: que si me cansé de esperarte, que si lo nuestro no tiene ningún porvenir, que si no vamos a cambiar el mundo ni tú ni yo, que si tú eres de postín y yo una criadita, y que si tu hijo ya tiene un padre que yo le he dado

porque tú estás muy arriba para que te podamos alcanzar ni él ni yo.

La noticia de mi matrimonio en la Nueva España le llegó con otra carta de mi tío y la petición falsa de que nunca más me buscara por ningún motivo. A partir de ahí su vida cambió. Se hundió en la más escondida desesperanza por meses, la bebida, la pendencia y el pleito lo atrajeron por todos lados, las broncas se sucedían cada noche, cuchilladas y reyertas por los extramuros de Manila, casas de trato, tabernas, mancebías y lenocinios en los barrios de mala muerte, soporíferos de opio de lugares lejanos le fueron enturbiando la razón y hasta quiso quitarse la vida. Una noche lo encontraron desangrándose de una puñalada traperera en el lodo de una calle de la alcaicería, los jesuitas lo llevaron a su casa y allí lo cuidaron. Mientras se recuperaba no tuvo más remedio que leer para matar el tiempo. La fuerza de los escritos de Ignacio de Loyola lo sacó de aquella muerte en vida a la que yo, sin saberlo y sin quererlo, lo había mandado, y por eso cuando estuvo bien y en sus cabales ofreció la vida que le quedaba a la tarea de aquel que pudo sostenerlo en su peor momento y se quedó en las filas del santo como un soldado más.

En unos años se ordenó sacerdote y aquel arranque que una vez puso en sanar la injusticia que se hacía conmigo y con nuestro hijo en Cádiz, en buscarnos un futuro mejor en las colonias, lo empleó en ayudar a los más débiles, en encontrarles un futuro a los esclavos y en tratar de compensar las miles de injusticias con las que fue encontrándose por el mundo. Los chabacanos de Manila, los desheredados de las calles, la trata de blancas, los africanos traídos al Nuevo Mundo a trabajar sin libertad, los que como él se quedaron sin nada, aquellos a los que la vida les arrancó, incluso, hasta el derecho natural a tener un alma. Comenzó a evangelizar a los negros de las plantaciones, a los esclavos, a hacerles sentir una esperanza: él hablaría por ellos ante el Papa de Roma como hizo Bartolomé de las Casas por los indios. Pronto los negreros se cansaron de él y lo reportaron a la Península, hasta trataron de quitarlo de en medio varias veces. Con el apoyo de algunos más de su orden, siguió trabajando en aquella labor de la que yo ya había oído y que me había hecho esconderle quién era, hasta que de sus propios labios escuchase lo que me habían contado y no quería creer.

Los relámpagos de una tormenta comenzaron a verse en los cerros, si el

viento seguía como estaba pronto la tendríamos en la bahía. Él se había quedado tumbado en el camastro, en un tranquilo *dormivela* y yo me volví a mirarlo desde el vitral de popa. Como que me llamo Gregoria Salazar que a punto estuve de saltar, de besarlo, de llorarle, de decirle todo. Hubiera dado lo que fuera y más por abrazar a ese hombre aquella noche. Lo imaginaba llorando de alegría al enterarse de la verdad de lo que pasó, agarrándome y haciéndome el amor mientras me redimía de aquella infamia que mi tío creó a mi alrededor, preguntando por su hijo, dejando que recostara mi talento cansado en su pecho para poner su mano en mi cabeza, acariciar mi pelo y decirme que descansara de todo, que a partir de entonces él se haría cargo de mi vida. Pero no fue así.

Si hubiera hecho eso, Rosario, hubiera sido yo una *culera* más grande que la que a él le habían pintado las cartas falseadas de mi tío. Me quedé callada, respiré hondo, aquel tabaco me había nublado, pero no lo suficiente como para entender que no debía apartarlo de aquella labor que tanto bien le hacía a él y a tantos seres humanos a los que se les estaba dando la espalda en las colonias. Quizá me sentí asemejada con el pobre, con el desvalido, con el desheredado, porque yo lo había sido en muchos momentos de mi vida. Sí, esa era yo, Gregoria, la hija de una ramera, no importa lo bueno o malo que hiciese, lo guapa que fuese, las sedas que vistiera, los dinerales que hubiera en mis arcas. No, nada, nada importaba, seguiría siendo siempre la hija de una pecadora: para mucha gente tanto como nada.

A mí también, como a los negros, se me había negado un alma. Porque mi alma en Cádiz no era lo sobradamente buena para casarme con él ni con nadie que no fuese de los arrabales consumidos de la ciudad, de la vecindad hedionda de la que salí, por eso me sentí una más de entre aquellos desheredados por los que tu abuelo peleaba. Me acordé de cuando Ensenada mandó la gran redada contra los gitanos, del dolor que vi en mi madre, de la incertidumbre, de parientes perdidos para siempre en los presidios, niños esclavizados en las fábricas textiles, desgarrado vivo. Gracias a que Lasquetty de seguro era el *querío* de la Paca nos libramos de aquello, pero mi madre nunca se lo perdonó a sí misma, yo misma me sentí durante años una traidora por haber corrido otra suerte que los míos, por haber vivido como paya si era

gitana, por mucho que mi colorido no lo fuera, la sangre de mis venas sí.

Él ya había luchado por mí, había hecho lo imposible hasta que su humana condición se quebró por la farsa de ese puerco, por una maldad sembrada a conciencia y ajena a ambos. Ahora les tocaba el turno a ellos: a María la Mulata, a Manuel, a Pancha y a Jesús el Cojo, a Salvador y Junípero el Mandinga, a todos los que había conocido en mi propia hacienda y fuera de ella, que despedazaban su vida en la caña, en el algodón, en el tabaco, en los ingenios y trapiches, en las minas de oro y de plata, que despedazaban su vida para que yo vistiera en sedas y llevase perlas en las orejas, para que me pudieran llamar señora.

Me senté en el camastro de enfrente para evitar la tentación de rodar a su lado, exageré mis morisquetas de hombre, me rasqué la nuca de forma varonil, y abrí las piernas agarrando el pañuelo que colocaba entre ellas a modo de aquellos cojones de los que entonces tuve que hacer acopio. Ese era mi teatro, mi paripé que cada vez se iba haciendo más y más una tragedia, y yo no tenía cómo remediarlo. Pero a pesar de todo tenía que seguir.

El pobre, después de abrir su corazón a un capitán de galeón que apenas había conocido hacía unas semanas, ayudado de un bebedizo del que nunca supo, se me estaba quedando dormido si no me dedicaba a espabilarlo. Lo nombré un par de veces y estoy segura de que al pronunciar su nombre mi voz me delató, porque, hija, la voz nos delata cuando mentamos el nombre del ser querido. Lo sentí temblar. Luego, aprovechando su modorra, me levanté y me encerré en uno de los compartimentos del camarote, tras una cortina, y me despojé de todas mis ropas, me quité la peluca y la *jondeé*, los pistolones, el sable. Salté por encima de las botargas, cayó el pañuelo anudado de mi entrepierna, y me deshice de las botas, me solté la melena, que me cayó sedosa sobre los hombros aliviándome de todo, de la presión y del calor que me provocaba el disfraz. Como cuando en Cádiz, por carnaval, me quitaba las máscaras al llegar al cuarto de la vecindad, así me sentí: como nueva. Me escurrí por un lado de la cortina hacia las ventanas vidriadas del castillo de popa, no sin antes lanzar una mirada hacia el camastro. Allí seguía, en ese duermevela en el que uno está y no está, emborrachado de la pócima que le di.

Seguí mi camino hacia las cristaleras abiertas y me subí al antepecho de madera de la popa. La bahía estaba tranquila, aún más que en la mañana, la tormenta seguía en las cumbres, se había quedado de momento allí. Podía ver las antorchas y teas del fuerte a lo lejos, cogidas sobre los muros de piedra del castro, los faroles de los barcos que estaban anclados, las chozas del pueblo iluminadas por tenues hogueras donde se asaban los pescados para la cena, los molcajetes chocaban para hacer el pipían, y se ponían los comales con las tortillas, las posiciones del baluarte y, en el silencio de la noche, el sonido de alguna jarana en una taberna, donde a lo lejos la guitarra de un andaluz y un repique de palmas me hizo soñarme de vuelta en Cádiz.

La luna había salido conmigo y de mujer a mujer la tuve enfrente iluminando mi cuerpo de norte a sur; era mi centinela, un testigo mudo y cómplice del embrujo que una sola mujer puede ser capaz de desplegar. En el espejo grande del camarote pude contemplarme subida a la ventana, tal y como yo me quería ver, como yo deseaba ser de nuevo, más y más cada día que pasaba junto a él. Parecía que aquella estampa desnuda era otra y no yo; los pies blancos, las piernas largas, un desvergonzado chumino, el vientre suave, unos pechos a punto de rebeldía, y el cabello dorado que caía por los hombros. Era yo y ya no era yo. Una sirena, la leyenda de mí misma, la mujer escondida para sobrevivir, y esa noche para querer.

Levanté las manos, hice un ademán de bolero frente al espejo que me recordó a mi propia madre, y respiré hondo mientras sentía que él, detrás *mía*, se estaba levantando sin creer lo que estaban viendo sus ojos. Lo pude ver acercarse y mirarme, pasarse una mano por la frente y abrir de nuevo los ojos *enartao perdío*, entonces fue cuando en voz baja lo oí murmurar para sí mismo: Ojos de ángel, ¿eres tú? ¿Ojos de ángel? Estoy soñando... Sí, eres tú.

Comenzó a desnudarse sin quitar la vista de mi cuerpo, cuando se quitó las polainas y el calzón, estaba alebrestado. Me sentí revivir y sin pensarlo dos veces y antes de que me alcanzara en la cabina me tiré al agua. El océano Pacífico me envolvió tibia en sus ardientes remolinos, emergí tras unos momentos en los que vi a la luna gitana, por debajo de la superficie, reflejarse

en el mar. Me distancié braceando del galeón, de su silueta recortada contra la penumbra y los destellos de luz de la tormenta lejana y lo vi a él subirse a la baranda del castillo de popa. Se tiró tras de mí y tras de mí nadó hasta la orilla de aquel farallón, donde los pelícanos dormían, justo a tiempo para alcanzarme buceando dentro del agua, cuando salimos a la superficie en la orilla volví mi cara hacia él y aunque no pude ver su mirada porque la luz de la luna y la de las teas del barco le daba de espaldas no necesité verla. Sabía bien cómo tendría el brillo de sus ojos moros, la comisura abierta de sus labios pedigüños que suplicaban a los míos, la contundencia de su verga y hasta el tamaño exacto de sus pupilas reflejando el negro de la noche en medio de esa melcocha ámbar del iris. Vaciló y le oí murmurar unas palabras de alucinación narcotizada. Dijo mi nombre, dijo mi nombre y lo repitió infinitas veces aquella noche, me apretó como queriendo averiguar si era de verdad o de quimera, aspiró el aire de mi pelo mojado de sal, como un sabueso que quiere saber si su presa es su presa, si su amo es su amo. Con su boca dejó de pedir, buscó en la oscuridad la mía y nos fundimos en un beso profundo y lejano que se mezcló con los acordes de la guitarra perdida en la orilla y el jaleo de un cante que parecía hecho para nosotros.

Mi niña, me olvidé entonces de todo, dejé mi cabeza flotando a un lado y me dejé llevar por aquellos labios que aún reconocía a pesar de la barba que entonces los rodeaba y que no tenía la última vez que lo había besado años atrás, me dejé llevar por esos brazos más morenos que antes, ese pecho no tan fresco y aquella dureza de su entrepierna que se abría paso en la mía como se hubo abierto paso cuando teníamos yo quince y él diecinueve, pero con una lentitud y una firmeza de quien se sabe dueño y señor del lugar al que está entrando.

Aquel reencuentro fue la cosa más bonita que me pasó en toda mi vida de marinero y en toda mi vida de mujer. Sentí que valía la pena vivir solamente por aquellas horas de delirio y que después de aquello podía dejarlo ir a sus quehaceres y su lucha, y esperarlo a que volviera de Roma con una respuesta del Papa, mientras la luna entraba y salía con complicidad de un cielo emborregado de nubes y las luces lejanas del fuerte parecía que habían conspirado conmigo para ayudarme en aquel arte que yo siempre creí que no

supe aprender de la Paca, pero esa noche me tuve que convencer de lo contrario.

Reconocer los rincones de un cuerpo al que uno pertenece es como regresar a la casa propia después de una larga ausencia.

Su piel era extensión de la mía, su saliva y la mía, el mismo elixir, sus dedos palpitantes eran ya mi cuerpo y mi cuerpo estaba en sus dedos, manos exploradoras de tierras nuevas y viejas a la vez, abrimos los senderos de nuestros campos, recorrimos juntos aquella playa de deseos dejados atrás, nos amamos aún mejor que la primera vez, con menos arranques y más despacio, y aunque él creyera que yo no era sino una alucinación de sus sentidos, la sirena que algún marinero borracho le contó que acompañaba a los galeones, yo sabía que éramos dos seres humanos que se pertenecían desde hacía mucho y compartíamos la misma historia.

Esta vez no hubo aquellos codazos aturdidos de la primera vez, cuando, enredados en las redes que los pescadores habían dejado en las playas de Cádiz para que se orearán, tratábamos de taparnos por pudor de nosotros mismos, ni la rodilla que se clavaba en el costado o donde no debiera con torpeza, ni el dolor tenue pero incómodo de una virginidad perdida que tanto me distrajerón de amarlo como Dios manda. Esta vez hicimos el amor como un hombre y una mujer y no como dos jóvenes, y eso es mucho más bonito, Rosario, las caricias, los besos, el placer, iban llegando cuando tenían que llegar, en el momento justo, sin impaciencia, sin ansiedad, el cuerpo del otro se iba convirtiendo en el propio.

Yo intuía que, tras esa destreza de tu abuelo, ganada con el tiempo, se esconderían sin duda muchas noches y muchas mujeres, pero no me importaba. No me importaba porque siempre le di más importancia a la lealtad que a la fidelidad. Qué importa si un cuerpo que vive en cuaresma perpetua se echa una cana al aire, al fin y al cabo, qué son esas cosas sino menudencias. ¿Y quién no se ha echado nunca una canita al aire?, si hasta yo lo hice más tarde, hija, y ya te contaré. Además, yo era la que ganaba, la que ganó todas aquellas noches de su pasado en las tabernas y los prostíbulos de sabe qué lugares, de Manila, Ciudad Cazón, de Mindanao y Luzón, de aquellas partes del mundo que yo conocía y sabía perfectamente lo difícil que

era para un hombre pasar por cualquier calle y permanecer incólume a los placeres de la carne. Las chinitas de Filipinas son hermosas, menudas pero proporcionadas, muñequitas de porcelana que saben servir a sus amantes en todo, vuelven locos a los hombres, como yo bien sabía por mis marineros. Hasta te podría contar las obscenidades que les escuchaba decir y que me tenía que tragar para seguir disimulando que yo misma era un hombre, si hasta cuando iba por Manila disfrazada de Bocachica me había tenido que quitar más de una vez a las hermosas tagalas de encima cuando llegaba a la plaza de Armas a poner al día mis contratas con el escribano del gobernador. Allí estaban en los soportales, como nube de mariposas viviendo el sopor de la tarde y tratando de pegarse a algún hombre que les diera lo que buscaban.

Pero, no, no me sentí celosa al pensar aquello, a pesar de que conocía bien los encantos de aquellas mujeres. Todas aquellas caricias que él habría dado seguramente durante esos años de ausencia, todos aquellos besos y placeres estaban desembocando esa noche en el caudal profundo de nuestro amor, habían sido un preámbulo para los nuestros, un aprendizaje, la madurez de los amantes. Y me preguntarás, Rosario, aunque sea con tu corazón porque no estaré frente a ti para responderte, que a qué me refiero yo con lealtad y fidelidad, ¿qué diferencia hay? Te dirás a ti misma que tu abuela ya estaba chocheando cuando te escribió como para divagar de cosas tan parecidas, de esa lealtad que nada tiene que ver con el cuerpo sino con el alma, esa lealtad que no es sino esa eterna espera de aquel que sigue pensando que un día volverás.

Los grillos y las chicharras seguían nuestra copla, desde las copas de los cocoteros nos llevaban ronda, acompañados de las farfullas de espuma de las olas que chocaban contra la roqueta que en la bahía nos guardaba, mientras los obenques y jarcias pegaban en la madera de los mástiles bajo el dictado de una brisa conjurada. Fui mar donde el marinero se ahogaba, Galatea que, con su canto, atrajo al hombre de buena voluntad al abismo, un cálido tifón que lo embaucó, como aquella luna redonda que nos camelaba. Sabiendo que iban a ser instantes de felicidad, sabiendo que cuando ella se escondiera yo

también me escondería en las casacas rojas y los sombreros de tres picos de aquel capitán al que maldije más que nunca. Me fui antes del amanecer, antes de que el sol verdugo saliese por la bahía de Puerto Marqués. La nereida volvió a su cuerpo de equívoco lobo de mar con pulcra vestimenta y peluca blanca bajo el sombrero, y el hombre creyó que aquella noche había tenido un sueño inolvidable en el que le hizo el amor a una sirena por causa del ron de Maguey y tantos años de esa sufrida abstinencia.

DE UN ISLOTE DEL MAR DE LOS CARIBES

En la bahía de Acapulco, frente al puerto del Marqués de Oaxaca, estuvimos fondeados los días necesarios para que el condestable nos otorgase la patente del rey y así desembarcar las mercancías.

Cuando, finalmente, llegó la patente, el galeón entero se puso en pleno a faenar, a desestibar y bajar la carga a los muelles, hasta los negrillos que acompañaban a tu abuelo arrimaron el hombro jalando de las garruchas, montando poleas, rampas por donde bajaban pacas de sedas, arcones y, para qué mentirte, hija, algunas de las cosas que no nos estaban permitidas traer, pero que en el estraperlo las traje, escondidas entre los pliegos de las telas, porcelanas, especias, marfiles. Llegaron nuestras recuas al mismo puerto a cargar en pequeñas carretas los cofres, pues los caminos por el desfiladero de Iguala y el cañón del Zopilote no permitían cajones de mulas muy anchos, las barricas atadas con sogas, se cargaron costales con las telas menos finas a lomos de las bestias, envueltas en lonas embreadas que las protegían de la lluvia y la humedad, entre las que colocamos bolsas de arroz que las mantuvieran frescas de la fosca del camino, especialmente los marfiles.

Los tibores con las mercancías más menudas venían provistos de sus candados de fierro, los pasadores de la caja de caudales y más de la mitad de la tripulación armada de trabucos y arcabuces escoltando las mercaderías que llevaríamos hasta Cádiz y que habrían de cruzar Tehuantepec para llegar a la Villa de la Vera Cruz. Teníamos nuestros caballos, para Gaspar, Sebastián y

el capitán Bocachica, y para otros cuantos marinos de rango, y una mula donde llevar mi capillita itinerante con la Virgen de Guadalupe que me acompañaba a todas partes desde que Niña Carmen se fue a la Península.

Me costaba mucho montar a horcajadas como un hombre, yo que había aprendido en las romerías en Cádiz a montar de lado para seguir siendo mocita. Terminaba las tardes con la entropierna adolorida, como si acabase de parir, pero así era y no tenía más remedio que seguir impostando la voz, agarrándome el bulto de la entropierna como hacen los hombres de vez en cuando, que no era más que un paliacate anudado varias veces estratégicamente colocado, haciendo ademanes de hombre, abriendo las piernas más de la cuenta al caminar, y de vez en cuando soltar un gargajo por los barrancos abajo como hacían todos ellos. Así fue aquel camino, nuevo para mí, pero viejo en aquellas artes que ya llevaba un buen rato haciendo, tratando de parecer el capitán de un galeón, entonces al mando de una caravana de seda.

Tomamos los carriles y senderos más áridos. La primera parte de nuestra ruta, Iguala, Taxco, el Zopilote, son lugares llenos de peligros, pedregales altos, desfiladeros donde lo único que ve uno son las bandadas de buitres rondando la primera burra infeliz que saliese despepitada por la montaña a despeñarse. Y, además, para colmo, poder ser asaltados por los bandidos que rondan aquellos malos andurriales, por eso íbamos todos guardando silencio, ojo avizores, expectantes y con los arcabuces cargados al hombro, preparados para una emboscada o un ataque por sorpresa que, gracias a Dios, nunca llegó. Mandábamos a una sección siempre en avanzada, por si hubiesen cortado el paso a base de piedras o troncos, que ellos pudiesen regresarse a avisarnos; este grupo de avanzada iba como es natural con algunas pacas que sirviesen de señuelo, si de verdad había malosos acechando.

En el istmo pudimos pernoctar en algún poblado donde las mujeres nos hicieron algún guiso a base de iguana y de bofe, nos tortearon la masa del maíz para hacernos hermosas memelas y tortillas a fuego lento en un comal de barro. Algún marinero engatusó a una tehuana y nos pidió permiso de traerla en la reata con nosotros, gracias a lo cual el rancho que nos daban los guisanderos pasó a mejora con la minuta que la muchacha, la *Na Mariquita*,

aportó a base de recolectar plantas y yerbas, frutillas y lagartos silvestres de aquellos caminos, y sobre todo de la destreza que tenía en sus manos como tortillera. Así fue que comimos las deliciosas tortillas calientes todos los días, recién asadas y palmeadas por la *Na* Mariquita.

Al llegar a la sierra de Puebla el paisaje cambió, los despeñaderos recios se fueron sustituyendo por precipicios igual de altos, pero escondidos bajo el mullido colchón de la broza exuberante. Por allí ya no hay tanto peligro de bandidos, a pesar de que es más fácil esconderse entre los árboles y palmas del trópico. Nos sosegamos aflojando la tensión de la guardia, pero el clima es insufrible, la humedad lo penetra todo, las lluvias y las nieblas se te meten en los huesos, hasta el espinazo duele de tanta bruma. Cuando la vegetación se hace espesa hay el peligro de ser picados por las niguas, que se crían en la sombra del matorral, así que a pesar del calor tuvimos que cubrirnos bien, sobre todo las pantorrillas, me puse unas polainas de cuero por encima de las calcetas que no me protegían nada, y ni siquiera podíamos quitarnos prenda a la hora de dormir bajo las tiendas de lienzo embarrado de brea, porque la nigua es implacable con el hombre blanco y se mete por cualquier rendija buscando nuestra sangre, que se ve que es más dulce y la prefiere a la de los otros.

Antes de pasar por la sierra de Puebla pensaba que el verde era un solo color, pero estando allí me di cuenta de que la selva baja que cubría las lomas y los montes, los desfiladeros y las barrancas es de mil colores a pesar de ser todos uno solo. Infinitos verduscos tan distintos entre sí como las plantas y árboles con los que nos encontrábamos a lo largo del camino real; helechos tan grandes como palmeras, árboles majestuosos de donde pendían otras plantas agarradas a sus troncos, nidos de oropéndolas, orquídeas atrapadas en sus ramas sinuosas escapaban los montes ladera abajo, sobre precipicios mullidos de esmeralda, ónix, jade y una niebla sempiterna que por debajo de las lomas asciende o baja a los arroyos a cargar el agua que más tarde soltarán sobre nosotros. Aquel era el lugar donde las nubes se confeccionaban, el telar donde se hilaban los cirros por finas manos, los emborregados celajes y los negros nubarrones salían de un mismo sitio, de las tramoyas de aquellos valles. Se las veía salir a flote por entre los helechos,

pasar a los pies de las cabalgaduras y subir cerro arriba para convertirse en cúmulos blancos de borra. Pareciese que todas las nubes del mundo tenían su origen en un ingenio escondido entre aquellas laderas.

Sebastián estuvo ansioso todo el camino, me figuré que no veía la hora de llegar a Roma con su cuadrilla de libertos y aquellos cartapacios de cuero manchado y curtido, llenos de legajos cosidos. Como los que yo tenía en San Gabriel con aquellos escritos de un francés libertino que hablaba del Antiguo Régimen, sus legajos tenían el mismo tono de papel, de tinta cerúlea, renglones ordenados, glosas en letra menuda, miles de palabras, cientos de ideas que debía exponer ante Su Santidad: la libertad de una raza, la prueba de su humanidad ante un entredicho, la defensa de algo que ya en sí el ser cuestionado era un disparate, su santa porfía. Aquello por lo que aún lo admiré más, los papeles que me hacían callar que era la mujer que era, callar esperando, esperando que no llegase de nuevo un invierno como el que había estado pasando desde que salí de Cádiz, y tuviese que echarlo de menos como lo había echado ya. Los papeles motivo de mi silencio, de un corazón claudicando ante un amor más puro y más grande, de mi propio egoísmo vencido. Un montón de hojas escritas, tan frágiles que una hoguera las hubiera hecho desaparecer en segundos, una lluvia de las de allí, aquella humedad que en dos semanas los hubiera calado y hubiera emborronado todo, haciéndole perder el sentido de sus mortales palabras de tinte, o el leve viento que se las hubiera llevado entrelazadas en aquellas nubes que se disolvían con la misma facilidad que se hubieran disuelto los legajos, algo tan frágil y a la vez tan fuerte. Tan fuerte que era el único motivo por el que yo no decía esta boca es mía, por el que yo seguía escondida tras el parapeto de un hombre que no existía, tras un disfraz de carnaval, esperando un día, un amanecer en el que se cumplieran mis sueños y los suyos, cuando los esclavos de África tuviesen un alma.

El verdadero amor, hija, no es sino ayudar al otro a ser lo que verdaderamente es. Mi forma de ayudarlo a ser él mismo era no decirle que yo era quien era, para así, libre de mí, dejarlo ser y dejar ser sus sueños.

No tuve tiempo en ese viaje de acercarme por San Gabriel, como puedes suponer, a pesar de que me hubiera gustado que viera a tu padre, pero no

tenía ni cómo hacerlo y no solamente hubiera sido dar un rodeo muy grande por las tierras de allá, sino, además, ¿cómo iba a ir vestida de Bocachica a ver a mis hijos? Y si me cambiaba por Gregoria, ¿qué pasaría con la tripulación? Y, sobre todo, ¿qué pasaría con tu abuelo? Me sentí muy mal, llena de remordimientos y pesares, estar en nuestras tierras y no poder acercarme a sentir de cerca a los niños, pero así fue, era otra renuncia más.

No perdimos mucho tiempo en embarcar de nuevo en el otro galeón, la *Tritona*, que había esperado varias semanas frente a San Juan de Ulúa, vacío, después de su regreso de Cádiz donde había ido la primavera anterior a llevar azúcar.

Las ordenanzas mandaban que los galeones que llevaban mercancía o azogue tenían que viajar en flotas escoltados por navíos de guerra para protegernos de los piratas. Los viajes se realizaban dos veces al año y en ese momento aún faltaba bastante para el siguiente, yo no quería esperar, Sebastián tenía que llegar a Roma lo antes posible. Ni siquiera habíamos desviado nuestra ruta para ir a Puebla a consultar en la Palafoxiana, como él quería, era una premura que él llegase lo antes posible a Roma, ya se hablaba de tensiones políticas con los jesuitas. Pero si salía a cruzar el Atlántico por mis pistolas me exponía a ser excluida de la compañía de acciones en la que Gaspar y yo nos habíamos aventurado para llevar a cabo el comercio con Filipinas y a perder la patente. Así que decidí jugar mis cartas de otra forma. Desvié parte del cargamento, el más valioso, a San Gabriel, donde quedaría a recaudo, a pesar de estar prohibido por las ordenanzas, porque esas mercaderías debían llegar a Cádiz y no abrirse en la Nueva España, pertreché la *Tritona* con armamento y decidí viajar como buque correo, llevando información y un mínimo de mercancía. Gaspar, en un principio, se opuso a mis deseos argumentando que íbamos a perder dinero haciendo una travesía sin carga, a lo que yo le propuse llevar pagarés a los bancos gaditanos, perlas que había comprado de estraperlo en Manila y eran fáciles de esconder, y tratar de conseguir un cargamento de azogue en la ruta de vuelta. Yo misma sabía que todo aquello que le estaba proponiendo a mi lugarteniente era un disparate, que la Compañía de Filipinas podría decidir quitarnos las patentes, que los puertos eran mentideros y en Veracruz la gente tenía la lengua muy

larga, pero, ante todo, lo que no quería era comprometer el viaje y la seguridad de Sebastián a las dificultades que tendríamos con los géneros y las mercancías, y tener que esperar a que la flota se reuniese para que los galeones partiéramos juntos de Veracruz.

Finalmente, después de grandes discusiones, Gaspar accedió, pero tuvimos que dejar a parte de la tripulación en tierra para no hacer el viaje tan costoso, y obtuvimos del alcaide el permiso para llevar correo a la Península.

Mi camarote era más amplio en este navío, las ventanas que daban a popa en el castillo, más grandes y cubiertas de vidrios emplomados del color de la miel que proporcionaban una hermosa luz al atardecer cuando los rayos del sol entraban verticales por el poniente, que en aquella travesía estaba en la popa. El barco era, además, nuevo y veloz, más que el *San Cristóbal*, aunque por lo mismo se balanceaba con más frecuencia cuando las marejadas nos hacían frente, a pesar de que el Atlántico siempre se portó conmigo mejor que el Pacífico.

Todo ese tiempo en tierra no había podido propiciar ningún encuentro con tu abuelo, ni encuerarme como sirena, ni engatusarlo con las brujerías de aquellas pócimas soporíferas. Habíamos estado los dos viviendo en abstinencia, y dirás que qué ridícula sueno si había yo ya pasado por una abstinencia mayor, de años. Pero cuando una ya está cerca es más difícil aguantar, y esas cortas semanas se me hicieron más eternas que los años anteriores perdida en El Pilar y en San Gabriel.

Fue una corta espera, pero para mí duró siglos, me hacía desear embarcar, poder encontrar esa ruta cálida en el océano que me permitiese ser sirena de nuevo, volver a vernos a solas, entre un mar de espuma y el humo de un mejunje de hechicera, del ron de Maguey. Empezaba a imaginar nuestros encuentros, a medida que nos acercábamos a Veracruz, y cuando estuve ya finalmente metida en la *Tritona* daba por hecho que en el próximo islote donde recalásemos a mandar a la pinaza por agua, mezclaría el tabaco de su pipa con las hojas de la marihuana o le daría una tisana de toloache, para seguir amándolo en secreto, en la alucinación perfecta, entre un sueño mudo

y una vigilia desfigurada.

No tardamos en enfilear por la ruta del canal de Guadalupe, saliendo por Campeche en dirección a las islas de las Antillas españolas, ya pasado el puerto de Santa María de Sisal, y cuando sentí que ya estaba todo listo comencé a preparar lo que siempre había preparado, lo que era necesario, el pequeño empuje que toda mujer de valor debe darle a la vida para hacerla suya. Preparé mi cuerpo con alguna esencia de las que compré en Manila, cepillé mi pelo, me bañé en una tina caliente donde puse aceite de bergamota, me cubrí de talco de pies a cabeza, preparé mi mente repasando una por una las etapas de mi embestida al bastión de su virtud, el plan de ataque, las pócimas que usaría, la pipa, la copa de cristal azul, el vino y las hojas secas del toloache que guardaba en aquella cajita de rapé. Preparé mi alma para irme al cielo con él, para atarla a la suya de por vida, aunque ello implicase nuestra condena, sabiendo que aquel era mi momento, el momento de gloria o de infierno.

Cuando el vigía morisco gritó desde la cofa el augurio más hermoso que se puede oír en un galeón, tierra a la vista, allí estaba el islote que todavía, hoy día, me sirve de suministro de agua para mis hombres. Es una isla de no más de cuatro leguas, la vegetación es escasa o al menos así parece desde el mar, y eso hace que ningún barco se pare por allí, porque desde lejos parece que el lugar no merece la pena por ser seco y yermo. Hay solamente de esos arbustos llamados almendros, y más al interior, extensiones bajas de los que crían las uvas de mar, unas frutillas de sabor dulzón que parecen uvas, por lo demás en aquel entonces tan solo unas cinco palmeras crecían en la playa, o quizás alguna menos, ahora ya hay más de dos docenas, unas que yo he ido plantando en aquel lugar donde hicimos el amor y otras que han salido de los cocos caídos de las que allí crecieron. Las que planté las fui trayendo del Pacífico, donde abundan, porque en el Caribe hay pocas. Más allá de las uvas de mar hay una hondonada en el bajo, parece un atolón, como si en ese círculo concéntrico fuese una a encontrar un pequeño mar. La primera vez que lo vi me lancé hacia la laguna a por cangrejos y quién sabe si alguna langosta despistada, pero no, no hay nada de eso porque el agua del centro es dulce, dulce como la de un arroyo fresco del monte, se ve que probablemente

llegue de algún pozo artesiano, o quién sabe cómo, pero no es salada ni hay arroyos por allí. Bajé con una pequeña expedición a explorar el lugar esa mañana, vestida con mis borcegués y los trapos de hombre, el fuerte sol me hacía sudar la gota gorda bajo el pelucón y el sombrero, y les di órdenes a los grumetes de volver al día siguiente con las suficientes barricas para reponer la poca agua racionada que habíamos gastado desde Veracruz, que no era mucha. Pero aquello era solamente mi excusa para recalar en la pequeña bahía del islote y volver a ser sirena por un par de noches. También les dispuse que recolectaran una buena cantidad de uvas de mar, que en ese tiempo estaban en plena mies, los arbustillos de allí repletos de ellos, y les pedí que los almacenaran en barriles secos, entre capas de paja, ya que nos servían de mucho contra el escorbuto, como yo ya sabía por Gaspar.

En fin, que ya tenía yo todo resuelto, la cena en el camarote, ligera como de costumbre, el pernil cocido de jamón y el queso curado que embarqué en Veracruz, el vinillo y las pipas con su tabaco, hasta había dejado la escala amarrada del castillo de popa para después poder subir por allí sin ser notada. Hice lo de siempre, los hombres son animales de rutina y eso yo lo sabía, si hubiera sido al revés, si hubiese tenido que seducir un hombre a una mujer cambiaría el escenario totalmente, no repetiría nada, pero tratándose de tu abuelo yo sabía lo que hacía. La cena, el camarote, el atardecer, la luz de las velas, el postre, el ron de Maguey y el tabaco. Puse en su pipa también lo de siempre, esperé a ver cómo se le nublaba la vista y salí con una excusa a cubierta dejándolo solo en el camarote. Cuando volví ya era yo misma; en el compartimento del timonel me quité la ropa, me solté la melena y entré en mi camarote envuelta en una capa de chinchilla y seda que traje de Manila.

Me deslicé por el lateral para que no me viese, aunque presiento que se dio cuenta de todo, ya estaba *soporizado* de té y de humo cuando me paré en los vitrales abiertos y lo miré fijamente. Levantó la cabeza y sonrió, no sé por qué me pareció a mí más sobrio que otras veces, pero seguí adelante. No me había soltado la capa, gracias a Dios, cuando veo que se pone en pie sin tambalearse como otras veces y me habla suave, que si Ojos de ángel hoy va a ser de otra forma, que si Ojos de ángel esta noche mando yo. Me quedé muda. Sebastián había sabido desde el primer momento que me vio en

Manila que Bocachica y Gregoria eran uno mismo, y había seguido mi juego porque creía, al igual que yo había creído, en todas aquellas patrañas que José Candelario inventó.

Dio un lento rodeo a la mesa de cartografía sin dejar de mirarme, yo estaba impávida frente al Caribe dorado, el sol se había escondido, pero aún quedaban los tonos refulgentes que lanza tras el mar cuando todavía no se ha ido del todo, como el dorado reflejo que un farol de carruaje proyecta hacia atrás, en el telón de las tapicerías del carricoche.

Vino hacia mí, me envolvió con sus brazos y me besó, pude sentir todo el olor a él que tanto había ansiado en la ruta de Iguala mientras el único sonido que había allí era el roce de las mangas de su jubón blanco con la seda de mi capa china. Mi piel recibió aquel roce a través de la tela con un ansiado escalofrío. No me dejó hablar, quería decirle, quería explicarle, preguntarle, pero me puso su dedo índice en mi boca y me mandó callar con la dulzura de una gaviota que pasa volando a ras de eslor. Ahí fui yo la que sentí el tabaco y el ron de Maguey nublándome, una oleada de calor que me sofocaba. Sebastián desanudó el cordón de seda azul y dejó caer la manta de chinchilla al suelo, me quedé como mi madre me parió y dejé entrar todos sus besos en mis adentros. Entonces, mirándome a los ojos, Rosario, me dijo la cosa más bonita que un hombre me haya dicho en mi vida. Me dijo: voy a darte toda la ternura y el placer que una huerta recibe con la primera lluvia después de una sequía. Esta noche, Gregoria, te vas a emborrachar de mí.

Él vestido y yo desnuda comenzó a acariciarme de arriba abajo, a hacerme centro suyo. Ya que me tuvo en sus brazos todo el tiempo que quiso, se despojó también él de la sayuela, las calzas y las medias, se subió al antepecho de madera de las vidrieras y me jaló suavemente de la mano. Yo lo seguí, me alcé en el quicio del ventanal a su vera, nos miramos. La luz del crepúsculo había bañado nuestros cuerpos de azul cobalto, del color cerúleo de las letras de sus cartas. Sentí que nos habíamos convertido en una de ellas, la i o la a, quizá la e o la g de Gregoria. Éramos dos letras añil, curvilíneas, que una vez se habían perdido en los renglones de una misiva, y se habían buscado hasta dar consigo mismas, ya juntas la frase tenía sentido. Éramos las letras de nuestras cartas, de aquellos mensajes que durante años no

obtuvieron respuesta, de aquellos deseos vertidos a un mar de tinta. Esa tarde, frente a un islote cualquiera del mar de los Caribes, los dos formábamos una única palabra, un único sentido, y callados nos lanzamos a un agua tibia que nos acogió como un enorme seno materno, y nadamos juntos hasta una orilla silenciosa donde el latido de nuestros pulsos fue la única música que quisimos bailar.

En un descanso sacamos la cabeza del agua, Sebastián me miró y sonrió. Esa sensación que tenemos las mujeres de que somos más listas que el hambre, de que podemos engañar y engatusar al más pintado, hija, se me desvaneció de la sesera para siempre, porque de esa intuición de la que siempre te he hecho gala, de ese olfato caló, tuve que dudar a la fuerza, porque ni siquiera me había dado el olor de lo que se había cocido en la mollera de tu abuelo Sebastián al mirarme todas aquellas noches mientras cruzábamos la húmeda sierra entre recuas de bueyes y mulas, o cuando nos embarcamos en la *Tritona* en Veracruz y salimos por el canal de Campeche y yo buscaba con ansiedad el momento en el que volver a ser sirena. Cuando yo iba, él ya venía, lo tuve que admitir. Y esa noche me las tuve que tragar todas y avenir humildemente que él me la había pegado con un arte que nunca me imaginé que tenían los hombres, pero que, ahora, he tenido por fuerza que creer que, al menos los hombres enamorados, sí que tienen.

Yo supe que él sabía y él supo que yo supe. Quise empezar a contar, como buena mujer, a preguntar, justificar, llevar las cosas por mi camino como había venido haciendo esos años siendo la capitana de mi propia vida. Él me mandó callar y yo lo obedecí, me dejé gobernar por Sebastián como había deseado todo ese tiempo; que si esta es nuestra noche, Ojos de ángel, no de las tribulaciones, que si es solo de nosotros, que si ya habrá travesía en el Atlántico donde contarnos qué nos ha llevado adonde nos llevó, déjame el Caribe para nosotros.

El amor no necesita justificarse, ni se explica a pesar de que lo explique todo, el amor no se disculpa. Sebastián puso su dedo sobre mis labios, y yo obedecí sabiendo que era lo justo. No volví a abrir la boca sino para decir las tonterías que una dice cuando está siendo amada por el hombre que ama. Que ni te las voy a repetir, hija; primero porque eso sí que me daría vergüenza, y

dirás que cómo es así, si te he contado ya cosas que ni a un confesor se le dice. Pero así es, mi *arma*, esta es mi dosis de pudor, el poco pudor que a una anciana llena de achaques y forajida de la ley le queda, de las pocas dosis que te vas a encontrar en este diario. Porque, aunque tu abuela te esté pareciendo una desvergonzada más fresca que una lechuga en estas líneas desnudas que te pongo, también esta vieja, que ya ha sido loca, bruja y puta, porque dispuso de todo lo que tenía que disponer, tiene su freno. Y la otra razón por la que no te cuento de esas palabrillas, y esa sí que es de peso, es porque esas voces, por muy absurdas y ridículas que parezcan cuando se hablan de segunda y se cuentan a toro pasado, son nuestras y solamente nuestras, de él y mías, y dártelas a ti, a pesar de ser nuestra nieta y lo cuantísimo que te quiero, habría sido de verdad una deslealtad hacia tu abuelo.

Nadando llegamos a la orilla, hasta donde dábamos pie, sin soltarme fue saliendo encuerado entre las olas planas y tiernas del mar caliente, me sacó a mí de la misma manera, en cueros, como van las sirenas, y en la playa me llevó hasta un claro que se veía que ya tenía preparado. Unas piedras en redondel donde había depositado madera y un lecho sobre la arena construido con las hojas de una palmera de las pocas que se encontraban en esos mares. De debajo de un pedrusco grande sacó un mechero y giró la rueda frotando el pequeño pedernal contra esta, hizo lumbre en la yesca y comenzó a soplar agachándose hasta prender el pasto seco que amontonó probablemente aquel día cuando encontró la excusa para bajar a tierra después de mí. En pocos segundos tuvimos fuego.

Me dejé hacer. Por primera vez en muchos años descansé de bullir, de impulsar, de desear, de hacer las cosas yo. Me amansé en sus brazos y paré de decidir. Era lo que había estado deseando, que alguien llevase el timón.

Me hizo el amor mejor aún que en aquel recuerdo idealizado que llevaba en el alma, mejor que en Acapulco, no solamente porque lo vivido, lo sufrido, pasaba a través de él como un huracán poderoso cargado de una existencia nueva, de una nueva esperanza, sino porque con su coraje, con su toma de riendas, se abrió un nuevo e inesperado capítulo del libro de mi vida en el que

ni siquiera yo misma había barruntado lo que se avecinaba. Me dejé mecer en los brazos enérgicos de ese hombre ya recio, ya hecho, en aquel olor fuerte tan distinto al de aquel muchacho que yo había sabido encontrar de niña entre las fibras de la tela que pasaba por mis manos de costurerita. Un hombre distinto, nuevo. Aquel aroma a tallo fresco de naranjo se había convertido en el tronco fuerte de olor a maderas, a resina cuajada que se había hecho sahumero en medio de aquella candela frente al mar, por la que veía aún más estrellas que en Cádiz, mientras el sonido lento de las olas plácidas de Caribe arrullaban nuestros cuerpos que se tocaban el uno en el otro, frente a las llamaradas del ámbar que producía la madera de coco. Y a lo lejos, tierra adentro en el islote, un árbol cuajado de luciérnagas del trópico se prendía y apagaba a la luz de sus diminutos cuerpos como nosotros prendíamos los nuestros, llenando las ramas frondosas de una mágica visión de luz palpitante, un divino resplandor que me dejaba claro que aquello que estaba sucediéndome había sido pensado por Alguien ex profeso para mí, pensado anticipadamente en el seno de una Razón inmensa que gobernaba mi mundo, por Alguien en cuyo sueño nosotros habitábamos y por Él existíamos, y ese Alguien deseaba que sucediese lo que estaba sucediendo tanto como nosotros mismos, y era claro para mí que por eso estaba yo allí, esa precisa noche, con Sebastián y de aquella justa forma y no de otra, por el deseo de un Ser que probablemente fuese ese mismo Dios que me lo había arrebatado para sus filas y que me había dado la espalda tantas veces.

Dejarme amar sin decir nada, sin relatar las historias ya contadas, sin oír el rumor persistente de la vida del otro, de las *duquelas* pasadas, de los anhelos casi perdidos y las esperanzas dadas ya por vanas, fue un alivio. Sin oír, sin hablar, lo dijimos todo a través de la piel, transpiramos como transpira el mar los maderos de una bodega de un navío, que aun calafateados en brea dejan entrar su agua, y supimos el uno del otro en una clase de ciencia infusa que era solo nuestra. Toda mi vida de sufrimiento hubiera valido la pena, y la valía, por esas horas a merced de las olas de sus brazos, de la deriva de su cuerpo sobre el mío, por esas horas en las que estuve perdida en él.

DE UNA MISIÓN

Esta mañana, Rosario, al amanecer, me despertó el chillido fuerte y escandaloso de una gaviota reidora. No la vi, pero la escuché por los vitrales de popa, y su grito, como la carcajada ordinaria de una burraca de cuartel, lo reconocí al momento.

No creas que es la primera vez que me despierta una, o que las escucho rondando el galeón buscando qué comer, llamándose unas a otras como marchantas de mercado, como la Pepa Pelillos llamaba a la Berrenda en los patios de la vecindad. No, no ha sido la primera vez que escucho a una gaviota reidora, de alas y cabeza negra, como capucha de verdugo, pero esta vez algo he presentido, algo que nunca presentí antes, quizá como que esa algazara fuese un augurio de que me queda poco en este mundo, de que uno de estos días la palmo y adiós muy buenas.

Por eso he bajado a tierra, aquí en las islas Alacranes donde estamos pasando escondidos los meses de ciclones, y me he encerrado en la tejavana cerrada que tengo aquí, a escribirte rápido, a contarte todo porque el tiempo me apremia a que lo haga, y mis coyunturas dañadas de unas manos que han cosido la seda, que han amado a los hombres, que han mecido a mis niños, que han acariciado las sienes peludas de mi perra y que han matado a villanos, todavía me permiten hacerlo sin que el dolor me haga vacilar cuando agarro la pluma.

Rosario, no me quiero ir, me gustaría vivir de nuevo, me gustaría tener más

tiempo, y que estas gaviotas no me recuerden nunca que me queda poco, que me queda nada, y que además no te he conocido, me gustaría que Dios me diera la gracia de una nueva vida en la que pudiésemos estar cercanas la una a la otra. No me quiero ir sin darte un beso en la frente, sin bendecirte con la señal de la cruz, sin contarte un cuento inventado por mí misma. Pero la vida nunca es lo que una planea, así me ha tocado, me voy, ya siento que está llegando mi hora, que me duelen los huesos más de la cuenta, que me falta el aire, y le pido a la Virgen de Guadalupe que me dé al menos una primavera más donde abordar dos o tres galeras, donde soltar varios cargamentos de almas en alguna colonia de cimarrones de estas islas antillanas, que me dé la Gracia de terminar mi relato a mi nieta, a esa sangre de mi sangre que no conocí y que me deje reunirme con Sebastián, el amor de mi vida, al que tengo presente más que nunca en este mar, donde viví con él mis últimos encuentros.

Después de que tu abuelo me llevase de la mano, como siempre hube querido, el Caribe fue nuestro. La travesía hasta Canarias se nos hizo corta, pero vivimos lo que se tenía que vivir. Por la ruta de los contralisios nos dio tiempo a contárnoslo todo, a decirnos lo que había que decirse y a vivir nuestro amor plenamente en este mismo camarote donde ahora paso mis días cuando no estoy en tierra. Un amor que venía hambriento y al que había que aplacar como una fiera corrupta. A pesar de que tratábamos de disimular frente a la tripulación para no crear ningún tipo de habladuría, yo creo que era imposible ver el cruce de miradas entre ambos, el tono de nuestras palabras, para saber que Bocachica y el cura se traían asuntos entre manos.

Acordamos que tu abuelo llevaría los documentos con la propuesta al Santo Padre, para que este donase una bula que reconociese un alma en los negros de África y con ello declarase ilegal la esclavitud. Así, cientos de miles de seres humanos dejarían de sufrir, de ser atrapados como ciervos en sus propios campos, ya no serían traficados, vendidos como reses, explotados, apaleados y muertos a causa de los intereses de los hombres que se llaman a sí mismos de razón. Una reiteración, hija, que él debía hacer ante el pontífice

y el Colegio Cardenalicio al que nada de esto le resultaba tan claro. El día en que esa bula apareciese, tu abuelo dejaría la sotana y buscaríamos un lugar donde vivir, quizás en San Gabriel, quizás en otro lugar, siempre habría un rincón donde juntarnos. Los dos creíamos en un Dios que da segundas oportunidades a los hombres, que les permite dar marcha atrás en sus errores, aunque estos hubiesen pasado por un sacramento.

Un sacramento es un medio para recibir la Gracia en nuestras vidas, no un contrato permanente con la rigidez de quien se vende a un señor feudal, Nuestro Señor no era un señor rígido, él sabía de nuestros errores, de nuestros desatinos, y estaba siempre dispuesto a que la vida nos diese la ocasión de enmendarlos, de ser felices. Ni tu abuelo ni yo creíamos en un Dios verdugo, dispuesto a soltar el hacha sobre nosotros por haber tratado de salir adelante con lo que nos tocó, sin deseos de darnos una segunda, una tercera y hasta setenta veces siete oportunidades en su infinita misericordia.

Ni Sebastián vio ningún problema en colgar los hábitos ni yo en casarme con él, porque había aprendido, y él me dijo que era doctrina de Roma, que el matrimonio era el único sacramento en el que los cónyuges son los propios ministros, el sacerdote que oficia la ceremonia es tan solo un testigo del acto. Por tanto, tu abuelo y yo nos hubiéramos puesto los dos ante un altar y nos hubiéramos casado nosotros mismos ante Dios sin necesidad de un cura, y eso no solamente era nuestra creencia particular, sino que estaba dentro del dogma y la teología que la propia Iglesia católica predicaba, a pesar de que no quisiesen reconocerlo abiertamente. Nos tendríamos que haber fugado los dos, escondidos en algún lugar de los que yo había conocido con el galeón para que no le rasparan con navaja las manos consagradas y no lo humillasen tumbándolo bocabajo, ofendiéndolo, y quizás hasta peligrando su vida y su libertad, pero eso era lo de menos, lo que más nos importaba era estar casados ante Dios.

Sebastián estaba convencido de que todo ese asunto se resolvería en menos de un año. Ya todo estaba listo. Los jesuitas habían estado trabajando mucho en los postulados que el papa Clemente aceptaría tan pronto como tuviera los legajos que llevábamos en la *Tritona*. Una rúbrica, un sello estampado en lacre y tu abuelo y yo estaríamos libres para, por fin, poder estar juntos. A

pesar de todo, él me dijo que lo pensara bien durante el trayecto, y que si yo quería que dejase los cartapacios en Roma y se volviese conmigo de vuelta así lo haría. Yo, como es natural, le dije que de ninguna manera, quería que él defendiese lo que tenía que defender, que hiciese aquello para lo que se había estado preparando todos esos años en Manila, aquello que había sido su razón de vida. No era justo, y cuando uno ama, lo único que quiere bien es que el ser amado haga lo que tiene que hacer y no la conveniencia de nuestro egoísmo.

Llegamos a Santa Cruz de Tenerife a tomar vituallas y agua fresca, yo sin ganas de arribar porque el fin se iba acercando en nuestro viaje.

Al día siguiente podríamos reponer las reservas de agua de las bodegas y algunas otras vituallas necesarias de las que habíamos quedado cortos y seguir la ruta. Regresamos a la *Tritona* con intención de permitir que esa noche algunos marinos bajasen a tierra, como era habitual, y yo con la intención de quedarme en la nao para seguir viviendo junto a Sebastián las pocas noches que ya nos quedaban de estar juntos.

A partir de las islas Canarias nuestro romance, hija, fue dando paso a la elaboración estratégica de un plan, y aunque estuvimos juntos, el tiempo de tu abuelo giraba en torno a su labor con el Papa. Sebastián me entregó una copia manuscrita de su legajo en un cartapacio de vellón para que en caso de no llevar a buen fin la controversia de Roma se la entregásemos a Carlos III directamente. Me explicó los puntos de su defensa, las pruebas vivas que llevaba. Y, un amanecer, la *Tritona* salió del Puerto de la Cruz en la más extraña de las maneras, con las velas arriadas y el viento de popa, remolcada por la pinaza, hasta que pudimos izar trapo en la boca de la dársena. Apenas comenzaba a salir el sol por levante.

Decidimos no atracar en Cádiz sino ir directos hasta Ostia. No queríamos perder el tiempo. Cuanto antes llegase Sebastián antes estaría de vuelta. Habíamos calculado unos seis meses a lo más. No llegar directos a Cádiz suponía en cierta manera contravenir las leyes de navegación y ello podía implicar no solo perder las patentes sino ir a prisión, porque todo lo que llegaba de las colonias debía pasar antes que nada por Cádiz. No fue todo tan fácil porque dos oficiales trataron de sublevar a la tripulación y tuvimos que

reducirlos y luego colgarlos del palo mayor para dar escarmiento, y que eso no nos sucediese más en el futuro. Los echamos a la mar por Gibraltar y ya nadie volvió a rechistar en toda la travesía hasta Ostia. Tu abuelo se opuso al ajusticiamiento, pero Gaspar fue inflexible y le pidió que no se metiera. Esas son las leyes del mar, hija, y hay que respetarlas o de lo contrario un galeón no se gobierna.

He tenido que ser tremenda si quería ser respetada como capitán. A veces pienso que esa soberbia con la que entramos en el Mediterráneo nos pudo traer un mal fario, la muerte de aquellos marinos apegados a la ley más que a su capitán. Sus cuerpos dando estertores, balanceándose de las sogas como fardos a medio bajar, todavía los recuerdo. Puede que el pésimo agüero que nos llegó no fuese sino un castigo divino, un pago por el pecado que tu abuelo quiso evitar a toda costa y que Gaspar decidió cometer sin mediar la más débil vacilación. Fueron dos hombres, y dos hombres justos, y sí, te diré que las leyes de un navío son inexorables, que donde hay patrón no manda marinero y que si uno vacila en el castigo está perdido, el escarmiento ha de ser tan público o más que la desobediencia. Hicimos lo que tuvimos que hacer, lo que exige ser un lobo de mar, porque una vez que uno entra a estas cosas, hija, no se puede dar marcha atrás. Pero siempre he vivido con la sospecha de que, si en aquella travesía hubiese sido Bocachica más benevolente y su lugarteniente, menos cruel, quizá las cosas no se hubieran dado como más tarde se dieron.

El Mediterráneo nos recibió tranquilo, excepto por la entrada al estrecho de Gibraltar, que fue bastante movidita, pero nada en comparación con aquellos baguios del océano Pacífico. Ya era yo una marinera a la que no se la asustaba fácilmente; decidimos saltarnos las islas Baleares en nuestra ruta porque la fecha de nuestros papeles de Canarias nos delataría de no haber pasado por Cádiz, así que enfilamos a Ostia sin amarrar en ningún otro puerto.

La travesía fue pesada, sobre todo por el racionamiento que tuve que imponer para no acabar con nuestras reservas de víveres y de agua. La tirantez entre la dotación iba creciendo a medida que la calma chicha del mar de las dos Sicilias enlentecía nuestra navegación. Ni siquiera el escarmiento

que dimos antes de entrar al Mediterráneo surtía efecto ante la falta de viento y de puerto. La marinería iba de cara larga, irascible y dispuesta a la pendencia y a provocar trifulca a las primeras de cambio. Aunque no sufrimos más motines, sí que hubo reyertas entre ellos, algún marinero muerto de una cuchillada y otro vapuleado en las bodegas. En medio de ese ambiente tenso y violento, tu abuelo y yo vivimos nuestras últimas tardes juntos, ya sin posibilidad de recalar en ninguna bahía, en ninguna isla, porque era un mar más frío, no como el mar que dejamos atrás en las Antillas. A las sirenas no les gustan las aguas crudas.

Nos pasamos la travesía metidos en el camarote de Bocachica, como dos recién casados, salíamos para lo más imprescindible, incluso había días en los que no salíamos para nada. Yo creo que ahí fue cuando a la maledicencia de la tripulación le dio por inventar que Bocachica era bujarrón. Finalmente, llegamos a las costas de la península Itálica.

Cuando el vigía desde la cofa lanzó el grito de rigor, no pude sino sentir una gran sombra gris que se cernía sobre mí, un presagio lúgubre al que no quise hacer caso. Desembarcamos en los Estados Pontificios brevemente, dejé a tu abuelo optimista, feliz de por fin llevar ante la Santa Sede un mensaje, una propuesta que los jesuitas habían estado elaborando con la oposición de otras órdenes, con el recelo de los gobernantes, de los reyes de Europa y de los colonos de las Américas. Los propios dominicos tenían en olor de santidad a uno de sus miembros, Martín de Porres, un mulato hijo de un hidalgo español y una liberta negra, a los que no les fue permitido casarse por las razones de ley natural que tú ya sabes y tuvieron que vivir amancebados, los negros no se casaban con los blancos, sus naturalezas eran de distinto orden. Desde el siglo XVII Martín tenía ya fama de merecer los altares, pero los propios dominicos lo habían tratado como animalia no permitiéndole consagrar, ni ser un hermano de pleno derecho en sus filas, a pesar de tener dote de su padre para ello. Martín fue siempre coadjutor, el criado negro del convento dominico en Lima. Se dedicó a barrer el portal del convento, por eso fue llamado fray Escoba. Los dominicos veían con recelo que el papa Clemente diese una bula de esta índole cuando ellos no habían permitido ser sacerdote a un mulato en sus filas por apearse rígidamente a la

doctrina de la negación de un alma en los negros. Había muchos enemigos en contra de esa bula y de los jesuitas por defenderla.

A pesar de lo que tu abuelo me fue contando en la travesía, yo tenía fe ciega, no solamente en él, sino en la justicia divina, y creía que por encima de los intereses del comercio, los dogmas obsoletos y la doctrina que propagaban aquellas órdenes que tantos intereses tenían en este mundo, el Papa de Roma haría lo que tenía que hacer, y me despedí de Sebastián como si fuera solamente cuestión de nada ser de una vez por todas su esposa en un futuro no muy lejano, si no ante los hombres, al menos ante Dios, que era lo que nos importaba.

Cuando desembarcó en Ostia, lo recuerdo de buen talante, lleno de empuje y con el ardor que siempre puso para todo. Se despidió de mí con un apretón de manos y el masculino abrazo seguido de fuertes palmadas en la espalda que se dan los hombres cuando no quieren que la ternura se asome entre dos amigos. Trataba de disimular frente a todos igual que yo. Ya nos habíamos despedido como marido y mujer al amanecer de ese día, con los vitrales del castillo de popa abiertos de par en par, en el puerto, mientras hacíamos el amor frente al Mediterráneo azul, y los cormoranes volaban paralelos a un mar tranquilo.

No quise mirarlo a los ojos para no delatarnos en ese momento perentorio, para que nadie viera cómo lloraba de tristeza y también de alegría. Pero él me obligó a mirarlo, pareció que en ese momento le daba igual lo que pensarán los demás y no antes. Sentí al soltarlo alegría por él y por los negros a los que iba a defender, alegría de que fuera él, precisamente, el que lo estuviera haciendo y no otro cualquiera, y tristeza por mí, porque me separaba otra vez de mi hombre. Lo mejor que pude hacer fue sentir su olor, que era lo único que se quedaba conmigo y me embriagué con ese deje aquella tarde frente al Mediterráneo dentro de los pesados ropajes de Bocachica, que, rodeado de su dotación, no pudo siquiera decirle un «te quiero».

El olor de tu abuelo era una mezcla de frutas frescas con el mar; a veces lo sentía como el de un melocotón cuando estás a punto de morderlo, o un mango de Manila que llevas en la cesta y cuyo aroma se escapa por entre las varas de mimbre, tenía el deje de aquellas algas frescas de Acapulco que una

vez nos rodearon y del verdín que crece en los entresijos del casco de una nave, desde donde lo soñé tantas veces, desde donde lo fui a buscar, y siempre me dejaba un resabio amargo, como de esas almendras de la Andalucía que nos vio crecer a los dos. Lo he llevado en mi *sentío* por esos mares y esas tierras donde me adentré buscándolo, y todavía, hija, muchas tardes, antes de soltarme la melena y tirarme al agua desnuda, aspiro hondo y me lleno de él pensando en que va a volver convertido en albatros.

Respirarlo ese día en el puerto de Ostia, antes de verlo partir para Roma como héroe que se va a la guerra me dejó llena. Saber que iba a una extraña cruzada por las almas de aquellos infieles, más fieles que nadie a su causa, me dejó muy orgullosa de aquel hombre, que, aunque de Dios, era mío y será mío por siempre.

SOBRE MI RETORNO A CÁDIZ

De Ostia nos dispusimos a volver a Cádiz listos a pagar por la osadía de haber atracado en otro puerto antes, pero el reciente tratado jugó una vez más a nuestro favor. Ya en la ensenada nos desviaron y nos dejaron amarrar en el Puerto de Santa María, donde los aranceles de atraque eran menores, y al no llevar mercancía monopolizada nos permitieron bajar allí en lugar de en la ciudad.

Aproveché mi bajada al pueblo para salir en diligencia hacia Sevilla, vestida de hombre con Gaspar y Junípero, para que los marineros que estaban de juerga en los bodegones del lugar no me vieran. Una vez en Sevilla, nos hospedamos en una posada, de donde salí vestida de Gregoria para mi dicha, escoltada por ellos dos, que vinieron conmigo a hacer mis papeleos y mis cosas.

Sabiendo que era una cuestión de meses volver a reunirme con él, con un Sebastián triunfador, como el que había dejado camino de Roma, hasta tuve el arrojo y la frivolidad de comprarme varios vestidos, escaarpines y zapatos de paseo, y una capa ligera de seda amarilla con capucha, que me ponía para pasear en calesa por las tardes y para sentarme a tomar mi chocolate con churros en algún café a la sombra de mi parasol de Cochinchina, porque el sol allí es bien fuerte.

Aproveché para ir a ver la factoría de tabacos que estaba extramuros de la ciudad, saliendo por la Puerta de Jerez, y entre esta y la Puerta de San Fernando. Aquella visita tenía mucho que ver con esa empresa que nos estaba dando sus buenos cuartos y de la que ya mi hijo estaba tomando las riendas en San Gabriel. Se acababa de rematar su construcción y era la única en España, por eso del privilegio, porque estaba concentrada la manufactura de tabaco en Sevilla. Entramos Gaspar y yo en la factoría, acompañados del condestable, por un puente levadizo, y el hombre nos mostró las dependencias. Había allí casi mil hombres trabajando, molinos, caballos, máquinas picadoras; me recordó a aquel telar de tramoyas donde la Genoveva me mandó de pequeñita a trabajar, no por el edificio, que el de tabacos es enorme y hermoso, sino por el trajín que allí se daba. Gaspar apuntó que había demasiadas máquinas para picar tabaco y en cambio los cigarros los hacían los cigarreros a mano. Me explicó que se estaba quedando la fábrica atrasada, ya que cuando se construyó treinta años atrás había sido sobre todo para hacer rapé; en cambio en esos años se había puesto más de moda el cigarro que el tabaco picado y no daban abasto.

Sabiéndose quién era yo en la ciudad y mi relación con el tabaco también aproveché para abrir varios depósitos en un banco de Sevilla, llamado de La Cave Soulé, con parte de las ganancias que había hecho en la ruta y unos pagarés del tabaco que estaban a mi nombre, y después de una semana tomé una diligencia para ir a Cádiz a ver a los míos.

La vida pone ante nosotros extraños espejismos, te vas de tu casa, de tu tierra, regresas pensando en lo que habías dejado, pero las cosas cambian. Habían pasado quince años desde que salí de Cádiz, yo ya era una mujer madura en la treintena, y en todo ese tiempo, aunque te parezca extraño, no había sabido casi nada de mi familia. Envié varias cartas a Cádiz contándole a mi madre de mi vida, unas por la posta y otra se las di a algún marinero de allí que conocí en Veracruz con la confianza de que las trajese en mano, pero nunca recibí una respuesta.

No estaba sorprendida, no esperaba que me contestase porque ella, igual que yo de joven, no sabía ni leer ni escribir. Había tenido la esperanza de que alguno de mis hermanos en la miga hubiera aprendido algo y hubiera sido

capaz de leerle a mi madre lo que le contaba de mi vida en la Nueva España, que era prácticamente la rutina adornada de mentirijillas para no afligirla. Excepto cuando le tuve que contar que me casé con su hermano, que ahí sí que le conté la verdad esperando que una mujer como ella hubiese entendido mi decisión y mi necesidad de subsistir.

Tan pronto como la diligencia nos dejó a un costado, entrando por Puerta de Tierra, nos fuimos a pie hasta las escalinatas de la catedral y tomamos una calesa para ir a la vecindad del arrabal de Santiago. Llevaba el corazón *encogío*, y cuando me bajé de la calesa y vi la pared desconchada de cal y el portón de madera *podría* sentí que ese mismo corazón se me hizo de plomo. La hechura de la ciudad había cambiado mucho después de las epidemias. Las casas que antes tenían sus fachadas pintadas de albero, de bermellón y de caldera, estaban pintadas en cal blanca por disposición de las ordenanzas de salubridad y la casa de vecinos no se libró de ello, el ocre y grana raído de sus paredes ahora era blanco pulcro, tan luminoso que te cegaba con el sol del mediodía. No sé por qué recordaba todo más grande, la puerta más vasta, el pretil más alto, el zaguán más anchuroso, los corredores largos, largos, y evocaba gigantesca la higuera del patio de la Malena, donde me escondía de las niñas del vecindario y, donde cuando había, me *jartaba* de brevas como premio a ser insultada.

Ese día, en cambio, todo menguó; el portón era un simple madero carcomido y repintado, el zaguán estrecho, los corredores demasiado cortos, y la higuera, que todavía estaba en la esquina de siempre llena de verdor, una mata grande, pero en nada comparable a las enormes ceibas y árboles que había tenido ocasión de ver en las colonias de Yucatán y de las islas Filipinas. Se me cayó el alma a los pies. Porque mi casa ya no era mi casa, o al menos la casa que había viajado en mi memoria todos esos años, y ya no sabía si mi vida había sido o no como la recordaba. Llegando entonces hecha toda una mujer, sentí que mis recuerdos de niña se empequeñecían y comenzaba a ver la justa proporción de las cosas. Hasta mis miedos se habían atenuado.

Dejé a los dos hombres esperándome en la calesa y entré yo sola por aquellos corredores de pretil con grietas y macetas desordenadas como la señora de postín que era: vestida de seda y tafetán, con mi capa amarilla, un

buen prendedor, un brazalete de perlas y zarcillos de rubí.

La vecindad parecía un camposanto, toda embadurnada de cal. Unos niños me rodearon para pedirme limosna y se me saltaron las lágrimas de reconocer algo lejano de mí misma en ellos; les di unas buenas monedas y no me detuve. El olor a chocho *manío* seguía siendo el mismo, aunque se viera todo pulcro y reluciente con el sol, pero yo ya no lo aguantaba como antes. Se me hizo más fuerte después de tantos años y hasta me dieron arcadas. Era una mezcla de orín de gato y de chumino de vieja desahuciada que se quejaba a gritos lastimeros por alguna de las covachas de la entrada y se me metió en el cuerpo mientras alguien salía a curiosear tras una cortina mugrienta. Me agarré la capa para no impregnarme de nada y aligeré el paso hasta llegar al último patio. El patio de la Paca, el mismito donde se acicalaba en verano con agua fresca en el poyete del pozo.

El lugar estaba vacío, ya no estaban las macetas de mi madre, ni la yerbabuena, ni el geranio esquelético, tampoco la jaula con el jilguero en la esquina donde de niña jugaba al teje, las rayas de tiza solo quedaron en mi memoria, y tampoco estaba en el rincón la persiana de caña enrollada que nunca llegó a colocar sobre el dintel de la puerta por desidia, pero que siempre nos prometía que al llegar el mes de junio mandaría a que la colgase algún mariquita amigo suyo, para así refrescar el cuarto a mediodía.

De uno de los ventanucos salían olores a *poleás* y a pan frito: el cuarto estaba habitado. Empujé la puerta con todas mis fuerzas esperando encontrarla. Casi me derrumbo al no reconocer nada. Ni el mármol donde cocinaba, ni las mecedoras, ni el jergón en el suelo, ni el almanaque de la Santísima Virgen. No había nada más que una mesa de camilla con las faldas remangadas, debajo, un brasero al rojo vivo y una niña con un abanador que lo estaba atizando y que se volvió asustada cuando sintió el chiflón de la puerta y me miró con cara de enojo. Tan solo acerté a preguntarle que si no era ese el cuarto de Paca la Bibelota.

No le dio tiempo a la pobre niña de decir esta boca es mía, cuando salieron finalmente las vecindonas a cotillear y me tuve que volver sobre mí misma del revuelo que armaban; dos de ellas seguían siendo las mismas. Aquellos patios inmundos menguaban y crecían como por encantamiento, según la

marea de mis recuerdos subiese o bajase.

La Pepa Pelillos y la Berrenda eran las mismas de antes. Aquellas malditas, unos años mayores que yo, que aún recordaba cómo me hicieron desearles la muerte cuando apenas tenía yo siete u ocho años, y ellas me hostigaban corredores arriba y corredores abajo cantando coplillas humillantes con sus malas mojarras; que si ni quién es tu padre sabes Gregoria, que si vas a ser tú de mayor como la que te parió, la que consuele a *to* los hombres de *Cai* cuando llegue el carnaval. A base de hacerme pasar vergüenza me querían quitar la dignidad.

Recuerdo cómo de niña fui a la iglesia de San Antonio a confesarme porque les deseaba la muerte y quería matarlas yo misma. Haberles puesto matarratas en el tazón de leche *migá* que se tomaban por las mañanas con recochineo delante *mía*, porque yo no tenía ni un mal café de achicoria que tomarme. Cada vez que pasaba por la botica me veía a mí misma entrando y pidiéndole a Sousa, el mancebillo, medio cuarto de polvitos *pa* las ratas que había en la casa, y luego las veía a ellas relamiéndose los bigotes con su leche y su pan en la puerta de sus cuartos infectos, refregándome por la cara que ellas comían y yo no, y al ratito las oía gritar de dolor, y veía a la Pepita Pelillos echar espumarajos por la boca, todas aquellas palabras, todos aquellos insultos y groserías se habían transformado en su propio verdugo, y entonces era yo la que con recochineo me reía de ellas mientras las imaginaba: a la Berrenda retorciéndose en los patios, y a la Pelillos revolcándose moribunda en el hedor a gato y en la humedad de las bacinicas en el suelo, como dos asquerosas sabandijas.

La marea bajó y volví a ser yo misma, yo, la señora, y ellas las vergonzantes. Al principio ni me reconocieron, pero cuando les dije que era la hija de mi madre se quedaron pasmadas y sin habla. Abrieron sus ojos de par en par para verme bien, y para ver las alhajas y las ropas que traía. Fueron las únicas vecinas que se quedaron después de las dos epidemias. Estaban malcasadas, según supe después, una con algún salinero borracho que la zurraba bien y bonito, y la otra con un pescador *renegrío* que se gastaba lo poco que ganaba poniéndole más cuernos que un ciervo de Doñana. Tenían ambas una buena fila de churumbeles que las seguían por los patios, llenos de

mocos y churretes, agarrados de sus batas pringosas, con olor a zorruno, estaban gordas como dos sollos; la Berrenda casi sin dientes y los dos a tres que le quedaban, podridos y negros de tanto veneno que llevaba en la boca, y la Pepa Pelillos con una verruga en la cara abotagada y grasienta, como un divieso hinchado de la ponzoña que rezumaba. Pero las reconocía, eran ellas sin duda, finalmente se habían convertido en las dos brujas que siempre habían sido.

Enseguida llegaron sus ojerizas enmascaradas en guasa y retintín: que si mujer cómo has cambiado, qué prendas te gastas, quién te ha visto y quién te ve, y qué conveniencias haces con el demonio, que te ves tan guapa y tan ricachona.

Las miré por encima, sintiendo el peso de los rubíes en mis orejas y agarrando con las dos manos levemente las faldas, como si fuese a subir una escalera pero permaneciendo quieta. El silencio se había hecho en el cuarto de la Paca y el roce que provoqué en la tafeta de seda se pudo escuchar cortando el aire que se hizo de repente pesado. Como el suspiro altivo de una reina ese ronroneo de la seda las dejó calladas, las desgraciadas nunca habían tenido tan de cerca una tela tan buena, pensé. Ya no era la niña indefensa que no tenía más remedio que aguantar. Respiré hondo y les pregunté mirándolas a la cara por primera vez en mi vida: ¿es envidia o caridad?

Las pobres, como dos cacatúas del trópico, se quitaban la palabra trabándose la lengua: que si hija no te pongas así, que es una broma, que si se te ha *quedao* chico Cádiz, que si esto y que si lo otro. No le di importancia al asunto y aparté la vista de ellas, les di dos doblones a cada una: para lo que se les ofrezca, o se conviden a mi salud, les dije.

Y al darles las monedas me sentí más cruel aún que cuando las imaginaba *jincándoles* el veneno pescuezo abajo y retorciéndose de dolor en el patio.

En el poco tiempo que estuve allí, las dos alcahuetas me fueron informando de todo. Las veía disfrutar al contarme, era su venganza por las monedas de desprecio que puse en sus manos. Pero eso sí, hija, a estas alturas ya conocerás a tu abuela y como te figurarás no solté ni una lágrima, ni una mueca de tristeza. Me mantuve serena hasta que me perdieron de vista en la calesa, y yo, en el sillón contrario a la marcha, al doblar la esquina, las dejé

de ver paradas como dos gallinas cagadas y sucias, en el portón de la casa de vecinos.

Entonces empecé a llorar como lloraba la Paca cuando nadie la veía en Semana Santa y podía disimular sus lágrimas con las saetas y la palpitación de ver a la Virgen pasar, mientras Gaspar trataba de confortarme entre los baches de pedruscos y los canalillos de mierda de aquel arrabal que ya no era mi casa.

España estaba muy cambiada, se respiraba un aire de inconformismo contra todo. Los gitanos, a pesar de que Carlos III no los tenía en tanta desgracia como Fernando VI, seguían apartados de las calles, y los que no tenían un oficio decente y una morada fija eran encarcelados y enviados a trabajos forzados. El pan había subido tanto en los últimos años que a mucha gente de mi antigua condición no le alcanzaba ni para comprar media libra. Estaba casi a catorce cuartos la libra, hija, y cuando yo me fui de Cádiz, lo dejé a tres y media. El ministro extranjero del rey, Esquilache, había puesto en las calles farolas para el alumbrado público, y eso estaba muy bien, pero los vecinos eran los que tenían que correr con el gasto de las velas de sebo, así que había gente que por pagar las farolas de su calle vivía sin velas en su casa porque ya no le quedaba para más. En fin, que la cosa estaba bastante *joía*, y la gente *mu apagá y mu enritá*.

Mis dos hermanos varones, Antoñete y Frasquito, murieron al poco de yo irme de un garrotillo, y a mi madre eso la hundió para siempre. Apenas dos años más tarde murió de vómito negro en el Hospitalito de Mujeres de la calle Columela. No tenía ni tumba a la que visitarlos. Con las epidemias no la dejaron enterrar en el nicho que le sacó al regidor Lasquetty, y la llevaron a un osario de por la Carraca, donde dizque la cubrieron de cal viva y la metieron allí, como se hacía con los que morían de una enfermedad contagiosa, y a los niños los llevaron a la fosa común para que estuvieran bajo tierra y no sobre ella en el nicho. La Bibelota ya no era entonces lo que había sido, me dijeron con ironía, pero eso sí, estuvo asistida por mi hermana Micaela, una santa, según ellas, que se había metido dos años antes a monja. No me costó mucho encontrar a la Micaela, ya para entonces la madre Micaela del Santísimo Cristo: llevaba casi diez años de monja en el convento

de las concepcionistas.

Después de salir de la casa de vecinos sacudiéndome el polvo de las suelas de los chapines me quedé deshecha y me tuve que ir con Gaspar hasta una taberna a que comprase algo de beber, me lo trajese y empujérmelo de un trago, creo que fue aguardiente. Ya nunca más volví a aquel sitio, no había nada en aquellos cuchitriles que fuese mío, mirar aquellos corredores apestosos con macetas escuchimizadas pujando por vivir me revolvió el alma, me traía aquellos recuerdos de niña medrosa y afligida, mientras las cancioncitas de aquellas dos malas mujeres volvían a retumbar en mis oídos: que si «puta la madre, puta la hija, puta la casa que las cobija». Y sentía por el cuerpo aquel mismito dolor y aquel mismito terror que sentía antaño, el mismo retortijón en el vientre y el mismo nudo en la garganta, con la misma fuerza, como si me hubiera convertido de repente en aquel guiñapo de siete años y todo aquel tiempo no hubiese pasado. Nada de aquello que hube vivido, nada de mi presente se sentía más real que aquella canción fantasma que venía a *jerirme*: ni los brocados, ni la capa de seda, ni los zarcillos, ni las perlas, ni la pesada faltriquera de doblones que llevaba anudada en las almillas del polisón, ni los cojones que le eché a la vida.

Ese mismo día entré en la catedral a rezarle su muerte a la Paca entre borbotones de lágrimas y risas, porque me acordaba que allí mismito donde yo le rezaba ella había tenido la osadía de embarrarle el cagajón a la marquesona en la calva. Llegué al oratorio seguida de Gaspar y Junípero, al que el sochantre no dejó entrar al templo por ser negro y se tuvo que quedar en las escalinatas, y luego de oír misa por mi madre fui con ellos, como loca, a buscar a la Micaela.

Me recibieron en el convento con los honores con los que las monjas reciben a las damas: una indiana rica, en aquellos tiempos, era una mujer a la que convenía caer en gracia. Yo ya había tenido buena escuela y había aprendido los ademanes con los que doña Carmen de Larrauri trataba a las monjas para que la respetaran, amable pero distante, así son las favorecedoras.

Me permitieron un buen rato en el locutorio con la Micaela, nos abrazamos las dos llorando. Estaba muy distinta, ya no era la niña de apenas nueve años

que dejé, era toda una mujer. De chavalilla había sido muy guapa, de pelo moreno y piel blanca, una boca hermosa y unos ojos color miel con pestañas enormes: había sido la niña más guapa de la vecindad. En ese momento no comprendí cómo no se casó, pero luego lo entendí. Entonces la veía muy estropeada, pero seguía siendo bonita para ser monja, aunque parecía hasta más vieja que yo con la cofia y la toca.

Se había quedado de coadjutora, no le habían permitido ser monja de coro. Las madres concepcionistas la tenían poco más o menos que de criada. Así era la vida, mi *arma*, viniendo de donde veníamos, a Micaela le había costado mucho profesar en el convento. Hizo los votos perpetuos porque tuvo una madrina que pagó su dote, pero, si no, ni de novicia se habría quedado. Como hermana coadjutora iba por el mandado, limpiaba los aposentos de las otras, se encargaba de la huerta, hacía la colada, acarreaba agua del pozo y hasta con las bestias en los establos lidiaba. Dormía en un lugar distinto que las otras madres, en unas celdas con las otras monjas subalternas a las que tenían como ella, unas covachas de mala muerte al final de la casa, hasta en la capilla las colocaban en sitio distinto, bajo el coro donde estaban las mandamás todas engoladas, mientras mi desgraciada hermana llevaba tan solo un hábito de yute, sin guardainfante y por no tener, la pobre no tenía ni enaguas debajo de los hábitos.

Me enfurecí. No hay lugar, le dije, que te traten como a una sirvienta. Si eres una esposa de Cristo igual que ellas pues que te traten como eso, todas iguales, ¿no? Micaela pensaba de otra forma, ella sí creía que haber sido la hija de la Paca tenía un justiprecio que una debía pagar de por vida, una redención que había que ganarse; que si no me puedo comparar a ellas que vienen de familias de alcurnia, que si no soy digna, Gregoria, ¿que no ves que hay que pagar la mancilla de nuestra madre de alguna forma? Yo no quería convencerla ni lo iba a conseguir, pero le dije que quería una entrevista con la superiora.

Enseguida me pasaron a su despacho. Ya le había dado yo unos buenos pesos de a cuarto a la tornera. La madre superiora era una mujer de cara afligida y redonda, la mar de *saboría*, con ojos azules grandes que se veía que habían sido hermosos, pero ya estaban teñidos de un cansancio por la vida

que la hacían parecer como una pobre desamparada.

Me ofreció un butacón y un plato de pestiños con licor y yo saqué el talego de monedas y lo coloqué en la mesa; sin miramiento alguno le dije que quería ser benefactora de su orden. Ni se inmutó la muy altanera, como si tuviera benefactoras por las esquinas, cuando se veía que el convento se estaba cayendo a cachos. Le dije que iba a llegar a Cádiz una vez al año o dos. Serían visitas cortas. Que deseaba hospedarme con ellas pues era yo una viuda decente y mi hermana estaba allí, y que comenzara a hacerme una lista de las necesidades de la congregación y se la diera a don Gaspar, mi administrador, para comenzar lo antes posible, y que a esa lista añadiese un cambio de celda para la madre Micaela del Santísimo Cristo, y por supuesto de menester, y diciéndole aquello le coloqué, junto al primero, otro talego más con los cuatro mil pesos de plata que costaba aquello, porque yo la iba a dotar para que fuera monja de coro, además de un par de *güenas* enaguas de lienzo de algodón, que no me daba a mí la gana que mi hermana fuese con *to er jato* al aire debajo de los toscos hábitos. Porque con la edad, Rosario, me iba yo pareciendo cada vez más a la Paca en esa lengua que tenía, y perdía la paciencia en composturas cuando me *enritaba*.

Aunque se puso la madre superiora en plan pomposo, sobre todo cuando oyó mi ordinariez, yo sabía que «poderoso caballero es Don Dinero» y en el fondo la monja estaba más que dispuesta a contentarme. Esa misma noche dormí en la hospedería del convento y Gaspar y Junípero fueron alojados en una casa de franciscanos cercana.

Me quedé casi dos meses en Cádiz, y me dio tiempo a mucho, Rosario. Primero me enteré de que la familia de tu abuelo se había marchado a Madrid, a la corte. Ya estaría contenta doña Ricarda con la boda de rumbo de su primogénito. Me la imaginaba en la capital soberbia y sentenciosa, dando órdenes en el palacete de Madrid a diestro y siniestro; que si muevan esa butaca y traigan los jarrones con claveles, que si bajen esa consola al recibidor o que si limpien por allí y pulan por allá, y que tengan a punto los carruajes aunque esté lloviendo a cántaros, que para eso les pago.

El palacete de tu abuelo en Cádiz estaba vacío, los primeros años habían regresado allí en el verano, pero ya ni eso. Nadie sabía del hijo segundón, ni

que se había hecho jesuita ni dónde estaba, pero yo sabía por Sebastián que de vez en cuando se había escrito con su familia.

A la Genoveva la enterraron *pa que no jediera*, ni me alegré ni me entristecí, me dio igual, me dijo la Micaela que murió en una cárcel de trabajos forzados en el Arsenal de la Carraca, como la cogieron en la gran redada que hizo el marqués de la Ensenada contra los gitanos, allí la metieron y allí murió. La Paca no movió ni un solo dedo por ella, pudo haber hablado con Lasquetty, pero no hizo nada. Le guardó siempre mucho rencor, me dijo la Micaela entre asustada y arrepentida por el pecado de la Paca, porque la Micaela era de las que siempre cargaba con culpas ajenas que la apesadumbraban más de la cuenta. No la culpes, le dije a mi hermana, si tú hubieras tenido hijos y la Genoveva le hubiera hecho mal a alguno de ellos, habrías hecho lo mismo que madre, dejarla que se pudriera en los talleres de trabajo forzado, como ella me dejó a mí siendo niña. Todo se paga en esta vida.

Cuando volví a embarcarme para Veracruz había dejado a mi hermana como una monja de primera y no de segunda, viviendo en la planta alta, con almillas y guardainfante bajo sus nuevos hábitos de brocado, chapines y no alpargatas, una buena parpalla colgada al cuello con la insignia de la orden y arropada por unas enaguas de algodón la mar de *güenas*, y, además, pedí que le enseñaran a leer y a escribir para que pudiese dedicarse a otros menesteres. Las obras de reparación de algunas goteras de la capilla que yo sufragaba habían comenzado y dejé a un orfebre haciéndoles una buena custodia de plata, mientras las hermanas concepcionistas se daban todos los días un festín en el refectorio a mi costa, las *joías* por culo.

El día de mi partida las monjas estaban despepitadas, iban y venían como *puta por rastrojo*, corriendo escaleras arriba, escaleras abajo por el convento, trayéndome las sayas recién planchadas, los puños almidonados, los escapularios de la Virgen, unos rosarios de pétalos de rosa y unas canastillas que ellas mismas habían hecho con buñuelos y dulces de yema para el camino. Se despidieron como si yo misma hubiera sido una aparición sacrosanta.

Dejé a la Micaela con los ojos llorosos. Antes de irme pude por fin entrar a

ver sus recámaras, las que yo le conseguí con mi prebenda: un recibidor para sus propias visitas, salita con sus librerías, mesa de camilla y poltronas, y alcoba con litera de dosel, y allí pudimos platicar de forma íntima largo y tendido.

Se metió a monja porque no le quedaba más remedio, Rosario, así me lo dijo. O se iba al convento o se metía a buscona como nuestra madre. Cuando una es guapa y pobre las opciones no son muchas. Suerte que tuvo madrina, si no, la hubiera tenido que ir a ver por las tabernas del puerto o en alguna mancebía del arrabal de Santiago, donde traían ahora a las filipinas y a las mulatas de las Antillas como si fueran ganado, porque las cosas habían cambiado mucho en Cádiz. Antes las prostitutas eran mujeres libres, pero con la Casa de Contratación en decadencia, ya las pobres no eran sino unas cautivas.

Después de dejar a mi hermana de mi *arma* en el convento, salimos Gaspar, Junípero y yo para Sevilla en la diligencia, fue un camino fácil y derecho. El galeón había sido llevado del Puerto de Santa María a Sevilla mientras nosotros estábamos en Cádiz. En Sevilla se había quedado en el dique seco de las Atarazanas en el Guadalquivir, para que lo limpiaran a fondo de escaramujos y lo calafatearan bien. Ya llevaba listo una semana cuando llegamos y estaba esperándonos en el muelle.

En Sevilla me cambié de ropajes, en la misma posada a la que regresamos, esa vez me costó trabajo volver a fajarme el pecho y colocarme de nuevo las pesadas botas, guardar los vestidos tan preciosos en un arcón y comenzar de nuevo la ruta de Manila porque había que ganarse el pan de alguna forma, y ahora, con el convento a mi cargo en Cádiz y las deudas por haber dejado la mercancía en San Gabriel, necesitaba más doblones que nunca.

DE UN ADIÓS QUE ME ROMPIÓ PARA SIEMPRE

Aquella travesía de vuelta a Veracruz se me hizo larga. Aunque pensé que ya me estaba acostumbrando a ir y venir por el Atlántico, a veces la mar me resultaba demasiado tediosa o demasiado agitada. Desde Cádiz y desde las islas Canarias tuve la ocasión de mandarle a tu abuelo varias cartas contándole los pormenores de mi visita a Cádiz, los planes que tenía y mi ilusión ante nuestro inminente reencuentro en San Gabriel, adonde me dirigía a contarle a nuestro hijo, que ya era un hombre de diecisiete, la más absoluta verdad sobre su origen.

Me estaba doliendo aquella separación de tu abuelo más de lo que había calculado cuando, por el Mediterráneo, generosamente, decidí claudicar y que fuese al Vaticano a llevar a cabo su misión. Y a pesar de ir en la *Tritona* cargada de ilusiones, me dolía en el alma no estar junto a él. Pronto llegamos al mar de los Sargazos, donde una calma chicha rodeó el galeón como un augurio de una vida detenida, y aquella sensación que tuve en la primera parte del viaje hasta las costas de África, de que el mar se había complicado, desapareció por completo al llegar al Caribe para dar paso a un lento cabeceo que me estaba pudriendo.

No tuve más remedio que recordar a Sebastián en cada islote que avistábamos, en cada playa y cada paisaje. Sintiendo, como en un espejismo, que en todas ellas había estado la sirena con él, que en cada cala habíamos hecho el amor, creyendo reconocer el islote de la hoguera, donde ahora paso

el tiempo de ciclones, en cada islote que en ese momento veía.

Las estaciones en el Caribe no cambian tanto como en la vieja Europa, son solo dos: un verano de lluvias y ciclones, y un cálido invierno de calma. Uno piensa, sin saber, que la vida de marinero es fascinante, que nunca te alcanza la desgana, pero lo cierto es que había veces en las que el aburrimiento se adueñaba de mis días en la *Tritona*.

Durante las travesías en el *San Cristóbal* y la *Tritona* repetimos lo mismo, los cargamentos de porcelana chinesca, vajillas completas, jarrones, tibores, mantones de Manila, biombos de Cochinchina, especias, jade, madreperla, rubíes y lacas, yardas de tela de shantung, damasco, seda, tabaco y nuez moscada, cúrcuma y canela. Unas mercaderías eran de estraperlo, otras teníamos patente para comerciar con ellas, pero el afán se fue repitiendo y el alborozo de los primeros viajes fue disminuyendo para dar paso al tedio. Comprar, traer, cargar, pagar aranceles o esconder en los falsos fondos de las bodegas, transportar en las recuas de mulas, volver a embarcarse en Veracruz, Cádiz, la Casa de Contratación y vender para volver a comprar, dejar mi ganancia a buen recaudo con los banqueros de Cádiz y Sevilla, entregar a las monjas la dote de mi hermana Micaela y tirar *p'alante*. Todo eso, que había sido una aventura fascinante las primeras veces, se convirtió en un oficio aburrido y metódico que no tuve más remedio que continuar haciendo, porque la cruel realidad, hija, es que tu padre me sacó de la hacienda, según él por puta, y yo tenía que hacer algo para no volverme loca.

Todavía, Rosario, como una daga hiriente, retumban sus palabras con retintín en mis oídos: que si a qué viene aquí, madre, que si es su merced una perdida y ¿a poco no sabe lo que dicen de su merced las lenguas de Veracruz?, que si está liada con el bujarrón de Bocachica y que si nos va a echar a perder la respetabilidad de la familia, que se gastó su merced el dinero de mi padre en un querido, y que si con su persona aquí ni se casan mis hermanas ni me caso yo con la hija de Gálvez, sino que caeremos en el arroyo inmundo de donde su merced proviene.

Le contesté muchas barbaridades de las que quizá después me arrepentí. Ya

me conoces, Rosario, y me sentó tan mal las cosas que me reclamaba, sus argumentos de niño malcriado que dije esta boca es mía sin pensar que las palabras que uno vierte por su boca, una vez que salen, no pueden volverse atrás: que si el caudal es mío y si me da la gana «me lo tiro por el coño abajo», que si un mequetrefe como tú no me pide a mí explicaciones de nada, que soy tu madre, y que si ya va siendo menester de que te enteres de que ese viejo asqueroso no era tu padre y tú tienes un padre como Dios manda, y otras muchas cosas, hija mía, que yo sí quiero olvidar porque mi hijo Sebastián, creo, no las ha olvidado.

Me di cuenta de que se había convertido en otro José Candelario, yo no había podido hacer nada y a él no le sobraba razón. Cuando le menté lo de su verdadero padre no quiso oírme, él no quería perder esa herencia, me llamó mentirosa y otras palabras que no quiero repetirte por dolor y porque quiero quitármelas de la cabeza: no me bajó de puta. Dudó de que yo hubiese ido a Manila a buscar a nadie por cuenta de ellos y siguió empeinado en que yo tenía un amante al que mantenía con el dinero de su padre.

Al pobrecito siempre le afectó mucho el qué dirán, las malas mojarras. La gente en Veracruz juraba que yo estaba liada con un capitán de galeón, que yo misma le había comprado el barco malvendiendo una finca que mi difunto me dejó en herencia y hasta los había, como la vieja Pacheco, que, con su mente calenturienta, juraba la tía cabrona hasta que nos había visto a Bocachica y a mí paseando desvergonzadamente del brazo, como marido y mujer, por el malecón de San Juan de Ulúa, ¡figúrate lo retorcida que era!

Si no fuera porque a esas alturas ya no era sino una vieja decrepita, la hubiera ido a buscar a armarle un escándalo, como se merecía la hijaputa esa, y la hubiera revoleado por las pocas greñas que le quedaban. Delante del mandilón de su hijo, la hubiera arrastrado por todo San Gabriel, la hubiera agarrado por donde fuera, como decía mi madre: «por los pelos del mismísimo coño», y la hubiera expulsado de mis tierras a la paniaguada esa con cara de albiñoca y sin dientes. Que si se figuró o no, la sicofanta, el daño que hacía con su calumnia me daba igual, porque lo que hizo, separarme de mis hijos para siempre, no tiene nombre.

Ni tuve fuerzas ni tuve ganas para explicarle nada a mi hijo, ni para ir a

revolear a la de Pacheco, que se libró por ser una anciana. ¿Para qué?, si él estaba dispuesto a creer a ese viejo dragón chinés antes que a su madre ya estaba todo dicho, y además estaba claro cuál era el interés de mi hijo Sebastián en pensar como pensaba, aunque le hubiese mostrado en carne y hueso a su padre él prefería elegir la hacienda y negocio con Gálvez que la verdad. No era solamente que él dudase de mí. Y no iba a ser yo la que defendiese un caso perdido ante un juez imparcial.

Aquella ilusión con la que viajé desde Cádiz para contarle mi vida, para decirle de su padre, aquellas palabras que tantas veces repetí para mí misma en el camarote de la *Tritona*, que tantas veces enmendé para poder decirle suavemente, sin brusquedades, la mejor noticia de su vida, para poder decirle que su padre, del que llevaba la sangre, era el hombre más noble y más generoso de la tierra, aquel discurso que en mi mente preparaba se fue al garete nada más entré por las puertas de mi propia casa y escuché los reproches que tuve que escuchar. Para muchas personas, la ignorancia es parte de su felicidad. A lo mejor he sido injusta, tú ya dirás, lo cierto, Rosario, es que a mi hijo nunca le había importado la verdad, sino lo que esta parecía.

Que él hubiera asumido ser el hijo de un jesuita que estaba en Roma, que era el bastardo de un aristócrata y de una modistilla, que Bocachica era yo misma, que hubiese dado por buenas las credenciales de mi decencia, no hubiera servido para nada más que no fuese apesadumbrarse con decisiones, con elecciones que no estaba dispuesto a hacer. Mientras, toda la colonia pensaba que yo era una mujer fornicadora e indecente.

Él, sobre todas las cosas, quería ese matrimonio con tu madre, la hija de Gálvez. Y aceptar la verdad que yo le traía desde la Península era un gran escollo para que ese matrimonio se celebrase. ¿Dónde quedaría el legítimo heredero de esas tierras si su padre no era José Candelario?, ¿quizás algún bastardo de la casa chica de Tlacotalpan?, ¿aceptaría Gálvez el matrimonio de su hija con quien no tenía la legítima de las tierras de pleno derecho?, ¿y qué había de aquella infamia de ser hijo bastardo de una cualquiera?

Tu padre no entendía de justicia, ni de ocurrencia, ni de nada que fuera salirse de madre. La aventura más grande que vivió en su vida fue ir a matar

venados y conejos al campo, montar un caballo sin domar, herrar las bestias y los esclavos y jugar una partida de cinquillo con el gobernador, su suegro y el obispo para ganarles a todos. José Candelario lo había educado así, para que fuera un calco de él mismo, el heredero, dueño y señor de aquellas tierras usurpadas a su dueño legítimo, usurpadas al sudor de los negros, a los indios que las poseían desde antaño. Para que no entendiera de nada que no fuese la caña de azúcar, el tabaco, el ingenio, las ganancias, comprar esclavos y vender fanegas.

Cuando volví de Roma ya era un hombre de diecisiete años, estaba a punto de casarse, durante mi ausencia los pactos prematrimoniales habían aflorado y él mismo había concertado con tu abuelo Gálvez su propia boda y la de sus hermanas. Ya había comenzado a sustituir la caña por el tabaco, a rotar los cultivos, tenía todo bien atado. Un justo cambio, una hija con raíces y abolengo por muchísimas hectáreas de tabaco y participación en el nuevo monopolio. Mi hijo, de ser un simple peninsular nuevo riquillo, pasaría a la respetabilidad de la familia Gálvez y probablemente a ser inmensamente rico. Limpiar su sangre, como si alguien pudiera nacer con la sangre sucia, como si llegar adonde llegamos a costa de trabajo y privación, fuese algo que debiéramos ocultar bajo una empolvada peluca y dos lunares postizos, un fajín rojo y una medalla del rey, a pesar del juego sucio al que jugó José Candelario.

Si me quedaba en San Gabriel, a pesar de contarle la verdad a mis hijos, ni él se casaría con la hija de un Gálvez, ni mis hijas, que las inocentes no tenían culpa de nada y que en ese momento estaban en la Ciudad de Méjico, en el Colegio de las Vizcaínas, serían alguna vez dignas señoras de la colonia y se quedarían, no más, para vestir santos, por muchos galeones que yo les dejase de herencia. Y, además, Rosario, el argumento de más peso que me hizo desistir de convencer a Sebastián lo pude comprender aquella tarde claramente cuando traté de mencionarle varias veces lo sucedido: tu padre prefería tener una heredad, una hacienda, poder y prestigio, que un padre como Dios manda, y ciertamente que una madre como yo.

Salir de allí, de mi propia casa, fue el acto de valentía más grande que hice en mi vida. Ni abordar un navío para farabustearle el oro, ni cortarle el

pescuezo a un rival en la batalla, ni encender la mecha de un cañón para destrozarse la quilla de un buque del rey se pudieron comparar con aquello. No me llevé ni un alfiler, lo único que me traje conmigo fue mi Virgencita de Guadalupe y lo puesto. Ellos se encargaron de esconder mis cosas, ellos se encargaron de quemar mis retratos, mis vestidos, el costurero de caoba, mis alhajas, yo ni sé qué hicieron con ellas, ni con aquella máscara de carnaval que todavía guardaba con la esperanza de que si el tiempo hacía mella en mi rostro y tu abuelo no me reconocía algún día, pudiera ponérmela y se acordara de mí. No dejaron ni rastro de Gregoria, mis hijos se encargaron de borrar a su madre. Pero mis hijos no eran ni mejores ni peores que yo, Rosario, mis hijos eran como su madre. Porque si uno fuera su propio hijo, uno sería un hijo muy ingrato.

Dejar atrás a los niños de una es la cosa más dolorosa a la que me enfrenté. Sentir que te arrancan la parte más preciada de tu cuerpo, el centro de tu vida. Los dejé como la *Leona* dejó una vez aquella tapia de adobe que separaba el huerto del almacén de abarrotes del convento de los dominicos: rabiosa y con la cola entre las patas. Me acordé de ella, de cómo fui testigo de aquello, de cómo se echó contra el pretil para ofrecerle sus ubres cargadas a mi niño, me acordé de las lluvias interminables y las calles llenas de fango y las noches en vela por las fiebres que le dieron, del parto en aquel cuarto del arrabal, de cuando la partera me ofreció abortarlo, de mi miedo a que se lo quedara aquella mujer yerma y loca, la de Echegaray. Me acordé de la piel de cada uno de mis tres hijos rozando mis pechos cuando les daba de mamar y del suave olor particular de cada quién, que podría reconocer entre miles de olores, de cuando por primera vez me dijeron mamá y de aquella vez que salí de la hacienda a darles un padre y se quedaron con María la Mulata, que ya Dios se la había llevado consigo y no estaba allí para encargárselos de nuevo.

Desde la puerta de San Gabriel, en la cancela de hierro, antes de salir, miré a la casa. Los criados apenas empezaban a encender las velas y subían jalando las arañas de cristal del techo del comedor. Era la hora de la cena. A lo lejos podía ver los copos del hollín de la zafra cayendo tras la tenue luz languideciente de un sol que se acababa de esconder. Aquellos copos negros que tanto asombro causaban en la *Leona*, hasta el punto de hacerla aullar de

entre miedo y gozo. Me llegaba el olor del trapiche mezclado con el de algún dulce de yema que hacían en la cocina, quizá fuese el tocino de cielo que tanto le gustaba a mi hija Francisca. Le recé a la Virgen y le pedí que no se apartara de ellos, que madre como yo que era, los cuidara bajo su manto, y miré a las estrellas.

Recuerdo la noche hermosa, pero para mí terrible, el cielo cuajado, y la luz de los luceros me encandilaba con las lágrimas que salían de mis ojos. Le recé también a la negrita y a la *Leona*, les pedí que dondequiera que estuviesen me los velaran, ya no se los podía confiar en carne y hueso, pero yo estaba segura de que María la Mulata tenía un alma y la *Leona* tenía la suya también, y las dos estaban en el cielo; si de verdad había un Dios Padre que era todo amor, las gentes como la de Pacheco y como Bernarda de Meave no podían salirse con la suya.

Cerré cuidadosamente la cancela, como una ladrona que quiere escapar sin ser notada; no me llevaba de allí más que recuerdos, el amor se lo dejé a ellos. El chirrido de los goznes, oxidados por la época de lluvias, se mezcló con mi grito de dolor. Luego me caí al suelo, de rodillas, aún aferrada a los barrotes, mientras lloraba mirando el camino que llevaba a mi casa y que nunca más volví a recorrer.

Gaspar se acercó a levantarme, y entre él y Junípero me llevaron al carruaje. Me sentí como la *Leona*, encerrada a la fuerza en aquella lujosa estufa que rodaba por las calles de la Ciudad de Méjico, dejando atrás mis cachorros. Me entró un ataque de locura, me revolví como posesa entre los terciopelos del carruaje, Gaspar y Junípero me agarraron para que mis patadas no abriesen la portezuela y me tirase en marcha bajo las ruedas, como yo quería. Hasta que no llegamos al puerto de Veracruz, horas más tarde, no me pude componer de mi alferecía. Ya estaba por amanecer.

Me embocé una capa oscura y me metí con ellos en la *Tritona*. Pasé tres días en cama y ellos dos me cuidaron. Gaspar trataba de consolarme, me decía que en unos años volviese de nuevo, cuando ya mi hijo y su esposa hubieran consolidado el matrimonio, cuando hubieran llegado los vástagos y mis hijas tuvieran esposo. Me decía que pronto tu abuelo volvería de Roma y podría colgar los hábitos. Como buen amigo y consejero que era, me decía lo

indecible, mentiras piadosas, pero yo en el fondo de mí misma sabía que había perdido a mi familia para siempre, por el simple hecho de haber tratado de recuperarla.

Cuando la *Tritona* zarpó de nuevo del puerto de Veracruz, cargada esa vez de los géneros que dejamos en San Gabriel meses atrás, me enjuagué las lágrimas de golpe y paré de llorar, me vestí de capitán y salí a cubierta a que la marinería me viese. El galeón tenía un mando, y ese mando era yo, el capitán Bocachica: un hombre de mar. Y los hombres de mar no lloran.

Años después, ni las visitas a los puertos de la China, ni desembarcar en islas vírgenes del Pacífico, ni los mercados de perlas de Oriente o los de telas en Manila me sacaron de mi melancolía. Hasta la travesura de escabullirme en cueros cuando arribábamos a una cala hermosa para ser una sirena llegó a convertirse en rutina, en un río de deseos que nunca encontró cauce al mar. No tenía sentido sentir la tibieza del agua si ya no sentía la de la piel de mis hijos junto a mí.

DEL EXTRAÑAMIENTO DE LOS JESUITAS EN EL IMPERIO ESPAÑOL

En mi segundo viaje a Cádiz las monjas me recibieron con un boato que parecía que yo fuese la mismísima virreina. ¡Quién las hubiera visto! Y aunque esté feo que lo diga, Rosario, como luego dicen los marineros de la *Tritona*, se les hacía el culo limonada cuando vieron el talego de doblones de oro que le puse a la superiora en la mesa de su despacho. Hasta me dedicaron un panegírico lleno de florituras que me leyeron en voz alta en la capilla al día siguiente, entre sonsonete y sonsonete de órgano, haciéndome la barba.

Mi hermana, la Micaela, en cambio, seguía igual, con sus ideas de siempre. A veces, mujer, y mira que la quería, me daban ganas de darle dos tortas para que espabilase, porque su humildad ridícula y sus ganas de sufrir para ofrecer su dolor por nuestra madre impía y pecadora me sacaban de quicio. Aunque yo estaba tranquila con respecto a su posición en el convento, porque eso sí, mientras Gregoria la Indiana fuese la benefactora, Micaela viviría allí tan bien como la propia superiora y ya no me la harían de menos ni la dejarían sin taparse por los bajos.

Las monjas me buscaron un confesor que era franciscano, estaban obsesionadas con que tenía que tener allí mi guía espiritual, pero yo lo que creo es que querían averiguar cosas de mí las muy alcahuetas, espíarme. Así que al confesor le decía yo exactamente lo que ellas querían oír; que si, padre,

soy muy ociosa y me gusta quedarme en la cama más de la cuenta, que si vivo en la vanidad pensando en mis vestidos, mis tafetanes y las parpallotas que me cuelgo, que si padre, me cuesta mucho trabajo dejar de comer dulces y chucherías en cuaresma, y que si padre, me miro demasiado en el espejo a lo largo del día. Esos eran mis pecados y punto. Las dos cosas que más le interesaban al muy cochino se las dejé muy claras una tarde antes de misa de cinco en la que me preguntó más de la cuenta: como buena señora decente el *merengue* lo tenía clausurado, desde que me quedé viuda, ni queridos, ni amantes, ni novios, los hombres no me interesaban: ¡Qué *na* de *na*, padre, que a mí no me gustan esas porquerías!; y la otra cosa, el dinero, venía de donde tenía que venir, de negocios y avenencias decentes, el tabaco, las plantaciones y los ingenios de azúcar de mi familia en la Nueva España, comercios y empeños que llevaba mi hijo con disposición y fe cristiana. Si querían pedir informes, para eso estaban las parroquias y los conventos de Veracruz, o que se los pidieran al intendente, al gobernador o a quien fuera menester y verían que no estaba yo mintiendo y que mi familia tenía dinero suficiente *pa* mis lujos, *pa* los de las monjas y *pa* enterrar a todos los chismosos de *Cai* con hartos doblones a punta de pala.

El cura se quedó más que satisfecho, y sabía yo que el emisario pasaría el recado. Figúrate si al pobrecito le hubiera dado el olor de que aquella señorona de alto copete, tan divinamente vestida y que confesaba cada semana en la capilla de las concepcionistas, había fornicado con un sacerdote jesuita.

Vendimos aquellas mercancías de nuestro primer viaje a Manila la mar de bien. Hicimos todos muy buena ganancia. La verdad, no me esperaba tanto, el monto lo deposité en la caja del banco, y estuve carteándome con tu abuelo de forma regular. Él seguía en Roma defendiendo sus postulados frente a una corte de cardenales y monseñores cuyo mayor obstáculo era que no sabían nada en absoluto de la vida, de la verdadera vida. Muchos de ellos ni siquiera habían visto nunca a un hombre negro si no era por litografías y láminas, ni, mucho menos, habían convivido con ellos.

Tu abuelo Gálvez llegó a Cádiz procedente de Portobello, nos entrevistamos. No era la primera vez que yo lo veía, ya tuvimos en San

Gabriel varias visitas tuyas estando vivo mi tío. Tengo que decirte a favor de él que conmigo siempre fue un caballero. Firmé las capitulaciones que había redactado José Candelario para mi hijo y que él llevaba en su poder, las de él, según me aseguró, estaban en manos de tu padre. No quise decirle a Gálvez que mi hijo y yo no nos hablábamos pero supuse que lo sabía. Estuvimos varios días platicando de los propósitos conjuntos para los negocios familiares y de la situación de España. José Gálvez mostró aquella vez una tirria muy grande contra los jesuitas, a los que culpaba exageradamente de ciertos males en contra de los intereses de la corona, y de los acontecimientos que habían sucedido en Madrid unos meses antes de llegar yo y de los que te contaré más adelante. Yo disimulé y no hablé para nada de lo que pensaba. Las ideas de una mujer sobre política no eran tan importantes, y yo no quería levantar ninguna sospecha sobre lo que sabía de los jesuitas por tu abuelo Sebastián, y por aquellos cartapacios con documentos que viajaban conmigo en la *Tritona*, allá donde iba, y me había leído con lupa de cabo a rabo.

Gálvez, por otro lado, conocía de buena tinta que yo había sido una excelente administradora de San Gabriel. Oficialmente aún lo seguía siendo hasta que Sebastián obtuviese la mayoría de edad, y alabó mi trabajo, me trató con suma gentileza a pesar de los rumores falsos que circulaban sobre mí y Bocachica, que nunca supe si él había escuchado o no, porque Gálvez, con la consideración que siempre me tuvo, se abstuvo de mencionar nada que pudiese incomodarme. Yo, en el fondo, sabía que todo ese respeto por mi persona no era sino porque, además de los buenos cuartos que mandaba a la corona, yo iba a ser la suegra de su hija, la abuela de sus nietos, y no podía tirar piedras contra su propio tejado. Volvió con el tema del rey y del título que se proponía darme si los réditos y quintos reales de San Gabriel seguían manteniéndose así. Me figuré que era como ponerle la zanahoria delante al burro, así lo tomé, sin mayor interés. Porque la verdad es que a mí aquello del título me importaba un pijote.

En ese viaje compré la casa de tus bisabuelos. Gálvez me ayudó en lo de las transacciones. Doña Ricarda, la marquesona, que ya estaba viuda, necesitaba dinero para hacerse su nuevo palacete en la corte. Además, según supe por Gálvez, su hija María Clarines tenía que casarse y necesitaba con

urgencia una buena dote. Aquel caserón de Cádiz solo le daba gastos. La vieja marquesa, sin saber a quién se la vendía, firmó. Me encontré con su apoderado en el escribano. El hombre, unos minutos antes de que yo entrase por las puertas, había dejado listas las escrituras del viejo palacio, y así firmé. ¡Quién lo iba a decir!, la casa a la que entré de criadita, de modistilla insignificante, era entonces mía por completo. Las escaleras, las salas, los patios y las fuentes, el cuarto que había sido de Sebastián, y el *boudoir* pretencioso de María Clarines, los arriates ya descuidados por el guarda, el salón de baile, la capilla y hasta la alcoba de la marquesona, que parecía tener un olor rancio a ella misma, impregnado en las telas de las paredes. Celosías y ventanales, puertas de caoba, manijas de bronce, mármoles, nichos, yesería; los frescos de los techos, las balaustradas de ónix, las lámparas de vidrio, las arañas de cristal, los faroles y hasta las cuadras con dos charrés y una calesa. Tan pronto como la tuviese lista me iría del convento, aunque la reparación de los tejados llenos de goteras y de muchas otras dejadeces del lugar iban para rato. Había encontrado un lugar donde ser una mujer libre y no una beata mitigada sujeta al fisgoneo y acecho del confesor y de las monjas, donde poder escaparme unas semanas del mar, entre travesías y, sobre todo, donde esperar a tu abuelo. Lo primero que hice fue escribirle para contarle de aquello, soñaba con el día en que regresase de Roma y pudiese yo darle la casa que había sido suya.

Esos meses antes de zarpar volví al convento de las concepcionistas y dejé la remodelación del palacete en manos de un aparejador, el mismo que había estado ejecutando las obras de reforma del convento. Estando allí en Cádiz, Rosario, tu abuelo Gálvez me contó de una serie de acontecimientos que me pusieron los pelos de punta, y que fueron, según la opinión de algunos, entre ellos Gálvez, causa de lo que más tarde sucedió en España con la Compañía de Jesús, pero que yo sé a ciencia cierta que no fue un detonante sino una excusa.

Dizque era allá por el mes de marzo, meses antes de llegar yo a Cádiz. Aún no empezaba la calor. Uno de esos días lanzaron un bando que había redactado en Madrid el ministro de las farolas, Esquilache. Por el bando se obligaba a los ciudadanos a coser el popular chambergo, que portaban en

aquel entonces los peninsulares, de forma que quedase como un sombrero de tres picos, y a rebajarle a la capa española una cuarta o dos para que quedase más corta, como un capote, y así evitar que los malhechores pudiesen ir embozados y esconder algún arma. Aparentemente el bando no fue tomado por las buenas, quién sabe si porque el ministro de por sí ya era impopular por ser extranjero, de Nápoles, o porque ya las cosas estaban muy tensas con los precios del pan y lo cara que estaba la vida. Puede que también lo de las farolas influyese. En fin, que se provocó una revuelta horrorosa en Madrid contra este ministro, donde hasta casi se temió por la vida del rey, porque los soliviantados fueron, según me platicó, incluso hasta el Palacio de Oriente a armar escándalo y trifulca. El motín se extendió por varios lugares de la Península, llegó a Cádiz, donde no lo pude presenciar, hija, pero tu tía Micaela me contó lo que ella pudo ver.

Me dijo la pobre que se pasó los tres días que duró el motín encerrada en el convento con el resto de las monjas y otras mitigadas. Se oían las turbas gritar cosas por las calles, sobre todo por la calle del convento, que, según la madre superiora, parecía ser la arteria por donde, de un lado a otro, iban y venían los insurrectos. Dizque gritaban bandos horribles y disparates, que a ellas les daba miedo escucharlos, hasta pensó tu tía que podían llegar a tirar el portón del convento y entrar. Gracias a Dios que eso no pasó y tu tía Micaela vivió por muchos años más. Aquel motín terminó con el destierro de Esquilache y con un cambio de poder en el gobierno del rey Carlos, que movió la balanza hacia dos personajes casi desconocidos hasta entonces: el conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla, y Campomanes, que fue nombrado ministro.

De Campomanes se decía que era antijesuita, y más tarde se pudo comprobar que aquello era cierto. Se inició una pesquisa secreta para averiguar los motivos y quiénes estaban detrás de ese tumulto, que comenzó como una revuelta de descontento por el costo del pan, por los bandos de Esquilache, pero que se sabía, a ciencia cierta, que había gente culta y educada detrás, pues los edictos publicados, motivo del motín, fueron sustituidos por pasquines vejatorios que estaban bien escritos, redactados propiamente, y no podían venir del pueblo que, como yo había sido otrora,

era analfabeto. No solamente la Micaela me platicó de este altercado, sino que Gálvez me contó de lo mismo, claro está con su propia versión tendenciosa.

Se veía en Cádiz un ambiente de inestabilidad, parecía que todos sospechaban de todos, por eso lo del confesor, hija, por eso yo creo que mandaban soplones o qué se yo, a indagar. Cualquiera era malicioso, cualquiera podía saber algo. Por eso en ese viaje me alegré cuando finalmente el galeón estuvo listo en las Reales Atarazanas de Sevilla y volvimos de nuevo a tomar la diligencia hasta allí para embarcarnos, yo vistiendo de nuevo como aquel Bocachica al que la maledicencia ponía como mi amante, y Gaspar y Junípero escoltándome desde aquella posada donde entraba como mujer y salía como hombre.

El viaje fue como muchos otros de los que hice y todavía sigo haciendo. Ya sabes, hija, que si las calmas chichas, que si los temporales, que si las Canarias, y la verdad, ni me acuerdo de cómo fue aquella travesía, para qué te miento, no recuerdo gran cosa de ella. Cruzamos tierra sin percance alguno, ningún porteador se despeñó, no encontramos bandidos ni salteadores, y finalmente llegamos a Acapulco por el paso de Iguala. Zarpamos hacia Filipinas en una flota de cinco galeones y dos fragatas, venían con nosotros tres naos de guerra. Tampoco hubo piratas en esa travesía, gracias a Dios, y casi año y medio después de haber zarpado de Cádiz en la *Tritona* regresé a la bulliciosa Manila, que otra vez me presentaba sus fachadas chamuscadas por el hollín y el tizne de la pólvora. Según supe, en esa ocasión, fueron los piratas moros.

Ese año hice mucho dinero en la ruta. Gracias a Dios, la liberalización del comercio con las telas me vino de maravilla y las especias duplicaron su precio, y por otro lado el chocolate también subió. Tuve cargamentos de lompotes filipinos, perlas y piedras preciosas, brazaletes, pendientes y aretes del Hindustán, diamantes de Goa, rubíes, zafiros y topacios de Siam. Me llegó una remesa portentosa de canela de Ceylán, otra de calidad superior de clavo de Sumatra, pimienta de Java, nuez moscada de Bunda, colgaduras, cortinajes y cobijas de Bengala, alcanfor de Borneo, bálsamo y marfil de Cochinchina, algalia de Lequiois y finísimos crepés de Cantón, sedas,

damascos, terciopelos, arcones de *cloisoné*, esmaltes en oro, manteles y pañuelos de algodón, jade, porcelana, papel de la China; del Japón me llegó ámbar, seda de colores, escribanías y muebles de laca, cofres y platería.

En medio de toda aquella bonanza yo solo pensaba en tu abuelo, y era Gaspar el que tuvo que llevar por dos travesías la cuenta de todo y el mando del barco, porque mi cabeza no daba para más. Siempre había sido yo la que estaba más pendiente del comercio y él de la navegación y el trato con las marinerías, pero ese año tuvo que echarme una mano porque yo andaba perdida en aquel pedazo de madera flotante. Sin noticias de tu abuelo, sentía que el mundo se había parado, y lo único que me inspiraba a seguir en la nao eran los pesos que ganábamos y que pensaba en emplear cuando Sebastián regresara de Roma.

En el viaje hacia Filipinas había podido hablar con un jesuita de Mindanao que lo conocía. Me dijo que supo, por el coadjutor que acababa de llegar de Roma, que el padre Sebastián estaba allí, que gozaba de buena salud y esperaba regresar a Manila al año siguiente, y ya una vez en la isla de Luzón fui a verlos al colegio donde él estaba.

El superior fue muy hermético conmigo, me dio la sensación de que aquel hombre calvo de cara lampiña había cambiado desde la última vez que lo vi. Me pidió el favor de llevar a Puebla unas cartas para el superior del colegio de San Jerónimo. Y a pesar de que el capitán Bocachica era amigo de todos, esa vez no pude averiguar mucho de Sebastián, de cuándo volvería a Manila o si volvería siquiera. No tardé mucho en entender el hermetismo del padre superior.

Me llegó la horrenda noticia estando en tierra: el rey había expulsado a los jesuitas de España después del motín de Esquilache. La Compañía de Jesús y sus miembros no estaban seguros en ningún lugar del imperio español. Comencé a preocuparme por Sebastián, aunque lo imaginé seguro en Roma de momento, quién sabe la suerte que correría si las medidas de la Pragmática Sanción se endurecían.

La noticia me pilló en Manila, allí pude ver cómo los jesuitas fueron desalojados y conducidos a una casa con intención de ser extrañados de la isla de Luzón. Los llevaron al Colegio de San Ildefonso, traté de mezclarme

en el tropel que iba y venía para ver si averiguaba algo más; Gaspar venía conmigo y los dos esperamos frente a la puerta del colegio. Cuando los vi bajar de los carros con sus sotanas negras, todos barbudos, me pareció que lo vi a él y me derrumbé, no sé qué pensaría la gente al ver a un hombre con sable y casaca llorando en la puerta del convento cuando los curas entraban presos. Quise hacerle una seña al provincial, pero iba tan deshecho que creo que ni me reconoció. El pobre hombre iba callado, sin expresión, aunque con la dignidad intacta. Caminaba mirando al frente y sereno, pero, al entrar en el zaguán, dio un pequeño traspie contra el botaguas de la puerta. Una turba les gritaba y les escupía, hasta hubo alguien que se aventuró a lanzarles una piedra, a pesar de los granaderos que los iban escoltando. Cuando los vi desaparecer por los portones regresé al puerto a dormir. Hice lo posible para entrevistarme con el provincial, pero fue inútil, hasta hablé con el gobernador, José Raón, mas no me dieron audiencia.

Necesitaba saber de Sebastián, cómo estaba, si corría peligro su vida y su libertad. Quizá Prusia, que tampoco expulsó a los jesuitas, fuese nuestra única esperanza, encontrarnos allí; quizás era el momento de colgar los hábitos. Permanecimos en la isla de Luzón varios meses para ver cómo la marina española se encargaría de llevar a los jesuitas hasta Cádiz por orden del conde de Aranda en la fragata *San Carlos Borromeo*, y cuando vi embarcar a los más de sesenta religiosos en el puerto de Cavite y perder de vista la fragata al amanecer, mis esperanzas de mandarle una carta a Sebastián con el provincial se truncaron.

Desde el galeón sentía cada tarde aquella tumba a la que me había enviado yo misma con mi silencio, aquel cofre flotante que me tenía presa igual que él estaba cautivo en Roma. Haberme callado ante Sebastián en el Mediterráneo: no haberle dicho que dejase toda aquella quimera; haber confiado en que, de nuevo, íbamos a cambiar el mundo; dejarlo ir a ver al Papa con aquella pintoresca tropilla de negros instruidos, había sido la peor decisión que tomé en mi vida, o eso pensé en aquel momento.

Me pasaba los atardeceres recordando la noche que tuvimos en Acapulco, y

las sucesivas en el Caribe, la navegación hasta las Canarias y el Mediterráneo, todas y cada una de las noches las recordé con absoluta precisión: el recorrido de sus manos como caballos al galope por mi piel, el vendaval que provocaban mis suspiros en sus pulsos, la neblina del amanecer juntos en la alcoba de mi camarote, sus besos, el peso de su torso sobre mí, la forma de su pecho peludo y el lugar de la cicatriz de aquella puñalada traidora que lo hizo meterse a cura, y su olor a mar y melocotón que no conseguía evocar y parecía que había sido una mentira de mis sentidos. En cada bahía que recalábamos, por pequeña o grande que fuese, por poblada o vacía, estaba él presente y aquella nube en la que nos metimos los dos, que a esas alturas no lograba esclarecer si era real o un sueño.

Y de otra forma, hija, el remordimiento me mataba: si hubiese hecho otra cosa, si hubiera sido más mujer y menos heroína. Si no hubiera sido tan tonta a esas alturas, tan incauta. Con todo lo que había entendido y lo que me había maleado desde que aprendí a leer en la Ciudad de Méjico con las monjas, ¿cómo no me daba cuenta de que en este mundo los reyes, los emperadores, los papas, no eran sino una calca de ese príncipe que Maquiavelo pintó en su libro y que yo comparaba con la de Meave? ¿Habría alguno que no antepusiese su propia posición y privilegio al destino desalmado de los hombres? ¿Dónde había quedado aquel libre albedrío del que Sebastián me hablaba como regalo de Dios al hombre? Y ese fin, ¿acaso justificaba los medios empleados?

Sebastián, como parte del consejo de Lorenzo Ricci, estaba preso en Castel Sant'Angelo, igual que el propio padre general y el resto de su consejo de asistentes, sin juicio de ninguna clase. Me imaginaba que los negros que llevaba habían pasado a formar parte del servicio de algún cardenal, que los habían vestido con turbantes a la veneciana, e iban y venían trayendo viandas, faisanes y jarras de vino. Los jesuitas habían sido expulsados del orbe de la Tierra, excepto en Prusia y el imperio ruso. Sabía que otras órdenes estaban ocupando las misiones y colegios que ocupaban antes aquellos, y que los dominicos eran los más beneficiados en las misiones de Asia: les dieron los mejores enclaves, mientras que a los agustinos los mandaron a los emplazamientos peligrosos. Así es la política. Los traidores

dominicos, como Judas Iscariote, habían vendido a la marina el paquebote *San Telmo*, donde pretendían llevar, y finalmente llevaron, a los jesuitas hasta Acapulco, cuando casi naufragó la fragata *San Carlos Borromeo* y tuvieron que regresarse a Manila.

Como aquellos barcos en la tempestad, yo había perdido de verdad mi norte y la ilusión por vivir. Sin un lugar en San Gabriel, cerca de mis hijos, iba y venía a la deriva en la *Tritona* por los islotes de un mar que al principio se me hizo inmenso pero que entonces era tan pequeño que me sofocaba; los mismos azules, las mismas arenas, playas extensas o pequeñas, acantilado o cala, gaviota o pelícano, ¡qué importaba!

Tenía que buscar una forma de vida para mis hombres y poder correr yo sola a hacer algo por él. La ruta de Manila era el último lugar donde deseaba estar. ¿Cómo iba a poder recalar de nuevo en Acapulco frente al fuerte San Diego? ¿Cómo iba a poder seguir de nuevo esos vientos sin la misma esperanza? ¿Acaso no me iba a morir de tristeza cuando escuchase otra vez los acordes de la guitarra de algún andaluz perdido por algún puerto? ¿O las antorchas de cualquier baluarte brillar junto con la luna llena? ¿Y el olor a sal, o el de las algas de la orilla?

El regreso de Manila a Acapulco se me hizo interminable a pesar de que nos fue bien con la corriente de Kuro Sivo. Había que salir en los meses de julio y agosto, que era cuando el régimen de vientos era favorable a la navegación entre Filipinas y la Nueva España, pero un pequeño retraso con las mercancías que venían de China hizo que saliésemos unas semanas más tarde de lo previsto, a mediados de agosto y sin la protección de la flota. Esta vez, hicimos la travesía solos. Además, a los pocos días de zarpar y varias millas del puerto de Cavite, un baguio azotó la embarcación y la dejó maltrecha para hacer la travesía completa. La tripulación se reunió para evaluar los daños y decidir si volver a Filipinas o continuar hacia Acapulco. Decidimos lo segundo, pero el viaje fue lento, porque tuvimos que meterle menos trapo al barco, que tenía varias jarcias perjudicadas y el bauprés inutilizado, por lo que fuimos todo el viaje sin vela cebadera en la proa, y llegamos a la Nueva España más tarde de lo previsto. Finalmente, el día de Navidad, echamos anclas en la bahía de Acapulco.

Aquella fue la Navidad más triste de mi vida. Ni siquiera la primera que pasé sin mis hijos se pudo comparar a aquella muerte en vida que sentí en el galeón, encerrada en mi camarote y sintiendo el débil cabeceo del barco mientras la brisa cálida que entraba por el castillo de popa me traía las notas de villancicos que cantaban los marineros en alguna goleta cercana. Pensar en mis hijos en San Gabriel, que habrían hecho su pastorela y sus posadas, habrían roto la piñata, como de costumbre, y estarían en misa del gallo en la capilla con el padre Pacheco, después de haber cenado. ¿Cómo serían los pretendientes de mis hijas? ¿Se habrían prometido ya, o habrían celebrado la toma de dicho? Sabía que tu padre ya se había casado y eso dejaba el camino libre a que las niñas contrajesen nupcias. Tu padre se habría encargado de ellas, eso sí, él era un buen hermano.

Recordar la última vez que estuve en aquella bahía con Sebastián, haciendo el amor entre las olas, e imaginármelo ahora preso en Castel Sant'Angelo me partía el corazón. Aquella conversación que había tenido con tu abuelo Sebastián en Manila, junto con el padre Silverio, regresó de nuevo a mi cabeza. Según me dijo, la presión que la Compañía de Jesús estaba poniendo sobre Roma para que declarase que los negros de África tenían alma había provocado primero la expulsión de la Compañía en Brasil, donde claramente la esclavitud era el pilar más grande por no decir el único en el que se sustentaba la riqueza del país, y aquella provocación de los jesuitas podía hundir para siempre el imperio portugués, terminando con su economía esclavista, y eso causó una segunda expulsión de la metrópoli, porque no solamente las colonias se sustentaban con mano de obra cautiva, sino que, además, los portugueses eran los comerciantes de esclavos por antonomasia junto con los ingleses, llevándolos de sus colonias de África hasta Brasil y vendiéndolos al resto de las colonias españolas, inglesas, francesas y holandesas. Luego llegó Francia y, finalmente, España, de donde los expulsaban también, aunque Campomanes hubiese puesto de pretexto su presunta participación en un motín popular que fue claramente nacido e instigado por el pueblo y las condiciones a las que un ministro lo sometió, y además donde no hubo testigo presente de la participación de ningún jesuita. En todo caso de aquel franciscano gilto, que tratando de apaciguar a las

masas en Madrid, como me contó Gálvez, sirvió de intermediario entre Carlos III y el duque de Medinaceli.

Sí, estoy de acuerdo que los jesuitas habían acumulado mucho poder, y que prestaban un apoyo fuerte al Vaticano en su enfrentamiento con la corona, pero de motines ellos no sabían nada. Era más bien el apoyo al pontífice el que le preocupaba al gobierno, al rey Carlos. Sobre todo cuando el Papa iba a lanzar una nueva bula por la que declarase a los negros portadores de un alma tan igual a la de los blancos, y porque aquella declaración terminaría con la esclavitud, la mano de obra que sostenía las colonias y aquel quinto real que la corte en Madrid disfrutaba gracias a la condena en vida a la que estaban sometidos miles y miles de hombres nacidos libres.

Sí, hija, y me había hablado tu abuelo Gálvez hacía unos meses de aquel título que el rey quería darme por mi aportación con aquel mismo quinto real. ¿Qué crees que sentí? Sentí asco de mí misma, de aquella propuesta de nobleza para mi familia que estaba fundada en el dolor profundo, en la mentira más grande, en la negación a darle un alma al hombre de África.

Me propuse regresar a Cádiz. Desde Acapulco, cruzamos Tehuantepec para zarpar hacia la Península. Cargamos las mercaderías en la *Tritona*. Sobraba en ese viaje bastante espacio para más género y Gaspar propuso que acabásemos de estibar la nave con el azúcar de San Gabriel. Yo no me moví de Veracruz, no quise ir a la hacienda, ¿para qué? ¿Para sufrir más el rechazo de mis hijos?, ¿para que me acusaran de estropearles sus alianzas y matrimonios con mi moral relajada?, ¿con mi vida de querindona? Me quedé en el puerto, convertida en Bocachica y sin apenas salir del galeón; en menos de diez días llegó el cargamento de San Gabriel.

Me perturbó enormemente ver cómo cargaban la nave, las garruchas y poleas a todo trapo, subir y bajar barricas de aguardiente de caña, costales de polvo. Aquel azúcar que no era sino la sangre hecha cristales de los negros por los que Sebastián luchaba. El sudor adolorido de una clase de hombres contra la que se estaba cometiendo la injusticia más grande en nombre de la riqueza, en nombre del poder.

Gaspar hizo sus averiguaciones. Aparentemente, Sebastián estaba bien, Clemente XIII estaba con ellos, había estudiado de joven con los jesuitas en Bolonia, así que Sebastián estaba en una reclusión amistosa, si se podía llamar así. Necesitaba escribirle, hacer algo, poder sacarlo de Roma con los papeles que me dejó, irnos a vivir juntos en algún sitio de una vez y olvidarnos del resto, ya que no se podía hacer nada con la bula.

SOBRE UNA CONSPIRACIÓN EN TODO EL ORBE CATÓLICO

Hoy me levanté de la alcobilla de mi camarote antes del amanecer. Estaba sofocada, con un calor insoportable y empapada en sudor. El cabeceo de la nave cuando viene el viento de popa, además, no me ayudó para nada.

Son casi las doce del día y aún no he podido hacer la colación por culpa de las bascas, que generalmente no tengo en la mar pero ahora sí que me dieron. Tuve la pesadilla de siempre, la de las tortugas, esta vez fue más vívida que otras veces. Entraba en un jardín que parecía como el de San Gabriel, detrás de unos arbustos encontraba un galápago pequeño y lo tomaba en mis manos para ponerlo en una fuente, de repente aparecía un poco más *alante* otro, y más *p'allá* otro, y otro. Total, que no me daba abasto para salvarlos a todos. Desperté en mitad de la noche *sudaíta* de arriba abajo. Al amanecer mandé pedir algún remedio. Junípero me trajo la tintura de Colombo y, aunque me he sentido mejor, aún no tuve *ganitas* ni para comer, pero aquí estoy escribiéndote, erguida como el Cid Campeador, más *p'allá* que *p'acá*, y de pie sobre una nave que como un arado va abriendo un surco suave en un océano dócil, a pesar de que siento que cada vez me quedan menos días.

Vamos rumbo a Sevilla. Este probablemente sea uno de mis últimos viajes a Cádiz, si no es, en verdad, el mero último. Quiero dejar todo listo para entregarte la casa, las rentas, los caudales de los bancos. Nos quedan como

unos quince días de navegación antes de atracar en el puerto. Luego vendrá la rutina de siempre, pasar de Bocachica a Gregoria y tomar la diligencia a Cádiz. Ya no aguanto la diligencia. Antes era distinto, pero ahora el esqueleto me duele como antes no me dolía con el traqueteo de los carruajes.

Llegar al palacio del barrio de Santa María, que ya es mi casa, aunque no lo ha sido nunca, me llena de soledad. Por mucho que le diga a la Micaela que pida dispensa y se venga unos días a mi lado, me faltan cosas, me lleno de esa sensación de pobreza que tenía en San Gabriel, cuando miraba alrededor y mis ojos se posaban en esa cruz hecha por la naturaleza con las ramas de los laureles de Indias, y me daba cuenta de que faltaban aquellos hijos no habidos, abortados en mi *sentraña* por causa del malaje del viejo. Así me siento en Santa María, quizá no sea culpa del lugar donde me halle y tenga más que ver conmigo, con esa ausencia permanente en vida. Primero fue tu abuelo el que me faltaba, después fue la *Leona*, ahora es tu padre, tus tías. No he podido tener un hogar completo nunca. Mi casa, Rosario, es este galeón, donde, *unque* vaya disfrazada como en carnavales, he podido ser yo misma.

No sé si te acuerdes de la *Casilda*, o si alguna vez la hayas conocido, me figuro que sí. Se me vino a la cabeza hoy por dos cosas: una, porque me siento como ella, con mi casa a cuestas, y la otra porque, en esta noche de pesadillas que acabo de dejar atrás, la he tenido presente como siempre. Yo sé que sí que sigue viva en San Gabriel.

La última vez que oí hablar de ella fue al capataz nuevo de tu padre en el puerto. Me contó que aún seguía paseándose por el jardín, entre los enormes árboles, comiéndose la lengua de venus que crece en los arriates y los higos chumbos de las tuneras. Vagando como un fantasma de piedra, quizá buscándome de algún modo, quizá solamente paseando su libertad y su bonanza, disfrutando de la yerba, porque finalmente lleva su hogar consigo misma.

Fue una entre muchas que se salvó de pura chiripa. La salvé yo, hija, yo misma. Me hubiera gustado que hubiese estado acompañada, pero no le pude conseguir un marido y así se la regalé a tu padre: soltera *pa toa* la vida.

La encontré en la isla de Luzón junto con otras veinticinco, que compramos en los muelles antes de zarpar para Acapulco. Un comerciante las trajo de la

isla Fernandina, allá por los mares del sur, cerca de las costas pacíficas del virreinato del Perú, en unos islotes que los llaman de los Galápagos, precisamente porque hay muchos de ellos. Estaban unas encimadas en otras, metidas en tabales de caña para que no se pudieran mover, eran muy codiciadas por los galeones porque en las bodegas duraban vivas hasta tres meses, sin moverse y sin tener que darles comida o pasto alguno, y la carne, además, era rica. Me dio una penita enorme verlas así, presas, reducidas a una despensa viviente.

Tanto Gaspar como el maestro de jarcia, que eran los encargados de la compra del avituallamiento, me aconsejaron que las compráramos. Ellos, casi siempre, compraban gallinas y capones, algunas cabras o puercos que, enjaulados nos duraban algún tiempo antes de que fueran a dar a alguna marmita de caldo de puchero. La poca carne que llevábamos iba en cecina, carne de Chinameca, o tasajo, hasta de cocodrilo o de iguana a veces. Al ver en el puerto todos aquellos galápagos gigantes, Gaspar no dudó en llenar nuestras bodegas con el más preciado alimento para nuestra travesía hasta Acapulco. Si me preguntas por qué me apiadé de ellas y no de las gallinas o de las reses porcinas que a veces habíamos llevado a bordo, en las bodegas, te diré que porque las tortugas traían a mi cabeza recuerdos de mi infancia en Cádiz.

Siendo yo chiquitita, la Paca me trajo de regalo un galápagos de una laguna que había por allí, cerca del puente Zuazo, donde ella iba a coger caracoles para guisarlos cuando estábamos tiesos y no teníamos para otra cosa. Cuando la vi me hizo tanta ilusión que el barreño de madera que mi madre usaba para lavarse el pelo lo llené de agua y allí puse a mi tortuga. Casi le da un soponcio a la Paca, porque ya solamente le quedaba el barreño que compartíamos con las vecindonas y era demasiado grande, *pa* bañarse. La llamé *Casilda* y por ella llamé *Casilda* a esta otra. A la primera porque vi en el almanaque de la Virgen que colgaba en el cuarto que el día que llegó era el día de santa Casilda. Le daba de comer migas de pan y unos cuantos camarones que me compraba la Paca, todos los lunes me traía del puerto un cucurucho. Luego la sacaba al sol, entre las macetas puse unas tablas y le hice un corralito para que viviera allí y se asoleara, enfrente de la puerta del

cuarto.

Me gustaba ese animal, que metía y sacaba su cabeza según le interesase estar o no estar. Y que tenía la dureza de su concha para protegerse de un mundo complicado. Además, me gustaba que había sido un regalo de mi madre, que me contó que yendo ella por el lugar se lo encontró en medio de un camino y le dio miedo que la rueda de algún carro lo aplastara, por eso se lo echó al canasto.

Una mañana en que fui a buscar a *Casilda* a su corral no la encontré. Nunca supe si las vecindonas me la farabustearon o si se escapó por algún hueco del precario tentadero y se salió corredores abajo hasta la calle. Salí como las locas, buscando sin parar en cada rincón de aquellos patios, bajo la higuera, detrás de las macetas, en la pileta y hasta en la letrina del estercolero. Me fui a la calle, mirando en los canalillos de las aguas sucias, preguntándole a la gente que me encontraba, la de la vasera, a la marchanta de la esquina, a la del canasto de piñones que se ponía con las tijeretas a vender cartuchos, al ropavejero, a los alguaciles y al calesero que vivía en la vecindad de enfrente y, en el portón, esperaba con la calesa, donde me daba miedo que fuese a dar bajo las ruedas. Nadie había visto ningún galápago caminando por el arenal de la calle.

Lo que lloré, Rosario. Menudo sofoco me pegué. Me angustiaba pensar que *Casilda* había terminado sus días bajo las ruedas de un carruaje o los cascos de un caballo, o aún peor, perdida por las acequias del orín, oliendo a mierda, o que se hubiese salido hasta el mar y se me hubiese ahogado en ese charco tan grande donde no podría vivir de ninguna de las maneras.

Desde esa mañana en que descubrí el palenque vacío, he tenido pesadillas continuas con *Casilda*, como la de anoche. Me sueño angustiada, escudriñando por el mismo patio, o por otros patios que no reconozco, por hermosos jardines de arriates verdes y fuentes, por feos lugares baldíos y secos, playas y hasta claustros de convento. Siempre en mis sueños me veo buscándola con harta congoja. A veces la encuentro y me *encontento*. Entonces busco un lugar donde ponerla a salvo. La llevo a la fuente, a un nuevo corralito, una acequia o dondequiera que sea seguro para ella. Luego aparecen otras tortugas, dos, tres, cuatro, doce, veinte, cientos, y no me da

tiempo de ponerlas a todas a salvo, no doy abasto para recogerlas y llevarlas adonde haya que llevarlas. Cuantos más galápagos recojo, más aparecen.

Y así despierto afligida, todavía a mi edad, cuando sueño con *Casilda*. Y me pregunto por qué con tantas cosas, todavía más horripilantes que esta, que la vida me ha mostrado, por qué me da por recordar esto para una pesadilla, para un desvarío, y no recordar cosas más dañinas y más malas que me han pasado. Pero a pesar de que he visto de todo a estas alturas, me sigo acordando de aquel pobre animal que mi madre me confió y que no supe guardar.

Por eso cuando Gaspar compró en los muelles aquella reserva de carne fresca que duraría en nuestras bodegas por más de tres meses sin dar guerra, sin comer o beber y sin moverse, apiladas unas sobre otras y atadas con sogas, se me encogió el corazón. Le dije que mejor las dejáramos allí, que buscásemos las gallinas y los capones de siempre y algún que otro par de puercos para las bodegas. Pero Gaspar no se dejó conmovir por mi sensiblería; que si el espacio que ocupan estas es mucho menos, que si no necesitan ni moverse, ni consumen pan ni agua, y que además con una de ellas almuerzan cuarenta hombres de una sentada y hasta nos da para una buena sopa, y con el caparazón hacemos jofainas y palanganas donde lavarnos, y que si, además, señora Gregoria, si no las compramos nosotros las comprarán otros más listos que nuestras mercedes.

Me di por vencida. Además, no podía andar rebatiéndole a Gaspar las decisiones que tomaba como maestro. Él era mi lugarteniente, y todo lo que había hecho yo con su ayuda y por su cuenta había salido bien. Si no le permitía tomar sus propias decisiones no estaba siendo justa con él ni con la confianza que yo misma había depositado en el hombre. Esa noche, atracados en el muelle de Cavite, no pude pegar ojo, entre el vaivén de la marea contra los pantalanes y el cavilar en cómo salvar a aquellos animales empacados en la despensa del barco, y volví a soñar con aquel galápagos que mi madre me regaló.

Ahora voy, también como loca, por los mares abordando galeras. De entre todas ellas busco un tipo en concreto. Las de bandera portuguesa o inglesa que desde Cabo Verde van a los mercados de América repletas de negros.

Como si de cientos de *Casildas* se tratasen, como si de cientos de galápagos, hago mi sueño realidad de ponerlos a salvo, en un lugar donde puedan vivir seguros, alguna isla que tenga agua bebible en el mar de los Caribes, un par de reses vacunas, otras tantas reses porcinas, macho y hembra, varias gallinas y un gallo que las pise, semilla de frijol y dos docenas de cocos del Pacífico para que los planten, que en el Caribe no hay muchas palmeras cocoteras y esas del Pacífico se parecen mucho a las que ellos tienen en Cabo Verde. Los dejo en tierra firme, que se conviertan en libertos, que funden sus propias colonias de cimarrones, por las costas más abajito del Yucatán, por allá por la capitanía de Guatemala.

Cuando no consigo encontrar una galera, o estas se me escapan, cuando algún esclavo muere en la escaramuza o me veo en la imposibilidad de darles libertad, vuelvo a tener ese sueño. En cambio dejo de tener esas pesadillas cuando abro las trampillas de cubierta de sus prisiones flotantes. Allí los veo implorar, con las manos encadenadas, muertos de miedo porque no saben a qué venimos, y entonces alguno de mis hombres les tienden una mano, y los jala *p'afuera*, los veo mirar el cielo azul después de muchas lunas en la penumbra, casi cegarse por los rayos de ese sol que sigue siendo el mismo, los miro escondida dentro de Bocachica y los siento comprender que no somos sino sus libertadores. Entonces, Rosario, se me abre el corazón y la pesadilla no vuelve por unos cuantos meses.

Después de la expulsión de la Compañía de Jesús, después de aquellos secretos que tu abuelo me contó, después de la impotencia que sentí al saber que estaba preso, comencé a rumiar esta idea. Sí, mi *arma*, espero que ya entiendas que soy una pirata distinta a los otros. No quiero decirte que sea de las buenas, no, eso no existe. Si fuera de las buenas no mataría, ni dispararía pólvora con esa enjundia que me entra por el cuerpo cuando lo hago, ni tiraría bolas de plomo del tamaño de un coco a los galeones del rey de España para sacarles doblones, armamento o libros. Pero como que me llamo Gregoria Salazar que a pesar de ser lo que soy, yo no voy por los siete mares dejando un rastro de sangre en balde, sino que el rastro que dejo de muerte y

desolación es parte de un justiprecio que me veo obligada a pagar desde que me ataron de pies y manos las circunstancias de la vida.

A los esclaveros los mando donde los tengo que mandar, a que sean pasto de los tiburones, con que haya un sayón menos en este mundo me voy conformando, ¿pues qué iba a hacer con ellos?, ni modo que los mande a un balneario a que tomen aguas frescas, y a los que me quieren cortar el pescuezo, pues igual, hija, al fondo del mar.

Pero ya que te conté mis razones escondidas, mis miedos y por qué una hace lo que hace, y volviendo a lo que sucedió en España aquellos días, como te dije, Sebastián me había confiado los cartapacios con duplicados de los documentos que llevaba a Roma. Un jesuita flamenco, el padre Van der Tol, había impreso con absoluta fidelidad copias de cada una de las cartas entre los reyes de España, Fernando VI y Carlos III, y dos papas, Benedicto XIV y Clemente XIII, con respecto al caso, en una imprenta de la Compañía de Jesús.

Esas cartas duplicadas fueron las que Sebastián se llevó al Vaticano, las originales me las dejó a mí. Él sabía bien el peligro que corría cuando en la *Tritona* me entregó los papeles originales. Además de las cartas había otra serie de documentos de mucha importancia, hija, como la Bula de Guinea, dada para la evangelización de la Guinea española y las islas Canarias, la cual importaba mucho en este caso, ya que si en el pasado se había dado una bula para evangelizar una región del continente africano, ello implicaba que los habitantes de dicho lugar tenían un alma. De lo contrario la evangelización no tenía razón de ser.

Quedaban pocos manuscritos de esa bula, tu abuelo me había dado uno y ese estaba en mi poder. Esa era mi baza más preciada, mi as debajo de la manga. Tenía que jugar bien las cartas ante el rey de España y ante el Vaticano si quería sacar de allí con vida a Sebastián. Mi idea era irnos a vivir a Prusia o a Rusia, como otrora nos fuimos a las colonias, como ya te he dicho. Ya estoy vieja y no me acuerdo si te lo expliqué o no, pero te lo digo de nuevo, eran los dos únicos países que permitían la entrada de los jesuitas y te explicaré por qué: claramente los dos países no tenían haberes coloniales que dependieran en peonaje africano, y en concreto a Rusia le interesaba

frenar a los países vecinos para afianzar su dominio en una Europa más equilibrada, y eso solamente lo podía hacer retirándoles toda esa mano de obra gratuita que no suponía un gran costo para ellos. La reina Catalina, más lista que el hambre, vio en la donación de esa bula la respuesta a su problema; por eso acogió a los jesuitas en sus territorios, incluido Polonia, y la élite de la Compañía de Jesús, los pensadores de la Iglesia en esos años, se fue allá a refugiarse.

Las cartas de los papas a ambos reyes españoles, esas no las teníamos. Estarían de seguro a buen recaudo en los archivos del rey en Madrid, pero no nos interesaban tanto. Sebastián sospechaba de a bien que Clemente XIII estaba del lado de la propuesta de la Compañía de Jesús. Todos estos documentos que te menciono, Rosario, y otros cuantos que me callo por no aburrirte, me los tuve que leer de cabo a rabo por conveniencia mía y consejo de tu abuelo. Y en tales cosas fui empleando mi tiempo en la travesía de vuelta a Sevilla.

De lo que leí deduje claramente que Clemente XIII había estado a punto de donar una bula que, al igual que la *Sublimi Dei* hizo con los indios americanos, declarararía la existencia de un alma en la raza negra africana. Un alma tan sublime como la de los blancos, como la de los indios predecesores en esta batalla, ni más ni menos. A partir de ahí, el Papa obligaría a los imperios coloniales católicos al cese de la esclavitud, y la Iglesia anglicana, como había venido siendo, también seguiría el contenido de la bula, como hacía en materia de fe, y con ella seguramente el asunto estaría seguido de las Iglesias protestantes. Las decisiones de Roma tenían mucha importancia, no solamente para católicos sino para todo el orbe terrestre.

En caso de no poder emitir la bula por la presión de las coronas europeas y algunas dentro de la propia Iglesia, los jesuitas habían previsto otra forma para acceder de forma práctica a lo que se trataba de conseguir a través de dicha bula. Eso era la beatificación inmediata del dominico peruano Martín de Porres, que de por sí vendría a confirmar la existencia de un alma en los negros.

Un beato negro supondría aceptar la llamada a la santidad del alma negra. Aunque te parezca increíble, los propios dominicos, oscurantistas y *malajes*

como de costumbre, se oponían a la beatificación de un miembro de sus propias filas, a pesar de que un nuevo santo en su orden les daría de nuevo la fuerza que habían perdido frente a los jesuitas y los franciscanos, que les ganaban terreno tanto en las colonias como en Europa.

El motivo de esta oposición, como ya te dije, estaba muy claro: la misma orden se había opuesto en el pasado a que Martín de Porres fuese hermano de pleno derecho en el seno de los dominicos, igualito que hicieron las concepcionistas con mi hermana Micaela, y cuando Martín solicitó los hábitos, no pudo ser fraile de misa, e incluso le prohibieron ser hermano lego, finalmente entró en la orden como terciario donado, recibía alojamiento y se ocupaba del trabajo como criado. El mal ya estaba hecho, la postura dominica fue tajante respecto a Martín desde su entrada en la orden. No había vuelta atrás, ni siquiera los dineros de su padre pudieron hacerlo hermano lego como los míos sacaron a mi hermana de coadjutora. Reconsiderar el lugar de Martín dentro de la orden a siglos de haber muerto era reconocer un error colosal de cientos de años por la propia orden y eso los ponía en tela de juicio de si no estarían en el presente cometándose los mismos errores.

Los dominicos, cuando se vieron con el agua al cuello, se excusaron de todos estos siglos pasados diciendo que aquella traba puesta a Martín no era sino por ser hijo bastardo. Otra gran mentira. El verdadero motivo que querían ocultar esos culeros, Rosario, era que Martín era de raza negra, mulato, y los teólogos de esa orden eran los que en esta controversia defendían la naturaleza distinta del alma de los negros, en contra de los jesuitas.

El primer dominico que cavó la tumba de los negros en esta controversia fue un tal Bartolomé de las Casas, que por allá en el siglo XVI estuvo de obispo en Chiapas. Algunos de sus escritos habían caído en mis manos y sabía yo de él.

Bartolomé, que porfió con Ginés de Sepúlveda en la defensa de las almas de los indios naturales de América y consiguió que Paulo III donara su bula, *Sublimi Dei*, de la que tanto te he hablado, no fue bueno para la causa de los africanos. En su afán por defender al indio devastó al negro en su obra, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, donde defendió al

indígena del encomendero y sus abusos, no considerándolo apto para el trabajo feroz que este le impuso y, en cambio, dijo a la letra que el negro proveniente de África sí era apto para este trabajo forzado. Algunos hombres versados pueden ser muy tontos, hija. Habló del alma en el indio, pero omitió declarar a favor del negro y puso en tela de juicio su humanidad.

Los reyes de España, Francia, Inglaterra, Portugal, el duque de Milán, el rey de Sicilia, las Provincias Unidas y Nápoles recomendaron al Papa «prudencia y buen hacer» en el asunto de los negros, según ponía literalmente en un documento del cartapacio.

Ya bastantes problemas tuvo Roma con España porque el padre de Carlos III y de Fernando VI, Felipe V, rompió las relaciones diplomáticas con Roma por haber apoyado esta al archiduque de Austria en la guerra de sucesión. Y a Roma, ante todo, le interesaba guardar esas buenas relaciones, apenas nacientes, con España, el país paladín del catolicismo en Europa, uno de sus últimos bastiones frente al avance protestante, amén de no querer perder las rentas de la Iglesia no solo en la Península sino en el imperio colonial, hija. Así que Clemente XIII, valiente cagón, sin echarse totalmente para atrás, aplicó prudencia y dilató tanto la bula como la beatificación de Martín de Porres. Es entonces cuando el padre general de la Compañía de Jesús, Lorenzo Ricci, salió de Roma con los documentos de la controversia en su poder y se los entregó en salvaguardia a tu mismísimo abuelo, Sebastián Espinosa de los Monteros, para que convenciera al Colegio Cardenalicio y al Santo Padre de tomar una decisión urgente.

El rey, en ese momento, le echó la culpa al motín de Esquilache para imputar a los jesuitas. Acusándolos falsamente de las revueltas en Madrid contra su persona, los expulsó del imperio. La verdadera razón de la expulsión no fue el motín de Esquilache. ¿Quién puede ser tan ingenuo de creer que una simple revuelta por unos bandos que imponían hacer de tu capa un sayo, o ponerte un tricornio, tenga la magnitud para eso? ¿Por qué, entonces, los expulsaron a continuación de otros países europeos, que no tenían nada que ver con un pequeño motín sucedido en Madrid? Un motín que se debía a la tirria que le tenía la gente a un ministro del rey y no al propio monarca. ¡Válgame Dios!

No digo yo, mujer, y no pretendo tener la razón ni el conocimiento absoluto en este tema, ni que la Pragmática Sanción tuviese como único motivo el alma de los negros. No, yo sé bien que había otras razones, que también fueron parte en este intríngulis las envidias tan malas entre órdenes, la fuerza que los jesuitas tomaron en esos años, los imperios coloniales y muchas otras cosas que, estoy segura, no logro entender ni saber.

Con la expulsión de los jesuitas la posibilidad de una bula quedaba totalmente fuera de lugar. Aun así, el Papa les dio asilo en Roma con la esperanza de encontrar una solución que no comprometiera al Vaticano, ni supusiese la disolución permanente de la orden, como quería Carlos III.

Rosario, mi *arma*, y no solo era eso, no solamente era cuestión de política entre reyes y hombres grandes. En la calle también estaba la controversia y el daño llegaba a las haciendas, a las ciudades, a los pueblos y a las minas. En los mentideros y tabancos, en las tertulias de gente bien, en las universidades, en los confesionarios, la opinión de la gente también se volvía contra ello, contra algo que hubiese sucedido de forma natural si no hubiera habido intereses mercantilistas en su contra. Yo misma tuve ocasión de escuchar en un mentidero de Cádiz en uno de mis viajes y en alguna tertulia de salón en casa de alguna dama copetona, que si adónde vamos a llegar, que si cómo se pueden proponer tales aberraciones, y que si a este paso le vamos a reconocer alma a los perros o a los gatos si empezamos por los negros, o es que no lo ven sus señorías, que si acaso los esclavos que tenemos a nuestro servicio pueden decidir entre el bien y el mal como nosotros, ¿o es que no se dan cuenta de su inclinación a los vicios?, que si ni hablar, que si hay que tutelarlos.

Surgieron filósofos y teólogos que se encargaron de encontrar las falsas razones de derecho natural, de buscar en las codificaciones imprecisas del derecho romano argumentos que apoyaran sus razones inhumanas, razones que los imperios de este mundo quisieron darnos para que entendiésemos lo que era normal de acuerdo a ellos, y lo que era «antinatura», también de acuerdo a ellos.

Tu abuelo se quedó en Ostia, y de allí fue a Roma con la mejor de las esperanzas, una de esas virtudes teologales que implican existencia de alma y

que él pudo demostrar que esos negros que lo acompañaban tenían: fe, esperanza y caridad. Creía firmemente que, con el apoyo de la Santísima Virgen, la bula terminaría siendo donada. Era muy fervoroso y rezaba a cada momento pidiendo un milagro.

Te diré que estoy segura de que la Virgen tuvo empeño, como lo tuvieron muchos hombres de buena voluntad, pero lo que no hagamos nosotros en esta tierra que se nos encomendó, no lo va a hacer ningún milagro. No adjudiquemos a Dios lo que nos corresponde. Y a este egoísmo del que te hablo, que tiene sus raíces en el tener y en el poder, en este mundo, atribuyo el sufrimiento de los hombres, de la raza humana, que es solamente una, aunque la queramos ver diversa. A las putas por putas, a los tontos por tontos, a los putos por putos, a los indios por indios, y a los negros por negros, y a los gitanos por gitanos, a cada ser que haya sido distinto le hemos robado el derecho a un alma como la nuestra, a base de golpes y con la Biblia en la mano.

Los jesuitas tenían esperanzas en el nuevo papa Clemente XIV, pero este no sería mejor que el anterior, sino aún peor para la orden.

El asunto de Martín de Porres quedó totalmente olvidado, en saco roto. Se encargaron de mentir, de adjudicarle sus santos milagros a la superchería y la magia negra, y tanto más cuando la mayoría de los que le rezaban, como él, eran negros. El virreinato del Perú quedaba muy lejos de Roma y con esa lejanía quedaban lejos sus santos y sus bienaventurados, a pesar de que esa plata y ese oro de sus minas, sacado con el sudor esclavizado de los hermanos de Martín de Porres, mantenía el esplendor y el boato del rey y del mismísimo Papa de Roma.

DE UN REY Y UNA DISIDENTE

Como has de suponer, mi querida Rosario, tu abuela Gregoria no se quedó de brazos cruzados en la *Tritona*. Yo sabía que con esos papeles que tenía en mi poder podía negociar la libertad de tu abuelo, o quizás ir más allá y convencer al rey, al que yo creía en ese momento ajeno a esta conspiración, de que los jesuitas no tenían nada que ver con el motín de Esquilache, y yo sentía que todo era una jugarreta del ministro, quizá del marqués de la Ensenada, o de quién sabe qué mano negra para quitarlos de en medio.

En Veracruz me enteré de la visita de tu abuelo Gálvez a Carlos III. A la sazón el rey me había propuesto para aquel título que te comenté, y Gálvez deseaba que me lo otorgaran de inmediato, para que la inminente boda de su hija con mi hijo sucediese en otros términos. Así que me dirigí a Sevilla con otro cargamento, para luego ir a Cádiz.

Llegué unas semanas antes que Gálvez el Feo, como yo le decía a tu abuelo José. Lo justo para acondicionar mi palacete y tenerlo listo para recibir a mi invitado. Mi viejo amigo, que para entonces ya era casi mi consuegro, o al menos en esos términos me trataba, llegaría a Cádiz camino a Madrid, donde tendría de seguro entrevista con el rey y con los personajes que dirigían el imperio colonial. Para cuando yo arribé a la Península, ya Ensenada estaba desterrado en Medina del Campo, y por supuesto Esquilache, exiliado, y aunque no estaba yo al tanto de quién ocupaba su puesto, que luego supe que fue Campomanes y Aranda, sí que sabía que, quienquiera que fuese, estaría

en Madrid para recibir al visitador y miembro del Consejo de Indias.

No tuve más remedio, no solamente por cortesía, sino también por mi propio interés y el de tu abuelo Sebastián, que invitarlo a que se hospedara en mi casa. Gálvez aceptó en buena gana, era ojo alegre, hija, y no lo digo como algo que deba tenerse a menos. Un hombre galante que disfrute de la presencia y compañía de una dama no es algo que deba censurarse, sino más bien un cumplido que las mujeres debemos saber agradecer con la justa medida en que no se nos tome por busconas, pero tampoco por groseras o melindrosas, y por supuesto de lo que debemos aprender a sacar partido discretamente, en nuestro beneficio. Y así hice.

Gálvez llegó en una fragata que arribó a los puertos de Cádiz en el mes de mayo y yo mandé una buena estufa y cuatro lacayos a recogerlo, como era menester. Entró por mis puertas con todo el boato que a él le gustaba y que yo ya me sabía después de sus visitas a San Gabriel. Estuvo muy pendiente del asunto del tabaco, ya habíamos empezado en la hacienda a cambiar terrenos de cañaveral por la *Nicotiana tabacum*, tu padre en persona estaba ya al frente de ese empeño y los nuevos plantíos se estaban dando muy bien, según me informó Gaspar en ese viaje. Era cuestión de meses que el feo Gálvez me pidiese lo suyo.

Llegó con mal aspecto del viaje. Unas fiebres, ya mitigadas, lo habían traído por la calle de la amargura todo el trayecto desde las Canarias. Me traía noticias de San Gabriel, unas cartas en mano de las niñas en las que me contaban las banalidades de siempre, y sus tomas de dicho con un sobrino de este y un hijo de Villalba. Tu padre, en cambio, no me mandaba ni una nota saludando. Gálvez estaba ávido de proyectos, de nuevos negocios que habrían de consolidarse después de haber sucedido la boda de nuestros hijos.

Estuvo reponiéndose en una habitación amplia del lado poniente, donde había dormido la consentida y rebuscada de María Clarines, pero que yo había remodelado para que no quedase ni rastro de aquella *chumina*. Le di ese cuarto para que tuviera mañanas frescas y tardes cálidas, yo misma le preparé varias veces mi consomé especial de gallina al que le ponía mi propio toque para reponerlo de sus males.

Un consomé que tiene fama en Cádiz, Rosario, y no porque quiera yo

dármelas. Pero entre los círculos ilustrados que frecuentaron mi casa en esos años, y entre las gentes que vinieron a mis tertulias, era de los preferidos. Tiene varios secretos que aprendí después de haber viajado y conocido tanta especia, de algún grumete, de María la Mulata, de alguna india y del cocinero de los jesuitas en Manila. Definitivamente era un consomé mestizo.

Le ponía, y esto te lo digo a ti en secreto de familia, una cebolla requemada en un perol de cobre, para que le diera el color de una taza de té oscuro, dos clavos de olor o cuatro si son pequeños, diez o doce bolas de pimienta verde y una estrella de anís por cada gallina, si la estrella es grande solo la mitad y agua a sentimiento. Ya sabes que el perejil me da mucho asco y desde que le cogí tirria ya no se lo pongo.

Todo eso le da un sabor muy especial que nadie nota así de repente, la cosa es no pasarse, hija, pero los que tienen el paladar más fino se percatan de que mi consomé no es como el de cualquiera, y eso sí, no te olvides que tienes que clarificarlo todo con doce claras de huevo y colarlo en una muselina. Ya verás, cuando lo hagas te acuerdas de mí, de tu abuela, que no se te olvide el apio y la zanahoria, y un buen hueso de jamón serrano, te va a quedar imponente. Con eso y tus ojos, que ya sé de buena tinta que los has sacado mejores que los míos, mi *arma*, te vas a camelar a cualquiera.

Si hubiéramos vivido juntas, si hubiéramos pasado temporadas las dos en alguna finca de veraneo, o al menos te hubieran mandado conmigo a Cádiz, o nos hubiesen dejado en San Gabriel como abuela y nieta, yo te hubiera enseñado estas cosas de tú a tú, como debe ser. Pero no ha sido así. En lugar de lamentarme voy a remediarlo y, si es menester esas recetillas de cocina que las nietas aprenden de las abuelas, esos platillos especiales, no más dos o tres, que tú no has podido aprender de mí, cuando menos, te las paso. Junto con mi bitácora y los documentos de la conspiración te dejo mi cuadernillo de recetas. El consomé, por mi sangre española; las tortas de aceite, por mi gotita árabe, y el gazpacho, por la andaluza, esas son de las de la Península. El agua de chía, por mi lado indio, que de vivir entre ellos también se le pega a una el pulso de la sangre de su raza; la de jengibre y toronjil, por mis idas a Manila, la ciudad que me devolvió a tu abuelo; y los chiles dulces rebozados y con nogada por la parte criolla que me toca, que aunque no haya yo nacido

en la Nueva España también soy de allí, porque de allí son mis hijas y allí tengo mis quereres, y donde una tiene los quereres tiene también su corazón, que si he nacido en la España peninsular me he hecho mujer y señora en la España de ultramar, y del crecimiento también sale la querencia. Así que te dejo estas seis recetas en el cuaderno, tres de acá y tres de allá, para que tengas de los dos lados. De tus dos lados.

Bueno, mi *arma*, te cuento que le hice a tu abuelo José su consomé, vamos, que lo consentí y lo traté bien. Entre las cosas que hablamos, te puedes figurar cuáles eran sus intereses, el título que el rey nos iba a dar por los dinerales que mandábamos de quinto real, y que indirectamente disfrutaría su hija, es decir, tu propia madre, así limpiaba la sangre de mi hijo, que sí que tenía caudales, pero solo eso; el asunto del tabaco y el monopolio que su hermano acababa de arreglar, que eran en lo sucesivo nuestros negocios, y los dineros que quería que yo donase al rey, que estaba embelleciendo Madrid. Que para tanta fuente, estatua, jardines y obras públicas necesitaba caudales, y esos iban a ser los míos.

Hablamos mucho también de los problemas con los jesuitas abolicionistas que, aunque expulsados, seguían dando la lata con las ideas que sembraron, y eso nos podía perjudicar mucho a nosotros, según Gálvez, porque nuestros negocios estaban basados en esa mano de obra, y claro que indirectamente al rey, que necesitaba fondos para arreglar Madrid.

Él en eso era muy tajante y parecía que sospechaba de todos; que si no seréis vuestra merced simpatizante de los jesuitas, ¿verdad?; que si no seréis vuestra merced de esas que piensan como los abolicionistas, y que si no estaréis vuestra merced de acuerdo con esos afrancesados que hablan del orden político como si fuera una aberración; que si, Gregoria, debéis entregar a Su Majestad una buena suma para ayudarlo a embellecer la capital de nuestro imperio; Su Majestad sabrá recompensaros por ello, ya lo veréis.

Yo le seguía la corriente, era mejor volverme un zorrito plateado que enseñarle que era una mujer de armas tomar. Además, sabía que alguna de sus recomendaciones las iba a tener que seguir. En primer lugar no quería perjudicar a mi hijo Sebastián, al que ya bastante daño le había hecho con mi mala fama; en segundo lugar si iba a hacer lo que iba a hacer, y Gálvez iba a

ser una pieza más de mi ajedrez, tenía que hacerme pasar por eso, por una frívola indiana con ganas de lujo, vestidos y títulos, y no por una enamorada, loca por un hombre proscrito que además para más inri era un jesuita, artífice de aquel *tinglao*, y ferviente seguidor de un ideal de justicia. La otra cosa era que no sospechara, de ninguna de las maneras, que yo pensaba hacer lo que fuera por hacerle llegar los legajos de los jesuitas al rey de España, en el que todavía tenía yo un poco de fe.

Como era mi deber de anfitriona, le organicé a tu abuelo Gálvez un par de conciertos de arpa y flauta en la casa, alguna velada a la que vino Gaspar, que, como lugarteniente, tenía que estar al tanto de lo del tabaco y otras cosas más. Buenos puros veracruzanos, buen jerez y unas bellas gaditanas que en un momento dado si fuese menester, y perdona por tanto detalle, le alegraran la vista al visitador real y lo que hiciera falta. Hasta un sarao le monté en mi propia casa, en la sala de los espejos de la marquesona, donde abrí los balcones de par en par por la calor y me traje a unos flamencos y unas manolas que lo entretuvieron un viernes hasta bien entrada la *madrugá*. Figúrate, Rosario, con lo *saborío* que era tu abuelo Gálvez, haberlo visto jaleando y tocando las palmas, eso sí, con unas copitas de más, que lo que no pueda el mosto de aquí, no lo puede nadie.

Cuando llegó la hora de irse *pa* Madrid, me pidió que me reuniera con él en la capital para asistir a un baile en el Palacio de Oriente, donde esperaba que yo fuese presentada a Su Majestad y recibida en la corte, ya con mi título concedido. Allí, en ese baile, Gálvez quería que yo le propusiese una suma para obra pública al rey, como pago o agradecimiento por hacerme noble, como si la nobleza, hija, te la diese un papel y no tus propios actos.

Así como hablamos, una semana después que Gálvez partiese a Madrid, allí fui yo tras él, con Gaspar y Junípero, que me acompañaban como era de rigor. Fue un viaje tedioso y horrible, cruzar Despeñaperros, toda una odisea, hija, con decirte que tuvimos que ir en tres coches de caballos porque en los otros dos llevábamos una escolta de marineros armados, porque teníamos miedo de tanto bandido que había por Sierra Morena y por aquellos lares.

Las posadas del camino estaban carísimas y las carreteras, en tan mal estado que tardamos más de lo que planeamos. Menos mal que habíamos

salido con tiempo de Cádiz. Entramos en Madrid a principios de verano por la Puerta de Toledo, la ciudad estaba levantada y polvorienta de cabo a rabo, se preparaban jardines, fuentes y puertas triunfales, decían que el propio rey había diseñado hasta paseos y alamedas. Fíjate que me caía bien ese rey al que no conocía, porque me enteré que había dado el indulto a los gitanos que su hermano trató de exterminar, encadenando a hombres con grilletas a trabajos forzados en minas y arsenales, y a mujeres y niños en aquellos telares como en el que yo pasé los años que estuve con la Genoveva, pero por otro lado me habían contado cosas muy aburridas de él, como que no le gustaba el baile, y que estaba haciéndoles la vida difícil a los madrileños con prohibiciones irracionales.

Nos hospedamos en una casa al lado del convento de las Baronesas, que eran en verdad carmelitas recoletas, y no sé por qué las llamaban así, me figuro que serían unas monjas de las gentes del abolengo o qué sé yo. La casa la tomó prestada Gaspar de un hermano suyo que era gentilhombre del rey, que a la sazón estaba fuera de Madrid en San Ildefonso, preparando la llegada del rey Carlos para pasar los meses de verano. En la casa nos recibió el servicio y desde allí nos dispusimos a disfrutar de Madrid.

Salimos a pasear por el Parque del Buen Retiro, que Su Majestad acababa de abrir a todos los madrileños a condición de que fuesen aseados y bien vestidos, los hombres sin sombrero y bien peinados, debían llevar casaca, no se permitía ni capa ni gabán, y las mujeres, sin mantilla o pañuelo. Cuando vi el bando colgado en la reja de la cancela de entrada tuve que dejar mi mantilla en la estufa que nos esperó en las cancelas, donde los carruajes se colocaban a esperar a sus dueños.

Era un parque hermoso, pero sus muchos árboles para nada, hija, se comparan con las ceibas que tenemos en San Gabriel, ni con las palmas o helechos que rodean nuestra casa en el Papaloapan, ni mucho menos con aquellas flores y plantas exóticas que yo había visto en el camino desde Cavite a Manila. El rey había mandado colocar allí unas estatuas que debían adornar la fachada del Palacio Real, las había repartido por varios puntos de la ciudad, sobre todo porque la que presidía el conjunto era la de su hermanastro Fernando y no le gustaba ni tantito tenerla sobre la cornisa de su

propia casa. En el parque pude ver la de Berenguela de Castilla, que me recordó en su belleza blanca y perfecta a mi madre. No en vano a la Paca la llamaban la Bibelota.

Nos encontramos en los jardines con aguadoras que vendían azucarillos y aguardiente, cargando grandes vaseras, otros marchantes de maní, pirulís de caramelo, nueces garrapiñadas y chucherías finas. Por las noches fuimos al Teatro de la Cruz, al de los Caños del Peral a ver ópera italiana y al Teatro del Príncipe, donde me hubiera encantado ver a María Ladvenant, de la que había oído hablar en El Pilar cuando leía sobre el teatro del Siglo de Oro, pero había muerto hacía poco y tuve que ver en su lugar a otra actriz que para ser principiante lo hizo bastante bien. También fuimos al mercado de la plaza Mayor, que la verdad me decepcionó, con los mercados que yo había visto allende los mares, en el de Madrid no tenían nada más que *porcachas*, ni las cosas que se compraban en Cádiz o Sevilla, ni mucho menos lo que vi en el Parián de Manila.

Finalmente, tres días antes del baile, acudí con Gálvez a palacio a recibir el honor del rey. Carlos III no estaba presente esa mañana, por encontrarse indispuesto, pero un gentilhombre, un escribano y el ministro de Justicia me hicieron el honor, en nombre de Su Católica Majestad, de investirme con el título de condesa de San Gabriel del Paraíso y me entregaron el documento, el fajín y la cruz después de la santa misa que escuchamos.

Cuando llegó el día de la recepción en palacio nos preparamos desde la mañana, decidí llevar a Junípero vestido como decían que se estilaba en Venecia, y llevándome la sombrilla de Cochinquina por si salía a los jardines. Además, así le dejaba claro a Gálvez, a Su Majestad, y a quien fuese menester, que no tenía yo nada en contra de la esclavitud, para que no sospecharan. Quería ser yo más papista que el Papa.

El rey nos recibió en el Palacio de Oriente. Estaba a pocos días de marchar a su retiro al Palacio de la Granja. Esta vez llegamos en una estufa preciosa que puso a mi disposición Gálvez. Gaspar iba vestido con casaca verde oscuro toda ribeteada en un bordado ancho de oro que asemejaba volutas de

cordón y puños vueltos en terciopelo burdeos, llevaba calzas del mismo color que la casaca, medias en crudo y esarpines de charol, una camisa blanca con pañuelo y peluca. Se había afeitado la barba que normalmente llevaba y se veía más joven y apuesto, yo me había arreglado con un vestido gris oscuro de seda de shantung que llevaba bordado ramas de cerezo en flor en color rosa pálido, iba rematado por unas enaguas blancas de puntillitas, que abullonaban la tela, y una mantua que arrastraba unos palmos por detrás. Siendo viuda no podía dar escándalo en la corte, ni llevar otros colores, que me gustaban más pero eran más vivos, me había puesto una peluca hecha de mi propio pelo y empolvada en talco, un lunar postizo en mi mejilla derecha, como se usaba, perlas al cuello, varias vueltas de aquellos collares chinos que compré en Manila que iban rematados por un medallón de jade y un tachón de seda, me los puse todos. No llevaba más joya o adorno que perlas, excepto por la sombrilla de Cochinchina, que era otra joya de nácar, y llamaba la atención cuando me bajé en la plaza de Oriente, tanto que un grupo de paseantes me vio, y uno de ellos me preguntó si era yo una princesa. Gaspar los trató de ahuyentar con alguna palabra brusca, algo así como ¡fuera, metiches!, pero yo les respondí amablemente la verdad, que no, que era una simple gitana de Cádiz que iba esa noche a ver al rey al Palacio Real.

Seguramente pensaron que me lo estaba inventando. No me importó. Yo creo en la amabilidad y la franqueza por encima de todo, Rosario. Como te dije, llevando a Junípero con turbante y calzón moruno quería aparentar ante Gálvez que no era yo abolicionista y, además, no despertar sospechas de mi colaboración con una de las causas que en secreto había expulsado de España a los jesuitas.

Al llegar al palacio por la puerta que da al lateral de la plaza fuimos recibidos por el propio Gálvez, que estaba nervioso e iba de gala, con buenos paños y muy emperifollado. Los alabarderos nos dejaron pasar con el salvoconducto de Gálvez y, una vez dentro, dos carabineros reales, porque la Guardia Valona se había disuelto y exiliado desde lo de Esquilache, nos escoltaron hasta una sala. Tomaron la anotación de nuestros nombres y los comprobaron en un libro de registro, anotando al esclavo en el margen. Cuando al pasar por un enorme espejo me vi reflejada en la luna no pude

evitar pensar lo de siempre: Gregoria, ¡hija de tu madre!, ¿quién te ha visto, y quién te ve?

Junípero iba detrás *mía* portando con la vara larga aquel parasol hermoso de pedrería y nácar sobre seda azul que compré en el Parián de Manila, y en un carcaj en la espalda llevaba enrollados los legajos de Sebastián que yo debía entregar esa tarde al rey. Que, te diré una cosa, nunca fueron los originales, Rosario, sino segundas copias que mandé hacer de lo que había en los cartapacios.

Su Majestad nos recibió, junto con el resto de los invitados al baile, en el Salón de Embajadores. Nos juntaron a todos en una antesala y a su debido momento fuimos pasando en turnos. Desde las puertas del salón pude ver a los lejos al rey Carlos, que ya estaba viudo y vestía de oscuro. Estaba sentado en su trono. Nosotros dos, Gaspar y yo, nos adentramos y entregamos nuestros nombres en una tarjeta a un paje de librea. Detrás venía Gálvez. Nos colocamos en una fila de cortesanos mientras Junípero salía de la estancia y era llevado a una sala contigua donde esperaban los pajes de los invitados a que comenzara el baile.

Cuando llegamos donde estaba el rey nos anunciaron en voz alta y le hicimos la debida reverencia. Por primera vez escuché en voz alta anunciarme por el título que me habían concedido apenas unos días antes.

Si no hubiera sido porque estaba sentado en aquel trono tan impresionante, nunca hubiera pensado que ese hombre de cara de polvorón y mirada triste era un rey. Su Majestad llevaba peluca blanca y no iba con corona, como yo siempre me había imaginado a los reyes. Una levita oscura con oro, un fajín y calzas, camisa pulcra y medias claras como cualquier señor de bien, pero no más, era todo lo que llevaba, ni capa de armiño, ni cetro, ni corona. Ningún signo de regalía adornaba su persona, hija, excepto el estar sentado en un trono en la parte más prominente del salón, rodeado de aquellos hermosos leones que, casi de tamaño natural, lo escoltaban inmóviles. El pelucón le quedaba ancho, se veía demasiado grande para esa cabecita de rostro cómico, parecía carajote, la verdad, más bien un abarrotero que un personaje regio.

El trono de Carlos III estaba sobre un estrado de varios escalones, flanqueados por cuatro leones de oro que se veían impresionantes, con una

bola de mármol rosa cada uno, donde apoyaban su pata delantera. El resto del salón era soberbio, todo tapizado en terciopelo rojo, hermosos espejos dorados y decorado con frescos que Gaspar me explicó, mientras andábamos en la fila, que eran las cuatro estaciones y los cuatro continentes donde el imperio español se extendía.

Los invitados caminábamos hacia Su Graciosa Majestad con parsimonia. Damas de polisón abultado y damasco amarillo cadmio, ataujía en verde oscuro y celeste brillante, chintz estampado y amplios escotes por donde, a punto de escaparse, mostrábamos nuestros encantos y, algunas nomás sus miserias; anchas crinolinas que hacían nuestros saludos distantes, copetes altos con plumas de avestruz, pavo real, marabú, pelucas, lunares postizos y bisoñés. Pensé en la Paca, si me hubiera visto, ¿qué me hubiera dicho la *joía* por culo?, cualquier cosa, cualquier chascarrillo.

Las lámparas de cristal de la Granja colgaban del techo con cientos de bujías blancas de aromática cera de la Alcarria y los abanicos continuaban su vaivén en clave, hablando en un lenguaje vedado, mientras la orquesta comenzaba una pieza de Händel y Su Majestad ponía cara de desatino, porque se notaba que no disfrutaba la música.

Nos indicó que nos acercásemos, yo le hice una reverencia y besé su mano. Unas breves palabras de bienvenida por su parte, y yo solo repuse un gracias, señor, le estoy muy agradecida. Fue todo lo que hablamos en ese momento, porque ya fui advertida por Gaspar, y no quería meter la pata, que uno no puede dirigirse nunca a un rey, ni mucho menos hacerle una pregunta, sino contestar a su plática y mantenerle la conversación sin interpelarlo o requerir. Ya habiendo rendido pleitesía a Su Majestad, todos los invitados nos dirigimos a los salones de baile, donde Junípero nos siguió pendiente siempre de que la sombrilla flotara en el aire sobre mi cabeza, porque salimos por un patio soleado donde pude encontrarme con la infanta María Josefa Carmela, a quien fui presentada por Gálvez.

No simpatizamos nada bien ninguna de las dos. Lo noté al momento. Me miró con esa cara con la que me miraba la de Meave, con esa cara con la que una mujer amargada mira a otra rozagante. Con esa misericordia fingida e irónica, entre envidiosa y *malaje*. La infanta, la pobre, era más fea que

pegarle a la madre propia de uno mismo, era de las que al pasar no levantaban ni polvo. Solamente tenía tres años más que yo, pero parecía mucho mayor, iba de una afectación en su vestimenta tremenda, ¡no le faltaba un perejil! Llevaba perlas, pero, disculpa mi vanidad, Rosario, no tan hermosas como las que yo llevaba, ni tan grandes ni de un oriente tan claro. Me dio lástima cuando Gaspar me contó su historia: le decían *la chocho triste*, porque su prometido la dejó plantada por su hermana y se había quedado, desde entonces, para vestir santos.

Su hermana menor, la infanta María Luisa, le quitó el novio, ¡claro, mujer, el emperador del Sacro Imperio!, ¡y como *pa* no quitárselo! Cuando este iba a casarse con María Josefa Carmela, la dejó por la otra, ¡menuda humillación!, pensé en ese momento. Luego el propio Luis de Francia, ya viudo, también la mandó a freír espárragos por fea, ¡figúrate!, ¡si los hombres viudos ya se casan en segundas nupcias con cualquiera, con tal que les meta en vereda a los hijos!

María Josefa Carmela se quedó atrás mirando a Gaspar de arriba abajo, con mirada insistente, una desesperada, hija, como un perrillo que mira un cacho de tocino y pone cara de bueno para que su amo se lo eche. También fui presentada al príncipe de Asturias y a su esposa la princesa de Parma, él, desde luego, tonto de capirote, más que el padre, no hablaba sino sandeces, y ella me pareció a mí más *ligerona* de cascos de la cuenta, no quitaba los ojos del torso desnudo de Junípero, que venía tras de mí en todo momento, luego la vi cómo se insinuaba con otro en los jardines y a otro más por el lado de los corredores, ¡menuda tía calentona!

El príncipe Carlos me persiguió hasta que consiguió bailar conmigo un minué, dos contradanzas y una gavota. No conseguía quitármelo de encima y yo con el que deseaba entablar conversación era con su padre. En eso llegó Gálvez y me llevó de su lado a presentarme al infante Gabriel. El infante no aparentaba más de dieciocho años. Él sí parecía inteligente y guapo, y de sangre real, los demás parecían todos sacados de una opereta. Don Gabriel llevaba una soberbia casaca gris claro toda ribeteada de repujado en oro, un fajín rojo entre esta y la pulcra camisa blanca, sus cabellos peinados hacia atrás con talco y recogidos en cola de caballo y calzas del mismo color a la

casaca, tenía ojos azules y labios hermosos, una piel suave y blanca, y olía a perfume de lima y cardamomo. Estuvimos bailando la contradanza y un fandango mientras Junípero, paciente, me esperaba con la sombrilla pegado a la pared, frente a un enorme espejo. El infante y yo platicamos bajo las arañas de cristal. Me preguntó con interés sobre la vida en las colonias, le conté del ingenio y los alambiques, y de mis impresiones de Filipinas. Todo le interesaba, era culto e ilustrado, me pareció una pena que el rey tuviese que ser Carlos, solo por ser el mayor, ¡la dichosa ley del mayorazgo!, Gabriel hubiera sido un mejor monarca, estoy segura.

Terminando el fandango con el infante, me llevó de la mano hasta donde estaba Junípero y alguien se me acercó de frente a pedirme una nueva pieza, que si me permite el baile, no acerté sino a contestarle que era todo un honor. Fue todo lo que se me ocurrió con el aturdimiento que me había provocado el fandango. Era el mismísimo Carlos III.

Debí de haberle causado buena impresión, porque las noticias que yo tenía eran que al monarca no le gustaba el baile, pero el siguiente fandango de Boccherini lo bailé enterito con él. No pude por menos de acordarme de tu abuelo en el salón de doña Ricarda, a la que no había visto en la corte y eso me daba gusto, o acordarme de la Paca, sobre cuyos pies de niña aprendí el arte del baile. Con los dos, con mi madre y con tu abuelo, había bailado aquel fandango que tanto me gustaba, cuyos pasos me sabía de memoria, cuyas notas me hacían girar flotando, mientras la orquesta tocaba y las castañuelas sonaban más que nunca, y el rey de España, ante una corte incrédula y sorprendida, bailaba un fandango con Gregoria la Indiana, recién nombrada condesa.

En una de esas pude ver a *la chocho triste*, que nos miraba entre celosa y escandalizada. Me imagino que la cara que puso no era sino por la *famita* que yo tenía por el asunto de Bocachica y ella, tan *acoquiná*, que nunca se atrevió a nada, según supe. Pero se tuvo que aguantar, creo que he sido la única dama con la que Carlos III se echó un fandango ya viudo. Así me lo dijo luego tu abuelo Gálvez, porque creo que a la reina María Amalia sí le gustaba la danza pero, desde que ella murió, al rey no se le había visto ni dar un *pas de bourré*, como decía mi madre *requiescant in pace*.

Al terminar el baile, el rey me llevó, igual que hubo hecho el infante, hasta el extremo de la sala donde estaba mi paje. A diferencia del infante Gabriel, Su Majestad se quedó un rato hablando conmigo ante la mirada patidifusa de toda la corte. Y gracias a la guardia férrea de Gálvez y Gaspar, que se apostaron ante nosotros, no pudo interrumpirnos.

Ya con una copa de vino en la mano pude oír la voz, con acento, del rey, que si es vuestra merced más guapa aún de lo que dicen las malas lenguas, condesa, me dijo de forma galante. Por tomármelo a broma, le contesté que yo no me figuraba que los reyes prestasen oídos a lenguas de vecindonas. Escuché a Su Majestad rebatirme con seriedad, que si ¡y no lo hacemos, condesa!, que si un buen rey no debe prestar oídos al pueblo, el pueblo es como un niño que se enoja cuando su padre lo corrige por su propio bien, y un rey ha de ser como un padre, que cuida de su hijo pero sin escuchar sus necesidades.

¿Era el momento de rebatirle al rey su discurso? ¿Era el momento quizá de presentarle el legajo de tu abuelo? ¿Decirle que quizá como rey era su obligación escuchar a sus súbditos? ¿Quizá, más que a otros, a los más débiles? ¿Y no dejarse engañar por el filtro que ante él interponían sus ministros y consejeros para seguir tomando la sopa boba?

De reojo puede ver a Gálvez salvaguardando esos preciosos minutos que yo tenía para mí con Carlos III. Quizá pensaba que era el momento en el que le estaba ofreciendo aquella suma acordada que contribuyese a su empeño de embellecer Madrid. Quizá por eso nadie nos molestaba. La bella condesa y el rey departiendo en los ventanales que daban al jardín.

—Majestad —le dije al rey como le hubiera hablado a cualquiera de los hombres con los que hice negocios—, quiero donaros a Vuestra Graciosa Majestad, si me lo permitís, una suma para vuestro nuevo proyecto de embellecer Madrid, y además quiero entregaros algo importante que el capitán del galeón en el que viajo, un tal Bocachica, al que no conozco mucho, me encargó que os diera de parte de un jesuita de sangre noble. Un documento que Su Alteza debe ver por el propio bien de sus súbditos y la pervivencia de su corona.

Y alargando la mano llamé a Junípero, que sacó del carcaj un pagaré de mis

banqueros en Cádiz con mi donación a las arcas reales, y con el pagaré le entregué el legajo que abogaba por la abolición de la esclavitud en todos los territorios del imperio español, ante la mirada cómplice de Gaspar, que desvió la atención de Gálvez para que en ese momento no se percatase de mi osadía.

El rey puso cara de circunstancias y no entendió qué era aquello, pero enseguida desvió la mirada al pagaré y le entregó todo a un ayuda de cámara al que le había hecho un gesto para que acudiera y con el que intercambié unas palabras. Lo estaban apresurando.

Volvió a mi lado para invitarme a ver los fuegos de artificio a la vez que los carabineros reales los anunciaban, y entonces se formó una bulla con la corte que no te quiero ni contar, como si aquello fuera la plaza de abastos. Tan finos, tan finos todos, pero, como si repartieran jamones a niños de orfanato, salieron despepitados *pa* los jardines.

Encontré una razón lo suficientemente femenina para ausentarme de tan augusta compañía unos instantes y busqué a Gaspar, quien me contó que tradicionalmente era la Guardia Valona la encargada de encender los fuegos, pero al no estar presente ya en la corte iban a ser los carabineros reales los que los prendieran, sobre todo después de aquel incidente, en la boda de la infanta, donde hasta muertos hubo. Mi lugarteniente me felicitó por la audacia con que le di al rey el legajo de Sebastián.

No me quedé a los festejos, hija, le dije a Gaspar que me acompañara y salimos con Junípero de allí ante los ruegos de Gálvez, que insistía. La escolta de la Guardia de Corps nos acompañó hasta la salida de carruajes. Tu abuelo estaba en la cárcel y yo no había ido allí a disfrutar sino a hacer mi trabajo. No podría haber soportado estar viendo aquel hermoso espectáculo de fuegos y bengalas sabiendo que Sebastián, en ese preciso momento en el que yo disfrutaba, estaba preso en Castel Sant'Angelo.

DE LA DISOLUCIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Hoy, Rosario, he sentido una nostalgia inmensa de San Gabriel. A pesar de que otrora aquel lugar fue una prisión de barrotes verdes para mí, allí también he sido madre de tres hermosos niños a los que quise y quiero todavía con *toíta* el alma. Las sangres del querer, como decía la Bibelota, son cauces muy poderosos que van por nuestras venas, llevan *to* el amor del mundo, y son capaces de cualquier cosa.

No hay día que pase a la deriva de mis propios sentimientos que no piense en ellos. Que no piense en aquel lugar que fue y no fue mi hogar, pero donde yo fui cabeza de mi familia, donde amé y fui amada por tres criaturas preciosas. El motivo de mis *duquelas* son mis hijos, que nada ni nadie los va a arrancar de mi alma, como tampoco te arrancarán a ti, y el motivo de mi recuerdo ha sido un abordaje que hicimos hace apenas una semana a un galeón de azogue, que no llevaba gran cosa, aparte del mercurio de Almadén para el beneficio de la hacienda del Patrocinio en Guanajuato. Pero que llevaba armas para la infantería de las que me convenía apoderarme, y muchos baúles de libros para la biblioteca de Palafox en La Puebla de los Ángeles, que mandaba el obispo de Cartagena, de los que yo me apropié. Supongo que cuando el rey se entere mandará más galeones de guerra a por mí.

En el barco del azogue había algunas cosas interesantes de las que me hice además de los libros, los mosquetones, cañones, bolas de plomo, pólvora.

Eran instrumentos de navegación de los modernos y avanzados, de última manufactura, y de bastante precisión, que nos van a venir muy bien y, entre ellos, un grupo de *horologiums* marinos, que quizá tú no sepas lo que son, pero te explicaré: se trata de un tipo relojes mecánicos, como los de tu casa, de cuerda, pero hechos específicamente para que sean utilizados en una nao. Tienen un maravilloso sistema de mecanismos y sofisticados péndulos dobles llenos de mercurio para evitar que la dilatación de estos por los cambios de temperatura afecte a las mediciones. Compuestos de bolas y esferas, redondeles dentados, que hacen que el reloj tampoco se vea afectado por el cabeceo de la nave, las tempestades y galernas, el oleaje, y mantenga siempre la misma posición, la misma inclinación y nivel, incluso en el más fuerte de los temporales.

Es fascinante, hija, ver cómo funcionan, o al menos a mí me lo parece, las ruedas y los péndulos maniobran ante cualquier movimiento, brusco o leve, y salvaguardan el artilugio dejándolo siempre en la misma posición. Tenerlos en la *Tritona* me permite saber la hora y el día en el que vivo sin tener que recurrir a un sextante y al sol, a mis anotaciones en un diario de a bordo. Porque cuando está nublado y hay marejada, sin salir siquiera de mi camarote, puedo saber dónde y cuándo gracias al *horologium*, y el artilugio me recuerda cuando era una madre en San Gabriel, y en la noche de los lunes, cuando todos se iban a dormir después de la cena, yo me paseaba con mi taza de chocolate con hojas de naranja que me procuraba sueño, y antes de meterme a dormir a mi alcoba les daba cuerda a todos y cada uno de los relojes mecánicos de la hacienda.

Aquella labor callada que yo hacía de madrugada era para mí como el secreto cuidado que procuraba a mis hijos, en la complicidad conmigo misma, sin la intromisión de José Candelario. Era como si los pulsos de aquellos relojes, que cortaban la noche silenciosa, me cercioraran a mí misma que aún seguíamos vivos, que los latidos mecánicos del tiempo estaban a mi favor, que mis hijos crecían, que el viejo iba envejeciendo más aún, para ponerse a sí mismo cercano a la muerte, y que, en aquellos minutos, que eran míos, antes de dormirme, podía sentir cómo los cuidaba, cómo los quería, cómo los protegería siempre. El de ormolú del comedor con aquella diosa

griega que escanciaba el vino a Zeus y que compré en un marchante de Veracruz que lo trajo de Francia, el de ónix de la sala, que dizque vino de Nápoles, el de madera de la antesala que era alemán, y así todos me daban su tictac como acompañamiento perenne, y yo les daba vida, por una semana más, girando las llaves una y otra vez hasta sentir la dureza de sus muelles metálicos, esperando a las doce del día siguiente para rotar sus manecillas hasta la hora exacta, sintiendo que ellos no eran sino como aquellos *alushes* de los que hablaban las nodrizas mayas de tus tías, palpitantes, y que cada uno en su rincón cuidaba mi casa.

Esta mañana, al girar la llave en el *horologium* que le rapiñamos al galeón del azogue, como una maldición, como una penitencia a mi pecado contra el quinto mandamiento, recordé aquellos *alushes* silenciosos de San Gabriel a los que yo encargaba, sin saberlo, que velasen en el sueño a mi familia y aquel tiempo que pasó desde aquel baile en el Palacio de Oriente hasta que tuve la osadía de hacer algo por tu abuelo, fueron diez años de espera, muchos, hija. He estado más tiempo esperándolo que junto a él. No me arrepiento, pero estos relojes me recuerdan todo eso, el tiempo en soledad, en espera, lejos de mis quereres. Y me hacen morir de tristeza sabiendo que entre esos tictacs acompasados y entre esos repiques de carrillón que dan las horas no estaré yo junto a ellos, ni estaré yo junto a ti.

Cuando pienso en los relojes os pienso a todos. Me gustaría volverme tictac para poder deambular libre y etérea por las estancias de San Gabriel, entrar a tu recámara y acariciar tu pelo, darle un beso a mi hijo, abrazar a las niñas, conocer a los hijos de mis hijos y aspirar el aire de la zafra, a pesar de que sé que cada vez hay allí más tabaco y menos dulzor. Pero ni modo, las decisiones que algún día tomamos siguen con nosotros el resto de nuestra vida, y de las mías, que no me arrepiento de ellas, aún me quedan años para vivirlas mientras tomo pliego y tinta y sigo contándote esta historia y lo que queda de ella, añorando estar en la hacienda con los míos.

Al día siguiente del baile en el palacio salimos de vuelta a Cádiz y, una vez allí, esperé a tu abuelo Gálvez en el palacete. Perdona que te lo diga, Rosario, pero tu abuelo Gálvez era un granuja, y como buen granuja también era entrañable. Conmigo, ya te dije, siempre fue un caballero encantador, pero no

por ello menos sinvergüenza. Y aunque en muchas cosas me la había pegado, y había sacado ventaja, como en asuntos de tierras y del tabaco, y en las capitulaciones matrimoniales entre mi hijo y su hija, en esto de los papeles que le entregué al rey no tuvo la menor sospecha de mi inocencia, y más tarde, cuando el rey leyó el legajo y puso la orden de busca y captura contra Bocachica, no le cupo duda de que Gaspar y yo éramos las primeras víctimas de aquel capitán sin escrúpulos que me había seducido y usado para entregar documentos de los amotinados al rey y así tuvo a bien defenderme en Veracruz.

Yo me vi lista y para contentarlo antes de embarcarme hacia la Nueva España, y que se quedara con buen sabor de boca de su visita a mi casa, me dispuse a hacerle a su hija el regalo de bodas que Gálvez siempre deseó y le comuniqué que mi intención era renunciar, cuanto antes, al título que me acababa de dar Su Majestad a favor de mi hijo, y que quería que él fuera testigo ante el escribano de mi renuncia.

El feo Gálvez se puso muy contento. Finalmente, era su hija, tu madre, la que iba a ser desde el momento de su boda la condesa de San Gabriel del Paraíso, y no tan solo la nuera de esta. En aquellos años a él no le habían concedido aún el título de marqués de Sonora, así que su hija, por muy importante que fuese él mismo y toda su familia, era tan plebeya como mi hijo, y poner a mi hijo en ventaja desde el mero principio del matrimonio era algo que deseaba hacer por Sebastián, por quien hubiera hecho lo que fuese. Todo me pareció siempre poco para él, y para él todo eso importaba mucho, era un gran honor. Para mí, en cambio, ostentar ese título era más el remordimiento y la culpa, que otra cosa.

En persona me acompañó a ver al fedatario de la corona donde firmé mi renuncia a favor de mis herederos legítimos, en ese caso mi hijo Sebastián. Mientras firmaba los pliegos acerté a decirle, que si mi estimado Gálvez, dígale a Sebastián, ya que yo no tengo intención de pasar por San Gabriel de momento, que este título que me otorgó Su Majestad es mi regalo de bodas a los dos, a su hija y a él, que si estoy segura que ellos sabrán llevarlo con más

talento que yo misma, que como su merced sabe a bien, tengo ya bastante cola que me pisen.

Me imaginé que ya habían llegado a sus oídos las calumnias de la vieja Pacheco y de otras mojarras sucias como ella, que habían ido pregonando mentiras calenturientas por Veracruz y Alvarado. Gálvez tan solamente acertó a mirarme con misero y apuntarme a favor de mi hijo, al que defendía como compinche, que si, doña Gregoria, entiéndalo, no ha sido fácil para ninguno de los suyos. A lo que yo acerté a decirle con la voz más natural que pude impostar esa mañana que tampoco había sido fácil para mí.

Con gusto entregué y renuncié a ese título que a mí, la verdad, me importaba muy poco. Se lo di a mi hijo a ver si así me quería un poco más, a ver si así dejaba de guardarme rencor por lo que hice, que no fue sino en su beneficio. A él sí le concernía el honor reflejado en lo que pudiese decir la gente, en un papel del rey.

Yo sé que el honor se lleva por dentro y hacia él van encaminadas mis acciones, precisamente por eso, por honor, no quise ser la condesa. No quise ser un título si ni siquiera podía ser una dama. La verdadera condesa de San Gabriel no era yo, Rosario, las verdaderas condesas hubieran sido mejor cualquiera de las negras que fueron arrebatadas a sus hogares de África y trabajaban de sol a sol en la hacienda, aquellas que con los hijos recién nacidos colgados de sus pechos se agachaban a cortar los rastrojos de caña con las parias apenas echadas fuera, o a prensar la melcocha y el piloncillo cuando estaban a punto de parir, aquellas hundidas por la enfermedad, violentadas por los capataces y los hacendados, o por cualquiera que con derecho las creyese un animal de carga y labor, un cuerpo para desahogarse, o las que perdían a sus hijos a los pocos días del parto por falta de leche, por la peste del ceno donde moraban, aquella niña recién parida que llevé a la hacienda a que la curase el galeno, todas y cualquiera de ellas hubieran sido más merecedoras de homenajes por parte del rey y de su corte que yo, que lo único que hacía era enviarle los buenos cuartos de su quinto real.

El fajín, la cruz de oro, el título que me dieron estaban manchados con la desgracia de cientos de hombres. Y es cierto que yo traté en los cortos años que estuve al frente de la hacienda de darles una vida más justa, un lugar

menos inicuo, pero por mucho que yo hubiera tratado de tranquilizar mi conciencia construyéndoles acequias, barracones limpios o plantándoles cocoteros para que tuvieran sombra, ese título de condesa de San Gabriel del Paraíso había nacido de la vergüenza. Todavía salí del escribano con la prerrogativa de añadir a mi nombre de pila la coletilla de *condesadesangabrieldelparaíso*, y así me hizo firmar el notario, pero te diré algo la mar de ordinario, hija, a mí todo eso me sudaba el coño.

Desprovista de aquel título por propia voluntad, volví a hacer la travesía esperando desde la *Tritona* una respuesta del rey, una pista que me permitiera recuperar a tu abuelo, la magnanimidad de un monarca que, ingenua de mí, pensé que por haberme elevado a la nobleza prestaría más atención a lo que tenía que decirle.

Llegamos a Veracruz para enterarnos de que el gobernador quería ver a Bocachica, y aunque no estaba en busca y captura, nada más arribar entraron los cadetes de la marina para buscar en el barco de arriba abajo. Solamente encontraron sus ropas. Con la ayuda de Gaspar y Junípero, Bocachica se había esfumado, nadie supo dónde estaba. Me preguntaron si era mi amante, desde cuándo estábamos liados, y una serie de preguntas humillantes que me negué a contestar. Tu abuelo Gálvez terminó saliendo al quite y me dejaron tranquila. Finalmente, no había ningún crimen contra él y, además, nadie nos había visto nunca juntos excepto la vieja Pacheco que con su mente cochambrosa de vieja senil había inventado más de la cuenta.

Nada de aquello me importó mucho, Rosario, figúrate a esas alturas que buscasen en mis galeones y en mis alcobas a un hombre que no existía. Lo único que me preocupó era haberme quedado sin el parapeto que me permitía entregar aquellos documentos impunemente, para poder sacar a tu abuelo de Castel Sant'Angelo, y no hacía más que discurrir tratando de dilucidar otra forma de sacarlo de allí, de reunirme con él en alguno de los territorios donde la orden pervivía.

Recibí una carta de tu padre dándome las gracias por mi renuncia al título, informándome de su boda con tu madre, y algunas cosas más que no recuerdo, banalidades de la colonia. Las tomas de dicho de tus tías fueron anunciadas como era de rigor y yo seguí haciendo la ruta de Manila, porque,

aunque tenía suficiente caudal como para retirarme de una vez en Cádiz, tenía también la responsabilidad de que esos hombres que habían estado a mi lado se ganaran el pan para sus familias, y además, Rosario, para qué mentirte, ya no me sentía feliz sino pisando madera flotante en la *Tritona*, el único hogar que tuve con tu abuelo.

Llegando a Manila me enteré de que había un nuevo Papa, Clemente XIII había muerto, de manera misteriosa, y el nuevo pontífice, Clemente XIV, había sido cuidadosamente elegido para no dar marcha atrás en las concesiones que el anterior aún recapitulaba: estaba del lado de los imperios coloniales de este mundo y no de la Compañía de Jesús.

No tardó mucho el hijo de la gran puta del Papa en disolver la orden como quería el rey Carlos. Lorenzo Ricci y tu abuelo, de estar confinados amistosamente en el Vaticano, pasaron a estar encarcelados. Así estuve muchos años, Rosario, esperando la oportunidad de usar esos legajos. Dos años más tarde murió Ricci, dicen que de muerte natural, en el Vaticano. Tu abuelo seguía con vida y yo tratando de encontrar algo, alguien que me permitiese reunirme con él.

Mover Roma con Santiago no fue fácil, pero lo hice por mi hombre. Era como luchar contra un gigante duro e invulnerable. Estaba desesperada; mientras, Bocachica aparecía y desaparecía en la *Tritona* como por arte de magia, sin que los marineros y los contramaestres supieran dónde embarcó, en qué parte del navío se guardaba o de dónde salía.

Así seguí estación tras estación, entre Bocachica y Gregoria, tratando de elucubrar una forma de sacarlo de allí. De vez en cuando recibía carta de él, donde me contaba las cosas de siempre, que estaba bien, que si esto y que si lo otro, pero naturalmente no me podía contar las cosas que yo quería, ni escribirme siquiera un «te quiero», porque yo sabía que carta que iba o que venía de Roma era leída antes detenidamente por los escuchas, como pasaba en El Pilar. Yo en cambio no podía escribirle para no comprometerlo, pero me conformaba con saber que estaba con vida allí, y trataba de resolver que algún día nos pudiésemos reencontrar, creyendo que en algún momento Sebastián pudiese salir de allí si las circunstancias políticas cambiaban, deseaba que Carlos III muriese repentinamente, o el nuevo Papa, para que así

las cosas se resolvieran de una vez, y que tu abuelo y yo pudiésemos encontrarnos en alguno de los lugares donde los jesuitas habían buscado asilo.

DE UNA ESTRATEGIA

Habían pasado más de tres años de la muerte de Ricci, el general de la Compañía, y no se había solucionado nada ni decidido nada con los jesuitas, que, después de la disolución de la Compañía, quedaron detenidos en Castel Sant'Angelo. A como diese lugar necesitaba una entrevista con el embajador de Rusia o con el ministro plenipotenciario prusiano. Me tenía que mover deprisa si quería sacar a tu abuelo de su encierro en Roma y tenía que elaborar un plan a todo correr para lograr la atención de la emperatriz Catalina.

Yo sabía que en Cádiz se había abierto muchos años atrás un consulado ruso para los asuntos de los comerciantes en el puerto. Había hecho mis averiguaciones con Gálvez y me enteré de que eso fue en la época en que el duque de Liria abrió las relaciones entre los dos países. Conseguir una entrevista con el cónsul no me costaría trabajo, aunque había rumores que era masón y yo no quería que aún más falsas habladurías tiñesen mi honra, pero me tuve que arriesgar por tu abuelo.

El hombre vivía en la plazuela de los Descalzos y era de origen sueco, estaba casado con una señora que creo recordar de alguna *soirée*, que se llamaba Juana, sueca igual que él. Yo ya había oído que era un hombre razonable y liberal, que había asistido a un capitán protestante que estaba preso en el castillo de Santa Catalina. Así que decidí llegar a Cádiz como Bocachica, por primera vez, para entablar relaciones comerciales con el

cónsul y proponerle algunos negocios que no serían sino la excusa para luego tratar de canjear esos papeles y la bula de Guinea por la persona de Sebastián con su reina. Sacarlo de allí e irnos a vivir juntos a cualquier lugar se convirtió en un asunto de extrema urgencia después de la muerte de Ricci, porque sin el padre general, las cosas iban a recaer más en el propio Sebastián.

La *Tritona*, esa vez, llegó directamente al puerto de Cádiz y no a Sevilla. Amuramos en los pantalanos y bajé vestida de hombre en dirección a mi propia casa: sería el huésped de mí misma.

Rosario, tengo que explicarte que a pesar de que las lenguas de mojarra tenían su poder tanto en Veracruz como en Cádiz, había una cosa que jugaba a mi favor y que, como te voy a detallar más adelante, hizo que las cosas siempre estuviesen de mi lado: nadie nunca nos había visto a Bocachica y a mí juntos. Por lo tanto esos chismes no eran más que puro cotilleo y no había fundamento legal para hacerme a mí responsable de las cosas que él hiciera. Ahora para ti está claro el porqué, aunque no lo era para todo el mundo. Así como me habían visto con mi lugarteniente a todas horas porque Gaspar era mi chaperón cuando estaba en tierra, no había ni una sola alma que nos hubiese visto a Bocachica y a mí, excepto como ya sabes la vieja Pacheco a quien ya nadie tomaba en serio, aparte de tu padre.

Bocachica llegó a la calle Santamaría en un coche de caballos: iba a hospedarse donde su patrona. Fue interesante observar cómo funcionaba mi propia casa sin estar yo delante, cómo trataban a mis huéspedes los criados, cómo los cocheros me llevaban y traían del palacete siendo otro. Gaspar y Junípero me acompañaron cómplices, éramos dos caballeros con su esclavo negro paseando por Cádiz. Dos caballeros peculiares que no se iban a las mancebías, que no armaban gresca bebidos ni entraban a los tabancos a fumar y tomar licores, que pidieron audiencia con el cónsul ruso para proponerle el negocio de la seda por la vía marítima del Atlántico y no por tierra en caravana, como tradicionalmente habían venido haciendo los rusos, usando la antigua ruta de la seda por Samarkanda. La guerra por el Kanato de Crimea había hecho que la ruta terrestre que usaban los rusos no fuese ya tan segura, y se veía interrumpida constantemente por asaltantes y bandidos. Así que la

propuesta de comercio a través de otro itinerario, ahora que ya tenían la posesión de la península en el mar Negro, era algo que podía tentarlos. Acababan de fundar el puerto de Sebastopol, pero para las naves europeas seguía siendo bastante alejado y preferían la ruta del mar Báltico hasta San Petersburgo. Nosotros le hicimos a la emperatriz, a través del cónsul, una oferta difícil de rechazar, con el único motivo de sacar a tu abuelo de su encierro.

Los demás comerciantes españoles veían muy difícil comerciar con Rusia debido a las altas tasas y aranceles que tenían que pagar. La Casa de Contratación, más el costo del porte por mar y luego por tierra hasta Kiev, hacían muy improbable el comercio de mercaderías de las colonias con ellos, sobre todo cuando los rusos habían traído esa misma seda por tierra de forma menos costosa. Yo, a pesar de todo, tenía algo interesante que ofrecerles: el preciado tabaco y algo más.

A pesar de que el monopolio me obligaba a enviar toda la producción de San Gabriel a la fábrica de Sevilla y los rusos tenían que comprar tanto el rapé como los cigarros a España, podía darles a entender que estaríamos dispuestos a venderles el tabaco de contrabando, de lo que él mismo se podía beneficiar. La seda sería tan solo una excusa, la tapadera donde esconder la mercancía, y si deseaban algo más de Oriente lo traeríamos en los galeones.

Yo había aprendido por Gaspar que, en el asunto del té, los países europeos se dividían en dos, los que lo recibían de Oriente por ruta marítima, como los ingleses, españoles y franceses, y los que lo recibían por las caravanas terrestres, como los rusos y los turcos. La forma más fácil de averiguar cuáles eran unos y otros era por la raíz de la palabra que se usara en dichos países para denominar la hoja seca y fermentada de la *Camellia sinensis*. Los países que recibían el té por barco usaban la «T» y los que lo recibían por tierra la «CH». Así nosotros decíamos té, los franceses *thé*, los ingleses *tea*, los rusos en cambio usaban la palabra *chai*, como los turcos. Te preguntarás, Rosario, que por qué era este tema de ortografía tan importante para tu abuela, que si de tanto leer y estudiar los libros ya me obsesioné con estas menudencias. Y

sí, siempre estuve un poco deschavetada, mujer, pero no tanto. Lo importante no era el té, sino el tabaco y, más allá de eso, el opio, del que Rusia tenía escasez a causa de su enfrentamiento con los turcos.

Los rusos habían comprado el opio a los turcos, lo producían en Afyon, pero por causa de la guerra les cortaron el suministro y en el país había carestía de la resina. Las compañías holandesas, las inglesas, sabían del verdadero valor de aquella pasta que cada vez más se usaba en los remedios de las boticas, en el progreso de la cirugía, y sobre todo de la querencia que producía en las gentes que lo fumaban o lo tomaban, en los mentideros, en los tabancos y en los fumaderos que se abrían en París, en Londres, en Cádiz y en Madrid. Los países donde el té se pronunciaba con «CH» conseguían el opio a más alto costo, los precios de las caravanas y los aranceles, además de los asaltos de los bandidos en la ruta de Samarkanda elevaban su precio. Era una oferta tentadora para los rusos. Pacas de seda llenas de tabaco y opio sin pasar por la Casa de Contratación, los galeones no bajarían la carga en Cádiz para que fuese transportada por tierra como se solía hacer, sino que allí mismo la embarcarían de nuevo escondida en seda, que ya estaba liberada de la Casa de Contratación, para llevarla por mar a la península de Crimea, una zona beligerante que nadie quería usar en esos años, cruzando el Bósforo.

Mira, Rosario, la verdad es que tu abuela no sabía dónde se estaba metiendo, porque esto ya sí que eran cosas mayores. Sacar en el estraperlo mantones de Manila, biombos o tibores de porcelana era una cosa grave, evitar los aranceles de la Casa de Contratación se pagaba con presidio, pero aventurarse a cargar un galeón de la resina de la amapola pálida era algo tremebundo, no solamente los regímenes, las intendencias, sino los piratas andarían detrás *nuestra*, y las noticias corrían como la pólvora en los océanos. Hice la propuesta porque sabía que era la única que me permitiría hacer llegar los papeles a Catalina de Rusia y que ella tomase interés en el asunto. La emperatriz debía pedir a Roma la entrega de tu abuelo. Era la vida de Sebastián a cambio de un cargamento de cientos de arrobas de opio y tabaco, y la promesa de seguir con el suministro burlando el monopolio que a mí misma me beneficiaba. Por eso nadie iba a sospechar de mí. ¿Para qué iba yo a vender tabaco más barato a cualquier otro que no fuese el monopolio en

Sevilla, si no tenía necesidad de hacerlo y ganaba menos?

Recibí al cónsul con Gaspar en el palacete, una opulenta cena como sabía que le gustaba al ruso y la oscuridad de la noche gaditana para poder hablar de lo clandestino. Éramos los tres a la mesa, Bocachica, el lugarteniente y el cónsul Weydling, no quise hacer el despliegue que hacía otras veces, se suponía que no estaba en mi casa, pero encargué buenos vinos y un banquete de los mejores y traté de sacar a colación el tema contando con el apoyo de Gaspar.

El señor George Weydling mordió el anzuelo. El capitán de la *Tritona* le había hecho una propuesta difícil de rechazar, tenía que comunicárselo al embajador ruso en Madrid. Lo único que queríamos era una entrevista con él y la garantía de que ciertos documentos llegasen a su emperatriz.

A los pocos días nos envió recado de encontrarnos en su casa. Fuimos esta vez a la plazuela de los Descalzos a la misma hora de la noche. Nos recibió una sirvienta y nos hizo pasar a su despacho donde ultimamos los detalles, luego Gaspar y el capitán Bocachica partirían para Manila a por el cargamento que nuestro contacto allí nos traería del Hindustán. Cualquier negociación a partir de entonces tendría que hacerla el cónsul con doña Gregoria Salazar, que, para los efectos del propio Weydling, no estaba enterada de lo del opio y pensaba que la carga era solamente de tabaco. Mientras tanto el cónsul, a instancias de Bocachica, tenía que propiciar una entrevista entre el embajador ruso en Madrid y la señora condesa madre, es decir, yo misma.

La realidad fue que Gaspar hizo esa travesía sin mí, aunque simulamos que iba con Bocachica en el barco. Yo me quedé en mi propia casa ya vestida de mujer junto con Junípero, que permaneció a mi lado como escolta. Iba a ser más de un año lo que durase aquello, traer el opio y llevarlo hasta la base naval de Sebastopol. Se trataba de una doble travesía, larga y costosa, cruzar las pacas por tierra en la Nueva España, una operación onerosa pero que yo podía afrontar, y que finalmente los rusos nos pagarían una vez puesta la mercancía en Crimea.

Ese tiempo que pasé en Cádiz estuve cercana al cónsul, con el que intercambié buenos libros de los que aprendí bastantes entresijos políticos, y

pude también hacerle llegar mis pareceres acerca de la expulsión de la Compañía. Él coincidía conmigo en que no era solo el pretexto del regalismo, ni el motín, ni la francmasonería, eran las pérdidas económicas que iba a traer la presión de los jesuitas al papa Clemente para donar esa bula de la que yo le hablé. Ultimamos la operación del tabaco, y el opio ni siquiera lo mencioné; yo no sabía nada, me hice la tonta, como si yo solo fuese una pieza más de un chanchullo que Bocachica había urdido a costa mía, de mis barcos, de mi pecunia y de mi empresa.

En la primavera de ese año, Weydling me avisó de que debía yo ir a Madrid a ver a un emisario de la emperatriz. Un correo, como él le llamaba, y que en realidad era un eufemismo para llamar a los espías en la corte del rey Carlos. Si quería yo enviar algo a la emperatriz discretamente debía hacerlo por ese medio, y como él entendía que yo tenía que entregar unos documentos a Su Alteza Imperial de parte de Bocachica, así me arregló el encuentro.

Salí para Madrid con Junípero en diligencia, esta vez íbamos los dos solos en el coche. Las cosas estaban mal y los caminos, llenos de maleantes, así que hacíamos el viaje pertrechados hasta los dientes, y con los escoltas detrás en un cajón tirado por mulas. A pesar de las precauciones me había hecho yo misma una *poche* entre la cauda y las crinolinas de mis vestidos y allí tenía donde guardar una pistola moderna de gatillo de las de dos cañones, que me habían traído de Inglaterra, una Bunney de poco más de seis pulgadas que hacía su trabajo divinamente, y siempre llevaba cargada en los viajes, por lo que se pudiera ofrecer, que a mí no me gustaba dejar mis *conciernes* en manos de otros sino de mí misma.

Me hospedé en Madrid con las concepcionistas, la indiana benefactora de la orden era recibida en cada convento con los debidos honores mientras Junípero, mi paje, se quedaba en un convento franciscano a dos cuabras del convento, por allá por el barrio de los Afligidos. El encuentro con el correo de la zarina sería en el palacio de Ustáriz, en la plaza de Santa Bárbara. El señor Weydling se reunió conmigo en Madrid a los pocos días de llegar, vino a verme al convento, donde me comunicó que habría un baile en casa del marqués de Ustáriz al que yo estaba invitada. Allí tendría lugar la entrega.

Él mismo asistiría al baile y allí nos veríamos pretendiendo un encuentro casual, me presentaría a un caballero y me haría saber que era el correo. Con él debía yo hacer mi trato y entregarle los documentos pertinentes. De casualidad supe que tu abuelo Gálvez, a la sazón, estaba en Madrid, y le pedí que me acompañara al baile. Como a él siempre le gustó figurar y los bailes del marqués tenían fama en la corte, accedió, y yo lo utilicé como él me había utilizado a mí y a mi hijo en tantas ocasiones.

Llegado el día estaba muy nerviosa. Encargué a las monjas mi chocolate con hojas de naranjo para calmarme un poco, y tomé no sé cuántas tisanas. Junípero vendría conmigo como yo había hecho ya costumbre, vestido *alla veneciana*, con su turbante, sombrilla y carcaj donde escondía los documentos de la misma forma que hice en el Palacio de Oriente, pero esta vez serían los originales junto con la Bula de Guinea y mi carta a la emperatriz. Si ella presionaba al Papa para que Sebastián y yo nos pudiésemos encontrar en Sebastopol utilizando los documentos, allí mismo tendría el mayor cargamento de opio que hubieran visto aquellos puertos, y la promesa de Bocachica de un comercio continuo desde Filipinas. Luego ya veríamos adónde irnos tu abuelo y yo.

Llegada la tarde del baile tu abuelo Gálvez pasó a por mí en su estufa dorada, Junípero se sentó en el pescante entre el postillón y el cochero. Yo iba de seda burdeos, con mis perlas chinas, una peluca natural empolvada y la Bunney escondida en la faltriquera que me había hecho entre las crinolinas y a la que accedía por una abertura en el costado de la cauda, ¡que la vida por Madrid estaba muy mala, hija!

Las fiestas de Ustáriz tenían fama de elegantes y de que no invitaban a cualquiera. Y no porque fueran ostentosas y de un lujo asiático como eran las de otros cortesanos de Madrid, sino porque Ustáriz era Ustáriz, hija. Tenía su sitio ante el rey, su lugar privilegiado en la corte, y eso era difícil, no bastaba tan solo con ser noble. Figúrate que a doña Ricarda yo ni la había visto en el Palacio de Oriente en los fuegos artificiales, ni había escuchado yo de ella a nadie, no era sino de la *petite noblesse*, una petimetre con título tratando de escalar las gradas que yo había subido de sopetón con mi quinto real y el gracejo que tenía, en menos años de los que toda su familia de postines logró

hacer nada, yo tenía mi lugarcito en la corte de Carlos III y hasta había bailado con él un fandango y ella, ella no era nadie.

Tener un lugar en la corte era algo codiciado, por lo que la gente hacía las locuras más grandes, hasta los había que se arruinaban *jartitos* de dar fiestas, de tirar la casa por la ventana, y no servía de nada, porque más vale caer en gracia que ser gracioso, o llegar a tiempo que haber estado rondando todo un día. Yo llegué a tiempo a financiarle al rey unas fuentes, alamedas y paseos, y dos puertas triunfales, y por eso estaba allí.

Ustáriz era de los que caía en gracia, porque, la verdad, sus vinos no eran los más caros, ni siquiera había fuegos de artificio en sus bailes, ni tampoco su palacio era de los más grandes. En su palacio todo era de una justa proporción, la orquesta, la música, las viandas, el licor, pero era muy selecto con quienes invitaba, allí no iba cualquiera sino *la crème de la crème*, y quién sabe qué resortes movió el cónsul para que yo fuese convidada. Según Gálvez todos tenían mucho interés en conocer a la indiana que procuraba el quinto real más alto a la corona, aquella a cuya costa la ciudad se estaba embelleciendo tanto y a la que hicieron dos años atrás condesa y renunció a ser la titular.

No tardamos en llegar a la plaza de Santa Bárbara. Aunque aún no había atardecido ya estaba el palacio iluminado por cirios que, en la fachada a ambos lados de cada balcón, titilaban destellos anaranjados. El balcón central sobre la puerta de entrada se había adornado con un hermoso gobelino, rodeado de guirnaldas de ciprés de las que pendían racimos de frutas naturales como salidos de enormes cornucopias. Unos pajes de librea hacían la guardia vestidos de moros, y los mayordomos tomaban nota y recibían a los invitados encaminándolos hacia el jardín. Entramos los tres y cruzamos unas galerías antes de llegar a las escaleras que daban a un patio lleno de parterres y arriates con una fuente en medio. Junípero nos escoltaba con el parasol. Allí estaba todo aquel que en Madrid presumiese de ser alguien y nada más ver al personal, pretencioso y estúpido, me dieron ganas de bostezar. Tu abuelo Gálvez, que tenía muchísima tontería, estaba feliz de que yo lo hubiese invitado. A pesar de que el conocido entre aquellas gentes rimbombantes de las alcurnias era él, los invitados no me quitaban los ojos de

encima, seguro que ya habrían cotilleado bien y bonito de mí en los mentideros de la villa y entonces también estarían murmurando como yo sabía que hacían esas gentes; que si mírala cómo va, no es tan bonita como se dice, que si mírala es más bajita de la cuenta, que si mira esas perlas, ¿serán auténticas?, y la seda que gasta se ve buena, pero no es siquiera del color de moda.

La tarde cayó en los jardines del marqués, mientras un castrato comenzaba a cantar una pieza de Händel dentro, en la sala de baile, y todos nos encaminamos a las estancias a escuchar la música sintiendo el relente de la noche madrileña, que puede ser fría a pesar de la época del año. El baile iba a comenzar después del aria.

Dentro, una orquesta se preparaba para cuando el eunuco terminase, afinaban las violas y los contrabajos, los rabeles y los oboes, chirimías y clavicordios. Weydling llegó como había prometido, hice los saludos de rigor, Gálvez me presentó a las viejas rancias de siempre, ya sabes, hija, que si la de Liria, que si la de Campomanes, y que si esta y esta otra. Los caballeros revoloteaban como moscas y yo me dediqué al baile, que era lo mío, no tenía ganas de hablar con nadie de estupideces ni pamplinas, tan solo tenía muy presente a tu abuelo aquella tarde y trataba de concentrarme en lo que tenía que venir.

Sirvieron el banquete y todos corrieron como *jambrones* muertos de hambre a los comedores del palacio. Yo me quedé rezagada un poco y el cónsul ruso aprovechó para llamar mi atención, me presentó a un caballero vestido de azul oscuro con fuerte acento extranjero, que me dio su brazo y con el que bailé la última gavota. Entre quiebro y brinco me citó en el jardín, bajo la pérgola de rosales, tan pronto como acabase la pieza. Un poco sofocada, al acabar el baile y aprovechando que los pocos danzantes que quedaban en el salón acudían a los comedores, salí al jardín por las escalinatas seguida de Junípero y nos adentramos en una de las rosaledas, bajo unos cenadores por donde apenas llegaba la luz de los faroles y esperé al correo de la emperatriz.

El hombre llegó y lo reconocí por el color del terciopelo de su casaca, ya que la poca luz no nos permitía vernos con claridad. Su voz y su acento eran

inconfundibles. El caballero en cuestión me interpeló sobre la naturaleza de los documentos que quería enviar a la emperatriz y quiso saber el porqué de nuestro interés. Yo le dije que eso era cosa de Bocachica, que yo no sabía nada.

Nadie entendía ese misterioso trueque, la persona de un jesuita que andaba detenido en Roma y su asilo en Rusia por varios cientos de almudes de resina de adormidera. ¿Quién era ese cura que valía tanto? A mí me hubiera gustado tener la entrevista directamente con el príncipe Galitzine, que yo sabía por el señor Weydling que estaba en Madrid en ese momento. A su alteza sí le hubiera contado yo algo más, pero las cosas fueron diferentes y me contenté con darle al correo una explicación lo menos comprometida posible. Le entregué a un completo desconocido los documentos de tu abuelo con la esperanza de salvarlo, con la expectativa de que la emperatriz pidiese a Roma el inminente traslado de Sebastián a Rusia, donde muchos jesuitas se habían refugiado en las universidades.

No hice sino despedir a aquel caballero que llevaba mis esperanzas con él en esos papeles cuando un sujeto me interpeló desde las sombras y sacó un pistolón con el que apuntó al correo de la zarina; que si alto o disparo, que si deténgase en nombre del rey y entrégueme esos papeles. Probablemente nos había estado siguiendo. ¿Acaso sabía el misterioso aparecido qué habas se estaban cociendo allí?

El correo se dio media vuelta y se abrió la casaca con intención de entregarle el cartapacio que acababa de esconder. No podía ser, no podía ser, pensaba yo en mi cabeza. No iba a echar a perder aquella oportunidad de liberar a Sebastián, que probablemente era la única. Y sin pensarlo dos veces, aprovechando la oscuridad, saqué mi pistola inglesa de la faltriquera y disparé al intruso en el pecho, matándolo en el acto. El pobre hombre no se lo esperaba, una dama indefensa lo envió al otro barrio mientras él ponía atención en un espía de la corte. Todavía recuerdo su cara horripilada y la del correo, que huyó consternado pero sin pensárselo dos veces. Era mi segundo muerto después de José Candelario.

El espía se perdió al fondo del jardín con los documentos mientras Junípero llegó por detrás, jalando de los collares y arrancándolos de cuajo: las sartas de perlas cayeron al suelo. No supe qué decir pero él habló; que si ¡cállese, señora! ¡No diga nada! ¡Déjeme hablar a mí! ¡Guárdese su merced las otras joyas y la cachorrilla antes de que lleguen los cortesanos!

En menos que canta un gallo salieron todos de la casa al oír el disparo. Varios caballeros iban con sus pistolas de duelo y dos ordenanzas llegaron con un farol de velas. Detrás venía el marqués, y yo siguiendo las instrucciones de Junípero no abrí la boca mientras oía cómo mi fiel servidor explicaba que había entrado un embozado al jardín a robarme las joyas y que, cuando el caballero lo confrontó con su pistolón, el bandido le dio un disparo de muerte y salió huyendo por las tapias a la calle trasera.

Enseguida llegó Gálvez a mi lado a tratar de calmarme en el síncope que yo fingí que me había dado. Llamaron a un galeno y a los alguaciles pero el hombre al que supuestamente disparó el bandido ya estaba muerto y del correo no veía yo ni rastro. Mientras, el cónsul se acercó con cautela a ver la cara del muerto a la luz del farol y luego se volvió a mirarme a mí. Estoy segura de que, en ese momento, no entendió lo que estaba pasando, o pensó que fue el propio correo el que le disparó, pero se veía que el hombre estaba asustado. En una de esas, se volteó y me pudo decir al oído que, por los pelos, casi nos pillan, mientras el cerco de sangre de aquel hombre sin vida se iba esparciendo en el albero, ya para entonces grana, del jardín.

Después del paripé que me eché en el palacio de Ustáriz, de que el galeno me diese el agua de azahar y recogieran del suelo los hilos de perlas de mis collares que el supuesto ratero me trató de robar, salí con Gálvez y Junípero en dirección al convento con mi Bunney, ya descargada, en el *poche*, junto con los aretes y la pulsera que me escondí pretendiendo que me los había robado el asaltante. El cuerpo manchado de sangre de aquel hombre quedó tendido en el suelo en espera de que los alguaciles se lo llevaran y Gálvez se encargó de sacarme de allí discretamente.

DE UN ATAQUE DE CORSARIOS

Al día siguiente se corrió la voz por todo Madrid: Diego Corrientes, el bandido Generoso, le robó las joyas a una indiana en el palacio de un marqués, y allí mismo mató de un tiro al ayuda de cámara del conde de Aranda cuando se interpuso con su pistola, tratando de evitar que escapara con parte de las joyas por las tapias del jardín.

Años después, cuando me enteré de que después de apresar al Generoso, lo ahorcaron un Viernes Santo de 1781 en Madrid, no pude evitar el remordimiento de que también lo hubiesen cargado con mi crimen. Aunque, a decir verdad, Rosario, uno más, uno menos de los que hizo no hubieran cambiado su condena. Desde entonces, cuando llega cada año el Viernes Santo, le empiezo su novena en la *Tritona*, con la Virgencita de Guadalupe, para pedirle perdón y rogar a Dios Nuestro Señor por su alma.

Y aunque no hay música ni copla para buen cristiano en esa fecha, no puedo evitar pensar en la tonadilla que cantaban por Madrid en aquellos años en los que le endilgué el muerto al Generoso, y a cada rato, en ese día, me la tengo que espantar de la cabeza, recordándome la deuda eterna que tengo con el embozado, al que, en algún momento, en algún lugar, le tendré que pedir perdón.

*Ya viene Diego Corrientes
el ladrón de Andalucía*

*el que a los ricos robaba
y a los pobres socorría.*

Ya de vuelta en Cádiz, me explicó el cónsul cómo, a su parecer, habían sucedido las cosas. Él no creía que nos viniesen vigilando a nosotros, sino más bien que Aranda había mandado vigilar al correo de la zarina por el asunto de los jesuitas y que, sabiendo que el propio Weydling estaría en el baile, más aún. Que no me preocupase, porque yo quedaba libre de sospecha y que él también quedó salvo de ella al tener la coartada de cientos de invitados con los que departía en el comedor. Cualquiera que hubiese matado al ayuda de cámara de Aranda, o era parte de la legación rusa de Madrid, o de lo contrario la historia del bandido tenía razón de ser. Nadie sospechaba, según él, de mi persona, y los documentos estarían en unas semanas en manos de Catalina de Rusia mientras esperábamos en Cádiz el opio y el tabaco, que tardó en llegar más de un año.

En ese año traté de intimar con Weydling y su esposa Juana, y ellos también me procuraron. Como que creo que nos vigilábamos mutuamente no perdiéndonos de vista mucho, en lo que duraba la maniobra. Cuando los manuscritos originales llegaron a manos imperiales, el cónsul me confirmó extraoficialmente un acuse de recibo en una partida de cartas un jueves, pero nunca recibí respuesta de Catalina. Cuando llegue el opio a Sebastopol, la nueva base naval rusa en el mar Negro, me dijo un día Weydling, la zarina pedirá a Roma la entrega del sacerdote jesuita Espinosa de los Monteros.

Y fue por esa cercanía al cónsul ruso en esos meses, yo creo, cuando se corrió la voz en Cádiz de que la Indiana era masona. A pesar, hija, de que yo no tuve nunca ningún trato con los masones y nunca supe a ciencia cierta si ellos lo eran. Lo que sí te puedo decir es que organicé en mi casa tertulias de librepensadores; los Weydling venían a muchas de ellas, así como el cónsul sueco, Alexandro Dreyen, con el que mantuve buena amistad, el señor Thomas Bully y algunos protestantes que vivían en la ciudad. Por eso también fui investigada, porque publicaron un edicto de fe en cuaresma que prohibía la masonería y otras cosas, y como en mi casa entraba mucha gente de mente abierta y entre los protestantes los había más que entre nosotros,

pues yo nunca tuve reparo. Gracias a Dios todo quedó en agua de borrajas, y de nuevo mi consuegro Gálvez salió al quite testificando de mi buena moral y de mis ideas afectas al rey y a la corona. Como ves, hija, a tu abuelo le debo algunas, claro que ya se cobró bastante con San Gabriel y el tabaco, ¿no crees? Que gracias a eso fue que luego lo hicieron a él marqués de Sonora.

La *Tritona* amuró en el puerto y, gracias al cónsul ruso, logramos pasar la seda y esconder el resto de la carga, el opio y el tabaco. Los rusos precisaban ambos para poderlo fumar al estilo que los españoles habíamos inventado en el siglo XVII y además querían rapé. Si nos hubieran cogido con lo del tabaco, ni siquiera Gálvez nos hubiera podido ayudar, que de haberse enterado que yo estaba burlando su monopolio, que tan ricos hacían a mi hijo y a él, no sé qué hubiera pasado, la cárcel habría sido poco. Pero tenía que hacerlo, hija, tenía que pasarme el toro por la faja, jugarme todo por tu abuelo, ¿cómo no?, si no lo hacía por él nada tendría sentido para mí nunca más. Espero que lo entiendas, que no estaba yo del lado del contrabando y el estraperlo a Rusia por el mero interés propio, ni por ganar dinero ni por burlar la ley, que lo único que quería era salvar a mi hombre de un destino oscuro como ese mar Negro al que enfilábamos.

Gaspar no quería que me embarcase para no involucrarme en un negocio tan sucio, pero, como tú comprenderás, si alguien iba a estar en el galeón esperando a tu abuelo era yo. Por mucho que insistió mi lugarteniente, tanto Junípero como yo embarcamos rumbo a Turquía para cruzar por el Bósforo y el Helesponto hacia el mar Negro. La travesía fue límpida, como normalmente lo era en el Mediterráneo. Esta vez llegué más allá de donde siempre había llegado, en todos los sentidos, porque nunca había yo pasado de la Sicilia baja, y esta travesía me iba a llevar más allá de Estambul.

Surcamos el mar Egeo, Rosario, que si te había dicho yo que el Caribe es de un azul turquí inigualable era porque aún no había visto estas costas, que de verdad son de una transparencia inigualable, aunque no tan cálidas sus aguas como allá por las Antillas. Me impresionaron las numerosas calas, la tranquilidad de sus aguas. La hermosura del paisaje y la perspectiva que atisbábamos desde la *Tritona*, que no impidieron que fuésemos atacados por los corsarios otomanos.

Íbamos prestos a entrar al Helesponto cuando avistamos tres galeras berberiscas que se aproximaban hacia la *Tritona* por los dos flancos indistintamente. Una por la banda de babor y dos por la de estribor, estando la última enfilando nuestra proa. En un principio habíamos pensado que las naves iban también a cruzar el estrecho, pero al ver a esta última apuntándonos con la quilla a todo trapo nos percatamos de sus intenciones. Fue Gaspar el que dio la voz de alerta y aunque las galeras eran más lentas que nosotros, estábamos rodeados.

Parecía como si esos *joíos* corsarios oliesen la carga que llevábamos. Me asusté mucho, Rosario, no solamente porque era la primera vez que presenciaba aquello en el mar, sino porque además pensé que si nos quitaban la carga nunca más volvería a ver a Sebastián. Ese opio y ese tabaco tenían que llegar a Rusia. La tripulación se preparó para hacer frente, abrimos las portezuelas de los cañones de las dos bandas, agarramos montantes, arcabuces y pistolas, espadas y ballestas.

Yo me fui adonde las culebrinas, tenía buena puntería, hija. El ojo y el pulso de mi costura lo supe emplear con el mosquete, los cañones y también con la ballesta. No podíamos perder la escaramuza, había que evitar el abordaje a toda costa y sobre todo que la nave zozobrase. Apunté la culebrina a la roda de la nave que venía por estribor hacia la proa, y a la vez centré la ballesta en uno de sus masteleros. Yo sabía que si apuntaba a la roda la curvatura que seguiría la bala iría directamente al casco de la nave, la mera proa, y con eso me la quitaría de en medio de una vez, Gaspar atendía los morteros de babor mientras llenaba un fusil de mecha con el frasco de la pólvora. La distancia no era todavía la apropiada para alcanzar la galera pero, si esperaba a acercarnos mucho, probablemente ellos disparasen antes que nosotros, así que había que ser rápidos. Aquí el que pega primero pega dos veces, hija.

Decidí distraerlos de sus cañones, la ballesta tenía un alcance largo y además el viento estaba a mi favor. Prendí una tea de la punta de una flecha, la brea enseguida ardió, la coloqué sobre el arco de la ballesta y apunté al mastelero que tenía más cercano. El cabeceo de la *Tritona* hacía difícil la puntería, pero cuando la nave se alzó en la cresta de una ola y el viento la

sostuvo, antes de que bajásemos, apreté el *grillete* y lancé la tea encendida.

La flecha alcanzó el mastelero de gavia, justo por debajo de la verga, y el fuego se esparció en el velamen provocando de seguro la distracción en la tripulación corsaria. Calculé mentalmente la reacción, los avisos, los gritos, echar las cubetas al agua y sacarlas llenas, organizarse para apagar el fuego, y cuando en mi pensamiento tenía el ala de estribor de la nave pendiente del fuego, apunté la culebrina al botalón y encendí la mecha. El cañón retrocedió por la descarga y una nube de humo con olor a azufre me nubló la vista del barco enemigo por unos momentos, el viento y nuestra marcha disolvieron la nube y, a tiempo, pude ver cómo, de un cañonazo, aquella bola de hierro del tamaño de un coco había impactado en alguna parte del casco que no acertaba a ver, pero las velas desinfladas y el cambio repentino de ruta del barco me lo habían confirmado.

Me moví a la culebrina siguiente y aparté al alférez que dejó el arma lista para mí. Medí el cañón, coloqué la horquilla, me aseguré que el portillo estuviese bien abierto y con la tea prendí la mecha. Un segundo coco de fierro salió disparado. Esa vez yo no le di, pero un alférez con el pedrero de esa misma banda, alcanzó de lleno el casco en la proa, seguramente muy cerca de donde yo atiné la primera vez, y pude observar cómo la galera cambiaba de rumbo para ponerse fuera de la zona de alcance, porque seguramente la brecha que le abrimos era digna de atención o se irían al fondo en cuestión de minutos. Y estaba yo mentalmente celebrando que aquella nave se iba por ahí con viento fresco, cuando el grumete corneta llamó la atención de todos. Otra nave nos venía alcanzando por popa dispuesta a abordarnos.

Rosario, lo bueno de cuando una nave trata de abordarte por tu cargamento es que sus cañones apuntan al velamen y no al casco, porque está claro que no quieren hundirte, sino abordarte para robarte la mercancía, así que estos piratas no nos estaban disparando al casco sino a las velas. Si las arriábamos nos enlentecíamos y no teníamos cómo zafarnos de ellos, así que algo había que hacer con urgencia, porque ellos iban dando bandazos para dejar expuestos los costados de su eslora y poder dispararnos con los cañones de sotavento, y nosotros llevábamos el viento de popa, donde no teníamos

ningún cañón con el que defendernos.

En poco tiempo nos iban a destrozarnos los mástiles y las vergas, y la *Tritona* no hubiera podido navegar sino a pocos nudos con los focos que eran los más alejados de ellos. Mandé a dos grumetes a que se posicionaran en el chinchorro, bajo el botalón, que llevaran consigo sus ballestas y un farol con lumbre para poder disparar saetas ardiendo.

En una de esas, nos dañaron la vela de mesana de un cañonazo. La bala hundió una buena porción de la cubierta. No tenía yo muchas opciones, y Gaspar, mi almirante, estaba organizando la artillería de ambas esloras, para en un momento dado virar de golpe y disparar en dos tandas a la nave que nos venía pisando la popa, mientras la otra banda de cañones haría otro tanto con la tercera nave que se nos avecinaba de costado por babor.

Yo no sé lo que se me iluminó en la mente, hija, pero intuí la estrategia de los piratas, seguramente se habían puesto de acuerdo y tenían bien estudiada su escaramuza. Así que tomé una decisión súbita. En los barcos uno debe aprender a tomar decisiones así, a seguir el olfato; los vientos y las mareas no son una ciencia exacta, ni te avisan cuándo van a cambiar, cuándo van a levantarse o a echarse, así que hay que tener ese sexto sentido del que hice acopio ese día.

Le dije a Rodriguillo el Morteruelo que se viniera conmigo al camarote y que entre varios grumetes alzasen un pedrero y lo trajesen con él. El pedrero es el que dispara las balas más gordas y pesaba bastante. Se las ingenieron para meterlo por la portezuela de mi recámara y abrí de par en par las ventanas de popa, donde lo colocamos, arriba estaban las portillas de dos cañones que habíamos quitado hacía unos meses porque el peso del fierro enlentecía la nave en las empopadas, y volverlas a colocar estaba difícil. Les ordené que disparasen a la proa del barco pirata pero, mientras el Morteruelo preparaba la pólvora y la bala gorda en el pedrero y los grumetes apuntaban el cañón con trapos y maderos, yo me aventé varias flechas y les prendí de lumbre los focos. Comenzó en la galera a cundir el pánico y parte de la tripulación pirata se movió a proa a extinguir el fuego, la quilla del barco enemigo se hundió por el peso de los hombres apiñados tratando de apagar los focos con cubetas de agua y tomamos un poco de ventaja.

El Morteruelo prendió la mecha del pedrero en el momento en que notó que la *Tritona* dejó de cabecear. ¡Timón fijo!, le grité al timonel. Aguantamos todos la respiración hasta que oímos el estallido que tiró el pedrero hacia atrás haciendo un gran estruendo en las tablas de mi camarote y rompiendo el quicio del espejo de popa. La roda de la nao pirata se rompió como un palillo y clavó el barco, que se reviró de costado. Fue una cuestión de segundos. En mi vida vi un barco hundirse más rápido. Pero todavía quedaban dos.

Dejé a los marineros en mi camarote y me fui arriba a cubierta a grandes zancadas. En proa estaban los marineros sobre la red del chinchorro disparando flechas al velamen del otro galeón que se acercaba por babor. Decidí repetir la misma operación. Ellos esperaban los cañonazos de las esloras pero no de la proa del galeón. Como el chinchorro no resistiría el peso de ninguna pieza de artillería les urgí a poner una culebrina en la cubierta de proa e hice cambiar de rumbo a la *Tritona*. Entonces éramos nosotros los que los enfilábamos a ellos. Toda la artillería pirata nos apuntaba, los marineros se asustaron y Gaspar pensó que estaba loca y creyó que nos iban a mandar a pique.

Pero yo sabía que no, hija. El tabaco y el opio que llevábamos valía mucho como para que su codicia no les hiciera pensar dos veces a la hora de dispararnos cañonazos, y además yo creo que se atarantaron cuando vieron que su presa no solamente no huía de ellos, sino que los enfilaba para ponerse a tiro. Las balas de la culebrina no eran tan grandes, pero la distancia del disparo era más larga que con el mortero, aun así, con una sola no íbamos a hacer mucho. Cuando nos tuvieron a tiro comenzaron a dispararnos flechas con lumbre a nuestro paño. La vela mayor se nos prendió, ¡Ay, Dios mío!, ¡Virgen del Carmen, ampáranos!, pensé.

¿Sabes lo que hice? Ordené disparar la culebrina a su palo mayor en lugar de al casco, como hubiera sido lo lógico. Yo misma me coloqué detrás de la pieza y enfoqué el ojo a la base del mástil. ¡Fuego!, les grité, y esa vez la bala les rompió de cuajo el palo y los trinquetes, que cayeron de costado al mar agarrados a los obenques y las vigotas, aminorando la marcha de la nave. Gaspar aprovechó para indicarle al piloto un cambio brusco de rumbo y ordenó a la artillería de las dos bandas disparar a todo lo que daba. Aquello

era peligroso, hija, las fuerzas de la retrocarga de los cañones podían hacer zozobrar nuestra propia nave, pero había que tomar el riesgo y lo tomamos. Los estruendos del fuego nos ensordecieron, al compás de uno y dos la artillería disparaba los cañones nones y luego los pares mientras unos se cargaban y otros se descargaban. La *Tritona* estaba sumida en el humo de la pólvora, aquello olía a infierno, me lloraban los ojos del azufre y los pulsos de las venas me batían como un tamboril. ¡Qué miedo pasé, Rosario!

Yo no vi lo que sucedía con tanta humareda, pero nos escapamos de las dos naos piratas saliendo de nuestro propio hollín, dejando las fumaradas detrás, a sotavento, justo a tiempo para ver cómo se hundían los barcos al unísono y los piratas lanzaban las pinazas y botes al agua para salvarse. Los dejamos por la popa. Lo último que vi de aquellos cabrones fue un gallardete rojo sobre un mastelero yéndose a pique. Nos salvamos por los pelos, gracias a la Divina Providencia y a la Virgen de Guadalupe, yo creo. Y también, cómo no, gracias a la fortaleza de la *Tritona*, aquel pedazo de madera con trapo al que yo estaba empezando a coger el cariño que se le tiene a una amiga protectora que supo cobijarnos a tu abuelo y a mí, la fuerza de mi hogar, el único hogar que tuve con él, la casa de Sebastián y mía.

DE ESTAMBUL

Hoy me despertó un sueño triste. Más desesperante que el de Casilda, inmensamente afligido y desconsolado. Soñé que la *Leona* estaba viva, enferma y perdida en algún lugar, y yo sufría por ella porque no la encontraba.

Es lo peor, Rosario. Mira, cuando uno sabe que el ser querido está muerto, descansa, pero cuando lo siente extraviado, sufriendo en algún lugar, es la angustia más desgarradora. Así andaba yo por tu abuelo cuando él estaba en Castel Sant'Angelo, y yo como loca cavilaba noche y día cómo sacarlo de allí.

Me levanté de la alcobilla con el costado dolorido, aquella herida de montante que me hicieron los portugueses en un abordaje en el canal de Guadalupe de vez en cuando me recuerda que sigue allí con el dolor sordo y lejano de su cicatriz. Así me siguen doliendo la *Leona*, tu abuelo, mis hijos; así me sigue doliendo no haberte tenido a mi lado, aunque ya sea una vieja más allá del bien y del mal.

Bajé letárgica del catre, en camisa de dormir, y me dirigí a la mesa de cartas, donde Junípero ya me había dejado una ración de galletas y cerveza junto a los astrolabios. Traté de beber algo de colación porque no tenía ganas de comer pero quería sentirme viva. Quería recordarme entre lágrimas secas que la *Leona* estaba muerta y no perdida. Apagar mi angustia. Pero no me puedo quitar de la cabeza esos ojos brillantes, a punto de llorar, que me

miraban desde la profundidad de un alma negada por los hombres.

Me vinieron a la mente las canciones de los minaretes de Estambul, esa tonadilla honda, que sale del mismo lugar que la mirada de la *Leona*, que quiere llegar a fundirse con un éter como los ojos de mi perra querían llegar a mi corazón, su carita triste cuando se me iba por ese disparo, su cuerpo inerte, entre las voces dirigidas hacia un cielo, al dios de Imrah, al dios de los gitanos y de los negros, al dios de los perros, al dios de los distintos. A cualquier dios que no sea el implacable todopoderoso padre de los blancos, el de los dogmas y la justicia dura, el que habla a los hombres a través de una bula papal, sino a un dios que pueda ver esos ojos profundos y reconocer la misma alma en todos, sin necesidad de un cribado oráculo, como Paca la Bibelota reconocía lo bueno en las miradas de la gente. Yo quería un dios gitano.

El cante de esos muecines no me lo quito de la cabeza, el grito desde lo más alto, una llamada que va dirigida al dios de aquellos que nos miran con esos ojos despedazados por la tristeza, que no tienen adónde ir sino es al seno del ser amado, arrebujarse en su pecho como yo me arrebujaba en el pecho de tu abuelo queriéndome quedar a vivir allí, como la *Leona* se arrebujaba contra mi regazo queriendo esconderse del mundo en mis *sentrañas*, de ese mundo que le arrebató a sus cachorros, de ese mundo que a mí me arrebató a mi hombre, de ese mundo que arrebató constantemente.

Imagino a Dios como un enorme pecho donde recostar la cabeza, recio pero a la vez acogedor, donde dormir mi cansancio y mientras voy apagándome le canto por fandangos, en voz baja, una suave tonadilla.

Escribiéndote, Rosario, parece que espanto los dolores, que vuelvo a la realidad y todo eso no son más que fantasmas. A veces, a pesar de que tu abuela es una mujer optimista, que ama la vida, el cansancio me gana y me quiero morir, fundirme con esa voz del imán y desde una torre escaparme a un cielo oscuro y estrellado, como las noches que vi en Estambul, una noche que me saque de este mundo. Pero me quedan algunas cosas por contarte, y el querer terminarlas me da fuerzas para pasar por encima de la herida de montante, y de todo lo demás, y me siento a escribirte llevando en la mente el recuerdo de aquella ciudad donde aprendí a hablarle a Dios a base de cante:

Estambul.

Los marineros celebraron la victoria sobre los piratas otomanos en cubierta, con peleas de gallos y algo de aguardiente, pero no los dejamos emborracharse mucho, porque aún no habíamos pasado el Helesponto y arribado al mar de Mármara, y aquellos lugares estaban más infestados de piratas berberiscos que chinches hay en posada de tercera. Había que estar ojo avizor porque las cosas no iban a estar a nuestro auxilio hasta llegar a Sebastopol.

Llevábamos las patentes para entrar al puerto de Estambul como comerciantes y unos contactos que Gaspar consiguió para hacer comercio allí, pero yo pedía a la Virgen que ojalá no nos involucrasen en aquel conflicto que había durado hasta el año anterior. Iba pensando en tu abuelo a todas horas, aquellos casi diez años de separación iban a terminar en pocas semanas. Finalmente, cruzamos el estrecho y el mar interior y atracamos en el puerto de Estambul un mediodía de bullicio y sol desmedidos.

Antes de llegar a un puerto sucio y desordenado, pero en el que ya se barruntaba la riqueza del comercio y los bazares que nos encontraríamos más tarde en la ciudad, pasamos por la torre de Leandro, que está sobre una isla pequeña en medio del mar, y que los otomanos llaman Kiz Kulesi, la torre de la Doncella, porque cuentan que un emperador de Bizancio encerró allí a su hija mocita porque una adivina había pronosticado que moriría de una picadura de víbora, y quiso rodearla de agua para evitar el presagio. Dizque a pesar del empeño del padre la niña murió allí mismito picada por una culebra que llegó en un cesto de uvas. Ya ves, hija, como te vengo diciendo, el destino está echado y así me ha pasado siempre a mí.

Me contó Gaspar que hace un siglo atravesaban una cadena por la torre para evitar el paso de las galeras que llegaban del Helesponto. Nosotros entramos a una especie de estuario a un lado del Bósforo, que lo llamaban el Cuerno de Oro, y no entendí por qué, allí estaba el puerto donde amuramos la nao. Bajé del galeón vestida de hombre, cansada de aquellos ademanes viriles que a veces me salían sin más y otras veces tenía que impostar esforzándome cuando los marineros caminaban a mi lado. Desde los muelles se veían alminares de morabitos, aljamas y palacios, las impresionantes cúpulas de la

antigua basílica de Santa Sofía de Constantinopla convertida a mezquita, rodeada de cuatro hermosos minaretes, las de la mezquita Azul y muchas otras de las que Gaspar no sabía el nombre. Y, aunque el sol estaba en su máximo apogeo y pegaba duro, una brisa fresca nos daba de lleno en el rostro cuando bajamos a tierra. No había nada que desembarcar sino compras que hacer, con esa consigna íbamos.

Las autoridades nos dieron el visto bueno y nos dedicamos a repostar agua y algunos víveres, no quería parar allí mucho tiempo porque la premura que llevaba para encontrar a Sebastián era inmensa, pero los mandados de precisión que teníamos que hacer y la reparación de los destrozos que los piratas hicieron al galeón nos exigieron quedarnos allí casi dos meses.

La ciudad nos recibió aquel día con los cantos de los muecines llamando a la oración desde las esbeltas torres, aquel cante que años después escuché en boca de Imrah. Todo el horizonte era un cante jondo como el de mi tierra, donde las gaviotas sobrevolaban el Bósforo, lanzándose de vez en cuando desde algún pantalán en busca de caballas y jureles, mientras la impasible torre Gálata guardaba el puerto de aquella ciudad viril. Porque a diferencia de Cádiz, Veracruz y Manila, Estambul es hombre.

Sí, Estambul es un hombre, es mameluco fuerte para la guerra y suave para el placer. Soldado y efebo. De ojos del color de la aceituna y turbante de algodón pintado, de alfombra y tapiz, cojines y fuentes, cárcel y palacio, morabito y basílica.

Estambul es descanso de jenízaro al vapor del *tepidarium*. Amante que palpa, esparto que talla, aljofifa que enjuga un torso preparado para el lecho después de la batalla, harén sosegado. Alfanges que pelean hombro con hombro y así mismo duermen, manos que empuñan cimitarras y acarician en el tálamo. Huríes y donceles. Estambul ha sido el amor de Constantino, el esposo de Teodora y el último amante de Saladino. Estambul es una noche, Rosario, una noche y mil más.

Estar en aquella ciudad salida de una fábula de Oriente me llenó de nostalgia por tu abuelo. ¿Sabes lo que es estar en el cielo y no poder disfrutarlo?, así me sentía en Estambul. Me prometía a mí misma que sería el primer lugar donde recalaría de nuevo la *Tritona* cuando leváramos anclas de

Sebastopol con Sebastián a bordo, y esa vez iría de su brazo vestida de mujer. Quería recorrer de nuevo aquellas calles enrevesadas con él, pasear por los bazares, observar los alminares desde lejos, el Bósforo en la tarde, escuchar las voces de sus imanes en una mezquita, que como Imrah, llamaban a Dios como los gitanos jaleamos a la vida. Sentarnos sobre cojines en una alfombra de un patio a tomar té, y dejarnos llevar por las volutas del *hash* para hacer el amor. Eso quería hacer con Sebastián y con esas esperanzas partimos llevando aquel valioso cargamento de hoja de tabaco y pastillas de opio prensado, hacia el mar Negro y rumbo a Sebastopol, curiosamente un puerto recién fundado, cuyo nombre empezaba como el de tu abuelo. Un augurio, pensaba yo, de que lo iba a encontrar sano y salvo allí.

En Estambul nos encontramos con varios proveedores del Gran Bazar, donde aprovechamos para comprar piedras preciosas y alfombras con lo que comerciar a nuestro regreso. Gaspar no me permitió en ningún momento que me vistiese de mujer, primero por la tripulación, y segundo porque me decía que en Turquía estaba yo más segura como hombre, porque me podrían raptar para un harén, como se decía que pasaba por aquellos lares, ¡figúrate, hija!

Fuimos invitados a un banquete en casa de alguno de los mercaderes con quienes hicimos negocios. Recuerdo los patios y salones de la casa con fuentes desbordantes de pétalos de rosa, en medio del sonido de laúdes. Entonces entendí de dónde venía todo ese lujo con el que nosotros en Andalucía agasajamos a las Dolorosas en Semana Santa, los mantos, los palios de plata y oro, las joyas y las lluvias de flores, las saetas, la sensualidad con la que los andaluces vivimos lo espiritual no viene sino de ellos, de aquellos sultanes que desde Damasco vinieron a ocuparnos como nosotros entonces ocupábamos otras tierras.

En una sala contigua a la nuestra estaban las esposas del mercader, que eran tres, y varias de sus concubinas, ellas no cenaron con nosotros. Las vestiduras de los otomanos son magníficas, Rosario, ellas llevan unas polainas voluminosas de seda, que llaman *salvar*, prendidas a la cintura con un fajín, y un manto maravillosamente bordado en oro y plata al que llaman *feridje*, de los que me compré varios en el Gran Bazar, luego se colocan un velo fino sobre un alto gorro, y una pieza de malla de crin para cubrir el

rostro. Las joyas tanto las de las mujeres como las de los hombres que vi en Estambul eran regias, hija; en ningún sitio, ni siquiera en Manila, había visto yo aquellas piezas con aquellos engarces, y sobre todo aquellos tamaños. Ellos llevaban enormes turbantes y caftanes de seraser, la más opulenta de todas las sedas, bordados casi por completo en metal precioso, a veces, sobre todo los jenízaros, se recogían las esquinas del caftán y lo prendían de la pretina o del fajín, para permitir la movilidad. Hombres y mujeres llevaban unas finas pantuflas de piel de cabra, bordadas, que les llamaban *pabush* y de las que también compré varios juegos, dos para tu abuelo. Volví a recordar a mi madre, ya difunta, lo que hubiera disfrutado con aquellos atuendos de odalisca tan maravillosos. Yo me tuve que vestir como un hombre, me compré mi *galabilla* y mi caftán y me puse un turbante de relieve de terciopelo, con un broche de amatistas en la cabeza de donde prendí una pluma de avestruz pintada de negro.

El salón donde nos agasajaron era de doble altura, con ventanales y balcones cubiertos de bellas celosías que daban al patio, por donde una luz tamizada llegaba a la estancia y todo se veía como en un sueño. Colocaron mesas bajas a lo largo de la sala, donde las fuentes chorreaban agua pura y fresca mezclada con pétalos, y también había divanes cubiertos de tapicerías de miles de intrincadas tramas y dibujos. Los verdes y los azules que encontré en aquellas alfombras eran únicos. Enseguida le dije a Gaspar que nos amarchantáramos con ellos para la compra de tapetes y alfombras con los que comerciar. De las cúpulas de marquetería pintada de la casa pendían grandes faroles de luz de aceite y antes de comenzar a comer nos pasaron jofainas con agua y flores de jazmín para que nos tallásemos las manos con ellas.

El banquete se sirvió en muchos tiempos. Corderos a la miel, berenjenas estofadas, dátiles y almendras, y unos extraños dulces que parecían gemas preciosas de sabor a rosa y azahar. Era el *súmmum* del lujo y de la exquisitez, Rosario. Ni las cosas que yo había visto en Madrid en las casas nobles a las que tuve acceso, ni los banquetes del rey en el Palacio de Oriente, ni los modos de vivir en la Nueva España y la abundancia de nuestras casas se comparaban con la opulencia con la que un simple mercader nos recibió en

Estambul. Al final del festín nos trajeron cachimbas con tabaco perfumado, teteras con té y menta, y bandejas con pastelillos.

Yo tenía que exagerar mis ademanes de hombre entre ellos para que no me descubrieran como mujer en aquella parte del comedor donde solamente estábamos nosotros, y aún más cuando nos despedimos de abrazo y beso entre hombres, y nos regresaron al puerto en una especie de cajón tirado por mulas.

Finalmente, salimos de Estambul un amanecer, dispuestos a llegar a Sebastopol y realizar el trato con los rusos, y por supuesto, hija, encontrarme con Sebastián. Cruzamos el Bósforo en el statu quo que había propiciado el fin de aquella reciente guerra para salir a un mar interior de pocas olas y casi nada de corrientes. Después de una impaciente travesía, más complicada que peligrosa, llegamos a Sebastopol, un puerto pequeño aún en construcción donde había una base naval que apenas había fundado Potemkin y que, auguraban, iba a cobrar importancia por ser desde entonces la salida de Rusia al Mediterráneo, pero sin ningún interés más que un puñado de pantalanes y muelles, otros tantos en construcción y alguna casa de almoneda.

Sacaron el opio y las pacas de tabaco de las bodegas, escondidas en los lienzos de tela que se suponía que llevábamos a Rusia. Gaspar bajó a encontrar a Sebastián, mientras yo me quedaba en la *Tritona* como él me aconsejó. Regresó antes del caer de la tarde con malas noticias. Sebastián no estaba en Sebastopol. Nos habían engañado.

Catalina de Rusia nos había llevado a la boca del lobo con un cargamento que era una espada de Damocles. Supusieron que, de no habernos quitado de en medio los piratas o los turcos, la propia recién acabada contienda del mar Negro, donde todavía se notaba un ambiente enrarecido, hubiera sido una buena excusa para hacernos desaparecer. Gaspar estaba asustado, por primera vez en mi vida lo vi perder la calma. Salimos de allí, a carajo sacado, esa misma tarde, no quisimos esperar más por si nos atacaban para quitarnos el escaso pago que nos dieron por aquella mercancía.

No me extrañan las cosas que se contaban de Catalina, que si era una inmoral y todo eso, una mujer viciosa. Mira, hija, no te voy a contar aquí las infamias que se decían porque una tiene un deje de pudor, pero esa tarde,

saliendo del puerto de Sebastopol, inundada en lágrimas, me las creí todas, la maldije como a una cochina sabandija, porque lo que yo había oído de ella era asqueroso, que se sabía que además le entraba parejo a todo, que no solamente eran sus generales a los que hacía príncipes, que también le entraba a los soldados, lacayos, que contaban que sufría un enfermedad de ardentía en las partes pudendas, ¡menuda puerca! Como decía la Paca, no solamente es puta la que cobra, que también hay mucha señorona de alto copete pero de ventrecha fácil por ahí, hasta *mismamente* entre las *emperaoras*, pero solo señalan a las que son de condición pobre.

Catalina nos engañó y seguro aquellos papeles que le di los guardó para jugarse sus bazas, y a esas alturas quién sabe si hasta el rey Carlos tendría ya noticias de nuestro trato. Había que volverse a Cádiz para ver de nuevo al cónsul, cantarle las cuarenta y sacar a Sebastián por las malas.

En la travesía de vuelta me despedí de las torres y cúpulas de Estambul sin amurar en sus muelles. Tenía prisa por saber de tu abuelo.

DE UNA HORRENDA NOTICIA

Llegando a Cádiz me dio la noticia Gaspar, a los dos días de haber atracado el galeón. Estaba yo en la casa que había sido de él, en el barrio de Santa María, esperando una justificación del cónsul por no habernos entregado a tu abuelo, cuando mi lugarteniente llegó a contármelo. Sebastián había muerto meses antes a nuestro desembarco en Sebastopol y no lo habíamos sabido hasta entonces.

Cuando me enteré de la muerte de tu abuelo Sebastián ya no quise vivir ni un segundo más. Me sentí culpable por no haberle dicho en Ostia, casi dieciocho años atrás, que se regresase conmigo, por no haberme puesto en mi lugar en el estrecho de Gibraltar y haberle pedido que hubiese colgado los hábitos y volver a ser el uno del otro.

Odié a Bocachica, ese disfraz que me facilitó llegar hasta él pero que quizá me impidió retenerlo a mi lado. Noche y día lloraba desconsoladamente culpándome por no haber hecho nada útil con aquellos cartapacios, haberlos canjeado por su libertad, haber amenazado al rey, urdido alguna solución, haber llegado a las puertas del Vaticano como la reina Cristina de Suecia, y haberme sentado en las escalinatas hasta que el Papa me hubiese cambiado a tu abuelo por aquel legajo maldito.

Si no hubiese sido por Gaspar y Junípero, esta vieja que ahora te escribe tanto disparate no estaría haciendo lo que hace y ya hace mucho que me hubiera tirado por la borda para ser carne de tiburones, porque no quería

vivir. Pero ellos me sacaron del *joyo*, hija. Luego yo misma me convencí de que la única forma de honrar esa muerte y esa vida de tu abuelo era siguiendo en la lucha que él había comenzado de la mejor manera que pudiese. Así fue que decidí hacerme pirata.

Empecé a rescatar hombres de las galeras de esclavos que desde Cabo Verde llegaban a las Antillas con un destino marcado a fierro en su piel oscura. Si él no pudo hacer nada por las buenas, yo, Gregoria Salazar, lo iba a hacer por las malas. Gracias a la piratería me pude aferrar a la vida, las cartas entre el Papa y el rey no me sirvieron de nada. Sebastián murió en Castel Sant'Angelo dicen que de unas fiebres malsanas, o eso me contaron. Al principio ni lo creí, me rebelé contra la idea, mi pensamiento me jugó la mala pasada de creer todo una patraña e imaginarlo vivo en algún lugar. Con el tiempo y el consejo de Gaspar pude aceptar la dura realidad.

Los hubieras no existen, ni para bien, ni para mal. La realidad es lo que nos pasa, y con esa realidad tenemos que aprender a vivir, esa es nuestra obligación. Me culpé, culpé a Carlos III y a Clemente XIV, a Clemente XIII por ser tan pusilánime, a la puta de Catalina de Rusia, culpé a los hacendados como yo misma había sido y a los terratenientes por mantener una mentira, culpé a la buena sociedad y a los vestidos de seda que tanto me habían gustado, a los lujos que me daba en la vida, los zarcillos de rubí y las pulseras, las perlas y las joyas, todo eso tenía un precio, hija. Todo eso valía el alma de un hombre, el alma del negro, la vida de tu abuelo.

Después de culparme a mí misma, a mi estupidez, a lo que hice y a lo que no hice, pasé por culparlo también a él, a su dadivosidad, a su generosidad, a la Compañía de Jesús, a haberse creído las cartas de José Candelario y sus mentiras cochinas, y ya que hube culpado a todos, ya que no dejé títere con cabeza, tuve que negociar con mi pena para seguir viviendo, de la misma manera que una vez aprendí a negociar el azúcar y las tierras con Gálvez y Villalba, como aprendí a negociar las pacas de seda con los marchantes chinos del Parián de Manila, como aprendí a negociar igual que un hombre las empresas que tuve que atender siendo mujer. Y en algunas cosas tuve que claudicar.

Hay momentos en que a la vida hay que ponerle cabeza, Rosario, es duro

aceptar la realidad, pero es lo único que tenemos. La vida sigue y se nos va, sin esperarnos, sin consideración a nuestro dolor, a nuestra pérdida. De nada sirve quedarnos ahí, en el pasado, si él no iba a llegar de todos modos. Ahora sé que gracias a esa claudicación muchos hombres se hicieron libres, se adueñaron de su propio destino, y sé que eso solamente hubiese pasado de esta forma. Acepté mis males como principio de mis bienes, y del bien de muchos. Hoy lo único que me mantiene de pie en las tarimas de esta nave es la esperanza de encontrarme con un bergantín del rey, con un barco *esclavero*, meterle unos buenos cañonazos, destrozarle los mástiles pero dejar el casco flotante para no perderlos a ellos, que van encadenados en las bodegas como nosotros llevamos a los cochinos y a las vacas. Apuntar la ballesta con una flecha ardiendo en la cofa, que cunda el pánico, engañarlos con banderas españolas, para poder zafar de su destino a todos los hombres que pueda, y sobre todo, la esperanza de que algún día, Rosario, tú me conozcas. Aunque sea por carta, aunque sea a través de este cuaderno de bitácora que espero que te llegue a las manos tan pronto como muera.

Y he de decirte que a veces los personajes que leemos en los libros son más reales y nos dan mucho más que aquellos de carne y hueso que tenemos alrededor, y en eso espero la muerte, en que me convierta algún día para ti en una abuela más real en este papel, que cualquier otra lo hubiera sido en cuerpo y pulso a tu lado.

DE UNA VIDA IMPERFECTA

Me fue difícil, mi *arma*, echarme a la mar a hacer lo que hice. Me imaginé que de la misma forma que a mi madre le dolió echarse a las calles, así me dolían a mí, en aquel entonces, las renunciadas que tuve que hacer al despedirme de mi vida anterior y abrazar una nueva vida que, en muchos aspectos, me era desconocida, y donde a partir de entonces no tendría marcha atrás. La vida en el mar, como en la calle, no es fácil para una mujer.

Antes que nada desembarqué, con mucho respeto, en la isla de La Española, a la tripulación que no quiso seguirme en aquel empeño proscrito. Fueron muchos los que se quedaron y tuve que reclutar marineros de otra condición y dispuestos a vivir fuera de este mundo por alguna razón u otra. Razón que yo creí barruntar, como la de aquellos que de mi propia dotación se quedaron. Estoy segura de que lo hicieron por los mismos motivos.

Gaspar permaneció, y con él también se quedó Junípero. Mi lugarteniente no me dio explicación alguna, ni ningún porqué, tampoco se excusó de por qué dejó un porvenir en el monopolio del tabaco con mi hijo y Gálvez en San Gabriel, o una vida prometedoras de almirante en cualquier galeón o bergantín que hiciera la ruta del comercio, que estaba empezando a liberalizarse cada día más. Se quedó en la *Tritona*, dejó a su mujer y sus hijos en Alvarado, a los que veía de higo a breva. Yo, en el fondo, desde que vi lo que vi en la *Tritona*, sabía perfectamente cuáles eran los motivos por los que había preferido embarcarse como forajido que quedarse en tierra disfrutando de

prosperidad. En su pellejo yo también hubiera hecho lo mismo. Me hubiera quedado el resto de mi vida con Sebastián en cualquier cascarón flotante, yendo y viniendo, antes que en tierra escondiendo mis amores por ser una aberración, y, además, Gaspar era eso, un hombre de mar.

A pesar de que el parapeto de ese Bocachica inventado por mí me proporcionaba la coartada para llevar una doble vida en Cádiz como Gregoria la Indiana, tenía que poner cuidado. Había que atracar en Sevilla, en el Puerto de Santa María o fondear en Sanlúcar, bajar como Bocachica a tierra, y llegar a Cádiz en diligencia como Gregoria la Indiana. Años atrás, sabiendo que buscarían a Bocachica en cualquier navío que llegase a un puerto de España o sus colonias, no más bajar a tierra me cambiaba en cualquier caseta del puerto, hasta una vez lo hice en un tugurio de esos, ya sabes, hija. De haber entrado los carabineros reales o los alguaciles a la *Tritona* a buscar a Bocachica, como sucedió una vez en Veracruz, lo más que encontrarían de él serían unas ropas en algún arcón, que ni siquiera sabrían a ciencia cierta si eran de él o de cualquier otro contraamaestre.

Mi hijo Sebastián me había prohibido regresar de cualquier forma a San Gabriel, y yo, ni tuve fuerzas, ni tuve ganas de explicarle nada de su padre, de un padre que, ciertamente, no se había merecido. No iba a ser yo quien le dañara su vida respetable, y más aún ahora que ya teníamos un título del rey. Las niñas, de vez en cuando y, a escondidas de sus maridos, me escribían alguna carta a Cádiz, que yo recogía y atesoraba cuando me atrevía a pasar allí unos días con la Micaela.

En las cartas que me escribían las niñas yo trataba de descubrir un poco de cariño, un cierto apego a la madre que las parió, que sin estar presente estaba viva en algún sitio, un ápice de nostalgia, pero solo notaba resentimiento. El resentimiento de quienes no perdonan a los demás el haber tenido agallas para vivir su vida. Igualito que la Micaela no le perdonaba a mi madre haber vivido lo que le tocó vivir. A pesar de eso yo llevaba a mis dos hijas en el alma, las pensaba y las deseaba felices con sus esposos, con sus churumbeles, en mis oraciones a la Virgen las tenía presente a cada momento y en mi corazón, noche y día, las recordaba con ese amor de madre que nunca se extingue.

Nunca las hice de más o de menos por haberlas concebido como las concebí, habían nacido de mis *sentrañas* y con eso me bastaba para amarlas sin cuestionarme nada; en cambio, ellas me hicieron de menos a mí por un cotilleo inventado, por una calumnia de provincia. Prefirieron creer lo que decía esa puta vieja con semblante de dragón de consola. Las palabras sucias de su boca acre y sin dientes fueron más poderosas que las ganas de preguntarme a mí, que era su madre, si era cierto o no aquel chisme dañino. Me enviaron los partes con la descendencia que traían a este mundo, como era de rigor, y así me enteré de que iba siendo abuela, igual que se enteraba la buena sociedad y sus amistades, las copetonas. Las notas de los nacimientos y los bautizos de tus primos, al igual que la tuya, me llegaron por riguroso orden en la posta al barrio de Santa María. Ellas solo me dieron nietos varones; tu padre, en cambio, me dio la única nieta.

Sentía curiosidad por saber cómo eran los niños. A veces le preguntaba a Gaspar, que se había pasado por la hacienda cuando iba a Alvarado a ver a su familia, o cuando amurábamos en el puerto de Veracruz algún capataz desfachatado me venía con el cuento, que si doña Gregoria, cómo se parece el niño Ignacio a su difunto esposo, que en paz descanse, que si doña Gregoria, este otro salió a la familia del padre y no se les parece, y que si doña Gregoria, esta niña es igualita a su merced *de usted*, güerita y de ojos azules, con la piel blanca y su mismo porte, hasta sus andares sacó la niña.

Con tantos vacíos en mi vida, lo único que me daba la paz, a pesar de no darme la felicidad que un día tuve junto a tu abuelo, era hacer lo que hacía: ser una pichelingue. Ver una galera en el horizonte, esa bandera portuguesa o la inglesa, barruntar que venía cargada de hombres negros cautivos para llevarlos a La Habana, a Rio de Janeiro o a Nueva Orleans, acercarnos por barlovento para ganar trapo y ya que teníamos el barco enemigo a una distancia idónea jalar de las jarcias, tensar los lienzos e irnos al abordaje, ¡a por todas!, ¡de aquí o salimos vivos o salimos muertos, pero no rendidos! Los engañábamos dejándoles saber que éramos una nao de carga y mercancía con falsos banderines, con gallardetes de correo, de azogue, de lo que fuera, íbamos cambiando porque las noticias vuelan en la mar.

Eso era lo único que me hacía sentirme devota a tu abuelo. Esa fue mi

forma de llevar mis amoríos con él: continuar su lucha, aunque fuese desde otro flanco. Sí, él había elegido el flanco más hermoso, el del lado de la paz, el lado de la palabra, yo no había tenido más remedio que ponerme en el batallón de los proscritos, el de la violencia y la sangre.

Como aquella conclusión a la que llegué cuando encontré sus cartas escondidas en el secreter, me dediqué a serme fiel a mí misma, a mis más profundas convicciones: rescatar hombres, Rosario, es la labor más hermosa que alguien puede hacer en la tierra.

Al igual que Lasquetty, el *querío* de mi madre, nos rescató a nosotros cuando el marqués de la Ensenada y Fernando VI arremetieron contra los gitanos, al igual que tu abuelo trató de rescatar el alma de una raza noble y digna con un postulado llevado a Roma y que yo entregué al rey, al igual que a *Casilda*, la tortuga gigante, la salvé del puchero, o que la *Leona* y Niña Carmen me rescataron a mí, yo rescataba, en carne y hueso, centenares de seres humanos cada año. A los que, si no pudimos darles un alma por las buenas, les di la dignidad y la liberación por las malas.

Los fui llevando durante toda mi vida de pirata adonde pude dejarlos a buen recaudo, adonde sabíamos que había tierras de nadie, en las costas perdidas del mar de los Caribes, por debajo de la capitania de Guatemala, donde no llegaban sino bucaneros, en alguna isla de las Antillas, donde no hubiese poblado, por la ría de San Felipe en Yucatán, donde quiera que fuese que hubiera lo mínimo para vivir, cocodrilos para hacer tasajo, algunos cocoteros y un manantial. Allí establecieron sus poblados, allí, a pesar del dolor de no estar en su África natal, hicieron una vida dura, pero de hombres merecedores.

La *Tritona* fue una isla flotante de libertad que regaló también la libertad que pudo e hizo dignos a muchos hombres, y esa sirena que, entre el mito y la realidad, se decía que viajaba con la nave, aquella mujer mitad pescado que algún marinero veía cuando fondeábamos en algún islote cálido, desnuda en el mar, en lontananza nadando en una bahía triste, o en una noche de luna, se convirtió en leyenda viviente que, más tarde, cuando ya estábamos desterrados del todo, espantó a muchos galeones de guerra, que cuando veían a lo lejos el inconfundible mascarón de proa de la *Tritona*, una ondina de

cabello rubio pintado en madera con ojos azules de vidrio, salían *juyendo* de nuestro rumbo.

He cortado muchos pescuezos, Rosario, y no te voy a decir que esté orgullosa de ello. Pero si es la única opción que me dejan, no me lo pienso dos veces. ¡Ahí voy yo, con los dos cojones postizos del pañuelo que me pongo entre las patas!, a matar a quien *haiga* falta. Yo te prometí contarte de mí lo bueno y lo malo, y así he tratado de venir haciendo en estos pliegos, y ahora me toca lo que no me gusta decirte, mi *arma*, las sombras de tu abuela, la otra cara de la moneda.

Soy un reo. Sí, tu abuela es un reo, una asesina, una *sayona*, por cuenta propia. Eso sí, mato sin remordimiento. En mi pecado llevo la penitencia: no tengo hijos, no tengo nietos, no tengo un marido. Pero sí tengo una familia en ese agradecimiento de estos por los que mato. Que en el fondo son mis hijos, aunque te suene raro. En liberarlos les doy vida de nuevo, los vuelvo a parir.

Cuando me acerco a los asentamientos donde dejé a mis cimarrones y vienen a recibirme, a bendecirme, mirándome con esos ojos de *bienfacer*, desbordando de retribución y lealtad, los miro a todos, vienen a mí con sus canastos de cecina curada al sol, con las prendas que me regalan, las vituallas, aguardiente de coco, pavos y capones que me dan en agradecimiento, los mejores regalos que he recibido porque vienen del corazón. Entonces me digo a mí misma: Gregoria, aunque seas una güera de ojos azules y piel más blanca que la leche, todos estos negros son tus hijos y los de Sebastián. Quizá no haya sabido ser la madre de mis hijos, de los hijos que la vida me dio, pero sí de todos estos. Porque es más madre aquella que te pare desde el espíritu dándote la dignidad, que la que te da a luz de carne y hueso, y corazón palpitante.

Tendrás la duda de si yo como corsaria he sido muy desalmada. Sí, hija, he tenido que serlo, si no, no estaría viva escribiéndote estas cosas. Los piratas somos seres en constante huida y en constante lucha. No nos podemos permitir quedarnos rezagados, ni convalecer de una enfermedad. El que está herido y no sirve, pues no sirve y ya, y se lo deja en alguna isla donde haya un poblado o algún puerto donde pueda sobrevivir poniendo una taberna o dedicándose a remendar redes o calafatear barcos, que ponga un despacho de

buhoneros, quincalla, o un comercio de abarrotos, y, claro, que no haya por los alrededores mucha vigilancia o hagan muchas preguntas que eso no conviene. Un parche para tu ojo tuerto, una pata de palo, o un cayado en el brazo y la retirada, como la hermandad de los mutilados de guerra, ¡adiós muy buenas! Hay que estar muy preparado para poner los pies sobre un navío y cualquiera de estas desventajas supone la diferencia entre la vida y la muerte, entre el botín y la zozobra.

He tenido que dejar a muchos en los puertos, eso es duro, tener que dejar a gente fiel y capaz, con arrestos, por el solo hecho de que el cuerpo ya no les responde como debe. Eso sí, cuando he tenido que dejar a alguno que me ha servido con probidad y valentía no he escatimado nunca en hacerlo como es menester: con buenos doblones de oro por delante.

Hasta te diré que dejé a uno que me caía muy en gracia en el mismito Cádiz: Rodriguillo el Morteruelo. Le decían así porque preparaba el mortero de la pólvora de los cañones como ninguno. El muchacho era joven, de Ayamonte, perdió un ojo en una escaramuza, y ya no servía para apuntar con el cañón. Allí, en las calles enrevesadas del barrio de Puntales, montó su taberna de barricas de mosto, *burgajillos*, cangrejos y camarones. Si algún día, Rosario, has menester de una ayuda por aquellos andurriales, que espero que no, anda y ve a buscarlo, y le dices que eres parienta de Bocachica, hasta le puedes contar la verdad de que soy una mujer, si se te antoja. El mocito me está muy agradecido, ¡y como *pa* no estarlo!, con la de doblones que le di. Hay que tener amigos hasta en el infierno, mi *arma*, y nunca se sabe, por eso te lo digo y no porque piense que vayas a necesitar tú de él, pero es mejor saber con qué poderes uno cuenta. En fin, que la vida sigue y nos pisa los talones la marina del rey. Un lobo de mar tiene que estar intacto, con sus mandos y su poderío al cien por cien, porque, si no, es carne de montante.

Y te voy a contar otro secreto, Rosario, ¿otro más?, dirás tú. Sí, otro de esos secretos que me debería llevar a la tumba. Yo no voy a ir a ninguna tumba de ningún aburrido camposanto, ni a ninguna fosa común de proscritos o malhechores, sino que me van a tirar a la mar envuelta en una sábana blanca, igualita que la de Cristo, con un lastre en los pies, y voy a ir a dar al fondo como una sirena, y además, como el mar está lleno de murmullos y lo

cuenta todo, qué más me da que te enteres escuchando en la orilla de alguna playa el sonido de una caracola, o que yo misma te lo escriba en la bitácora. Por si te puede servir, hija, como lo que te acabo de decir del Morteruelo, te lo cuento yo misma. Porque, a veces, disculpando las faltas que nos cuentan los demás de sí mismos, aprendemos a disculpar las nuestras, que es lo que de verdad nos mata.

En esa vida que llevaba como mujer sola en el galeón no había ningún acicate, lo único que me quedaba de verdad era sentir. Sintiendo era la única forma en que me avizoraba a mí misma viva, el bálsamo que me curaba el dolor del abordaje, de tanta sangre derramada, de tanta ira que no era sino el deseo de vivir. Y sí, sintiendo encontré el camino que me acercaba a Dios, aunque los padres teólogos digan que eso es un *contradiós*. Porque sin sentir hubiera estado como una piedra, y las piedras, mi *arma*, así solitas, no sirven *pa na*, sino es *pa jondearlas* por coño.

Rosario, *sentraña*, ojalá sepas algún día lo que es eso y puedas tener la ventura de visitar estas playas de las islas Alacranes, donde me escondo del rey y donde pasamos los meses de ciclones. Las arenas de estas costas son blancas como el talco que le ponía a mis niños en sus camitas cuando llegaba la calor, como ese caliche con el que pintamos las casas en Andalucía después de las epidemias, ¡qué te digo yo, más fina que la harina blanca de una torta de aceite!, y el mar es exactamente como debe serlo, como uno lo hubiera imaginado de haber sido el Creador, una aguamarina de Florencia o un zafiro de Cachemira deslavado, como los que vi en el Parián, en el Gran Bazar, o en Venecia, cuando fui a vender las perlas que tomamos de aquel galeón de la isla Margarita, o de Contadora, ya no recuerdo. Una joya donde uno puede bañarse y dejarse envolver, con el sabor a húmedo y a viento que tienen los besos de un novio marinero. El aire cálido, aquí, te ciñe como las más finas enaguas, como una ropa hecha de suspiros. En esos islotes, una, por fuerza, tiene que ponerse en cueros con el único objeto de sentir esa brisa que interpreta en tu cuerpo un bolero infinito, el galanteo de una mano invisible que te recorre la piel, para sentirme mujer cada vez que podía, escabullirme y enseñarle al mundo que Gregoria era una hembra, aunque no hubiera ni una sola alma en leguas a la redonda, aunque solamente el viento me mirase. Esas

horas desnuda fueron un regalo. Y gracias a esa manera de ver las cosas que aprendí en el galeón pude sobrevivir, me volví más clemente con los hombres que tenía a mi cargo, y no pagué con ellos mis malos humores y mi desesperación por estar encerrada en Bocachica y haber perdido a tu abuelo.

Y no te he hablado, Rosario, de la soledad. De escuchar todas las noches la misma cantinela, el mismo susurro de las olas contra la madera del casco, la misma luna cada veintiocho días, la misma penumbra, el mismo silencio tras el mismo cielo. Esa infinitud vacía, llena de ron, de aguardiente, de tabaco o de lo que sea, de ciento y pico de hombres que tenían una vida, que se iban por pares a los camastros de la bodega a consolarse como podían, unos disfrazados, otros sin disfraz, o los que bajaban en los puertos a buscar mujeres y pelea, mientras yo me quedaba sola, ya sin ganas de pensar en él, porque de tanto pensar la cabeza se me vaciaba y lo único que tenía en la sesera era ese despoblado vacío al que no quería volver cada noche. Sí, el barco estaba lleno, repleto, pero yo estaba sola, encerrada en ese *mardito* penal de paño rojo, presillas doradas, de pelos empolvados y sombrero de tres picos.

Te debes imaginar cosas divinas de la mar, te parecerá magnífico el paisaje que describo, la luna, las olas, la brisa y las estrellas. Pero de todo se cansa una, hasta de la belleza. Las perdices están muy ricas, pero que te las den *to* los días y verás cómo acabas de ellas hasta el mismísimo.

Esperar la luna de siempre, cada mes, el oleaje y el cabeceo, los ciclones y las brisas, no es gran cosa después de la tercera vez que uno lo hace, y soñar desde lejos con mis hijos, en medio de esa campana enorme de negrura, me dejaba más desguarnecida todavía. Estaba yo más sola que la una. Tuve que llenar esa soledad de algún modo. Tuve que sentirme, sabes, y lo único que había en ese galeón de sobra eran aguardientes, tabaco y hombres.

La sirena hizo de las suyas, y me encontré con alguno que otro. Justo lo que odiaba de la Paca, aquello de lo que quise huir siempre, así es la vida, uno huye, y de lo que huye es de sí mismo. Tantos momentos me pregunté si mi madre también se sintió sola, si echaba de menos al inglés, o al padre de alguno de mis hermanos, o quizás a ninguno de ellos y el amor de su vida fue otro que ni siquiera conocimos y que se calló por decente, porque también

hay putas decentes, que se callan las cosas.

Pensaba en la Paca guardando su recuerdo en lo más adentro de su alma, aquel hombre por el que su padre, gitano cuchichí, la echó de su casa al deshonorar el nombre del clan. Pensaba en si la Paca sintió en algún momento ese vacío que yo sentía tantas noches en la cubierta de la *Tritona*. Si la Paca sintió esa soledad y esas *duquelas* malditas, no me extraña que se fuera por las calicatas a buscar hombres, ¡y como *pa* no!, no me extraña que se empujara la botella hasta quedar aturdida. La soledad es cabrona, hija, y perdona mi lengua, pero muy cabrona. Y lo peor es que te hace hacer desatinos, buscar remedios en los lugares menos convenientes.

Esas noches me sirvieron para entender a mi madre y reconciliarme con su recuerdo, y eso es mucho, Rosario. Entender y perdonar a una madre es entenderse y perdonarse una misma. Porque en el fondo siempre resentí que por culpa de ella y de su vida a mí me hubiese ido la mía como en feria, y no me di cuenta de que aquello que más me horrorizaba de la Paca, no era sino porque yo lo llevaba adentro.

Pero no te cuento esas historias de otros hombres con detalle porque no me enorgullezco de ellas. No soy una heroína, ni lo quise ser nunca, y mucho menos mostrarme a ti como una. Soy una mujer de carne y hueso, aunque ellos pensaran que estaban viviendo un sueño con una sirena del mar, cuando se les nublaba la mente de marijuana, de opio o de tanto beber. No, Rosario, no he salido de un libro que hable de santas patronas, ni mártires ejemplares, he salido de la vida, de una vida real. Y la vida no es perfecta.

DE LA LIBRE DISPOSICIÓN

Ayer fue mi último viaje de Cádiz a Sevilla por tierra. Ya me sentía cansada. No era ya la mujer fuerte que fue en diligencia a todos lados; a pesar de haberme convertido en una vieja *arriscaíta* la edad ha hecho su mella y casi me da un *bajío* al llegar a la *Tritona*, de tanto traqueteo y tanto *jalar* que sufrí en el carruaje. Fue cuando me di cuenta de que yo había nacido para estar de pie en un galeón y no en la tierra. Mis huesos estaban acostumbrados al subibaja lento y suave de los océanos que, sí, por qué no decirlo, puede ser fuerte y traicionero, pero nunca es tan resentido como el vaivén tortuoso de los caminos, que, bajo las ruedas, como cuchillito de palo, te rompe los huesos sin tocarte, poco a poco. El mar cuando hace las cosas las hace de un sopetón.

Ahora que hemos zarpado en la *Tritona* me siento más *girocha*, el dolor se me ha ido apaciguando y a *Deo gratias* he podido comenzar a escribirte mis últimos pliegos mientras abro la capillita de la Virgen de Guadalupe y le pongo una veladora. Y a la luz de esta vela, parpadeante en su vaso de vidrio, te quiero decir algo a ti, Rosario, solamente a ti, porque siendo tan orgullosa como soy no he podido siquiera confesármelo a mí misma: ahora sí echo de menos no haberme quedado en San Gabriel, que tu padre y yo nos hubiéramos contentado de alguna forma de no haber sido yo tan soberbia. Hubiese regresado a esa casa en donde, aunque no lo había creído hasta ahora, logré hacer mi hogar a fuerza de tener más agallas que el viejo, de

haber pecado contra el quinto mandamiento y de haber conseguido que mis hijos estuvieran sanos y salvos. Sí, Rosario, en el fondo y aunque no lo quiera reconocer, San Gabriel fue mi hogar.

Y ahora que tengo tantos achaques me hubiera gustado recular en la vida y estar leyendo en alguna marquesina de la hacienda mientras otejo cómo allá por la barda de piedra un cacomixtle marcha sigilosamente con intención de robarnos una gallina o arrebatarle un polluelo a los pavos reales del jardín, balanceándome en la mecedora mientras trato de espantarlo moviendo mi libro, a grito pelado como en la vecindad, porque con la edad se le olvidan a una hasta los modales aprendidos, o paseando de tu brazo paciente mientras *Casilda* nos persigue lenta, como un pedrusco andante detrás *nuestra*, para que le regale una penca de nopal o un higo chumbo. Estaría yo tranquila, esperando la muerte junto a los míos, en lugar de aquí, tenerla que esperar tan sola y tan frágil, con los dos únicos amigos que me quedan: Gaspar y Junípero, por mucho que este mar se porte bien conmigo.

El mar me trata bien, Rosario, no será él quien me quite la vida, sino alguno de estos achaques que fui tomando en tierra, en esas tierras fastidiosas que me han hecho la vida imposible. El mar no tiene esa necesidad de irte mortificando, solamente pide. Pide su parte del botín, pide respeto, pide lágrimas. Te zangolotea un día y a la mañana siguiente te menea suavemente o te desliza por una límpida batea de agua, pero no guarda el resentimiento que guarda la tierra. Las olas se cobraban de vez en cuando la vida de un marinero despistado, un hombre que nadaba más allá de donde debía, quien no hizo caso de las advertencias de los lugareños, el mar se llevaba cada travesía la carne fresca de algún grumete montañés o del bajío, más acostumbrado a lo recio de la tierra que a la seducción del agua, pero luego nos dejaba en paz por un tiempo.

Yo me resistí, conmigo no iba a ser tan fácil. Eso sí, si tenía que elegir por cuál me dejaba matar, iba a ser por el mar, y querrás saber el porqué de estas cosas tan raras que dice tu abuela, y te diré que por una sola razón: porque en el mar ha sido el único sitio donde pude tener a aquel hombre que me mató de amor, una noche de carnaval, en las playas de Cádiz. Y aquí hice mi hogar, no me quedó más remedio. Así lo elegí, y las elecciones siempre

llevan emparejadas consecuencias con las que hay que apechugar sin remordimiento ni culpa, aunque me dé por discurrir, de vez en cuando, que yo hubiera podido llevar otra vida.

Elegir, Rosario, no solamente es una prerrogativa de los seres humanos, como leí en los escritos de un ilustrado francés, sino que también es menester y obligación nuestra. También de las mujeres, aunque nos hagan creer, por ventaja de ellos, que nosotras no tenemos que elegir más que los colores y las telas de nuestros vestidos, como si fuéramos esas guacamayas de adorno, jarrones decorativos en las casas.

A muchas nos viene mejor no tener que hacer deliberaciones, porque la decisión cuesta, mi *arma*, y nos han criado enjauladas, como esos pájaros que cuando los sueltan se mueren porque no saben vivir en libertad. En cambio, yo fui de esos que liberé en San Gabriel, que no más le abrían la puerta salían volando a la primera ceiba grande que avistaran. Quiero que tú vivas libre, libre como la Paca pero sin tener que pasar por lo que ella pasó. Por eso he hecho lo que he hecho, para darte el albedrío, para darte la elección, y para eso una mujer lo único que necesita es tener agallas y caudal propio. Agallas estoy segura que tendrás, como decían las vecindonas y, finalmente, les doy la razón: de la casta le viene al galgo. Y con una bisabuela como la Paca y una abuela como yo, que tampoco me quedo chica, has de llevar en tu sangre más cojones que un toro. Del caudal, hija, de ese no te preocupes, que ya me he encargado yo.

En Cádiz, en la calle Real, hay dos banqueros ingleses que son allegados a la familia del difunto regidor Lasquetty, los *misters* Lonergan y White, además del depósito que hice en Sevilla para asuntos del tabaco con el banquero Juan Pedro La Cave Soulé. Allí tienes a tu nombre las escrituras del palacete, tierras que te darán sustento año tras año y todo tu caudal, lo que necesitas, todo lo tienen los albaceas; Gaspar, que es de mi total confianza, te entregará cuenta e inventario. Que ningún hombre te dé órdenes como no se las dieron a tu bisabuela por muy buscona que fuese, y que no te hagan lo que me hicieron a mí, *pa* que cuando te cases lo hagas por tu gusto y deseo y no por el de tus padres o por ser una quedada que no tenga más que vestir santos, o morirse de hambre arrimándose a la casa de una prima o de un hermano a

ser la dueña de sus hijas.

A mí me costó elegir cuando tuve que hacerlo de verdad. Aunque la mayoría de las veces ni lo pensé, me sucedieron las cosas y punto. Me empreñé sin comerlo ni beberlo, a pesar de que amaba a ese hombre con *toítas* mis *sentrañas*, me casé por necesidad, obligada por aquel desgraciado, las niñas igual vinieron por la fuerza, hasta matar al viejo lo hice porque no me quedaba más remedio, y luego sin mi voluntad me hice rica heredando lo de él, me hice corsaria por las circunstancias y lo que le farabusteeé al rey era por tener que buscarme la vida, todo eso me llegó por seguirlo a él, a tu abuelo. Pero hubo un momento en mi vida en el que sí tuve que elegir yo misma. No fue una decisión de dineros, ni de fincas, ni de capitales o vivienda, o del galeón, fue una decisión de mis adentros, que incumbía no a otro sino a Gregoria Salazar y a su propia felicidad.

Cuando tu abuelo murió y yo ya no tenía un porqué de vivir, cuando me enteré que en aquel penal de Castel Sant'Angelo, que yo imaginaba sombrío y lúgubre, mi Sebastián había dejado exhalar de su boca el último aliento que Dios le había dado, sumido en la tristeza, en la soledad, y quién sabe si en la desesperación, creí entender, por lo que luego me contó un jesuita que tuvo cercano, que en sus últimos días había estado seguro de lo que había hecho, sin arrepentimiento y esperando una buena muerte. Tu abuelo era así, un ideal movía su espíritu, generoso como nadie en mi vida conocí, hasta para dar su vida. En la sombra del calabozo me lo figuraba triste, pero tratando de sacar su buen humor, cantando alguna coplilla a pesar de sus *ducas*, y pensándome, recordando a su Gregoria, la de los ojos azules, su Ojos de ángel. Esa había sido su elección. Y, entonces, ¿cuál era la mía?

Podía haber sido culpar al egoísmo humano de mis pesares, la codicia, culpar al rey y al Papa y descargar mi ira en contra de ellos, como bien es cierto que hice. Podía haber sido hundirme en la tristeza y recordar con sarcástica amargura el resto de mi vida que era su viuda sin serlo, o qué sé yo, irme al beaterio con mi hermana Micaela, que gracias a mis dineros iba ya para superiora, y haberme vuelto una mitigada resentida y sarcástica que le hiciera la vida imposible a las novicias que llegasen al convento con gusto por la vida, por una vida a la que yo no habría podido arrebatarse esa felicidad

digna que todos nos debemos a nosotros mismos. Podía haber elegido ser la filibustera que soy y en lo exterior no se hubiera notado aquella Gregoria de esta que ahora gobierna la *Tritona*; de fuera para dentro sería el mismo capitán, los mismos galones, la misma casaca, las mismas botas y el sable envainado, la *schivona*, el mismo mosquetón. Pero lo que yo elegí, corazón mío, no fue ser monja o ser pichelingue, ser esto o ser lo otro, sino ser lo que quiera que sea sin amargura. Elegí la vida.

La tristeza inevitablemente vendrá cada vez que la espuma del mar me recuerde el olor de Sebastián, cada vez que la luna salga llena en la noche y le diga yo con descaro que se vaya por ahí con viento fresco, que los ojos de mi Sebastián me daban más luz que ella. Cada vez que borracha *perdía*, como la Paca, me tire por la popa a bañarme en cueros, como una sirena a la que solamente la tibieza del mar acalla sus deseos. Sí, la tristeza viene y vendrá hasta en mis últimos momentos de vieja sin memoria, pero no la mortificación, ni el sufrimiento, eso se lo dejo yo a las doñas de misa de cinco y media, que no tienen otra cosa que hacer que recrearse en su martirio para creerse más dignas de un cielo que aquí no han encontrado.

Yo he elegido no sufrir. No encerrarme en las *duquelas* de mí misma, que no son ni más ni menos que las desgracias de muchos otros. He elegido la vida con todo lo bueno y todo lo malo que esta me traiga. Y si eso es ser una mujerzuela, si eso es ser casquivana y fatua, frívola, pues frívola hasta la médula me voy a ir para el otro mundo, porque es menos fatuo hacer lo que a una le pide el cuerpo que imitar los folletines de santos y de héroes, cuando una lo que busca es la falsa modestia. La cabeza la puso Dios sobre los hombros, hija, eso ya te lo he dicho, y es para que pensemos y eso que pensemos administre el resto del cuerpo que queda por debajo.

Dice la gente, Rosario, que las sirenas son traicioneras, que con su canto arrastran a los hombres al abismo de las aguas para perderlos en ellas. Yo, en cambio, mi niña, he sido una sirena fiel, que ha ido detrás de su hombre buscándolo y siguiéndolo por los mares, y cuando ya no lo he podido seguir a él porque no estaba en este mundo, he seguido sus más profundos ideales, su compromiso con la vida, aquel lugar recóndito dentro de nosotros mismos donde enseñamos de verdad cómo es nuestra alma.

Desde aquel día en que al grito de abordaje, lanzando mi rabia contra todos, liberé a más de noventa negrillos de la galera *São Joao* que iba a la bahía de Rio de Janeiro y los dejé sanos y salvos en tierra firme para que fundasen su colonia, desde aquel otro que, por qué no contarte, si no quiero ser contigo una abuela hipócrita, me acosté con quien me tenía que acostar para darle gusto al cuerpo, para seguir sintiéndome mujer, o disfruté de un baile y de un nuevo sueño, o descubrí cómo me seguía emocionando una puesta de sol y una bandada de pericos libres formando algarabía en un cocotero, desde esos días, yo decidí con más fuerza que nunca, que la vida es lo único que tenemos cuando aquí estamos de paso, y a esa vida tenía yo que honrar, eso hubiera querido tu abuelo, pero, sobre todo, eso quería yo.

Te he hablado mucho, Rosario, de disponer de tu cuerpo y de disponer de tu mente. Te he dado las herramientas para que ningún hombre sino tú misma tengas esa capacidad de elección que solo a ti concierne. Pero te he hablado poco sobre disponer de tu espíritu.

No creas que si no te he mencionado tanto esa libre disposición es porque no es tan importante o porque no te puedo dejar los medios para que la disposición última de tu ánimo repose en tu voluntad. Al final el único que dispondrá de tu espíritu es Dios, eso tenlo por seguro. Él es el único a quien nuestra alma pertenece y a Él retorna. Pero durante tu vida Dios te ha regalado a ti y solo a ti esa disposición plena, el libre albedrío. Y de esas decisiones te voy a hablar ahora, en mi última carta, en mi memoria final. Si una mujer cabal ha de tener la disposición de su cuerpo, su mente y su alma, esta última es tan importante como los otros dos.

Las mayores elecciones no tienen que ver con la hacienda que uno administra, ni con el rumbo del barco, ni con las transacciones donde uno pone sus capitales. Las mayores decisiones, mi niña, son del alma. Esas son tuyas, esas nadie te las quita, y a esas yo no te puedo ayudar ni con caudal, ni palacete, ni oro, ni nada. Todas las demás te las facilito, pero esas, esas son tuyas, y las más difíciles de todas. Solamente podrás accederlas tú misma y no hay libros, ni doblones, ni riqueza que pueda ayudarte a completarlas. La luz y la fuerza que necesites para ello las tienes que encontrar dentro de ti misma, cuando el destino lo haga necesario.

En este último viaje ya sentí, mi Rosario, que esta vieja estaba más para el arrastre que para dar cornadas en medio del redondel, por eso me organicé los papeles, que a decirte bien siempre los tuve muy ordenaditos y en su sitio, me arreglé con el escribano, los albaceas y con un letrado que hayan de llevarte este diario hasta San Gabriel, para que lo leas, dándote la nueva de que tenías abuela, como todo el mundo, y recuperando esos años que nos quitaron a la una de la otra y, aunque sea, vamos a vivir juntas en el papel y la tinta. Y de que tu abuela, una señora ricachona, indiana y de dudosa reputación, te deja en Cádiz una herencia digna y abundante para que con ella compres tu propia independencia.

Te dejo, además de lo mío, algunas cositas de parte de tu bisabuela la Bibelota: el poder calar a la gente por la mirada, el gusto por el cante y el baile, un corazón de oro y saber hacer de tu capa un sayo cuando las circunstancias lo requieran, aquel nicho en el cementerio de Cádiz que le sacó al regidor Lasquetty y nunca pudo utilizar, porque las epidemias hicieron que la llevaran a enterrar en cal viva en el osario de la Carraca, para que además de tener dónde y cómo vivir dignamente, tengas también un lugar donde, digna, caerte muerta. Que yo no voy a dar a ningún nicho, como te dije, y no lo necesito. A mí me tirarán Gaspar y Junípero por la borda, envuelta en un sudario, con un saco de balas de plomo amarrado en los pies, y sin que un solo marinero en este barco, ni tu abuelo Gálvez, ni el rey de España, ni el Papa de Roma, ni mis propios hijos, se enteren de que el capitán Bocachica era, en realidad, una sirena.

Cádiz, 9 de agosto de 1837

Mi muy querida Clotilde:

Se me hace raro escribirte una carta, ya ves que casi nunca lo he hecho, fuera de las tarjetas que te he mandado cuando he salido con tu abuelo a mis periplos, o ya sola, viuda, en las temporadas que pasé en los balnearios. Roma, Florencia, Venecia, París, Madrid, Sevilla, Chiclana y Almonaster la Real.

A Veracruz nunca más volví, eso lo sabes.

Gracias a Dios no he tenido que escribirte más de lo necesario, porque has crecido junto a mí y casi todo lo que te he tenido que decir desde tu infancia hasta ahora que eres una mujer te lo he dicho. Te lo he podido contar cara a cara, viendo tus ojitos azules increparme —a veces— o seguir mi relato con la curiosidad y la admiración con la que de niña seguías lo que yo te contaba. Cuentos, historias, consejos, chascarrillos, pláticas y hasta algún que otro rapapolvo. Sin embargo, hay cosas que no se pueden contar, esas no tienen más remedio que leerse.

Las mujeres que se fugan de la casa de sus padres, normalmente lo hacen con un hombre. Yo, en cambio, me fugué con cinco.

Cuando estaba a punto de casarme con el hijo del virrey Güemes, al que yo consideraba el hombre más feo y desagradable de la Tierra, sucedió un milagro. No tenía yo ni diecisiete años, acababa de salir del convento al que

me mandaron a educarme en la Ciudad de Méjico. Me salí tarde, porque generalmente una salía a los quince, pero mi padre me dejó dos años más para no dar lugar a habladurías y que estuviera a buen recaudo, en lo que mi prometido llegaba a la Nueva España.

Ese mismo año me hicieron el festejo que se suele hacer a los quince, con algo de retraso. Les pedí a mis padres que por favor no me dejaran sin celebrar, o sería la única de mis amigas que no lo hubiera tenido. La verdad es que lo quise así para ganar tiempo. Ese hombre me producía tanta aversión, que retrasar mi destino ineludible por poco que fuese, me aliviaba de aquello que se me venía encima.

Apenas tres semanas antes de la boda sucedió el milagro. Mis padres estaban en la Ciudad de Méjico a la sazón, era una tarde lluviosa del mes de agosto. A la hacienda de San Gabriel llegó un carruaje que apenas logré vislumbrar bajo la cortina de lluvia que caía y el crepúsculo. Cuando llegó al portal pude ver que era una diligencia negra de cuero repujado con cuatro faroles de carburo que oscilaban brillantes bajo el aguacero. Se detuvo frente a los soportales del frente, se bajaron del carricoche cinco hombres de prestancia, uno de ellos era un hombre negro.

Parecían carabineros vestidos de paisano, con casacas pardas y sombreros de tres picos, pero sin pelucas; iban cubiertos con capotes de fieltro embreados que los protegían apenas del chaparrón. Oí desde arriba cómo preguntaron por mí a la servidumbre. Mi nombre completo. La dueña que tenía entonces, doña Juventina, me advirtió que no bajase sola, que fuese mejor el mozo con la gobernanta primero, a ver de qué se trataba.

Pero yo no quería dejar que otro destino distinto del mío se me escapara de las manos. Presentía que aquella diligencia de hombres vestidos de oscuro era la respuesta a la novena que le estaba haciendo a la Virgen de Guadalupe de la que siempre fui muy devota, sin entender por qué; luego pude entenderlo.

Aquella tarde bajé lo más rápido que pude por las escaleras, presintiendo que la respuesta a mis oraciones era aquella diligencia. Crucé el patio chorreante empapándome los bajos de la cauda, y recibí a los hombres en el vestíbulo, a un costado del despacho de mi ausente padre, bajo el sonido

persistente del chapoteo de la lluvia que resbalaba por las canaletas y los cañones de San Gabriel.

Mientras el más alto de todos se presentaba a mí como un letrado, y los demás como los señores albaceas de mi abuela, uno de ellos me entregó una pequeña capilla itinerante de viaje donde había una Morenita. La misma a la que yo le había estado rezando desde hacía meses. En medio de la comitiva no pude sino emocionarme porque creí que un milagro acababa de suceder en San Gabriel, y que yo misma era el indito al que la Madre de Dios se le había aparecido esa tarde.

Sentí al mozo y a la gobernanta que, detrás de mí, se persignaban al unísono, no sé si por la Virgen o si pensaban que alguna desgracia había sucedido, por la solemnidad con que aquellos caballeros me interpelaban: ¿es vuestra señoría doña Rosario de Salazar y Gálvez? Le damos nuestras condolencias, y la acompañamos en su dolor por el fallecimiento de su abuela doña Gregoria *condesadesangabriel*, y le venimos a traer la dote que su abuela de su señoría le dejó en Cádiz.

El mozo, sin dilación, comenzó a canturrear con su acento costeño, que si ha de ser un error, señorías, la señorita Rosario nunca tuvo abuela, es decir, su abuela de su merced de ella murió hace mucho tiempo atrás. Fue entonces cuando apareció Domitila, el cuerpo de casa, y salió a decirles que se fueran, que San Gabriel era un lugar decente y yo una dama a punto de casarse, que por piedad se regresaran en medio de la lluvia al lugar de donde habían traído esas nuevas o mandarían tras ellos a los alguaciles. Que yo iba a ser en unas semanas la nuera del virrey.

Yo sí sabía que mi abuela Gregoria existió, y que no se había muerto hacía mucho tiempo, aunque se hubiesen empeñado en esconderla. Me acordé perfectamente de aquel retrato que no sé adónde fue a parar después de mi descubrimiento. Recordé a una mujer a la que ni siquiera conocí, a la que ni siquiera había visto en carne y hueso una sola vez, de la que nunca me hablaron, pero una mujer muy real y muy presente de alguna forma en mi vida.

Solamente vi su retrato un día, era yo pequeña, tendría unos siete años, en la hacienda, cuando jugaba al escondite con mis primos, y por unas

escaleras, tras una puerta, llegué al torreón. Un lugar lleno de chismes y trastos donde no se nos permitía subir.

Allí me fui a esconder, cuando llamó mi atención un extraño bulto cubierto con una sábana. Era la primera vez que subía. Me acerqué con miedo, porque las ayas nos habían dicho siempre que allí había fantasmas. Una fuerza que no puedo explicarte me atrajo hacia aquel lienzo perfilado en una sábana de blanco algodón. Yo no sé lo que se me figuró: quizás un espejo, pensé; quizás una puerta mágica hacia otro lugar, un pasaje que saliese desde la Nueva España a la Península y que me hiciera volver a las raíces de las que mi padre no me hablaba.

La curiosidad se adueñó de mí a pesar de las veces que las monjas en el colegio me previnieron contra ella. Me acerqué hasta tocar la tela con mi mano de niña e hice acopio de las fuerzas que a los siete años se pueden tener, para jalar hacia abajo de aquella sábana con todo y mis miedos. Resbaló y quedó hecho un cúmulo de arrugas blancas en el suelo, bajo el marco estofado.

Me encontré con una mujer hermosa. Parecía un hada salida de los cuentos que me contaba mi aya cuando me ponía a dormir en mi recámara a la luz del quinqué.

Aquel cuadro despertó aún más mi curiosidad de niña, porque lo que había en la pintura, por un lado, me era familiar, pero por otro lado, totalmente desconocido, un misterio. La mujer llevaba un vestido azul claro de chintz, la mano apoyada en una pilastra de piedra como las que hay en la hacienda con una inscripción que no acerté a leer. A lo lejos se veía el paisaje de San Gabriel, estaba de pie, delante de un tronco que parecía el de la ceiba alta y la cauda de su elegante vestido arrastraba por el suelo de yerba. Una máscara de carnaval hecha de plumas reposaba sobre la pilastra, junto a su delicada mano. En el suelo de la pintura había una caracola grande de mar, cerca de donde pisaba su escaupín. Ella tenía ojos azules profundos, largas pestañas oscuras, boca pequeña y femenina, nariz del justo tamaño, de justa personalidad, la piel blanca y un recogido con el pelo rubio más hermoso que nunca había visto, o eso creí, hasta que un día me hice mayor y vi el mío en un espejo, idéntico al de ella: era mi abuela

Gregoria.

Cuando pregunté a mis mayores que quién era aquella dama de ojos claros, el castigo llegó de inmediato. Varios días sin salir de mi cuarto, confesión con el viejo cura Pacheco, y sermón imperioso de mi padre, que me enfrentó con él de por vida y que me alejó de una madre insidiosa, tibia y apocada, que lo obedecía en todo, y a la que no quise parecerme.

Por eso siempre traté de saber de ella, de la abuela; era lo prohibido. Primero por curiosidad, y más tarde por esa rebeldía de la que te hablé. Siempre hubo algún trabajador del ingenio que mencionaba su nombre, alguna doncella india nacida en el trapiche que recordaba con cariño a la güera *Tonatiuh-tzin*, y por supuesto, alguna dama de alcurnia que en las partidas de cinquillo estaba dispuesta a murmurar de Gregoria Salazar entre un tres de bastos y la sota de espadas: doña Gregoria hubiera dicho esto; doña Gregoria hubiera hecho lo otro; doña Gregoria, qué lista era, y qué guapa, cómo te pareces a ella.

Ahora que la conozco a través de lo que ella me contó de sí misma, cuando veo los enormes galeones en la bahía y me acerco por los muelles a verlos de cerca, a tocar sus maderos y escuchar los crujidos de sus aparejos, a pesar de las advertencias que tuve de que una mujer decente no se acerca a los puertos, la respiro. La siento a mi lado, llevándome de la mano de paseo como ella hubiera querido hacer cuando tuve seis años y mi padre no se lo permitió, por miedo a que fuese yo como ella, sin entender que eso hubiera sido una bendición para mí.

Él ni siquiera quiso conocer a su propia madre. Quizá sea un mal que tenemos todos, no querer conocer bien quiénes son de verdad los padres de uno. Son nuestros padres y basta, no queremos ver ni al hombre ni a la mujer que hay detrás. Yo misma he sido así. A las abuelas y los abuelos, en cambio, a ellos sí nos acercamos para verlos como seres humanos. Hasta te diría, Clotilde, que podemos ver sus defectos con cierta complicidad, y con más misericordia.

He sido hija, he sido madre, he sido abuela, no sé qué tanto he podido bregar con esas ideas, con esos sentimientos. Ya soy una anciana más anciana de lo que fue mi abuela Gregoria cuando murió, he podido disfrutar

de que te criaras a mi lado, en el palacete de Santa María, he podido disfrutar de tu amistad de nieta, de tu amistad de niña y, ahora, de tu amistad de mujer.

Has aprendido mis recetas y mis historias, juntas hemos hecho las tortas de aceite, hemos ido a la zarzuela y al teatro, a pasear las dos por Cádiz en calesa, a ver a los gitanos saltimbanquis y, algunas tardes, he cogido mis castañuelas y sobre mis pies, te he enseñado a bailar esas boleras que tanto te gustaban, en el salón grande de los espejos, hasta te he llevado a escondidas, sin que tus padres se enteraran, a la taberna de mi amigo El Morteruelo, a comer erizos y cañaíllas, ¿te acuerdas?, allá por Puntales. Íbamos muertas de risa en el charré, escondiéndonos la cara con mi mantón de Manila, como si fuéramos dos embozados, mientras Argimiro, el cochero, cómplice de las dos, sentado en el pescante, nos miraba de reojo, sonriente.

Eso ha sido la bendición más grande que la vida me ha regalado: disfrutar contigo el día a día, verte crecer. De ser una niña sonriente y traviesa a la mujer que ahora eres, bonita por dentro y por fuera, igualita que mi abuela Gregoria.

Hoy, el cura de la capilla del palacete, delante de la imagen de aquella Virgen que los albaceas de mi abuela me entregaron en San Gabriel, ha celebrado la entrada de un nuevo beato a los altares. Nos ha contado la historia de fray Martín de Porres, el primer hombre con sangre negra africana que sube a los altares beatificado. Me hubiera gustado que hubieses estado junto a mí en la capilla en ese momento tan importante para mí, pero estabas fuera y, ni modo, me contenté con tener a mi lado a dos monjitas petitorias que no entendieron por qué la vieja condesa lloraba sin poderse contener durante toda la celebración.

Ayer Roma publicó la bula y lo hizo beato, rompiendo la barrera de un modo de pensar anticuado y prejuicioso. Desde el siglo XVII se había empezado su causa, como me contó mi abuela en su diario. Intereses de este mundo la tenían parada. ¡Ay, mujer, ya era hora!

Hace veinticinco años que la Constitución de 1812, la Pepa, abolió la esclavitud en España y llamó iguales a los hombres; hace nueve años el

presidente de Méjico, Vicente Guerrero, también la abolió oficialmente en mi evocada tierra. Dicen que ya Hidalgo al sublevarse había lanzado un decreto, pero casi no tuvo efecto real, y se decía que tan solo lo hizo para reclutar la fuerza de los negros en sus ejércitos rebeldes. A pesar de este gran paso que ha dado el Papa, todavía hay cientos de miles de esclavos en Estados Unidos, que sigue sin abolir la esclavitud, y todavía hay mucho camino por recorrer, pero estoy segura de que la postura del Santo Padre ayudará en mucho.

A riesgo de que pienses que he perdido la cabeza, o que la vejez me está pudiendo, tengo que decirte que esa beatificación de Roma tiene mucho más que ver con tus tatarabuelos que con el papa Gregorio, que curiosamente, como una predicción, se llama igual que ella.

A pesar de mi advertencia, casi presiento que no me vas a creer, porque, aunque sé que me quieres muchísimo, también sé que te burlas de mis historias, como es natural en los jóvenes, que piensas que exagero, que tengo delirios. No me importa, hija, te quiero igual, pero por eso te dejo estos papeles que cuidadosamente he encuadernado y guardado desde hace mucho para ti, para que cuando fueras una mujer cabal lo pudieras leer tú misma.

Y quizá cuando lo hayas leído puedas entender por qué, cuando bajo las escalinatas de la catedral, las gitanas se me acercan a saludarme y a darme dos besos, como si fueran mis comadres, y yo de parto con ellas, y tomo a sus churumbeles en brazos, sin importarme la mirada de censura de la buena sociedad que desde los cafés y mentideros de enfrente se horrorizan de mi proceder.

No solamente han sido los negros, los indios o los de raza calé, sino cualquiera que sea diferente. Hay mucho camino por andar, Clotilde, también les tocará el turno a los que como Imrah llaman a Dios por otro nombre, o los que como Gaspar y Junípero aman de otra forma. Las almas de los hombres son igualmente dignas, sus derechos también son iguales. Es nuestro deber rescatarlos, quizá no en un barco pirata con sable y arcabuz como verás que hizo mi abuela, sino limpiando nuestra cabeza de prejuicios, opinando en una tertulia, educando a tus hijos, charlando con tus

nietos, defendiendo esas ideas en una reunión, o como tú misma decidas.

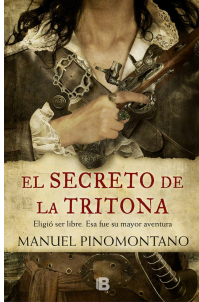
Hoy, el sueño de mi abuela Gregoria, su lucha y su ideal, han cobrado sentido, aunque ella no lo haya podido ver en vida: los negros tienen alma, un alma igual a la de los blancos y no de segunda categoría, la que siempre han tenido y no habíamos querido aceptar.

Y aunque la gente piense que detrás de todo esto están Agustín de Argüelles, Vicente Guerrero, Gregorio XVI y otros prohombres de la historia, yo sé muy bien que no. Ni papas, ni legisladores, ni gobernantes, ni insurrectos; que la que ha estado detrás de esos logros ha sido una sirena. Una mujer que ha sido el fuego del cual ha prendido esta libertad y que ha dado más que su vida por esta causa. Ha dado su cuerpo, su alma y su mente, de los que dispuso ella misma, pues no dejó su disposición a ningún otro. Una mujer como tú, hermosa por dentro y por fuera, con los ojos del color de esta bahía, en la que, a veces, en las noches de verano, cuando me subo a la torre mirador y abro las ventanas para oler la espuma, saco el catalejo que ella misma me dejó y enfoco a la rada. Entonces la puedo ver a lo lejos, más allá de la silueta de la Bella Escondida sobre las azoteas, tengo que enfocar bien, y en la ensenada que forma la rada del puerto, más allá de los pantalanes, la veo como una sirena fiel tirarse desde la popa de un viejo galeón varado y meterse a esconder en el mar llevándose su secreto.

Yo, tu abuela, la Excelentísima Señora Doña Rosario de Salazar y Gálvez, condesa de San Gabriel del Paraíso, conocida en Cádiz por las gitanas como Rosarito la Criolla.

FIN

Eligió ser libre. Esa fue su mayor aventura



Gregoria Salazar, gitana e indiana, es la capitana de un barco pirata. Tanto el rey Carlos III como el Papa han puesto precio a su cabeza. A bordo de su navío, en el Caribe, se dispone a narrar sus memorias a su nieta, quien está a punto de casarse con un virrey.

Desde la intimidad del cuaderno de bitácora, y con el tono cómplice de una conversación entre mujeres, Gregoria revelará uno a uno todos los secretos de su vida: su origen gitano en Cádiz, su educación en los colegios para damas que durante la Ilustración surgieron en la Ciudad de México, la vida en las plantaciones de caña y tabaco de la Nueva España, la incansable búsqueda de su gran amor, la lucha contra la esclavitud...

Con un estilo único, Manuel Pinomontano revela página a página una fascinante existencia repleta de aventuras y una gran historia familiar que recorre los escenarios más fascinantes del siglo XVIII.

Secretos, conspiraciones, travesías, amores imposibles y crímenes en una novela sobre una heroína épica a la que solo gobernaba su implacable búsqueda de la libertad.

MANUEL PINOMONTANO nació en Huelva en 1966. Tras finalizar sus estudios de Derecho emigró a Londres para dedicarse al sector financiero; aquí trabajó para varias instituciones, entre ellas el Bank of America, BBVA y Moody's, lo que le permitió pasar temporadas en diversos países, incluidos Francia, Rusia, Eslovenia, Bélgica o Italia. Después de los atentados de las Torres Gemelas decidió dejar su carrera en la banca para dedicarse a su verdadera vocación: la escritura. En la actualidad vive en México.

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Manuel Pinomontano

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: S. Gómez, G. Pellicer

Fotografía de portada: A. Colucci

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-6666-328-1

Composición digital: Infillibres, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] «Mal fin tenga tu cuerpo.»

Índice

[El secreto de la tritona](#)

[De Cádiz](#)

[Del carnaval y de la cuaresma](#)

[De un baile de máscaras](#)

[De un miércoles de ceniza](#)

[De las dos caras de la moneda](#)

[De aquella carta](#)

[De Veracruz](#)

[De una mentira](#)

[De una perra](#)

[De la Niña Carmen](#)

[Sobre ser una mujer de luces](#)

[De la Nueva España y sus colegios](#)

[De las controversias](#)

[De Maquiavelo](#)

[Sobre ser dama y pirata](#)

[Sobre una propuesta](#)

[De San Gabriel del Papaloapan](#)

[De la noche oscura del alma](#)

[De las encomiendas y las almas de Dios](#)

[Del xate y otros remedios para la preñez](#)

[Sobre ser una madre](#)

[Del miedo](#)

[De una jarana](#)

[De un secreto de familia](#)

[Sobre una nueva empresa](#)

[De unas cartas ocultas](#)

[De un futuro por llegar](#)

[De Manila](#)

[De Acapulco](#)

[De una sirena](#)

[De un islote del mar de los Caribes](#)

[De una misión](#)

[Sobre mi retorno a Cádiz](#)

[De un adiós que me rompió para siempre](#)

[Del extrañamiento de los jesuitas en el imperio español](#)

[Sobre una conspiración en todo el orbe católico](#)

[De un rey y una disidente](#)

[De la disolución de la Compañía de Jesús](#)

[De una estrategia](#)

[De un ataque de corsarios](#)

[De Estambul](#)

[De una horrenda noticia](#)

[De una vida imperfecta](#)

[De la libre disposición](#)

[Carta](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Creditos](#)

[Notas](#)